ASÍ ES FIDEL

Luis Báez

ASÍ ES FIDEL

LUIS BÁEZ

CASA EDITORA ABRIL

Edición y corrección: *Lilian Sabina Roque*
Bryseis Socarrás Valdés

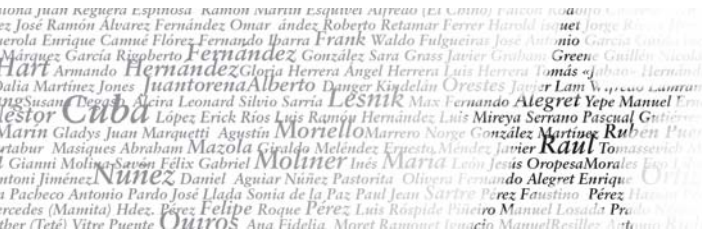
Diseño y realización: *Agustín Álvarez, Geordanys G. O'connor y Enrique D. Medero Cambeiro*

Fotos: *Cortesía de los archivos de Bohemia y Juventud Rebelde*

© Luis Báez, 2009
© Sobre la presente edición:
Casa Editora Abril, 2009

978-959-210-552-2

Casa Editora Abril
Prado 553 entre Dragones y Teniente Rey,
La Habana Vieja, Ciudad de La Habana, Cuba
e-mail: editora@editoraabril.co.cu
http://www.editoraabril.cu



(…) yo no conozco más muerte que una,
y es la de perder la fe en mis compatriotas,
y de eso, sé que no he de morir.

José Martí

Fidel tiene varios títulos, pero su autoridad se deriva mejor de la manera en que el pueblo lo llama: Comandante, o simplemente Fidel. Parece que todos lo han visto en persona alguna vez. Es una especie de jefe de familia.

No hubiera podido suscitar tanto entusiasmo y lealtad entre los cubanos, si además de su personalidad no les hubiera ofrecido realizaciones.

Él ha proyectado esa personalidad en la Cuba revolucionaria, de tal manera que afecta a cada ciudadano. No es un hombre en quien las pasiones personales influyan a la hora de sus decisiones. Abre las puertas de par en par cuando interrogan al político; las cierra cuando buscan al hombre.

Fidel es un hombre de respuestas inmediatas y directas. Sabe expresar con un gran orden lógico su pensamiento, que acompaña con gestos elegantes. Es mesurado y oportuno. Escucharlo es algo así como sentarse en la última fila de una sala enorme y sentir que los ojos distantes del conferenciante miran directamente a los nuestros.

El detalle es lo que pone en funcionamiento su memoria. Un dato minúsculo tira de otro y la narración va ordenándose hasta quedar tejida. No hay divagaciones, todo lo contrario, solo el afán de irse siempre a la realidad, a la verdad. Una fecha, un nombre, que no le viene a los labios, y su faz se ensombrece.

Es un objetivista nato, hasta tal punto que su persona no aparece casi nunca en su discurso. Circunstancia que da la impresión, desde el primer momento, de una gran seguridad en sí mismo.

Tiene una manera simple y afable de comportarse, y un interés en los problemas humanos de la gente que lo rodea.

Así es Fidel*: tres palabras que más que una afirmación, encierran un sinnúmero de anécdotas, episodios y vivencias de todos los que de alguna manera han estado en compañía de uno de los estadistas más excepcionales de todos los tiempos.*

A lo largo de estos 50 años he tenido el privilegio de estar presente en la mayoría de los actos que ha presidido Fidel, y tengo en mi memoria las grandes concentraciones celebradas en la Plaza de la Revolución y su desenvolvimiento en las conferencias de prensa. También he tenido la fortuna de acompañarlo en numerosos viajes al exterior.

Su vida está adornada con detalles legendarios, por eso, la tarea de hacer este libro no resultó fácil, y mucho menos la recopilación de los materiales, que en su gran mayoría eran testimonios dormidos por el paso del tiempo, y solo se encontraban latentes en la memoria de sus protagonistas.

La ayuda del correo electrónico facilitó la comunicación con los más distantes. La entrevista logró el acercamiento con otros no muy lejanos.

Deportistas, diplomáticos, periodistas, científicos, intelectuales y hombres de pueblo en general son los protagonistas. Sus labios cuentan las memorias y lo inolvidable que resultó aquel encuentro con el Comandante en Jefe.

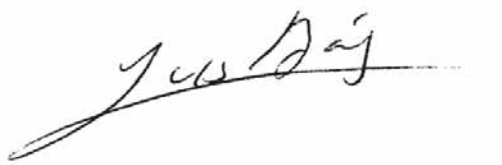
El deporte logró la medalla de oro. Todos los que en una u otra disciplina defendieron la enseña tricolor, respondieron unánimemente

a mis peticiones sobre el recuento de alguna anécdota imborrable y única relacionada con Fidel.

Cuatrocientas trece anécdotas, aunque parezcan insuficientes para la talla del hombre que protagoniza estas páginas, son capaces de perfilar el carácter de nuestro líder.

Sirva este libro para mostrar toda la humildad, sencillez y magnitud de quien es, para mí, faro de la humanidad y ejemplo de revolucionario en los siglos XX *y* XXI.

Los revolucionarios mueven la historia. La historia se debe a los revolucionarios.



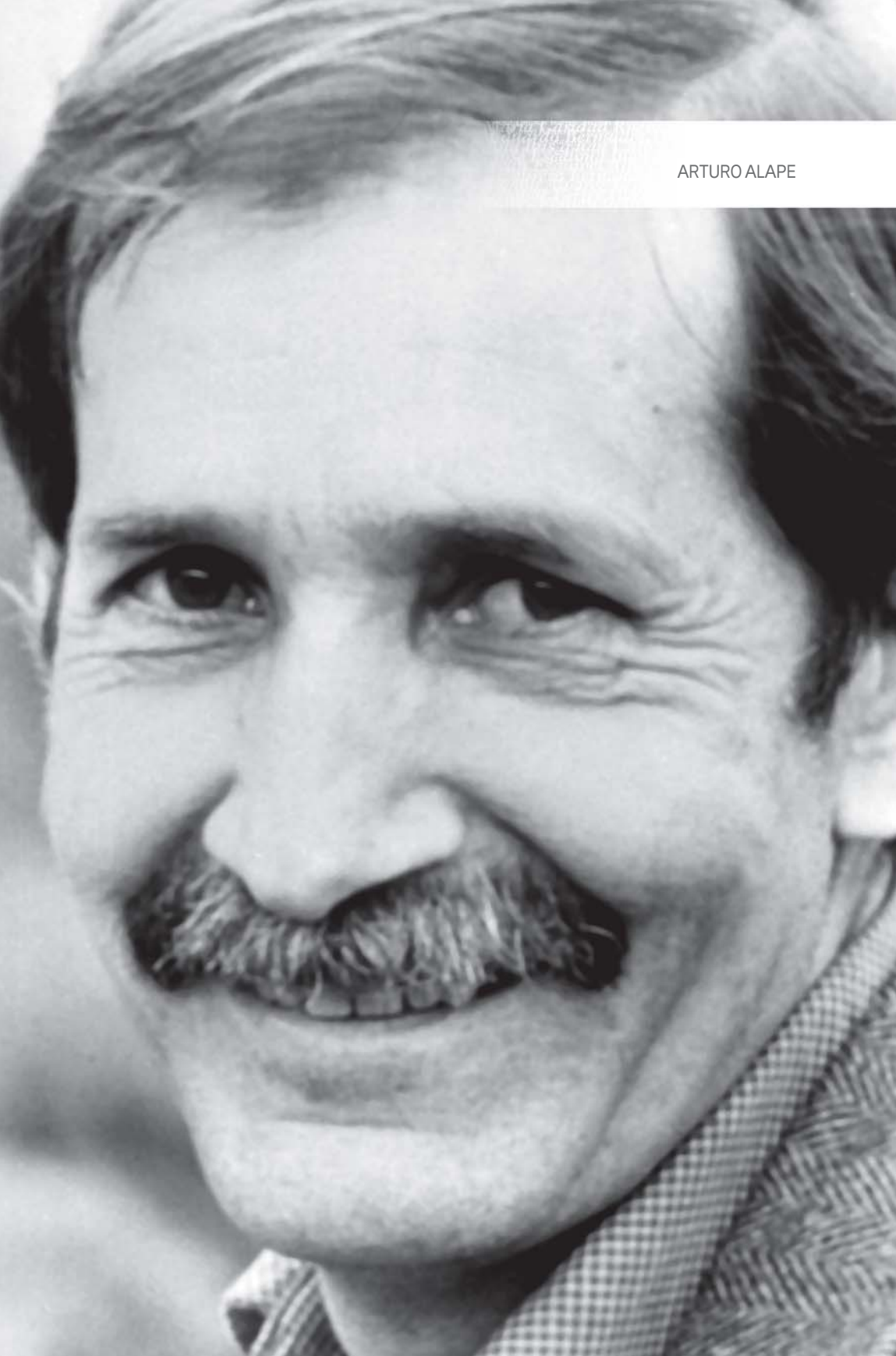
FIDEL Y RAÚL
EN LA SIERRA MAESTRA

Ahora sí ganamos la guerra

Yo no he visto a nadie –y lo digo apoyándome en hechos concretos– que haya tenido una voluntad más grande mientras mayores son las dificultades, que Fidel. Hay que pensar en el esfuerzo que hubo que hacer para organizar un ataque como el del Cuartel Moncada, y pensar en cómo en unas poquitas horas se desvaneció tanta entrega, tanta esperanza, sobre todo tanta sangre.

Después vinieron el presidio, el exilio, la organización del *Granma,* la clandestinidad y ocasionalmente la persecución en México –donde ciertamente violamos algunas leyes, pero no contra ese hermano país, sino porque nos alentaba la liberación de Cuba–; y luego llegamos a la patria, y tres días después, en pocas horas, vimos desaparecer de nuevo todo el esfuerzo acumulado, cayeron decenas de compañeros... Cuando dos semanas después, el 18 de diciembre de 1956, me encuentro con Fidel ya metido en la premontaña de la Sierra Maestra, en un lugar llamado Cinco Palmas, después del abrazo inicial su primera pregunta fue: «¿Cuántos fusiles traes?». Contesté que cinco. Y él resumió: «Y dos que tengo yo, siete. Ahora sí ganamos la guerra».

Raúl Castro Ruz



Arturo Alape
ESCRITOR E INVESTIGADOR COLOMBIANO

Eso va a ser difícil

—¿Tú qué quieres? –me preguntó el Comandante Fidel, en la recepción que él brindaba a los delegados al Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos. Yo, sorprendido en la mitad del bullicio, solo le dije:

—Entregarle el prontuario que usted tiene en Colombia.

—¿Por qué? –me tomó por sorpresa.

—Sobre su participación en el 9 de Abril en Bogotá...

Él se rió. Me saludó efusivamente, mientras yo trataba de contener los impulsos de muchos de los delegados que querían estrechar su mano, expresarle sus sentimientos. La verdad es que me sentía extraño. Yo quería hablar unos pocos minutos con el Comandante sobre una historia pasada por el calor de treinta y tres años. Todo había sucedido en 1948 en Bogotá. Y a mis espaldas, a empujones los delegados esperaban con ansiedad que les abriera paso, querían hablar unos minutos o por lo menos tener delante la figura de Fidel. Terminé en mi intento por entregar los documentos que traía a uno de sus ayudantes. Luego me quedé viendo ese río humano atraído por el imán de la personalidad de Fidel. Era como la atracción del mar. La multitud iba poseída a su encuentro, un roble la esperaba, una fiera tranquila al acecho.

Yo seguí repitiéndome, hasta convencerme, las palabras de un escritor cubano que me había dicho: «Si quieres la entrevista

con Fidel, aprovecha la recepción de esta noche en Palacio. Plantéale la cuestión de frente. A él le gusta eso...». El primer intento fue fallido. Recordaba también las palabras de Gabo esa tarde en el hotel, cuando le pedí que me sirviera de intermediario para pedirle a Fidel la entrevista: «La veo difícil, porque Fidel está encabronado de trabajo estos días».

Si algo ha causado profunda herida, si algo se lleva a cuestas como el más terrible dolor en la historia de este siglo en Colombia, y cuando se recuerda es para inundar la conciencia con un mar de lamentaciones o para desenterrar culpables, es el 9 de Abril. Quienes lo recuerdan, lo miran con el pesimismo de una terrible frustración. Otros quieren volver la espalda como buscando el inalcanzable olvido. Y en todos esos signos de dolor y frustración, de ver el rostro de la derrota, en una experiencia, implacable en sus resultados fallidos, que dividió la historia reciente de Colombia en dos y abrió el camino para el desangre en una inmediata guerra civil, aparece la figura de un joven estudiante cubano, que viajó a Colombia y vivió tan intensamente como nuestro pueblo, ese largo día en sus acontecimientos, en su angustiosa lluvia y en sus funestas consecuencias. Ese día costó a Colombia miles de muertos, de muertos que se entierran con cualquier NN y una cruz inequívoca indicando que la tierra ha tragado sus cuerpos.

Y Fidel se sumergió en esa experiencia como ninguno. Cuando se habla del 9 de Abril o del Bogotazo, sonido fúnebre a hecatombe, hay una referencia inmediata al nombre de Fidel Castro. En estos treinta y cuatro años, su nombre ha sido perseguido con la saña del dedo que acusa y señala y escribe en lingotes que claman venganza. Para la prensa conservadora, para el Partido Conservador y para muchos liberales que olvidaron sus ideas, Fidel, a sus veintiún años, como agente del comunismo internacional, fue el organizador de lo sucedido. Como si la furia y el dolor de un pueblo que ve morir sus esperanzas de una mejor vida, al caer asesinado el hombre en que creía, se pudiera llevar de un día para otro, en la maleta, en una visita que hizo el estudiante cubano al país.

Y la versión, la definitiva y verdadera solo podía salir de boca del protagonista. Por eso volví a la fila de quienes querían estrechar la

mano y saludar a Fidel, esa noche en el Palacio de la Revolución. La ansiedad no dejaba de perseguirme.

Fidel no se sorprendió al verme de nuevo:

—¡Tú de nuevo! ¿Ahora qué quieres?

—Que me dé la entrevista, Comandante. La entrevista sobre el 9 de Abril.

—Eso va a ser difícil.

Pero en sus palabras sentí que era posible. Fidel siente como suya, esa historia, esos días de abril que vivió en Bogotá. Entonces volví mi insistencia sobre Gabo, que en ese momento estaba cerca de Fidel, Gabo dijo: «Haré lo posible para conseguirla».

Al día siguiente por la noche, en uno de los corredores del Habana Riviera, Gabo soltó una lejana esperanza: «Esta noche voy a ver a Fidel. Voy a decirle que si no es posible la entrevista, que entonces te entregue las grabaciones, que están en los archivos de historia...».

Esa mañana vi a Gabo metido de cuerpo entero en su overol de mecánico, y entre su bigote medio encanecido, mostrando sus dientes que taladran palabras, me dijo así no más, sin preámbulos:

—Fidel quiere que te quedes. No desea que te lleves los documentos. Quiere realizar la entrevista contigo. Me pidió que yo esté presente para que le ayude a aclarar algunos detalles de su visita...

La verdad es que salté sobre mis propios resortes internos. Comenzó la espera. Dos semanas que se fueron acortando a medida que iba terminando el otro evento: la Conferencia Interparlamentaria que se realizaba en La Habana por esos días. Entre la noche y los días en que se explaya la maravillosa brisa que trae el mar, choca y disuelve su existencia contra el malecón. Y siempre las palabras de Gabo: «No desespere. Fidel manda a decir que tiene en cuenta tu entrevista. Sigue muy encabronado con el trabajo de atender la Interparlamentaria...». Gabo se fue a México con Mercedes. Al despedirse me dijo: «Esta tarde tienes noticias...», y se fue portando un retrato aún fresco, al óleo, que la noche anterior le había pintado Guayasamín. Esa noche recibí un mensaje: «Favor estar localizado para la entrevista. A las dos de la tarde. Día veinticinco de septiembre». Firmado, Núñez Jiménez.

(…)

Fue regresar al tiempo y esos treinta y tres años se volvieron presentes en su voz. Me había enfrentado a la maravillosa máquina que es la memoria de Fidel. La entrevista comenzaba a las diez y media de la noche.

(…)

El día había madrugado y Fidel seguía narrando, incansable. Eran las tres y media de la mañana. Culminaba la entrevista. Nunca había tenido una experiencia tan hermosa de confrontación intensa y dramática con la memoria de un hombre. Fidel hizo que nos adentráramos, con la facilidad de la carrera de un niño, a ese túnel fascinante y entrañable de su memoria, y sin tiempo para respirar, caminamos sorprendidos como alcanzando las huellas de sus palabras. Sentí más que nunca, cómo la memoria de Fidel es el gran río que inunda con sus aguas el lomo de nuestro continente, y el 9 de Abril, es una fecha memorable para él y para nosotros los colombianos.

Arturo Alape: *Fidel Castro y el Bogotazo,* Casa Editora Abril, Ciudad de La Habana, Cuba, 2008, pp. 7-11, 86-87.

Orlando Almaguer Vidal
GENERAL DE DIVISIÓN CUBANO

La caída de un combatiente es para mí la muerte de un hijo

Estábamos reunidos con el Comandante en Jefe en La Habana cuando llegó una información procedente de Luanda en la que se comunicaba que el Puesto de Mando en Cabinda, incluyendo a su jefe, el General de Cuerpo de Ejército Ramón Espinosa, había caído en un campo de minas.

Los comandantes de la Revolución, Ramiro Valdés y Guillermo García, también presentes, nos plantearon:

—No se lo entreguen ahora, él está contento.

Después de varias horas de conversación, Ramiro le comentó:

—Comandante, nuestra historia con tantos hechos, con tantas acciones combativas importantes; muchos compañeros mueren, caen en la lucha. Ahora mismo, acaba de llegar un cable de Angola.

Se quedó mirando fijo a Ramiro. Cogió el telefonema. Lo leyó. Se levantó. Comenzó a dar pasos de un lugar a otro. Sin dejar de caminar nos manifestó:

—Nosotros no somos un ejército regular, somos un ejército guerrillero, un ejército mambí, y los mambises, cuando el jefe actúa, no pueden llevar su puesto de mando completo, tienen que escalonarse.

Entonces, el General de Cuerpo de Ejército Joaquín Quintas le expresó:

—Comandante, Espinosa hizo todo lo que tenía que hacer, mandó todos los medios que tenía que enviar delante, el barreminas, todos los recursos. Yo lo hubiera hecho igual, permítame ir a restablecer el mando allí.

El Comandante dijo:

—Vamos a analizar –se retiró hacia un pequeño despacho. Nos mandó a buscar uno a uno.

Habló personalmente con cada uno de nosotros. A mí me preguntó:

—¿Cuántos años tienes?, ¿cuántos hijos? No pueden andar por las carreteras. Tienen que cuidarse. La caída de un combatiente es para mí la muerte de un hijo.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Carlos Altamirano

POLÍTICO CHILENO

Quedamos fascinados

Cloro (Clodomiro Almeida) y yo estábamos en un departamento en el Hilton cuando se nos anunció que el Comandante quería conversar con nosotros. Era la primera vez que visitábamos Cuba y formábamos parte de una comisión especialmente

CARLOS ALTAMIRANO

invitada por los dirigentes de la Revolución. Preguntamos a qué hora sería la reunión y como le pasaba a todo el mundo nos contestaron que debíamos estar preparados a contar desde las diez de la noche. Llegó a las dos de la madrugada, y se instaló con nosotros en uno de los salones del hotel hasta las siete. Más que conversar escuchamos los monólogos de Fidel. Ambos quedamos fascinados. No es fácil oír a alguien durante cuatro o cinco horas sin aburrirse, sin pestañar ni un segundo, pero Fidel tiene una inteligencia y una capacidad de comunicación que no he visto nunca en otra persona. He conocido algunos premios Nobel y a muchos de los grandes políticos de este siglo, pero el que más me impresionó fue Fidel. Es una verdadera catarata de ideas, y todas las desarrolla de manera brillante. No siempre tiene razón, pero fundamenta sus ideas con tal fuerza y convicción, que su capacidad de seducción se vuelve irresistible. Estoy seguro de que hasta su peor enemigo resulta hipnotizado después de estar una hora con él.

Hay que hablar con De Gaulle

Desde ese primer encuentro de madrugada, las prolongadas conversaciones entre Fidel y Altamirano se repitieron a lo largo de casi dos décadas. Son innumerables las escenas que se le vienen a la mente (…).

Estábamos comiendo en una de sus casas en las afueras de La Habana, cuando sonó el teléfono. Habló muy corto, y por primera vez lo vi derrumbado. Se quedó mudo, caminaba de un rincón a otro sin decir palabra, hasta que se sentó en uno de los sillones de mimbre y agarrándose la cabeza a dos manos comenzó a balbucear un «no puede ser, no me lo puedo explicar».

Eran los días en que circulaban infinitos rumores en torno al Che Guevara. Nadie sabía dónde se encontraba, unos decían que estaba en Bolivia, otros hablaban de África (…).

Después de unos minutos que se me hicieron eternos, Fidel nos explicó de manera inconexa y deshilvanada que efectivamente el Che estaba en Bolivia y que habían detenido a Regis Debray. Luego, como si estuviera solo, inició un monólogo angustiante lleno de preguntas que él mismo iba contestando: ¿Cómo puede ser esto, cómo han detenido a

Regis? Eso quiere decir que ya han agarrado al Che o que están a punto de agarrarlo. ¿Cómo podremos saber? No hay forma de conseguir información rápida». Al cabo de un rato, él mismo concluyó: «Lo concreto es que han detenido a Regis Debray, y lo van a matar. Hay que hablar con De Gaulle».

Sin esperar la opinión de los demás, pidió que lo comunicaran inmediatamente con el presidente de Francia. Hablaron en inglés, porque Fidel no sabe francés. Muy escuetamente le informó lo poco que sabía, le hizo notar que Regis era hijo de la alcaldesa de París y que si no actuaba de inmediato, las consecuencias serían fatales. Obviamente, De Gaulle se comprometió a actuar con la mayor rapidez (…).

Patricia Politzer: *Altamirano*, Ediciones B, Buenos Aires, Argentina, 1989, pp. 108-109.

Juan Almeida Bosque
COMANDANTE DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

El ingeniero de la obra

Lo recuerdo aquella tarde del 10 de marzo de 1952, cuando Armando Mestre vino a buscarme, disgustado, molesto. Me decía que el golpe de Estado era inconstitucional, inadmisible, y me invitó a que lo acompañara a la Universidad a buscar armas, para con los estudiantes y las provincias aún leales al gobierno combatir a los golpistas antes que enraizaran. Una hora después llegamos a la Universidad, entramos por la parte que queda frente al hospital Calixto García. Saludamos al policía universitario que era mi padrino, Pedro García, que cuidaba esa entrada. Fuimos hasta la Plaza Cadenas. Allí había varios grupos de estudiantes y de obreros, entre ellos estaba Rigo (Rigoberto A. Fernández León), el guaguero que terminado un viaje, guardó el ómnibus en la Terminal y vino para la Universidad. A uno de estos grupos nos unimos. Al rato llegaron noticias que el golpe estaba consumado. Después conocimos a Fidel, aquí mismo en la Plaza Cadenas, estuvimos un rato hablando con él y nos citó para vernos nuevamente.

Vinieron después los meses de entrenamiento y aquella tarde en que Fidel nos visitó en el reparto Poey, como ultimando los preparativos para el asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes. Llegó al portal de la casa, una hoja de la puerta estaba abierta, tocó en la otra. Me encontraba sentado en una butaca en la sala con una bolsa de hielo sobre la mano derecha inflamada por un «panadizo» ocasionado por un pellizco con un cubo roto, cargando mezcla.

Mi madre, en la sala en ese momento, fue hasta la puerta a recibir al que tocaba.

Escuché una voz que preguntaba si en esta casa vivía Juan Almeida.

—Sí –contestó mi madre, y mirándome, me dijo:

—Macho, ahí te buscan.

—Ah, sí es el ingeniero de la obra del que te he hablado.

Fidel pasó y se sentó frente a mí.

—¿Cómo estás?

—Bueno, con la mano lesionada, pues me accidenté.

—Entonces no podrás hacer nada.

—Sí, tengo la mano izquierda bien y soy zurdo.

—Entonces, no te vayas lejos.

—No, no salgo lejos.

—¿Dónde vive Mestre?, voy a verlo.

—En la próxima cuadra, desde el portal se ve su casa. Y dirigiéndome a mamá, le pedí:

—Enséñale.

Fidel se despidió y se marchó.

¡Asesino!

Sí, hoy nos toca la limpieza de la galera. Corresponde siempre a dos compañeros, como también hay dos para el servicio del comedor. Así cada uno atiende alguna responsabilidad, independientemente de otra que pueda tener como profesor, barbero, encargado de la cooperativa, cuartelero. Ya prácticamente hemos terminado y nos disponemos a limpiar el mármol sobre el cual se encuentra la cocinita eléctrica, al final de la galera, cuando escuchamos por los altoparlantes que tocan como marchas militares.

FIDEL Y ALMEIDA
EN LA SIERRA MAESTRA

—¡Oye, oye! –digo.

Subo a la plancha de mármol para indagar por la ventana, embutiéndome casi en el hueco. Miro y logro ver un grupo de personas que camina por la calle hacia nuestro pabellón. Entre ellos, al centro, me parece distinguir al tirano. Me digo:

—No, no, no puede ser.

Otra vez trato de ver bien, a pesar de que los barrotes lo dificultan. Pero ya estoy bien seguro, convencido de que es él, con un traje blanco, de dril por lo estirado que se ve, camisa blanca y corbata azul. ¡Es el tirano que visita el presidio!

Bajo y voy hacia Fidel, que se encuentra leyendo, mientras camina de un lado para otro. Me acerco y le digo:

—Fidel, ahí está el tirano.

Me contesta con cierta sorpresa:

—¡No me digas!

Llama de inmediato a los demás. Ya todos reunidos a su alrededor nos dice:

—Hay que hacer algo.

¿Pero qué hacer con tan poco tiempo?

—Sigue tú observando –me señala–, mientras los otros mirarán por las demás ventanas.

Continúa la interrogante: ¿qué podremos hacer entre rejas? Después de deliberar, acordamos cantar el Himno del 26 de Julio cuando se acerque y gritarle «¡Asesino!». Eso, eso haremos. Será nuestro saludo, el himno y gritarle. «¡Asesino!». Así queda acordado.

Afuera el grupo comienza de nuevo a moverse después de una breve parada. Desde mi puesto de observación aviso:

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

Fidel dice:

—¡Prepárense todos! Avisa cuando se acerquen a la ventana –me señala.

Cuando llegan a tiro de piedra grito:

—¡Ya, ya, ya está aquí!

Empezamos a entonar el himno. Al principio, el tirano tal vez pensó

que era loa a su persona, porque el Himno del 26 de Julio comienza: «Marchando vamos hacia un ideal». Su rostro, hasta ese punto, todavía es normal. Pero cuando llegamos a la parte que dice: «la sangre que en Oriente se derramó, nosotros no debemos olvidar…», su faz comenzó a desfigurarse en una mueca. Cuando el himno llegó a «tiranos insaciables que a Cuba han hundido en el mal», acompañado de gritos de «¡Asesino, asesino!», no pudo más, se puso amarillo de rabia. No podía creer que a través de aquellos barrotes pudiese recibir tal andanada de verdades, como si saliesen voces de las tumbas en la que nos habían arrojado para que nadie supiera más de nosotros, al menos en diez o quince años.

Ahora escucha las voces que reafirman nuestra existencia, que proclaman nuestra permanencia militante en aquella prisión, firmes e inclaudicables en los principios, combativos, sin importarnos las medidas que pudiesen tomarse contra nosotros. Es un gesto de desafío, de que no tememos al régimen de oprobio, torturas y asesinatos que él representa y dirige. Desde allí, aunque indefensos materialmente, lo retamos. No nos importa morir en sus mazmorras, ni los maltratos, ni la ley de fuga. Lo retamos, arriesgando todo lo poco que disponemos: visitas, cartas, juegos, salidas al patio y hasta el sol que recibimos. Aun así lo retamos con nuestra arma más fuerte: nuestra moral y nuestro himno de combate.

El tirano vino por lana y salió trasquilado, como antes le había pasado en otros lugares, gracias a la toma de conciencia de nuestro pueblo. Era imposible que este sátrapa saliese electo presidente de la República en 1952, año en que se celebrarían las elecciones. Por eso dio el golpe de Estado, única forma de volver a llegar al poder para enriquecerse de nuevo. Aquí llegó con una sonrisa en los labios, vanidoso, poseído, y salió con una mueca. Nunca le habían gritado tirano y asesino en su cara, delante de sus acólitos. Sus oídos, acostumbrados al halago, se negaban a oír esos adjetivos, así, a la cara. Pero fueron dichos y habría consecuencias.

Después que se cantó el himno, nos pusimos en guardia, tomamos todas las medidas para resistir cualquier represalia de la Dirección del Penal, que esperamos se desate, aunque vemos una actitud de calma, que el tirano obliga a adoptar a los que caminan junto a él, cuando se mueven

entre sorprendidos e incómodos. El tirano, con los brazos y las manos extendidos, indica calma, calma; mientras sus testaferros, con manifiesta furia, miran hacia las ventanas de nuestro pabellón. Llenamos de agua las vasijas, colocamos las camas contra la puerta de entrada de nuestra galera y montamos guardia toda la noche.

Nada ocurrió, todo se mantuvo tranquilo. El segundo día fue igual. Al tercer día ya todo era normal. La vida toma nuevamente su curso.

Al cuarto día, llega el oficial de espejuelos oscuros con una lista, anuncia los nombres de los compañeros que tienen visita de sus familiares y dice que nos arreglemos que pasará en media hora a recogernos. Los compañeros se bañan, se afeitan, se cambian de ropa, salen al patio con rapidez y marchan con el oficial. ¡Qué ajenos estaban a que se iba a materializar ahora el castigo por haber cantado el himno y haberle gritado «¡asesino!» al tirano!

Fueron castigados los cinco nombrados en la lista, Fidel y los que estimaron más responsables. Por supuesto, no faltó Cartaya, el compositor del himno, al que conocían por sus cartas y con quien se ensañaron a palos. Por la madrugada lo condujeron a una celda solitaria y lo golpearon brutalmente hasta dejarlo inconsciente. Ni en los peores años del machadato se cometió una injusticia y un abuso así. A Fidel lo encerraron y lo separaron de nosotros. Los demás, Ramirito, Tizol, Tápanes y Alcalde, fueron encerrados en celdas individuales y maltratados moral y físicamente.

El jefe indiscutido

(Ya en ciudad México). En la tarde nos llevan para un apartamento cercano en Pedro Baranda No. 8 (…)

(…) llega Fidel a visitamos acompañado de dos más. Uno es Héctor Aldama negro, alto, fuerte. En el auto quedaron otros.

Fidel está largo rato con nosotros, pregunta de Cuba, de los demás compañeros. Dice que pronto empezaremos a prepararnos, pues hay que hacer entrenamiento fuerte, con caminatas por el bosque, remo, gimnasia y al final práctica de tiro. Son como las tres de la madrugada cuando se marchan. Nos quedamos muy emocionados, era como si

hubiéramos visto a nuestro hermano mayor y más querido. Cada vez que le vemos después de mucho tiempo, parece más grande; crece ante nuestros ojos, no sólo a los míos, también a los de los demás, como el jefe indiscutido.

Hay que encontrarlo

Vamos por el norte de Gran Caimán. Vuela un helicóptero, tomamos medidas, pero sigue su viaje; parece un vuelo de rutina. El mar se pone cada vez más embravecido. Pasadas las seis y treinta de la tarde, las olas barren la cubierta. Ahora, en la noche, el sonido de las olas es más impresionante. Hace frío. ¡Qué fortaleza tiene este barco! ¡Cómo ha resistido y cómo todavía se enfrenta a este mar revuelto! Se han acabado los cigarros, ya no hay qué fumar. Se rastrea por los rincones y los bultos en busca de algún cigarro o tabaco, pero no se encuentra nada.

Vamos más apretados, pues por el tiempo que está haciendo todos tenemos que ir dentro. Fidel, el Capitán y el timonel revisan el mapa. El Capitán orienta que alguien vea si descubre el resplandor del faro de Cabo Cruz. Ya antes lo había intentado otro, pero como hay tanto oleaje, se hace difícil la observación. Roque dice que él va a ver. Sube al techo. El yate da un bandazo, se escucha crujir un palo y gritan:

—¡Hombre al agua! ¡Que unos miren por un lado y otros por otro!

Se ordena una movilización visual hacia el mar.

—¡Una soga! ¡Una soga! ¡Vean si hay salvavidas!

Solo aparece la soga, la trae Smith en la mano. Muchacho ágil, fuerte y trabado. Disminuye la velocidad el yate. Van pasando los minutos. Hay angustia, tensión y preocupación en los rostros. Gritan:

—¡Roooqueee! iRoooqueee!

Nada. Parece que el oscuro y agitado mar se lo ha tragado, mientras sube y baja el yate, y a veces parece que las olas le cruzan por arriba.

Cuando el momento es más crítico, Fidel dice:

—¡De aquí no nos vamos, hay que encontrarlo!

Eso nos llena de alegría a todos. Dicho así, detener la empresa que nos lleva a Cuba, hasta encontrar al compañero. Pensamos en la gran-

deza de aquel jefe que es capaz de arriesgarlo todo por un combatiente. En esta empresa no habrá jamás abandonados, no habrá jamás olvidados.

Vuelven a gritar:

—¡Roooqueee! ¡Roooqueee!

De aquel mar bravío surge una voz apagada:

—¡Aquí! ¡Aquí!

Es una noche sin luna, y alguien grita que enciendan los reflectores. Cuando van a hacerlo están rotos, hay que auxiliarse con linternas, con ellas alumbran.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Lo pasaron de largo! ¡Miren a ver si está atrás o en los lados!

Mientras, todas las miradas, como reflectores, registran, buscan en las aguas del mar.

Smith grita:

—¡Aquí! ¡Aquí lo tengo!

Corren a auxiliarlo. El resto aplaudimos, muchos con lágrimas en los ojos. ¡El momento es sublime!

Ya entra, empapado, en pantalón, sin camisa y con escalofríos. Después, recuperadas sus fuerzas con la respiración artificial que le aplicaron, se le oye gritar bajito, con la voz entrecortada:

—¡Viva... Cuba... Libre...! –y con él lo hacemos nosotros.

—¡Pon rumbo al faro! –ordena Fidel al Capitán.

Todos cantamos el Himno Nacional.

Juan Almeida Bosque*: ¡Atención! ¡Recuento! Presidio, exilio, desembarco;* Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, Cuba, 1993, pp. 327-329, 88-91, 194-195, 288-290.

Alicia Alonso

PRIMERA BAILARINA CUBANA

Todo el respaldo al ballet

La primera vez que Fidel va a mi casa aún yo no había regresado a Cuba. Volvió en una segunda

FIDEL JUNTO A ALICIA ALONSO

ocasión. Vino a comer en unión de Antonio Núñez Jiménez. Eran los primeros meses de 1959.

Cuando llegó se sentó en la terraza. Pasé una vergüenza terrible. Sabía que le gustaban los ostiones y los mandé a comprar, pero no los encontraron. La persona que cocinaba se puso muy nerviosa. Comimos arroz con pollo. Fidel habló muchísimo. Conversamos de ballet, de lo que podía hacerse, de cómo debía desarrollarse. Me dijo que teníamos todo el respaldo del gobierno revolucionario.

Al poco tiempo salimos de gira por América Latina como embajada cultural. Ya en el año 1960 se hace la Ley 812 que oficializa toda la ayuda al Ballet Nacional.

Me pongo nerviosa

Quizás Fidel no se haya percatado, pero cada vez que me encuentro frente a él me he sentido como que he tenido que pararme para defenderlo ante cualquier cosa que le quieran hacer. Cada vez que me encuentro con Fidel me pongo nerviosa.

De las numerosas personalidades mundiales que he conocido es él quien ha dejado en mí una mayor huella.

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1981.

Fernando Alonso

MAESTRO CUBANO DE BALLET

Les vamos a dar doscientos mil pesos

A mediados del mes de marzo de 1959 me encontraba en mi apartamento en la calle L, entre 11 y 13; eran aproximadamente las 12:00 de la noche. Alicia no estaba en Cuba. Sentí que tocaron a la puerta y era el capitán Antonio Núñez Jiménez. Me dice «Vengo con un amigo». Y le contesto: «Pasen, pasen». Suben entonces las escaleras y al llegar a mi cuarto me doy cuenta de que el acompañante era Fidel.

Yo estaba en la cama leyendo; allí mismo se sentó Fidel. Núñez tomó una silla, a un lado, y empezamos a conversar acerca de los imperialistas

norteamericanos, de la política cultural de la Revolución y de mil temas más. Fidel gesticulaba y en determinado momento una de las manos chocó con sus espejuelos y estos cayeron a la cama. (…)

Estuvimos hablando hasta las dos y pico o las tres, no me acuerdo bien, Fidel miró de pronto uno de sus relojes y exclamó: «Núñez, mira, estamos desvelando a este compañero; vamos que ya es tarde».

Cuando empezábamos a bajar las escaleras, se vuelve Fidel hacia mí y me dice: «Oye, pero si yo venía aquí para hablar del ballet y no hemos hablado nada de ballet». Rápidamente le contesté: «¡Todavía estamos a tiempo!». Entonces él me preguntó: «¿Cuánto dinero necesitan ustedes para reorganizar el ballet?» Yo le dije: «Cien mil pesos anuales», pensando haber puesto una pica en Flandes. Entonces fue él quien la puso: «Les vamos a dar doscientos mil, pero tienen que garantizar que va a ser una buena compañía».

Raúl R. Ruiz: *Fernando Alonso: Danza con la vida*, Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, Cuba, 2000, pp. 110-111.

Adalberto Álvarez

COMPOSITOR E INTÉRPRETE CUBANO

¡De aquí no me muevo!

En una ocasión citaron a un pequeño grupo de músicos y al ministro de Cultura, Abel Prieto, además, a Alicia Perea, quien presidía el Instituto Cubano de la Música en esos momentos, a una reunión con Carlos Lage en una casa del reparto Siboney que, coincidentemente, fue la primera casa en que estuve cuando entré en la Escuela Nacional de Arte. Allí estuvimos hasta que llegó el compañero Lage, pero, de manera inexplicable, la reunión no comenzaba, hasta que al poco rato siento una voz a mis espaldas que dice: «Buenas tardes, compañeros» y, sin poder aguantarme, exclamé: ¡Coño, Fidel!

No puedo expresar con exactitud la sensación que sentí con tan agradable sorpresa, que se extendió porque tuve la suerte de que se sentara a mi lado en un sofá y estuviera escuchando por casi una hora todos nuestros planteamientos. Pero aquí va lo otro: cuando comenzó

a hablar, sin darse cuenta, gesticulaba y golpeaba mi rodilla con sus dedos. De más está decir la fortaleza que posee, y yo me dije: ¡ay, mi madre, yo me quedo sin rodilla, pero de aquí no me muevo!

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 18 de enero de 2008.

Deborah Andollo

ATLETA CUBANA DE INMERSIÓN EN APNEA

Un verdadero lobo marino

Recuerdo con cariño que el Comandante en Jefe Fidel Castro se interesó mucho en las condiciones materiales que yo tenía para la práctica de mi actividad deportiva.

Él me dio una muestra impecable de conocimiento sobre equipamientos de buceo y pesca submarina, pero lo que más me cautivó fue que se preocupó por si yo tenía o no lentes blandos, utilizados para descender a grandes profundidades. Dichos lentes apenas habían salido al mercado internacional y solo se localizaban en ópticas muy selectas en el sur de Francia. Eran sumamente costosos y los únicos portadores de los mismos eran apneistas recordistas mundiales del momento. Sin embargo, el Comandante, me ofreció una explicación minuciosa en relación con el material que estaban hechos y para qué servían.

Yo ya los tenía porque me los habían facilitado los *sponsor,* pero no los utilizaba con frecuencia, porque me impedían una concentración óptima.

Entonces, Fidel se río mucho cuando le conté que aunque los poseía prescindía de su empleo, porque para mí lo más importante era la concentración, y que no quería portar nada que me proporcionara molestias e inquietudes.

Luego le comenté que no bajaba hasta los 100 metros a observar nada, más bien lo hacía para mirarme por dentro, que era lo que yo llamaba: inmersión al alma.

Fue un encuentro lindo, simpático, marino. Tuvo un efecto muy particular en mi persona, porque cuando fuimos presentados sentí el

nerviosismo que solo un hombre tan grande como Fidel es capaz de transmitir. En cambio, luego de cinco minutos charlando con él, casi olvido que era nuestro Fidel a quien tenía frente a mí. Parecía que hablaba con un verdadero lobo marino, un gran conocedor del océano y sus criaturas.

Aquella resultó una experiencia única y trascendental para mi vida.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 17 de febrero de 2008.

Rey Vicente Anglada
ATLETA CUBANO DE BÉISBOL

Me las autografió

Cuando regresamos de Venezuela después de jugar contra el equipo de Hugo Chávez, yo traje algunas pelotas que había conservado para que el Comandante en Jefe me las firmara. Así se lo pedí, y él me confesó que eso de firmar pelotas era una de las tareas más difíciles en la vida. No obstante, me las autografió.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 21 de enero de 2008.

Enrique Acevedo González
GENERAL DE BRIGADA CUBANO

¿Qué edad tienes?

Ese día marchamos por dentro de un túnel de árboles que cubren el riachuelo Las Lajitas. Ya al atardecer topamos con las postas y escuadras adelantadas de la columna madre. Como es costumbre, marcho detrás de la retaguardia. Por razones que no recuerdo voy solo. Al llegar a una curva del trillo me doy de frente con un grupo de oficiales, entre los que se encuentra Fidel.

Continúo la marcha pues no tengo otra alternativa. Bajo la vista, porque deseo pasar sin tropiezos, cuando una voz me ordena:

—Oye, ven acá, por favor –es el propio Comandante Fidel quien, después de mirarme con interés, comienza un breve interrogatorio–: ¿Tú eres de la columna 4? –asiento sin atreverme a hablar–. ¿De qué pelotón?

—No tengo pelotón, pertenezco a una escuadra especial.

—¿Qué escuadra es esa?

—Nos llaman los descamisados –veo que sonríe.

—No, no, no te vayas. Vamos a conversar un poco. ¿Qué edad tienes? ¿De dónde eres?

En ese momento una mujer delgada, de suaves modales, le pasa una nota al Comandante, lo cual atrae su atención. Luego supe que era Celia. Yo aprovecho para retirarme lentamente. Al llegar a la curva más cercana del trillo, aligero el paso. Debo salir rápido de este sofocón, pues tal vez el Comandante revoque la decisión del argentino. No puedo correr ese riesgo, hago un esfuerzo, aprieto el paso. Por fin llego al pedregal, que será nuestro campamento.

Gran levantón de ánimo

Recuperamos fuerza. A punto de partir para la marcha inicial, Fidel se presentó en nuestro pelotón. Traía un fusil de cerrojo con el que estaba probando personalmente el Sputnik. Se acercó al bohío donde habitábamos, nos pidió que no nos moviéramos de donde estábamos, a la vez que tomó nota del lugar de cada cual. Esto nos permitía participar en una prueba que se iba a realizar sobre la efectividad de la nueva arma.

Del bohío nada más sacamos el armamento, todo lo demás quedó adentro. Alejados a unos ochenta metros, el mismo Fidel lanzó un proyectil que explotó en medio de la vivienda. Al volver cada cual a ocupar el lugar que tenía antes del disparo, se comprobó que casi la mitad de nosotros hubiera muerto o sido herido por los fragmentos.

Las pérdidas de los medios de campaña, alguna que otra hamaca despedazada o agujereada, se reemplazaron con rapidez, por lo que obtuvimos ganancias netas.

Durante casi media hora pudimos conversar libremente con Fidel. Nos transmitió su entusiasmo por probar inmediatamente la nueva arma

contra el enemigo, además de dejarnos entrever que dentro de poco estaríamos combatiendo en el llano. Su visita significó un gran levantón de ánimo en todos nosotros.

Aprende a tener dignidad

Alguien pasa por mi lado con un herido o un muerto, no sé bien. Me dicen que es Pablito, el de Yara, por lo demás un buen socio. Por tramos me lo echo al hombro. Somos tres en esta tarea. Me voy encharcando con su sangre hasta que por fin llegamos a los carros. Unos fueron adelantados para recoger las bajas.

Nos acercamos al punto de encuentro, o sea, la grúa desde donde saliéramos hace cuatro horas. Ya cerca del lugar escucho los gritos de un herido. No son de dolor, más bien es el temor lo que vibra en su voz:

—¡No me dejen, por favor, no me dejen!

Una voz muy conocida para mí inquiere:

—¿Quién diablos grita así? ¿Qué pendejo es el que teme ser abandonado?

La luz de una linterna ilumina al herido, mientras un círculo se forma a su alrededor. El propio Fidel, que esta también su lado, es quien habla:

—Mexicano, debes controlarte. Hemos rescatado hasta el último muerto. Aprende a tener dignidad, que ya te evacuarán.

Es algo que nunca pensé. Al fin veo con su verdadera faz al gran cabrón que, en medio de mi desesperación, me sugirió que me suicidara hace algo más de medio año. ¡Y es un flojo! Un tiro en la mano debe doler, pero no para dar ese espectáculo. Si dice otra cosa, seguro que más nunca levanta cabeza dentro de la tropa. Por mi parte, prolongo un poco el placer de ver la caída de un supuesto tipo duro. ¡Cuántos carteles de guapo ha derribado la vida!

Arranca aplausos de sus enemigos

Recopilar los prisioneros no es tan fácil. Después de una semana están listos los primeros doscientos diez. Se prevé que la Cruz Roja los recoja en Sao Grande, ahora tierra de nadie. En la plana mayor se preparan listas engorrosas.

Fidel les habla a los guardias en un mitin relámpago. Para nosotros será imposible olvidar cómo nuestro jefe, con sencillas palabras, arranca aplausos de sus enemigos. Algo nuevo surge en mí al comprobar el poder de sus ideas. Tiene una gran facilidad para acercarse al hombre. Durante la oratoria ni una sola frase hiriente llega a los oídos de los vencidos.

La columna de prisioneros se organiza. Me toca ser custodio de ella. La despedida es emotiva. Algunos de los detenidos le piden autógrafos a Fidel, quien cumple sus deseos. Me parece que temen a un engaño maquiavélico de nuestra parte y quieren ganar puntos. Muy pocos de ellos se quedan con nosotros. Tampoco se les ha pedido, pues todo debe ser de forma espontánea.

Deuda pendiente

Un día me encontraba en una cena en casa de Carlos Rafael Rodríguez con motivo de su cumpleaños. Ahí se presentó el Comandante en Jefe. En la sobremesa, Fidel se me quedó mirando. De repente me dijo:

—Tú sabes que tengo una deuda pendiente contigo.

—No sé qué deuda pueda ser, jefe. Usted siempre me ha tratado muy bien. Me siento satisfecho de a donde he llegado –le respondí.

Se me quedó mirando, y pausadamente me reveló:

—El Che te pidió para que fueras a Bolivia. No accedí. Tú y tu hermano siempre han estado muy juntos. No me pareció justo separarlos.

Me quedé anonadado. Así era el Che. Así es Fidel.

Enrique Acevedo: *Descamisado,* Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2008, pp. 95-96, 127, 188-189, 244-245 y recuerdos narrados al autor.

Rogelio Acevedo González
GENERAL DE DIVISIÓN CUBANO

Dije la mitad

A las 48 horas de estar disparando en la Batalla de Jigüe, teníamos tremenda hambre. No habíamos comido nada. Subí a ver si resolvía la situación.

Me encontré con Fidel y le expliqué que había subido a buscar comida.

En ese momento él empezaba a comer; le habían traído un pedazo de pollo. Mandó a que lo picaran y me dieran la mitad. Lo que me trajeron fue un muslito y unas malanguitas.

Fidel, al ver aquello, se disgustó y expresó: «Dije la mitad», me comí la mitad y él se comió el muslito. Ese gesto me agradó mucho, pero también me golpeó.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Julián Álvarez
CIENTÍFICO CUBANO

El secreto

Para nosotros, los cubanos que prestábamos servicios internacionalistas en Angola, la llegada del Comandante en Jefe a ese país representaba un anhelado momento. Los que teníamos alguna responsabilidad en la coordinación de la colaboración en el terreno, habíamos discutido y preparado nuestros respectivos papeles en el recibimiento, en el acompañamiento de la comitiva y en las informaciones que debíamos brindar.

Todo transcurrió con la normalidad esperada, salvo algunos incidentes en el desplazamiento entre ciudades.

Las informaciones fueron escuchadas con extrema atención y a partir de las mismas el Comandante desarrolló nuevas ideas que relanzaron la colaboración Cuba-Angola hasta niveles insospechados de fraternal solidaridad.

Ya en la víspera del regreso del Comandante hacia la patria, sostuvo una última reunión, en la sede de la colaboración militar cubana en Futungo de Vela, Luanda con los cientos de colaboradores militares y la Dirección de la Misión Civil cubana en aquel país.

Fidel nos dirigió la palabra a todos en una gran explanada preparada al efecto. Su comienzo fue el habitual, con una explicación sobre la relación Cuba-Angola y sus perspectivas revolucionarias y un resumen de sus vivencias durante los días transcurridos en aquel país.

De pronto, su voz se hizo casi susurrante y, nos envolvió a todos en una atmósfera de intimidad y secreto: los Estados Unidos, ante el fracaso humillante de sus marionetas políticas en África: Holden Roberto y su FNLA en el norte y Sabimbi con su UNITA y la ayuda de los sudafricanos en el sur, estaban considerando la intervención directa de sus tropas en Angola. Fidel pasaba a sopesar la situación internacional y nos hacía saber la voluntad de la Revolución de hacer frente para derrotar cualquier intento de someter nuevamente a esa tierra africana al colonialismo, incluso si se trataba de las mismísimas tropas yankis.

El tono de íntima reflexión terminó y dió paso a una absoluta conclusión: venceríamos.

Todos supimos en aquel momento que estábamos compartiendo, entre cientos, un alto secreto de Estado al que debíamos un silencio total.

Esta capacidad de comunicación, que no solo está en las ideas, datos o informaciones, sino también en el ambiente psicológico que rodea al mensaje, únicamente puede lograrla un genio integral como Fidel.

Los sargentos

Era el año 1973, y yo me encontraba admirablemente adaptado al servicio de gastroenterología del hospital Luis Díaz Soto, más conocido por Naval.

Risquet me había solicitado a las FAR para ser propuesto al Secretariado del CC del PCC a fin de trabajar como funcionario en el recién creado Dpto. de Agricultura de ese organismo partidista. De pronto me vi desempeñando un papel radicalmente nuevo para mí. El cambio

laboral solo se justificaba ante la amenaza creciente de sabotajes a nuestra agricultura introduciendo plagas y epidemias de las que ya habíamos sido víctimas recientemente, como la fiebre porcina africana y la enfermedad de *new castle* en las aves, patologías que diezmaron gravemente nuestra masa porcina y avícola.

Mi papel sería el de apoyar, desde el trabajo partidista, las políticas estatales en esa rama tan específica.

Ya en el año 75, durante dos años en el trabajo del partido, había adquirido alguna experiencia en la labor que desempeñaba y se sumaban a mi responsabilidad los aspectos relacionados con semillas, suelo y fertilizantes y docencia e investigación, todo lógicamente en mi papel político.

Ya a principios del año 75, Risquet me da la tarea, aprobada en el secretariado del CC, de recorrer la isla y evaluar el grado de desarrollo y organización de la agricultura. Por suerte debía acompañarme en el recorrido el ingeniero agrónomo Omelio Borroto, en ese tiempo asesor del viceministro de Educación Dr. Benito Pérez Masa.

La tarea nos ocupó varios meses y nos dio la oportunidad de asomarnos, bajo una visión objetiva y desprejuiciada, al estado de la producción agropecuaria y socioeconómica del campo cubano en ese momento.

Una vez terminado el periplo, elaboramos, presididos por el compañero Risquet, el correspondiente informe para el órgano superior del partido. El mismo contenía un cuadro del nivel tecnológico utilizado en la producción agropecuaria, el nivel de calificación de dirigentes y trabajadores agrícolas, la organización docente y científica en esa rama de la producción y, por último, un conjunto de recomendaciones encaminadas a transformar la situación, especialmente en lo que se refiere a la formación de los profesionales que se requerían para introducir la tecnología de avanzada en esa importante esfera productiva de nuestro país.

Para mí se trataba de la primera reunión de ese nivel político a la que asistía. Fidel, Raúl, Carlos Rafael, Machado, Almeida, Ramiro y Risquet, habían leído el documento y estaban atentos a mis respuestas.

El Comandante inició el interrogatorio y demostró un conocimiento profundo acerca de nuestros campos, hizo gala de una memoria casi

fotográfica de lugares, de personas y caracterizó regiones y suelos sobre la base de su experiencia personal y sus lecturas.

Estuvo de acuerdo con las medidas propuestas y se mostró entusiasmado con iniciar, de inmediato, la captación de estudiantes de preuniversitarios para la formación en las especialidades agrícolas.

Cuando terminó la discusión y el análisis del punto, demostró una vez más su simpatía personal, y me distinguió acompañándome hasta la puerta del salón para despedirme.

Después pude oír la grabación de la reunión del secretariado. Fidel y Raúl le recomendaban a los demás compañeros buscarse «sargentos» como Julián y Borroto e imitar en ese sentido a Risquet.

La misión

En julio de 1965 estábamos en la Ciudad de La Habana esperando nuestra inminente salida hacia el continente africano. Ya sabíamos que nuestro deseo de participar y contribuir a la lucha de los vietnamitas por preservar su independencia y reunificar a su país tendría que esperar hasta una nueva ocasión.

Habíamos escrito nuestras cartas personales de despedida exonerando al gobierno cubano de la responsabilidad de una decisión privada, libérrimamente tomada por cada uno de nosotros.

Álvarez Cambras (Kiko), Manuel Jacas y yo nos habíamos compenetrado mejor y conocíamos las peculiaridades de nuestro carácter (al menos en la paz).

Entonces llegó una cita sin aparente objetivo: debíamos estar en un punto a las 09:00 horas.

A esa hora nos recogió un vehículo que nos llevó rápidamente a una dirección en la calle 11 del Vedado.

Unos minutos después entrábamos a una biblioteca donde se encontraba el Comandante en Jefe.

Al menos para mí, que solo había visto a Fidel desde lejos en los actos públicos o en la televisión, y que desde los quince años de edad representaba el ideal de dirigente que podría sacar a nuestro país de la ignominia del vasallaje colonial, del subdesarrollo económico y de la corrupción política, el momento fue conmovedor.

Fidel nos saludó personalmente a cada uno y nos identificó por nuestros nombres, a continuación exploró nuestros estados de ánimo. Durante la conversación se tocó el tema de los intereses literarios y Fidel nos mencionó que estaba leyendo *La primavera silenciosa* de la norteamericana Rachel Louise Carson y otro sobre el suelo y la tierra del científico francés André Voisin.

Por último, abordó el tema fundamental: la misión a la que estábamos asignados se trataba de una forma más de lucha antimperialista; ya se habían creado algunos focos con combatientes de gran experiencia, y pronto se verían los resultados. Nosotros formábamos parte de este gran destacamento guerrillero.

Días más tarde el compañero Osmany Cienfuegos nos citó en su oficina en el Ministerio de la Construcción, allí encontré sobre su escritorio una foto, tomada con teleobjetivo de dos personas: un primo mío y yo durante una multitudinaria concentración en la Plaza de la Revolución. ¡Increíble!

Cuando llegó Osmany, nos saludó efusivamente, nos contó los proyectos de la Revolución en el campo de la construcción y nos aleccionó acerca de la misión que teníamos por delante. Acto seguido nos entregó, a cada uno, el encargo del Comandante en Jefe: las pistolas de 20 tiros, las Stirch soviéticas que aceptamos, más que como instrumentos de defensa personal, como sello de compromiso con la Revolución y su máximo dirigente.

La definición

Durante principios de los años 80, el grupo de trabajo que yo dirigía en el CC del PCC, había estado trabajando en un proyecto que trataba sobre las ciencias y su atención en Cuba.

El documento se había añejado algo pues otros eventos postergaron su presentación.

En un momento determinado, desde la oficina del Primer Secretario me preguntaron si yo mantenía el interés en presentar el documento de marras al alto órgano partidista.

Mi respuesta, poco reflexiva, ahora lo comprendo, fue que sí. La reunión, con la presencia de Fidel, Raúl y los demás compañeros que dirigían las distintas esferas de la economía del país era impresionante para cualquiera.

Sorprendentemente Fidel comenzó a hablar empleando un léxico rebuscado, fluido y monótono, y cuyo sentido se escapaba a mi comprensión; así estuvo alrededor de 15 minutos, al cabo de los cuales se dirigió a mí y me preguntó: «¿Entendiste algo?». Todo lo que pude responder fue que no había entendido nada. A continuación, les hizo la pregunta a los demás participantes de la reunión los que le dieron la misma respuesta. Entonces, nos explicó que todo lo que habíamos oído era la definición de la bandera en un antiguo libro de cívica, y que el trabajo que estábamos presentando tenía el mismo defecto: en sustancia no decía nada.

Lucha contra vectores

En agosto de 1981, estábamos sometidos a una de las más brutales agresiones del imperio: el dengue, aviesamente introducido en Cuba, se extendía por todo el país causando cientos de miles de enfermos y decenas de muertes, principalmente de niños.

La Revolución organizaba al pueblo y combatía la enfermedad con todos los medios a su alcance. Los yankis bloqueaban los posibles suministros y magnificaban, a través de los medios masivos, la situación de la isla, presentándola como culpa de nuestro gobierno.

En una de las reuniones de examen y preparación presidida por Fidel, este me preguntó acerca de otras posibles fuentes de enfermedades trasmisibles y la posibilidad de que el enemigo utilizara otros vectores para introducir nuevas epidemias.

En mis respuestas se puso de manifiesto que la población de ratas era alta y que los rodenticidas en uso eran poco efectivos y estaban desacreditados. Por ello, el Comandante me dio instrucciones de elaborar un programa nacional para reducir, hasta los niveles mínimos la existencia de estos roedores y eliminar la posibilidad de una nueva agresión biológica utilizando esta vía.

Había una condición adjetivada por el Comandante con toda la gráfica energía del idioma español: no podía hacer planes para períodos largos, todo tenía que hacerse en un cortísimo tiempo.

La tarea fue asumida de inmediato. Lo primero, era saber algo de la biología de las ratas: ciclo de vida, tipo de alimentación, fisiología

y población relativa en ciudades y campos, así como, la situación actual en Cuba.

El segundo paso fue constituir una comisión asesora con los especialistas del MINSAP para buscar las mejores formas de organización en esta campaña.

Las informaciones todas eran descorazonadoras; las ratas casi son indestructibles, nadie en el mundo ha logrado erradicarlas, son omnívoras y se reproducen a la velocidad de la luz.

Los asesores descartaron la utilización de venenos de acción rápida pues, una vez detectados por las ratas resultaban totalmente inefectivos ya que estas los desechaban de su fórmula alimenticia.

El rodenticida ideal propuesto por los asesores era un producto mezcla de un anticoagulante y un atractivo alimenticio.

Aparentemente, todo quedaba resuelto. Una gran transnacional europea podía servirnos la cantidad requerida a un costo elevadísimo, pero para la situación que atravesábamos debía valorarse la enorme erogación.

Cuando se iniciaron las negociaciones, la transnacional solo otorgaría servirnos las cantidades que necesitábamos ¡en un año!

Desechada esta vía comenzamos a estudiar la solución nacional, lo que parecía imposible sin instalaciones industriales de capacidad suficiente como para enfrentar una campaña de la magnitud necesaria, y mucho menos con la velocidad que reclamaba el Comandante en Jefe.

Gracias a los 20 años de educación revolucionaria, en ese momento contábamos con el suficiente número de tecnólogos y especialistas para afrontar creadoramente semejante tarea. Desde el diseño del rodenticida idóneo para nuestro medio de elevada humedad y temperatura, hasta la reorientación de fábricas como la de *pellets* para la alimentación pecuaria y la de tableros de bagazo para muebles, así como el esfuerzo titánico de nuestros especialistas en el comercio exterior para garantizar los disímiles renglones, pudimos en muy breve tiempo disponer de la cadena de producción necesaria en la campaña prevista. Los especialistas de sanidad vegetal garantizaron el control de calidad de cada lote de rodenticida salido de nuestras flaman-

tes fábricas, y la organización de Salud Pública y de la agricultura aplicaron los productos en las ciudades y el campo a todo lo largo del país.

Mi gran satisfacción fue la de comprobar tres meses después que la población de ratas en Cuba había descendido hasta niveles muy por debajo del riesgo epidemiológico.

¡El país cumplió con la orden y las expectativas del Comandante en Jefe!

La inversión

Se trataba de una inversión importante: la planta de hemoderivados. En ese momento me correspondía atender la Salud Pública desde la instancia partidista.

La responsabilidad por la preparación y presentación de la propuesta era del ingeniero Díaz Vallina, en ese momento viceministro del MINSAP, a cargo de la industria farmacéutica.

Vallina era conocido por su capacidad y eficiencia en el manejo de su responsabilidad, y por mi parte tenía plena confianza en su destreza para exponer esa propuesta.

El único problema consistía en que la presentación se le haría directamente al Comandante en Jefe, y para ello, ya lo sabíamos, no habría preparación suficiente.

El viceministro comenzó su exposición que iba encaminada a demostrar dos objetivos fundamentales: la necesidad impostergable que tenía el país de procesar la enorme cantidad de donaciones de sangre que nuestro pueblo aportaba para la salud pública y la rentabilidad, a corto plazo, de esa inversión.

En cuanto al primer aspecto, no hubo discusión, el Comandante nos dio muchos más argumentos sobre la necesidad de la inversión que los que llevaba el MINSAP; el segundo fue harina de otro costal. Vallina desplegó una ingeniosa y complicada cadena de equivalentes en dos planos: las unidades de donaciones convertidas a gramos, estos trasladados a unidades de albúminas y globulinas y estas últimas a dosis de aplicación médica y, por otra parte, el costo unitario de extracción, procedimientos y de mercado.

Como podrá suponerse, la cantidad de números derivados de este análisis era muy grande, aunque razonablemente secuenciado hasta el final.

Para mi apreciación, todo estaba muy bien presentado bajo un análisis riguroso, entonces comenzó Fidel a preguntar, y de pronto aquella argumentación que parecía tan sólida se convirtió en un frágil andamio sin casi sustento, pues el Comandante comenzó de atrás hacia adelante a convertir precios en costos y costos en dosis y las dosis en gramos y los gramos en unidades, todo sin utilizar una anotación, sino una memoria y una capacidad analítica sorprendente que nos dejó atónitos a todos, y a Vallina sin palabras. La sesión se cerró con el acuerdo de una nueva presentación.

En la sesión siguiente las preguntas fueron respondidas y la inversión se aprobó definitivamente.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, 18 de noviembre de 2007.

Efigenio Ameijeiras Delgado
GENERAL DE DIVISIÓN CUBANO

Nunca te separes de él

Ya han salido muchos compañeros para México. Aunque Fidel sigue preso, se comenta que lo van a poner en libertad pronto. El asunto que tenía pendiente con Gustavo, en parte fracasó, y no por culpa mía, de lo mucho que me alegro. Ahora que me encuentro aquí, asilado circunstancialmente, puedo aprovechar la ocasión, la oportunidad, para realizar mi deseo de ir a México y regresar con la invasión. Por otro lado, lo único que me crea un poco de remordimiento, es que mis compañeros vayan a pensar que me he asilado por miedo, que pretendo salvar el pellejo. De todas formas, me digo: ...Bueno, siempre habrá tiempo de demostrar lo contrario a cualquier mal pensado.

Así pasan los días, soñando siempre con el viaje a México. Recibo la visita de mi mamá en la embajada (Haití). La vieja está pensativa, sin

EFIGENIO AMEIJEIRAS

embargo, tiene muy buen estado de ánimo, hasta bromea y me dice que tengo más suerte que un ahorcado, y termina recordándome lo mismo de siempre: «Hijo, nunca te separes de él, recuerda bien lo que te digo, trata de estar siempre a su lado, a ese hombre no le va a pasar nada».

Me sonrío por la forma en que me habla mi mamá. Pienso: «Caramba qué cosas tienen los viejos». De todas formas yo también confío en la buena estrella de Fidel y no deja de gustarme la idea de mi mamá.

En broma le digo:

—Vieja, tú siempre estás con tu espiritismo.

—Hazme caso, yo lo hago por tu bien, trata de salir siempre por donde él lo haga. Tú verás que también vas a tener suerte.

—Ojalá, mamá. Me gustaría estar a su lado, pero nunca por tratar de salvar el pellejo. Lucharé en cualquier puesto, si es a su lado, mejor, igual que lo hizo Mel (su hermano) en el Moncada.

Dale recuerdos al abogado

De pronto, todo se oscurece alrededor. Es como si apagaran el sol. Mi sangre ya no es sangre, es vapor lo que corre por mis venas. Siento que todos los balcones de la ciudad van cayendo sobre mi cabeza, uno a uno.

Estamos rodeados y, rápidamente, nos sujetan. Son tres o cuatro hombres. No sé de dónde diablos han salido. Me meten dentro de un automóvil y sin decir nada me llevan no sé a dónde. Paran en una casona vieja que, supongo, es una dependencia de la policía.

Pasan hacia adentro y me meten en un calabozo. Al limpiabotas lo desaparecen de mi vista. Me siento derrumbado, el hombre más infeliz del mundo. La cosa no es para menos. Preso, con un pasaporte falso y acusado por los sucesos de la Casa Amarilla. Solo acierto a decirme lleno de rabia las barbaridades más grandes del mundo.

Al rato, llega un hombre y me interroga. Me pregunta que para qué quiero el pasaporte. Le niego las cosas. Le digo que el pasaporte no es mío, pero comprendo que no tiene lógica y opto por decir la verdad.

—Mira, chico –le digo–, te voy a decir la verdad. El pasaporte lo quiero para ir a México; como usted sabrá, si es policía, soy un exiliado y se me niega la visa.

—Y ¿para qué quieres ir a México?

—Para unirme a Fidel.

—¡Ah!, tú eres de la gente de Fidel. ¿Y ustedes se van para Cuba pronto?

—Bueno, sí: eso lo sabe todo el mundo. Fidel lo ha anunciado públicamente. Ha contado incluso los días que faltan y los minutos.

—Ven acá, ¿y tú tienes que ver algo con la gente de la Triple A que está aquí o con los trujillistas? ¿Qué tú sabes del atentado al embajador?

—Chico –le contesto–, yo no tengo nada que ver con esa gente. Yo soy del grupo del 26 de Julio, y de atentados aquí no sé nada.

—¿Seguro que ese pasaporte tú lo quieres para ir a México? Mira, dime la verdad y puedes salir mejor. Dime qué hay de cierto en lo del atentado que le están preparando al embajador de Batista.

—Mire, señor, le juro por mi honor revolucionario que ese pasaporte yo lo quiero para ir a México a unirme con Fidel.

El hombre se queda mirándome un rato. Ya de retirada, me dice:

—¡Hum! ¡Vamos a ver!

Se va y me quedo solo. Más solo que nunca. Verdaderamente me siento desamparado y pienso que esto no puede tener un buen final, que a lo mejor me hacen un juicio o me presentan a los tribunales y... ¿Qué será lo que habrá pasado? ¿Me habrá delatado el limpiabotas? ¿Cómo la policía ha podido seguir la pista del pasaporte? Tengo que escapar de aquí, no tengo otro remedio. En la primera oportunidad, tengo que escapar.

Vivo los momentos más difíciles de mi vida. Voy a tener que intentar una acción desesperada. Si veo que se me enyerba la cosa, trataré de escapar de aquí como quiera que sea, y no voy a parar hasta Guatemala y de ahí, a cruzar la frontera de México. Es sumamente difícil y descabellado lo que estoy pensando. Pero qué voy a hacer en esta prisión. No sé por qué me figuro que el investigador que me interrogó es un hombre honesto, parece buena gente. Pasan los minutos, las horas. A la caída de la tarde regresa el investigador. Con una ligera sonrisa a flor de labios, me dice:

—Soy el capitán Vargas. Quiero que sepas que simpatizo con el jefe de ustedes. Como es natural, por referencias. He leído casi todos los

artículos que se han publicado en la revista *Bohemia* y simpatizo con las ideas revolucionarias de ese abogado. Además, el grupo de ustedes siempre ha tenido buen comportamiento en el país, lo que no ha sucedido con alguna otra gente que nos ha creado más de un problema...

Entonces agrega:

—¿Estás dispuesto a irte mañana mismo para México con este pasaporte? ¿Tienes dinero para el pasaje?

Así, de pronto, no puedo creer en las palabras que me está diciendo. Lo miro de frente y me parece el hombre más bueno del mundo. Me dan ganas de darle un abrazo. Le digo emocionado que me voy ahora mismo si quiere, que tengo el dinero para el pasaje.

—Bien, te vas mañana. En el aeropuerto de aquí no vas a tener problemas con las autoridades de inmigración. Eso sí, al llegar a México tienes que ver cómo te las arreglas. Fíjate que esta fotografía no se parece mucho a ti.

—No importa –le digo–, yo asumo el riesgo.

El capitán Vargas me entrega el pasaporte y la visa, y me pone en libertad, diciéndome:

—Dale recuerdos al abogado.

Escoltados por delfines

Pasamos cerca de la Isla Caimán Grande, bajo un cielo azul sin manchas, una mar tranquila y escoltados por delfines. Fidel les apunta con un rifle, pero dos o tres compañeros le ruegan que no los mate, porque hay una leyenda entre los marinos que dice que los delfines traen buena suerte cuando se acercan a un barco. Fidel sonríe y deja de disparar.

Nos alegramos. Todos somos de la misma idea, en un plano, digamos, sentimental, de que no se mate a estos animales tan mansos. Además, es alegre viajar en compañía de ellos, verdaderamente parecen nuestra escolta de honor. ¿No hay un poeta por aquí que le saque un poema a los delfines? –pregunto y nadie me contesta. Entonces yo lo intento, pero no me sale nada.

No me canso de contemplar cómo nadan los delfines. ¡Qué gran velocidad desarrollan! ¡Cómo surcan el agua! A veces saltan fuera

con suma gracia, se les puede ver el rostro, donde se dibuja algo así como una esquemática sonrisa. Los delfines andan en grupo. Se cuentan tantas cosas de los delfines: que se hacen amigos de los pescadores y hasta comen de sus manos y han salvado numerosos náufragos llevándolos en sus lomos hasta la orilla. También lloran cuando los arponean. En fin, no sé hasta dónde se exagera, pero sin duda son inteligentes.

Trato de volver a hacerles el poema de marras. Rompo el papel y lo tiro al agua. Entonces me digo: «Quizás mañana, cuando triunfe la Revolución, los jóvenes poetas le canten a los delfines del *Granma* como ellos se lo merecen».

¿Qué te hizo venir?

Estamos cerca de Cuba. En el radio del barco podemos escuchar fácilmente las emisoras del país. Se da la noticia de que hieren a numerosos estudiantes, cuando la dictadura disolvió en Infanta y San Lázaro la manifestación que iba a conmemorar un aniversario más del fusilamiento de los estudiantes de Medicina. Esta noticia me llena de recuerdos.

Pienso: «Ojalá esta sea la última vez que tengan que salir los muchachos de la Colina a enfrentarse a las balas asesinas de la tiranía. Para eso vamos a Cuba a morir o a vencer, para que otros vivan en paz. Así es el oficio del revolucionario: actuar acorde con el momento en que vive». Esto me recuerda el diálogo que ayer sostuvieron Fidel y Eduardo (Reyes):

—¿Cómo te sientes? –dijo Fidel a Eduardo, que se encontraba descansando en la proa del barco.

—Un poco mareado todavía, pero sigo mejorando.

—¿De dónde eres?

—De Placetas.

—¿Qué te parece la expedición?

—Algo muy grande.

—¿Qué te hizo venir?

—El Moncada

—Y, ¿por qué el Moncada?

—No sé, me parece que hacer algo de la calidad moral del Moncada es difícil.

Fidel lo toca en el hombro con cierto orgullo y se aleja a revisar las armas.

Todos son iguales

Ya el radio habla de sabotajes y paros eventuales en muchos pueblos de Cuba. De pronto, ¡llega la gran noticia! Se lucha abiertamente en las calles de Santiago. La ciudad está dominada por los francotiradores y el coraje de las guerrillas del Movimiento 26 de Julio, comandados por Frank País. Todos en el barco damos vivas a Frank País. Nos lamentamos de no estar en Cuba y secundar el movimiento de Santiago, como estaba coordinado, cosa que no se logra por la lentitud del barco. En estos momentos quisiéramos estar allí para ayudar a los valerosos muchachos del Movimiento 26 de Julio.

Oímos los nombres de los primeros caídos: Pepito Tey, Otto Parellada Tony Alomá y otros. También hay muchas bajas por parte de la tiranía. Está pasando este día glorioso. Parece que los fuegos de la rebelión de Santiago se han apagado. Es lógico que los muchachos hayan tenido que replegarse, en espera de nuestra llegada. Deben estar impacientes esperando por nosotros, pero nosotros lo estamos más.

Fidel pregunta: «¿Quién es Pepito Tey?». Alguien que lo conoce en grupo contesta, le ofrece datos de la vida del héroe. Fidel se emociona y dice: «Y Tony, y Otto…, y los demás? ¡Qué hombres! Todos son iguales. Tenemos que llegar pronto, y mantener viva la llama de la insurrección. Esta noche, antes del amanecer, desembarcaremos. Estamos atrasados, pero cumpliremos nuestro compromiso...».

Esta guerra la ganamos nosotros

A las once y cuarenta y cinco de la noche nos ponemos en marcha bajo la luna más grande del mundo, una luna más linda que la de Nilvia, y esto ya es mucho decir. Hermes y el mensajero van de prácticos. Vamos a encontrarnos con el hombre del Moncada, con el sueño de Mel hecho realidad presente. Al fin sabemos con certeza que está sano y salvo. Cada día que pasa ganan en razón las palabras de la vieja, repetidas tantas veces: «¡Hijo,

trata de no separarte de su lado, a ese hombre no le pasará nada!». No es que yo sea supersticioso, pero me parece que la vieja tiene su poco de razón. Le voy a tener que hacer caso, ¿anjá?

Estamos atravesando un cañaveral. A cada rato un compañero pide un alto en la marcha y sale corriendo a ocultarse entre las cañas. Nadie escapa a la consecuencia de la comida. ¡Oh, ingratitud de la vida, estómagos de celofán! ¿Cómo podéis desinfláis de esta forma? Canallas, merecen una cuarentena a pan y agua.

Caminamos por la guardarraya: Se produce el encuentro que tanto esperábamos. Nos salen al paso varios hombres y enseguida reconocemos a Fidel entre ellos. Son emotivos los abrazos. Se reparten una y otra vez. Todos queremos hablar al mismo tiempo. Con Fidel hay solo dos expedicionarios del *Granma:* Faustino y Universo. Los otros, son varios campesinos. Nos presentan a Mongo Pérez, es un hombre robusto, hermano de Crescencio. Fidel está que parece un niño con un juguete nuevo: me pasa la mano por la cabeza, me abotona la camisa y sonriéndome, me dice:

—¡Qué elegantes se ven con el uniforme del *Granma* y todas sus armas! Les felicito. ¡Qué bien! ¡Qué bien se han portado! Han llegado hasta aquí casi sin prácticos, uniformados y con todas sus armas, hasta un Johnson me dicen que tienen guardado por aquí cerca. ¡Qué bárbaros! Los vuelvo a felicitar de todo corazón. Sé que han pasado mucho trabajo, pero han cumplido. Nosotros también pasamos un poco de trabajo, hubo un momento que yo pensé hacer como Calixto García. Me encontraba solo, cerca de mí el cañaveral crujía envuelto en llamas y los soldados a un paso, muy cerca, y para colmo un avión pasaba sobre mi cabeza ametrallando –mientras habla se pone en marcha con nosotros. Lo seguimos de cerca, atentos a su conversación–. Pero bueno, los peores momentos han pasado, y aunque solo tenemos siete fusiles, es suficiente para empezar de nuevo. Esta guerra la ganamos nosotros.

Acampamos en un claro del cañaveral donde hay algunas palmas. Fidel sigue contando la odisea que había pasado desde el encuentro de Alegría de Pío.

Se reparten las guardias. Me toca la primera. Estoy recostado a una palma, muy cerca del cañaveral donde duermen mis compañeros,

18 de diciembre de 1956, faltan pocos días para que se acabe el año, quizás no sea el año más grande de la Revolución, pero fue tremendo, traer el *Granma* a Cuba fue una empresa más peligrosa que la del Moncada y encima de todo han estado a punto de exterminarnos.

¿Cuántos compañeros habrán logrado escapar, cuántos se reunirán con nosotros? Mongo explica que hay varios grupos cerca. Dicen que los dos hombres que hablaron con nosotros eran mandados por él, pero como nos hicimos pasar por soldados desconfiaron.

La noche se cierra, el cielo parece el hueco de una campana donde titilan puntas de diamantes, la luz de oro de la luna relumbra de costalazo sobre la cresta de las cañas. Realmente nunca pensé que las cosas fueran a suceder así… parecía que todos nuestros símbolos se hundían de pronto en un mar sin fin, solo quedaba a flote, como siempre, el girasol. Aquí estamos con un ejército de siete fusiles, más loco que «el ejército loco de Sandino».

Allí está Fidel, acostado en el cañaveral, tapándose con la paja de la caña, solo se ve un bulto junto a su fusil de mira telescópica. Así, la Revolución duerme entre las cañas de Purial de Vicana.

Efigenio Ameijeiras: *1956: Un año tremendo*, Editora Abril, Ciudad de La Habana, Cuba, 1986, pp. 93,118-120, 133-135, 185-186.

Luis Báez
PERIODISTA CUBANO

No soy hombre de balcones

Durante su visita a Washington en abril de 1959, Fidel trató de mantener un contacto con el pueblo. Las autoridades norteamericanas intentaban impedírselo. Vista su disposición a extender la mano a la gente de la calle, un tal míster Houghton, identificado como de los servicios de seguridad, le sugirió:

—Es mejor que se asome a los balcones.

Fidel replicó:

—No soy hombre de balcones –e inmediatamente se dirigió a la puerta y la abrió.

Antes de que los agentes del FBI se percataran estaba cruzando la calle. Sorprendidos por su intrepidez, a los policías se le desorbitaron los ojos y a los ciudadanos se les secaron las gargantas.

—¿Ustedes querían saludarme?

Lo rodean, lo estrujan. Los cubanos, con su peculiar efusividad, lo tutean y le dicen simplemente «Fidel». Los norteamericanos más circunspectos, le llaman «señor Castro». Es una práctica bilingüe. Se habla en dos idiomas, pero en un solo lenguaje de amistad y de pueblo. El diálogo se extiende hasta la madrugada.

Quien maneja las cosas de Cuba soy yo

En el salón South América, Christian Herter, secretario de Estado, se adelanta a recibirlo. Fidel sostiene su gorra militar en la mano izquierda. Se sientan en un sofá. La conversación no se prolonga mucho. Se ponen de pie y se encaminan al comedor donde les espera el almuerzo. En el momento de los brindis, al responderle al norteamericano, Fidel levanta su copa y entre otras cuestiones señala:

—Nuestra lucha, que costó miles de vidas, está llena de bellos episodios y sacrificios extraordinarios que esperamos algún día los Estados Unidos puedan reconocer plenamente.

En el momento de la salida, William Wieland, director de la oficina de asuntos del Caribe del Departamento de Estado, al presentarse le dice:

—Doctor Fidel Castro, yo soy la persona que maneja las cosas de Cuba.

—Perdóneme, pero quien maneja las cosas de Cuba soy yo.

Y la incidencia culmina con una sonrisa.

Alea jacta et

La madrugada del 17 de julio de 1959 me encontraba en el periódico *Revolución*. En esa época la redacción y los talleres se encontraban en la avenida Carlos III. En las primeras horas de la mañana partiría rumbo a Estados Unidos como parte de la delegación que, presidida por el capitán Antonio Núñez Jiménez, director del INRA, representaría a Cuba en los actos por el sexto aniversario del 26 de Julio.

En un momento comenzaron a llegar compañeros del Ejército Rebelde que tenían instrucciones de no permitir la salida del edificio. Aún no sabíamos qué estaba ocurriendo.

Ya de madrugada hizo su aparición Fidel. Traía sobre su hombro el histórico fusil FAL que lo había acompañado victorioso en la Sierra Maestra. Ahí me enteré de lo que iba a ocurrir. El diario, en su primera plana en grandes titulares, anunciaba su renuncia como primer ministro y decía que explicaría los motivos en una comparecencia televisada en horas de la noche.

Permanecimos en el periódico hasta que comenzaron a salir los primeros ejemplares. Ahí aproveché para preguntarle si el viaje se mantenía. Me respondió afirmativamente a la vez que me dijo:

—*¡Alea jacta et!* ¡La suerte está echada!

No le tengo temor a ninguna pregunta

Recuerdo que, en los años 60, participé en varias oportunidades como panelista en el programa Ante Prensa. No he olvidado que otro de los integrantes, periodista de experiencia, antes de comenzar el programa le dijo a Fidel:

—Comandante, ¿usted desea que le haga alguna pregunta determinada?

Fidel lo miró fijamente y, a la vez, con su peculiar gesto, le tocó con el dedo índice en el pecho y le respondió:

—Puedes preguntarme lo que te dé la gana. No le tengo temor a ninguna pregunta y yo sé cómo entrar en cualquier tema que esté interesado en tratar.

En ese momento yo era el benjamín de los periodistas y así me presentaba el moderador del programa Manolo Ortega. Me quedé frío con la respuesta. Esa experiencia fue una de las primeras lecciones que aprendí del jefe de la Revolución.

Va y se lanzan por aquí…

Pocas semanas antes de la invasión a Playa Girón, el Comandante en Jefe realizaba uno de sus habituales recorridos por las obras en construcción a lo largo y ancho del

país. En esa ocasión por la Ciénega de Zapata. Lo acompañaba en mi calidad de periodista. No he olvidado que alrededor de la una de la madrugada arribamos a la zona de Girón, donde se estaba levantando un centro turístico. Ya se encontraban en pie numerosas casas donde antes solo había desolación. Igualmente, estaba terminada una pista para el aterrizaje de aviones. También formaban parte de la comitiva, entre otros, los comandantes Guillermo García, Calixto García y Abraham Masiques, director del plan de desarrollo de la ciénaga.

En un momento determinado Fidel se detuvo y se puso a mirar hacia el firmamento. De pronto, expresó:

—Va y estos HP se lanzan por aquí. Vamos a instalar una ametralladora calibre 50 donde se encuentra el tanque de agua –estaba a una gran altura–, y otra frente a la pista de aviación.

Los hechos ocurrieron con tanta rapidez que dichas ametralladoras no se llegaron a instalar, aunque esa fue una de las zonas del desembarco.

Simplemente conversar

Antes de comenzar una conferencia de prensa con periodistas cubanos que escriben para la comunidad cubana en el exterior el moderador le preguntó a Fidel:

—¿Usted tiene, primeramente, algo que decir?

Y Fidel le respondió:

—No, yo no. Simplemente conversar y contestar las preguntas que ustedes hagan.

Por la vieja Varsovia

Es relativamente temprano en la noche. Oficialmente la jornada finaliza con la recepción y los discursos en el edificio del Consejo de Ministros. La delegación cubana se retira a la residencia que le ha sido asignada como alojamiento. Desde las ventanas se ofrece el panorama de Varsovia constelada de luces como invitación. Fidel sonriente, sugiere un recorrido fuera de programa.

Primera etapa del paseo: el viejo Castillo Real, destruido durante la guerra, y ahora en cuidadoso proceso de reconstrucción. Apenas

abandonan los autos se produce un movimiento expectante y alegre. La alta figura, vistiendo el uniforme de gala, es inconfundible. Unos minutos nada más y lo envuelven estrechones y saludos.

Los primeros en identificar a Fidel son maestros procedentes del interior del país de visita en la capital. Fidel, mientras conversa, firma algunos autógrafos.

Un pequeño episodio sustancia el calor humano del encuentro. Una vendedora de flores, Yadwiga Ganaszek, mujer madura, de airoso y alegre porte, se le acerca, para obsequiarle una violeta. Fidel le pasa el brazo sobre los hombros y la invita a sentarse en las mesitas al aire libre. Quiere que le cuente su vida.

Son los duros recuerdos de la guerra. Durante la ocupación nazi trabaja de enfermera en esta plaza, ahora tan feliz y acogedora, que entonces era uno de los más sombríos rincones de Varsovia, matadero de las tropas SS.

—Los cadáveres los recogíamos con palas.

La evocación de la barbarie genocida de hitlerianos, por lógica asociación de ideas, plantea la dramática actuación de Viet Nam. Tanto ella como su nieto, de 17 años, están al tanto de los acontecimientos del sudeste asiático.

—¿Y qué les parecen?

—Es una cosa terrible. Me recuerda mucho a los fascistas alemanes.

Los fotógrafos hacen funcionar sus cámaras Yadwiga, se empina sobre sus pies para recibir en la frente un beso de Fidel. El líder de la Revolución Cubana mientras le estrecha las manos le expresa su deseo de que viva muchos años para que siga recordando la historia de Polonia y ella le responde:

—Quien hace falta que viva muchos años es usted que es un hombre muy bueno.

Mi corazón está más fuerte que nunca

Al llegar a un café, más personas llegan a saludarlo. Jóvenes finlandeses y muchachas polacas le traen flores. La charla se hace animada. La mímica y la expresión compen-

san los baches idiomáticos. Se escucha música. Sorpresa y júbilo al penetrar Fidel en el establecimiento Cocodrilo, nombre jovial del café. Un alemán intercambia su corbata con Fidel.

El ambiente es tan agradable que el Primer Ministro, al marcharse, se compromete a enviar un cocodrilo disecado de los criaderos de la Ciénaga de Zapata en sustitución de la muestra de madera que tienen allí.

Al retomar los autos para proseguir el recorrido, este enviado de *Bohemia* le da una noticia. En esos precisos momentos, la agencia yanqui AP, desde sus oficinas en Varsovia, había puesto en circulación el rumor, malévolamente aderezado, de que Fidel sufría un trastorno cardiaco. La información, con independencia de su venenosa intención, resultaba grotesca. Fidel la acoge con una sonrisa. «Mi corazón está más fuerte que nunca».

Mientras Fidel, desbordante de vitalidad, paseaba por las calles adoquinadas de la zona vieja de Varsovia, el avieso despacho de prensa daba la vuelta al mundo. Según el plumífero, de nombre Nicolás Lillitos, corresponsal de la benemérita AP, el Primer Ministro de Cuba se encontraba en un estado «previo, al infarto cardiaco», moviéndose con previsora escolta de ambulancias y médicos.

Además, citando «fuentes gubernamentales» polacas que no identifica, Lillitos agrega que en vista de la situación se está «reconsiderando el programa de actividades» para ajustarlo a la precaria salud del viajero.

Que la mentira no siempre paga lo aprende el Nicolasín de la AP.

El miércoles 7 las oficinas de la agencia reciben la visita de periodistas cubanos interesados en conocer y conversar con el corresponsal. Lillitos adopta una actitud cínica y provocadora. Hay un cambio violento de palabras y, de pronto estalla la indignación hasta entonces reprimida de un criollo.

Una mano vigorosa lo toma por la corbata. Desde la cadera derecha, como un resorte, trazando un arco, vuela un puño para estrellarse en impacto demoledor contra la boca lenguaraz del reportero. Lillitos salta en el aire y aterriza debajo de una mesa. Un segundo gacetillero, Jerzy Brodzki, ensaya una operación de apoyo.

Al segundo siguiente, atrapado por un gancho de izquierda, barre el piso. Un sólido zapatazo al sur del coxis remata el episodio. La «entrevista» apenas dura unos minutos.

Se trata, informan las crónicas fechadas en Varsovia, de un «infarto al maxilar».

Mis ideas, mis principios, jamás cambiarán

Mayo 6 de 1995. El embajador boliviano Juan Franklin Anaya ofrecía una recepción en honor a su canciller Antonio Araníbar, que se encontraba de visita en La Habana. No había recibido invitación para la actividad. Llamé a Carlos Zamora, director de América Latina de la Cancillería y se lo comenté. A las pocas horas ya la tenía en mi poder.

Al llegar a los predios de la calle 26 en Miramar, noté que existían muchas posibilidades de que el Comandante en Jefe asistiera a la actividad. Los compañeros de la Seguridad Personal, con su efectividad característica, tenían tomadas todas las medidas.

A la hora de haber comenzado la recepción llegó Fidel. La visera de la gorra la tenía un poco más elevada de lo normal. Se le veía contento. Realmente estaba feliz. Hacía solo cuatro días se habían firmados nuevos acuerdos migratorios con Estados Unidos.

En el jardín fue rodeado por diversos embajadores latinoamericanos, algunos cubanos y los anfitriones. Fidel preguntó si estaba Alarcón, el Presidente de la Asamblea Nacional ya que fue él quien negociara en Nueva York y Canadá con Peter Tarnoff, subsecretario político del Departamento de Estado, los acuerdos se habían hecho públicos el 2 de mayo.

Fidel se interesó por conocer si el comandante (Manuel) Piñeiro estaba presente. A los pocos segundos apareció, como siempre sonriente, el legendario Barba Roja.

Me percaté de que, al levantar la vista, Fidel me había visto a lo lejos. Sorpresivamente exclamó: «Ahí está Luis Báez, Luis maneja más información que yo». Solo atiné a responder: «Comandante, toda mi información va para usted».

Eso provocó que algunos de los cubanos presentes y también extranjeros se me acercaran para felicitarme «pues estaba en buena con el Comandante». Tal reacción no me produjo ningún efecto. Sabía perfectamente que, si en vez de darme cariño Fidel me hubiera criticado, ninguno de los que se me acercaron lo hubieran hecho. En estos 36 años ya había pasado por semejantes pruebas.

Después de dialogar con los diplomáticos, Fidel se dirigió a un salón para conversar con el canciller Araníbar. En el camino fue interceptado por algunos periodistas que le pidieron su opinión sobre los últimos acuerdos migratorios.

Una periodista boliviana se interesó en conocer si él cambiaría su posición política. Fidel le contestó: «Mis ideas, mis principios jamás cambiarán. Me acompañarán hasta la muerte».

De una manera algo atrevida lo interrumpí. Le dije: «Comandante, por favor, no hable de su muerte». Se viró y me respondió: «Luis, a mí no me preocupa morirme». Solo atiné a decirle: «Pero a nosotros sí». Sonrió y echó a andar. Me tiró el brazo por encima. Cuando iba a entrar al salón, me retiré.

Aún me faltaban algunas sorpresas. En el momento en que Fidel se marchaba de la sede diplomática, cuando iba a subir al auto, preguntó por mí. Rápidamente me localizaron. Me dijo: «Monta».

En el camino me vino a la mente el 24 de octubre de 1989, cuando al terminar una recepción en la Nunciatura Fidel me invitó a que lo acompañara en el Mercedes Benz. En aquella ocasión le hablé de la marcha del libro *Los que se fueron*. Le informé a quiénes tenía entrevistado. Hablamos de José Pardo Llada, Goar Mestre, René Cabel y otros. En el camino me sugirió que después debía escribir *Los que se quedaron*. Mujeres y hombres ya populares antes del 1ro. de enero de 1959, y que habían decidido permanecer en el país. Algunos eran revolucionarios, otros no, lo importante era su patriotismo.

Habían pasado tres meses de los acontecimientos conocidos como la Causa 1. Le comenté que gracias a su presencia no había corrido la sangre. Era un tema que le dolía tocar. Solo me respondió: «Luis, ¡qué daño nos han hecho! Afortunadamente, lo pudimos conocer y lo hicimos público a tiempo».

El auto iba veloz, acompañado por los carros escoltas. Fidel comentó que el canciller boliviano le había causado buena impresión. No era la primera vez que se veían. El boliviano provenía de la izquierda.

Tomamos Quinta Avenida, Malecón, Paseo y a los pocos minutos estábamos entrando en el Palacio de la Revolución. Monté con Fidel en el pequeño elevador. Salimos del ascensor y entramos directamente en el despacho del Jefe de la Revolución. También lo hizo Lage. A los pocos minutos se incorporó Felipe Pérez Roque.

Fidel me pidió que le contara cómo estaba el ambiente con la firma de los tratados. Le manifesté que habían causado sorpresa, pero que fueron bien recibidos. Le dije que muchos especulaban que esto le iba a costar a Bill Clinton la derrota de la Florida en la próxima campaña electoral. Me respondió que los que decían eso estaban equivocados y que el presidente norteamericano, en su lucha por la reelección, ganaría Florida.

—Se dice que le va a pasar igual que a Carter que perdió la reelección por el éxodo del Mariel –agregué.

—Eso no es verdad. Carter perdió fundamentalmente por el problema de los rehenes norteamericanos en Irán –precisó.

Tocamos otros temas. La conversación se produjo todo el tiempo de pie. Estuvimos alrededor de una hora.

Me llamó la atención la sobriedad del despacho y, sobre todo, una fotografía de Ángel Castro Argiz, su padre.

Al despedirnos, con su sencillez característica, me dio las gracias por la información que le había brindado. Antes de marcharme le dije que cuando hiciera espaguetis me invitara. Me respondió: «Dalo por seguro».

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 24 de noviembre de 2007.

Rosa Báez Dueñas

DOCTORA CUBANA, MÉDICO DE LA FAMILIA

En un altar

En uno de los primeros encuentros que sostuvimos con Fidel, a raíz de comenzar a implantarse el Médico de la Familia, le comenté cómo me había impresionado lo que encontré al llegar a casa de un anciano de más de 70 años que vive solo y está jubilado, se llama Octavio Padilla, y tenía en una esquinita de su sala un altar con varios pisos y santos, en lo último de ese altar, allá arriba, después de Santa Bárbara, la virgen de la Caridad, San Lázaro y otros, había una foto del Comandante con una vela y un tabaco encendido. Fidel se quedó serio, no habló y miró a lo lejos. Yo me dije: ¿Qué habré hecho? Reinó un silencio y, de momento, mirándome, expresó: «Trabajen, que algún día ese pueblo también los pondrá a ustedes en un altar».

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, 2006.

Miguel Barnet

INTELECTUAL CUBANO

¿Por qué me molestas con eso?

Tendría tantas cosas que contar de Fidel, pero quiero referirme a una experiencia en particular. No la veo como anécdota, sino como una historia con profundo peso político que revela el carácter íntegro y la modestia del Jefe de la Revolución.

Un día le dije:

—Comandante, yo me hice revolucionario por sus discursos, por sus acciones; como siempre he dicho, no me quedé así, de ram pam, porque mi ideología era pequeño-burguesa; me fui quedando por la manera en que vi su actuación, en que usted me dio múltiples lecciones de humanismo y de cómo debía ser un revolucionario, o al menos un hombre con ideas progresistas. En otras palabras, que no exactamente fue el marxismo-leninismo ni ninguna otra filosofía la que me hizo revolucionario, sino el ideario suyo.

MIGUEL BARNET

Él me miró fijamente y me dijo:

—¿Por qué me molestas con eso? Ponte a leer marxismo.

Y yo le dije:

—Ya lo he hecho, pero me sigue convenciendo más el ideario martiano y el suyo propio, que es heredero de nuestro apóstol.

Piensa, piensa lo que vas a decir

Un día en una reunión, en la madrugada, cuando estábamos escribiendo los textos que se iban a leer en un acto público en la esquina socialista de 23 y 12, Fidel me susurró tan bajo que casi ni lo pude escuchar, me preguntaba qué iba a escribir yo, y le dije:

—Bueno, ya tengo escritas algunas notas–.

Me miró fijamente y me dijo también muy bajito:

—Piensa, piensa lo que vas a decir.

Entonces le pedí permiso para retirarme de aquel salón nutrido de escritores y periodistas y me encerré a escribir aquel poema a Elián que una hora después leí ante todos en aquella mesa gigante, y que él calificó elogiosamente y firmó con su nombre y puso la hora en que lo leí que fue las 3:10 a.m. de una madrugada inolvidable, compartida con todos los que deseábamos que el niño regresara con su padre.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 1ro. de febrero de 2008.

Sixto Batista Santana
GENERAL DE CUERPO DE EJÉRCITO
CUBANO

Cada loco con su locura

Un domingo nos encontrábamos en el MINFAR y Raúl le comentó a Fidel que no había que seguir mandando fuerzas a Angola, que con lo que había ya era suficiente. El Comandante en Jefe dijo estar de acuerdo. Esa mañana había una carrera de motos en la Pla-

za de la Revolución. Desde la ventana se podía contemplar el espectáculo.

De pronto, Fidel se viró para Raúl y le dijo: «Este mundo es del carajo. Cada loco con su locura. Estos corriendo motos y nosotros metidos en la guerra».

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Miguel Bernal
ENTRENADOR CUBANO
DE LA SELECCIÓN DE ATLETISMO

Campeones olímpicos de la Revolución

En 1988, cuando Cuba no participó en los Juegos Olímpicos de Seúl, en Corea del Sur, el Comandante en Jefe, Fidel Castro, ofreció una actividad a la delegación seleccionada para asistir a dicha competencia y en ella explicó la posición de Cuba. Nos exhortó a continuar trabajando con el mismo entusiasmo de siempre.

Yo aproveché la oportunidad y le sugerí a una de mis alumnas, María Caridad Colón, que le pidiera al Comandante una foto con ella y su entrenador. Lo propuso y él le dijo que sí.

Tras participar en pequeñas charlas con todo el mundo, principalmente con las glorias del deporte, el Comandante dijo que en la delegación había figuras de alto relieve como Teófilo Stevenson y Alberto Juantorena.

Yo estaba atento para ver cuándo me llamaban para la foto. De repente, pidieron silencio, y el máximo líder planteó que para la Revolución todos éramos campeones olímpicos y también merecedores de la Medalla de la Dignidad.

Después del discurso, mientras pensaba que me perdía la foto, Fidel se despidió, pero al llegar a la puerta de salida, se detuvo y preguntó por Caridad, la lanzadora, y su entrenador para hacerse la foto. Ese maravilloso instante está colgado en la pared de la sala de mi casa.

¡Gracias, Comandante!

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 10 de enero de 2008.

Lázaro Betancourt Mella

DEPORTISTA CUBANO DE ATLETISMO

El viento a favor

Me viene a la memoria el memorial José Barrientos de atletismo en 1977 –un año después del doble triunfo de Alberto Juantorena, en los Juegos Olímpicos de Montreal, Canadá, 1976–, cuando nuestro Comandante en Jefe participó, de principio a fin, en las dos jornadas competitivas. Durante todo ese tiempo respondí a cada pregunta formulada por él en relación con las pruebas que se iban sucediendo. Esa vez, los atletas Silvio Leonard y Silvia Chivás, entre otros, consiguieron tiempos extraordinarios en 100 metros planos, pero no fueron homologables por contar con viento a favor.

A una pregunta de Fidel sobre el viento a favor, le expliqué que en las carreras de 100 y 200 metros planos, 110 y 100 con vallas, las cuales se ejecutan en línea recta, un viento que sopla en la espalda y en dirección a la carrera, superior a dos metros por segundos, no invalida la obtención de la medalla, en cambio, sí el resultado en caso de ser un récord. Entonces se registra como tiempo con viento a favor. Le abundé que lo mismo ocurría con los saltos horizontales, el largo y el triple.

Al día siguiente correspondió la prueba de 200 metros planos y Leonard consiguió una buena carrera, pero con viento a favor.

El Comandante me preguntó, con cierta perspicacia:

—¿Pero el reglamento no era para las carreras en línea recta?

Le argumenté que en los 200 metros, en el momento que el corredor sale de la curva e ingresa a la recta, entra a funcionar el control de un árbitro: el medidor de velocidad. Si el tiempo se realiza con aire superior a dos metros por segundos, el registro se anula.

Entonces vino otra pregunta de Fidel:

—¿Y los vientos, que mientras él corre en la curva son cruzados, cómo se consideran?

Tuve que decirle que eso estaba en estudio y discusión, porque muchos técnicos planteaban quejas al respecto.

Eso me sorprendió, porque el Comandante en Jefe planteó un criterio que muy pocos podían responder. Comprendí cuán aguda era su agilidad mental e inteligencia, al comparar, sin ser especialista, y adentrarse en un tema de la física, propio de conocedores.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 10 de enero de 2008.

Frei Betto
FRAILE DOMINICO BRASILEÑO

Mañana empezamos

Yo conocí a Fidel en la noche del 19 de julio de 1980, primer aniversario de la Revolución Sandinista, en Managua. Yo estaba con Lula. Tuvimos una conversación muy interesante. Yo nunca había venido a Cuba.

Al año siguiente, en enero, la Casa de las Américas me invitó para el premio literario.

La última noche, cuando yo estaba terminando mi trabajo en el premio, Chomy me invitó a su casa y sobre las doce de la noche, llegó Fidel. Empezamos a hablar de muchos temas, entre ellos el religioso. Yo soy fraile, religioso dominico y me interesa ese tema.

Le hice muchas preguntas, tanto desde el punto de vista de la religiosidad del pueblo de Cuba, como de la formación religiosa que Fidel, Raúl, Ramón y todos sus hermanos y hermanas tuvieron en la familia.

Me sorprendí cómo él tenía un análisis, una mirada positiva sobre el fenómeno religioso y siempre contextualizando también los equívocos, los problemas del catolicismo franquista, muy vinculado al franquismo español, todo un análisis muy interesante…

A las seis de la mañana, yo le pregunté: Comandante, ¿usted estaría dispuesto a repetir hasta los detalles…? Yo tengo intención de hacer un librito para jóvenes en Brasil sobre Cuba y quería quizás en un epílogo, en un último capítulo, añadir sus opiniones sobre religión, estas opiniones que usted me ha dicho…

Él me dijo: «Sí, no hay ningún problema, ¿cuándo tú puedes volver a Cuba?». Digo: quizás en mayo –era inicios de febrero por ahí. Confirmó con Chomy y dijo: «Mayo está bien».

En mayo retorné a La Habana con 64 preguntas apuntadas… para hacer un librito.

No tenía ninguna idea de hacer *Fidel y la religión.* Ocurre que, al día siguiente de mi llegada, empezó la Radio Martí desde Miami. Fidel me llamó y dijo: «Betto, lo lamento, pero no va a ser posible la entrevista».

Me sentí exactamente como el viejo pescador de *El viejo y el mar,* la novela de Hemingway: «O pesco ahora este tiburón, o se me escapa definitivamente…». Empecé a insistir… Hasta el momento que me preguntó: «Mira Betto, qué clase de preguntas tú quieres hacer…». Entonces me puso a leer la lista, pero leí solamente las cinco primeras, él dijo: «Mañana empezamos».

Yo creo que había un poco de temor, quizás de que iban a ser preguntas muy intelectuales, cuando a mí lo que me interesaba era lo vivencial, como está en el libro.

Arleen Rodríguez: *Los afortunados entrevistadores de Fidel,* Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, Ciudad de La Habana, Cuba, agosto de 2007, pp. 9-11.

Katiuska Blanco Castiñeiras
ESCRITORA Y PERIODISTA CUBANA

Los cementerios son un apartheid

El Comandante tenía sus razones para vivir la experiencia del regreso a las habitaciones entrañables de la infancia y los recuerdos del pasado, convertidos en una historia de impresiones que al final, según él mismo piensa, es la historia verdadera de un hombre. Para él, los 70 habrían pasado como los 60, los 50 o los 30, pero la insistencia de los demás, acabó por impresionarlo y sintió la necesidad de volver. Deseaba hacerlo el mismo 13 de agosto, pero para entonces ya tenía otros compromisos, por lo cual decidió viajar a Holguín al día siguiente, y emprender el camino de

Birán el 15 de agosto, bien de mañana, como para que no se secara el rocío en las rosas que iba a poner en la tumba de los viejos, ahora bajo la sombra de los árboles del batey, adonde fueron trasladados sus restos hace relativamente poco tiempo a instancias de Fidel, porque «Marcané no significa nada en sus vidas y los cementerios son muy tristes, algo así como un apartheid, significan tener muy lejos de la casa y la familia a los muertos (…)».

Lector imprescindible

Mientras conversaban de pie en el pasillo del avión, que volaba ya disipada la amenaza de una tormenta del sur y abierto el cielo, limpio de ventiscas y nubarrones, les observaba desconcertada y feliz, casi sin articular palabras. Era una charla entre viejos amigos. Fidel restaba valor a su juicio literario y el Gabo replicaba: «yo no publico un libro si antes no lo lee el Comandante». El Gabo tiene esa costumbre insoslayable, siempre hace circular los originales mecanuscritos entre un grupo de amigos en quien confía.

Birán fue mi Aracataca

Yo recordaba lo que el propio García Márquez había escrito en sus crónicas reproducidas en la columna dominical de *Juventud Rebelde*. Decía entonces que en América Latina y el Caribe los artistas han tenido que inventar muy poco, y tal vez su problema ha sido el de hacer creíble su realidad. Uno tiene esa certeza y la confirma al escuchar a Fidel sus recuerdos del Bogotazo. La gente desbordada en las calles arrastró hasta la muerte al asesino de Gaitán, algunos llevaban pianos en andas y un hombre la emprendía contra una máquina de escribir que Fidel hizo volar por los cielos para ahorrar el esfuerzo descomunal e insólito. Ahora sonríen al recordar la ocasión en que Fidel preguntó: «¿y tú que hacías durante el Bogotazo?». Y el Gabo ingeniosamente ripostó: «Yo era aquel hombre de la máquina de escribir».

Conocedor de los sentimientos del Gabo, no solo lee con avidez todos sus cuentos, novelas y crónicas periodísticas, sino que admira su

desenfado y apego a los orígenes. Estoy convencida de que en las páginas de *Cien años de soledad,* al viajar por los paisajes polvorientos y olvidados de Macondo, conoció la ciudad natal del amigo. Tanta Aracataca hay en su Macondo, que Fidel después de pasear la mirada por el paisaje de Birán, sentarse en el pupitre frágil del aula de la niñez y disfrutar la sombra del puntal alto de la casa en que nació, dijo: «La escuelita fue mi círculo infantil y Birán mi Aracataca».

«Con todo el polvo de Aracataca en Birán», Katiuska Blanco, periódico *Juventud Rebelde,* 6 de marzo de 2007 (crónica publicada originalmente en la edición del 8 de septiembre de 1996 y que evoca la proverbial amistad entre Gabriel García Márquez, *Gabo,* y Fidel.

Ángel Boan

PERIODISTA CUBANO

Saludo al pueblo norteamericano

No había acabado de transcurrir la segunda semana de septiembre de 1960, cuando recibimos en Nueva York la sensacional noticia de que el Primer Ministro de Cuba, Fidel Castro, concurriría a la inauguración del XV período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, presidiendo la delegación cubana.

Si a esto se añadía el anuncio hecho por la Cancillería soviética en el sentido de que el Premier de la URSS, Nikita Jruschov, estaría presente en la sesión de apertura de la organización mundial, era fácil comprender el nerviosismo y los inusitados preparativos que se observaban dentro y fuera del alfombrado recinto.

(…)

Durante los días que precedieron la llegada de estos líderes, el Comisionado de la policía de la ciudad de Nueva York, Joseph Kennedy, sostuvo frecuentes y prolongadas reuniones con altos oficiales de ese cuerpo armado, así como con los jefes de otros organismos policiales secretos.

(…)

El día antes de inaugurase el XV período de sesiones, el Cuerpo de Seguridad de la ONU fue reforzado con 75 agentes del FBI quienes, vestidos de paisano, se distribuyeron a todo lo largo, lo ancho y lo alto del edificio internacional.

(…) el Cuerpo de Seguridad de la ONU fue organizado y funcionaba bajo la vigilancia y la dirección del Buró Federal de Investigaciones de los Estados Unidos (…).

El grado de expectación creció notablemente cuando el Departamento de Estado norteamericano anunció que el gobierno de los Estados Unidos había decidido limitar al área de Manhattan (40 kilómetros cuadrados), las actividades de los primeros ministro Jruschov, Castro (…) mientras los visitantes permanecieran en territorio norteamericano.

Esa noche el vespertino *New York Post* calificó la medida de «idiotez en escala temible», en tanto que el semanario liberal *The Nation* comentó: «Esto de limitar a Jruschov y a Castro es prueba de que nuestra diplomacia se convierte en una diplomacia cada vez más bobalicona y más tonta».

La noticia de que Castro llegaría a Nueva York el domingo 18, cayó como una bomba. En los pasillos de la ONU no se hablaba de otra cosa. Los editoriales de los principales diarios estaban dedicados a plantear los puntos de vista de los monopolios que cada uno de ellos representa, en relación a la presencia en Manhattan del barbudo guerrillero cubano.

Como siempre, el *Daily Mirror*, vocero tradicional de la jungla reaccionaria, abogaba abiertamente porque el gobierno de los Estados Unidos «no permita la entrada al país del dictador cubano». Esto, además de violar elementales procedimientos de la decencia universal, revelaba el avanzado grado de estupidez y confusión de los capitalistas yanquis que no se detenían a considerar que las Naciones Unidas constituyen –por lo menos en teoría– «territorio internacional», y que Fidel Castro no se dirigía a los Estados Unidos sino a las Naciones Unidas.

(…) no hay por qué dudar de que, efectivamente, algunas influencias fueron movidas para que la Cancillería norteamericana impidiera la llegada de Castro a las Naciones Unidas. Es evidente que, ante la magnitud del escándalo internacional que esto hubiera producido, se desistió de intentarlo.

En la calle, en los trenes subterráneos, en los taxis, se hablaba del mismo tema. Al entusiasmo delirante de los cientos de miles de latinos

ÁNGEL BOAN

residentes en Nueva York –que esperaban la llegada de Castro con fervor e impaciencia– había que añadir la histeria de Washington, reflejada en las medidas dictadas por la Cancillería, y el pánico de la policía que se enfrentaba a un dificilísimo problema.

Esta era la situación general que prevalecía en Nueva York y en las Naciones Unidas, la víspera de que Fidel Castro realizara su histórico viaje.

Por otra parte, se habían hecho gestiones para obtener adecuado alojamiento para el Primer Ministro cubano en uno de los hoteles de la ciudad. Como se vio después, este habría de constituir uno de los principales problemas de los muchos que originó la presencia de Castro en la Ciudad de Hierro.

Por ejemplo, el gerente del Hotel Elysee, quien había accedido en principio a reservar un número de habitaciones, no tuvo escrúpulos en ordenar su cancelación cuando fue informado que las mismas serían ocupadas por el Primer Ministro cubano y su comitiva.

Los teletipos de la Agencia no cesaban de transmitir y recibir noticias relacionadas con el sensacional acontecimiento. Al fin, la oficina central de La Habana avisó por medio de un corto despacho calificado de «urgente» que Fidel Castro y su comitiva, a bordo de un avión Britannia de la Compañía Cubana de Aviación, había partido del aeropuerto de Rancho Boyeros a las 11 y 15 de la mañana, rumbo a Nueva York. Era el domingo 18 de septiembre de 1960.

(…)

Poco después de las 4 de la tarde apareció en el horizonte el avión cubano que traía al jefe revolucionario. En el momento de tomar pista, la torre de control del aeropuerto comunicó al capitán de la nave que la misma debía ser conducida directamente al hangar número 17, uno de los más apartados del enorme campo aéreo.

Allí, lejos del pueblo que lo vitoreaba, los agentes de inmigración efectuaron, dentro del avión, los trámites de rutina para que Fidel y sus acompañantes pudiesen ingresar en territorio norteamericano. Todo había sido cuidadosamente previsto: en el hangar 17 estaban los periodistas, los micrófonos de las estaciones de radio, las cámaras de televisión y cinematográficas, y el inevitable enjambre de agentes del FBI.

Fidel fue el primero en bajar, y situándose junto a los micrófonos dijo: «Saludo al pueblo norteamericano. Lo demás lo diremos en la ONU, oportunamente».

We want Castro

Acto seguido el Primer Ministro fue invitado a montar en un negro auto que aguardaba al lado del hangar, organizándose una larga caravana de automóviles que enfiló –estrechamente vigilada por la policía y los agentes federales– hacia la salida del aeropuerto.

Hubo un momento en que el carro en el que viajaba Fidel pasó a muy corta distancia de la cerca tras la que se arremolinaban miles de latinos, especialmente cubanos, gritando sin cesar: «Fidel, Fidel, Fidel».

El Primer Ministro sacó la mano por la ventanilla del carro para responder a los saludos. Un energúmeno vestido de policía que caminaba al lado del vehículo hizo ademán de empujar el brazo del dirigente cubano para impedir el saludo. Fidel lo increpó violentamente, dedicándole frases que los periodistas no pudimos escuchar pero que, a juzgar por el gesto del recién llegado, contenían un mensaje nada halagüeño para el insolente gendarme.

Este fue el primero de una larga serie de incidentes sucedidos en los diez días que Castro permaneció en la estrecha isla de Manhattan, a la que estaba confinado por un úcase de la cancillería yanqui.

La escena de la multitud aclamando a Castro, y la policía atropellándola, se repitió sin cesar.

Frente al Hotel Shelburne –primer alojamiento de Fidel en Nueva York– miles de latinos clamaban por su presencia. La policía ocupaba la esquina de la avenida Lexington y la calle 37, exigiendo identificación a todas las personas que intentaban pasar al interior del hotel.

El lunes por la tarde, el gerente del Shelburne, Edward Spatz, quien anteriormente había confesado haber pedido permiso al Departamento de Estado para alojar a los cubanos, comunicó a estos que debían abandonar el hotel. Cuando la delegación criolla solicitó la devolución de los 10 mil dólares que le habían exigido como garantía por el alquiler del alojamiento, míster Spatz comunicó que tenía que recibir autorización del Departamento de Estado para devolver el dinero.

De un modo o de otro, a las 7 de la noche, Fidel y su comitiva dejaron el Shelburne entre los ensordecedores gritos de una multitud cada vez más indignada, dirigiéndose al edificio de las Naciones Unidas con el propósito –según palabras del propio Fidel– de «acampar en los jardines de ese organismo».

La llegada de Fidel y los suyos produjo tal conmoción en la ONU que únicamente conociendo la beatífica e inalterable paz que reina en los 38 pisos del inútil edificio, es posible calibrar.

El Cuerpo de Seguridad de la ONU no había recibido nunca semejante visita. Las delegaciones extranjeras y los propios funcionarios y empleados del organismo, acostumbrados a pisar débilmente las alfombras y a hablar en melódicos susurros vieron de pronto a un grupo de revolucionarios afincando firmemente los pies en el suelo y hablando un lenguaje alto y claro, absolutamente desconocido para ellos. Para decirlo en frase criolla, el corre-corre fue de película.

Avisado apresuradamente del equívoco, Dag Hamarskjold, a la sazón Secretario General de la ONU, ordenó que se facilitara la llegada del Primer Ministro cubano a su despacho del último piso. Allí (…) Castro comunicó al funcionario que estaba dispuesto a colgar su hamaca en los jardines de la ONU debido a que los hoteles de la ciudad de Nueva York le negaban alojamiento.

Dicen los que asistieron a la visita que Hammarskjold estaba sumamente nervioso y desconcertado, llegando la conversación a su punto culminante cuando Fidel le señaló al Secretario General la conveniencia de ir pensando en trasladar la ONU a un país «de gobierno más civilizado y hospitalario que el de los Estados Unidos».

Fue entonces que llegó, como siempre, el mensaje de los de abajo. Los negros de Harlem; los negros norteamericanos hambreados, atropellados, discriminados y vejados por el imperialismo; los más pobres, los más humildes de la enorme ciudad acero, le brindaban al dirigente cubano un modesto hotel de su barrio, para que viviera con ellos mientras permaneciera en Nueva York.

Aquí la cosa fue distinta. La policía, conocedora de su oficio, se mostró mucho más respetuosa a la hora de contener a las 15 ó 20 mil personas que rodearon el hotel gritando consignas revolucionarias y repitiendo hasta el cansancio el estribillo que se haría rápidamente famoso: *«We want Castro… We want Castro...»*.

Al día siguiente el diario *New York Citizen Call*, editado en Harlem, comentó: «Cuando millares de ciudadanos negros gritaban anoche: ¡Queremos a Castro!, lo que en realidad decían era ¡Queremos un Castro! El periódico negro añadía: «Fidel dio en el blanco al venir a Harlem». Y finalizaba diciendo: «Aquí, en Harlem, la policía debe ser muy cuidadosa en sus expresiones y en sus acciones. Este barrio, que siempre ha sido dinamita, se encuentra sumamente exaltado con la presencia en nuestro Hotel Theresa del gran líder de la Revolución Cubana. La policía no debe olvidar que Fidel Castro es de los nuestros y que a Fidel Castro lo cuidamos los negros de Harlem».

Entusiasmo popular

Los nueve días que Fidel vivió en el Theresa, fueron otras tantas jornadas de entusiasmo popular y de indescriptible júbilo por parte de la colonia latina de Nueva York y de los negros norteamericanos, quienes a toda hora del día y de la noche ocupaban el frente del hotel esperando la oportunidad de ver de cerca al guerrillero cubano.

También se produjeron múltiples incidentes. Tal vez el más revelador de todos fue el ocurrido una tarde cuando la multitud estacionada en la esquina de Séptima Avenida y calle 125, fue atacada a pedradas por los ocupantes de un automóvil convertible que pasó a toda velocidad con rumbo al este de la ciudad.

A la mitad de la siguiente cuadra, y debido a obstrucciones en el tránsito, el carro atacante se vio obligado a detener la marcha. Inmediatamente se originó un verdadero combate campal entre revolucionarios y contrarrevolucionarios con la intervención de la policía imperial.

Todo el que quiso pudo esa tarde presenciar el espectáculo indignante y aterrador de cuatro enormes polizontes neoyorquinos, propinando

una lluvia de batazos a la esposa de uno de los dirigentes del 26 de Julio en aquella ciudad.

La joven cubana, sangrante y dando gritos de rabia y dolor, fue profusamente fotografiada por los reporteros gráficos que rodeaban el hotel en gran número a todas horas del día y la noche.

Otro incidente, del que fue protagonista José Sánchez coordinador del Movimiento 26 de Julio en Nueva York, tuvo por escenario la explanada exterior de las Naciones Unidas la tarde en que Fidel Castro pronunciaba su histórico discurso ante la Asamblea General. Más de 500 manifestantes se habían concentrando frente al edificio de las Naciones Unidas, en apoyo al discurso de Fidel. De pronto pasó un automóvil tripulado por contrarrevolucionarios, quienes profirieron insultos contra Cuba. Los revolucionarios se lanzaron sobre ellos y comenzó un breve combate a puño limpio. La policía intervino y, como siempre, cargó contra los simpatizantes de Fidel. Al final había un solo detenido miembro, por supuesto, del «26 de Julio».

Simultáneamente con este hecho una compañera perteneciente al Comité Pro Justo Trato para Cuba estaba siendo entrevistada por un sujeto de cuyo hombro derecho colgaba una grabadora portátil. Previnieron a la compañera de que el presunto periodista, a quien conocían perfectamente, era un descarado agente del FBI.

Los simpatizantes de la Revolución se dirigieron al gendarme disfrazado de periodista y le dijeron que lo iban a denunciar por ejercer la doble función para confundir y espiar.

El agente rogó que no lo hicieran. Entonces le plantearon que si ponían en libertad al compañero detenido, no se le denunciaría.

Este ardid tenía el doble propósito de liberar al compañero y de comprobar el doble juego del sujeto.

En efecto, fue directamente a donde estaba el jefe de las fuerzas policíacas que rodeaban el grupo y, después de un breve diálogo, el compañero detenido fue puesto en libertad y el «periodista» tomó un automóvil y desapareció a toda velocidad.

Sorpresas

El martes 20 en horas del mediodía, llegó al Theresa, acompañado solamente por dos ayudantes y un funcionario, el Primer Ministro de la Unión Soviética, Nikita Jruschov.

En la habitación 929, ocupada por Fidel, ambos líderes conversaron cordialmente durante más de una hora. No deja de ser significativo que los dos dirigentes antimperialistas celebraron su primer encuentro personal en la ciudad que simboliza al mundo capitalista.

Al final de la entrevista, Castro acompañó a Jruschov hasta su automóvil, estacionado frente al hotel. Miles de personas aplaudían y gritaban incasables ante la mirada atónita de la policía uniformada y de los FBI, incapaces de comprender la significación de aquel suceso.

Fidel se despidió del dirigente soviético con un abrazo que habría de ser reproducido después por toda la prensa internacional. El encuentro fue tema obligado de toda la prensa norteamericana, que calificó el hecho de muy diferentes modos. *El New York Mirror*, como siempre, comentó que «ya es hora de que en Washington se den cuenta de que Fidel Castro es comunista».

Los que utilizaban la visita de Jruschov al Theresa para regar veneno en contra de la Revolución Cubana, pronto tuvieron que poner la lengua a buen recaudo cuando el Primer Ministro de la India Wlaharlal Nehru, llegó también a las puertas del Theresa sosteniendo con Castro otra larga entrevista e interesándose vivamente por los progresos de la Revolución.

Nehru no era comunista: pertenecía al bloque de los llamados países neutrales. ¿Qué decir ahora? La prensa norteamericana tenía respuesta para todo. Dijo el *Daily News*: «Castro juega con dos cartas: ¿Es neutral o es comunista?».

Pero había nuevas sorpresas. El presidente de la República Árabe Unida, Gamal Abdel Nasser, también creyó oportuno concurrir al ya célebre y humilde hotel del barrio negro de Harlem, para estrechar la mano del caudillo de la Sierra Maestra y reiterar las simpatías del pueblo de la RAU por la Revolución Cubana.

Treinta veces interrumpido el discurso

La sesión inaugural del XV período de sesiones de la Asamblea General de la ONU, también tuvo a Fidel como eje central y figura principal del evento.

El Primer Ministro cubano se presentó en el gran salón vistiendo el uniforme de campaña y ocupó el escaño reservado a Cuba, teniendo a su lado al Ministro de Relaciones Exteriores, Raúl Roa.

Las cámaras de televisión se movían invariablemente de la delegación cubana a la delegación soviética. Era evidente que entre Fidel y Nikita monopolizaban la atención general.

El lunes 26 a las cuatro de la tarde, Fidel ocupó la tribuna de las Naciones Unidas en medio de la expectación general.

Las principales cadenas de televisión de los Estados Unidos, habían llevado sus cámaras hasta el amplio recinto en el que se hallaban los representantes de casi todas las naciones del mundo.

Fidel rompió tres reglas tradicionales observadas hasta entonces en la organización internacional: no escribió el discurso sino que lo improvisó, se presentó en uniforme de campaña, lo que constituía un hecho insólito en un medio que se caracteriza por la «elegancia» de los delegados, muchos de los cuales hacen estúpidos alardes de buen vestir y hasta entablan competencias entre sí con respecto al corte, la clase de tela de los trajes, etc.; por último el discurso de Fidel duró cuatro horas y veinte minutos. Jamás un delegado había hablado durante tanto tiempo seguido en la tribuna internacional.

Pero con ser dignos de mención los tres detalles anteriores, lo que más conmovió a todos fue el discurso en sí.

En toda la historia de la ONU nadie se había atrevido a decir en aquel recinto las cosas que aquella tarde dijo Fidel Castro, a nombre del pueblo de Cuba y de la Revolución.

Fue realmente, una vigorosa lección de civismo brindada a todos. De pronto, Cuba se situó a la cabeza de la actualidad mundial, y millones de gentes del mundo entero se vieron obligados a escuchar la verdad sobre la Revolución. La prueba de que el discurso de Castro constituyó un duro golpe para el imperialismo, fue el corte sorpresivo

que las estaciones de televisión dieron en mitad del discurso aduciendo que la «falta de tiempo para cubrir el resto de la programación» y otros pretextos por el estilo.

El discurso fue interrumpido treinta veces por los aplausos de los presentes. Hecho también insólito en la historia de la ONU.

En dos ocasiones fue llamado por el Presidente de la Asamblea, el irlandés Frederick Boland, quien –fiel servidor de sus amos norteamericanos– quiso congraciarse con ellos ensayando poses de cruzado cuando el líder cubano calificó justamente a Kennedy y a Nixon como «políticos de poco seso».

El miércoles 28, en horas del mediodía, Fidel Castro y sus acompañantes se dirigieron al aeropuerto de Idlewild con el propósito de regresar a La Habana.

Las escenas de la llegada volvieron a repetirse pero a la inversa. Miles de personas ocuparon nuevamente la explanada que se abre frente al edificio principal, cientos de policías, con y sin uniforme pululaban por los bordes de las pistas; varios carros patrulleros estaban estacionados junto al hangar 17 donde se hallaba el Britannia de la Compañía Cubana de Aviación.

Los gritos de la multitud se confundieron con el rumor de que algo pasaba. Había dificultades. Roa discutía acaloradamente con algunos funcionarios yanquis. Por fin se supo la verdad: un viejo testaferro batistiano –movido por sus amos rubios– había obtenido una orden de embargo contra el avión cubano. Nuestra embajada en Washington se había dirigido urgentemente a la cancillería exigiendo inmediata autorización para que el avión del Primer Ministro de Cuba pudiese despegar del aeropuerto.

De pronto, un enorme avión soviético, matrícula CCC-75717, estacionado en el propio hangar, comenzó a moverse en actitud de situarse para despegar. Todo el incidente se reducía a lo siguiente: enterado el Primer Ministro soviético de las dificultades interpuestas a la delegación cubana para regresar a su país, impartió instrucciones para que la máquina soviética fuese puesta a la disposición de Fidel Castro y sus acompañantes.

Cuando los periodistas le preguntaron a Fidel que por qué aceptaba el ofrecimiento de Jruschov, respondió: «Jruschov es nuestro amigo. Además, nos han robado el avión».

Tras un corto y duro diálogo entre Fidel y los reporteros yanquis, quienes preguntaron estupideces como siempre, los integrantes de la delegación cubana ocuparon el poderoso tetramotor que, breves minutos después, se desplazaba majestuosamente por las pistas del aeropuerto y se elevaba tomando rumbo a Cuba.

Acababa de escribirse una página singular en la historia de las Naciones Unidas.

Ángel Boan: *Dos años tras la cortina de chicle,* Cooperativa Periodística, La Habana, Cuba, 1962, pp. 97-113.

Miguel Bonasso
ESCRITOR Y PERIODISTA ARGENTINO

Hoy vamos a caminar

Primero hubo un telefonazo a las seis de la mañana del que recién me enteré tres horas más tarde.

Y entonces se produjo la segunda llamada.

—Oye, ¿qué pasó con la nota? ¡Tremenda repercusión tuvo! –dice la voz afónica por el auricular. Y agrega con ironía–: Me han dicho que te has convertido en la estrella de la Cumbre, que todos quieren hablar contigo.

Espera unos segundos y luego agrega con su proverbial delicadeza:

—¿Qué tienes que hacer hoy? ¿No quieres que nos veamos un rato? Quiero felicitarte personalmente por la nota y por lo que dijiste en la Cumbre de los Quince.

Alude al reportaje que este diario publicó en exclusiva el jueves último y al discurso que pronuncié ese mismo día en representación del presidente Néstor Kirchner. Aunque lo conozco bien, me cuesta creer lo que me dice el Comandante. Verlo de nuevo en dos días, escucharlo contento como si no fuera Fidel Castro sino un principiante al que lo entrevistan por primera vez. Además, tiene razón en lo que a repercu-

sión se refiere: me he pasado los últimos dos días dando entrevistas sobre la entrevista. Y recibiendo el saludo y la curiosidad de cientos de delegados a la Cumbre del Movimiento de No Alineados. Me han preguntado por la salud de Fidel príncipes con turbantes, mandatarios de los tres continentes, ministros, embajadores del Tercer Mundo y del Primero. También me han interrogado con los ojos aguados de emoción muchos cubanos humildes y anónimos: esos que te abren una puerta o te sirven un mojito. «¿En serio lo vio bien al Comandante? ¿Se pone de pie sin ayuda? ¿Camina? ¿Recuperó algunos kilos?».

(…)

Se produce la segunda vuelta: el pasillo, el travelling, los hombres de blanco, la señora amable que me introduce al *sancta santorum* donde se recupera el líder cubano.

—Hoy vamos a caminar –dice Fidel Castro a modo de bienvenida.

Y caminamos por la habitación frente a la lente de la cámara de Richard, uno de sus jóvenes colaboradores. El Comandante explica: «Hay que desentumecerse».

Volvemos a sentarnos y me confiesa con los ojos brillantes de alegría: «Estos días tengo un hambre terrible. Como de todo».

Me doy cuenta de que me he convertido sin proponérmelo en una suerte de portavoz de sus avances en la recuperación. Hablamos como siempre de todo lo divino y lo humano (…).

Muchos me han preguntado en estos días si el Comandante, cuando concluya su recuperación, volverá a ser el de antes (el infatigable) o se concentrará exclusivamente en algunas tareas estratégicas, para preservar una salud que valoran como si fuera propia millones de personas. Es una pregunta difícil de contestar. Y por eso ni siquiera se la formulé.

Solo puedo contar lo que vi a partir de esta segunda llamada: le interesa lo que pasa en Venezuela, en Bolivia, en México, en Argentina, en la Cumbre y sus pasillos. Escucha con atención los cables que lee su secretario Carlitos Valenciaga, pide que lo comuniquen con este o con aquel. Y se despide, de pie, con un abrazo, porque Evo está al llegar.

La verdad, me cuesta imaginarlo en reposo.

Nos importará tres carajos

En una ocasión, un senador mexicano del PAN que lo había tratado y lo respetaba –como muchas otras personas de la derecha–, me dijo que Fidel era un genio pero que carecía de sentido del humor. Lo refuté con varias anécdotas. Entre ellas, la que sigue:

Una tarde Fidel vino a buscarme para que lo acompañara a una recepción en la embajada china, adonde celebraríamos un nuevo aniversario de las relaciones entre Cuba y el coloso asiático.

La cena fue sabrosa y la charla también. A las dos de la madrugada, el joven canciller Felipe Pérez Roque le avisó que los chinos querían «tirarse la foto con él» y abandonó la pequeña sala privada para dirigirse al salón principal. Allí había una inmensa escalera, como las de las películas de Luis César Amadori, donde todo el personal de la embajada, militarmente formado de menor a mayor, con las correspondientes condecoraciones y banderas, esperaba al dirigente más famoso de la historia. En la base aguardaba el embajador sonriente y a su lado se ubicó Fidel. Antes de los flashes, me hizo señas reiteradas para que posara junto a él. Por señas también me negué varias veces, hasta que ahuecó la mano en el llamado y me dijo imperativo:

—Ven, coño.

Posamos, saludamos y en un aparte, me confesó muerto de risa:

—¿Sabes por qué te llamé? Porque algún día, dentro de 50 años, algún historiador desocupado revisará viejas fotos de La Habana y se preguntará: ¿Qué coño estarían haciendo Fidel y Bonasso con los chinos? Pero a ti y a mí nos importará tres carajos, porque estaremos muertos.

Por suerte, aún está vivo y todos sus colaboradores, los históricos, los jóvenes y los de la generación intermedia sospechan que el viejo conspirador se apresta a depararnos más de una sorpresa.

Miguel Bonasso: Diario *Página 12,* Buenos Aires, Argentina, 17 de septiembre de 2006 y diario *Crítica de la Argentina,* Buenos Aires, Argentina, 2 de marzo de 2008, p. 63.

Tomas Borge

POLÍTICO NICARAGÜENSE

La inmortalidad no existe

Bueno, yo encuentro a Fidel en una recepción… y le digo: Fidel quiero hacerte una entrevista, él se queda un poco asombrado, porque no es lo mismo que venga un desconocido a que venga alguien que casi es un hermano –porque yo admiro a Fidel profundamente.– Y estaba allí en la entrevista mi compañera Marcela con la grabadora, estaba Felipe Pérez, en ese momento ayudante de Fidel, también con grabadora y empezamos una plática sentados frente a frente.

La primera pregunta que le hice fue: ¿qué siente Fidel al haber entrado a la inmortalidad? Entonces hizo una larga disertación sobre la inexistencia de la inmortalidad, decía que la inmortalidad no existe, porque imagina que algún día va a desaparecer el planeta tierra… la inmortalidad llegará hasta ese momento, y no será entonces inmortalidad.

Toda la gloria del mundo, como dijo Martí, me dice, cabe en un grano de maíz, y de ahí saco el título de mi libro. No me pasó lo que a Gianni que lo acosó veinte veces. Yo la conseguí y la hice en solo un día.

Arleen Rodríguez: *Los afortunados entrevistadores de Fidel*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, Ciudad de La Habana, 2007, p. 13.

Gilberto Bosques

DIPLOMÁTICO MEXICANO

Tengo cuidado de no ir a reuniones

Fidel Castro me visitó en la embajada varias veces. Con ese temperamento que le es propio, concebía planes audaces de acción revolucionaria.

En las conversaciones que sostuve con él en la embajada me exponía sus planes que me parecían irrealizables por lo audaces e idealistas. Pero se presentó una situación que pulsamos nosotros muy de cerca. Los aparatos represivos del gobierno organizaban varios atentados para matar a Fidel Castro. La embajada tenía muy buena información y por ella nos enterábamos ampliamente.

Supimos todo y dije a Fidel Castro: «Existe un complot para asesinarlo. Es bueno cuidarse». Fidel me dijo: «(...) a restaurantes, a cines, como conozco mi temperamento, tampoco llevo pistola». Le dije entonces: «Sabemos que se prepara un complot para matar a Raúl Castro, sacar a usted de sus casillas y aprovechar la ocasión para matarlo a usted. Yo creo que es urgente su salida del país». Pero Castro tenía un escrúpulo: había publicado en la revista *Bohemia* de La Habana un artículo que se llamó «Mientes, Chaviano», sobre los sucesos del Moncada que desfiguraba el jefe militar Chaviano y que Fidel rectificaba de manera muy enérgica y valiente. Además había escrito otro artículo pendiente de publicación y temía que se interpretara su salida como un escape a las consecuencias, a la polémica, renunciando a la discusión entablada. Le contesté: «Mire, no se sabe si se va a publicar su artículo ni tampoco cuándo aparecerá y las cosas mientras tanto siguen marchando en su contra. Con el artículo «Mientes, Chaviano», sobre los sucesos de Moncada, ha dado una muestra de verdadera valentía, de saber salir al frente de las cosas, en contra de los militares que mienten. No espere usted. Le damos inmediatamente su visa para México». Cuando decidió partir, se le dio la visa y salió para México.

Gilberto Boques: *Historia oral de la diplomacia mexicana*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1988.

Luis M. Buch

REVOLUCIONARIO CUBANO

Este uniforme y estas barbas significan la rebeldía de la Sierra Maestra

En la madrugada del 16 de febrero (ese día Fidel toma posesión como Primer Ministro del gobierno) llamó por teléfono y me citó para el hotel Habana Hilton. Allí planteó que debía hablar con Miró (José Miró Cardona) para informarle que él se haría cargo del premierato a las 6:00 p.m. Preguntó: «¿Tengo que quitarme el uniforme?». Le contesté: «Bueno, Fidel, no sé; pero fíjate en las opiniones que priman en América sobre los militares como jefes de gobierno». A lo

que replicó: «¡Ah, no, no; este uniforme y estas barbas significan la rebeldía de la Sierra Maestra y de nuestra Revolución, y no me las quito de ningún modo. Búsquense otro Primer Ministro!».

Ponte claro

El 12 de julio de 1959, mientras Fidel clausuraba en el Capitolio Nacional el Primer Fórum sobre la Reforma Agraria, en el Palacio Presidencial ocurrían movimientos extraños que llamaron la atención de Carlos Olivares. Este (…) subió al tercer piso y observó que se estaban preparando maletas y paquetes. Cuando conversaban, la esposa de Urrutia (presidente Manuel Urrutia) interrumpió para preguntarle si dejaba el título de abogado en el cuadro o lo enrollaba. El presidente contestó con disgusto: «Luego veremos eso».

Olivares (director jurídico del Palacio Presidencial) me narró que, al quedar solos, Urrutia le comentó: «Fíjese, tenemos que estar preparados. Esta gente es capaz de cualquier cosa. Una destitución del presidente, un golpe militar, nada de esto me puede coger desprevenido».

En horas de la madrugada, Olivares y César Homero Quevedo Peralta se presentaron en mi casa para comunicarme lo que estaba ocurriendo en el Palacio Presidencial. Decidimos no llamar a Fidel a esa hora y dejarlo descansar. Temprano en la mañana le informaríamos. Entonces llamé por teléfono a Osvaldo Dorticós, que se hallaba en Cienfuegos, y le pedí que se trasladara lo antes posible a La Habana.

A las 6:00 a.m. Dorticós llegó a mi casa, donde ya se encontraba Olivares. Llamé a Celia Sánchez para que localizara a Fidel. No transcurrió mucho tiempo cuando él se comunicó conmigo y le informé de lo ocurrido. Me dijo: «A la salida del túnel encontrarás a mi escolta, que los llevará hasta donde yo estoy». Le pregunté qué túnel y contestó: «Ponte claro. Me refiero al túnel de la bahía».

Efectivamente, allí esperaba la escolta de Fidel, que nos trasladó a uno de los edificios de apartamentos que se estaba construyendo en La Habana del Este por el Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda (INAV), organismo que dirigía «Pastorita» Núñez. Iniciábamos la conversación, cuando los trabajadores comenzaron a congregarse ante la presencia del Primer Ministro en aquel lugar. Fidel le ordenó a su escolta que se retirara

hacia Cojímar. A mí, que estaba al volante del auto en el que íbamos, me dijo: «Toma por Vía Blanca, rumbo a Jaruco, para poder conversar con tranquilidad». Él se sentó en el asiento delantero, y Dorticós y Olivares en el trasero. Durante el trayecto Olivares le informó lo que había observado en el Palacio Presidencial y también de su conversación con Urrutia.

Hicimos un recuento de los razonamientos y las discrepancias que el presidente había tenido con el Consejo de Ministros y Fidel. Este recordó el cuidado que en todo momento tuvo para tratar de mantener las mejores relaciones con el presidente, pero ciertos hechos le preocupaban. Uno de estos era la licencia solicitada por Urrutia cuando no había el cargo de vicepresidente. Era necesario salvar la Revolución con inteligencia. No podíamos defenderla al promover un derrocamiento o acudir a un acto de fuerza contra la ley, que provocara el desasosiego en el pueblo. Tampoco se sometería al presidente a un juicio, aunque no faltaban pruebas.

Mientras el Jefe de la Revolución hacía esos comentarios, llegamos a Jaruco. En el viaje ya habíamos hablado lo necesario y por eso dispuso que regresáramos.

En Cojímar esperaban Celia Sánchez y el periodista Luis Conte Agüero, que desde hacia días trataba de localizar a Fidel, pues estaba preocupado por la primera entrevista que le había hecho a Urrutia y la petición que este le formuló de repetir el encuentro todas las semanas.

La presencia de Conte disgustó a Fidel, pero logró despedirlo con diplomacia. Luego orientó a Olivares que se trasladara al Palacio Presidencial, para que informara sobre cualquier eventualidad.

Pasada las 3:00 p.m., le pidió a Celia que localizara a Raúl Castro y lo citara para el parque de diversiones *Coney Island,* ubicado al final de la Quinta Avenida, en Miramar. Ya estábamos en ese lugar cuando llegó Raúl en un *jeep,* seguido por varios vehículos. Fidel se disgustó y le pidió que los despidiera. De los acompañantes que llevó solo quedaron Augusto Martínez Sánchez y el chofer.

Celia, Dorticós y yo nos bajamos del auto. Raúl se sentó frente al timón para hablar con Fidel. Cuando terminaron de conversar, el Jefe de la Revolución nos llamó. Debíamos trasladarnos a la casa de José Miró Cardona, con quien deseaba intercambiar impresiones. Raúl y Augusto nos siguieron en el *jeep*.

Nuestra visita sorprendió a Miró. Él nos invitó a pasar al interior de la casa, pero Fidel prefirió que permaneciéramos en el jardín, a pesar de que comenzaba a lloviznar. Después de beber el café que sirvió la esposa del anfitrión, Raúl y Augusto se marcharon, mientras que Fidel, Dorticós y Miró pasaron a la biblioteca. Antes de entrar en esta, el primero dijo: «Celia y Buch, espérennos afuera». Nos quedamos en un local aledaño, conversando con Ernestina, la esposa de Miró.

En el trayecto de regreso, preocupado, Fidel se dirigió a nosotros para darnos una explicación por lo sucedido en la biblioteca. Le dije que no tenía nada que explicar; pero él insistió, creyendo que estábamos ofendidos. Entonces reiteré: «Por favor, Fidel, para mí fue algo sin la menor importancia. Yo no estoy ofendido. Si no debíamos estar presentes, era lógico que nos lo manifestaras». Pregunté a Celia si estaba disgustada y respondió: «Ni yo tampoco».

De esta forma terminó el domingo 12 de julio de 1959, en el que Fidel se mantuvo todo el día sin escolta y el Palacio Presidencial permanecía tranquilo.

Renuncia y regreso

Entre el 12 y el 16 de julio, Fidel meditó en cuanto a la mejor manera de actuar. Curiosamente, el día 16 de julio fue investido por un jefe de la tribu de los indios *Creeks*, norteamericanos, como *Spiheechie Meeke,* o lo que es lo mismo, Gran Jefe Guerrero*,* y recibió la pipa de la paz; era la primera ocasión en que los indios norteamericanos la entregaban a un estadista extranjero.

Fidel nos sorprendió al amanecer del viernes 17 de julio de 1959. En la madrugada se entrevistó con Carlos Franqui, director de *Revolución,* periódico oficial del Movimiento 26 de Julio, y le dio instrucciones de anunciar su dimisión al cargo de Primer Ministro, fijando para horas de la noche una comparecencia televisiva para explicar las causas. Fidel impartió órdenes bien estrictas para que los teléfonos quedaran interrumpidos y nadie pudiera entrar o salir del edificio del periódico hasta tanto no estuviera en circulación esa edición. Una guardia rebelde garantizaría que no ocurriera ninguna violación de las órdenes.

Yo era consciente de la inminencia del conflicto público. Con Dorticós, Olivares, Celia y Fidel, había participado en episodios previos, pero ignoraba cómo iba a proceder el Comandante en Jefe. Cuando en la madrugada del 17 de julio fui a la cama, muy lejos estaba de imaginar que al despertar estaría en marcha el último acto de la crisis política con el presidente, y mucho menos de que fuera a resolverse por la vía de los medios de comunicación.

A las cinco de la madrugada, siguiendo instrucciones de Fidel, Carlos Franqui me llamó para informarme de la determinación de aquel de renunciar públicamente, por medio del periódico. Yo debía citar a los ministros al Palacio Presidencial hasta que la crisis quedara resuelta. Vencida la sorpresa, partí para la casa del ministro de Educación, doctor Armando Hart. Lo despertaron. Mientras aguardaba a que estuviera listo, llegó el comandante Augusto Martínez Sánchez, ministro de la Defensa Nacional, avisado de la situación.

Amanecía en La Habana. Nos fuimos al Palacio Presidencial. Sin demora, llamé a cada uno de los ministros, limitándome a decirles que debían acudir rápidamente al lugar. Con la ayuda de algunos ejemplares del periódico *Revolución* que me fueron enviados, apenas llegaban les imponía de la renuncia de Fidel. En el piso superior, el presidente Urrutia estaba ignorante del hecho. Los ministros permanecimos conversando acerca de cómo proceder. Cuando el periódico comenzó a circular y la radio a difundir la noticia, se originó una expectativa inmensa. Sin embargo, hasta ese momento, nadie, fuera de los que habíamos participado en los actos anteriores a ese 17 de julio conocía el fondo de la renuncia de Fidel.

(…)

En la mañana, reunido el Consejo de Ministros, acordamos que los ministros doctores Osvaldo Dorticós, de Ponencia y Estudio de las Leyes Revolucionarias; Raúl Cepero Bonilla, de Comercio, y Regino Boti, del Consejo Nacional de Economía, prepararan una nota de prensa dirigida al pueblo pidiendo unidad, calma y confianza en Fidel, sin dejarse confundir ni extraviar, y seguir solamente sus orientaciones.

Al recesar, algunos ministros fueron para mi despacho; los compañeros designados se sentaron en torno a la mesa del Consejo a preparar la nota de prensa, mientras Armando Hart, Manuel Ray y yo nos

quedamos conversando en el salón. Aproximadamente a las ocho y treinta de la mañana, llegó el presidente con un ejemplar de *Revolución* en la mano. Nos dijo que los comunistas tenían secuestrado a Fidel, que tal parecía que había un golpe de Estado en marcha y que había que localizar a Fidel.

Dorticós, Cepero y Boti abandonaron el salón, mientras Hart, Ray y yo hablábamos con Urrutia. Le dijimos que había que esperar con calma a que Fidel explicara la situación. Urrutia aceptó aquella argumentación y fue para su despacho. Los ministros, salvo Hart, no volvimos a encontrarnos más con él.

(…)

Cerca de las nueve de la mañana, un miembro de la escolta de Fidel vino por las versiones taquigráficas de sus discursos. A media mañana, Fidel envió por Faustino Pérez Hernández, ministro de Recuperación de Bienes Malversados, y Armando Hart Dávalos, ministro de Educación, ambos miembros de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio. Se reunieron. Hart y Faustino regresaron al Palacio Presidencial antes del mediodía. Los acompañé al baño contiguo al salón del Consejo de Ministros. Me comunicaron de que en caso que se produjera la renuncia de Urrutia, propondrían al doctor Osvaldo Dorticós Torrados como nuevo presidente provisional de la República. Las instrucciones de Fidel eran estrictas: nadie, salvo nosotros tres, podía conocerlo, ni siquiera Dorticós. Había que mantener el más absoluto secreto, a fin de evitar especulaciones. Nosotros sabíamos de que no faltaban personas que aspiraran al cargo.

Todos los ministros, salvo Rufo López Fresquet, permanecimos disciplinadamente en el Palacio Presidencial hasta que la crisis fuera conjurada esa misma noche. Rufo López estaba impaciente, aunque lo disimulaba leyendo novelas rosa, y en varias oportunidades pidió permiso para ir al Ministerio de Hacienda a atender asuntos impostergables. En realidad, creía que se le iba a nombrar en reemplazo de Urrutia y quería llegar al Palacio Presidencial en brazos del pueblo.

A esas horas, José Miró Cardona, Justo Carrillo y Manuel Menéndez Massana se encontraban en el bufete del primero, en las calles O'Reilly y Cuba. Miró Cardona aguardaba a que se le designara en reemplazo

de Urrutia. Al paso de las horas, sin que lo llamáramos con la noticia, Miró comprendió que difícilmente se le nombraría y se fue a su casa.

(…)

Fidel reconoció que la renuncia era el único camino legítimo que le quedaba para poder explicarle al pueblo la situación y resolver la crisis, porque la Revolución no se iba a poner fuera de la Constitución acudiendo a una insubordinación militar, a una insurrección del pueblo o al uso de la fuerza.

Fidel habló durante horas «en vivo», por CMQ-TV. Todo el país estaba expectante. El Consejo de Ministros, al igual que todo el pueblo, se hallaba concentrado, escuchando las denuncias, esperando por el desenlace del acontecimiento. El presidente se mantuvo en el tercer piso, intransigente a las peticiones populares y cívicas, que por centenares comenzaron a llegar al mismo programa de televisión, pidiendo su renuncia. El sentimiento unánime era de que Urrutia debía renunciar y Fidel continuar como Primer Ministro.

Por medio del comandante Gilberto Cervantes (jefe de la casa militar) y del doctor Carlos Olivares supimos que el presidente quería que la televisión instalara en el Palacio Presidencial los equipos a fin de ripostar a Fidel. Técnicamente era complejo, requería al menos de tres horas. Se le explicó y Urrutia terminó aceptando que se colocara un control remoto de la radio cubana. Consultado por el comandante Augusto Martínez Sánchez acerca de qué hacer ante la petición de Urrutia de instalar los equipos de la televisión, Fidel se limitó a escribir en la misma nota que le enviaron al estudio de televisión: «Mientras el presidente ocupe el cargo, hay que respetar sus disposiciones».

Pasadas tres horas de iniciado el maratón televisivo, con una avalancha de peticiones públicas exigiendo su renuncia, a sugerencia del comandante Gilberto Cervantes y de Lincoln Llaguno, su cuñado, el presidente Urrutia decidió renunciar. En un papel dirigido a mi persona, traído por el comandante Cervantes, Urrutia presentó la renuncia al cargo de presidente provisional de la República. Le devolví el documento, pues no estaba bien dirigido. El presidente no podía presentar su renuncia ante el secretario, sino ante el Consejo de Ministros. Urrutia la reelaboró, firmó y entregó a Cervantes. Éste me contaría, días después, que en ese instante

Urrutia estaba colérico y golpeó la pared con la cabeza y los puños, exclamando: «¡Qué bruto he sido! ¡Qué bruto he sido!»

(…)

Apenas el comandante Cervantes trajo la renuncia del presidente de la República, el comandante Augusto Martínez Sánchez preparó y envió una nota al comandante Raúl Castro: «El presidente renunció. Quiere irse para la casa de un cuñado, quien pide que le den seguridades. Dice el presidente que no se va de Cuba y que no hará declaraciones».

La nota fue entregada al moderador del programa, quien procedió a leerla (…).

Mientras esto pasaba en la televisión, nos organizamos. Procedí a leer la petición de renuncia de Urrutia. Ningún ministro objetó ni planteó nada. Unánimemente, aceptamos su renuncia y de conformidad con el artículo 134 de la Ley Fundamental en vigor, el Consejo de Ministros procedió a designar al nuevo titular.

Armando Hart pidió la palabra y propuso al doctor Osvaldo Dorticós Torrado, hasta entonces ministro encargado de Ponencia y Estudio de las Leyes Revolucionarias. Argumentó muy brevemente de que en Dorticós convergían condiciones que lo señalaban como la persona llamada a ocupar tan alta responsabilidad.

(…)

La persistencia de argumentos favorables persuadió a Dorticós de que debía aceptar el cargo. Cuando asintió, pregunté a los miembros del Consejo de Ministros si había alguna otra proposición, pero ningún ministro solicitó la palabra. Eran las once y quince de la noche. Procedimos a votar la única propuesta. Unánimemente, acordamos que el nuevo presidente provisional de la República fuera el doctor Osvaldo Dorticós Torrado.

(…)

A las cuatro de la tarde (el 26 de julio), aproximadamente un millón de cubanos se reunió en la Plaza Cívica José Martí, frente a una tribuna que se improvisó en la terraza de la Biblioteca Nacional. Lo que inicialmente se pensó como una concentración campesina para defender la Ley de Reforma Agraria y apoyar la Revolución, se transformó en una enorme multitud de habaneros y guajiros, mezclados

física y espiritualmente. Por supuesto, lo más reclamado era la reinserción de Fidel al cargo de Primer Ministro.

Luis M. Buch y Reinaldo Suárez: *Gobierno revolucionario cubano: Primeros pasos*, Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, Cuba, 2004, pp. 79, 131-133, 213-218, 237, 252.

John Cabañas
EMPRESARIO NORTEAMERICANO-CUBANO

¡Hijo, es el único que tengo!

El 2 de diciembre de 1955 recién cumplía 13 años. A pesar del tiempo transcurrido desde entonces, lo que sucedió durante varias noches en mi casa de Cayo Hueso, la Florida, no se me olvidará nunca: por primera vez vi personalmente a Fidel Castro.

En esos momentos, mi padre Julio Cabañas Jr. era el presidente del club San Carlos, fundado por emigrantes y exiliados cubanos, el 11 de noviembre de 1871.

Fidel recorría distintas ciudades de los Estados Unidos buscando apoyo entre los cubanos en su lucha por liberar a Cuba de la tiranía batistiana, y en Miami un señor de apellido Villaya le habló de mi padre y del club San Carlos.

Recuerdo que Fidel llegó a casa alrededor de las once de la noche. Llamó a la puerta. Cuando le abrieron se presentó como el doctor Fidel Castro y pidió hablar con mi padre.

Junto a mi padre se encontraba mi madre Emilia Carbó y mi hermana mayor Josefina, además de otros compañeros que lo acompañaban en la visita.

En ese instante yo no podía entender la problemática política cubana, pues toda mi vida había vivido en Cayo Hueso, ciudad donde había nacido. Mi mamá, que era cubana, nos había inculcado siempre el amor a su patria.

En aquel momento, yo ignoraba de qué se hablaba. Durante su estancia de cinco días en la ciudad visitó nuestra casa diariamente. En uno de los encuentros me senté en la sala, en el suelo, y se produjo un hecho que no he olvidado:

FIDEL Y JOHN CABAÑAS

Fidel le dijo a mi madre que él la conocía de algún lugar. Mamá, al principio, no respondió. Mi padre le dijo a Fidel que no podía ser pues desde su matrimonio en 1940 ella se habían radicado en Cayo Hueso, pero Fidel siguió insistiendo en el tema al siguiente día.

La realidad es que la familia de mi madre era ortodoxa y ella se encontraba en Cuba en el momento que Eddy Chibás se dio el tiro. Sus familiares le pidieron ir a ver a Conchita Fernández con unos papeles y ahí se encontró con Fidel. Ella no sabía quién era.

Mi madre ante la insistencia de Fidel expresó:

—Mire, doctor, le voy a decir la verdad, cuando la muerte de Chibás…

Y Fidel, sin dejarla terminar, le manifestó:

—Tú eras la mujer de los papeles.

Ahí se abrazaron. Realmente fue algo muy emocionante.

Mi madre en reiteradas ocasiones siempre me comentó que el Fidel que conoció en la muerte de Chibás, al que vio en Cayo Hueso en el año 1955, ya llevaba implícito toda la lucha del Moncada y de la prisión, y eso la convenció a ella para incorporarse a la lucha porque Fidel era palabra y acción.

En otro encuentro me llamó la atención que Fidel llevaba puesto un traje de lana gruesa. Le toqué el pantalón a la vez que le pregunté por qué usaba esa ropa con el calor que hacía. Mi padre me regañó. Me dio un cocotazo, y Fidel le dijo a mi padre: «Julio, no le dé», y me contestó: «¡Hijo, es el único que tengo!».

En esa visita se fundó la célula del 26 de Julio en Cayo Hueso. Tanto mi padre, como mi madre y mi hermana Josefina estuvieron entre los fundadores, al igual que otros compañeros residentes en la ciudad. En el año 1957, con apenas 15 años, yo también ingresé en el 26 de Julio.

Con el tiempo llegué a comprender con profundidad la respuesta que me dio Fidel, quien ha dedicado toda su vida a la Revolución, al bienestar de su pueblo en medio de una extraordinaria austeridad y modestia.

Después del triunfo revolucionario lo he visto en varias ocasiones, y siempre que lo he tenido frente a mí he sentido mucha emoción. Fidel es una parte intrínseca e importante de mi vida.

Exactamente, un año después de la visita a casa, el mismo día 2 de diciembre, Fidel y sus compañeros desembarcaban en tierras cubanas para lograr la independencia definitiva de la patria.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 23 de marzo de 2008.

Miguel Calderón Gómez

ATLETA CUBANO DE BALONCESTO

¿Cuándo tendrán resultados destacados?

Lo máximo para mí es haber hablado, estrecharle la mano y darle un abrazo al hombre más humilde del mundo por su modestia y humanidad y salud de hierro. Cuando me entregaron el Botón Olímpico en la Casa Central de las Fuerzas Armadas Revolucionaria (FAR), el Comandante en Jefe me preguntó:

—¿Cuándo el baloncesto masculino cubano tendrá resultados destacados?

—Pronto, Comandante –le contesté.

Eso ocurrió en 1988, después que nuestro país desistió de participar en los Juegos Olímpicos de Seúl, en Corea del Sur, por razones de solidaridad con otros pueblos del entonces campo socialista.

Aquella observación me motivó grandemente a trabajar con ahínco por lograr el resultado demandado por el líder de la Revolución. Tres años después, tomé la responsabilidad del baloncesto varonil en nuestro país, es decir, desde 1991 hasta 1999, en calidad de entrenador principal.

Tras no pocos empeños, logramos resultados positivos, tanto a nivel nacional como internacional, y recibimos reconocimientos por las actuaciones de nuestro deporte. Me sentí feliz de haber correspondido a aquel llamado del Comandante en Jefe.

Le deseo pronta recuperación, mucha salud y felicidades en el año 2008, Comandante.

¡Cuídese mucho, mi Comandante!

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 7 de enero de 2008.

SANTIAGO CARDOSA ARIAS
PERIODISTA CUBANO

Si me dan un poder

A finales de diciembre de 1952, justamente siete meses antes del ataque al Moncada, en la finca *Ácana,* provincia de Matanzas, una treintena de obreros agrícolas, empleados de esa finca, llevaban más de seis meses sin percibir salario alguno.

Una disputa entre los propietarios y un arrendatario del inmueble –lógica manifestación del régimen de tenencia de la tierra y de explotación– motivó que los trabajadores de *Ácana* no cobraran sus haberes correspondientes a ese largo período de tiempo, a pesar de ser ellos ajenos al litigio.

Todo cuanto hicieron resultó inútil. No fueron pocas las denuncias hechas a las autoridades, ni pocas las discusiones con sus respectivos empleadores.

El día 27 de diciembre, los trabajadores agrícolas de la finca recibieron sorpresivamente la visita del doctor Fidel Castro, quien se identificó como «un abogado de La Habana que viene a ayudarles a resolver el problema que ustedes tienen y tratar de que les paguen los adeudos».

El total de la deuda era de más de cinco mil pesos y los campesinos, según expresan, «temimos que aquello (la visita de Fidel), fuera una maniobra de los dueños y el arrendatario». El joven abogado los convenció de sus justos propósitos y los campesinos depositaron en él su confianza. Algunos, sin embargo, tuvieron que esperar hasta el éxito de la gestión hecha por Fidel para convencerse de que no se trataba de un ardid.

(...)

Un día llega Fidel –recuerda Paulino Perdomo, uno de aquellos campesinos–, nos dice que es abogado y que viene a cobrar el dinero que nos deben. «Si ustedes me dan un poder… Si no…».

Aquello me parecía una maniobra de los dueños. Él me dijo que le buscara un lugar donde reunir a los trabajadores pues los del sindicato le habían negado el local.

Entonces, fuimos para mi casa. Acondicionó los pocos tarecos que teníamos y le dijo a la vieja que le hiciera un poquito de café. Nos dijo: «Les doy mi palabra de honor que si ustedes me dan un poder, yo, dentro de cuatro días, les cobro ese dinero».

Cuando los compañeros estuvieron de acuerdo, él cogió un papel, se sentó a una mesita, y ahí mismo escribió el acta, el poder, y lo firmamos. Eso fue el 27 de diciembre de 1952, como a las cinco de la tarde. Después dijo: «Mañana no, pero pasado mañana, más o menos como a esta hora, ustedes van a tener aquí un telegrama donde les diré cómo van las gestiones». Y salió para La Habana.

Al tercer día, se me apareció el mensajero del correo con el telegrama. Decía: «Las gestiones van bien, Fidel».

El día 31, como a las diez de la noche, todos nosotros estábamos ya cobrando, recogiendo los cheques con lo que nos debían a cada uno. El pago se hizo en la casa de Andrés Perera, en Cidra, con Fidel presente.

Después de cobrar, los compañeros quisimos darle al menos dos pesos para la gasolina del carro, pero él ni siquiera eso aceptó. Él nos había dicho que no cobraría ni un centavo por su gestión y cumplió su palabra.

Cuando oímos lo del Moncada, como siete meses después, no podíamos imaginar que aquel abogado era el mismo del Moncada, nadie quería creer al principio que era la misma persona que estuvo aquí.

Santiago Cardosa Arias: *Antes del Moncada*, Editorial Pablo de la Torriente, Ciudad de La Habana, 1986, pp. 166-172 y recuerdos narrados al autor.

Enrique Carreras Rolas

GENERAL DE DIVISIÓN CUBANO

¡Patria o muerte!

A las 4:45 horas del 17 de abril de 1961, el Comandante en Jefe llamó a la base y pidió que me pusiera al teléfono. Me recogieron en el propio *jeep* del jefe de la base. Al llegar al edificio de la torre de control tomé el auricular y respondí:

—A sus órdenes, Comandante en Jefe.

—Carreras, en Playa Girón se está llevando a cabo un desembarco –expresó Fidel–. Despeguen y lleguen allá antes del amanecer. Húndanme los barcos que transportan las tropas y no me los dejen ir.

—Entendido. A sus órdenes, Jefe –manifesté. Entonces esperé ansioso unos segundos y pregunté–: ¿Eso es todo?

A mi requerimiento agregó:

—¡Patria o Muerte!

—¡Venceremos! –contesté lleno de entusiasmo, deseoso de salir de inmediato a cumplir la misión que me había encomendado.

Enrique Carreras Rolas: *Por el dominio del aire*, Editora Política, Ciudad de La Habana, Cuba, 2006, p. 96.

Pedro Carreras Pérez

MILITAR CUBANO DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONAL

Yo te conozco a ti…

Tengo mujer, siete hijos, nietos y biznietos. Todos me adoran. Pero ya me puedo morir tranquilo. Pues en el transcurso de la zafra de 1970, estaba cortando caña con la brigada millonaria «Antonio Briones Montoto». En los propios cañaverales mis compañeros me eligieron obrero ejemplar. También había sido secretario general de la sección sindical.

Una tarde vi llegar a los terrenos del central «Martínez Villena» varios *jeeps*. De uno de ellos se apeó Fidel.

No sabía qué hacer. Estaba cortado. ¿Me acerco o no? Mi mente era un torbellino. Desde lejos veía a Fidel conversando con un grupo de trabajadores sobre la máquina cortadora de caña. El jefe de la Revolución montó en el *jeep*, ya se iba a marchar.

De pronto, me le cuadro militarmente. Fidel, automáticamente, responde el saludo. Pero le llamó la atención la forma en que lo había hecho. Con la mano me hace señas para que me acerque. Me dirijo al jeep. Fidel me observa con detenimiento y comienza para mí un diálogo inolvidable:

—Yo te conozco a ti... ¿De dónde te conozco?...

Sí, Comandante, usted me tiene que conocer. Yo tengo permiso para saludarlo en un momento como este. No quería molestarlo en la capital, sino que quería estar en un lugar donde pudiera proporcionar algo en beneficio de lo que usted tanto se esfuerza.

—Todo eso está muy bien. Pero no, no, no. Yo te conozco... Yo te conozco... Yo te conozco...

Comandante, no quisiera abusar de su memoria. Permítame darle una fecha: 28 de mayo de 1957.

—¡Teniente Carreras! ¡Cómo no te voy a conocer!

—Hace doce años, el Guerrillero Heroico me dio permiso para saludarlo y podrá imaginarse con qué ansiedad he esperado esta ocasión.

—Y tú, pudiéndome ver en cualquier parte has esperado doce años para saludarme, ¿Por qué, chico? Todo lo que el Che te dijo es verdad.

—Yo quería que usted me viera haciendo algo por el desarrollo de nuestra patria. Por esta patria por la que usted tanto ha hecho y tanto hace.

El diálogo se produjo al lado del *jeep*. Fidel le explicó a mis compañeros quién era yo y cómo había sido un militar honesto.

Al irse Fidel, mis compañeros me abrazaban. Me sentía fuera de este mundo. Y no cesaba de comentar: «Me he quitado una escafandra que me cubría todo el cuerpo».

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, febrero de 1978.

Santiago Carrillo
POLÍTICO ESPAÑOL

Una revolución española

Conocí a Fidel personalmente en 1960, en ocasión del Congreso del Partido Socialista Popular –el anterior Partido Comunista de Cuba. Debido a la imposibilidad de pasar por España y la inexistencia en aquel momento de líneas aéreas entre Cuba y la URSS, tuve que dar media vuelta al mundo para llegar a la perla del Caribe.

El desembarco en La Habana me compensó de los avatares. Me encontré allí con mi viejo amigo, González Jerez y su compañera, con Ramón Soliva, Francisco Ciutat y un grupo de militares del Ejército Republicano español que trabajaban como asesores del naciente Ejército Popular de Cuba, y con lo que quedaba del exilio republicano, entre otros con el diputado del período de la República, Jerónimo Bugeda, que por entonces hablaba con simpatía de la Revolución Cubana.

Era un momento de gran euforia en Cuba: aún se notaba muy poco el bloqueo; se hablaba de «la Revolución con pachanga» queriendo significar que se trataba de una revolución cálida y alegre, que se correspondía con el carácter generoso y abierto del pueblo cubano. No se percibía por ninguna parte temor y lo de «paredón» tenía más de retórica que de realidad. Conocí y hablé primero con Raúl Castro y con el Che Guevara.

Vi a Fidel en unión de Juan Rejano la noche antes que partiera hacia New York para participar en la Asamblea de la ONU, donde pronunciaría un resonante discurso. No sé si había dormido la noche anterior; en aquellas fechas descansaba muy poco. Era un verdadero gigante, una fuerza de la naturaleza. Tenía la cabellera y la barba rojizas, y de cuando en cuando, se metía la barba en la boca y la mordía. Estuvimos toda la noche charlando y nos separamos a la mañana siguiente, cuando iba a prepararse para partir a Estados Unidos.

Lo primero que me comentó fue el incidente que había tenido con el embajador franquista Lojendio, quien había incurrido en la impertinencia de presentarse en televisión e interrumpir una emisión en la que

Fidel estaba hablando, en ruptura con todos los usos diplomáticos. Fidel aprovechó la oportunidad para mostrar su hostilidad a la dictadura que sufríamos en España.

Fidel, hijo de emigrantes gallegos, insistía mucho en que aquella era una «revolución española». Exactamente lo que quería con eso era diferenciarla de otras revoluciones de este siglo; indicar que era algo diferente. «Una revolución que habla en español», repetía como diciéndole a algún espectador invisible: «no buques aquí manos extrañas a Cuba: conspiraciones internacionales, maniobras extrañas; esto que pasa es algo auténtico y exclusivamente cubano».

Al tiempo que conversaba conmigo y con Juan Rejano, Fidel preparaba el discurso que iba a pronunciar ante la ONU de un modo muy singular. No es que tomara notas; tenía sin duda una memoria privilegiada y en el curso de la noche se levantó varias veces y nos fue repitiendo lo que pensaba decir, párrafos enteros improvisados durante la conversación, entre los cuales estaba uno en el que pensaba condenar al régimen franquista y de la solidaridad cubana con el pueblo español.

Desde luego, la revolución era genuinamente cubana: una improvisación maravillosa, en la que no se repetían recetas y en que creatividad e ingenuidad se hermanaban frecuentemente; allí sí «se hacía camino al andar».

Yo estaba subyugado por aquel ambiente. Me percataba de la sinceridad y honradez de Fidel, un hombre que respondía de sus palabras con su propia vida.

La Revolución resistiría esa prueba

Lo que había comprobado Fidel es que los norteamericanos no iban a consentirlo, no iban a tolerar que en su «patio trasero» se desarrollaran movimientos que rompiesen la dominación yanqui. Tuvo que buscar aliados y los encontró en la URSS y en el grupo de países del llamado campo socialista. Los nuevos aliados también crearon problemas.

En febrero de 1968 yo hice una de mis visitas a La Habana, acompañado por Carmen, coincidiendo con que Zhivkov, el dirigente búlgaro,

anulaba un viaje suyo a la isla. La anulación se debió a una gestión de los soviéticos que también desaconsejaron mi viaje.

El mes de febrero es uno de los mejores para visitar La Habana. No hacía ni frío ni demasiado calor. Pero el clima político sí era «caliente». Yo sabía que disgustaba a los soviéticos y que podía no satisfacer a los cubanos. Me encontré con Fidel al llegar y esa tarde, conduciendo personalmente su *jeep*, me llevó a la sierra de los Órganos donde estaban realizando uno sus planes agrarios. Volvimos a La Habana ya de noche y cenamos juntos en la residencia donde nos habían alojado.

Allí me tocó recibir un tremendo chaparrón dialéctico. Un Fidel desencadenado arremetía contra la Unión Soviética de Brezhnev, Kosyguin y Podgorny y su comportamiento con Cuba, me decía: «¿Revolucionarios estos?». Nietos de revolucionarios, que no es lo mismo. Hasta ahí no me hubiera costado trabajo seguirle lanzado como estaba, se extendió en críticas a la NEP y llegó a censurar hasta la paz de Brest-Lítovsk. Hablaba de la incondicionalidad a la URSS de los que él llamaba «viejos comunistas», entre los que indudablemente me incluía, considerándonos como gente sin criterio propio. Poco a poco yo fui calentándome también y respondiendo a aquellas de sus críticas que consideraba injustificadas. Mientras mi mujer, impresionada por la escena, nos oía en silencio.

La discusión, muy acalorada, duró hasta cerca de las dos madrugadas, en que se marchó diciéndome: «Bueno, esta es una discusión entre compañeros. Perdona si he estado fuerte».

A las nueve de la mañana del día siguiente, cuando estaba desayunando, se presentó Fidel, inesperadamente. Traía debajo del brazo un enorme dossier y se disculpó por el acaloramiento de la noche anterior. Estaba –me dijo– muy encabronado con los soviéticos.

—Te he traído –añadió– el discurso que he pronunciado ante la última reunión del Comité Central. Es un documento que no conoce nadie. Se refiere a las relaciones entre Cuba y la URSS. Y en el CC hemos acordado que si alguno filtra su contenido será severamente sancionado. Pero quiero que lo leas porque así comprenderás mi enfado. Te lo dejo y esta tarde, cuando lo hayas leído volveré y hablaremos.

En efecto, me quedé con el texto larguísimo y dediqué el día a leerlo. Se trataba del alegato más fuerte jamás leído por mí contra la dirección

soviética, que había incumplido muchos de los acuerdos comerciales con Cuba, creándole situaciones difíciles. Se juzgaba además de manera muy negativa el episodio de los misiles y diversos momentos de las relaciones entre ambos, en algunos de los cuales había intervenido, personalmente por la parte cubana, Che Guevara.

Aparte de las derivaciones ideológicas y políticas que le daba a los hechos, lo importante era que Cuba no recibía suficiente trigo y petróleo, que por falta de piezas de recambio la aviación militar no estaba en condiciones de volar, que había sido necesario enterrar los tanques por las mismas razones, para utilizarlos como posiciones de artillería inmóviles y que para el colmo les habían montado la fracción de Aníbal Escalante.

Cuando regresó por la tarde tuvimos ya una conversación tranquila. El razonamiento que yo le oponía es que enfrentados a Estados Unidos, rotas ya las relaciones con China, si rompía también con la URSS ¿cómo iban a sostener la Revolución Cubana?

Fidel era consciente de que eso iba a colocarlos en una situación difícil, pero consideraba que, con todo, la Revolución resistiría esa prueba.

Relación amistosa

Mi relación con Fidel siguió siendo amistosa. Una de las últimas veces que le vi fue en vísperas de la visita del entonces presidente Adolfo Suárez a Cuba. No tenía ningún encargo ni oficial ni oficioso de preparar el viaje. Pero de algún modo contribuí, aunque sea modestamente, a su éxito.

Hace años que no veo a Fidel. Mi dimisión como secretario general del PCE terminaba con la razón oficial de nuestras relaciones. Y entre los dirigentes comunistas es raro que las relaciones personales sobrevivan a las oficiales; los sustitutos celosos considerarían menoscabo a su papel esa supervivencia. Además, una vez dimitido, los países del «socialismo real», que ayudaban a Cuba –con excepción de China y Corea– me retiraron la escasa relación, puramente oficial, que mantenían conmigo, respuesta por otro lado lógica a mis opiniones sobre ellos. Sin embargo, quedó como un hilo tenue con Cuba, los cohíbas que he seguido recibiendo de Fidel.

Con ese hilo o sin él yo sigo defendiendo la Revolución Cubana y pensando que el comportamiento occidental con la Cuba de Fidel es escandaloso. Y más todavía el del gobierno de mi país. Hace falta mucha hipocresía para hablar de falta de democracia en Cuba cuando se mantienen las más cordiales relaciones con la autocracia feudal marroquí, por citar un ejemplo. Es vergonzoso querer hacer capitular por el bloqueo y el hambre a un pueblo que ha demostrado ya su orgulloso empeño en defender la libertad e independencia, y que, además, es nuestro hermano de sangre.

Santiago Carrillo: *Memorias,* Editorial Planeta, Barcelona, España, 1993, pp. 527-533.

Ernesto Cardenal

SACERDOTE NICARAGÜENSE

Buenos sacerdotes

El Nuncio [Cesar Zacchi] me cuenta que le dijo Fidel: «Nosotros queremos que vengan sacerdotes a Cuba, pero que sean buenos sacerdotes». Él se quedó pensando qué quería decir Fidel: ¿buenos sacerdotes para la Revolución o buenos para la Iglesia? Fidel, como si adivinara lo que pensaba, le aclaró: «Al decir buenos sacerdotes, quiero decir buenos sacerdotes para ustedes. Porque si son buenos para ustedes, serán buenos para nosotros». Me cuenta también de la vez que Fidel llegó a una recepción en la Nunciatura. Después Fidel lo mencionó en un discurso. Dijo que las agencias yankis habían dicho que él estaba conspirando con el Nuncio para fomentar la revolución del clero de América Latina. «¡Y es verdad, es verdad! –dijo–. Hay una conspiración universal de los hombres dignos de la humanidad». También dijo entonces que la revolución del clero de América Latina era un fenómeno nuevo que los marxistas–leninistas debían tomar en cuenta. No hay nada más antimarxista que la petrificación de las ideas –y hay marxistas que exhiben ideas que son verdaderos fósiles–. «¿Cómo, cuando vemos a sectores del clero devenir en fuerzas revolucionarias, vamos a resignarnos a ver sectores del marxismo deviniendo en fuerzas eclesiásticas?».

Puede ser comunista sin dejar de ser cristiano

Una noche estaba en mi pieza del hotel –esta vez el Habana Riviera– y de pronto el teléfono.

«Cardenal, aquí habla Celia Sánchez. Acabamos de recibir su mensaje en estos momentos y Fidel quiere verlo. Quédese allí en el hotel, no se mueva de su pieza».

Eran como las ocho. Como a las nueve otra vez el teléfono.

«Cardenal, le habla Celia. Dice Fidel que baje y se ponga en la puerta principal del hotel. Él pasará a recogerlo».

Al salir del elevador vi dos soldados jóvenes y uno de ellos me dijo: «Síganos». Frente a la puerta del hotel estaba un pequeño carrito negro con la portezuela abierta y desde lejos se reconocía bien la figura que estaba dentro con traje verde y barba negra.

Me senté a su lado y arrancó el carrito; dos soldados muy jóvenes adelante, uno de ellos manejando, y nosotros dos atrás. Entre nosotros dos, un gran cerro de papeles, en los que Fidel apoyaba el codo. Inmediatamente que entré comenzó a hablarme, como si lo hiciera con un amigo de toda la vida:

«Estoy con un gran catarro (llevándose el pañuelo a la nariz), me resfrié el martes, con Kosygin; nos cayó un gran chaparrón. No sé qué tal me vaya a ir en el sur de Chile (bajando la voz, en el tono de quien revela un secreto) porque voy para Chile». Y era un secreto; se especulaba en la prensa internacional sobre un viaje a Chile, pero no se había anunciado oficialmente.

Dijo al chofer que diera vueltas por las calle(s) de La Habana, y continuó:

«Recibí su papelito; muy lacónico. Me dije: si es breve, será importante. Me despertó el interés. Esa es la ventaja de ser breve. Su mensaje iba al grano; estaba escrito en estilo revolucionario. Esta noche iba a ir a Oriente; no fui por el resfrío, por eso lo pude ver a usted; de otra manera no hubiera sido posible porque ya solo me quedan tres días en Cuba. Hablaremos en el automóvil mientras damos vueltas por las calles ¿le parece? Después, si usted quiere, lo llevaré a la universidad, porque quiero ver a los estudiantes, solo

estaremos allí diez minutos, estuve con ellos varias horas anoche, y estuve muy duro con ellos, estuve bastante cáustico, y estoy arrepentido, quiero ir a reparar esto; debí dorarles un poco la píldora. También me podrá acompañar un momento al Habana Libre donde tengo que ver a unos técnicos cañeros».

Íbamos rápido por las calles desiertas. Abordé el tema que yo deseaba tratar, la cuestión religiosa de Cuba. Le dije: «La situación en el resto de América Latina ha cambiado; allí la Iglesia Católica va evidentemente hacia el marxismo». Le contaba que había visto en Chile muchos sacerdotes marxistas, y algunos de ellos se declaraban marxistas-leninistas. Oía con mucha atención. Muchos, le dije, encuentran que el marxismo es una ciencia, y el cristianismo una fe. Iba a decirle que otros iban más adelante, pero él tocándome la camisa me interrumpió:

«Y no solo el marxismo como ciencia. También como filosofía. Mire usted: la filosofía marxista y el cristianismo coinciden en un 90 %. ¿Verdad?».

Hablaba con animación. Parecía alegre. Su tono, de mucha confianza, de viejo amigo. De nuevo tocándome la camisa:

«Y el materialismo dialéctico es más espiritualista que el positivismo. ¿Verdad que sí?».

Le digo que sí, y que el materialismo dialéctico no se opone al espiritualismo sino al idealismo.

Volvemos al caso de Cuba, y me dice: «Mire yo conozco el cristianismo como lo conoce usted. Y yo sé que el auténtico cristianismo es revolucionario. Si fue la religión de los pobres y de los esclavos en el Imperio Romano. Pero aquí no todos lo conocen así, y hay ciertos prejuicios contra él con los cuales hay que contar. Que se explican además, por la forma en que se comportó aquí la Iglesia de Cuba».

Le digo que estoy enterado de cómo se comportó la Iglesia de Cuba, y continúa:

«La Iglesia aquí, viera usted, estaba muy mal. No era el catolicismo que han tenido ustedes en el resto de América Latina, y que ha estado con los pobres y con los indios. Aquí el catolicismo no estaba en el campo; era burgués; clasista. Era la religión de los ricos. Lo verdaderamente popular

aquí eran las religiones africanas. También estaban más vinculados con el pueblo los protestantes».

Le digo: «Y me han dicho que tuvieron menos conflicto con la Revolución».

«Tuvieron menos conflicto».

Con frecuencia cambiaba de posturas para hablar; se ponía la mano en la barba; levantaba un dedo para enfatizar; se reclinaba al lado derecho contra la ventanilla, o al izquierdo con el codo sobre el cerro de papeles que había entre los dos, y la barba sobre la mano.

«Aquí tuvimos un sacerdote revolucionario. Lástima que usted no lo conoció. Ya murió. Fue muy amigo de nosotros...».

«Sí –le digo–, el padre Sardiñas. Y fue Comandante...».

«Fue Comandante. Fue un buen sacerdote. Y un buen revolucionario. Y buen guerrillero. Bautizamos muchos niños en la Sierra Maestra, él y yo. Entonces se creía mucho en eso. Nos íbamos él y yo a ver cuáles niños estaban sin bautizar, y los bautizábamos. Bautizamos más de cien. Yo era el padrino. Yo tengo más de cien ahijados en la Sierra». (Se ríe.)

Le hablo de la importancia de la colaboración de la Iglesia, para el triunfo de la revolución en América Latina, y dice: «No solo para el triunfo. También para después: para consolidar el socialismo».

Me dice que le han contado que los seminaristas ahora son revolucionarios. Han ido a cortar caña. Y él le ha dicho al Nuncio que un día de tantos desea ir a verlos, para animarlos: «Pobrecitos. Hay que animarlos. Cuando sean sacerdotes tendrán una tarea difícil: hacer revolucionarios a los católicos de Cuba. Y una gran responsabilidad».

(…) Le conté una frase que me había dicho el Nuncio: «Usted puede ser comunista, ¡con tal que no pierda la fe!».

Y Fidel: «Bueno el Nuncio. Es claro. Usted puede ser comunista sin dejar de ser cristiano. ¿Por qué no?».

El socialismo es la fraternidad

(…) Llegamos a la universidad como a las 10 de la noche. Otros dos carritos habían venido detrás, con dos o tres soldados cada uno, muy jóvenes (sin ametrallado-

ras). Una muchacha se acercó: «¡Comandante!». Cinco o seis jóvenes más lo vieron de lejos y se acercaron corriendo. El consejo estudiantil estaba reunido con el rector en el edificio de enfrente y allá fuimos con los estudiantes y la escolta. Se sorprendieron cuando entramos al salón: «¡Comandante!». Nos sentamos en una larga mesa con los que estaban reunidos. Llegaron más estudiantes. Les dijo que la noche anterior había estado muy duro, muy negativo. Les había dicho solo las cosas malas. Ahora venía a decir también las buenas... Sonríe: «Conste, todo lo que dije anoche contra los técnicos es cierto, pero solo dije las cosas malas». Ahora solo iba a estar 15 minutos con ellos, porque andaba conversando conmigo (aunque se quedó como una hora). La universidad había formado buenos técnicos, pero también había un peligro: caer en la tecnocracia. Había que evitar también el crear una élite intelectual. Comenzó después a analizar con ellos un nuevo plan educacional: La educación iba a hacerse siempre junto con el trabajo, y el trabajo junto con la educación. La universidad iba a ser llevada a la fábrica, y la fábrica a la universidad. Los estudiantes iban a ser también trabajadores, y los trabajadores estudiantes. No era justo dedicar a un hombre a un trabajo intelectual toda su vida, y condenar a otro toda su vida a un trabajo animal...

El rector habló de una facultad técnica en la que ya podrían estudiar los obreros de una fábrica, mientras los estudiantes irían a trabajar a esa misma fábrica. Dijo Fidel inmediatamente: «¿Cuántos buses se necesitan? Hagan el cálculo de buses y los fabricamos. Tenemos una fabriquita de buses».

Volvió a decir que todo hombre debía hacer trabajo intelectual y trabajo manual; si no, volvían otra vez a la sociedad de clases. Si se descuidaban en esto se les podía venir abajo toda la Revolución. El capitalismo era muy peligroso porque era muy atrayente. Iba a favor de todos los instintos del hombre: el egoísmo, la codicia, la sensualidad, la pereza, la prostitución de todo tipo, la usura. Mientras que el socialismo era anti-instinto. La posición del socialismo ante el capitalismo era desventajosa, porque era el sacrificio. No debían aspirar a crear una sociedad de consumo; el verdadero nombre de esa sociedad

no era de «consumo» sino de «despilfarro». Las cosas eran hechas para tirarse (…).

De la universidad fuimos al Habana Libre. En el camino me dijo: «¿Sabe?, el socialismo no es la abundancia; sino que es la repartición, y por lo tanto el sacrificio. El socialismo es la fraternidad, ¿verdad?». Yo le dije: «Sí, es el amor».

Más adelante me dijo: «Mire, todas las condiciones de un sacerdote, son las cualidades necesarias en un buen revolucionario».

Le dije: «De un buen sacerdote».

De pronto el automóvil se detuvo dentro de un sótano. «¿Y aquí qué es?», le pregunté. «Es el Habana Libre». Los movimientos de los soldados eran rapidísimos pero los de él pausados. Subimos al apartamento donde estaban los técnicos cañeros. Acababan de llegar de los Estados Unidos adonde habían creado un problema internacional aterrizando sorpresivamente en Houston sin ningún trámite. Fidel hace que le cuenten todo, y ríe con ganas. Le cuentan el desconcierto de las autoridades norteamericanas cuando bajó el avión, y le da mucha risa. Ellos les explicaron que llegaban a un congreso internacional al que Cuba estaba invitada –y más risa de Fidel–. «¿Alegaron contra ustedes violación del espacio aéreo?». No lo hicieron, y también le da risa. Él sabía que no iban a alegar eso, dice. Se voltea hacia mí y me dice: «Ellos violan todos los días el espacio aéreo de Cuba con sus U-2». Le cuentan la resonancia que hubo en la prensa de Estados Unidos, y también ríe. El jefe de la delegación de técnicos era negro y eso extrañó mucho en Houston, y también le da risa a Fidel (…).

Ese aterrizaje sorpresivo había sido una idea genial, dijo. Comentó en un plan de mucha confianza otros conflictos de Cuba con los Estados Unidos –y siempre en un plan de guasa–. Ordenó un daikirí para celebrar el regreso. («Pero solo uno».) Fue el último en servirse. Y en realidad solo hubo un daikirí.

Después poniéndose serio: «Mañana cuando los entrevisten en la televisión, no digan solo lo malo. Digan también lo bueno. ¿No les parece? Esto nos da fuerza moral».

Pregunta si trajeron periódicos. Ve los titulares. Le divierte mucho una caricatura en la que está él con Nixon. Le dicen que también hay

un artículo en español, de un gusano, lleno de horrores contra él. «¡A ver, a ver!». Lee en tono declamatorio (…).

Debe haber estado muy cansado, porque entre las risas a veces tenía bostezos. La voz la tenía ronca. Quién sabe cuántas horas o días llevaba de conversación continua. Su ropa estaba ajada.

De nuevo en el auto, le pregunté: «¿Y ahora adónde vamos?». «Vamos hacia su hotel, pero no lo voy a dejar todavía, quiero conversar más con usted». Cerca del Habana Riviera dijo al chofer: «Póngase a estar dando vueltas por el malecón». Era como la media noche y estuvimos yendo y viniendo en el automóvil como una hora. Grandes olas reventaban en el Malecón, se levantaban convertidas en espuma blanca dos metros o tres, y caían como una lluvia sobre la calle. El auto iba hasta el túnel de Miramar y regresaba hasta el hotel Nacional y otra vez hasta el túnel. Fidel me preguntó por los sacerdotes revolucionarios de América Latina. Si algunos estarían interesados en ir a Cuba. Qué estaba escribiendo yo. Qué nuevas cosas pensaba escribir en el futuro. Le dije que estaba por publicar un libro sobre Cuba, que iba a dedicar al pueblo cubano y a él. («Muchas gracias. Lo leeré con mucho interés».) Me preguntó mucho sobre nuestra comunidad de Solentiname. Cómo vivíamos allí. Qué significaba el nombre Solentiname, cómo eran esas islas, cuántos habitantes, qué longitud tiene el lago, qué profundidad, qué razas de vacas teníamos –y daba recomendaciones sobre el cruce de vacas–. La pesca del lago; por qué no se comercializaba; los tiburones de agua dulce… «Y dígame: ¿es cierto que son muy feroces?»... «¿No son tan feroces? ¡Y cómo los técnicos me han dicho que son muy feroces...!». «¿Son muy sabrosos los pescados del lago? A mí me gustan más los del mar que los de agua dulce...». «¿Hay embarcaciones de vela?...». «¿El lago es bello?». «¡Deben ser bellas esas islas!».

El auto iba del Baltimore al Nacional al Coppelia y de allí se acercaba al Habana Riviera, y otra vez de vuelta y de nuevo pasábamos por los grandes hoteles, Capri, Habana Libre, Presidente, Saint John. Pasábamos por el blanco rascacielo ex embajada de los Estados Unidos, y por la Casa de las Américas, y Relaciones Exteriores, y llegábamos al túnel, a veces el auto atravesaba el túnel y se iba por Miramar, y volvía otra vez para atrás a los grandes hoteles, y otra vez al túnel y a Miramar.

(…) Me preguntó cómo era la región donde había hecho la guerrilla Sandino. Si había muchos partidarios de Sandino. Qué posibilidades veía yo de liberación de Nicaragua. Por fin dijo al chofer que fuéramos a mi hotel, pero no por la puerta de adelante esta vez sino por detrás. El auto entró por el patio trasero donde están los servicios, y todavía Fidel continuó conversándome un largo rato dentro del auto. Deseaba hablar conmigo unas cuatro horas más, dijo (ya llevamos cuatro horas) no solo sobre el cristianismo y la Revolución sino también sobre Nicaragua y mi isla y agricultura y muchas cosas más, pero ya no iba a ser posible porque al día siguiente llegaba el primer ministro húngaro, y al otro día tenía que ir donde el médico y a ponerse unas vacunas para su viaje, y al día siguiente se iba a Chile; y tenía unas montañas de papeles que ver antes del viaje (…) Después todavía conversamos un rato más, fuera del auto, en el patio trasero desierto a esa hora (era la una de la mañana) con los carritos de la escolta bastante lejos. «¿Así que no son tan feroces los tiburones del lago? ¡Esos técnicos! ¡Me dijeron que eran más feroces que los del Caribe!». Y después, sonriendo:

«Tal vez les caigo un día de estos por su isla…». Nos abrazamos. Nos saludamos después con el brazo. Arrancó en su carrito negro y se perdió en la noche.

Aun las sardinas

A través de Haydée Santamaría solicité una entrevista con Fidel, y me recibió en el palacio del Consejo de Estado cerca de la media noche. Hablamos como dos horas, lo que era poco para lo que duran las conversaciones con Fidel; pero desde el principio me advirtió que aunque deseaba hablar mucho conmigo no lo podría hacer porque a la una iba a recibir a monseñor Sergio Méndez Arceo, el obispo de Cuernavaca (llamado el «obispo rojo», del que yo era amigo).

Me dijo le había gustado el relato que hice en mi libro *En Cuba* de la conversación que habíamos tenida la vez anterior (esa vez fue de cuatro horas) y encontraba admirable la exactitud con que la había reproducido (yo encontraba admirable que él hubiera retenido una conversación de hacía seis años y pudiera apreciar la exactitud

con que había sido reproducida). Y lo más admirable fue que allí mismo retornó aquella conversación que tuvimos antes. Entre las últimas cosas que habíamos hablado ya al despedirnos de pie en el patio trasero del Habana Riviera, había sido de Solentiname y los tiburones del lago, y se extrañaba de que los técnicos le hubieran dicho que eran mansos. Esta vez, como si aquello fuera una conversación que hubiera quedado cortada la noche anterior, me volvió a preguntar lo de la ferocidad de los tiburones. Le dije, para reivindicar a sus técnicos, que después que habíamos hablado, unos biólogos en Solentiname me explicaron que esos tiburones eran de una especie del Atlántico que penetraban al lago, y en el océano andaban en cardumen y eran feroces, pero en el agua dulce andaban separados y eran mansos. Y para que vean qué memoria: cuando Fidel llegó a Nicaragua para el primer aniversario de la Revolución, en casa de Sergio Ramírez me volvió a retomar el tema, comentó que nadando en cardumen todos los peces era agresivos, aun las sardinas.

Incluso esa segunda vez que hablamos se acordó de que la primera vez, hacía seis años, me había dicho que tal vez de repente me visitaba en Solentiname, y dijo que eso ahora lo veía más posible. Y tenía muchas ganas de comer el tiburón del lago, también dijo.

Los pueblos se vuelven muy creativos

Otra prueba de su memoria fue que, según me contó el obispo Méndez Arceo que fue recibido después de mí, le comentó que yo tenía el pelo más blanco.

Mi propósito no había sido tener una plática ociosa con Fidel sino pedirle ayuda para la insurrección, o sea, para los terceristas. Sabíamos que él se inclinaba más por la tendencia de la Guerra Popular Prolongada, que era la del foco guerrillero, la lucha armada en la montaña con la que se había triunfado en Cuba. Sin embargo, la exposición que le hice lo convenció bastante, y prometió ayudar.

Me abrumó con preguntas, sobre todo de números: en cuántos kilómetros cuadrados se luchaba; qué altura tenían las montañas; cuántos habitantes había allí; cuántos eran los efectivos de la guardia; porque él

suele pensar en números. La mayoría de esas preguntas yo no las podía responder, y se lo dije, porque se me olvidan los números.

Le divirtió la anécdota que le conté, de unos muchachos que para incorporarse a la guerrilla burlaron el cerco infranqueable de la Guardia que impedía el acceso a la zona guerrillera, yendo en un bus con uniformes de beisboleros como si fueran a jugar un partido en alguna parte, y cuando llegaron muy adentro en la zona, abandonaron el bus y se metieron en el monte. Me dijo Fidel: «Cuando hay una revolución los pueblos se vuelven muy creativos».

Elogio memorable a Carlos Fonseca

Fue importante para la tendencia tercerista el que yo hablara con Fidel. Hasta entonces ningún otro sandinista había sido recibido por él, ni siquiera Carlos Fonseca Amador, el fundador, a pesar de que estuvo tanto tiempo en Cuba. A la semana del triunfo de la revolución de Nicaragua fue el aniversario del triunfo de la Revolución Cubana. A mí me tocó estar entre los que llegaron de Nicaragua a esa celebración. Fidel en su discurso hizo un elogio memorable a Carlos Fonseca, y yo en mi interior me preguntaba si no estaría apenado por haberlo recibido. El que a mí me hubiera recibido fácilmente esta segunda vez también se debería a lo que estaba pasando en Nicaragua.

Unidad activa y permanente

Cuando Fidel Castro estuvo en Nicaragua para el primer aniversario de la revolución se reunió con más de ochenta sacerdotes, religiosos y monjas. Una monja de riguroso hábito y voz áspera se levantó para reclamarle a Fidel, y pensamos que sería por el comunismo del Comandante, pero fue más bien porque él una vez había hablado de la alianza estratégica entre cristianos y marxistas, y para la monja de lo que se debía hablar era de una identificación total. Fidel respondió que había dicho eso en Jamaica ante una pregunta que le hicieron, de que si la alianza sería táctica o estratégica, y él dijo naturalmente que estratégica, pero prefería el planteamiento de la monja, de que debía ser una identificación total. Y pocos días después, en la celebración del ani-

versario de la Revolución Cubana (...) Fidel contó este incidente, y dijo que en Nicaragua ya no se creía en una alianza estratégica entre comunistas y cristianos, sino en una unidad activa y permanente. Lo que fue una novedad para los cubanos, porque no se lo habían oído nunca.

La necesidad de la unión de cristianos y comunistas

Gran impacto tuvo después en Cuba, como también en toda América Latina, y por supuesto también en Nicaragua, el libro *Fidel y la Religión*, basado en más de veinte horas de entrevista que le hizo a Fidel el dominico brasileño Frei Betto. Miles de ejemplares se agotaron en pocas horas. Fue uno de los más grandes *best-sellers* de la historia editorial cubana. Hubo muchos que dejaron de asistir al trabajo para poder adquirir un ejemplar, porque las ediciones se agotaban antes de que fuera la hora de cierre de las librerías. Se prohibió vender más de un ejemplar por comprador para evitar el mercado negro, y la policía tuvo que llegar a algunas librerías porque el público amotinado quebraba vitrinas. El libro fue traducido a muchos idiomas y circuló en el mundo entero.

Frei Betto había estado en aquella reunión con Fidel en la que una monja le reclamó por lo de la «alianza estratégica», y esa vez Fidel lo invitó a Cuba, y se inició una amistad entre los dos que llegó a producir después la insólita entrevista. El libro fue una sensación en Cuba porque en las incontables entrevistas de Fidel nunca se había tocado ese tema. Para sorpresa de los cubanos y de todo el mundo, Fidel plantea la necesidad de la unión de cristianos y comunistas; afirma que para ser marxista de ninguna manera hay que dejar de ser cristiano; critica el sectarismo de muchos marxistas que han sido anticristianos; piensa que lo que se ha hecho en Cuba con respecto a la religión no puede ser modelo, y que en América Latina tiene que ser de otra forma; elogia a los sacerdotes que han apoyado la revolución de Nicaragua; expresa su gran interés por la Teología de la Liberación; considera que una Hermana de la Caridad es el ejemplo de un buen comunista; declara que el Sermón de la Montaña lo podría haber suscrito Carlos Marx… Fue un libro en el

cual no era nada ajena la revolución de Nicaragua, y que produjo un cambio en Cuba. Y el ministro de Cultura Armando Hart lo llamó con una palabra que no era propia de un ateo como él: un milagro.

Cuba no está tan pobre

Estuve en la presentación del libro en un encuentro de escritores en La Habana, en el Palacio de Convenciones, y presidiendo la mesa junto con Fidel, Frei Betto, García Márquez, Mario Benedetti, Armando Hart, y otros. Esa noche festejamos la apertura del encuentro en la casa donde estaba hospedado Frei Betto. Allí Fidel me dio 20 000 ejemplares del libro para que lo regaláramos en Nicaragua; le dije que los íbamos a pagar, pero me dijo que ni Cuba estaba tan pobre para necesitar ese pago, ni Nicaragua tan rica para poder hacerlo.

A mi lado Fidel Castro y García Márquez se enfrascaron en una conversación muy erudita sobre whiskys, coincidiendo en que los de gran calidad no eran los de marcas famosas ni los más caros, sino unos de destilación muy restringida y casi inobtenibles. Una vez más admiré esa genialidad de Fidel de saber casi de todo (últimamente se había hecho experto en la deuda externa, y comenzaba a serlo ahora en la Teología de la Liberación) y lo comenté con Frei Betto. Le dije que creía ver en Fidel dones preternaturales, y Frei Betto me confió que en Fidel había habido «una experiencia mística», sin dar más detalles.

Ernesto Cardenal: *En Cuba*, Talleres Gáficos Didot, Buenos Aires, Argentina, 1972, pp. 359-367 y *La revolución perdida,* Editorial Trotta, Madrid, España, 2004.

Rafael Cañizares Poey

ATLETA CUBANO DE BALONCESTO

Naciste para hacerlo

En los años 1967 y 1968, con bastante frecuencia jugábamos baloncesto con el Comandante en Jefe en la Ciudad Deportiva capitalina.

Esto ocurría casi siempre al filo de la media noche, ya que el líder de la Revolución, producto de sus múltiples ocupaciones, carecía de

otro momento durante el día para su recreación por medio de las actividades físicas.

Nosotros jugábamos baloncesto con los integrantes de la selección juvenil y fueron muchas las enseñanzas que nos brindó el líder de la Revolución, pues conversábamos mucho con él antes de los encuentros, en el tiempo de descanso y al finalizar los partidos.

Yo, generalmente, participaba con su equipo, lo cual para mí constituía un gran honor. En cierta ocasión, después del primer tiempo, Jorge (Yoyi) García Bango, presidente del INDER, le comunicó a Fidel que pese a mi baja estatura (1,82), yo «donqueaba» el balón (lo clavaba dentro del aro ubicado a 3, 05 metros del tabloncillo).

El Comandante, me pidió que hiciera una demostración y gustosamente accedí a realizarla y lo logré. Admirado, nuestro máximo líder, dijo: «Naciste para hacerlo». Yo suspiré, porque ese día había tenido doble sección de entrenamiento y estaba bastante agotado, pero como la petición vino de él, no podía decepcionarlo y le puse el extra para hacerlo bien.

A partir de aquellos intercambios fuimos cada día mejores atletas y personas. Por ejemplo, el equipo nacional, que la mayoría de nosotros integramos posteriormente, desarrolló una conciencia muy elevada, basada en la combatividad y consecución de la victoria, siempre presto a salvar cualquier obstáculo por difícil que fuera.

Prueba de ello han sido las victorias alcanzadas en los Juegos Deportivos Panamericanos de Cali, Colombia (1971), donde derrotamos por vez primera al poderoso equipo de los Estados Unidos para dejarlo fuera de la final, y la medalla de bronce, contra todos los pronósticos, en los Juegos Olímpicos de Munich, Alemania (1972).

Finalmente quiero desearle, Comandante, una pronta recuperación y que continúe guiándonos por el camino de la victoria.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, 22 de enero de 2008.

Ramón Castro Ruz
REVOLUCIONARIO CUBANO

Un nombre vale más que un puesto

Cuando se produce el golpe de Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952 trabajaba en la agricultura con mis padres. Y era concejal por el partido ortodoxo. Recuerdo que Fidel me envió un telegrama que decía: «Mongo, un nombre vale más que un puesto. No jures los estatutos». Como es lógico, no los juré. De todas maneras los concejales ortodoxos del municipio de Mayarí habíamos acordado no jurarlos, al igual que hicieron los concejales por el Partido Socialista Popular. (Este juramento significaba un compromiso con la recién instaurada tiranía de Fulgencio Batista).

Tres kilos prietos

Unos meses antes del asalto al cuartel Moncada, estando en Marcané, Fidel me llama por teléfono y me comunica que al día siguiente quería reunirse conmigo y me indica que el lugar de la cita sería una alcantarilla ubicada antes de entrar al pueblo de Cueto, y que por la tarde estaría allí.

Estuve esperándolo un rato, hasta que apareció acompañado de Abel Santamaría; Fidel vestía su inconfundible traje color azul sin corbata; Abel, una guayabera. Fueron en un auto viejo.

En la conversación que sostuvimos, Fidel me anticipó que preparaba un golpe que produciría al ejército del gobierno de Batista más de cuatro mil bajas; no me dijo en qué pueblo, ni con qué armamento; solamente quería que le consiguiera un dinero que en realidad yo no tenía en ese momento. Fidel quería hacerme revolucionario en dos horas y como no me decía nada en concreto de la acción, me encontraba escéptico.

Fuimos al servicentro de «Pintao» que está a la entrada de Cueto, para habilitar el auto, y allí Fidel vio a Ernesto y Calixto Silva, de Marcané; Róger Ricardo, hijo de un camionero, y Felito Couser, hijo del jefe de los guardajurados del batey; Fidel quería que nadie lo viera.

Después que echamos gasolina, nos trasladamos para Holguín. En el viaje acordamos que preparara un pequeño grupo en el antiguo central Marcané y en la zona de Birán, y que comprara todas las armas que pudiera, trabajo que realicé organizando un grupo de once compañeros: Víctor Rodríguez Cabrera, Reynaldo Rodríguez, Manuel Méndez Mejías, Bermúdez, Juan Mustelier, Prende, Rogelio Quevedo, Ángel Rodríguez, Arsenio González, Anastasio Castillo y Carlos Cortiña.

Posteriormente, durante la guerra, murieron Ángel Rodríguez, peleando contra Sosa Blanco, cerca de la planta eléctrica que había en Cueto; y Rogelio Quevedo murió en Barajagua cuando hacía una exploración.

En Holguín, por la noche, Abel, Fidel y Miguel Ángel, chofer de alquiler de Marcané y yo, fuimos a una cafetería cercana al café Dalama (Barra Dalama); conversábamos mientras esperábamos que nos sirvieran cuatro cafés con leche y bocaditos. Un trío que cantaba a los clientes del bar, una y otra vez, nos dedicó algunas canciones y boleros.

Tras una pausa, el hombre de la voz prima extendió el sombrero en busca de propina y escogió a Fidel para esta acción por su porte elegante; Fidel llevó la mano al bolsillo del pantalón y puso en el sombrero del trovador tres centavos prietos o calderillas yanquis.

El artista, asombrado e indignado, profirió insultos a toda voz: «Lo único que faltaba, que este venga a hacer una limpieza ahora con nosotros a esta hora de la madrugada». El músico tiró para la calle los tres kilos; Fidel, molesto, contestó al colerizado músico: «Chico, te di cuanto tenía, pero a fin de cuentas eso es lo que vale tu música», y ahí ardió Troya.

Eugenio Suárez y Acela Caner. *Fidel: De Birán a Cinco Palmas,* Casa Editorial Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2006, pp. 177-178; y recuerdo narrado al autor.

Enrique Cepeda Caballero
DEPORTISTA CUBANO DE ATLETISMO

Para ser discapacitado visual lees muy bien

Cuando el secuestro del niño Elián González Bretón, en la tribuna establecida en el Palacio de las Convenciones, recuerdo que uno de los días que le correspondió al INDER ir a la tribuna, a mí me tocó ser uno de los oradores; al anunciarme como miembro del Movimiento Deportivo Cubano para Discapacitados, el Comandante Fidel le preguntó al presidente del INDER, Humberto Rodríguez, quién era yo; el titular del deporte le explicó mi discapacidad, y nuestro máximo líder se quedó pensativo. Al terminar la actividad y acercarme a él emocionado a pedirle un autógrafo, me dijo con esa retentiva inaudita que posee:

—Oye, tú para ser discapacitado visual lees muy bien.

—Comandante –le confesé–, tuve de penitencia a mi esposa e hijos para que me ayudaran a aprenderme el documento de memoria. Además, mire el tamaño de la letra. Le enseñé el documento que me acababa de firmar y sonrió.

Aquello fue un momento muy bonito y un gesto generoso del Comandante para conmigo.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 4 de enero de 2008.

Leopoldo (Polo) Cintra Frías
GENERAL DE CUERPO DE EJÉRCITO CUBANO

Con solo mirarte

La primera vez que hablé con Fidel tenía tremendo temor. Cuando aquello, una de las leyendas que corría por la Sierra era que Fidel solo con mirarte sabía si eras valiente o no. Tremenda zozobra. Realmente

nunca supe a qué criterio llegó en relación con mi persona, pero sí me incorporó a la Comandancia de la Columna 1 «José Martí», que estaba directamente bajo sus órdenes, y ahí permanecí hasta el final de la guerra. Eso me permitió conocer de cerca su inteligencia y valentía.

Se le prendió en la mano

Recuerdo una oportunidad, que andábamos por Las Mercedes con la intención de atacar un cuartel, Fidel se puso a explicarnos cómo se preparaba y tiraba un coctel Molotov. Pepín Quiala tiró varios y ninguno explotó. Fidel cogió la botella y se le prendió en la mano. Aquello fue del carajo.

Buscar una pipa de gasolina

El otro combate con un tanque fue en Maffo. En esa ocasión de jefe de la dotación Fidel puso a Pedrito Miret, yo fui de artillero. En un momento determinado, a Fidel se le ocurrió mandar a buscar una pipa de gasolina a Palma con la intención de meter la manguera por dentro del cañón, regar el combustible, para después, con el disparo, incendiar el almacén BANFAIC desde donde combatían los soldados. Afortunadamente la gasolina no llegó, pues no estaría haciendo la historia. Eso ocurrió por la madrugada.

Cuando menos, capitán

Terminé la guerra con el grado de teniente. A los pocos días del triunfo revolucionario, en el campamento de Managua, se formó tremenda bronca porque algunos rebeldes se querían llevar las armas largas para sus pueblos y no se les permitió. Un grupo se insubordinó.

Todo eso duró hasta que apareció Fidel. Entró dando patadas. En menos de un minuto todo el mundo se deshizo de las armas largas.

Los castigó, aunque a los pocos días volvió y los perdonó. Les dio permiso para ir a sus casas, pero sin el armamento. Todo fue producto de la inexperiencia. La gran mayoría era analfabeta.

En medio de esa situación me vio y me preguntó: «¿Polito, qué tú eres?». Le digo que primer teniente. Volvió a tomar la palabra y

respondió: «Cuando menos, capitán». Al otro día amanecí con mis nuevos grados. Así fue mi primer ascenso el 14 de enero de 1959.

Se lo sabía todo al dedillo

En el tiempo que estuvimos en Angola manteníamos un permanente contacto con el Comandante en Jefe, diariamente se le enviaban los cables con las informaciones. Todo lo respondía y daba las instrucciones pertinentes.

Fidel es muy previsor. Una de sus constantes era el cuidado que debíamos tener con la exploración y el minado. Cualquier descuido podía costar una vida. Eso nos golpeó mucho. Te mandaba a situar un cañón en un lugar, un tanque en otro sitio. Dónde había que atacar, cómo hacerlo, con cuántos hombres, etc. Se lo sabía todo al dedillo. La mayoría de las veces tenía la razón.

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Camilo Cienfuegos

COMANDANTE CUBANO DEL EJÉRCITO REBELDE

¡Contra Fidel ni en la pelota!

Tras el triunfo revolucionario de 1959, Fidel Castro y Camilo Cienfuegos acudían con regularidad a encuentros de béisbol, algunas veces como espectadores y en otras como jugadores.

Una noche, ambos acudieron al estadio Latinoamericano de La Habana para un desafío. Surgió entonces la idea de que jugaran divididos en los dos equipos rivales para dar mayor viveza al juego.

Camilo, acariciando su amplia barba, oyó la proposición mascando y exhalando con vigor el humo de su habano. Cuando le explicaron la idea, como un rayo respondió: «¡Contra Fidel ni en la pelota!».

Ese día, mientras el líder de la Revolución actuaba como lanzador para la novena de los Barbudos, el inolvidable comandante Camilo Cienfuegos atrapaba sus lanzamientos como receptor de su equipo.

Prensa Latina, Ciudad de La Habana, Cuba, 28 de octubre de 2006.

FIDEL Y CAMILO EN EL ESTADIO
LATINOAMERICANO

María Caridad Colón
ATLETA CUBANA DE JABALINA

Necesitamos campeones olímpicos

Cuando me seleccionaron la Novata del Año en Cuba, en 1978, y me tocó ser premiada por el Comandante en Jefe, Fidel, me dijo que estaba muy contento de entregarme ese premio, me felicitó, y me preguntó por mi lugar de origen.

Sin embargo, me llamó la atención su observación en relación con que siempre había novatos, pero lo que hacía falta eran los campeones olímpicos.

Le contesté que para eso yo entrenaba y, al parecer, como yo era más bien delgada, él se preocupó por mi físico y me señaló que estaba muy flaca para lanzar la jabalina.

Aquella conversación me impresionó mucho, pues no podía creer que Fidel se interesara tanto por mí; sinceramente, quedé marcada por su personalidad. Me marché ansiosa y con el propósito de entrenar fuerte para intentar darle esa satisfacción a nuestro máximo líder.

Dos años más tarde, en Moscú, Rusia (1980) lo conseguí. Sucedió justamente el 25 de julio, una fecha antes del Día de la Rebeldía Nacional. Un regalo importante y a la altura de lo que se merecía la Revolución.

Tiempo después, cuando me volví a encontrar con el Comandante en Jefe, le pregunté si se acordaba de lo que me había dicho la primera vez, pues ya tenía la respuesta.

Entonces, me abrazó feliz y conversó largamente conmigo; desde ese momento siento una especial admiración por él.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 27 de enero de 2008.

Gloria Cuadras

REVOLUCIONARIA CUBANA

Era todo un rebelde

Entre los compañeros que venían de La Habana para los mítines y asambleas ortodoxas, todos de tónica combativa, había uno que despertó inmediatamente mi interés y mi simpatía.

Era un joven alto, fornido, nariz aguileña, porte arrogante, ojos penetrantes y palabra fácil y elocuente. Era todo un rebelde, inteligente y audaz: Fidel Castro.

Lo evoco en un mitin ortodoxo efectuado, no recuerdo si en Trocha y Corona o Trocha y Cristina. El más fogoso discurso fue el que pronunciara él. Todos preguntaban quién era aquel joven valeroso, cuya voz conmovía y exaltaba a las multitudes. La respuesta era la misma: es el líder estudiantil Fidel Castro.

Luego lo recuerdo en una asamblea del PPC celebrada en las oficinas de la Asociación de Vaqueros, prestadas por su directiva para dejar constituido el Ejecutivo Provincial de nuestro Partido. Fidel me invitó a tomar helado en el hotel Casa Granda y me habló de su boda que había de efectuarse en esos días.

Fidel asistió como delegado (creo que por Banes); yo como delegada por Santiago de Cuba.

En esa ocasión, cuando los prejuicios hacia la mujer se hacían sentir con fuerza, aun entre las filas ortodoxas, solo se concedía una representación femenina que no reconocía realmente los méritos revolucionarios de muchas compañeras. El joven revolucionario fue uno de los que se opuso a esa arbitrariedad.

Mientras su figura continuaba perfilándose como conductor de las masas más rebeldes y progresistas de la ortodoxia, el partido se dividía y los organismos funcionales devenían partidarios de la lucha abierta contra el régimen.

Marta Cabrales (selección y redacción):*El rostro descubierto de la clandestinidad. Memorias de Gloria Cuadras de la Cruz*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2006.

Eduardo Delgado Bermúdez
DIPLOMÁTICO CUBANO

¿Escala técnica en Japón?

El lunes 4 de diciembre de 1995 terminé mi misión como embajador de Cuba en Japón, iniciada en noviembre de 1991. Me encontraba desarrollando el proceso de entrevistas de despedida que deben realizarse en estos casos, y la última, con el emperador, estaba fijada para el 14 de ese mes. A las 11:00 de la mañana me llamó el consejero político y me informó que el GAIMUSHO (Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón) le había comunicado que en La Habana nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores (Minrex) había solicitado a la embajada de Japón permiso de aterrizaje para dos aviones y visas para una escala técnica, de regreso a Cuba, de la delegación encabezada por el presidente Fidel Castro, quien en ese momento se encontraba de visita oficial en la República Popular China, y se disponía a iniciar la visita a la República Socialista de Vietnam.

Llamé por teléfono al despacho de nuestro ministro, confirmé esta información y solicité copia de la nota presentada, la que de inmediato me enviaron por fax. Procedí a convocar a todo el personal dirigente de la misión y de las oficinas comerciales que existían en ese país, para una reunión esa misma tarde, con el objetivo de garantizar el aseguramiento a la escala que realizaría Fidel.

El martes 5, en las primeras horas de la tarde, llamó a la embajada una periodista amiga, Naoko Itoh, que tenía estrechas relaciones con el Partido Socialista (en ese momento en el gobierno presidido por Tomiichi Murayama) y nos informó que Koken Nosaka, ministro y secretario del gabinete, había realizado una conferencia de prensa en la cual informó que Fidel realizaría una visita a Japón, en escala técnica. Varios periodistas habían preguntado si sería recibido por las autoridades y si tendría una entrevista con el primer ministro Murayama, a lo que respondió el ministro que esto no había sido solicitado, ya que era solo una escala técnica, pero que si se solicitaba consideraba

que sería aceptada. El vocero del GAIMUSHO, Hiroshi Hashimoto, agregó que entre Japón y Cuba existían relaciones diplomáticas y que la escala técnica del presidente Castro no era un problema o algo anormal, pero que dado el corto tiempo de la misma, era difícil que sostuviera entrevistas con figuras del gobierno.

Inmediatamente confirmé esta información con otros periodistas amigos que estuvieron presentes, y poco rato después obtuve un reporte impreso de la conferencia de prensa, hecho por la oficina del vocero del GAIMUSHO. Esa tarde conversé con otras personas amigas y llegué a las siguientes conclusiones: primero, el gobierno japonés estaba insinuando que si se pedía una entrevista de nuestro presidente con el primer ministro, había muchas posibilidades de que se realizara; segundo, que el GAIMUSHO no era favorable a eso. Inmediatamente cursé un mensaje cifrado a La Habana informando al respecto y sugiriendo que se me autorizara a solicitar la entrevista. En la mañana siguiente, miércoles 6, el *Japan Times* y casi todos los diarios publicaron la noticia sobre la escala técnica de Fidel y la conferencia de prensa que había ofrecido el día anterior el ministro Nosaka, y recogía con exactitud lo manifestado por este y por el vocero del GAIMUSHO. De inmediato la envié por fax al Minrex y agregué: «(...) están indicando su interés en tener alguna entrevista de nivel en el caso que se produzca la escala técnica y le dan la bienvenida de antemano (…) espero instrucciones».

A partir de ese momento comenzó una avalancha de llamadas de dirigentes políticos, empresarios, intelectuales, periodistas, miembros del movimiento de solidaridad, entre otros, que nos planteaban que Fidel no podía pasar por Japón en una simple escala técnica, que el primer ministro debía recibirlo, que querían tener entrevistas con él o participar en alguna actividad donde estuviera presente.

Al día siguiente, jueves 7, al no tener respuesta de La Habana, decidí enviar un fax a nuestra embajada en China, donde se encontraba Fidel en ese momento, informándole a Felipe Pérez Roque, entonces su ayudante, sobre la situación de las solicitudes y posibilidades de que se realizaran entrevistas con el primer ministro, con otros dirigentes del gobierno y del parlamento y empresarios.

Al mismo tiempo tomé una segunda decisión: en espera de una respuesta de confirmación, avanzaría en la concertación de las entrevistas. Mi experiencia es que un jefe de misión diplomática tiene que actuar como el jefe de una pequeña unidad militar lejos de la retaguardia y en otro territorio, tomar decisiones y asumir la responsabilidad en momentos en que no tomarlas conlleva un riesgo mayor. Llamé a Hiroshi Mitsuzuka, diputado, ex secretario general del Partido Liberal Demócrata, jefe de una de sus facciones más importantes y presidente de la Liga Parlamentaria de amistad Japón-Cuba, quien nos demostró muchas veces que, a pesar de ser un hombre moderado en su ideología, mantenía una actitud de amistad y respeto hacia la Revolución Cubana, estimaba profundamente la personalidad de Fidel Castro y su rol histórico. Me atrevo a añadir, y estoy seguro de que él no se molestaría si lo hago, que era también un nacionalista a quien no le simpatizaban para nada la prepotencia y los deseos de dominación de los Estados Unidos respecto a Cuba y, por supuesto, también hacia Japón. Me comuniqué con los políticos y empresarios que se habían dirigido a nosotros. A todos les trasladé el mismo mensaje: «Fidel realizará una escala técnica en Tokio en su viaje de regreso a Cuba procedente de China y Vietnam, no tengo autorización para solicitar ninguna entrevista en su nombre, pero estoy seguro de que si el primer ministro y otros dirigentes gubernamentales y políticos lo reciben, él con gusto atenderá esos encuentros. Con ello se estaría contribuyendo positivamente a desarrollar las relaciones entre Japón y Cuba, a la paz y cooperación internacionales, dado el prestigio de nuestro presidente en América Latina y el resto del mundo, que apreciarían ese gesto de Japón».

El viernes llegó la avanzada de la Seguridad Personal, y en horas de la tarde nos reunimos con las autoridades del GAIMUSHO y de la Policía Metropolitana que tendría a su cargo la protección. El jefe de la avanzada no trajo respuesta sobre los mensajes que yo había cursado respecto a las entrevistas, y solo tenía indicaciones de realizar la escala técnica, reabastecer de combustible los aviones, dormir una noche y alojarse lo más cercano posible al aeropuerto, para lo cual hicimos las reservaciones correspondientes en el Hotel Nikko Narita (el aeropuerto de Narita está a más de 100 km del centro de Tokio). Esa misma tarde

me convocó el Sr. Sato, director general de América Latina del GAIMUSHO, y en forma muy amable, pero bastante precisa, me planteó que ellos garantizarían la seguridad y todas las facilidades para la escala técnica de nuestro presidente, pero que no se trataba de una visita oficial ni de trabajo, y que la embajada no debía presionar en ese sentido, ya que había recibido información de que se estaba gestionando una entrevista con el primer ministro. Le respondí, con gran amabilidad y precisión, que agradecíamos las atenciones que el gobierno japonés dispensaría a nuestro presidente, y que en realidad le agradecía también esa oportunidad de hablar sobre las posibles entrevistas con el primer ministro y otras figuras, porque no se trataba de una iniciativa nuestra, que teníamos una gran presión de muchísimas personas que no concebían que Fidel Castro visitara Tokio y que el gobierno no lo recibiera. Sato respondió que nos mantendríamos en contacto, pero que consideraba que la visita se debía realizar tal como se solicitara inicialmente.

De viernes para sábado y de sábado para domingo apenas dormí. Las llamadas, las coordinaciones para el aseguramiento de la escala y, sobre todo, la falta de definición sobre las posibles entrevistas, me impedían dormir. El domingo me levanté muy temprano y bajé a la cocina de la casa, donde acostumbraba a desayunar; cuando estaba sentado en una pequeña banqueta, sonó el teléfono. Era Felipe, desde Vietnam, me preguntó si la entrevista con el primer ministro estaba asegurada en el caso de que se solicitara. Le dije que no tenía confirmación oficial, pero que estaba completamente seguro de que, si la solicitábamos, se realizaría. Que sí le podía asegurar, porque las tenía palabreadas y confirmadas, las entrevistas con los dirigentes de todos los partidos políticos, la Liga Parlamentaria y los miembros de la Conferencia Económica Japón-Cuba, así como con la presidenta de la Cámara Baja de la Dieta (Parlamento), que en ese momento era la señora Takako Doi, presidenta del Partido Socialista y amiga de Cuba. Me percaté de que Felipe hablaba con alguien, lógicamente era Fidel, y unos minutos después me respondió, dice Fidel que nos quedaremos un día, que puedes proceder a concertar las entrevistas.

A partir de ese momento (aproximadamente a las 08:00 horas de la mañana del domingo 10 de diciembre), desatamos todas las gestiones.

Fidel llegaría el martes 12 a las 18:30 horas. Faltaban poco más de 48 horas. El mismo domingo a las 16:00 horas pude localizar a Mitsuzuka, que se encontraba en el interior del país de visita en su prefectura (provincia) y quedamos en conversar nuevamente el lunes al mediodía durante el almuerzo que me ofrecía por el término de mi misión como embajador. En ese almuerzo me confirmó que había hablado con el primer ministro Murayama y que recibiría a Fidel el miércoles a las 18:30 horas, a pesar de que ese día había una reunión del Parlamento en la cual tenía que estar presente, pero pediría permiso para ausentarse.

El martes 12 de diciembre, a las 18:30 horas, llegó Fidel. Por primera vez aviones de Cubana de Aviación aterrizaban en un aeropuerto de Japón.

Lo recibieron Mitsuzuka, Furuya (también diputado y secretario de la Liga Parlamentaria de Amistad), el director general del GAIMUSHO y el personal de la embajada. Le informé del programa y de la confirmación de las entrevistas.

En el hotel lo aguardaban decenas de miembros de la Asociación de Amistad Japón-Cuba, otros huéspedes del hotel que se acercaron y empleados que rompían la disciplina japonesa para ver a un personaje histórico.

A las 19:00 horas se reunió con cinco ejecutivos de la Conferencia Económica Japón-Cuba (CEJC), esa fue la primera actividad. Participaron los presidentes de Komatsu, Nissho-Iwai, Nisshin Steel Corp., Yuasa, el director ejecutivo y el secretario de la CEJC.

A las 19:30 horas recibió a los senadores Yatabe, Owaki y Kurihara, del Partido Socialista, los que habían apoyado desde el inicio la visita.

A partir de las 20:00 horas recibió y ofreció entrevistas a las principales cadenas de televisión: media hora con la televisora estatal NHK, que transmitió un programa especial por el Canal 1; 15 minutos con NTV Canal; 4 y 15 minutos con TV Asahi y Canal 10, las dos principales cadenas privadas. Casi a las 12:00 de la noche cenó.

El 13 de diciembre se trasladó a Tokio durante todo el día para realizar las actividades siguientes:

1) Entrevista con el canciller y viceprimer ministro, Yohei Kono, en el Akasaka Prince Hotel.

2) Almuerzo ofrecido por la Liga Parlamentaria de Amistad Japón-Cuba en el Akasaka Prince Hotel, en el que participaron parlamentarios de todos los partidos políticos.
3) Entrevista con la presidenta de la Cámara Baja, Takako Doi, en la residencia oficial del presidente de la Cámara.
4) Entrevista con el primer ministro Murayama en su residencia oficial.
5) Conferencia de prensa en el Akasaka Prince Hotel (fueron casi 100 periodistas y decenas de cámaras de televisión. En la tribuna estuvieron, además de Fidel, el embajador y la traductora, los señores Mitsuzuka y Furuya, durante todo el tiempo).

Pasadas las 21:00 horas (la conferencia de prensa no terminaba por la cantidad de preguntas), Fidel se retiró y regresamos a Narita.

Durante todo el día, esa noche, al día siguiente y por varios días, la principal noticia en la televisión y en los periódicos fue la visita de Fidel y sus declaraciones. Todas las otras noticias pasaron a un segundo plano.

El jueves 14, a las 12:00 horas, tras una estancia de 42 horas, levantaban vuelo los dos aviones y se marchaba Fidel hacia la patria. En el aeropuerto le di la mano para despedirme, él me abrazó y en voz baja al oído me dio la evaluación mejor que podía recibir del trabajo realizado por el colectivo de los cubanos en Japón y la mía personal: «Hicimos todo el programa que propusiste». No pude pensar la respuesta y me salió del corazón lo que le expresé: «Comandante, esta visita será histórica».

Al día siguiente había una recepción a la cual debía asistir. Para sorpresa mía el centro de atención era el embajador de Cuba y todo el mundo me saludaba, preguntaba por la visita y enviaba saludos o recados para Fidel. Dos embajadores de países, que por razones diplomáticas no debo mencionar, pero diré que uno era un país ex socialista europeo y el otro de un país euroasiático amigo, me llamaron aparte y, en privado me hicieron el siguiente planteamiento: «Embajador, llevamos más de un año gestionado las visitas de nuestros primeros ministros y los japoneses no las han programado, incluso el

mío –dijo uno de ellos– está dispuesto a venir en visita privada, ¿cómo ustedes lograron que una escala técnica se convirtiera en una visita oficial?». Les respondí, con cierto temor de herirlos: «Es muy fácil, el presidente tiene que ser Fidel Castro». No se sintieron ofendidos, por el contrario, se rieron y me dijeron: «Tienes razón, no es por el hábito, es por el monje».

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 11 de marzo de 2008.

Raúl Diago Izquierdo
ATLETA CUBANO DE VOLEIBOL

¿Qué necesitan para alcanzar el triunfo?

El Comandante siempre ha estado identificado con el deporte y especialmente con el voleibol. Recuerdo lo sucedido en 1997, cuando nuestro colectivo se mantuvo invicto en la Liga Mundial de Voleibol (LMV) en toda la etapa clasificatoria, y solamente perdimos en el último partido 3-2 contra el conjunto de Holanda en la final.

Al regresar a la patria, el Comandante invitó a nuestro colectivo a una recepción en el Palacio de la Revolución. Allí se preocupó por todas las cuestiones del plantel y preguntó cómo nos sentíamos tras haber perdido y qué necesitábamos para alcanzar el triunfo; se le veía que confiaba en nuestro colectivo; tal situación resultó impactante para todos.

Al año siguiente, el colectivo ganó la LMV por primera vez y el Comandante nos invitó a la Asamblea Nacional, en el Palacio de las Convenciones. Luego, en un momento de reflexión, señaló que el premio de 1 300 000 dólares recibido por nosotros, representaba la producción de un central azucarero durante un año.

En 1999 obtuvimos el segundo sitial y, nos obstante, Fidel nos recibió en el aeropuerto. Al llegar el equipo manifestó: «Si el año pasado los recibí, este que ganaron el segundo lugar, también los recibo».

Aquellas palabras nos dieron mucha fuerza y energía para conquistar la supremacía en los juegos deportivos Panamericanos de Winnipeg, (Canadá); finalmente, nos invitó, junto al equipo de béisbol, a la celebración de los actos por el 26 de Julio en la provincia de Matanzas.

¡Qué honor y privilegio para nosotros!

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 26 de enero de 2008.

Ana Ibis Díaz Martínez

ATLETA CUBANA DE VOLEIBOL

El más pequeño es el más grande

En el año 1970, a propósito del tope de voleibol amistoso con Perú, celebrado después del sismo que azotó a esa nación, el equipo femenino cubano fue invitado por la Federación Peruana de Voleibol (FPV), con miras a llevarle un poco de alegría a ese pueblo.

Tuvimos el honor de ser orientadas sobre la situación en el hermano país por el Comandante en Jefe, Fidel Castro Ruz.

Para mí fue un gran privilegio, pues con 16 años de edad tuve la suerte de estrechar su mano y escuchar sus aleccionadoras palabras, lo cual sirvió para inculcarme tesón y energía para romper todas las barreras.

En aquel contacto, el Comandante le dijo a Eugenio George, nuestro entrenador principal, refiriéndose a mí: «Esta chiquita con esos pocos añitos (tenía 16) es capaz de pasar la línea del bloqueo de las fuertes adversarias. Por eso, la Revolución siempre dice que el más pequeño es el más grande, porque nunca se sabe cuál es el tamaño de su corazón».

Me puse muy nerviosa y, presa de la emoción, se me salieron las lágrimas; mis compañeras, al verme, se echaron a reír.

Fidel tiene un don increíble, sus palabras, precisas en todo momento, ponen a temblar a cualquiera. Por eso, tras darle la mano, me volví

un manojo de nervios, pero luego me llené de satisfacción ante la simpatía tributada por él. Eso me colmó de alegría.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 26 de enero de 2008.

Juan Carlos Domecq Portuondo
ATLETA CUBANO DE BALONCESTO

Aprendí la lección

Una madrugada del año 1967, los miembros del equipo juvenil jugábamos baloncesto en el coliseo de la Ciudad Deportiva de La Habana contra el equipo del Comandante en Jefe.

Fidel va a la ofensiva con el balón, yo lo enfrento por un cambio del hombre que viene con él. Amaga hacia la izquierda, me cargo hacia la derecha y él ataca por ahí mismo, comete falta y cae al piso. Yo me puse muy nervioso, mas él, sin inmutarse, pide que lo ayude a levantarse; lo hago y me pregunta:

—¿Qué pasó?

Entonces, le digo que él siempre amaga por la izquierda y ataca por la derecha.

A partir de ese momento comenzó a embestir por las dos manos. Al terminar el partido, me expresó:

—Tú tenías la razón: aprendí la lección.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 13 de enero de 2008.

José Dos Santos
PERIODISTA CUBANO

Uno de los días más felices de mi vida

Fidel Castro celebraba su onomástico fuera de Cuba, por primera vez de forma voluntaria, y mostraba en cada una de sus palabras y gestos que se sentía en familia, satisfecho y alegre. Así lo subrayó cuando expresara que ese era uno de los días más felices de su vida.

La iniciativa de festejarle su 62 aniversario en aquella casa llena de mística, arte e historia, se debía a su dueño, el pintor Oswaldo Guayasamín, cuya amistad –«un privilegio tan grande»– era el eje emotivo de la velada, que marcó además la última jornada de la visita del líder cubano a Ecuador.

Pocos días después de aquel memorable encuentro partí en busca de quien fuera llamado por Fidel «mi hermano Guayasamín». En su vasta residencia del barrio Bella Vista, en el Batán, a medio camino de la cumbre quiteña opuesta al majestuoso Pichincha, me proyectó sus impresiones. De ellas se desprendía un entrañable afecto recíproco. Fui testigo de una afirmación excepcional, la de Fidel Castro cuando consideró un privilegio el haber conocido a Oswaldo Guayasamín y contar con su amistad.

Muchas otras expresiones avalaban los profundos sentimientos del líder cubano para el insigne artista ecuatoriano. Por eso le pedí que me hablara de las sensaciones dejadas en la primera visita del presidente de Cuba a su casa, a su ciudad, a su país. Tal y como me lo dijo lo reproduzco:

«Desde hace muchos años, cada vez que hemos estado juntos en La Habana, siempre había sido preocupación mía invitarle a venir a Quito, que llegara a mi casa. Y por fin esa ambición, ese deseo, se cumplió. Ha sido una apoteosis para la ciudad, para el país y para mí, personalmente, el que haya venido y haya podido atenderlo, como en cierta manera lo soy cuando voy a Cuba. Para mí fue cumplir un viejo deseo...

»Hemos sido testigos de las múltiples actividades que desarrolló y aún estamos sorprendidos por su gran vitalidad. Yo me considero un buen trabajador, de 14 horas al día, pero cuando lo veo a él, me sorprendo. En Quito a veces ni durmió dos horas en un día.

»A mi casa vino una vez, a las cuatro de la tarde, era la primera reunión de mi familia con él solo; conversamos de cosas tiradas, de cuándo dejo de fumar y por qué, cosas pequeñas de la vida de un ser humano, vivo y vital... Fue algo bello, maravilloso.

»Después vinieron casi 300 personas para su cumpleaños, gentes de todos los partidos, algunas que incluso les tengo cierto resquemor. Me dije: bueno, Fidel sabe lo que hace, y por eso le expresé: "Mira, tú eres un genio en esto de la política internacional, así que haces y deshaces lo que tú quieras aquí".

»En todo Ecuador, a todo nivel, desde gente de derecha hasta todas las gamas de la izquierda, es el personaje que más ha conmovido al país. Es un hombre de gran sabiduría. Para cada cosa tiene una respuesta perfectamente clara. Cada frase de él, cada pensamiento, es verdaderamente un monumento, una granación hecha piedra para muchos años.

»Cuando habló de mi mural del congreso, casi me saca lágrimas. Cosas así no se ven fácilmente, además viniendo de quien vienen, de un hombre que tiene una sensibilidad extraordinaria.

»No puedo definir con palabras convencionales los sentimientos que produce en mí el que me haya considerado su hermano. Imagínese, tener hermanos de esa estatura es para mí... Hablar de placer, de maravilla, felicidad... es demasiado poco. Una tontería. Es la cosa entrañable de piel adentro que a uno le conmueve hasta la raíz de los pelos.

»Vino a pasar el día que llegó, a las cuatro, porque yo le había pedido desde hacía mucho tiempo. Los retratos que le he hecho siempre han sido en La Habana y tengo la ambición (no tengo ambiciones pero en este caso sí), la ambición, ¿sabe?, de hacerle un retrato aquí, en mi estudio, en mi propia salsa, con mi música, mis espátulas, mi paleta enorme... pero el día que vino a posar, todas esas gentes que había recibido en mi casa me dejaron completamente cansado. Será para la próxima cita.

»Fidel siempre está con la voz clara, expresa una especie de deseo a nivel colectivo. A partir de la Revolución Cubana hay un voluntad que va haciéndose cada vez más incontenible, de una unidad latinoamericana, y Fidel es tan susceptible a esa voz colectiva que la hace pensamiento de su propia voz. La única salvación frente al monstruo del norte es la unidad de América Latina, y él lo dice. Ese es un pensamiento ahora incontenible en Latinoamérica. Todos estamos hablando de lo mismo. Yo hablo de eso desde hace 20, 30 años. De borrar las fronteras hasta donde sea posible, fronteras que, además, son absolutamente estúpidas, las cuales, por otro lado, son muy jóvenes, apenas tienen 150 años...

»Aquí somos una misma identidad cultural... Ojalá que algún día desaparezcan banderas, himnos, para solo cantar una cosa, distinta: la unidad de América Latina».

Los políticos norteamericanos son esclavos de la politiquería

Pocos meses después de aquella visita volvimos a la región, como parte de la comitiva de prensa que cubrió la del Comandante en Jefe. Entonces no pudimos ni siquiera estar muy cerca de los lugares por los que habíamos caminado ni de las personas con las que habíamos hablado, incluida una prima segunda de Fidel; tal era la movilización oficial y popular y el despliegue de todo tipo que le rodeó.

Pero el conocimiento de primera mano ya adquirido nos sirvió para las descripciones, ubicación y antecedentes que hicieron de aquellas jornadas una curiosa «cobertura virtual» desde el propio terreno.

La secuencia de acontecimientos comenzó desde que di por un teléfono celular la orden de lanzar los *flash*, ya preparados en Madrid con la llegada de Fidel y su comitiva al aeropuerto gallego. Su desarrollo fue de tal magnitud que no hubo tiempo para la crónica que recreara el ambiente, ni diera contexto subjetivo a una avalancha informativa de primer orden.

Extenuados, caíamos en la cama los miembros del equipo de periodistas cubanos que atendíamos la visita. Gracias a tener en el hotel nuestra propia

sala de prensa no había que perder tiempo en vestirnos de calle para trasmitir las novedades de última hora. Podíamos hacerlo hasta en piyamas. Esto no está escrito gratuitamente. Tiene que ver con un episodio sobre aquel maratón lleno de emociones y momentos históricos al que solo le faltaba la declaración personal del Jefe de la Revolución, el contacto exclusivo con la prensa que no estaba contemplado en el programa oficial.

Sin embargo, la tenacidad y sagacidad de uno que no se daba por vencido, Luis Báez, propició que se realizara una conferencia improvisada con unos 40 periodistas que permanecían de guardia permanente en el recibidor del hotel en el que se encontraba Fidel. El propio Luis sirvió de moderador y, aunque se vio limitado a preguntar en esa tarea, no olvidó poner a funcionar su grabadora.

Yo fui de los que disciplinadamente nos habíamos acostado, ante el anuncio de que nada más sucedería esa noche –última vez que dejé dormir mi profesión en plena campaña– y me molesté al inicio ante la insistencia de unos golpes en mi puerta que me despertaban en plena madrugada: era Luis con la primicia contenida en el pequeño artefacto de grabación.

Alfredo Pierrat y yo bajamos de inmediato y comenzamos a escuchar y tomar notas para preparar despachos. Le pedimos a Luis que esparciera la noticia entre los otros colegas y fueron llegando, casi todos con cara de pocos amigos por el fiasco profesional y poco dispuestos a convertir el revés en victoria.

Nosotros seguimos en nuestro teclear, animados por tener en nuestras manos la posibilidad de reproducir el pensamiento de Fidel: «América Latina está casi tan desunida como en los tiempos de Cristóbal Colón» y su observación de que «los ideales de Simón Bolívar han sido simplemente sueños, hasta ahora».

En ese contexto, indicó que en la Segunda Cumbre no se habló de la unidad latinoamericana ni de integración. Estimó útil la presencia de España y Portugal en esas reuniones porque pueden ayudar al desarrollo cultural y científico de América Latina, aunque dudó que pudieran hacerlo en lo económico y político, ya que pertenecen a un mundo diferente, el europeo.

Sobre la ausencia de mención al bloqueo estadounidense contra Cuba, dijo que no insistió porque hubiera dividido al foro, ya

que «todos no somos lo suficientemente valientes para decir las verdades».

Fidel también abordó otros temas de mucha actualidad, como las elecciones en Estados Unidos –en las que no se inclinaba por alguien en especial– y el secuestro del general Antonio Noriega en Panamá –juzgado porque se negó a acatar las órdenes de Washington.

Desde fecha tan temprana, al hablar sobre el aspirante presidencial William Clinton, dijo: «Los políticos norteamericanos son esclavos de la politiquería». Los dos mandatos de ese presidente demócrata le darían la razón en muchísimas ocasiones.

Ese miércoles 29 de julio, iniciada tan temprano, concluyó la visita de Fidel a Galicia con una romería a la que llegaron asturianos simpatizantes de la Revolución. Le acompañaba un grupo artístico cubano, en esos días de gira por la cercana Asturias, que dio acento criollo al jolgorio.

Las últimas imágenes que guardo de aquella entrañable jornada fueron, la de Fidel jugando dominó con Fraga y otros acompañantes en una tienda, y la de una gigantesca comparsa improvisada por quienes festejaban la visita, en la cual nos mezclamos todos, sin distinción alguna, coreando al ritmo de los tambores y las trompetas: «Ay, Malembe, los cubanos ni se rinden ni se venden».

El hombre noticia

Treinta años de sistemática campaña anticubana no impidieron que la expectativa de muchos y el recelo de unos pocos se convirtieran en fascinación mayoritaria ante la presencia de Fidel Castro.

A juzgar por los anuncios pagados que inundaron la prensa plana venezolana a principios de 1989, el repudio al legendario Comandante de los cubanos, Fidel Castro, debía ser masivo cuando arribara a Caracas para la toma de posesión de Carlos Andrés Pérez.

La vida demostró, desde las primeras horas de su visita, que tras las andanadas de epítetos solo había dinero, resquemores de siquitrillados y ninguna fuerza social.

Los que buscaron reforzar la imagen adversa del presidente cubano no salieron del anonimato y se eclipsaron hasta de las propias páginas que les sirvieron de madriguera propagandística.

Deben haber estado muy atentos a las primeras reacciones de la opinión pública venezolana ante la presencia del objeto de sus ataques, y lo que vieron y oyeron les aconsejó mantenerse en las sombras y casi mudos.

Ya había sucedido en Quito y México, y se repetiría poco después en las tres más importantes ciudades brasileñas: el entusiasmo popular espontáneo ante la legendaria figura sobrepasaba los cálculos más optimistas.

En Caracas, la catarsis de afecto fue más sorprendente aún ya que el intenso ataque publicitario emponzoñaba la atmósfera desde hacía tres décadas. Constituyó la liberación de un muelle comprimido por años de espera, el cual saltó hacia el lado que no esperaban los detractores de la Revolución Cubana.

En los medios de prensa, incluso en los que abrían espacios pagados a la campaña anticubana, el despliegue de todo lo relacionado con el visitante caribeño llegó a eclipsar otros momentos cimeros de las jornadas vividas en la capital venezolana y, como dato curioso, nadie se manifestaba en público demasiado celoso de ello.

El propio Carlos Andrés, su anfitrión, intuía lo que sucedería. Se decía que cuando se encontraron en Ecuador, entre bromas, Fidel le había preguntado si lo iba a invitar a su toma de posesión, y él le dijo que tenía que pensarlo porque el Comandante era capaz de aceptar y entonces se formaría un gran revuelo. Y así sucedió.

La atención que concitó fue tanta que, simultáneamente, llegó a aparecer entrevistado en un canal televisivo (como la mayoría, no partidario de la Revolución), mientras que otro lo mostraba en un homenaje a *El Libertador* Simón Bolívar y un tercero lo incluía como noticia prominente en una reseña de la jornada.

Era el hombre-noticia de la cumbre caraqueña, con titulares singulares como aquel de *El Nacional,* que evaluaba «la perestroika tropical de Fidel Castro» o el de *El Diario de Caracas,* que consignaba «Fidel ríe poco, pero es preciso en el humor».

Ninguna otra de las personalidades de las 88 delegaciones presentes fue objeto de tanta atención, no obstante concurrir otros 17 mandatarios, ocho jefes de gobierno, un número similar de ex primeros ministros y el casi inadvertido vicepresidente de Estados Unidos.

Alojado en el céntrico hotel Caracas Hilton, como los restantes invitados de alto nivel, sus desplazamientos a las distintas actividades del traspaso de poderes ejecutivos eran seguidos por una nube de periodistas, camarógrafos y fotógrafos.

Uno de ellos, de la televisión, por su intuición y perseverancia, se convirtió a su vez en noticia, al ser el único en obtener declaraciones de él a su llegada, imprevista para la prensa, al aeropuerto de Maiquetía.

De ese episodio nació la versión de que el reportero había derribado a dos escoltas para obtener la primicia, algo muy dudoso, pero que enriqueció la anécdota.

Otros profesionales venezolanos entrevistaron al líder cubano y pugnaban por ser los primeros en divulgar sus palabras. Incluso se produjeron casos inéditos, como interrumpir programas estelares para dar fragmentos de sus expresiones o reproducirlas íntegramente en la madrugada para repetirlas en la mañana, algo insólito en una televisión comercial, más al servicio de anunciantes que del público.

Estos son solo algunos de los elementos que permitieron afirmar que la presencia de la leyenda viviente de la Sierra Maestra fue un éxito rotundo, a despecho de los que le auguraron un estrepitoso fracaso.

El mito cubano se había hecho imborrable realidad para los venezolanos. Los del dinero, en la sombra, no pudieron impedirlo ni empañarlo.

José Dos Santos, *Relatos del más acá,* en proceso de publicación.

Juan Escalona Reguera

COMBATIENTE CUBANO DE LA CLANDESTINIDAD Y DEL EJÉRCITO REBELDE

Lo sabes todo

Durante meses los soviéticos jamás supieron lo que estábamos haciendo en Angola. Cuando fuimos al XXV Congreso del PCUS, viajé con mis cifrados, mapas, etcétera. Cada día, al terminar la sesión del Congreso, Fidel traía un invitado a la casa donde radicábamos y le daba una amplia explicación de la situación de la guerra en Angola.

En una oportunidad, el invitado era el mariscal Andrei Grechko, ministro de Defensa de la URSS. Ya los sudafricanos estaban en Calhueque. La moral de nuestra tropa era muy alta.

El criterio de Fidel era dar la impresión de que no nos detendríamos en la frontera con Namibia, sino que íbamos a seguir adelante. Concentramos varios regimientos. A algunos barcos que estaban navegando hacia Luanda con armamento y tropas se les dio instrucciones de desembarcar en la región de Mozámedes. Con eso se buscaba lograr que los sudafricanos se retiraran solos, por el temor de nuestro ataque. En esa zona no teníamos aeropuertos, mientras que los sudafricanos contaban con tres al norte de Namibia.

Fidel le fue explicando a Grechko la topografía de la región, lo que había allí sembrado, que el terreno era árido, las características de los ríos. Hay un momento en que Grechko no se pudo aguantar y exclamó: «¡Qué malo es el servicio de inteligencia soviético! Yo nunca supe que habías estado en Angola». Fidel le aclaró que no había estado en Angola. Grechko le preguntó: «¿Cómo es posible que sepas lo del terreno arenoso, la falta de vegetación, los ríos, lo sabes todo?». «Eso es un trabajo de enlaces», le comentó el Comandante en Jefe.

Que se deje de locuras

En una ocasión Fidel me mandó a Angola a hablar con Leopoldo Cintra Frías (Polo) y me pidió que le trasmitiera el siguiente mensaje: «Dile que si ganar la guerra en Angola significa perderlo a él, no vale la pena ganarla. Que se deje de locuras, que se deje de estar en la primera línea, que tiene que cuidarse».

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Ramón Espinosa Martín
GENERAL DE CUERPO DE EJÉRCITO CUBANO

Tal como lo previno

Por distintas vías nos había llegado información de un ataque re-

lámpago de las fuerzas principales del enemigo en dirección a la ciudad de Cabinda para el 11 de noviembre.

Ese mismo día se iba a proclamar la independencia de Angola, y en esos momentos querían tener a Cabinda en su poder y presentarlo al mundo como un hecho consumado. Los angolanos no tenían fuerzas en dicho lugar para defenderse de una agresión.

El Comandante en Jefe me escribió una nota en la que me alertaba que estuviera preparado, pues entre el 8 y el 11 de noviembre iban a atacar Cabinda. Precisé todas las decisiones de dirección de acuerdo con lo que me había mandado a decir Fidel. Tal como lo previno ocurrieron los acontecimientos. Nos invadieron el ocho. Eso fue una muestra, una vez más, del poder de análisis y la visión del jefe la Revolución.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Alfredo (El Chino) Esquivel

ABOGADO CUBANO RADICADO EN MIAMI

Se aprendió de memoria todos los nombres

A Fidel lo conocí el primer día del curso de 1945 en la Escuela de Derecho en la Universidad de La Habana. Me encontraba frente al aula en que recibiríamos las clases. Yo estaba algo temeroso por las novatadas a los alumnos que iniciaban la carrera.

En esa situación se me presentó un muchachón alto, fuerte y me dijo: «Yo soy Fidel Castro». Me preguntó cómo me llamaba y le respondí: Alfredo Esquivel. Después de intercambiar algunas palabras se interesó en conocer si me gustaría hacer política universitaria. Le respondí que sí. Ahí empezamos nuestra amistad.

La primera actividad política en que participamos fue la creación de un grupo llamado: Los Manicatos. Eso quiere decir «mano dura». El nombre lo heredamos de otros estudiantes que ya salían de la universidad al

terminar sus respectivas carreras. Históricamente, Los Manicatos fueron fundados por Julio Antonio Mella.

Ya como grupo participamos en las primeras elecciones que se celebraron en la escuela de Derecho. Preparamos una candidatura en la que además de Fidel estaban, entre otros, Mario Cabrales, Isidro Sosa, Augusto Alfonso, Rogelio Garayta, Elsa López, Haydée Darías, Walterio Carbonell, Arturo Don y este servidor. Éramos delegados y subdelegados.

Fidel aspiró por Antropología Jurídica, la cual le permitía conocer a todos los alumnos por su nombre.

Al concurrir a las prácticas obligatorias era necesario llenar una tarjeta con las generales y el retrato del alumno. Él copió el nombre de todos los estudiantes. Se los aprendió de memoria, eso impresionaba.

Además, los iba a visitar a su casa. Les preguntaba si estaban con nosotros. A medida que la respuesta era positiva ponía una marquita al lado del nombre. Y no fallaba. La candidatura obtuvo un triunfo aplastante.

Lo recitaba literalmente

Desde que nos conocimos en la universidad se puede decir que mantuvimos una estrecha amistad. Andábamos juntos mañana, tarde, noche; hasta el final de la carrera. Fidel iba mucho a casa de mis padres. Yo vivía con ellos en Hospital entre Jovellar y San Lázaro. Cuando él tenía que pronunciar un discurso lo escribía antes. Entonces, se lo aprendía de memoria. Nos sentábamos en unos sillones. Yo con el texto en la mano. Lo decía sin fallar una palabra. Lo recitaba literalmente. Tiene una memoria prodigiosa.

El primero que me lo dijo a mí, y pienso que en Cuba nadie se imaginaba que Fidel llegaría muy lejos, fue Walterio Carbonell. Una noche que estábamos estudiando, Fidel se levantó a hablar por teléfono. Entonces Walterio me dijo: «Chino, ese va a llegar a presidente de Cuba». Siempre tuvo algo sobrenatural. Se veía que llegaría muy lejos. Fidel tenía en esos momentos 19 años.

Otro que siempre supo aquilatar las condiciones de Fidel fue Javier Lezcano, ortodoxo, dirigente de los trabajadores telefónicos, que en más de una ocasión comentó que Fidel llegaría muy lejos. Y no se equivocó.

Cuando uno da su palabra tiene que cumplirla

Al principio no querían admitir la participación de Fidel en la invasión para liberar a la República Dominicana, que es conocida como Expedición de Cayo Confites. Entre los cabecillas de la expedición se encontraban Rolando Masferrer, Eufemio Fernández y Manolo Castro, los tres enemigos de Fidel.

Nosotros nos habíamos hecho amigos del general dominicano Juan Rodríguez. También conocíamos a Juan Bosch y a Feliciano Maderne. Hablamos con ellos. Les explicamos lo que sucedía y finalmente nos dieron entrada.

Al principio nos íbamos a ir juntos, pero Fidel se apresuró y se fue en avión para Oriente. Como ya tenía la boleta del pasaje me fui en tren.

Algunos amigos nos avisaron que saliéramos de la expedición porque nos estábamos metiendo en un terreno enemigo y me pidieron que se lo comunicara a Fidel. Partí para Holguín.

Al llegar me dirigí a donde se encontraban alojados. Era en una escuela tecnológica al lado del cuartel del ejército. Allí ya la gente se estaba preparando. Le mandé un mensaje a Fidel. Tenía el tiempo muy reducido pues no se podía entrar y salir libremente de ese campamento. Si entrabas y te demorabas más de diez minutos no dejaban que te fueras.

Cuando me vio le expliqué que no tenía mucho tiempo para hablar con él. Le trasmití la información y le pregunté: ¿Te vas o te quedas?

Me dijo que la madre lo había ido a buscar para que se saliera de la expedición, pero que no la había recibido. Recuerdo que me comentó que cuando uno da su palabra tiene que cumplirla. Y se quedó.

Mientes, Chaviano

En el año 45 ó 46, cuando iniciábamos la lucha estudiantil, un día venía caminando con Fidel por la Plaza Cadenas. En una esquina, sentado en un banquito, estaba Luis Conte Agüero. Fidel se paró y me

dijo: «Mira, aquel que está sentado allí es Luis Conte Agüero. ¿Tú sabes lo que le pasó hace días?». Le respondo que no. «Escribió una nota en un periódico contra Rolando Masferrer. Cuando eso Luis Conte vivía en una casa de huéspedes cerca del cine Infanta. Masferrer lo esperó allí. Y cuando salió lo llamó con el recorte del diario en la mano y una coca cola en la otra y le dijo: "Tú escribiste eso". Conte trató de justificarse. Entonces Masferrer le dijo: Cómetelo y tómate la coca cola. Se comió el papelito. No fue lo suficiente hombre».

Otra vez, en un restaurante, yo llegué con Fidel y Pardo estaba con Aramis Taboada. Hablamos de diferentes temas, y Fidel nos mostró el artículo que había escrito titulado: «Mientes, Chaviano». En el mismo denunciaba los crímenes cometidos por el ejército contra los atacantes del Moncada. El trabajo publicado en el periódico *La Calle* tuvo una gran repercusión.

No te vayas, que esto se va a poner bueno

Me marché de Cuba en 1960. Realmente no tenía ningún motivo para irme. Una noche me encontraba en la cafetería de 23 y 12. En esos primeros años Fidel acudía normalmente al Carmelo de Calzada o al restaurante Pekín a comer arroz frito. En esta ocasión arribó acompañado de Celia Sánchez. Como siempre, me saludó con afecto. Nos pusimos a conversar. En el transcurso de la charla le comuniqué mi decisión de abandonar el país. Honestamente, no tenía motivos para irme, pero le tenía miedo al comunismo y estaba convencido de que los norteamericanos desembarcarían sus tropas en la isla para liquidar la Revolución.

Entonces Fidel me preguntó si alguien me había molestado, si alguien se había metido conmigo. Le respondí que no. Él me dijo: «No te vayas, que esto se va a poner bueno». Y de verdad que se puso bueno.

El propio Fidel dio instrucciones para que se me facilitara la salida y se agilizaran los trámites. Se portó como el amigo de siempre.

Atento al más mínimo detalle

En 1993 viajé a Cuba después de una ausencia de más de 30 años y me volví a encontrar con Fidel.

Aquello para mí fue algo inolvidable. Por momentos pensé que me iba a dar un infarto.

Me sentí orgulloso. Muchos me criticaron en Miami por ir a verlo, pero eso no me importa, y mucho menos me preocupa. Fue uno de los momentos más felices de mi vida. Llevamos más de 50 años de amistad. El cogió su camino. Yo cogí el mío. Hemos vuelto a coincidir como si no hubiera pasado nada. Como si hubiera sido una ausencia de diez años o un mes. La amistad sigue igual. O a lo mejor más todavía. Hay la cosa nostálgica que te une más. Lo funde más a uno espiritualmente, y por mi parte, nunca dejé de ser su amigo y de admirarlo. En definitiva, Fidel es el triunfador y yo soy el perdedor.

Contemplar a un hombre de mi generación, y además que era mi amigo, convertido en una figura de estatura mundial es algo muy difícil de describir.

Se interesó mucho por mi vida. ¿Qué dinero recibía? ¿Cómo me iban las cosas? Atento al más mínimo detalle relacionado con mi persona. Recordamos hechos, amistades. Me dijo que podía venir cuando quisiera y estar todo el tiempo que deseara. Posteriormente he seguido viniendo y lo he visto en diferentes ocasiones.

Te regalo otra

Mi vida en los Estados Unidos, al igual que al resto de los emigrantes, no fue fácil. Tuve que trabajar muy duro. Allí he sido un humilde obrero. Yo, que nunca había trabajado, aprendí a ganarme el dinero y la comida con mis manos y mi sudor.

En uno de mis encuentros con Fidel, me regaló una caja de tabacos Cohiba autografiada por él. Yo se la enseñaba a todo el mundo en Miami.

Una noche en que caminaba por la calle 8 sonó mi celular. Entonces escuche la voz de Fidel. Imagínate la sorpresa que me llevé y me dijo: «Chino, sé que estás muy jodido de plata y que te han querido comprar la caja de tabacos, no te preocupes, véndela que yo te regalo otra». Y no la vendí, me la fumé.

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, 2004.

Rodolfo Falcón Cabrera
ATLETA CUBANO DE NATACIÓN

Te veo flaco

Cuando regresé de los Juegos Olímpicos de Atlanta, Estados Unidos (1996), al llegar al aeropuerto, saludé, en primer lugar, al Comandante en Jefe Fidel Castro, quien me felicitó efusivamente. Después le di la mano, uno a uno, a todos los atletas y funcionarios presentes en el lugar.

La mayoría me preguntaba cómo había sido la competencia, la medalla y los rivales norteamericanos. Había conquistado la medalla de plata, la primera de la natación cubana en el concierto de los cinco aros. Fidel se mantuvo callado casi todo el tiempo, pero luego me dijo:

—¿Cómo te sientes? Te veo flaco, muy bajo de peso. ¿Tienes alguna preocupación? ¿La alimentación en Atlanta estaba tan mala?

— No, Comandante –le dije–. El problema es que el estrés y la competencia le hacen a uno bajar mucho de peso.

—¿Necesitas refuerzos en la alimentación? –me preguntó.

Volví a negarle, pues el problema era de otra índole, de mucho esfuerzo por la emulación con los rivales y el fuerte desgaste emocional.

Me llamó la atención su preocupación por mi estado de salud y de ánimo. Es un hombre con un ojo clínico excepcional; aunque, a decir verdad, vine bastante flaco de Atlanta.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 17 de enero de 2008.

Conchita Fernández
REVOLUCIONARIA CUBANA

Sentido de la historia

Fidel permaneció de lleno en la actividad política, siguió las enseñanzas de Eddy de mantenerse en contacto con el pueblo de cualquier manera, pulsando sus sentimientos, tanto en lo personal, como a través de un espacio radial que tenía

en «La Voz del Aire», a las 12:45 de la tarde, o en cartas que enviaba a otos compañeros de la ortodoxia y a simpatizantes del pueblo.

No hace mucho, cuando Fidel cumplió los 70 años, una compañera de la vieja guardia me llevó una fotocopia de una de esas cartas –carta tipo, porque no era la letra de él–, enviada en diciembre de 1951, como regalo o felicitación a los «compañeros de ideales», como los llamaba. En ella Fidel dijo: «Tristes y recientes recuerdos enlutan nuestra alegría en estas Pascuas, pero nuevas y alentadoras esperanzas van naciendo al calor de las luces primeras del amanecer venturoso que encendió el sacrificio», y agregaba: «Para nosotros no hay más que un modo posible de esperar el Año Nuevo, y es trayendo a la memoria las palabras postreras de Martí en aquellas Navidades que precedieron el último esfuerzo por la libertad: "para un pueblo sufrido no hay más Año Nuevo que el que se abra con la fuerza de su brazo por entre las filas de su enemigo"».

Lo leo y me erizo. ¡Qué sentido de la historia y del deber ante la Patria tenía ya Fidel con 25 años!, porque eso era lo que tenía en 1951. Por ello, no me sorprendió lo que él publicó en *Alerta* un mes después, cuando el aniversario de Martí. Una acusación tremenda contra el presidente Carlos Prío por traicionar a la nación, que sacudió al país.

Carta desde la Sierra

En 1957 fue que comenzó mi relación con la Sierra Maestra y con Fidel, en su nueva condición de Comandante en Jefe. Se había logrado la incorporación de varias figuras ortodoxas al Ejército Rebelde, y tenía determinada repercusión en la política nacional, porque permitía fomentar la estrategia de unidad de todas las fuerzas revolucionarias en la lucha contra Batista. Yo guardo una copia de una carta que Fidel me envió, el 11 de julio de 1957, después de la incorporación de Raúl Chibás a la guerrilla, y que a mí me gusta porque describía muy bien el ambiente que se vivía en la Sierra; nos daba tareas y orientaciones a Enriquito de la Osa y a mí, sobre todo, relacionadas con el empleo de la prensa, de la información y, en particular de *Bohemia* y de su sección «En Cuba», pero todo de una forma muy

cariñosa, firme y clara, con esa capacidad suya de decirte muchas cosas en muy poco tiempo, más breve cuanto mejor sea su interlocutor.

Su interés en que yo trabajara con él

El día 8, cuando Fidel llegó a La Habana, me mandó a buscar para que trabajara con él. Se me aparecieron en mi casa Pastorita Núñez y un escolta de él a buscarme, porque Celia y Fidel me habían llamado antes por teléfono. El muchacho no me conocía y correcto me dijo: «¿Usted es Conchita?». Y yo le respondí: «Lo que queda de ella». Me monté en el carro y nos fuimos para el Habana Hilton, que era donde estaba Fidel en ese momento. Yo le preguntaba a Pastorita si me dejarían entrar con ella.

Allí, no más llegar, bajó a buscarnos al elevador uno de los ayudantes de Fidel. Mi marido Alfredo se quedó en el lobby y nosotros fuimos al encuentro de Celia, quien me condujo ante Fidel, que me recibió con besos, abrazos y me mandó a ir para la embajada de Argentina, que estaba antes en G y 21, en El Vedado, para allí poder hablar con más calma, pues él debía asistir a algo que estaban organizando en aquel lugar, una recepción o un brindis, no sé. Le dio instrucciones a la escolta para que nos dejaran pasar; y nosotros llegamos detrás de él. Allí fue donde, por primera vez pude hablar personalmente con Celia, y donde Fidel nos llamó a las dos y me explicó su interés en que yo trabajara con él, lo cual acepté, por supuesto, sin pensarlo dos veces.

Si analizas aquella decisión, al cabo de tantos años y después de conocer más a fondo a Fidel –nunca lo llegas a conocer del todo, ¡y mira que hace años que lo conozco!–, es cierto que había algo simbólico en aquella petición suya. A mí se me antoja que fue un deseo de continuidad histórica, como de pagar una deuda con la historia porque él conocía entonces bastante de mi pasado. Él sabía de mis virtudes y de mis defectos como pocos; y sabía también de mi experiencia como secretaria. A partir de ese momento empezó de nuevo mi vida laboral. Junto con Celia, atendía llamadas, visitas, planteamientos de la población, de figuras políticas, solicitudes de periodistas, correspondencia, preparaba documentos,

reuniones, transcribía sus papeles y también me ocupaba de sus cosas personales.

Tomar ostiones

A veces, andábamos por ahí, en un recorrido, que era lo más normal, porque a Fidel no le gustaba estar en la oficina del Palacio Presidencial. Desde el primer momento rechazó ese edificio como la sede del gobierno, por todos los malos recuerdos que le había traído al pueblo, en todas las épocas. Entonces, las veces que yo iba con ellos parábamos en cualquier lugar a comer algo, porque casi siempre me quedaba en la oficina, y Celia era la que se movía. Si estábamos en La Habana, a Fidel le gustaba meterse al bar Biki, en Infanta y San Lázaro, a tomar ostiones y batido de chocolate, porque le recordaba sus tiempos de estudiante.

Pero hubo que pararlo, porque Raúl alertó que se estaba exponiendo a que le hicieran un atentado. Poco tiempo después de aquellas advertencias se pudo conocer que la CIA, a través de Polita Grau, le había preparado un atentado en el Hotel Habana Libre, aprovechándose, precisamente, de esos hábitos de Fidel.

Cómete tú uno…

Vino la época de la solidaridad y los inventos. Un día estábamos trabajando tarde, de madrugada, y yo, que no había comido nada, tenía dos huevos hervidos sobre la mesa. Fidel los vio y me preguntó: «¿De quién son esos huevos?». «Míos», le respondí. «Mira, cómete tú uno y yo otro». El resto del día lo pasó con tisanas y con los jugos de mandarina que le preparaba Celia. A veces, se volvía un muchacho con los dulces que hacía Esperanza. Llegaba a casa y metía la mano en las cazuelas o en las fuentes. Nosotras lo regañábamos por goloso y le decíamos que si se ponía barrigón las mujeres no le iban a hacer caso.

Cuando le decíamos que se iba a poner gordo, nos sacaba toda una tesis sobre los alimentos y la actividad física. Él decía que la barriga era lo que más engordaba cuando se hacía trabajo de oficina, y por eso había que tomar yogur, que alimenta y no engorda, y luego hacer ejercicios, subir a la Sierra, ir a cortar caña… Quería que yo probara el yogur. Y yo: «No puedo, Fidel, que no me gusta», y él que sí.

A comer perro caliente

Con todos esos movimientos, quienes andaban como locos eran los policías. Había uno, el jefe de todos, serio y muy profesional, que se llamaba Frank Robb, pero era el que más protestaba, porque Fidel no hacía caso y era muy difícil de cuidar. Se pasaba el tiempo diciendo que cuando ellos le ordenaban tal cosa al presidente de los Estados Unidos, el presidente los obedecía.

En una oportunidad, Fidel quiso visitar el zoológico de Nueva York. Pero él, en vez de seguir la ruta que se informó a la policía, se inventó la suya y salió a caminar. Se encontró con una familia de norteamericanos típicos que estaban en un picnic con sus hijos, asando salchichas. Fidel se sentó a conversar con ellos en la hierba, y cuando le brindaron los perros calientes, comió y todo con ellos. Esas cosas ponían a Robb a echar humo como en los muñequitos, pero, al mismo tiempo, causaban, simpatía entre la gente sencilla del pueblo.

Huevos con jamón

Desde Nueva York hicimos una escapada para ir la a Universidad Johns Hopkins, en Princeton, Nueva Jersey, donde Fidel les dio una conferencia a los estudiantes que estaban celebrando un seminario nada menos que sobre los Estados Unidos y las revoluciones. El durmió en la casa de Roland Ely, que era un experto en asuntos latinoamericanos, y nosotros, en el ático de la casa de un familiar de Rockefeller, que hasta nos cargó las maletas. Como esa era una propiedad privada, ni el FBI ni la policía pudieron meterse como en el hotel y armar su despliegue aparatoso, por lo que parte de la seguridad la asumió la propia delegación. A todos los hombres les dieron una colt, Fidel me dio su cinto y su revólver, que los guardé en la cartera y se me rompió el asa. Allí le hicieron una recepción con hamburguesas y recuerdo que en la mañana del día siguiente de la fiesta, antes de regresar a Nueva York, llegó el que es hoy general Valle Lazo buscando huevos, porque a Fidel no le gustaban aquellas bolas de piltrafa, y quería comer huevos con jamón, pero no había ni en la casa de Ely ni en la del pariente de Rockefeller.

A interesarse por El Cuate

Antes de salir del territorio norteamericano hicimos una breve estancia en Houston, Texas, en un lugar que le decían McKay, donde nos estaba esperando Raúl, quien se fue a despachar con Fidel para luego regresar a Cuba. Nos instalamos en Wharton, en el rancho de un millonario llamado John Ferguson, que era dueño de pozos de petróleo y caballos de carrera de pura sangre. Este era un hombre que tenía mucha influencia en las autoridades estaduales de Texas, y Fidel estaba muy interesado en saber sobre El Cuate, uno de los mexicanos de la expedición del *Granma* que estaba preso en esa localidad, y fue personalmente a interesarse por él.

He ahí otra prueba más de quién es Fidel Castro, que no es capaz de abandonar en desgracia a ninguno de sus compañeros ni a nadie que haya compartido con él los peligros. Si la lealtad tuviera nombre de persona, se llamaría Fidel, que es lo que quiere decir su nombre en latín: *fidelis*, o sea, fiel. Pero lo cierto es que llegar él, preguntar por El Cuate, y libre de inmediato El Cuate, fue la misma cosa. No sé como convenció a los yanquis, pero ese fue el broche de oro de nuestro paso por los Estados Unidos. De ahí seguimos rumbo a América del Sur.

Son unos monstruos

El día que ocurrió la explosión de *La Coubre* estábamos trabajando, en el INRA. Todo el que vivió aquello siempre recuerda esa explosión, porque estremeció La Habana entera. La gente no se imagina lo que significa «estremecerse La Habana entera», en pleno mediodía: ventana, cristales, todo… Fidel me dijo –porque yo estaba sentada en el buró de al lado, cerca de él–: «¿Tú oíste eso?». Ahí lo llamó Núñez Jiménez con la misma pregunta. Y Fidel, con su sentido de orientación, dijo en voz alta algo así como: «Fue en el puerto… ¡El barco que trajo las armas!». Yo no sé cómo ni por dónde bajó, pero dejó atrás a la mitad de los escoltas. Cuando regresó, ya tarde, venía endemoniado como yo nunca lo había visto. Me mandaba a que llamara a los hospitales y ordenaba que probaran de nuevo las minas para ver si explotaban con facilidad. Nada más que repetía: «Son unos monstruos».

Sufre la deslealtad

Me acuerdo cuando El Chino Esquivel decidió irse de Cuba, Fidel lo sintió mucho. La gente no imagina cómo Fidel sufre la deslealtad. Yo a veces pienso que él debió ser judío por aquello del *Talmud* de que el que salva a una persona salva a la humanidad entera. Y él siempre se ha empeñado en salvar por la causa hasta al más insignificante de todos los cubanos. Por eso, por cada compañero de la Revolución que pierde, lo abandona o lo traiciona, sufre como si perdiera a medio mundo. Y mira que yo le he dicho que no vale la pena, pues por cada uno que deserta, traiciona o simplemente se va, quedan millones. Pero él de todos modos lo sufre.

Yo se lo dije: «Fidel, El Chino no se va por gusano ni por contrarrevolucionario –ni por disidente, como se dice ahora–; lo suyo es un problema de ideas. Se va para Nueva York a tomar café con leche y a conversar en las esquinas, porque cuando compró pescado le cogió miedo a los ojos».

El Chino no se quedó, sino que «se fue quedando». A Cuba ha vuelto, de visita, en busca de los recuerdos, tratando de enmendar su pasado. La última vez que lo vi fue cuando el 45 aniversario de la muerte de Eddy, en el acto que hizo Leal en el Museo de la Ciudad. Me dio alegría que estuviera allí, verlo después de tantos años, pero, a la vez, también sentí lástima.

Hombre extraordinariamente agradecido

Fidel es un hombre extraordinariamente agradecido. Es un caso raro, de una lealtad casi caballeresca, quijotesca. Fidel no olvida nunca nada, sin embargo, tiene una capacidad para el perdón que hasta el Papa se la envidiaría. Siempre pongo como ejemplo el caso de Ramón Vasconcelos, porque Fidel tenía con Vasconcelos varias gratitudes. Una fue por aquella tremenda que le hizo Fidel a Prío y a la traición de este en el último mitin electoral antes del golpe del 10 de marzo, que pudo hacerla porque Vasconcelos publicó las fotos, y fue cuando Fidel sacó el periódico y echó pa'lante a Prío. La segunda gratitud se la guardaba porque había

publicado cuando la muerte de Chibás, el artículo «El último espartano», así como por la entrevista que le hizo antes de venir en el *Granma* y en la que Fidel anunció al pueblo de Cuba por primera vez aquel compromiso famoso de: «Si salgo, llego, si llego entro y si entro triunfo». La tercera gratitud que yo creo que Fidel le guardó a Vasconcelos fue haberle entregado su finca a la Revolución. Allí es donde se levanta hoy ExpoCuba.

Cuando la Revolución triunfó, Vasconcelos ya estaba viejo; cansado, aunque seguía siendo una personalidad de la política y el periodismo nacional. No pudo asimilar los cambios, y se fue, pero en paz, sin agredir, sin difamar. Por eso, cuando la hija de Vasconcelos me llamó por teléfono para que le pidiera a Fidel que dejara venir a su padre, ya viejo y enfermo a morir en Cuba, Fidel no lo dudó un instante. Ordenó a la escolta que fuera a buscarlo al aeropuerto y lo llevara para Santa María del Mar, a una casita donde él lo iba a ver hasta que murió, y donde juntos se ponían a hablar y escribir de historia. Creo que es una de las pocas veces que he visto a Fidel escribiendo de historia sobre un papel, para guardar, a pesar de que la escribe con sus palabras y actos todos los días.

Lo retaba a competir como cocineros

En los primeros años de la Revolución, el Vaticano tenía en Cuba a un Nuncio exquisito que se llamaba monseñor Cesare Zacchie. Era italiano y, como buen italiano, le gustaba la cocina, sobre todo las pastas. Entonces, Fidel lo retaba a competir como cocineros. ¿Se imaginan lo que era mandar al Nuncio para hacer competencias de espaguetis y hablar sobre política y religión? Celia se lo decía riendo: «Mira que tú eres fresco».

Entre él y el Nuncio existía una relación muy especial. A veces, Fidel se iba a la Nunciatura y se sentaba horas a conversar con él. Hablaban de filosofía, de historia y de cultura, en sentido general, así como de la familia, de la niñez y hasta de deportes, porque Zacchie era deportista, sobre todo, era tremendo esquiador en los Alpes y él presumía de eso.

Besaba la mano de su hijo

Una de las veces que he visto a Fidel más preocupado fue en el año 1959, cuando el accidente automovilístico de su hijo Fidelito.

No fue fácil localizar a Fidel ese día. Finalmente, di con él y le informé que el niño estaba en el Hospital Emergencias.

¡Imagínate cómo fue la cosa, que Fidel llegó antes que yo! Se acercó en el momento que traían al niño para el salón y le dio un beso cuando entró acostadito en la camilla. Mi marido, que había llegado antes al hospital localizó a los médicos que atendieron a Fidelito. Buscó al mejor cirujano y al mejor clínico que había en el hospital, uno llamado Álvarez Maradi y el otro era Rodríguez Díaz, para que atendieran al niño, mientras yo localizaba a Mirta, la madre del niño. Rodríguez Díaz le extirpó el bazo y cuando salió del salón, por un lado estaba Mirta y por otro Fidel: «Comandante, no tendrá problemas en su vida», le dijo Rodríguez Díaz. Y Fidel metía su mano bajo la sábana y sacaba la del niño y se la besaba.

Pedro Prada: *Conchita Fernández: La secretaria de la República*, Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, Cuba, 2001, pp.166-167, 177, 184, 186, 190, 192, 194-195, 200-202, 206, 209, 211, 215, 221, 223, 232-233.

José Ramón Fernández Álvarez

COMBATIENTE REVOLUCIONARIO CUBANO

La Revolución se va al carajo…

El 12 de enero, Fidel convocó, en la Ciudad Militar de Columbia, a una reunión con los oficiales que habíamos estado presos en la Isla de Pinos. No con todos, sino con 18 ó 20 de nosotros, los dirigentes principales, entre ellos el coronel Ramón Barquín, el teniente coronel Varela Castro y el comandante Enrique Borbonet.

Nunca lo había visto en persona y me impresionó profundamente su habilidad política excepcional. Nos trató con mucho respeto, y advertí que tenía un dominio absoluto de los temas que abordaba. Nos comunicó

sus concepciones sobre lo que sería el ejército, incluso, los uniformes, los grados, las armas. Aludió a las transformaciones que se operarían en Cuba. Habló sobre la corrupción y los crímenes de la tiranía, así como de la lucha en las montañas, y delineó un sentido de la responsabilidad nacional, de convivencia y participación, que comprendía al personal procedente del ejército.

Aquella reunión se extendió durante tres o cuatro horas. Fidel preguntó quién era cada uno en aquella sala. A mí me tenía identificado. Me dijo: «Tú eres Fernández, me han hablado de ti». Se mostró muy afectuoso con todos y reconoció nuestros méritos, incluso, más de los que teníamos. En sentido general, él nos pidió que, como asesores, ayudáramos en la organización de las nuevas fuerzas armadas.

Cuando concluyó aquello y nos despedíamos en la puerta del salón le solicité al Comandante hablar con él. Me llevó aparte, a una oficina contigua al salón de la reunión, donde conversamos a solas.

—¿Qué tú me quieres decir? –inquirió.

—No deseo volver al ejército –él me miró con atención. Añadí–: Mire, yo estoy con la Revolución y no tengo nada en contra del Ejército Rebelde, pero no he participado en este proceso. Estoy con la Revolución, reitero, pero no quiero volver al ejército. Además, ya tengo empleo.

Fidel estaba con el fusil colgado al hombro y comenzó a dar paseítos de un extremo a otro de la pequeña oficina donde nos encontrábamos.

—¿Dónde trabajarías?

—No, ya estoy trabajando.

—¿En qué lugar?

—En el central Narcisa, como administrador.

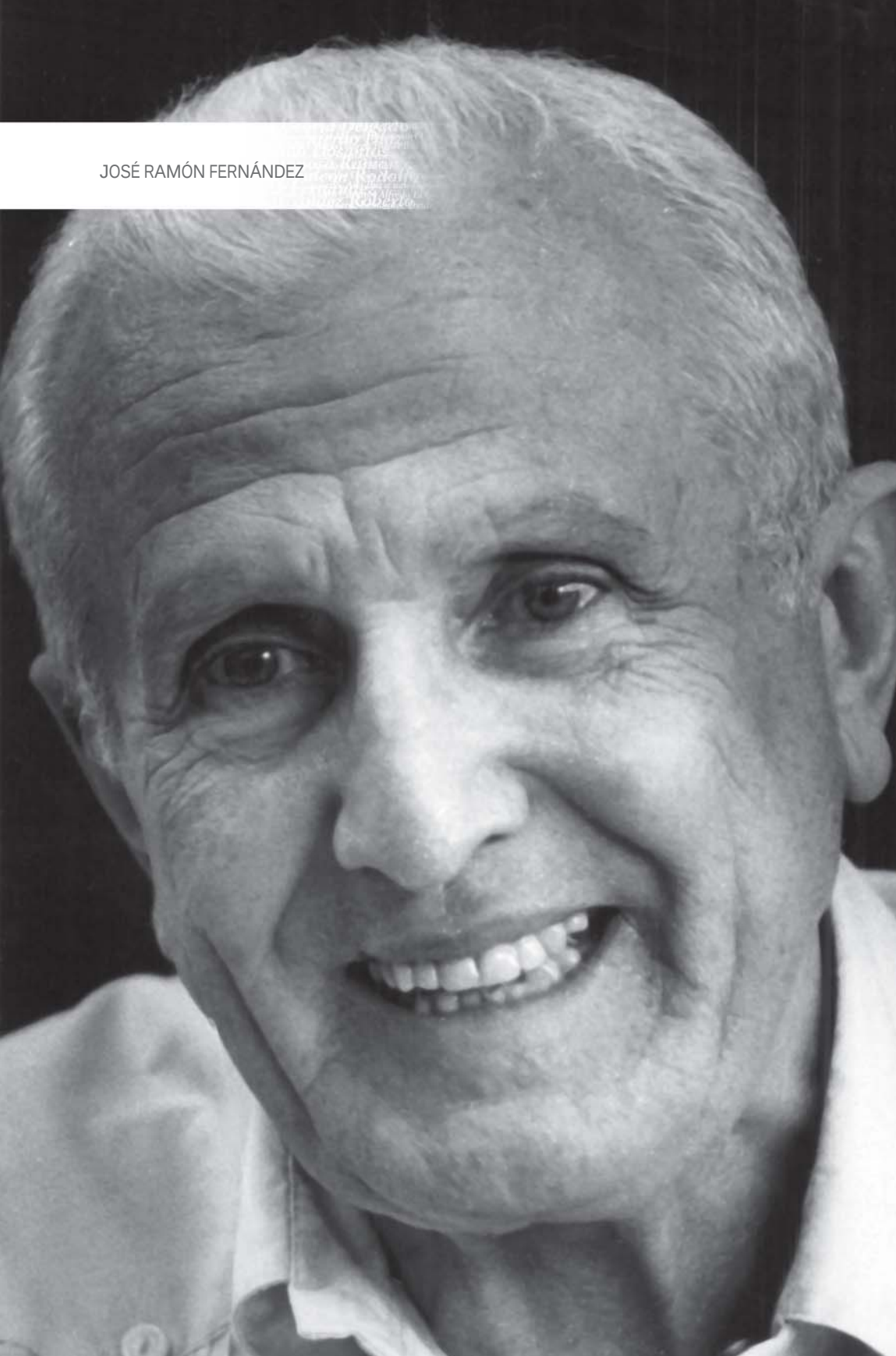
—¿Cuánto te pagan?

—Mil cien pesos mensuales.

—Yo no te podría pagar tanto.

Lo dijo así, figuradamente, como si mi salario dependiese de su bolsillo.

Reanudó sus paseos por la oficina, se revolvió con esa energía desbordante que lo caracteriza y se detuvo frente a mí. Se agarró la barba e hincando el dedo índice de su mano derecha en mi hombro, me dijo:



—Tienes razón. Tú te vas para el central. Yo me pongo a escribir un libro sobre la lucha en la Sierra Maestra por el que me pagarán miles de pesos, y la Revolución se va al carajo.

Pensé solo durante unos segundos:

—¿Para dónde usted me dijo que tenía que ir? –pregunté.

Fue ahí cuando me reiteró que había pensado en mí como director de la Escuela de Cadetes. Acepté y Fidel mandó a redactar el documento y firmó mi nombramiento.

Ese mismo día, 12 de enero, tomé posesión como director de la Escuela de Cadetes.

El Jordán de la Revolución

A esa reunión en Columbia el 12 de enero, algunos fueron vestidos de uniforme. Yo fui de lo más elegante, con cuello y corbata, con un traje recién adquirido con el salario que me habían adelantado los que me habían ofrecido trabajo.

En medio de los comentarios, Fidel elogió a un oficial del antiguo ejército por su actitud después de caer prisionero en la etapa final de la guerra en la Sierra Maestra. Yo pedí la palabra y dije que ese oficial era un absoluto oportunista. Fidel me contestó que lo había purificado el Jordán de la Revolución. Posteriormente, fue sancionado a prisión por algunos delitos cometidos durante el período de la tiranía.

Cuando cumplió la condena, le mandó un mensaje, o de algún modo se comunicó con el Comandante en Jefe, quien una vez más mostraba su espíritu de tratar de salvar, lo realmente salvable –como expresó en uno de sus discursos, cuando a los oficiales del ejército anterior los incorporó a la Revolución–, lo atendió y me pidió que le diera un trabajo digno, lo cual se cumplió.

Esa persona trabajó lealmente y murió en Cuba.

No era necesario dar pase

El primer curso de Responsables de Milicias tenía más de 800 alumnos. Los organicé en seis compañías a los efectos de ejercicios, entrenamientos, administrativos, docentes y todo lo demás.

Establecí que el sábado, después de laborar por la mañana y realizar una inspección posterior al almuerzo, se otorgara pase a todos, a las 14:00 horas, menos a una compañía que se quedaba de guarnición y se iba turnando cada fin de semana. Los alumnos eran de La Habana y de la zona occidental y reclamaban con insistencia salir todos de pase cada semana.

Una tarde, recién estaban llegando las ametralladoras BESA de trípode, capaces de realizar el fuego antiaéreo, me fui para una zona de playa, inmediata a la escuela, con varios alumnos y uno o dos profesores que estaban de guardia, para hacer prácticas de tiro y comprobar el funcionamiento de estas armas; ya que sería objeto de clases y debíamos conocerlas por no haber literatura sobre ellas en ese momento.

A la caída de la tarde, a las 5:00, aproximadamente, llegó hasta donde yo estaba un mensajero corriendo: Fidel se encontraba en la puerta de la escuela y me estaba buscando, por lo que de inmediato me dirigí al lugar. El Comandante estaba frente a la posta, en una pequeña área, apoyado en la puerta delantera del carro, y un centenar de alumnos lo rodeaban. Me aproximé al grupo, observé que él me vio, no dije nada y ellos siguieron hablando.

El objeto de las largas reclamaciones de los alumnos era el pase para todos, todas las semanas.

De buenas a primeras, Fidel se viró hacia mí, me saludó desde lejos y me preguntó que quién me había autorizado a dar pase. Yo le contesté que buscaba un régimen de descanso, etcétera. Rápidamente ripostó, explicando para qué se había convocado el curso, la importancia que tenía y que no era necesario dar pase, que todos debían cumplir estrictamente el régimen de la escuela, la exigencia, y al que no le gustara que se marchara. El tema de reclamación del pase quedó eliminado.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 3 de noviembre de 2007.

Omar Fernández
REVOLUCIONARIO CUBANO

Tú eres novato

En septiembre del año 1950 se organizó un gran mitin en el anfiteatro del Hospital Calixto García, yo comenzaba el primer año de Medicina y acudí al llamado. Allí estaban en una gran discusión Fidel Castro, dirigente estudiantil, y Fotuto (Soto), era una discusión ideológica. Fidel estaba exhortando a los estudiantes a salir a la calle a defender la independencia de Puerto Rico, y así se hizo. Salimos del Calixto por toda la calle Ronda, al costado del estadio universitario y, de momento, Fidel me dijo: «Tú eres novato, así que tienes que aprender cómo es la lucha universitaria». Al poco rato, la policía preparada en San Rafael, cogió a algunos estudiantes presos, entre ellos a Fidel.

Que no vuelva a suceder

En abril de 1959, los estudiantes de Medicina organizaron la primera Exposición de Productos Cubanos. La inauguración estaba prevista para las 3:00 p.m., y comenzamos la actividad a las 3:30 p.m. Al poco rato llegó Fidel, saludó al pueblo, que era bastante y me dijo: «Yo te dije que venía, siempre deben esperarme. Que no vuelva a suceder». Fue una enseñanza para mí. En la inauguración, Fidel felicitó a los organizadores, se viró y me dijo: «Omar, te avisaré otro día para verla completa, pues hoy hay mucha gente –y luego me dijo ante el público–: hay que montarla en vagones de ferrocarril y llevarla a toda Cuba, desde Mantua hasta Guantánamo».

Esto se cumplió meses después y se conoció con el nombre de Acción Ferrocarril. Entre la exposición de la Escuela de Medicina y la Acción de Ferrocarril, me propusieron llevar una expo a Nueva York, consulté con Fidel, y me dijo: «Eso es bueno, pues la guerra con los gringos está al comenzar». Esa exposición fue un éxito. Hasta le obsequiamos una caja de tabacos a Eisenhower, quien visitó nuestro *stand*.

Al regreso, Fidel me llamó para que le contara cómo se habían desarrollado todas las actividades en la exposición.

Cuida al Che

En abril del año 1959, Fidel hablaba por televisión y de momento informó que una delegación presidida por el Comandante Ernesto Guevara iría a los países afro-asiáticos, y que como segundo jefe participaría en la delegación el capitán del Ejército Rebelde, Omar Fernández. Di un salto muy grande en la silla.

El 12 de junio de 1959 partió la delegación, ya en el aeropuerto llegó Fidel, conversó con el Che, me tiró el brazo por arriba y me dijo: «Cuida al Che, que tú sabes lo que él vale». Al regresar, nos volvimos a reunir para contar todo lo ocurrido durante el viaje.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 5 de febrero de 2008.

Pablo Armando Fernández

INTELECTUAL CUBANO

Conocí un verdadero comunista

Estuve alrededor de 15 años sin ver a Fidel personalmente. Una noche de 1978 el destino me puso junto a él. Yo me encontraba en casa de Núñez Jiménez. De repente tocaron a la puerta. Fui a abrir. Era Fidel. Me quedé paralizado. Me dio la mano a la vez que me dijo: «Buenas noches. ¿Cómo estás?». «Bien, Comandante» –le respondí. Entonces, me puso el brazo sobre los hombros, y así fuimos caminando hacia la sala.

Ese detalle de afecto borró de mi mente y, sobre todo de mi corazón, las angustias, los sufrimientos y las tristezas que habitaron conmigo durante muchos años. Me percaté de que hasta ese momento estaba sobreviviendo y que había comenzado a vivir.

Se trataron muchos temas. Verlo y escucharlo en una conversación que no he olvidado, me hizo pensar que por primera vez tenía frente a mí a un cristiano libre de toda secta, alguien que respondía cabalmente al «amarás a tu prójimo como a ti mismo». Esa noche

conocí a un verdadero comunista al servicio de los que en el mundo lo necesitaban, y habló de África, de Asia, de Latinoamérica y de todos los desposeídos de la tierra, sin importar dónde estuviesen.

Festejó mi cumpleaños

Posteriormente lo encontré en varias ocasiones e, incluso, le celebré su cumpleaños 70. En realidad hay dos momentos de gran esplendor en nuestra amistad que se los debo a Miguel Barnet. Él fue quien le dijo a Fidel en una recepción del premio Casa que en unas semanas yo cumpliría 60 años. Fidel se brindó para festejarlo en Casa de las Américas. Esa noche, a una pregunta suya respondí: «Decir que soy en este momento el hombre más feliz de la tierra es un acto de egoísmo, ya que quien verdaderamente se merece este instante es usted, pero nunca lo tendrá porque no tiene un Fidel Castro que le haga este homenaje».

El otro fue cuando, próximo a la fecha en la que Fidel cumpliría 70 años, Barnet me dijo «Fidel no tiene un Fidel Castro, pero tiene un poeta que puede homenajearlo». Y así se hizo.

En la fiesta de cumpleaños de Carlos Rafael Rodríguez comenté con Fidel el proyecto de celebrar el suyo con sus amigos en casa. De verdad que yo no lo esperaba, considerando todos sus compromisos familiares y amistosos para esa fecha.

Felipe Pérez Roque me dijo que Fidel estaba en casa de García Márquez, y de repente anunció: «Pero es hoy que Pablo Armando reúne a los amigos en su casa por mi cumpleaños, vamos para allá».

Llegó en unión de Gabo, Felipe, Carlos Lage, y otros compañeros. Esa noche Fidel tenía una cena y, además, por la madrugada partiría hacia Holguín, a visitar su casa natal en Birán.

Era un atardecer y resultó algo esplendoroso al contar con su presencia. Para mí y mi familia esa ocasión fue un regalo de divinidades.

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, febrero de 2008.

Roberto Fernández Retamar

INTELECTUAL CUBANO

Tánganas universitarias

Recuerdo la primera vez que oí a Fidel hablar en público, en la Universidad de La Habana. Era a finales de la década de los 40 del siglo pasado, como hay que acostumbrarse a decir. Estudiantes universitarios habíamos ocupado el recinto de nuestra Alma Mater en señal de protesta ante un alza del precio del transporte en los vehículos públicos. Deambulábamos, sin mucho sentido, sobre todo por la Plaza –entonces llamada Cadenas, frente a la cual no habían desarmado aún el escenario de madera que se empleaba para las representaciones del Teatro Universitario–. De repente, a dicho escenario se subió Fidel Castro y se dirigió a nosotros, los estudiantes. Aunque él era ya alumno de Derecho «por la libre» (es decir, que no asistía a los cursos regulares), visitaba con frecuencia la universidad, donde era bien conocido. Se sabía, por ejemplo, de sus intervenciones en acontecimientos como el de Cayo Confites en 1947, intento al cabo frustrado de invadir la República Dominicana para deponer al tirano Trujillo; y el Bogotazo, que en 1948 conmovió a Colombia tras el asesinato de Gaitán. Además, en Cuba, Fidel solía participar en lo que en la juventud de Roa y Pablo de la Torriente llamaban las tánganas universitarias.

Era pues un joven inquieto y batallador, a quien se le hubiera podido aplicar el verso martiano: «¿En pro de quién derramaré mi vida?». Yo lo había visto en otras ocasiones, casi siempre rodeado de muchachas, pero ni había conversado con él, ni lo había oído hablar en público. Lo haría por vez primera ese día.

Admirador como era y soy del mundo griego (estudiaba Filosofía y Letras), me llamó la atención, al verlo erguido en el escenario donde se representaban obras del teatro clásico, algo en que creo que no había reparado antes: su perfil, que recordaba al que se nos ha trasmitido, como el de algunos personajes de *La Ilíada:* por ejemplo, los que ilustran el correspondiente artículo de Martí en *La Edad de Oro*. Pero

mucho más me llamaron la atención las escasas y singulares palabras que nos dirigió. Al parecer, algunos líderes estudiantiles del momento estaban en contubernio con el gobierno y trataban de sofocar la protesta universitaria. Fidel la defendió con pasión, y de pronto exclamó que el sol era muy fuerte (nos encontrábamos al mediodía) y no facilitaba que estuviéramos allí, por lo que proponía que siguiéramos intercambiando ideas mientras marchábamos en señal de desacuerdo hacia el Palacio Presidencial. A continuación de lo cual bajó del estrado y encabezó el inesperado desfile. Cuando comenté con algunas personas cómo el Fidel del 5 de agosto de 1994 me había recordado al de aquella anécdota lejana que probablemente él había olvidado, no faltaron los que encontraron traída por los pelos mi evocación: ¿Acaso no se trataba del héroe del Moncada, de la Sierra, de Girón, de centenares de hazañas?

Liberen la A

En una ocasión, cuando varios compañeros estábamos reunidos con Fidel preparando textos y revisando carteles con motivo del secuestro de Elián, se discutió en torno a un cartel que proclamaba «Liberen Elián». Hice ver que debía decirse «Liberen a Elián», como lo exige la gramática. Al fin triunfó, porque era más impactante, la frase anterior. En el almuerzo le dije a Fidel que se me ocurría una tercera frase: «Liberen la A». Fidel se rió mucho, pero dijo que no le parecía muy revolucionario.

El Quijote

Con motivo de la toma de posesión de un presidente latinoamericano, Fidel decidió incluirme en la delegación que lo acompañaría, y al anunciar este hecho en un discurso me llamó, debido a mi triste figura, el Quijote. Algún tiempo después, en una reunión en que también estaba su hermano Raúl, volvió a llamarme así, y Raúl terció para decir: «¿No te das cuenta de que él no quiere ser Quijote? ¡Quiere ser Cervantes!».

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, 2007.

Harold Ferrer

GENERAL DE BRIGADA CUBANO

La lucha sería dura

A finales de 1957, en los momentos en que se recrudecía la lucha en la Sierra Maestra, después de una larga caminata, llegamos al firme de una montaña y Fidel se puso a conversar con algunos de los que lo acompañábamos.

Muchos de nosotros pensábamos que cuando triunfáramos, con el armamento ocupado a la tiranía, nos convertiríamos en un ejército que nadie intentaría agredir.

En esa ocasión, Fidel nos explicó que la lucha sería dura, pero que obtendríamos la victoria; sin embargo, dijo que lo más difícil resultaría lo que vendría después del triunfo, cuando tuviéramos que enfrentarnos a un enemigo mucho más poderoso que no se resignaría a aceptar la Revolución, por lo cual sería un enemigo irreconciliable. Se estaba refiriendo a los Estados Unidos.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Enrique Figuerola Camué

DEPORTISTA CUBANO DE ATLETISMO

Dejen que decida lo que quiera estudiar

Al regreso del viaje realizado por el entonces presidente de la República, Osvaldo Dorticós Torrado, a la Organización de Naciones Unidas (ONU), el compañero José Llanusa Gobel me invitó a su recibimiento.

Luego nos dirigimos al Palacio de la Revolución para participar en una recepción. Terminada la misma, me llevó donde el Comandante en Jefe para saludarlo. Nunca experimenté tanta emoción, honor y alegría. Fue algo tan grande como cuando subí al

podio en Tokio, 1964, a recibir la medalla de plata conquistada en los 100 metros planos, la primera presea olímpica después de enero de 1959. ¡Qué gran orgullo sentí!

Tras saludar al Comandante, Llanusa entabló una polémica sobre mis estudios superiores, pues yo deseaba estudiar Ingeniería Eléctrica, pero él quería persuadirme de que me dedicara al deporte.

Se lo comunicó a Fidel para que tratara de convencerme, mas el Comandante dijo que la Revolución también necesitaba de técnicos y sentenció concluyente: «Dejen que Figuerola decida lo que quiera estudiar».

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 22 de enero de 2008.

Fernando Flórez Ibarra

REVOLUCIONARIO CUBANO

¿Tú sigues siendo mi enemigo?

Esa misma noche (8 de enero de 1959), sin embargo, pude constatar el espíritu de unión que inspiraba su quehacer y cuán equivocado estaba yo. Siendo ya muy tarde, Fidel llegó a la Universidad. Solo y desarmado subió por la amplia escalinata que custodia el Alma Mater, hasta el edificio del Rectorado, mientras nuestros jefes (Directorio Revolucionario) se hallaban reunidos en las oficinas del rector (…).

Allí estaba yo, ocho días después del triunfo, en presencia de Fidel, con mi admiración y mis temores en medio del gran salón. Sin poder evitarlo, pasaron por mi mente las imágenes fugaces de la reyerta iniciada en el anfiteatro Méndez Peñate y concluida en la Plaza Cadenas, del airado encuentro en la estrechísima acera colonial de La Vieja Habana, y no puedo negar que me sentí embargado por un inquietante sentimiento.

Fidel, al reconocerme se acercó, me extendió su mano a modo de saludo y sonriendo preguntó: «¿Y qué, Flórez, tú sigues siendo mi ene-

migo?». Yo, cohibido por este gesto cordial inesperado y mis propias aprensiones respondí: «¡Coño, Fidel, quién va a ser enemigo tuyo ahora!». Luego, pasando su brazo sobre mi hombro, en tono familiar y afable se interesó por saber de mi vida todos esos años, si me había casado, si tenía hijos y cuáles eran mis proyectos. Yo estaba tan turbado por esta demostración de afecto que había desbaratado en un segundo todos mis prejuicios, que ni siquiera recuerdo lo que respondí. Después, siguió caminando hacia las oficinas del rector, para reunirse con Faure y los otros dirigentes de nuestra organización.

El encuentro me dejó eufórico, deslumbrado, mientras pensaba: «Este hombre, a quien he tenido por enemigo durante tantos años, tiene ahora la autoridad suficiente para aplastarme con solo mirarme feo y, en lugar de hacerlo, me muestra su amistad». Tal gesto merecía, sin duda alguna, la mayor admiración; porque hubo muchos otros adversarios del pasado que en lugar de represalia encontraron, como yo, la misma amistad, demostrando que Fidel estaba por encima de pequeñas rencillas personales y su gran anhelo era lograr la unidad necesaria para construir el futuro.

Una semana más tarde, a lo sumo, fui a verlo al Hotel Habana Hilton, hoy Habana Libre, donde Fidel había establecido su centro de mando. Fui con Mayito, hijo de Mario Fortuny, el «Mártir del silencio», el inolvidable amigo y compañero de la Triple A, muerto bajo tortura cinco años atrás. Mayito, apenas un adolescente, quería ser soldado del Ejército Rebelde y decidí presentarlo a Fidel. Este escuchó con interés la inquebrantable decisión del muchacho de integrar las filas de las nacientes fuerzas armadas revolucionarias y dio instrucciones para que se atendiera su solicitud de ingreso.

Después se dirigió a mí, volviendo a preguntar sobre mis actuales proyectos de trabajo. Le expliqué que me había incorporado como voluntario a los Tribunales Revolucionarios que operaban en la Fortaleza de La Cabaña, donde actuaba como fiscal. Pero mi respuesta no lo dejó conforme, diciendo que como voluntario no percibiría sueldo alguno, e insistió saber dónde me gustaría trabajar. Yo, azorado por tanta gentileza, contesté de prisa: «Mira, Fidel, tú sabes que yo soy abogado y cualquier cosa en mi profesión me viene bien».

Se volteó hacia uno de los compañeros que nos rodeaban y preguntó: «¿Cómo se llama el Ministro de Justicia?». Este había sido designado hacía apenas unos días por el presidente Urrutia y Fidel aún desconocía su nombre. Cuando uno de los escoltas se lo dio, redactó la siguiente nota:

Dr. Ángel Fernández:
Por primera vez escribo una nota en este sentido. Le presento al Dr. Flórez. Es revolucionario. Si usted considera que puede ser útil a ese departamento, tómelo en consideración. Queda en manos de usted resolver con entera libertad.
Fidel Castro R.

Con esta carta de presentación llegué a las oficinas del ministro Fernández quien, al saber que ya estaba trabajando como fiscal de los Tribunales Revolucionarios de la Cabaña, me designó Teniente Fiscal del Tribunal Supremo de Justicia.

Fernando Flórez Ibarra: *Yo fui enemigo de Fidel,* LOM Ediciones, Santiago de Chile, abril de 2001, pp. 75-78.

Waldo Frank

ESCRITOR NORTEAMERICANO

Manos sensitivas de un artista

Después de la conversación inevitable con respecto a algo que Fidel debe escuchar, trepamos a los helicópteros que giran sus brazos larguiruchos y ganan velocidad hasta que se elevan como pegasos con alas invisibles. Volamos a poca altura sobre los tomatales y nuestro saludo a los trabajadores que responden agitando brazos es casi tan íntimo como un apretón de manos. Seguimos un camino abierto en parte, girando al pasar sobre un grupo de hombres que trabajan en él, y nos elevamos hasta ver plenamente la laguna, en cuyo borde se alza solitario un edificio de techo gris y madera blanca. Tablones tendidos sobre la costa húmeda forman un entablado estrecho

que lleva a él desde el agua, donde hay un par de botes de remos, y nuestro helicóptero aterriza junto a la casa en un terreno cuadrado justamente lo bastante grande y seco para descender en él. La casa, que Castro y sus amigos utilizan de vez en cuando para pasar un día pescando y durmiendo, es la residencia de los ingenieros encargados del drenaje. Tiene una larga habitación con una docena de catres en doble fila. Hay un pequeño dormitorio para un matrimonio, con aire acondicionado (Raúl y Vilma Castro lo ocuparán esta noche), y una pulcra cocinita con una heladera a gas, donde siempre es alimentado alguien por Celia, Lupe o Vilma. Castro me invita a pescar; permanecemos sentados silenciosamente en el bote y no conseguimos ni siquiera que piquen los peces. Cerca de nosotros, en el pequeño muelle vacilante, Raúl Corrales (excelente fotógrafo) pesca una gruesa carpa que blande gozoso ante los ojos de Castro. Fidel hace una escena cómica: ¡hay una conspiración contra él! Esta clase de broma es frecuente. El tono general es de descanso y distracción. Cada una de las doce o más personas que forman el grupo (incluyendo a los jóvenes guardias armados) hace lo que quiere, dice lo que quiere, o al menos así parece, y come y duerme cuando quiere.

La noche es el momento para conversar en serio. El estado de ánimo me recuerda el de las reuniones en el colegio, aunque los temas no podrían ser más distintos. Estos son hombres y mujeres jóvenes que centellean de entusiasmo animal. Los veteranos se refieren a un acontecimiento ocurrido en la Sierra Maestra, una cuestión de táctica y de quién hizo esto o lo otro en aquel tiempo ya histórico; o discuten cómo se puede hacer frente a una situación en un nuevo almacén de cooperativa en Camagüey. Están siempre en desacuerdo y me recuerdan a los alumnos del colegio menos que las reuniones que se realizaban en Israel, en las que, en cuanto a los detalles, había siempre tantas opiniones como personas presentes.

Recuerdo que a este hombre indudablemente dominante le llaman dictador, e incluso dictador comunista. No parece real. Quizás el nombre necesite una nueva definición.

A medianoche me siento cansado y necesito dormir. Me tiendo en el catre más alejado de donde los hombres fuman, comen y beben malta (la casi cerveza que es lo más parecido al alcohol que aprueba

Castro, excepto cuando pide vino para un amigo en algún restaurante de La Habana y bebe un vaso cortésmente; cuando está solo, lo más probable es que coma con sus compañeros en la cocina). En su charla interminable, ahora me recuerdan más a los irlandeses (los hijos de otra isla cercana a la potencia opresora). Son unos conversadores excelentes y agradables tanto los irlandeses como los cubanos, cuyo español parece a veces tan distinto del castellano como el gaélico del inglés.

Dos o tres catres están ya ocupados, uno de ellos por una de las mujeres. Ha sido un día activo y me quedo dormido inmediatamente... De la misma manera súbita me despierto de un sueño profundo. Miro el reloj: son las tres de la madrugada. Por la puerta abierta un vocerío prolífico llega de la habitación que la brisa ha refrescado. Enojado (se me crispan los nervios cuando perturban bruscamente mi sueño) y solo a medias despierto (mala combinación) salto de mi catre y voy a la habitación donde ellos discuten, gritan y se divierten. «¡No es fácil dormir –digo– en medio de semejante explosión!». Veo cómo me miran: soy el anciano que necesita dormir, el yanqui de buen corazón. Lamentan haberme molestado, se sienten un poco avergonzados. Cuando vuelvo a acostarme, la casa está tan silenciosa que oigo el chillido de los pájaros nocturnos y la percusión parecida a una fuga de las ranas.

Cuando despierto ya en pleno día vaporoso comprendo que he sido rudo ¡y le he reprendido a Castro! Me dispongo a excusarme, pero Castro duerme en uno de los catres, y cuando, horas después, despierta, la excusa y hasta la mención del asunto parecen absurdos. Si fuera traído a colación, lo sería por medio de una broma de Castro. Y de pronto me doy cuenta de que no conozco sus sentimientos. El pequeño acontecimiento lo ha sumido en un reino de reserva en el que nunca entraré.

Mientras viajamos juntos en el esférico helicóptero rojo que parece rozar la tierra, llanura o sierra, con un contacto íntimo y, no obstante, apartado, me doy cuenta de que las manos de este hombre son las manos sensitivas de un artista, quizás de un escultor que modela del natural; me doy cuenta de que sus sensibilidades, mucho más vivaces

que las normales, son el proceso nervioso del artista. ¿Y acaso no es todo artista en cierto modo un dictador cuando reúne su material, lo rechaza despiadadamente, lo selecciona y por fin le da forma? En la absorbente creatividad de la jefatura de Castro, con sus rápidas decisiones que desde fuera pueden parecer arbitrarias, hay seguramente elementos que sugieren la palabra «dictador», como los había en Bolívar y en el Lincoln de la época de la guerra.

Waldo Frank: *Cuba: Isla Profética*, Editorial Losada, Buenos Aires, Argentina, 1961, pp. 153-154.

José Antonio Fulgueiras

PERIODISTA CUBANO

Nunca me he estado ahogando

Él miraba al mar y a mí se me ocurrió decirle: «Oiga, Comandante, ¿usted se acuerda de las millas que nadó aquel día en que por poco se ahoga?».

Al instante me percaté de que había sido una pregunta imprecisa e inoportuna. Nada tenía que ver con el diálogo de las inversiones extranjeras, las posibilidades del turismo en la cayería norte de Villa Clara y el desarrollo de las redes hoteleras.

Mi interrogante, este 29 de septiembre de 1996, no venía al caso. O sí venía para mí, pues al verlo tan cerca del mar, retrocedí en el tiempo y lo imaginé braceando en busca de la orilla que no aparecía dentro de un mar plagado de tiburones con las olas encrespadas y el cansancio en los brazos y en los pulmones.

Tan pronto la pregunta le llegó al oído se viró para mí y me localizó dentro de las redes de periodistas preguntones. Partió a mi encuentro sobre la arena de la playa Santa María y cuando me tuvo a menos de un metro me interrogó y ripostó resuelto: «¿Ahogándome yo? ¡Yo nunca me he estado ahogando!».

Entonces Felipe Pérez Roque, su ayudante, me tiró un cabo salvador: «Jefe, él se refiere a la expedición de Cayo Confites».

«Ah, dijo, eso ocurrió en 1947, cuando preparábamos una expedición en Cayo Confites para liberar a Santo Domingo. Yo no me dejé arrestar por cuestión de honor y me lancé al mar y nadé hacia la costa de Cayo Saetía». Y no dijo más.

Intenté variarle el tema de la conversación sobre los logros de Villa Clara en los últimos años y él me oyó risueño, como respuesta.

El brazo de un escolta me instó a que me adelantara, pero al Comandante le faltaba algo por definir.

Me puso la mano en el hombro, y entre la ironía y la firmeza, me dijo: «Es verdad que un barco me recogió, pero yo llegaba a la orilla».

José Antonio Fulgueiras: «Crónica para un hombre invencible», periódico *La Vanguardia,* Villa Clara, Cuba, 29 de septiembre de 1996.

Guido García Inclán

PERIODISTA CUBANO

Dinero limpio

Tuve la oportunidad de participar junto a Fidel en la constitución de los clubes 26 de Julio en el exterior. Al principio, no estuve de acuerdo con la creación de los clubes, pues eso lo había hecho José Martí. Consideraba que no debíamos repetirlo nosotros.

Recuerdo que Fidel me insistía en la necesidad de formar dichos clubes. Incluso, llegué a decirle que si necesitábamos dinero debíamos asaltar un banco.

Nunca he olvidado que Fidel me respondió que él quería dinero limpio para hacer la Revolución. Siempre me planteó que él iba a hacer una verdadera Revolución. Y cumplió su palabra.

Para tener a Cuba libre

Los clubes se crearon en los Estados Unidos, México y en otras naciones. En muchos de esos actos de constitución, lo acompañó Juan Manuel Márquez. Yo también estuve presente en varios. Era emocionante escuchar al comienzo de cada actividad las notas de nuestro Himno Nacional. Al finalizar, se pasaba

un sombrero de yarey y el público daba lo que podía. Para mi sorpresa, se recogía bastante.

En uno de esos actos, celebrados en Miami, se encontraba Fidelito, que era muy pequeño. Recuerdo que cuando vio en la mesa bastante dinero preguntó: «¿Papá, para qué es eso?». Fidel le respondió: «Mira, mi vida, tú eres muy pequeño todavía, pero algún día sabrás que es para tener a Cuba libre».

Ese dinero nadie lo podía tocar. Ni loco. Nunca se me olvidarán las necesidades que pasábamos, y en especial Fidel, que a pesar de tener un bolsillo lleno de dinero, el otro lo tenía completamente vacío, y era incapaz de coger ni un centavo que estuviera destinado a la causa revolucionaria. Hasta en eso es igual a Martí.

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, 1981.

Gabriel García Márquez

ESCRITOR COLOMBIANO, PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Descansa conversando

Va a buscar los problemas donde estén. Los ímpetus de la inspiración son propios de su estilo. Los libros reflejan muy bien la amplitud de sus gustos. Dejó de fumar para tener la autoridad moral para combatir el tabaquismo. Le gusta preparar las recetas de cocina con una especie de fervor científico. Se mantiene en excelentes condiciones físicas con varias horas de gimnasia diaria y de natación frecuente. Paciencia invencible. Disciplina férrea. La fuerza de la imaginación lo arrastra a los imprevistos. Tan importante como aprender a trabajar es aprender a descansar.

Fatigado de conversar, descansa conversando. Escribe bien y le gusta hacerlo. El mayor estímulo de su vida es la emoción al riesgo. La tribuna de improvisador parece ser su medio ecológico perfecto. Empieza siempre con voz casi inaudible, con un rumbo incierto, pero

FIDEL Y GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

aprovecha cualquier destello para ir ganando terreno, palmo a palmo, hasta que da una especie de gran zarpazo y se apodera de la audiencia. Es la inspiración: el estado de gracia irresistible y deslumbrante, que solo niegan quienes no han tenido la gloria de vivirlo. Es el antidogmático por excelencia.

José Martí es su autor de cabecera y ha tenido el talento de incorporar su ideario al torrente sanguíneo de una revolución marxista. La esencia de su propio pensamiento podría estar en la certidumbre de que hacer trabajo de masas es fundamentalmente ocuparse de los individuos.

Esto podría explicar su confianza absoluta en el contacto directo. Tiene un idioma para cada ocasión y un modo distinto de persuasión según los distintos interlocutores. Sabe situarse en el nivel de cada uno y dispone de una información vasta y variada que le permite moverse con facilidad en cualquier medio. Una cosa se sabe con seguridad: esté donde esté, como esté y con quien esté, Fidel Castro está allí para ganar. Su actitud ante la derrota, aun en los actos mínimos de la vida cotidiana, parece obedecer a una lógica privada: ni siquiera la admite, y no tiene un minuto de sosiego mientras no logra invertir los términos y convertirla en victoria. Nadie puede ser más obsesivo que él cuando se ha propuesto llegar a fondo a cualquier cosa. No hay un proyecto colosal o milimétrico, en el que no se empeñe con una pasión encarnizada. Y en especial si tiene que enfrentarse a la adversidad. Nunca como entonces parece de mejor talante, de mejor humor. Alguien que cree conocerlo bien le dijo: Las cosas deben andar muy mal, porque usted está rozagante.

Las reiteraciones son uno de sus modos de trabajar. Ej.: El tema de la deuda externa de América Latina, había aparecido por primera vez en sus conversaciones desde hacía unos dos años, y había ido evolucionando, ramificándose, profundizándose. Lo primero que dijo, como una simple conclusión aritmética, era que la deuda era impagable. Después aparecieron los hallazgos escalonados: Las repercusiones de la deuda en la economía de los países, su impacto político y social, su influencia decisiva en las relaciones internacionales, su importancia providencial para una política unitaria de América Latina... hasta lograr una visión totalizadora, la

que expuso en una reunión internacional convocada al efecto y que el tiempo se ha encargado de demostrar.

Su más rara virtud de político es esa facultad de vislumbrar la evolución de un hecho hasta sus consecuencias remotas... pero esa facultad no la ejerce por iluminación, sino como resultado de un raciocinio arduo y tenaz. Su auxiliar supremo es la memoria y la usa hasta el abuso para sustentar discursos o charlas privadas con raciocinios abrumadores y operaciones aritméticas de una rapidez increíble.

Requiere el auxilio de una información incesante, bien masticada y digerida. Su tarea de acumulación informativa principia desde que despierta. Desayuna con no menos de 200 páginas de noticias del mundo entero. Durante el día le hacen llegar informaciones urgentes donde esté, calcula que cada día tiene que leer unos 50 documentos, a eso hay que agregar los informes de los servicios oficiales y de sus visitantes y todo cuanto pueda interesar a su curiosidad infinita.

Las respuestas tienen que ser exactas, pues es capaz de descubrir la mínima contradicción de una frase casual. Otra fuente de vital información son los libros. Es un lector voraz. Nadie se explica cómo le alcanza el tiempo ni de qué método se sirve para leer tanto y con tanta rapidez, aunque él insiste en que no tiene ninguno en especial. Muchas veces se ha llevado un libro en la madrugada y a la mañana siguiente lo comenta. Lee el inglés pero no lo habla. Prefiere leer en castellano y a cualquier hora está dispuesto a leer un papel con letra que le caiga en las manos. Es lector habitual de temas económicos e históricos. Es un buen lector de literatura y la sigue con atención.

Tiene la costumbre de los interrogatorios rápidos. Preguntas sucesivas que él hace en ráfagas instantáneas hasta descubrir el porqué del porqué del porqué final. Cuando un visitante de América Latina le dio un dato apresurado sobre el consumo de arroz de sus compatriotas, él hizo sus cálculos mentales y dijo: Qué raro, que cada uno se come cuatro libras de arroz al día. Su táctica maestra es preguntar sobre cosas que sabe, para confirmar sus datos. Y en algunos casos para medir el calibre de su interlocutor, y tratarlo en consecuencia.

No pierde ocasión de informarse. Durante la guerra de Angola describió una batalla con tal minuciosidad en una recepción oficial,

que costó trabajo convencer a un diplomático europeo de que Fidel Castro no había participado en ella. El relato que hizo de la captura y asesinato del Che, el que hizo del asalto de la Moneda y de la muerte de Salvador Allende o el que hizo de los estragos del ciclón Flora, eran grandes reportajes hablados.

Su visión de América Latina en el porvenir, es la misma de Bolívar y Martí, una comunidad integral y autónoma, capaz de mover el destino del mundo. El país del cual sabe más después de Cuba, es Estados Unidos. Conoce a fondo la índole de su gente, sus estructuras de poder, las segundas intenciones de sus gobiernos, y esto le ha ayudado a sortear la tormenta incesante del bloqueo.

En una entrevista de varias horas, se detiene en cada tema, se aventura por sus vericuetos menos pensados sin descuidar jamás la precisión, consciente de que una sola palabra mal usada, puede causar estragos irreparables. Jamás ha rehusado contestar ninguna pregunta, por provocadora que sea, ni ha perdido nunca la paciencia. Sobre los que le escamotean la verdad por no causarle más preocupaciones de las que tiene.

Él lo sabe. A un funcionario que lo hizo le dijo: Me ocultan verdades por no inquietarme, pero cuando por fin las descubra me moriré por la impresión de enfrentarme a tantas verdades que han dejado de decirme. Las más graves, sin embargo, son las verdades que se le ocultan para encubrir deficiencias, pues al lado de los enormes logros que sustentan la Revolución los logros políticos, científicos, deportivos, culturales –hay una incompetencia burocrática colosal que afecta a casi todos los órdenes de la vida diaria, y en especial a la felicidad doméstica.

Cuando habla con la gente de la calle, la conversación recobra la expresividad y la franqueza cruda de los afectos reales. Lo llaman: Fidel. Lo rodean sin riesgos, lo tutean, le discuten, lo contradicen, le reclaman, con un canal de transmisión inmediata por donde circula la verdad a borbotones. Es entonces que se descubre al ser humano insólito, que el resplandor de su propia imagen no deja ver. Este es el Fidel Castro que creo conocer: Un hombre de costumbres austeras e ilusiones insaciable, con una educación formal a la antigua, de palabras cautelosas y modales tenues e incapaces de concebir ninguna idea que no sea descomunal.

Sueña con que sus científicos encuentren la medicina final contra el cáncer y ha creado una política exterior de potencia mundial, en una isla 84 veces más pequeña que su enemigo principal. Tiene la convicción de que el logro mayor del ser humano es la buena formación de su conciencia y que los estímulos morales, más que los materiales, son capaces de cambiar el mundo y empujar la historia.

Lo he oído en sus escasas horas de añoranza a la vida, evocar las cosas que hubiera podido hacer de otro modo para ganarle más tiempo a la vida. Al verlo muy abrumado por el peso de tantos destinos ajenos, le pregunté qué era lo que más quisiera hacer en este mundo, y me contestó de inmediato: pararme en una esquina.

Excepción admirable

Al cabo de tantos años me encontré en La Habana con un Graham Greene rejuvenecido. Cuya lucidez sigue siendo su virtud más sorprendente e inalterable.

Hacia la una de la madrugada pasó a visitarlo Fidel Castro. Se conocieron al principio de la Revolución, muy al principio, cuando Graham Greene asistió a la filmación de «Nuestro hombre en La Habana». Se volvieron a ver varias veces, en los viajes periódicos de Graham Greene pero, al parecer, no se habían visto en los dos últimos, porque esta vez, cuando se dieron la mano, Graham Greene dijo: «No nos veíamos desde hace dieciséis años». Ambos me parecieron un poco intimidados y no les fue fácil empezar la conversación. Por eso le pregunté a Graham Greene qué había de cierto en el episodio de la ruleta rusa que él ha contado en sus memorias. Sus ojos azules los más diáfanos que conozco, se iluminaron con los recuerdos. «Eso fue a los diecinueve años», dijo, «cuando me enamoré de la institutriz de mi hermana».

Contó que, en efecto, había jugado entonces al juego solitario de la ruleta rusa con un viejo revólver de un hermano mayor, y en cuatro ocasiones diferentes. Entre las dos primeras hubo una semana de intervalo, pero las dos últimas fueron sucesivas y con pocos minutos de diferencia.

Fidel Castro, que no podía pasar por alto un dato como ese sin agotar hasta las últimas precisiones, le preguntó para cuántos proyectiles era el tambor del revólver. «Para seis», le contestó Graham Greene. Entonces,

Fidel Castro cerró los ojos y empezó a murmurar cifras de multiplicación. Por último, miró al escritor con una expresión de asombro y le dijo: «De acuerdo con el cálculo de las probabilidades, usted tendría que estar muerto». Graham Greene sonrió con la placidez con que lo hacen todos los escritores cuando se sienten viviendo un episodio de sus propios libros, y dijo: «Menos mal que siempre fui pésimo en matemáticas». Tal vez porque se hablaba de la muerte, Fidel Castro se fijó de pronto en el semblante juvenil y saludable del escritor, y le preguntó qué ejercicios hacía.

Es una pregunta que no podía faltar, porque Fidel Castro considera la cultura física como una de las claves de la vida. Hace varias horas de ejercicios todos los días con las mismas proporciones descomunales de todo lo que emprende, y les aconseja un régimen semejante a sus amigos. Sus condiciones físicas son excepcionales para un hombre de 56 años y a ellas atribuye su buena salud mental. Por eso sorprendió tanto cuando Graham Greene le contestó que nunca había hecho ningún ejercicio en toda su vida, y, sin embargo, se sentía muy lúcido y sin ningún trastorno de salud a los 79 años. Además, reveló que no tenía ningún régimen de alimentación especial, que dormía entre siete y ocho horas diarias, cosa que también era sorprendente en un anciano de costumbres sedentarias, y además se bebía, a veces, una botella de whisky al día y un litro de vino con cada comida, sin haber padecido nunca la servidumbre del alcoholismo.

Por un instante, Fidel Castro pareció poner en duda la eficacia de su régimen de salud. Pero muy pronto comprendió que Graham Greene era una excepción admirable, pero nada más que una excepción. Cuando nos despedimos, ya me estaba inquietando la certidumbre de que aquel encuentro, tarde o temprano, iba a ser evocado en el libro de memorias de alguno de nosotros tres, o quizá de los tres.

Amante de la buena literatura

Fidel Castro es un lector voraz, amante y conocedor muy serio de la buena literatura de todos los tiempos, y aún en las circunstancias más difíciles tiene un libro interesante a mano para llenar cualquier vacío. Yo le he dejado un libro al despedirnos a las cuatro de la madrugada, después de una noche entera

de conversación, y a las doce del día he vuelto a encontrarlo con el libro ya leído. Además, es un lector tan atento y minucioso, que encuentra contradicciones y datos falsos donde uno menos se lo imagina. Después de leer *El relato de un náufrago*, fue a mi hotel sólo para decirme que había un error en el cálculo de la velocidad del barco, de modo que la hora de llegada no pudo ser la que yo dije. Tenía razón. De modo que antes de publicar *Crónica de una muerte anunciada* le llevé los originales, y él me señaló un error en las especificaciones del fusil de cacería. Uno siente que le gusta el mundo de la literatura, que se siente muy cómodo dentro de él, y se complace en cuidar la forma literaria de sus discursos escritos que son cada vez más frecuentes. En cierta ocasión, no sin cierto aire de melancolía, me dijo: «En mi próxima reencarnación yo quiero ser escritor».

Gabriel García Márquez: *El Fidel Castro que yo conozco*, agosto 3 del 2006, *Notas de prensa*: *1980-1984* y *El olor de la guayaba*, 1982.

Rigoberto García Fernández

GENERAL DE CUERPO DE EJÉRCITO CUBANO

Un pase

Se me metió en la cabeza pedirle a Fidel que me diera permiso para visitar a mi familia en el central América.

Lo fui a ver. Se encontraba acostado en una hamaca leyendo. Al llegar, me tropecé con Celia Sánchez y le dije que necesitaba hablarle y le expliqué el motivo de mi solicitud. Celia me respondió: «¿Cómo un pase?». Ella fue y habló con Fidel. Cuando regresó me trajo la respuesta: «No». Me fui de lo más triste, pero no me desanimé. Volví y lo pude ver.

Entonces me dio el permiso, pero con la condición de que fuera acompañado. Pienso que ese fue uno de los pocos pases que se dio en la Sierra Maestra.

El encuentro con mi familia fue tremendo. Ya llevaba un año fuera. Llegué de noche. Cuando me encontraba a menos de cien metros, los perros dejaron de ladrar y empezaron a morderme con cariño.

Toqué la puerta. Me abrió mamá. Al verme se dio tremendo susto. Le dije que era yo. Salieron papá y mi mujer. Empezó todo el mundo a llorar. No concebían que fuera yo.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Sara González

CANTAUTORA CUBANA

Pintas con la voz

Primero, gracias por incluirme en tu anecdotario, son muchos los compañeros que seguramente pueden relatar contactos con Fidel muy trascendentales, conmovedores, apasionantes, emotivos; en fin, yo me considero tocada por la divina «Diosa Fortuna» ya que en más de una, dos y otras ocasiones he estado junto a Fidel, y por ello tantas anécdotas pudiera recordar..., pero esta te la cuento por sencilla, curiosa y traviesa.

En el 2002, durante el acto de recordación y condena al bárbaro atentado contra el Avión de Cubana en Barbados, muchos fueron los artistas que se hicieron presentes en la base del Monumento a Martí, entre ellos, pintores que comprometieron su arte desde varios días antes en la confección de un mural y permíteme relacionarlos: Alicia Leal, Flora Fong, Diana Balboa, E. García Peña, Juan Moreira, Evert Fonseca, Roberto Fabelo, Nelson Domínguez, Pedro Pablo Oliva, José O. Torres, Frémez, López Oliva. Fidel quiso fotografiarse con ellos y algunos otros que también aportaron su esfuerzo. Cuando se organizó el grupo para la foto, yo, desde luego, me aparté, y no tengo que explicar las razones. Entonces, Fidel interrumpió el momento y me buscó con su mirada como preguntando: ¿y Sara? Al verme me pidió que me acercara y le expliqué:

—Comandante, es que yo no soy pintora –a lo que él me replicó con pícara expresión:

—Sara... Ven, ¡que tú pintas con la voz!

Esa galantería la llevo como uno de los más grandes elogios a mi obrar.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 10 de noviembre de 2007.

Javier Grass

COMPOSITOR E INTÉRPRETE ESPAÑOL

Como en tu propia casa

Siempre soñé con conocer al líder de la Revolución Cubana. Mi deseo se cumplió en el *lobby* del Hotel Nacional una noche que Fidel había acudido a saludar a unos visitantes.

Al verlo caminando por el *lobby* me acerqué, lo saludé y abracé. En medio de la emoción solo atiné a decirle: «Mi Comandante, es un honor para mí poder estrechar su mano». Él me miró con esa mirada tan penetrante y percibí a su vez un sencillo y sincero gesto de cariño. Me preguntó el motivo de mi estancia en el país. Le manifesté que estaba enamorado de la Revolución, y que había decidido quedarme a convivir con este heroico pueblo. Entonces, me abrazó a la vez que me dijo: «En Cuba puedes sentirte como en tu propia casa».

Yo acababa de saludar a un hombre honesto, valiente, sensible. A uno de los más grandes estadistas de los siglos XX y XXI, al padre del pueblo cubano. Lo digo así de sencillo, pero es el momento más emocionante de mi vida.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, 25 de febrero de 2008.

Graham Greene

ESCRITOR INGLÉS

Nuestro hombre en La Habana

Había circulado por la isla en 1957, y permanecido un tiempo en 1958. Regresé en abril de 1959, después de la Revolución, para ayudar a Carol Reed a dirigir *Nuestro hombre en La Habana*. Más tarde, en 1966, pude hallar a Fidel Castro en una casita de los alrededores de La Habana. ¿Ve usted ese cuadro que está encima del sofá? Me lo regaló él. Luego supe que había dicho al amigo que nos presentó que, si yo le gustaba, me regalaría ese cuadro y, por el contrario, si yo le resultaba antipático, no me

lo daría. Después de tres horas de conversación, me llevó a la cocina donde estaba esa tela pintada por un artista cubano, Portocarrero. Me preguntó: «¿Le gusta? ¿Me permite que se lo regale?». Luego escribió detrás «Con estima» o algo parecido.

Fidel es un personaje muy atrayente, pero más aún lo es la convicción que lo anima. En el momento de la Revolución, me sentí muy cerca de la lucha de los fidelistas. Inclusive en esa época, les llevé una gran valija llena de ropa de invierno pues, si bien en Santiago hacía mucho calor, en las montañas de los alrededores las noches eran heladas y no podían procurarse la ropa apropiada; había controles aduaneros en el interior del país en especial en los alrededores de Santiago, que era el cuartel general de Batista, situado justo al pie de la Sierra Maestra. Había que tomar el avión de La Habana a Santiago, pero había una aduana en el aeropuerto, y había que tener cuidado con el toque de queda. Un cubano que transportara ropa abrigada habría sido sospechoso de llevarla a la Sierra Maestra; en cambio yo podía decir que iba a Canadá a visitar a mi hija. Partí entonces con las valijas, la mía y la otra, bastante voluminosa, y se la hice llegar a los guerrilleros.

Por otro lado, tenía un aliado laborista en el Parlamento en Londres, siempre dispuesto a hacer preguntas embarazosas acerca de la complicidad entre el gobierno británico y el régimen de Batista. Como ve usted, Cuba era uno de mis centros de interés.

Durante mis estadías allí, seis en total entre 1957 y 1966, estuve con varios héroes de la Revolución y con algunos sobrevivientes del Moncada: con Fidel, por supuesto, y también con Haydée Santamaría, esposa de Armando Hart, un joven abogado que fue primero ministro de Educación y que ahora ocupa, creo, el puesto de ministro de Cultura. Había logrado hacer contacto con ellos, cuando estaban escondidos en una casa de Santiago. Armando Hart se estaba haciendo teñir el pelo por un peluquero fidelista. Acababa de escaparse de una prisión de La Habana y se disponía a partir hacia la Sierra Maestra. El hermano de Haydée Santamaría había sido torturado y luego asesinado por la policía después del asalto al cuartel Moncada. La policía de Batista había arrastrado a Haydée hasta la prisión para mostrarle el cuerpo mutilado y los

ojos sacados. Era una mujer de un admirable coraje y bondad, una de las heroínas de la resistencia. Acabo de saber con tristeza que se ha suicidado, aunque no por motivos políticos.

También conocí a la mujer de Raúl Castro, Vilma Espín, muy activa también ella. Supe de una anécdota que me divirtió mucho. Se trata de un pasaje acerca de la encantadora y bella Vilma Espín: se escondía en una casa al pie de la Sierra Maestra. De repente irrumpió la policía mientras ella estaba en camisón. Estos se pusieron de rodillas y comenzaron a rezar; ¡creían haber visto a la Virgen María en persona!

Conservo mucha simpatía por Fidel.

Graham Greene: *El otro y su doble*, *Marie-Francoise Allain*, Emecé Editores, Buenos Aires, Argentina, 1981.

Nicolás Guillén

POETA NACIONAL CUBANO

El poema en mi propia voz

Un día empezó la ola de rumores que el lector recordará, acerca de la presencia del Che en algún sitio de América del Sur. Cuando se produjo el desplome de aquel gigante, no tenía el público a su vez gran conocimiento acerca de la veracidad de la noticia, buena o mala, pues si la inteligencia llegaba a admitirla como verdadera, el corazón pedía que no pasara de un mero infundio. Durante varias noches consecutivas la radio de una emisora local viose invadida de revolucionarios, empezando por el propio Fidel, que esperaban la verdad. Esta vino al fin, no de un golpe, sino como la culminación informativa de una sospecha largamente diferida. Mientras tanto, me puse a trabajar en un poema al Che con tal ahínco que cuando una de aquellas noches Haydée Santamaría me sugirió que así lo hiciera, yo le dije: «Haydée, perdóname, pero ya está terminado, le faltará algún verso, alguna estrofa, pero el grueso de la composición solo necesita un poco de lima». Al día siguiente fuimos, por sugestión de ella, a oír en mi voz una grabación provisional del poema.

FIDEL Y NICOLÁS GUILLÉN

Así las cosas, vino el día del acto de homenaje al Che en la Plaza de la Revolución, el 18 de octubre del 67. Por la tarde –el acto fue por la noche– me llamó Celia Sánchez y me dijo que Fidel quería hablar conmigo: «Un momento, Guillén, que Fidel está al teléfono». Fidel me dijo entonces que yo debía decir el poema en mi propia voz. Naturalmente, le dije que sí. Sin embargo, esto no dejó de causarme una mezcla de orgullo y temor, ya que cualquier incidente, por débil que hubiera sido, podía frustrar o entorpecer una ceremonia que se quería tan pura como solemne. Creo que salí airoso de la prueba, aunque al llegar yo acezando a la tribuna traía un minuto de retraso. Raúl estaba seguramente inquieto por aquella tardanza, de manera que al llegar me dijo eso mismo, que habíamos perdido un minuto en mi espera. Algo más grave ocurrió enseguida, y fue que me vi de buenas a primeras frente al público con mi poema en la mano. Esto era para mí inusitado, pues faltó la presentación que se acostumbra, no hubo locutor, no hubo aplausos, el silencio sobrecogía por su religiosa densidad. Afortunadamente, no tuve el menor tropiezo, pero cuando terminé, el susto me desplomaba. Me parecía imposible que hubiera ocurrido así, de manera tan simple, un acontecimiento de tal naturaleza.

Alguien me pidió las cuartillas en que estaba escrito el poema, creo que la propia Haydée, y al día siguiente, desplegado en la primera página de *Granma*, el «Che Comandante» tomaba posesión de la calle.

Nicolás Guillén: *Páginas Vueltas,* Ediciones Unión, Ciudad de La Habana, Cuba, 1982.

EDGARDO DE HABICH
DIPLOMÁTICO PERUANO

De su puño y letra

Me encontraba dormido cuando me despertó a las tres y media de la mañana el timbre del teléfono de la habitación en que estaba hospedado en el hotel Capri. Era Antonio Núñez Jiménez para decirme que necesitaba verme cuanto antes; por la hora, era fácil deducir que se trataba algo importante y, desde luego, acepté la propuesta de encontrarnos en el momento que juzgara oportuno. Lo fijamos para cuarenta y cinco minutos más tarde. Me dijo, entonces que asistiría a la cita

con un compañero. A la hora convenida se presentó con Fidel. Era el 7 de abril de 1980.

Ahí estaba el Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, monstruo, leyenda, mito; el hombre más atacado por el imperialismo, aquel contra quien mayor número de atentados ha perpetrado y que han sido fallidos acaso solo porque de tanto no temerla, de lo mucho que le ha coqueteado la Muerte ha terminado enamorándose de él y ha decidido conservarlo. Sencillo e imponente, por encima y al margen de vanidades, por primera vez en tres años nos sentamos lado a lado y conversábamos.

El presidente Castro se encontraba allí para mostrarme una prueba del editorial que publicaría el *Granma*, en el cual, bajo el título de «La posición de Cuba», aparecía un párrafo que deseaba someter a opinión mía ya que en él se daba mi nombre. Juntos lo leímos, en tanto Antonio ordenaba que llamaran a mi señora para que se reuniera con nosotros en la suite del piso 19 donde nos hallábamos y para que nos sirvieran whisky con soda, sin duda por conocer –ni esas frivolidades o pequeñeces descuidan estos socialistas cubanos– que es la bebida que prefiero. Agradecí al presidente la firmeza de haberme solicitado mi conformidad sobre ese acápite, así como los términos acerca de mi persona; de su puño y letra, hizo una marca, entonces, en la página de prueba explicando a continuación al doctor Núñez Jiménez que quería que en el párrafo figurara mi nombre y no únicamente el apellido, tal como estuviera.

Algo después llegó mi señora; la expresión de alivio que puso al vernos, me hizo comprender que recelaba que el presidente Castro fuera el visitante y ella confirmó mi idea, más tarde, al decirme que supuso una broma de mi parte. Se portó con gran naturalidad y desenvoltura.

Luego de enterada de la razón primordial de su presencia, el doctor Castro se lamentó por el hecho de que las circunstancias políticas lo hubieran mantenido sin entrar a la embajada del Perú durante los casi tres años que permanecimos al frente de esta. Y citó la larga lista de hechos que lo llevaron a aquel alejamiento.

A las 7:00 de la mañana me despedí de él. Convinimos en que, para evitar malintencionadas o falsas interpretaciones, era mejor guardar en reserva esa conversación.

Ya para entonces, el *Granma* había circulado en la calle. En él se leía:

«El embajador Edgardo de Habich, hombre honorable y serio, hasta fecha reciente representante del Perú en Cuba, trató de evitar esto (la política de proteger a quienes ingresan con violencia a las embajadas). A raíz de la entrada por la fuerza de un grupo de antisociales en su sede diplomática los invitó a regresar a sus casas, efectivamente regresaron. El gobierno de Cuba le había dado previas y seguras garantías de que no se les molestaría para nada. Esta actitud le costó el cargo de embajador después de 33 años en el servicio diplomático. La Cancillería peruana ordenó que los delincuentes fuesen llevados de nuevo a la embajada. Aquellos polvos trajeron estos lodos y, junto al lodo, la sangre generosa y limpia del soldado cubano Ortiz Cabrera».

Edgardo de Habich: *Embajador en Cuba*, Premia editora, Ciudad México, 1980.

Armando Hart

REVOLUCIONARIO CUBANO

Ustedes pueden estar con nosotros

A su salida de Isla de Pinos, Fidel comenzó a vivir en el apartamento de su hermana en el edificio del jardín Le Printemps, en la calle 23, esquina a 18 en el Vedado. La vivienda se convirtió en un hervidero de personas que entraban y salían. Coincidí en el lugar con muchos dirigentes de la Juventud Ortodoxa, de la FEU y de diversas organizaciones oposicionistas.

Fidel llevaba a cabo la tarea de proselitismo político, empeñado en una labor de incorporar fuerzas y de estrechar filas, con el objetivo de unir a todos los hombres honestos del país, alrededor las posiciones de lucha insurreccional contra Batista. Se había transformado en el líder principal contra el régimen.

Tras la amnistía, García Bárcena pudo regresar a Cuba. Fuimos a recibirlo al aeropuerto de Rancho Boyeros con el líder del Moncada y nos trasladamos a la casa de un pariente del profesor, que vivía en el Vedado. Creía que se iba a hablar de la lucha contra la tiranía, de la

estrategia a seguir y, sin embargo, se conversó de diversas cuestiones de la vida personal del profesor y su familia.

Días después comenzó la plática política y se planteó que Fidel y Bárcena tuvieran una entrevista.

Me pareció que por ahí empezaría la unidad de las fuerzas revolucionarias, pues si se producía habría de arrastrar al movimiento estudiantil y otros sectores.

El encuentro tuvo lugar en la casa del profesor, en el barrio de La Sierra, en Marianao. Estuvimos presentes Faustino y yo. García Bárcena planteó que trabajaría por la conspiración militar, y Fidel que el Movimiento organizaría al pueblo para la insurrección. Quedaba claro que existían dos proyectos diferentes de cómo alcanzar el triunfo sobre la tiranía.

De la casa del profesor salimos Fidel, Faustino y yo, en automóvil, hacia el centro de La Habana. Fidel nos planteó: «Ustedes pueden estar con nosotros, y si García Bárcena produce un golpe de Estado entonces le darán su apoyo». De hecho nos estaba diciendo que si el golpe era de carácter militar nada podríamos hacer en el proceso de su incubación; en cambio, si se trataba de organizar al pueblo podíamos trabajar por la Revolución.

En realidad, desde que salimos de la casa del profesor ya estábamos incorporados al Movimiento que lideraba Fidel. Faustino y yo le aseguramos que inmediatamente nos uníamos a él y a sus compañeros.

García Bárcena mantuvo una posición digna contra la tiranía, pero dejó su liderazgo. En los años iniciales del triunfo de la Revolución fue embajador en Brasil. Murió en La Habana, en 1961.

Planes revolucionarios

Fidel tenía concebidos planes revolucionarios. En aquellos meses nos habló de la expedición y de la huelga general, de que había que constituir una dirección de apoyo a estos empeños; explicó que ella debía quedar integrada por los compañeros de diferentes tendencias que habían aceptado el plan. Nos informó que estaríamos Faustino Pérez y yo. Asimismo, mencionó los nombres de otros compañeros.

Una noche, semanas antes de su partida hacia México, se produjo una reunión en una casa situada en la calle Factoría. En esta ocasión, por primera vez, a través de un planteamiento de Fidel, conocí que la organización se denominaría Movimiento 26 de Julio.

Allí quedó constituida la Dirección del Movimiento en Cuba, integrada de esta forma: Pedro Miret, Jesús Montané, Faustino Pérez, Haydée Santamaría, Melba Hemández, José Suárez Blanco, Pedro Aguilera, Luis Bonito, Antonio (Ñico) López y yo. Fidel señaló también que en Santiago contábamos con un compañero de condiciones. Recuerdo que antes de que terminara la frase le dije: «Ese es Frank». Efectivamente, un compañero de tan extraordinarias condiciones en Oriente no podía ser otro que Frank País García.

La Dirección del Movimiento, constituida en 1955, y los cuadros más importantes agrupados a su alrededor en el trabajo clandestino, provenían esencialmente de dos vertientes de la Ortodoxia: los que habían participado en el Moncada; bajo el liderazgo de Fidel o que habían estado bajo su influencia política en el seno del Partido del Pueblo Cubano, y los que procedíamos del MNR, que por entonces estaba prácticamente disuelto, y cuya bandera principal había sido Rafael García Bárcena.

En La Habana teníamos los más importantes encuentros y puntos de contacto en la casa de Jovellar 105, en el tercer piso. Allí vivían Melba Hernández y sus padres, quienes trabajaban con todos nosotros de manera intensa y decidida. Esta casa se comunicaba por el fondo con el apartamento de Pedro Miret y su esposa.

Otro lugar muy frecuentado por aquellos días eran las oficinas del Partido del Pueblo Cubano, en Prado 109. Hasta aquel sitio íbamos Pedro, Haydée, Montané, Melba y otros compañeros.

Sentí una infinita admiración por Ñico López, militante de las filas de la Ortodoxia. Representó ante mis ojos lo más puro de su masa combatiente. Fue uno de los más valiosos cuadros que perdió el país en la lucha por su libertad. De origen muy pobre, era exageradamente alto y delgado, de ojos claros, sonrisa abierta, mano extendida. Su padre trabajaba cuando podía en el Mercado Único de La Habana.

Antonio López, autodidacta que analizaba y discutía los problemas políticos, poseía una clara inteligencia y un finísimo instinto popular. Te-

nía un don especial para relacionase con los demás movilizados. Era un magnífico orador. En esa época pensaba que Ñico López había sido influido por el Partido Socialista Popular. Casi dos decenios después, en ocasión del vigésimo aniversario del Moncada, comenté con Fidel que Ñico ya era comunista en 1955. Se encontraba presente René Rodríguez, quien me dijo que fue el propio Fidel quien trasmitió estas ideas a Ñico.

Ya íbamos para nuestras casas

La segunda reunión de la Dirección tuvo lugar con la presencia de Fidel en un nuevo local del Partido Ortodoxo, en la calle Consulado 24, que era frecuentado por muchas personas. A medianoche, se presentó la policía por sus inmediaciones. Al parecer se acercó con el ánimo de hacer algunas detenciones, en el momento en que terminábamos nuestra reunión.

Me impresionó el modo como Fidel habló con los guardias de Batista. Les dijo: «No hay problemas, ya estábamos terminando, ya íbamos para nuestras casas».

Lo hizo con naturalidad, como quien salía de una actividad legal en medio del gran movimiento que allí tenía lugar. Se comportó con total dominio de la situación.

Una alocución

El famoso acto del Muelle de Luz, organizado bajo la rectoría de don Cosme de la Torriente, veterano de la Guerra de Independencia, quien, octogenario ya, se había convertido en una carta política para los partidos tradicionales de la oposición.

Para recibir orientaciones acerca de lo que debíamos hacer en este acto y valorar otras cuestiones de interés político, viajé a Estados Unidos a entrevistarme con el jefe del Movimiento. Allí se encontraba en un recorrido por distintas ciudades, haciendo labor de captación entre exiliados y emigrados.

Aprecié su infatigable actividad. Pensé que estábamos en tiempos similares a los de la Guerra de Independencia o en las luchas de los años 30 contra la tiranía de Machado. Hoy siento tanto orgullo de aquella visita, como lo tendría cualquier cubano del pasado siglo, que

hubiera ido a Cayo Hueso a visitar a Martí. Ya en Miami, Fidel me habló de temas económicos y de medidas programáticas.

Entonces le planteé la situación existente en cuanto a la situación de la oposición y acerca de las gestiones que venían haciendo al respecto don Cosme de la Torriente, José Miró Cardona y otros. Fidel me encomendó que hablásemos con don Cosme y le pidiéramos que en el acto del Muelle de Luz se retransmitiera una alocución suya que él grabaría. Se suponía que el del Muelle de Luz iba a ser un acto de unidad.

A mi regreso, Haydée y yo nos reunimos con don Cosme en su oficina de La Habana Vieja. El encuentro fue propiciado por Miró Cardona y en él participó también Pelayo Cuervo Navarro.

Fue una situación molesta. Don Cosme tomó la palabra y no nos dejó hablar. Para intentar decir algo y no interrumpirlo irrespetuosamente iniciaba mis argumentos con las palabras «Venerable patriota…», pero el abismo que nos separaba impedía todo diálogo, al afirmar que Fidel debía organizar su propio acto porque el del Muelle de Luz tenía fines distintos a los que perseguía el Jefe del Movimiento 26 de Julio. Y don Cosme tenía razón..., pero lo que no sabía era que Fidel Castro, poquísimos años después, organizaría los actos políticos más grandes de toda la historia de Cuba y de América.

Estuvo al tanto de los acontecimientos

A fines de diciembre de 1955 estallaron huelgas azucareras y se extendió un movimiento de «ciudades muertas», pues se pretendían alcanzar reivindicaciones laborales muy vinculadas a intereses de diversas capas de la población, en el interior del país.

La radio y otros medios de comunicación e información tenían una gran influencia. Desde México, Fidel estuvo al tanto de los acontecimientos del país y reaccionó ante cada uno de ellos. La sistemática publicación de sus trabajos tuvo una repercusión incalculable al posibilitar una amplia divulgación de sus ideas y su programa.

Solo la revista *Bohemia*, en el año 1956, publicó varios trabajos de Fidel: «Frente a todos» (respuesta al artículo «Cuba no es de Fidel». «La condenación que se nos pide», «El Movimiento 26 de Julio» y «Basta ya de mentiras».

Lo más importante en una Revolución es la decisión

A mediados de febrero de 1957 fuimos llamados a la Sierra para encontrarnos con Fidel. Frank ya había regresado a Santiago, y rumbo a Manzanillo salimos junto con él, Haydée, Vilma y yo. Allí nos esperaría Faustino, quien regresaba directamente de La Habana.

Cuando llegamos a Manzanillo nos enteramos de una gran noticia: Faustino traía a un importante periodista del *The New York Times*, que quería entrevistar a Fidel. Hay que imaginar lo que aquello significaba para un pequeño grupo de revolucionarios que trabajaban para que Cuba conociera que Fidel Castro vivía y se mantenía luchando.

Por la cobardía política de los periódicos de La Habana, pensé que iba a resultar muy difícil que publicaran la noticia de que Fidel estaba vivo y, de repente, nos encontramos con que un editorialista de tan importante diario norteamericano aceptaba entrevistar a Fidel.

Faustino y Frank tenían la misión de hacer gestiones en la capital para divulgar la presencia de Fidel en la Sierra. Algunos contactos les informaron el objetivo de Herbert L. Matthews, y todo se tramitó para facilitar su llegada.

La primera reunión de la Sierra y el Llano, o el primer encuentro entre los combatientes del 30 de noviembre y del 2 de diciembre, iba a coincidir con el hecho político y propagandístico de una entrevista a Fidel aparecida en *The New York Times*. Nacieron en aquel momento los dos principales escenarios de la lucha revolucionaria que culminara con la victoria del 1ro. de enero de 1959: la Sierra y el Llano.

Celia era el contacto principal con Fidel, aunque todavía no lo conocía personalmente.

Ella y Frank avanzaron primero. Faustino, Haydée, Vilma y yo salimos a la mañana siguiente; por fin, al atardecer del 16 llegamos al lugar donde se celebraría la mencionada entrevista entre la Sierra y el Llano. El significado histórico de esta reunión, celebrada el 17 de febrero de 1957, puede apreciarse también en las trascendentales orientaciones y decisiones que tomamos. Entre otras, se ratificó el envío de

un contingente de combatientes armados del 30 de noviembre para apoyar la lucha guerrillera en la Sierra Maestra.

En aquella ocasión le dije a Fidel: «No pensé que ustedes pudieran llegar hasta aquí». Él me respondió: «Lo más importante en una Revolución es la decisión».

Armando Hart: *Aldabonazo*, ediciones Libertarias, Madrid, España, 1998.

Ana Gloria Hernández

ATLETA CUBANA DE BALONCESTO

Esta medalla la ganamos ayer

En 1991, después de derrotar un día antes al equipo de Estados Unidos, perdimos en la discusión del oro en la final con el equipo de Brasil, y el Comandante en Jefe tuvo a su cargo la premiación.

Al tocar entregarme la medalla de plata, Fidel me apretó la mano con firmeza y cariño en su mirada, y me dijo: «Esta medalla la ganamos ayer».

Yo me quería morir, me puse muy nerviosa y no sabía qué hacer, quedé sin palabras y con el recuerdo imborrable de aquellas estimulantes palabras dichas por el jefe de la Revolución.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 13 de febrero de 2008.

Ángel Herrera

ATLETA CUBANO DE BOXEO

Pasaste de juvenil a campeón olímpico

Al regresar triunfantes de los Juegos Olímpicos de Montreal, Canadá (1976), donde me coroné por vez primera titular olímpico en la división de los 57 kilogramos, al llegar al aeropuerto José Martí, nos recibió el Comandante en Jefe Fidel Castro.

Recuerdo que nos saludó a todos y le dimos la mano uno a uno; yo me había ganado el puesto a última hora, pues fui para completar el equipo. Al llegar mi turno, Fidel me dijo alegremente: «Usted pasó de juvenil a campeón olímpico».

Aquello me sirvió de acicate para meterme de lleno en el entrenamiento, y lo hice con tanto ahínco que me convertí en bicampeón mundial y olímpico. Jamás un elogio me estimuló tanto.

¡Gracias, Comandante!

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 10 de enero de 2008.

Luis Herrera

CIENTÍFICO CUBANO

Se interesó en lo que estábamos realizando

Un hecho que siempre recuerdo con mucho afecto es el ocurrido la noche del 30 para el 31 de diciembre de 1982.

Esa noche, junto a un grupo de jóvenes investigadores, estaba enfrascado en obtener un resultado que nos habíamos propuesto lograr antes de terminar el año. Como a la 1:00 de la madrugada, entusiasmado con la labor que realizaba, caminando por el pasillo con las manos ocupadas por gradillas y tubos de ensayo, prácticamente choco con una persona... era el Comandante que había llegado a esa hora. Como es habitual en él, se interesó en lo que estábamos realizando. Esa preocupación de Fidel nos motivó aún más en nuestro trabajo y reafirmó el compromiso con él de obtener importantes resultados en la labor que realizábamos.

¿Qué dice nuestro hombre de París?

En mayo de 1982, el incipiente grupo de compañeros logró producir por primera vez el interferón cubano a partir de leucocitos humanos. Así nos incluíamos en el reducido grupo de países que lograban producir este producto

de utilidad en el tratamiento de enfermedades virales y algunos tipos de cánceres. Todavía el trabajo se desarrollaba en una casa adaptada como laboratorio.

Por esa época yo formaba parte del grupo de especialistas cubanos que teníamos la responsabilidad de diseñar los experimentos que desarrollaría nuestro futuro cosmonauta en el vuelo conjunto soviético-cubano. Por tal motivo, en la segunda mitad de ese año tuve que ir a Bulgaria para participar en una actividad relacionada con este vuelo. Estando allá recibí la indicación de nuestro país de que una vez concluida la misión en Bulgaria me dirigiera a Francia con el objetivo de buscar información y trabajar en la obtención de interferón a través de las técnicas de Ingeniería Genética, o sea, el conocido Interferón Recombinante. Al regresar a Cuba, me esperaban en el aeropuerto y me dirigí directamente para presentarme en la casa 150 de protocolo, que se había adaptado como albergue para el grupo inicial de compañeros que habían logrado producir el Interferón Leucocitario. Cuando entré me di cuenta de que en la misma se encontraba Fidel reunido con los demás compañeros y al verme expresó: «¿Qué dice nuestro hombre de París?». Inmediatamente nos pusimos a conversar. Me solicitó que le explicara en qué consistía la Ingeniería Genética, los elementos fundamentales de la tecnología, sus posibilidades y perspectivas.

En medio de la conversación él intervenía haciendo preguntas que evidenciaban cómo iba entendiendo a fondo lo que se le trasmitía y tenía expresiones de exclamación, como maravillándose por el poder potencial de la tecnología y lo importante que para el país sería desarrollar esta novedosa tecnología. A partir de ese momento se ha mantenido su apoyo personal al desarrollo de la biotecnología moderna en Cuba.

Me abrazó

Transcurría el año 1991, hacía pocos meses había ocupado la nueva responsabilidad de Director de Producción del CIGB. Estábamos enfrascados en resolver los problemas tecnológicos de la producción de la vacuna contra la hepatitis B que impedían su producción efectiva. Después de un arduo trabajo logramos resolver un grupo de dificultades fundamentales. Nos dirigimos, entonces, a producir a una es-

cala industrial tres lotes con el fin de mostrar cierta consistencia. Al terminar el tercer lote concluimos que los resultados obtenidos demostraban que el proceso funcionaba, era capaz de dar producto con las especificaciones esperadas. Ese día visitó el CIGB el compañero Carlos Lage a quien le informamos de los excelentes resultados obtenidos. Al otro día nos visitó el Comandante, al acercarme donde se encontraba, me abrazó sin decir nada y se fue. Recibía de esta forma un tremendo estímulo que no olvidaré jamás.

Batas y botas nuevas

En diciembre de 2002 viene a nuestro país Andrea Mitchell, conocida periodista y comentarista de la cadena de televisión norteamericana NBC–NEWS.

El día 12 de ese mes visita las instalaciones del Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología el compañero Fidel en compañía de la referida periodista. Reciben por parte nuestra una pormenorizada explicación del trabajo que desarrollábamos y de los resultados obtenidos hasta esos momentos. Acto seguido, visitamos algunas áreas del Centro, entre ellas, una unidad de trabajo para microbiología. Como establecen las prácticas en estas áreas, para poder entrar en dicha unidad es requisito que las personas deben cubrir sus ropas personales con batas de laboratorio, y sus calzados con botas de tela del tipo de las que utilizan los cirujanos para entrar en el quirófano. Tanto las batas como las botas eran nuevas, recién confeccionadas. No hubo dificultad con la bata, pero cuando el Comandante quiso cubrir sus calzados con las botas de tela, estas resultaban pequeñas, y su tamaño no permitía que el calzado pudiera ser cubierto. De inmediato, me enfrasco en la tarea de tratar de descoser parte de las costuras de las botas para que cumplieran con su función. Por mucho esfuerzo que realicé empleando todas mis fuerzas no fue posible lograrlo, aquellas botas nuevas tenían una costura reforzada. Finalmente, fue necesario emplear una cuchilla para conseguirlo.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 4 de febrero de 2008.

Tomás (Jabao) Herrera
ATLETA CUBANO DE BALONCESTO

El mejor trofeo

En los Juegos Juveniles de la Amistad, en la URSS, en 1968, obtuvimos la medalla de bronce, solo superados por Yugoslavia y la Unión Soviética. Allí fui seleccionado el mejor defensa, y recibí un trofeo *Spuknik* de reconocimiento.

Al regreso a La Habana, Fidel nos recibió en la Ciudad Deportiva, se interesó por el desempeño del equipo en la competencia, intercambió con cada uno de los entrenadores y jugadores, preguntó todos los detalles del evento y, finalmente nos felicitó por el resultado.

Le entregué el trofeo que me había ganado, y luego me envió un álbum con una colección de fotos donde se recoge el momento de la entrega y el intercambio. Lo conservo como mi mejor trofeo.

Se interesó siempre por mis resultados en los estudios, en el preuniversitario y la Universidad de La Habana. Me orientó a matricular la carrera de Licenciatura en Ciencias Políticas, ante la imposibilidad de estudiar Cultura Física, ya que solo existía la carrera en el nivel medio.

Esto fue algo que me marcó y se convirtió en un compromiso que siempre quise cumplir y que logré en el año 2007, cuando me hice máster en Dirección y Gestión de la Cultura Física, y le envié mi tesis, que versaba sobre la concreción de una idea planteada por él: «El programa de atención a las glorias del deporte, atletas, entrenadores y sus familiares en Cuba».

Recuerdo siempre sus consejos, sus opiniones, su inspiración al estudio, a la superación y a la disciplina como la clave para cualquier éxito.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 18 de enero de 2008.

Amarilis Hernández Mora

ENTRENADORA CUBANA DEL EQUIPO DE ATLETISMO

Eres muy linda

En el año 1970, cuando se celebraron los Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe, en la ciudad de Panamá, y la Delegación Cubana regresaba triunfante en el buque *Victoria de Girón*, fuimos alcanzados, en alta mar, por una lancha que trajo a nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro Ruz.

Tras hablar con la jefatura, Fidel se dedicó a saludar y darle la mano, uno por uno, a cada integrante de nuestra representación tricolor, ganadora absoluta de la cita regional.

Recuerdo con gran agrado que cuando me tocó el turno, nuestro líder me preguntó que si yo, tan joven (solo tenía 27 años de edad), era atleta o entrenadora; entonces le dije que lo segundo y me abrazó y besó en la mejilla, mas aún, me regaló un piropo: «Eres muy linda».

En ese momento me sentí la mujer más feliz del mundo, pues no esperaba tanto honor, y sus palabras me llenaron de dicha.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 12 de enero de 2008

Dalia Henry Martínez

ATLETA CUBANA DE BALONCESTO

Estaba en desacuerdo conmigo

En 1998 fui invitada a participar en el Palacio de la Revolución, en una recepción de bienvenida al presidente de Trinidad y Tobago. En ese fraternal encuentro, nuestro querido Comandante en Jefe me presentó ante el distinguido visitante y me comentó sobre un escrito publicado ese día en los periódicos, en

relación con la preparación del equipo femenino de baloncesto, con vista a los Juegos Deportivos Panamericanos.

Dijo que antes, los conjuntos cubanos carecían de topes internacionales, y que siempre nos manteníamos entre los primeros lugares y, sin embargo, ¿por qué ahora la prensa decía que parte del resultado de dicho colectivo tenía que ver con los topes internacionales?

Le di una explicación acerca de cómo se había potenciado este deporte en el sector femenino a nivel mundial y cuán importante era la preparación competitiva. El Comandante me dijo que mi explicación era muy clara, pero que estaba en desacuerdo conmigo.

Después de finalizar los juegos continentales en Winnipeg, Canadá (1999), fui intervenida quirúrgicamente de una hernia en la cervical. Fue una operación muy difícil y delicada, además de que atravesaba por problemas familiares muy serios.

Cuando los médicos me invitaron a sentarme, tras pasar varios días en cama sin moverme, tuve el grandísimo honor de recibir la visita de nuestro Comandante en Jefe, en el hospital Frank País.

Me preguntó sobre mi estado de salud, mi familia y se acordó de aquella conversación en 1998. Para mí fue sorprendente que él tuviera esa gran memoria; continuamos hablando sobre el baloncesto femenino hasta que comenzó el noticiero deportivo que vimos juntos .

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 8 de enero de 2008.

Kirby Jones
EMPRESARIO Y PERIODISTA
NORTEAMERICANO

Habitación sencilla

El equipo –Saul Landau, Dick Pearce y Mark Berger– abandonó el hotel a primeras horas del miércoles para preparar el material. Comimos despacio, nos duchamos, nos cambiamos de ropa y esperamos a que Daniel y Alina vinieran a

recogernos a las 9:00 de la noche. Nos habíamos vestido de modo informal. En Cuba ni siquiera una entrevista con Fidel Castro exige llevar chaqueta y corbata. A las 9:00 en punto subimos al Alfa Romeo de Daniel y nos dirigimos hacia el Palacio.

El Palacio es un edificio bien cuidado de techos altos, suelos de mármol brillante y plantas interiores. Se terminó justamente antes de que Castro tomara el poder, y había sido destinado a albergar la jefatura nacional de política. Ahora se destina para los despachos de las personalidades más importantes del gobierno y el cuartel general del Partido Comunista cubano.

El despacho de Castro es una habitación sencilla con varios sofás, sillas y tiestos con plantas por toda ella. Toda una pared está cubierta con una librería llena de libros en español con encuadernación a color, que le regaló el presidente de México. Castro no tenía sitio para ellos en su despacho propiamente dicho, por lo que colocó una librería en esa habitación para exhibirlos.

Una puerta del despacho da a la habitación ministerial, que tiene una larga mesa de cromo para unas cuarenta personas –que, cosa bastante curiosa, dispone de una instalación para traducción simultánea– y otra da al despacho de Fidel.

Dentro del despacho, justamente a la izquierda de la puerta, se encuentra una mesa escritorio, ordenada, con varios teléfonos. Detrás de la mesa hay una librería llena con los escritos del Che, diferentes libros sobre Cuba y diversas obras muy técnicas sobre agricultura, administración de granjas y economía. En el extremo más alejado hay una pequeña mesa de conferencias para ocho personas y, a la derecha, un sofá, dos sillas amplias y una mesa para café.

En el centro del despacho se dispusieron tres sillas para la entrevista: se colocaron las cámaras, se probaron las luces, todo ello ante la vigilancia del personal de Fidel. Observaron y revisaron todo lo que hicimos, de forma parecida a como los agentes del Servicio Secreto observan las instalaciones en que vaya a celebrarse una entrevista con el presidente de Estados Unidos.

A las 10:45 exactamente entró Fidel con Pepín. La pistola había desaparecido de su cintura, y llevaba el cabello peinado con sumo cuidado.

Nos saludó calurosamente, inspeccionó el escenario y pareció dar su aprobación.

Nos sentamos. Se probaron los micrófonos, y comenzamos la primera de las tres noches de entrevista (...). Pero una conversación con Castro hay que describirla.

Miraba directamente a los ojos

Realizamos la entrevista totalmente en español. No presentamos pregunta alguna por adelantado, y Fidel respondió a todas las que le formulamos.

Castro habla con suavidad. A diferencia de la imagen pública que se ha creado sobre él en Estados Unidos en estos años, conversa de forma sosegada, pero seria. Es el jefe de su país, y lo que dice se lo piensa cuidadosamente y lo expone con lógica. Sabe lo que se trae entre manos y lo que dice en todo momento. Era completamente consciente de la cámara, y demostró tanto profesionalismo como un candidato político avezado de Estados Unidos.

Nuestra entrevista fue en realidad una conversación. En general, Fidel permanecía cómodamente arrellanado en su silla, reclinado hacia atrás, con las piernas cruzadas y fumando sus consabidos puritos. Pero cuando quería subrayar especialmente una observación, se inclinaba hacia adelante hasta quedar a pocos centímetros de distancia de su entrevistador, le daba una palmadita en la rodilla y le miraba directamente a los ojos. Le molestaba que no se entendiera bien lo que estaba diciendo. No pedía en absoluto que estuviéramos de acuerdo con él, pero no abandonaba una cuestión hasta que no quedaba satisfecho al ver que por lo menos entendíamos lo que estaba diciendo.

Resultaba tan fácil quedar absorbido por su estilo y su lógica, que con frecuencia nos veíamos empezando en el punto A y asintiendo con respecto al punto B, al cabo de diez minutos. Fidel fue abogado y lo demuestra. Todos sus argumentos siguen una presentación estructurada cuidadosamente. Si se descuida uno, cuando está acabando de exponer su tesis, le ha convencido a uno de cosas en las que no cree.

(Durante nuestra visita de octubre, estábamos, junto con Dan Rather, de la CBS, hablando con Fidel. En medio de una discusión acalorada entre Rather y Fidel, Jones se volvió hacia Mankiewicz y susurró: «Frank, ¿qué te apuestas a que dentro de cinco minutos Dan empieza a mover la cabeza en señal de asentimiento?».

Como si nos hubiera oído, mientras Fidel seguía exponiendo su tesis, Dan empezó a mover la cabeza y al cabo de poco empezaba a pronunciar las palabras: «Sí, sí»).

Castro no es un conversador pasivo. Todo su cuerpo parece implicado en lo que está diciendo. Sus dedos acarician la barba, sus brazos y manos recalcan sus argumentos con claridad. Con frecuencia alza un dedo por delante de su cara o en el aire, mientras piensa y habla. Aun cuando permanecía sentado tranquilamente en su silla, mientras hablaba, una energía y un movimiento magnéticos se desprendían de él.

Al cabo de noventa minutos, solicitamos un descanso. Inmediatamente, nos trajeron y sirvieron a cada uno daiquirís helados: a los guardias, a los ayudantes, así como a los cámaras.

Fidel nos ofreció a todos habanos de su estuche de cuero. En un instante, vaciamos el estuche, ante lo cual por encima del hombro de Fidel apareció la mano de un ayudante eficaz que lo cogió e inmediatamente se lo devolvió lleno. Fidel hizo bromas e intentó hablar con el resto de nuestro equipo. Estaba interesado por todos nosotros y nos hizo preguntas con respecto a nuestro trabajo y a nuestra opinión sobre cómo estaba saliendo la entrevista.

Resultó ser profética

Al sentarnos para la segunda sesión de aquella primera noche, un ayudante nos interrumpió para entregarle un cable urgente a Fidel. Después de leerlo rápidamente, dijo: «Miren esto. Los griegos acaban de derrocar al gobierno de Chipre». Le entregaron un resumen de las noticias de última hora.

«¿Qué piensan de esto? La situación actual en Chipre es muy grave. ¡Saben lo que pienso!...», dijo, mientras volvía a sentarse en su silla, analizando pensativamente lo que acababa de leer. «Creo que la

acción de los griegos va a provocar una invasión de los turcos y la expulsión de las tropas griegas de Chipre y va a tener graves repercusiones en Atenas: quizá el fin de la Junta Militar».

Solo unos minutos después de leer las noticias y reflexionar sobre una situación a muchos miles de kilómetros de distancia, la aparente conjetura de Fidel sobre una crisis lejana resultó ser profética.

A las 3:00 de la mañana aproximadamente, un ayudante indicó a Saul Landau que había llegado el momento de levantar la sesión.

«Creo que no hemos hecho más que empezar», comentó Fidel. «¿Por qué no continuamos mañana por la noche y empezamos un poco antes: hacia las 10, por ejemplo?».

Fidel nos ofreció a todos un último trago, y, cuando estábamos a punto de marcharnos, le entregamos unos regalos. Habíamos oído decir que le gustaban los objetos mecánicos y que le fascinaba su funcionamiento, así que le dimos una de las nuevas cámaras Polaroid SX-70. Quiso probarla en el acto. Le enseñamos rápidamente cómo funcionaba, pero estaba un poco impaciente y no era seguro que hubiera entendido perfectamente. Retrocedió, miró por el objetivo y disparó. Salió la foto y todo el mundo hizo un corro para verla. Estaba totalmente desenfocada. Sin desanimarse, volvió a intentarlo. Todos nosotros formamos un grupo, con Fidel Castro como el fotógrafo más inimaginable ante el que hubiéramos posado nunca. Salió otra fotografía, algo desenfocada, pero mejor que la primera. Estaba como un niño el Día de Reyes, totalmente entusiasmado. Después de un tercer intento y muchas risas, a propósito de lo difíciles que éramos como modelos, nos dio las gracias por la cámara y se marchó rápidamente por la puerta de su despacho.

Seguimos sin saber si aquella cámara llegó a obtener alguna vez una fotografía buena.

Nunca llegó tarde

El jueves, 18 de julio, por la noche continuamos donde habíamos quedado. Habíamos decidido que en la segunda sesión haríamos las preguntas más delicadas: las referentes a las cuestiones que preocupaban a los norteamericanos.

A las 10:00 en punto de la noche, Fidel entró en la habitación. Nunca llegó tarde a ninguna de nuestras citas. De hecho, parece ser que la puntualidad –característica nada latina– es una costumbre cubana.

A la conclusión de la primera parte de la entrevista, le preguntamos cómo obtenía sus noticias sobre Estados Unidos y el mundo.

«Tengo un resumen diario de noticias», respondió. «Cada mañana, a las 8:00, encuentro un resumen sobre mi mesa de despacho. A veces no llego a leerlo todo hasta avanzada la noche, cuando hago la mayor parte de mis lecturas, pero si está ocurriendo algo importante, en este caso estudio el material, naturalmente».

«¿Podríamos verlo?», preguntamos.

«Desde luego».

Se lo dijo a un ayudante, quien rápidamente trajo un cuaderno de tres centímetros de ancho que contenía noticias cablegrafiadas procedentes de todo el mundo, de todas las agencias de noticias desde la AP hasta la TASS. Las noticias aparecían resumidas con claridad y el cuaderno tenía un índice muy claro y estaba clasificado en varias secciones: Cuba, Estados Unidos, Latinoamérica, Europa, Tercer Mundo. Cada sección tenía un índice propio.

«La mayoría de las veces», explicó Fidel, «no tengo tiempo de leer el resumen completo. Pero, si un artículo me parece especialmente interesante o importante, lo leo».

«¿De dónde saca usted el tiempo para leer todo eso?», preguntó Mankiewicz.

«Sobre todo por la noche, generalmente después de medianoche. A esa hora es cuando hago la mayor parte de mis lecturas».

«¿Ha leído usted algún libro americano recientemente?».

«Acabo de terminar *Jaws* y me ha gustado por su espléndido mensaje marxista».

Aquella observación nos sorprendió, pues a nosotros *Jaws* nos había parecido simplemente una historia de aventuras de primera clase. Pero Castro comentó a continuación esa parte del libro en que el jefe local de policía apremiaba a los funcionarios de la ciudad para que cerraran las playas, mientras perseguían al tiburón blanco, que se había comido a varios bañistas. Los funcionarios se negaron, aduciendo

que se acercaba el fin de semana del 4 de julio y que aquella mala publicidad iba a arruinar los negocios del verano.

«De modo que», dijo Castro, «el libro insiste en que el capitalismo es capaz de arriesgar incluso la vida humana para mantener abiertos los mercados». La mayoría de los críticos de Estados Unidos no insistieron en ese detalle.

Cuando nos sentamos después del descanso, Fidel volvió sacar a relucir el tema de Watergate.

«Ayer dije que en Cuba no podíamos contar con el procesamiento de Nixon, pero hoy ha ocurrido algo que parece muy importante. Un miembro republicano del Comité Judicial ha celebrado una conferencia de prensa que a mí me parece significativa».

«¿Se refiere usted al congresista McClory?», preguntamos.

«Exactamente. Ha dicho hoy que votará a favor del procesamiento del presidente Nixon. Me parece que ahora estamos de acuerdo con ustedes. Por primera vez creo que Richard Nixon no va a salvarse».

Acabamos a la una de la mañana, y Castro nos invitó a continuar con la tercera sesión la noche siguiente...

Dio instrucciones

(...) La sesión final, el viernes por la noche, fue más corta que las otras dos. Al terminar, Fidel nos reiteró su invitación a llevarnos a hacer una gira en *jeep* el día siguiente por la región de los alrededores de La Habana. Después, cuando estábamos despidiéndonos, Fidel nos preguntó cuándo teníamos previsto regresar a Estados Unidos. Dijimos que probablemente saldríamos el domingo, en el vuelo con dirección a Madrid.

«¿Quieren ustedes ir a Europa?», preguntó.

«No, en absoluto», respondimos, «pero ese es el único vuelo hasta el miércoles».

«Pero eso parece una tremenda extorsión para ustedes. ¿Preferirían viajar en mi avión hasta Nassau? ¿No sería mejor?».

Un vuelo de cuatro horas hasta Washington vía Nassau era infinitamente preferible a un viaje de veinticuatro horas vía Madrid. Fidel se volvió hacia Pepín y le dio instrucciones para que llamara al ministro de Asuntos Exteriores, Raúl Roa, y le pidiera que se pusiese en

contacto con el embajador inglés para obtener el permiso oficial para el aterrizaje de avión en Nassau.

Después, se volvió hacia nosotros: «Bueno, arreglado. Hasta mañana, entonces». Y se marchó rápidamente por la puerta de su despacho.

Kirby Jones y Frank Mankiewicz: *Con Fidel.* Playboy Press, Estados Unidos, 1975, pp. 23-28.

Alberto Juantorena Danger

DEPORTISTA CUBANO DE ATLETISMO

Ahí perdiste unos segundos

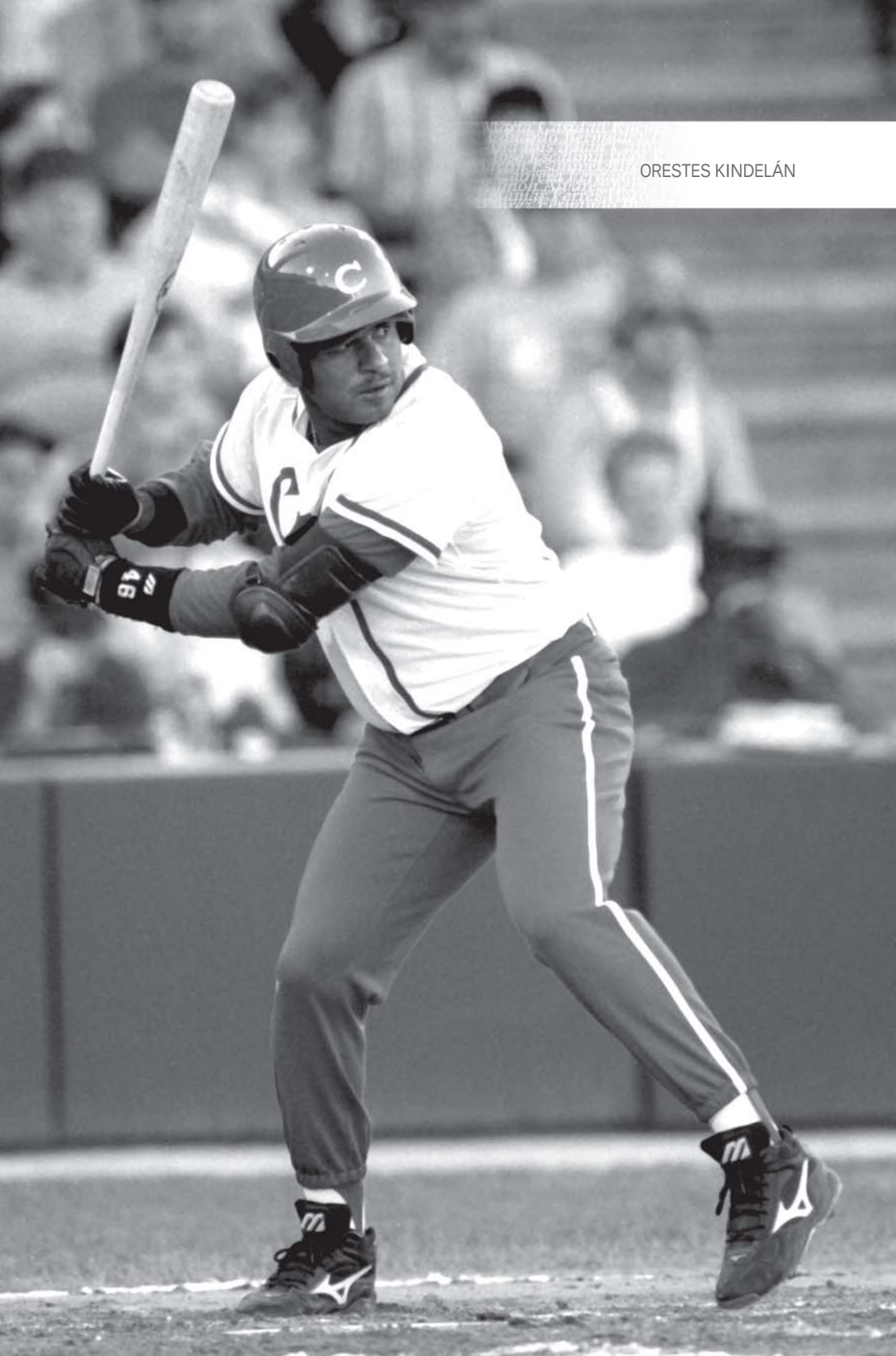
En los Juegos Centroamericanos y del Caribe en La Habana, 1982, el evento que cerraba los juegos del atletismo era el relevo de 4 por 400 metros. Al reunirme con los integrantes del equipo, les pedí ganar la medalla de oro y regalarle ese triunfo al Comandante en Jefe, pues al siguiente día, 13 de agosto, era su cumpleaños.

Las cosas no salieron bien en los tres primeros cambios de la carrera y Jamaica puso a Bertland Cameron en la tercera posta y le sacó más de 40 metros de ventaja al tercer cambio cubano, Carlos Reyté.

Recibí el testigo con una desventaja que parecía inalcanzable, pero metro a metro fui descontando la misma y, a la altura de la última curva, ya estaba alcanzando al último cambio de Jamaica para rebasarlo prácticamente a 50 metros de la meta. Ya en los 20 metros finales levanté el batón y saludé a nuestro Comandante en Jefe, que se encontraba en la presidencia, en las gradas, y le ofrecí lo cumplido: cerrar con broche de oro los Juegos Centroamericanos y del Caribe y dedicarle esa medalla, como homenaje modesto y sencillo por su cumpleaños.

Luego me mandó a buscar y me hizo una broma, cuando esperaba una felicitación, al expresar: «¿Qué tu hacías saludando antes de pasar la meta?, ahí perdiste unos segundos». Con una sonrisa le expresé: Es que estaba dedicándole esa medalla a usted por su cumpleaños, porque usted ha sido la inspiración y el creador de todas las glorias del deporte cubano.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 14 de enero de 2008.



Orestes Kindelán

ATLETA CUBANO DE BÉISBOL

Procura que no sea por el box

Me viene a la memoria, lo ocurrido en el juego amistoso de los Barbudos contra el equipo de béisbol dirigido por el presidente venezolano Hugo Chávez Frías.

Previo al choque, el Comandante en Jefe Fidel Castro, me llamó aparte y me dijo:

—Kindelán, trata de batear y procura que no sea por el box, porque allí está Chávez.

Cuando fui a la caja de bateo, me dije: Voy a intentar conectar al primer lanzamiento un batazo elevado. Así lo hice y di un *fly* entre el camarero y segunda.

Recuerdo que cuando estaba en la primera base, el presidente Chávez se me acercó, se quedó mirándome fijamente y me dijo:

—¡Pero usted es Kindelán!

Le contesté, que sí. Inmediatamente, él, con una sonrisa a flor de labios expresó:

—¡Entonces, Fidel me está haciendo trampas!

—No, compañero Chávez –le respondí–. Esto lo preparó para divertirnos un poco.

Después ellos dieron la vuelta por el final del *dogaut*, rumbo al banco de los venezolanos, y les explicaron lo ocurrido para que no se entendiera mal la broma.

Aquel evento me dejó una sensación muy grata; sobre todo, porque el presidente Chávez había planteado antes del choque algo sobre mi persona: decía que él venía a ganar y no iba a creer ni en Kindelán ni en el que pegaba los jonrones.

En cambio, se sorprendió al encontrarme disfrazado en la primera base, con una barriga grande, bigotes y patillas bien amarillas y coloradas.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 17 de febrero de 2008.

Javier Labrada
REVOLUCIONARIO CUBANO

Así que tú eres el responsable

En marzo del año 2000, yo había salido del Grupo de Trabajo de la Batalla de Ideas, y estaba responsabilizado con las graduaciones en la Tribuna Antimperialista José Martí, frente a la Oficina de Intereses de los Estados Unidos en La Habana. Esa idea había nacido en las reuniones del Consejo de Estado.

La tribuna se hizo en corto tiempo. Y llegaron las graduaciones. Había un interés extraordinario entre el estudiantado y sus familiares por recibir el diploma en ese lugar de mucho simbolismo. Hasta allí iban las escuelas, no solo de la capital, sino también, de provincia Habana. Una vez, sin darme cuenta, por la inexperiencia que todos teníamos, planifiqué una graduación de niños de escuela primaria a las 4:00 de la tarde. Entonces no reparábamos en los detalles, como el estado del tiempo, el lugar u otras cosas. Y da la casualidad que ese día cae un aguacero tremendo, con truenos incluidos.

Recuerdo a los familiares de los niños corriendo a buscar refugio en los edificios aledaños a la tribuna. Aquella estampida había sido un desastre. Después de casi cuatro meses sin asistir a las reuniones del grupo, me comunicaron que en la noche de ese día debía ir al Consejo de Estado. Fidel había mandado a buscar al responsable de aquella graduación.

Todo lo ocurrido se llegó a conocer enseguida por el estado de opinión del pueblo, uno de los mecanismos que él tiene para obtener información sobre muchos temas.

Ya yo sabía que iba para el banquillo de los acusados. Llegué a la reunión, y para mí estaba reservada la silla justo frente a la de Fidel. Cuando él entraba al salón siempre nos poníamos de pie. Esa noche entró, y antes de llegar a su puesto, todavía caminando, me dijo: «Así que tú eres el responsable de lo que pasó hoy en la Tribuna Antimperialista…».

Recuerdo que apreté las manos y mirándole a los ojos le dije: «Sí, Comandante, yo soy el responsable de lo que pasó en la Tribuna Antimperialista» –casi me pongo ahora como entonces–. Ahí empezó a decirme cosas muy fuertes, y a argumentar por qué me había equivocado. Al final

me dijo algo que fue lo más duro de escuchar: «¿Tú te imaginas si un rayo mata a un niño en la Tribuna Antimperialista? ¿Qué le explicamos a nuestro pueblo?». Recuerdo no haber perdido el control, aunque esa madrugada llegué a la casa y no pude dormir. En la reunión me dije: «Lo que yo tengo que hacer es escuchar *y* aprender». Fidel me preguntó por qué había planificado la graduación a esa hora. Y le respondí que había sido por el entusiasmo de los padres, de los niños, de las escuelas, de la gente. Prácticamente no teníamos momentos disponibles, y habíamos decidido aquella hora de la tarde. Después que di mi explicación, Fidel me mandó a sentar. Conmigo se sentaron los demás compañeros. Eran las 9:00 de la noche. Ese fue el saludo y el comienzo del encuentro.

A los compañeros que habían trabajado conmigo parecía como si les hubieran dado un mazazo. Así fue siempre que alguien se equivocaba y recibía una crítica.

La reunión finalmente empezó. Se chequearon muchos temas, como se hacía todas las noches. Terminamos cerca de las 5:00 de la madrugada. A esa hora Fidel se puso de pie y nosotros con él, y cuando iba saliendo del salón dijo en voz alta: «Otto, este muchacho tiene que venir de vez en cuando por aquí». El muchacho era yo. Nos dábamos cuenta de que sus críticas no eran para dejarnos en el piso, sino para educarnos. Nos estaba preparando para toda esa batalla que ya nuestro pueblo conoce porque ha sido su principal protagonista.

Desde aquel día no dejé de asistir a las reuniones. Uno de los hechos más valiosos que yo aprecio de la etapa de trabajo en el grupo es que Fidel, con la trayectoria que tiene, con sus obligaciones, dedicó noches y madrugadas a educar a un número de personas, la mayoría jóvenes, porque él tiene una fe infinita en los seres humanos.

Paradigma del optimismo

En eso de velar constantemente por el estado de ánimo de la gente, el Comandante es un maestro; cuando te da una tarea, la argumenta y te motiva de manera tal, que sales convencido de que todo es posible hacerlo. Ese método lo hemos incorporado a nuestros sistemas de vida y de trabajo. Porque hay que impulsar las tareas con los seres humanos, esos con quienes nos toca

trabajar. La escuela de Fidel te enseña mucho, y al mismo tiempo te demuestra que son infinitas las posibilidades de seguir aprendiendo.

Una de las cualidades que más me impresionó de él fue que nos recibía a las 9:00 de la noche, y a veces se despedía a las 9:00 de la mañana del día siguiente, con un estado de ánimo superior al que tenía cuando había empezado la reunión. Fidel es el paradigma del optimismo y de las convicciones revolucionarias.

Desarrollar el estudio como empleo

Algo que admiro profundamente es el amor infinito de Fidel por lo seres humanos. No he visto a nadie defender tanto a las personas mestizas o de piel negra como lo hace Fidel. Es algo que a mí me resulta difícil de contar, porque francamente me emociona.

El Comandante no se cansa de buscar razones cuando habla sobre este delicado asunto. Recuerdo que una vez empeñó esfuerzos para demostrar que en las prisiones de Cuba los presos negros no son mayoría. Y estaba en lo cierto. Después que tuvo en sus manos ese argumento tan contundente siguió buscando otros, y reflexionó sobre el hecho de que en un programa televisivo el delincuente siempre fuera negro o mestizo, lo cual, a su modo de ver, creaba en la población un rechazo desmedido e innecesario hacia la raza negra.

Era evidente en cada graduación de los maestros y enfermeros emergentes, de los trabajadores sociales, que el Comandante sentía un cariño especial hacia un joven negro o mulato que subía al escenario a buscar su diploma de alumno destacado.

A la altura del mes de abril del año 2001, nos dijo que había que encontrar a todos los jóvenes que no estudiaban ni trabajaban. Recuerdo que en una reunión con dirigentes del Partido y del gobierno de todo el país, se discutió un programa especial para las provincias orientales. Como parte de ese programa propuso la construcción de las escuelas de trabajadores sociales para esa región y el territorio central, y la creación de decenas de miles de empleos en la la agricultura urbana, entre otros esfuerzos.

Las escuelas se construyeron en tiempo récord y comenzaron a funcionar en septiembre.

El Comandante es el hombre de las segundas y terceras oportunidades con el ser humano. Nos decía con mucha fe: «Vamos a recuperar a todos esos jóvenes que están sentados en los parques o jugando dominó a toda hora en los barrios». Nos orientó para realizar un experimento en una escuela de Santiago de Cuba, otra de Holguín y otra de la Habana Vieja, con jóvenes que no estudiaban ni trabajaban. Aprendimos que hay que confiar en el ser humano de manera infinita, pues las personas responden cuando tienen ante sí nuevas posibilidades. Fidel encontró una solución que para las políticas neoliberales es imposible concebir: desarrollar el estudio como empleo.

La reeducación no existe

Una mañana partí rumbo a Santiago de Cuba, para saber cómo andaba allí, en su fase experimental, la experiencia del Curso de Superación Integral para Jóvenes. Pude ver a madres sentadas en las aulas, haciendo un gran esfuerzo con sus niños pequeños en brazos. Pude ver jóvenes organizándose, despuntando como líderes de sus grupos, con los ojos brillosos, contentos con la nueva posibilidad que la Revolución les estaba ofreciendo, recobrando su autoestima. Esa misma noche regresé a La Habana. Fui directo para la reunión y le pude contar a Fidel lo que había visto. Lo impresionante es que él, con gran optimismo, ya había imaginado lo que puede hacer una persona cuando recibe otra oportunidad.

Aprendimos, además, de su teoría sobre las vocaciones. Cuando muchos defendían la tesis de que nadie quería ser maestro en la capital, el Comandante nos instó a hablar con cada joven, con cada familia, y a convocarlos. Nos dijo que la vocación es relativa, que todo depende de las motivaciones y de las posibilidades que permitan el desarrollo de cada persona. Recuerdo las reuniones que organizamos para la captación de los primeros trabajadores sociales, maestros emergentes y técnicos de la salud. La respuesta de los jóvenes y sus familiares fue impresionante. Comprobamos que la primera vocación debe ser por la defensa de la obra revolucionaria, y que a partir de esa

premisa cada generación tiene la capacidad de asumir los retos que le corresponde en su momento histórico.

El Comandante nos fue conquistando con su humanismo inagotable. Insistía a diario en ideas que ciertamente no habíamos pensado; no dejaba de referirse a quienes habían sido excluidos en nuestra sociedad, por cuenta, principalmente, de circunstancias heredadas del capitalismo, y también por errores nuestros. Tengo presente algunos de los conceptos que él ha compartido con nosotros en tantas noches de trabajo: «Hay que igualar de abajo hacia arriba»; tenemos que ser capaces de crear igualdad de oportunidades y posibilidades para todos; «las personas que están presas deben su estatus, en primer lugar, a la sociedad que ha sido incapaz de educarlos»; «una sociedad racionalmente justa como la nuestra, tiene posibilidades reales de no tener jóvenes presos o desocupados»; «existe una relación estrecha entre cultura, educación y marginalidad, y entre cultura, educación y delito»; «la reeducación no existe: no se puede reeducar a alguien que antes no haya sido educado»; «los problemas relacionados con el delito no se resuelven ni formando más policías ni construyendo más prisiones, se resuelven construyendo más escuelas y perfeccionado la educación». Estos conceptos solo pueden nacer de una sensibilidad especial hacia los seres humanos. Es un pensamiento que sustenta todos los programas desarrollados en la Batalla de Ideas.

Modestia, sencillez y humildad

Haber vivido la experiencia de la Batalla de Ideas es como haber aprendido a andar, te da mucha seguridad en ti mismo. Uno cree, primeramente, que puede con todos los desafíos posibles. Nosotros pensábamos a veces que aquel entrenamiento, aquella carga de trabajo, era una exageración. Recuerdo que un día salí dormido por el espacio televisivo de la Mesa Redonda. Estaba sentado en el público y medio mundo me vio así. Después se decidió moderar nuestra participación en la Mesa porque estábamos sobregirados en horas de trabajo.

Pero el incidente tenía su mensaje: se pueden hacer muchas cosas. Hay, sin embargo, que prepararse, saber organizarse, priorizar, delegar y

sumar personas a todo lo que hacemos. Una cosa que también aprendí un poquito fue a cómo pensar. Fidel nos ha dicho que todos los problemas tienen solución, lo importante es pensar, pensar lo que usted va a decir, lo que quiere hacer y cómo. Aprendimos que no se puede improvisar, que hay que saber hacer las cosas, que no se puede trabajar para perder. Hay que trabajar para ganar, para ganar y ganar, porque los esfuerzos tienen como destino al ser humano y los fallos serían imperdonables.

Otra lección importante es cómo comportarse en el momento de asignar a otro revolucionario una tarea directamente orientada por Fidel. Hay que ser muy cuidadoso. Cuando uno está cerca del Comandante es cuando con mayor modestia, sencillez y humildad debemos actuar.

La Batalla de Ideas es posible, en primer lugar, por la participación entusiasta de nuestro pueblo en todos los programas y luchas libradas, también por el apoyo de las diferentes instituciones del Estado y las organizaciones sociales.

Si usted quiere buscar un maestro que enseñe a hacer muchas cosas con pocos recursos y con la participación de todos, ese es Fidel.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 7 de enero de 2008.

Wifredo Lam

ARTISTA PLÁSTICO CUBANO

Me parece un milagro

—¡Qué Revolución esta, la cubana! No se adapta a lo que yo he aprendido en los libros; es una revolución muy particular. En aquella época yo decía: «Eso no es marxismo», porque, honestamente, no le encontraba un significado socialista a la lucha que dirigía Fidel en la Sierra Maestra.

El 1ro. de enero de 1959 iba yo en un tren a Zurich, en el momento en que dieron por radio la sensacional noticia: «¡Cayó Batista! ¡Fidel Castro ha vencido!».

Pretender medir la dimensión de Fidel es imposible. En todas las épocas que viví en La Habana, contemplaba a los niños corriendo

descalzos por las calles y encaramados en los árboles de los parques, faltos de escuelas, o pidiendo limosnas, o de limpiabotas; veía las calles llenas de billeteros, las salas de billar con tantos vagos, tanta gente mal educada, los matones haciendo lo que les venía en ganas y tanta politiquería; creía que era imposible hacer aquí una revolución, sin pasar por una larga pedagogía política. Fidel ha realizado esa obra.

No existe aún el libro que explique cómo se ha hecho la Revolución Cubana; sin embargo, he oído a Fidel hablar con el pueblo, y he visto cómo le responde. Como cubano, ese cambio me parece un milagro.

Me hubiera gustado vivir en esa naturaleza

Mis regresos a Cuba siempre me han producido dicha infinita, pero ninguno como el de fines de abril de 1963, después de 5 años de ausencia. «Voy a contemplar una Cuba nueva», me dije, al pisar tierra patria. Horas después, iba con mi esposa Lou a la Plaza de la Revolución, a conmemorar el 1ro. de Mayo bajo las banderas del socialismo.

En 1966, en el Museo de Bellas Artes de La Habana, expuse *El Tercer Mundo,* mi homenaje plástico a la Revolución Cubana. Para hacerlo no tenía a mano muchos materiales. Lo pinté en el propio museo, en uno de sus almacenes, donde se guardaban los retratos de los generales españoles que gobernaron en Cuba. No hay duda de que me sirvieron de incentivo.

Esa fue la primera vez que tuve la oportunidad de saludar a Fidel. Me invitaron a una recepción al Palacio Presidencial. Haydée Santamaría me lo presentó. Fue cuando nos hicieron esa fotografía donde estamos Lou y yo junto a Fidel.

Fidel me pareció un hombre eminentemente bello, un héroe griego con sus barbas negras y su nariz recta. Al saludarlo solo atiné a decirle: «¡Es un placer enorme!». En aquel momento hablaba muy entusiasmado con unos latinoamericanos.

—Me estaban hablando de Humboldt y de la naturaleza de Sudamérica. Me hubiera gustado vivir en esa naturaleza, hacer la revolución por allá –nos dijo Fidel.

WIFREDO LAM

Seguimos hablando de la selva sudamericana, tal como la describe Rómulo Gallegos en *Doña Bárbara,* y de la lucha entre la serpiente y el burro con que termina la famosa novela.

Gran arquitecto humano

En 1967 vine a Cuba al Salón de Mayo. Fui a Gran Tierra, cerca de la Punta Maisí, donde se inauguraba una gran escuela. Fidel se presentó como a las 3:00 de la mañana en el campamento donde nos alojaron. El viaje hasta allá no había sido fácil y estaba cansadísimo, pero al enterarme de la presencia de Fidel, me levanté para saludarlo. Yo estaba con Michel Leiris y Peter Weiss, quienes también hablaron con Fidel.

Finalmente volví a verlo y hablé con él en la recepción que dio con motivo del Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, celebrado en La Habana, en septiembre de 1981.

La existencia del hombre universal se puede concretar aquí, en Cuba, con los indios, los africanos, los asiáticos y los europeos. Es la síntesis de la humanidad. Nosotros abrimos el camino para alcanzar una comprensión universal. Cuba, siendo un país tan pequeño, ha triunfado. Ver lo que se está haciendo nos devuelve la confianza en el ser humano. De un carácter y una actitud como la de Fidel no se puede hablar fríamente, y de las conquistas que han hecho aquí no se puede hablar sin tener presente su figura. Muchas de las cosas que ahora soñamos serán realizadas en esta marcha hacia el futuro. Solo hay que tener un poco de paciencia para que el tiempo vaya eliminando las malas huellas del pasado.

Creo que Fidel, como guía, ha hecho un trabajo excepcional. Que este hombre haya unido al pueblo en una misma causa significa que es un gran arquitecto humano, puesto que ha hecho sentir a todos los cubanos como formando parte de un solo cuerpo, un solo corazón.

Antonio Núñez Jiménez: *Wifredo Lam,* Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, Cuba, 1982. pp. 215-217.

Salim Lamrani

PROFESOR Y PERIODISTA FRANCÉS

Su rechazo a la impunidad

Conocí por primera vez a Fidel Castro en junio de 2005 en el Palacio de Convenciones de La Habana, donde había sido invitado a participar en un encuentro internacional contra el terrorismo. Ese es, desde luego, un momento que nunca olvidaré.

Después de mi intervención, que cerraba el panel, Fidel se levantó y, naturalmente, vino a estrecharme la mano como si fuéramos viejos amigos que se volvían a encontrar. Debo confesar que estaba algo intimidado por el hecho de estar frente a una leyenda viva. Pero el presidente cubano tiene esa fabulosa cualidad de hacer que alguien se sienta inmediatamente a gusto y establecer una conversación informal.

Siguiendo una costumbre que aprecia mucho, puso su brazo en mi hombro y empezó a explicarnos (estaba acompañado por otros intelectuales) que la posición de Washington respecto al notorio terrorista Luis Posada Carriles era insostenible pues era imposible defender, frente al mundo, la doctrina «del buen y del mal terrorista». El diálogo había durado cerca de media hora y su convicción, su anhelo de justicia, su rechazo a la impunidad me marcaron singularmente.

Después, tuve el privilegio de encontrarlo de nuevo dos veces en febrero de 2006 en un salón de protocolo de la Tribuna Antimperialista, frente a la SINA, y se comportó con la misma amabilidad. Es realmente un personaje fascinante, digno de admiración y respeto; un patriota de la más pura especie, que siempre se ha negado a doblar el espinazo frente a los poderosos. Permanece fiel a sus principios a pesar de la adversidad, pues está profundamente convencido de la extraordinaria fuerza de las ideas. Fidel sigue creyendo que otro mundo, menos cruel, es posible. Por eso es un símbolo de dignidad y de esperanza no solo para los cubanos, para la humanidad entera.

José Martí puede estar orgulloso. Su sacrificio no fue en vano, pues su hijo espiritual ha sabido ser digno de él, retomar la antorcha de la libertad y conquistar la independencia de la patria martirizada.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 3 de marzo de 2008.

Saúl Landau

INTELECTUAL NORTEAMERICANO

Lo que queda es desarrollar el socialismo

Esta semana, Fidel decidió alejarse de casi medio siglo de liderazgo. La última vez que yo lo vi fue en abril de 2001. «Lo peor ha quedado atrás», le dijo a la persona a mi lado en un pasillo. «Lo que queda es desarrollar el socialismo». Golpeándome en el pecho con un dedo, me preguntó sobre los zapatistas en Chiapas, México, y la pobreza en la región, que era mucho peor que la que sufrían los cubanos.

Progreso, Estados Unidos, 22 de febrero de 2008.

Wolfgang Larrazábal

ALMIRANTE VENEZOLANO

Llegando a un puerto grande

Este encuentro con Fidel para mí, desde el punto de vista sentimental, ha sido más emotivo que cuando lo recibí en Caracas. A la sazón, tenía un poder político inmenso. Ahora, cuando llego aquí, ese poder político ha desaparecido y ha sido tanto el cariño, el afecto con que me ha tratado, que estoy conmovido.

Al abrazarlo sentí como si estuviera llegando a un puerto grande donde el abrigo y el calor demuestran que el hombre necesita de eso en la vida para sentirse más humano.

Entre las cosas que tiene Fidel se destaca su gran humanismo. Siente de veras el contacto humano. Mi reencuentro con él ha sido para mí motivo de intensa alegría. Parece que los años no le han pasado. Se ve joven, vigoroso, dinámico. Es el estadista que conoce los problemas de Cuba y del mundo con gran profundidad.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1982.

Susana Lee
PERIODISTA CUBANA

La primera vez

Era el 1ro. de Mayo de 1964 en la Plaza de la Revolución. Todavía no terminaba el bachillerato, y, por encargo de la Unión de Jóvenes Comunistas, llevaba un año en la redacción del periódico *Hoy,* combinando estudio y trabajo.

Ese día estaba entre los periodistas del diario que reportaríamos el desfile por el Día de los Trabajadores; además, tenía la encomienda de un grupo de investigadores de la Universidad Central de Las Villas, a quienes había entrevistado una semana antes, de entregarle una carta a Fidel para que les ayudara a continuar algunos experimentos en que estaban enfrascados y necesitaban recursos.

Nunca había hablado con él, pero me entusiasmé tanto con aquellos jóvenes y sus proyectos que me comprometí.

Faltaba poco para dar inicio al desfile. Fidel y otros dirigentes estaban a la cabeza de la multitudinaria columna que en breve marcharía. Me encontraba muy cerca, pero aquellos minutos me parecieron una eternidad. No me decidía a tratar de acercarme. «¿Me dejarán llegar a él?, ¿qué le digo?, ¿qué me dirá?...». Tantas eran las preguntas, mis dudas y temores, que casi desisto; pero el papel en el bolsillo, el compromiso, el afán de contribuir en algo a aquel empeño… me hicieron avanzar… y avanzar hasta que, no sé cómo, llegué a su lado, le toqué, y apenas pude decir, tampoco sé cómo: «Comandante…».

Fidel se ladeó, me miró… y me imagino que ante mi seguro visible temblor, en medio del barullo lógico del momento, me dijo muy amable y comprensivamente: «Dígame, compañera».

Ni sé que atiné a hablarle… han pasado 45 años, yo apenas tenía 15, y la emoción de aquella primera vez de tenerlo frente y, además, que me brotaran palabras… era demasiado. Solo sé que ya iba a arrancar la marcha, y que Fidel me pidió la carta y me prometió leerla.

Segundos después, el Jefe de la Revolución estaba desfilando y yo temblaba de pies a cabeza, sin atinar más que a hacerme a un lado para salir de aquel bloque compacto de dirigentes, trabajadores y pueblo.

Transcurrieron unos días –10, 12, 15, no recuerdo–, y aquel grupo de jóvenes investigadores villaclareños se me apareció en mi casa para contarme: Fidel los había citado, se reunió con ellos, se interesó por sus proyectos y los apoyó mucho más allá de lo que habían soñado…

Regalo de cumpleaños

El 13 de agosto no fue nunca una fecha de celebración, aunque millones de cubanos supiéramos su significado. Fue en el año 1976, en su cumpleaños 50, que se hizo público, porque la dirección de la entonces Unión Soviética anunció el otorgamiento de una condecoración en ocasión de ese aniversario cerrado.

La divulgación propició que en la tarde de ese día, en el campamento de pioneros de Tarará, se le organizara una fiesta de cumpleaños con los niños que estaban disfrutando esa semana de sus instalaciones… ¡y Fidel participó!

Ambas celebraciones se publicaron, pero él se encargó de aclarar que era solo por esa vez, obligado por la circunstancia de la distinción soviética. Con el transcurso de los años, el 13 de agosto fue saliendo del secreto a voces, aunque se mantenía el silencio en los medios. Y no sé en qué momento ni a quién o a quiénes se les ocurrió, pero comenzó a promoverse un movimiento cada vez más masivo de festejar el cumpleaños de Fidel con jornadas productivas, obras terminadas, las que, por ser para lo que eran, tampoco se publicaban. Se convirtió en la forma por excelencia de desearle felicidades.

A principios de la década de los 90, no recuerdo el año exacto, ya en medio del Período Especial, escribí una crónica por el 13 de agosto y la presenté al Director de *Granma*. Con su acuerdo, se publicó, sin preguntar ni consultar, y a expensas de una posible crítica, que, por suerte, no se produjo.

En los años siguientes se publicaron otros trabajos periodísticos. La televisión comenzó a trasmitir imágenes y canciones que algunos autores le dedicaron por su cumpleaños, y el pueblo se sumó a la celebración con mil y una iniciativas.

Hubo una vez, sin embargo, que en *Granma* no publicamos trabajo alguno. Sucedió que, en vez de la crónica que se había hecho ya tradicio-

nal en las ediciones del 13 de agosto (muchas personas vieron en ellas reflejada su propia felicitación), redacté un reportaje sobre la culminación de un tramo del pedraplén Jigüey-Romano-Cayo Cruz, al norte de la provincia de Camagüey, que sus constructores, los integrantes del contingente Camilo Cienfuegos, dedicaron al cumpleaños del Comandante.

Por incluir una felicitación de ese colectivo, decidimos enviárselo para que lo conociera antes de su edición.

A las pocas horas nos lo envió de vuelta con una nota manuscrita en la que nos solicitaba que no se publicara, explicándonos que como se le dedicaba a él por su aniversario, prefería que pasara inadvertido. Eso sí, me pedía que fuera de nuevo al contingente y les agradeciera en su nombre aquel «regalo de cumpleaños».

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 28 de febrero de 2008.

Alcira Legasp

MAESTRA URUGUAYA

Una personalidad de las que pocas veces surgen

En 1964 se realiza en La Habana una reunión de los Partidos Comunistas de América Latina y acompaño en el viaje a mi esposo, Rodney Arismendi, secretario general del Partido Comunista Uruguayo. A partir de ahí tuve mayores oportunidades de conversaciones directas con Fidel, así como estrecho mis relaciones con Raúl Castro y su esposa Vilma Espín.

Hubo un hecho anecdótico si se quiere, muy significativo de todo el entorno de ese momento, del estilo de relación de Fidel con las delegaciones y directamente con nosotros. Fidel lo azuza a Arismendi en polémica con el Che sobre las capacidades de hacer un gran asado. Entonces Fidel le dice: «vos uruguayo ¿te animas a hacer un asado?» Y Arismendi le contesta, «Bueno, si me das un novillo, buena carne, yo me animo a hacerlo». Se armaron parrillas especiales y Arismendi, por su vinculación permanente con la industria de la carne y con los obreros, enseñó a

hacer cortes en la res, distintos de los que estaban acostumbrados a hacer los cubanos. Hizo una parrillada para más de cien personas.

Realmente Fidel, es una personalidad que además de la fuerza intelectual que surge del conocimiento de toda su obra, es de una gran presencia, una gran fuerza, una gran atracción. Además es muy directo en su relación con la gente. Se siente que se aproxima a cada uno de nosotros. Uno no lo mira como a la distancia.

Una noche, en la residencia en que nos encontrábamos, vino para reunirse con Arismendi. Yo me tiré en un sofá a leer porque no participaba en la reunión. A las 3 de la mañana, vienen con Fidel para despedirse. Yo me había dormido. Y dice: «no la despiertes, yo mañana a las 12 vengo a saludar a Alcira». Y a las 12, vino Fidel expresamente a saludarme.

Es indiscutible. Yo te voy a decir una cosa: nosotros como marxistas pensamos que las revoluciones, los grandes cambios, los hacen las masas. Yo no he renegado del principio según el cual el desarrollo de la humanidad es el reflejo de la lucha de clases. Arismendi lo sostenía casi machaconamente, sobre todo en ese período en que convivíamos con la experiencia socialista: con las masas todo, sin las masas nada. En Cuba también. Pero a la vez pienso que cada vez más debemos saber apreciar el papel de la personalidad en la historia, que no tiene nada que ver con el culto a la personalidad. Efectivamente, Fidel es una personalidad de esas características, de las que pocas veces surgen. Ojalá todos los pueblos tuvieran en el transcurso de sus luchas, la presencia de un líder con las características de Fidel.

Rodney me decía siempre sobre la personalidad de Fidel, sus características, que si él en vez de dedicarse a la Revolución se hubiera dedicado a otra actividad, hubiera sido siempre una personalidad descollante».

Revista *Onda Digital*, Montevideo, Uruguay, diciembre de 2007.

Silvio Leonard Sarría

DEPORTISTA CUBANO DE ATLETISMO

Me felicitó

Cuando realicé los 9,9 segundos en el Memorial Barrientos de atletis-

mo, celebrado en el estadio capitalino Pedro Marrero, en 1977, el Comandante en Jefe, que había concurrido por vez primera a una lid internacional de atletismo en Cuba, me mandó a buscar. Llegué frente a él, que estaba sentado en la hierba próximo a la meta, junto a Jorge García Bango, presidente del INDER, Manuel González Guerra, del Comité Olímpico Cubano, más los atletas Enrique Figuerola y Alberto Juantorena, coronado por partida doble, en 400 y 800, en la cita olímpica de Montreal, Canadá (1976).

Fidel me felicitó por mis triunfos en los 100 y 200 metros, y me preguntó:

—¿Cómo se siente uno cuando realiza un tiempo tan grande, como los 9,9 segundos en los 100 metros planos?

Le contesté:

—Comandante, lo que pasa es que en esa carrera, por ser tan rápida, no hay tiempo casi ni para respirar.

Entonces, me felicitó nuevamente y me preguntó por la firma Cantabrian, que fabrica los implementos para las carreras con vallas, si no se podían hacer en Cuba.

No pude responderle, porque en esos instantes venía la final de los 110 metros con vallas y pusimos fin a nuestra breve y amena conversación.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 19 de enero de 2008.

Max Lesnik

POLÍTICO Y PERIODISTA CUBANO
RADICADO EN ESTADOS UNIDOS

El discurso de denuncia

A finales del curso universitario de 1949, en la Universidad de La Habana se vivía un clima de violencia. Por eso, coincidían auténticos reciclados de la ortodoxia y elementos socialistas para establecer una política estudiantil de rechazo a la injerencia del Partido Auténtico que quería controlar la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) y convertirla en una dependencia de su política.

En ese proceso, se produce una etapa sucia de la política cubana: el incremento del gangsterismo, auspiciado durante el gobierno de Ramón Grau San Martín por su ministro de Educación José Manuel Alemán.

Fidel, con otros estudiantes –unos por ser ortodoxos, otros por ser socialistas–, teníamos un frente común contra la injerencia del poder gubernamental, que compraba presidentes de escuelas, tratando de corromper el limpio proceso estudiantil, envuelto en una serie de algaradas. Bajábamos la escalinata en protesta, no de tipo política como sucedió en la época de Batista, se trataba de causas populares como el aumento del pasaje. También una campaña, contra la Compañía de Electricidad, que culminó en un gran mitin en una noche sin «KListo», donde toda la universidad quedó apagada y alumbrada solo con velas traídas por la gente del pueblo. En ese proceso surgió lo que se llamó «el pacto de las pandillas».

Era una operación del gobierno auténtico, que trataba de comprar las pandillas para buscar la tranquilidad, no para liquidarlas.

Fidel, como líder estudiantil, estaba enfrentado a ese tipo de situación de corrupción y planteó que quería ingresar en un comité que se formó entre ortodoxos y socialistas, llamado «30 de Septiembre», fecha de la muerte del líder estudiantil Rafael Trejo, contra el gangsterismo.

Se produjo una reunión en mi casa: Morro 53, en la que intervinieron, entre otros, los miembros del Comité, Alfredo Guevara, Lionel Soto, Flavio Bravo, Antonio Núñez Jiménez; se acordó que los que participábamos en esa lucha teníamos que ir desarmados a la universidad.

Por esa época, frente a estos elementos gangsteriles, los estudiantes que teníamos una posición vertical frente a la corrupción íbamos armados. Era el único mecanismo de defensa que teníamos. Pero con muy buen juicio se acordó que para ir en contra del gangsterismo no podíamos practicar el uso de las armas porque iban a decir que era una lucha de gángsters buenos y gángsters malos. Se acordó que no se llevaran armas a la universidad y que, aparte de eso, había que denunciarlos. Fidel propuso que él era el que los iba a denunciar.

Nos reunimos en la galería de los mártires que estaba al lado del local de la FEU. Había 13 votos que eran las 13 escuelas, y fue Fidel el que pronunció el discurso de denuncia. No sé cómo, pero se consiguieron

los nombres y las botellas (así le llamaban a los puestos de los que no trabajaban y cobraban en los ministerios), y Fidel fue diciendo quién era quién, nombre por nombre, y dónde cobraba, por qué cobraba y qué ministro le había dado la botella.

Me acuerdo de una tarde, prácticamente era ya de noche, estábamos en una reunión acalorada, y alrededor de la universidad estaban todos los elementos de las pandillas que controlaban dichos puestos.

Cuando aquello, en la universidad había una cadena para controlar la entrada de los carros, no había muchos estudiantes con autos. Yo tenía un Pontiac convertible rojo y Alfredo Esquivel que era inseparable de Fidel en esa época me dice: «Al guajiro (así le decían a Fidel los que tenían amistad íntima con él) hay que llevárselo de aquí, allá abajo están todos los elementos gangsteriles que lo quieren matar.

Se me ocurrió que la mejor forma era bajarle la capota a mi auto convertible y pasar por delante de todos ellos. Así hicimos, les pasamos, lentamente, por delante. Salí por la calle Jovellar, doblé a la derecha y bajé todo San Lázaro hasta mi casa, en Morro 53.

Una carta a los electores

Fidel decide aspirar a representante por la provincia de La Habana, por el Partido Ortodoxo, en las elecciones que deberían celebrarse en 1952. Lo primero que tenía que hacer para lograr alguna influencia en el partido en el proceso electoral era aspirar a delegado de barrio. El mecanismo consistía en ser delegado de barrio, delegado a la provincial, a la nacional y, sobre todo, a la provincial para que te postularan. Tenías que tener fuerza de los delegados.

Fidel hizo su campaña en el barrio de Cayo Hueso, era un barrio popular, de gente de pueblo; claro, en la universidad ya había tenido una serie de batallas populistas. Recuerdo que en el desalojo de la gente que vivía en los barrios marginales, él se convirtió en su abogado, empezó a defender a la gente más humilde, lo que le daba influencia en esas zonas.

Salió electo delegado, lo ayudó mucho Adolfito, quien era un barbero ortodoxo, y de ahí viene la campaña electoral.

Hizo cosas muy originales para la política de la época. Como yo era dirigente de la juventud ortodoxa tenía acceso a los sobres con estafeta de correspondencia oficial del congreso que me conseguían los representantes y senadores ortodoxos. En el local de Prado 109, que era la oficina del partido, teníamos una cantidad fabulosa de esos sobres. El partido tenía miles de electores y a Fidel se le ocurrió una idea que fue innovadora en política.

Había dos sistemas de imprimir una circular: por el mimeógrafo y por el dito, que era un papel donde se escribía con una pluma, en letra manuscrita. A Fidel se le ocurrió mandarle una carta a los electores felicitándolos por la pascuas y, aparte de eso, les enviaba un mensaje político explicándoles su posición y aspiración a representante. Eso, unido a la estatura que ya tenía como defensor de causas populares, le dio una gran fuerza política. Nadie antes había puesto en práctica una idea tan original.

Fidel logró establecer una campaña muy dinámica, iba mitin por mitin y acto por acto; hablaba tres, cuatro, cinco veces en una noche. Me acuerdo que uno de los temas que le dio a él mucha popularidad en el partido y en los jóvenes fue una campaña de denuncia que hizo de la corrupción auténtica y logró retratar las fincas La Chata y El Rocío, propiedad de Carlos Prío, lo cual salió publicado en el periódico *Alerta*.

En eso contó con la ayuda de René Rodríguez, a quien considero el primer fidelista de la historia. René que era luminotécnico del noticiero de cine Periódico, se convirtió en el hombre de confianza de Fidel.

Muy agradecido

Fidel es un hombre muy agradecido. Nunca olvida a quien le ha hecho un favor. Ramón Vasconcelos, a pesar de ser ministro de Comunicaciones del régimen de Batista, era el propietario y director de *Alerta* que fue el único periódico que publicó la entrevista que el periodista Benjamín de la Vega le hiciera a Fidel en México donde proclamó: «Si salgo, llego; si llego, entro y si entro, triunfo».

En el vocabulario de Fidel no existe la palabra ingratitud. El gesto que tuvo con Vasconcelos, de dejarlo venir a morir a su tierra, lo ha

tenido con muchos otros, esto forma parte de los detalles humanos que componen su grandeza.

En su casa leí libros marxistas

Después del triunfo de la Revolución me encontré con Fidel en tres o cuatro ocasiones. En una oportunidad lo vi en la cafetería de 12 y 23. Yo estaba con un grupo de amigos y llegó él.

Se sentó a la mesa y de repente me soltó: «Me han dicho que te has vuelto anticomunista». Entonces, se viró para uno que estaba a su lado y le comentó: «Mira, en su casa leí libros marxistas». Ya él tenía información de mi posición.

Se quieren repartir el mundo

Un día estoy en la revista *Bohemia*, hablando con su director Miguel Ángel Quevedo, y cuando voy a salir llega Pancho, el secretario de Miguel, y anuncia que ha llegado Fidel. En el instante en que me voy a retirar, Fidel sale del elevador, no sé si él se acordará de esto, pero me pone las dos manos en el hombro y me expresa: «¿Qué te parece este par de viejos calvos, Jruschov y Eisenhower, que se quieren repartir el mundo?».

Hasta el corral de las niñas

Cuando me marcho de Cuba de manera clandestina por Cojímar, en los comienzos de 1961, se quedan en el país mi esposa Míriam y mis dos pequeñas hijas.

Mi esposa acude al ministerio de Relaciones Exteriores a solicitar los pasaportes correspondientes para marchar a los Estados Unidos para reunirse conmigo, pero uno de los subsecretarios de la época le plantea que ella podía salir, pero que no podía llevarse a las niñas pues yo no había dejado firmada la autorización.

Entonces ella fue a ver a Javier Lezcano que era muy amigo de Fidel en lo personal. Era el tipo de hombre que era fidelista porque lo admiraba, porque lo quería. Lezcano habla con Fidel y le informa lo que está pasando. Fidel cogió el teléfono, llamó al funcionario y le dio instrucciones de entregarle a Míriam el pasaporte de las niñas, y que además, se

podía llevar todas sus pertenencias personales, incluyendo el corral de las chiquillas; y se lo llevó. También le dijo a Lezcano que la acompañara al aeropuerto.

Esos son gestos que pasan por encima de la política. Yo no podía responder a ese tipo de actitud de otra manera que no fuera con la deferencia.

Se interesó por mi vida

No volví a Cuba hasta el año 1978. Eran 17 años de ausencia. La visita se produjo en el proceso del primer diálogo de las autoridades nacionales con la comunidad cubana en el exterior. Estaba en una casa de protocolo, me fueron a buscar y me llevaron para el Palacio de la Revolución. Ya dentro de Palacio, cuando voy caminando por el pasillo, me tropecé con Chucho Montané, quien se sorprendió al verme y reaccionó dándome un abrazo.

Vi al final del pasillo una puerta cerrada. De repente se abrió y tuve a Fidel enfrente. Me dió un abrazo. Por una cuestión elemental a un jefe de Estado le pregunté: ¿Cuál es el trato? Y me respondió: «Para ti, Fidel».

Fue emocionante. Era el reencuentro con un viejo compañero que ahora es Jefe de Estado. Estaba saludando a un amigo a quien en la distancia siempre respeté en lo personal.

Me invitó a sentarme. Había dos sillas en el medio del salón. La conversación duró alrededor de tres horas. Me acuerdo de que tomé café, jugo de naranja. Hablaba muy pausado, muy observador, muy interesado en escuchar lo que le decía. Se interesó por mi vida en el exterior, ¿qué hacía?, ¿cuántos números tiraba la revista *Réplica,* recordamos distintas anécdotas. Sinceramente, tocamos numerosos temas.

Lo que más me impresionó fue su acostumbrada sagacidad para buscar el más mínimo detalle, escudriñando hasta el último punto como si estuviera exprimiendo una naranja para sacarle todo el jugo de la conversación. Hablamos de muchas cosas. También demostró su conocimiento de Estados Unidos, tanto de su política interna como externa. Me habló de su admiración por Jane Fonda como actriz y por su posición política.

Igualmente, me impactó su capacidad de negociación, flexibilidad o de buscar solución. Ya al final, cuando nos despedimos, me puso la mano en el hombro y me hizo un elogio: «No estás tan viejo, pero estás más sabio».

Cuando salí, Montané me estaba esperando. Y me dijo: «Fidel te quiere hacer un regalo». Me entregó un cuadro de René Portocarrero y, desde ese momento, lo tengo colgado en la sala de mi casa.

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 2006.

José Llanusa Gobel

REVOLUCIONARIO CUBANO

Ve tú primero y dime si hay mucha gente

Recuerdo, en enero de 1962, el primer Campeonato Nacional de Béisbol después del triunfo de la Revolución, fue el primer juego de pelota no profesional en el entonces estadio del Cerro, hoy estadio Latinoamericano. Asistí con Fidel y me dijo en la entrada: «Ve tú primero y dime si hay mucha gente». Al momento regresé y le dije que el estadio estaba medio lleno «¡Medio lleno! ¡Ya ganamos!», dice con el optimismo contagioso de siempre.

Más tarde, con Eddy Martin, y rodeado de periodistas, expresó: «Este es el triunfo de la pelota libre sobre la pelota esclava».

A los yanquis les pasa igual que a ti…

En los días de abril, a raíz de la victoria de Playa Girón, la Ciudad Deportiva se convirtió en centro de operaciones revolucionarias y, también, en cárcel de los mercenarios presos en Girón, pertenecientes a la Brigada 2506. Allí estaban los integrantes de las brigadas derrotadas, desde Ulises Carbó hasta José San Román.

Aquello fue una historia incontable. Recuerdo un día cuando, a la 1:00 de la tarde, llegó Fidel. Al entrar al tabloncillo, y para sorpresa generalizada, aquellos mercenarios en un solo haz, dieron la bienvenida al

Comandante en Jefe con un fuerte aplauso. Fidel saludó a alguno que otro conocido como José Miró Cardona, hijo de Miró Cardona y Ulises Carbó.

El Comandante en Jefe pasó a mi oficina en el Coliseo y mandó a buscar a Ulises Carbó, en su condición de periodista, con quien habló un rato. Uno de los temas del diálogo era que debía quedar recogido en un libro la historia de la derrota de la invasión por Playa Girón, así como el compromiso de los yanquis con los atacantes. Fidel me planteó la necesidad de crearle las condiciones imprescindibles para ello. Ulises estuvo de acuerdo en escribir aquellas memorias y solicitó un «sanwichito» y un «wiskito». De más está decir que jamás cumplió su palabra con Fidel.

Al día siguiente tuvimos una sorpresa. Entre los presos se hallaba San Román, jefe de la brigada mercenaria invasora, que se había registrado con nombre falso, y le avisamos a Fidel, quien tenía interés de hablar con él para que le aclarara por qué Nino Díaz había tratado de desembarcar por Oriente, mostrándole un mapa que extendió sobre la mesa.

San Román, con erguido saludo militar, le argumentó a Fidel que él era un prisionero de guerra, y que según lo reglamentado en el Código de Ginebra no podía decir nada. El Comandante en Jefe dio un salto y ripostó: «Prisionero de guerra, con aviones y barcos norteamericanos… ¿qué clase de prisionero eres?». San Román se desmayó en la silla. No tenía respuesta alguna que brindar. Entonces, Fidel dio por terminado aquel episodio y se marchó.

Posteriormente, cuando se celebró el juicio a los prisioneros de Bahía de Cochinos, en plenas navidades, se efectuó el canje de los prisioneros en el que intervino un enviado especial del gobierno de los Estados Unidos, Donovan, que estaba aquí con su familia. El canje fue aprobado por un valor de 42 000 000 de dólares, parte de este dinero lo aportarían en compotas y otros alimentos para los niños.

Fue un triunfo de Cuba. Ya después se conocieron los detalles, de dónde salieron, cuáles eran los objetivos y todo lo que sabe el mundo entero, tras los documentos desclasificados y confesiones de los participantes en aquella epopeya, incluyendo al Comandante en Jefe.

Cuando se estaban haciendo las negociaciones para el canje de los prisioneros por compotas y alimentos, Fidel nos pidió que fuéramos para la cárcel de El Príncipe, donde se habían trasladado los presos de la

invasión, pertenecientes a la Brigada 2506. Allí nos informaron que algunos de los detenidos habían conformado una «comisión», donde por cierto, no incluyeron a Ulises Carbó, con lo que Fidel no estuvo de acuerdo.

Entonces, uno de los prisioneros, Tamayo, nos planteó: «Que venga Ulises, chico, que el Comandante se las sabe todas…».

A Ulises lo incorporaron, y estuvo presente cuando Fidel se reunió con la «comisión». El Comandante en Jefe lo saludó y le preguntó cómo estaba y Ulises le respondió: «Figúrese, cómo voy a estar, si pediste 42 000 000. Más nunca saldremos de aquí».

Fidel rápidamente le respondió: «Ulises, tú estas equivocado. Fíjate, cuando vas al cine, tú preguntas qué película ponen o cuánto vale la entrada». Él mismo se contesta. Ante la respuesta de su interlocutor, Fidel argumenta: «No ves Ulises, a los yanquis le pasa igual que a ti…».

La risa fue generalizada y nos retiramos de El Príncipe.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 17 de abril de 2007.

Néstor López Cuba

GENERAL DE DIVISIÓN CUBANO

La palma es el árbol nacional

En los primeros días del mes de enero, en una de las visitas que Fidel hizo a Managua, al conocer la buena disciplina que manteníamos los combatientes de la Columna 17, nos dijo: «A partir de hoy cogen los tanques».

En Managua radicaba un batallón de tanques que había pertenecido a la dictadura. Algunos guardias viejos nos sirvieron de instructores y así empezamos a dominar un poco la técnica.

No se podía tirar con los tanques pues no había polígonos, pero en una nueva visita de Fidel se me acercó un compañero corriendo por la barraca: «López Cuba, López Cuba, el Comandante está buscando a alguien que sepa tirar con el tanque y tú eres el que debes ir».

Me presenté ante Fidel y me preguntó: «¿Aquí se puede tirar?». Le respondí que nunca habíamos tirado con el tanque, pero sí con el resto

de las armas. Entonces me dijo: «Bueno, vamos a meternos ahí dentro, tú me explicas lo que tengo que hacer». Me ericé.

Entré con él en el tanque. Ya había aprendido a manejar los mecanismos. «Bueno, vamos a tirar», me anunció. Cargué el cañón. Le informé que ya estaba listo. Disparó dos o tres cañonazos contra una loma.

A los quince o veinte días regresó. Al parecer se había quedado impresionado con el tanque, el cañonazo. Cuando llegó, mandó a buscar al sargento que había estado con él en el tanque. El sargento era yo.

Al verme me dijo que él iba a tirar desde un tanque y yo desde otro. Empezamos una emulación fraternal. Había un poco de palmas en la ladera de la loma.

En un momento determinado mandó a suspender el fuego. Entonces, me dice: «Está bueno ya. Quedamos tablas. Además, estamos violando la Constitución, la palma es el árbol nacional».

En ese momento recordé que en el campo, para tumbar una palma, había que tener un permiso, si no te ponían cinco pesos de multa.

Desarmó a un combatiente

Después, estando en la escuela de las unidades blindadas, se anunció que con motivo del aniversario del 26 de Julio se iba a efectuar un desfile en el Malecón donde participarían la aviación, los tanques y otras armas.

A la hora de partir faltó uno de los conductores de los tanques y me mandaron a buscar para que lo manejara. Al llegar al Malecón situamos los tanques en la Avenida del Puerto.

Allí se apareció Fidel. Primero tiró con los 105 milímetros y después con los 37 milímetros. Al terminar, se dirigió a donde estaban los tanques, y al verme, se metió conmigo dentro de uno de ellos. Hizo varios disparos y, sorpresivamente, comenzaron a tirar desde diferentes sitios hasta con fusiles.

Una gaviota asustada que pasaba frente al muro fue objetivo para los indisciplinados tiradores. Fidel, incluso, desarmó a un combatiente que con una ametralladora San Cristóbal tiraba al intrépido pájaro que se atrevió a cruzar aquel torbellino de fuego. Mandó a suspender el ejercicio y ordenó retirar los tanques.

¿Tú no eres el tanquista del 59?

En la mañana del 17 de abril de 1961 mandaron a presentarme al cuartel de Jovellanos. No dijeron para qué, pero me llevé la gran sorpresa de la vida al encontrarme con el Comandante en Jefe.

Fidel hablaba por teléfono. Daba instrucciones: «Preparen la artillería antiaérea, movilicen fuerzas, batallones de milicia». Después supe que era con el Punto Uno radicado en Nuevo Vedado, en la capital.

Por la conversación me percaté de que se había producido un desembarco por varios puntos: Girón, Playa Larga, Palpite, Soplillar. En ese instante me enteré de lo que estaba ocurriendo.

En medio de esa situación me dije: «Coño, hay un desembarco, parece que vamos a combatir». Cuando él terminó de hablar se viró para mí y para Harold Ferrer, que era el Jefe de la Columna 1«José Martí».

Me reconoció y preguntó: «¿Oye, pero tú no eres el tanquista del 59?, nosotros nos hemos visto, nosotros nos conocemos.»... Sí, Comandante, lo que pasa es que hace tiempo no nos veíamos.

Nos explicó que los mercenarios tenían bajo su control a Playa Larga y que había que sacarlos con la mayor rapidez, combatirlos sin tregua. Ese encuentro se produjo alrededor de las 4:00 de la tarde.

También nos dijo que la intención del enemigo era establecer un gobierno provisional en Girón con el apoyo de los norteamericanos y de la Organización de Estados Americanos (OEA).

Ahí lo que viene es mucho

En la madrugada del 19 me enteré, por un tanquista herido, del avance de nuestras tropas hacia Girón, y en la mañana de ese propio día decidí irme del hospital. Fidel nos ordenó que lleváramos varios tanques a Playa Larga para evitar un nuevo desembarco. También nos mandó a situar fuerzas en Caleta del Rosario. A lo lejos se veía el *Houston*.

Fidel, al verme, me preguntó cómo se había desarrollado el movimiento de los tanques.

Cuando se lo estaba narrando empezó a llegar la gente diciendo que del *Houston* estaban tirando e, incluso, habían herido a un compañero.

Él no quería tirarle, pues ahí venía la logística de la brigada mercenaria. «¡Ahí lo que viene es mucho!, tenemos que saber qué es lo que trae ese buque», comentaba Fidel.

Fue tanta la insistencia, que Fidel dijo: «Bueno, anda, prepárame un tanque». Se preparó un T-34 y un SAU. Aunque Fidel avanzó en el T-34 le disparó al *Houston* desde el SAU-100. Después se comprobó que en el barco no había ninguna persona. Yo estaba junto a Fidel cuando lo hundió. Formaba parte de un pequeño grupo, también se encontraba Lussón.

Fidel, al darse cuenta de que yo estaba herido ordenó que me evacuaran. Tenía fiebre, escalofríos. Había miedo de que se fuera a formar una gangrena. Al regreso de Girón me hicieron capitán.

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Erick López Ríos
ATLETA CUBANO DE GIMNASIA ARTÍSTICA

Ejemplo de honestidad

Tras conquistar cinco medallas de oro y una de plata en los Juegos Deportivos Panamericanos, celebrados en Winnipeg, Canadá (1999), los integrantes de aquella delegación tuvimos el privilegio de compartir con el Comandante en Jefe, el día de su cumpleaños.

Ocurrió en el «Cerro Pelado»; allí, algunos campeones tuvimos el honor de entregarle a Fidel algunos obsequios relacionados con los implementos utilizados para ganar en la lid continental.

Cuando tocó mi turno tuvimos una breve conversación, en la cual me preguntó sobre la medalla de plata en barra fija, pues se corrió el rumor, a través de la prensa, de que me habían despojado del oro para favorecer al canadiense.

Él quería saber cuánto había de cierto en ello y le contesté que de acuerdo con el reglamento, la decisión de los jueces fue justa al otorgarle al anfitrión la presea dorada en esa modalidad.

Luego, al hablarnos, el Comandante se refirió a mi respuesta como un ejemplo de la honestidad característica de los deportistas cubanos.

Para mí fue algo muy estimulante escuchar sus criterios, los cuales devinieron acicate para tratar de ser cada día mejor atleta y persona, consciente de que en cada momento el líder de la Revolución nos ofrece sabias enseñanzas.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 6 de enero de 2008.

Ramón Luis Hernández

ENTRENADOR CUBANO DEL EQUIPO DE ESPADA FEMENINA

¿Y dónde aprendiste esa esgrima?

En 1990, previo a los Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe de Ciudad de México, en el acto de despedida a la delegación cubana, el Comandante en Jefe, al terminar de hablar, vino directamente hacia mis atletas y le preguntó a una de ellas por su entrenador.

Manuel Ortiz, otrora campeón panamericano de sable, quien se encontraba a su lado, me llamó y enseguida los compañeros abrieron una brecha para que pasara hasta donde estaba el compañero Fidel.

El jefe de la Revolución habló largamente con nosotros. Comenzó conmigo al preguntarme:

—¿Tuviste algún preparador extranjero?

—No –le respondo. Entonces volvió a la carga:

—¿Y dónde aprendiste esa esgrima?

—Primero fui atleta y después estudié en el Instituto Superior de Cultura Física, comandante «Manuel Fajardo».

—Ah, eso quiere decir que si yo estudio allí pudiera ser campeón mundial.

—Sí, Comandante.

Acto seguido, respondió enfáticamente:

—No, no, tú sabes que eso no es así; es por tu talento, voluntad y sacrificio para obtener los mejores conocimientos –y sentenció a renglón seguido–: Bueno, tú estás apurado, muchas felicidades porque la espada femenina cubana ha tenido muy buenos resultados.

Aquello para mí constituyó un enorme orgullo, de ahí en lo adelante traté de hacer lo mejor en mi trabajo.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 16 de enero de 2008.

Mireya Luis

ATLETA CUBANA DE VOLEIBOL

Estás muy bonita

Recuerdo un encuentro con el Comandante en Jefe en una Mesa Redonda. Estábamos de espectadores y me encontraba sentada a cuatro o cinco sillas de él.

Habían transcurrido como seis meses de mi retiro oficial del deporte activo, ocasión en que me preguntó por qué estaba tan bonita. A manera de jarana, le respondí que estaba modelando. Entonces, en tono jovial, me inquirió: «¿En Italia o en otra parte?». Le contesté que en todas partes.

Al concluir la Mesa Redonda se despidió de nosotros y se marchó. Transcurridos algunos pocos segundos, nos preocupamos, porque volvían los guardaespaldas y pensábamos que algo había ocurrido, él se personó ante mí para preguntarme:

—¿Mireya, por fin estás modelando o trabajas en la Comisión de Atención a Atletas?

Entonces le interpelé:

—¿Comandante, usted se acuerda de eso?

Y contestó:

—¡Cómo que no! aquella vez me dejaste con la duda y se me había pasado preguntarle al presidente del INDER, por eso viré a corroborar mi duda.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 14 de enero de 2008.

MIREYA LUIS

Antonio Enrique Lussón
GENERAL DE DIVISIÓN CUBANO

Me quedé perplejo

Conocí a Fidel el 26 de diciembre en Palma Soriano. Se acababa de tomar el cuartel. Eran alrededor de las 5:30 de la tarde. Fidel estaba contando las armas que se habían ocupado. Me le presenté.

Fidel empezó a hacerme preguntas. Él se interesó por conocer la situación en San Germán, en Mayarí.

También me orientó seguir para Mayarí y que le dijera a Aníbal (Belarmino Castilla) que cuidara la salida hacia Preston, que la guarnición del cuartel iba a tratar de retirarse hacia allí.

Le di el recado a Aníbal, quien me respondió que tomarían todas las medidas, pero que era un terreno llano y desprovisto de vegetación, que no era un buen lugar para hacer las emboscadas.

Le transmití a Fidel lo planteado por Aníbal y me expresó: «Mira, es verdad que eso es llano y con poca vegetación, pero dile a Aníbal que a tres o cuatro kilómetros de la salida de Mayarí hacia Preston hay un arroyito en un terreno semiquebrado, con algunas matas de guásima, que ponga la emboscada principal en ese lugar, que los va a coger a todos».

Trasladé el nuevo mensaje a Aníbal. Este hizo el reconocimiento del lugar, preparó la emboscada, y fue entonces donde capturó al comandante de la tiranía Esteban Cuza con toda su gente, cuando abandonaba Mayarí y trataba de llegar a Preston. Yo me quedé perplejo. Siempre me preguntaba cómo Fidel había podido describir así ese lugar.

Al cabo de los años, conversando con Raúl, me explicó que cuando muchachos, viviendo en Birán, en ocasiones ellos iban de Mayarí a Playa Manteca y pasaban por ahí, que por eso Fidel lo recordaba. Increíble, ¿verdad?

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Carlos María Gutiérrez
ESCRITOR Y PERIODISTA URUGUAYO

Jugándose su vida diariamente

El 14 de febrero de 1958, al llegar (...) al encuentro con la tropa de Castro, se estaba librando el combate de Pino del Agua. Aproximadamente unos 800 rebeldes habían bajado hacia una zona maderera en el llano, y atacaron durante dos días a la guarnición gubernista apostada en un aserradero, aniquilándola finalmente (...).

(...)

El 15 de febrero, cuando iba llegando al campamento de Castro después de una etapa ininterrumpida de nueve horas de marcha junto a la parihuela donde era transportado Camilo Cienfuegos (con un balazo en el vientre recibido en Pino del Agua), de un bohío ya envuelto en la penumbra del atardecer salía el nervioso rasgueo de un tres, la guitarra cubana de tres cuerdas, y la voz del guerrillero y poeta Jorge Luis García, en un son:

Quítate de la acera,
mira que te tumbo,
que aquí viene el Che Guevara
acabando con el mundo.

(...) De todos los puntos de Cuba estos hombres y mujeres habían llegado para pelear junto a Fidel Castro; casi todos ya habían visto la muerte cara a cara, hacía muchos meses que no sabían de su familia y el frío de la noche de montaña se colaba por sus uniformes desgarrados. Cuando entré (al bohío) sobre un fogón hervía una olla con malanga que iba a ser la única cena de todos; iluminados por un candil de kerosene me miraron sonrientes, me ayudaron a quitarme la mochila y el bulto de la hamaca y me arrimaron un asiento, humildes y alegres, gente de pueblo parecida en ese momento a la de todo el mundo. Aquel bohío lleno de humos y cantos era la sede de Fidel Castro, la casa de gobierno de la Revolución (...)

Fidel Castro no es todo el Movimiento 26 de Julio. Su mérito está en propiciar esa modificación del planteo inicial –un joven dirigente valeroso y casi solo, llamando al levantamiento y erigido en caudillo–

y en haber estimulado a toda una joven generación cubana a asumir responsabilidades y considerar los episodios heroicos del ataque a Cuartel Moncada o del *Granma* como simples puntos de partida para una radical transformación del país.

Jugando su vida diariamente (hace unas semanas, mientras se tiroteaba al descubierto con el ejército, parado en medio de un camino, la línea de metralla de un avión pasó a centímetros de sus pies), sufriendo las terribles condiciones de vida de la Sierra Maestra (...)

(...)

Fidel Castro, con una barba que añade varios años al semblante juvenil y su natural corpulencia aumentada por tricotas y camisas de abrigo, da a primera vista la impresión de un hombre ganado por la tosquedad de la vida en la Sierra. A su cintura se ciñen siempre las cartucheras con cuatro kilos de balas; una pistola, una cantimplora y su inseparable rifle belga de precisión, calibre 30.06, completan un atuendo que, aparentemente, no se presta para la discusión sutil de la política. Pero apenas se cala sus lentes de montura de carey, medita un momento y comienza a hablar con su voz suave, en su lentitud de movimientos y en la tranquilidad de su tono se traslucen a cada rato inflexiones ardientes y un natural poder de convicción. El abogado innato que hay en Fidel aparece con la primera indiscreción del interlocutor o la pregunta difícil; suavemente, sin cambiar de tono, busca dirigir la charla hacia otro punto, y a veces lo consigue. Cuando el acoso de una pregunta es demasiado insistente, calla unos segundos mirando el habano que se quema, dice: «Perdona (todos los cubanos tutean desde el primer encuentro), pero eso no puedo contestarlo».

Aparte de otras charlas informales, dos veces pude sostener una larga y deliberada conversación política con Fidel Castro: la primera fue de noche, hasta la madrugada, en un bohío, y siguió afuera, a lo largo de un sendero de montaña que Castro iluminaba con su linterna, mientras caminábamos hacia un campamento. La otra fue a la hora de la siesta, en un sitio de la selva donde el jefe rebelde había procurado un aparte para hablar sin oídos indiscretos (...)

Abandoné las montañas convencido de que los guajiros, los estudiantes y las maestras de la tropa de Fidel Castro podrán bajar de la Sierra Maestra y hacer suya la frase que José Martí estampó en las últimas páginas de su diario: «Es gran gozo vivir entre hombres en la hora de su grandeza».

La maduración de un jefe

El periodista que pregunte en La Habana cuál es el trámite para obtener una entrevista con Fidel Castro, recibirá de los funcionarios o de los colegas interrogados una enigmática sonrisa que corrobora su ingenuidad. Fidel Castro no otorga audiencias a periodistas. Primero porque su jornada está demasiado llena de viajes, reuniones, inspecciones, deliberaciones del Consejo de Ministros, mítines y apariciones en televisión. Después, porque el Primer Ministro ha aprendido, a su costa, a confiar en los periodistas, sobre todo en los que vienen del Norte.

Ya ha habido muchos de esos enviados especiales, a veces de diarios y revistas con importancia mundial, que han dividido sus tres o cuatro días de La Habana entre la lectura de periódicos, las visitas al cabaret Tropicana y una tarde con Castro –quien, antes, solía procurar él mismo el diálogo con extranjeros– y vuelven proporcionando a sus lectores muchos detalles sobre la barba de Fidel, las encantadoras curvas de algunas milicianas, o la multitud de rostros soviéticos que uno tropieza a cada vuelta de esquina, pero muy poco (y eso casi siempre distorsionado) sobre las declaraciones y el pensamiento verdadero del joven líder.

(...)

Una madrugada el teléfono sonó en mi habitación y un amigo cronista me dijo una sola palabra: *Monseignur*. En la práctica era un santo y seña más valioso que horas de antesala en el Palacio o infructuosos viajes a la residencia de Fidel, en el cercano pueblecito pescador de Cojímar. El *Monseignur* es un tranquilo subsuelo de un moderno edificio de apartamentos, en la esquina de las calles 21 y O, frente a los portones del parque que contiene al hotel Nacional, en el barrio del Vedado (...)

Cuando llegué al *Monseignur* eran las 2:00 de la mañana y el capitán Gamonal, un joven moreno y prematuramente calvo que parece

un profesor de Institutos Normales pero es el jefe de la guardia de Castro, me dijo que valía la pena entrar: «Fidel está saliendo en estos momentos». En la vereda varios tenientes, uniformados de verde olivo y con metralletas checas, se recostaban indolentemente sobre los automóviles de la comitiva, dos negros y relucientes Oldsmobiles último modelo. En el de Castro, que ostenta la simple chapa verde de los autos particulares, con el número 190718, el chofer dormitaba con los pies colgando hacia la vereda por la portezuela entreabierta.

El morenito que recibe las propinas finales de los clientes del *Monseignur,* por llamarle un taxi, subió a escape la escalera con los ojos como platos: «Ahí viene, ahí viene». Los tenientes adoptaron la posición de firmes y se asomaron a mirar; allá abajo, la puerta de cristal se abrió y apareció una mano. Después pasó un minuto y el morenito fue a investigar y regresó: «Abrió la puerta, pero está conversando con unas señoras». Los tenientes, seguros de su experiencia, volvieron a recostarse en los automóviles. Durante otra media hora, la mano empujó y volvió a soltar la puerta varias veces. Detrás de la puerta, como en un *film* de suspenso, estaba Fidel Castro despidiéndose (...)

De pronto la puerta se abrió del todo y salió un grupo de hombres en uniforme verde olivo, con algunas damas. Casi todas vestían ropa de milicianas. En el centro venía Castro, con la boina de milicias que usa desde el año pasado, en vez del quepis del Ejército Rebelde. Se detuvo en la vereda, parpadeando bajo las frías luces de mercurio y preguntó: «¿Quién pagó la cena?». Después hubo presentaciones, reconocimientos mutuos: «Tú estás más gordo», para él; o: «¿Qué te pasó en la cabeza, chico?», para mí, por cierto corte de pelo que me inventó el peluquero del hotel partidiario de la máquina cero; y preguntas: ¿Era cierto que había suspendido las entrevistas personales? Fidel parpadeaba, lleno de sueño, y una señora del grupo comentó: «Hace veinticuatro horas que no duerme» (...). «Tú comprendes que ya pasó el momento de dar entrevistas. A ustedes los periodistas les he dicho todo, y además se lo estamos repitiendo todos los días. ¿Qué vale más: una entrevista conmigo o que ustedes vean lo que está pasando en Cuba? Viaja al campo (...) y ahí están todas las respuestas» (...)

Después se acomodó al volante del Oldsmobile y los jóvenes tenientes saltaron al otro coche. Al minuto siguiente, los grandes focos traseros de los automóviles se perdían por la calle 21, iluminándola de rojo y, a mitad de la cuadra, desde un grupo de trasnochadores que habían reconocido a Castro, partía una frase con el calificativo orgulloso que los cubanos le han elegido, en homenaje a su fogosidad y a su actitud indómita: «¡Caballo, conduce despacio! ¡Cuídate para nosotros!».

Por primera vez en muchos meses Fidel Castro, ese ser casi mítico de grandes barbas, eternamente vestido con uniforme de campaña, una de las cuatro o cinco figuras mundiales decisivas de la época, iba a estar al alcance del juego de preguntas y respuestas (a raíz de la visita a Cuba de una delegación de técnicos del Comité Tractores por la Libertad).

(...)

Quienes esperaban un Fidel arrebatado y fustigador de los Estados Unidos como en sus discursos televisados, un Fidel fríamente hostil y obstinado en los planteos como en sus comunicaciones por escrito al Comité de Tractores, debieron modificar sus preguntas o su expectativa. Castro posee en alto grado esa intuición que solo se da en algunos políticos y les permite advertir en pocos momentos la actitud íntima de sus interlocutores.

(...)

(...) reflexioné sobre este Fidel Castro y el de 1959, cuando la Revolución entró victoriosa en La Habana. Y pensé, escuchando su voz incansable y recordando la reunión de la tarde, la fugaz entrevista en el *Monseignur,* los discursos de la televisión, una foto que lo muestra saltando de un tanque en la primera línea del combate de Playa Girón y otra donde aparece abrazado a Jruschov (...) que entre aquel joven guerrillero y este combatido reformador social de hoy, media algo mucho más complejo y doloroso que su primera experiencia de la guerra civil: la maduración de un jefe.

Carlos María Gutiérrez: *En la Sierra Maestra y otros reportajes,* Ediciones Tauro, Montevideo, Uruguay, 1967, pp. 58-68.

GLADYS MARÍN

Gladys Marín

POLÍTICA CHILENA

Me preguntó por mis hijos

Viajé a Cuba el primer tiempo que estuve en el exilio, en una delegación de jóvenes comunistas; entre otros iba Luis Alberto Corvalán, muy poco tiempo antes que él muriera. Una delegación muy bien recibida. Desde entonces le tengo un cariño inmenso a Juan Almeida, porque nos recibió en Santiago de Cuba cuando era secretario del Partido allá. Una maravilla de hombre, ¿qué persona más sencilla, más humana! ¿Y quiénes éramos nosotros comparados con ellos? Estuve con Fidel, me preguntó por mis hijos, preguntó mucho por los muchachos jóvenes que se preparaban para la lucha en el interior.

Estaba admirado

Después, cuando salí de Chile clandestinamente en el año 80, viajé una vez más a Cuba. Llevaba toda la experiencia de cómo se luchaba en la clandestinidad. Llevé *El Siglo*, que continuaba publicándose. Y Fidel estaba admirado: «Cómo es posible que ustedes saquen diarios de esta envergadura». Le dije que lo sacábamos una vez cada quince días. Fidel preguntaba mucho. Es un hombre extraordinario, interesado en conocerlo todo; te hace las preguntas políticas, pero a su vez va desarrollando sus ideas.

Estaba muy interesado en saber cómo eran las condiciones aquí, el estado subjetivo de la gente, para que miráramos más a profundidad cuál era la fuerza de la dictadura, cómo la enfrentábamos nosotros.

Preguntaba mucho sobre la vida clandestina, cómo nos movilizábamos, si teníamos una red nacional. Así lo empecé a conocer más. Además, es una persona que, siendo muy inteligente, se prepara mucho para cada conversación que va a tener, hasta la más simple.

Siempre está informado del detalle

Se prepara incluso desde el punto de vista humano para las conversaciones con todos, y recuerda detalles

como: «La última vez que viniste, estuviste sentada en la misma silla». Genera un clima de confianza. Una vez, entre 1971-1972, nos llevaron con Carlos Lorca a disparar en un campo de tiro: «Punto Cero». Nunca en mi vida había disparado, aparte de rifles a postones; me hicieron disparar unas bazukas, y tuve más o menos buena puntería. Yo siempre digo: la ignorante dispara y da en el blanco por casualidad; Fidel recordó eso. Siempre está informado del detalle. Es una persona extremadamente humana, al contrario de todas las caricaturas que se hacen, de una capacidad increíble; yo no entiendo esa memoria prodigiosa que posee. Y esa capacidad de estudiar permanentemente lo nuevo; cuando él se interesa, se obsesiona con algo nuevo, te lo transmite de inmediato.

Las últimas veces que he estado con él, todo lo relativo a las comunicaciones es su tema principal, las comunicaciones, la educación, la cultura. «Nosotros vamos a ganar esta batalla –me decía la última vez–, cuando seamos capaces de entrar de lleno en el mundo de las comunicaciones».

Qué interesante este sociólogo que ha venido contigo

En el año 2000 me avisan, con una semana de anticipación, que Fidel me invita al 1ro. de Mayo. Siento que no estoy preparada para hacer el viaje, tenía mil cosas que hacer. Como siempre, ellos me dicen que viaje con otra persona. Propuse que fuera Tomás Moulián, por sus sobresalientes méritos intelectuales y porque, en muchos aspectos, tiene una visión crítica de Cuba. A Tomás lo conocí durante la campaña presidencial de 1999, en la que trabajó con entusiasmo, y fue cabeza de la elaboración realizada por cientos de profesionales y trabajadores que se plasmó en el «Programa de la Izquierda».

Me comunican que tengo que hablar en la Plaza de la Revolución. En el avión preparé la intervención, porque debían ser pocos minutos, no más de ocho minutos. Por primera vez en la televisión cubana hacían un debate abierto, directo, invitando a personalidades extranjeras que podían decir lo que quisieran. Acudimos como invitados. Como lo hizo Moulián, quien formuló una crítica a formas de la Revolución Cubana. Fidel, cuando se fue a despedir de nosotros, me dijo: «Qué interesante este sociólogo que ha venido contigo».

¿Tienes preparada la intervención?

Durante mi estancia me invitaron a participar en una Mesa Redonda junto las Abuelas de la Plaza de Mayo, Pérez Esquivel y una sindicalista norteamericana. Sentí una buena dosis de nervios, porque estaban grabando en directo. Y nosotros no teníamos idea de que Fidel estaba en la sala de al lado viendo todo el programa. Entonces él se entusiasmó y nos fue a saludar inmediatamente al set. Llegó y se armó la grande, todos querían ver a Fidel. Los mismos cubanos, incluso, tratando de estar más cerca de Fidel que nosotros los extranjeros.

A mí me da siempre como pudor, porque todo el mundo se abalanza al lado de Fidel y él conmigo siempre ha sido deferente: cómo estás, qué sé yo, estuve bien, no estuviste bien, hasta cuándo te quedas. Y ahí, cuando vamos a salir, nos comunican que somos invitados a comer con Fidel. Creo que esa vez estuve como tres o cuatro días, no debo haber estado más. Así, comimos con Fidel esa primera noche. Fuimos al Palacio de la Revolución directo del set de televisión. Fidel llegó a las 11:00, con la plana mayor, Carlos Lage, Ricardo Alarcón, Felipe Pérez, que en ese tiempo era su secretario personal, y cualquier cantidad de gente más. Desde las 11:00 hasta la 1:00 conversando. Y a mí me empieza a dar el sueño, el maldito sueño que siempre me agarra temprano, porque habíamos viajado toda la noche y dormido solamente un par de horas. Además, a veces Fidel baja la voz y entonces uno debe hacer más esfuerzo para seguir sus ideas.

Y en un momento me dice Fidel: «Oye, Gladys, ¿tienes preparada la intervención?». «No, no, Fidel, no la tengo, hoy día en la noche pensaba trabajar». Entonces aprovecho: «Fidel, ¿sabe? me quisiera retirar porque tengo que trabajar la intervención». Era un hecho insólito, porque nadie se retira de una comida con Fidel. Y me daba mucha risa por Moulián, que había alegado hasta los codos, al igual que Manuel Cabieses, porque pensaban que sería una reunión tan devota y tan larga, y, sin embargo, ahora no se movían. Yo me levanto y le digo a Moulián: «Oye, nos podemos ir», entonces él me dice: «No, yo me quedo». Estaba más embobado que nadie. Moulián y Cabieses son unos «cínicos» los dos, se quedaron hasta no sé qué hora con Fidel como dos niños chicos.

Me encontraba en el aeropuerto esperando que me avisaran de la salida del vuelo que me llevaría de regreso a mi país. Cuando mis acompañantes me dijeron: «Gladys, que viene Fidel». «Ay, Dios mío, entonces qué voy a hacer». Me pasan a la sala de al lado. Yo pensando que podría ir con Moulián y ellos me dicen: «No, sola». Espero unos segundos en la sala, entra Fidel y me dice: «Cómo se te ocurre hacer esto... te vas y no nos diste tiempo para conversar» –estaba con el nuevo secretario, Carlos Valenciaga que fue presidente de la Federación de Estudiantes de Cuba–, entonces me conversó largo sobre el tema de las comunicaciones y la educación. «Las comunicaciones son lo fundamental, la conciencia de la gente, las ideas». Ahí se mostró una vez más la grandeza de Fidel. Tengo que reconocer que nos dio una despedida, sería pretencioso decirlo, casi como delegación de Estado. No solamente se despidió, sino que, además, Fidel hizo una cosa muy rara, atravesar la parte del aeropuerto como un pasajero más, junto conmigo. Allí saludó a Moulián. Y todo el mundo decía: «¡Ah, ahí va Fidel!».

¿Y cuánto te cobró?

En ocasión de visitar la provincia de Cienfuegos me agarró un herpes zoster, de esos terribles que venía incubando desde Chile, doloroso, que estalla en el momento en que bajan las defensas del organismo. Me llevaron al hospital donde me pusieron inyecciones fuertes de vitaminas y me hicieron aplicaciones de electrodos. Y cuando estaba en unas termas, cerca de Cienfuegos, me dice uno de los enfermeros: «Oh, pero si eso es lo más terrible, yo lo tuve, y era tanto el dolor que me golpeaba la cabeza contra el cemento y gritaba toda la noche». Yo ya me veía golpeándome la cabeza contra el cemento, de dolor, de desesperación. ¡Ay, qué hago! El enfermero me dice: «Vaya donde Juan García, él está en un pueblo, cerquita en La Palmira. Juan García le hace a la cosa natural, a las yerbas, y te corta el herpes con una tijera». Yo me fui donde Juan García, resignada a que me cortara el herpes con unas tijeras, ¡cómo sería mi dolor!

Era un viejito y vivía en una casa muy modesta. Me miró, le conté toda la historia, se fue a buscar unas hojitas, no sé de qué serían, las ordenó, luego las cortó, las volvió a ordenar, las cortó de nuevo y eso

sería todo. Cuando hablé con el enfermero, él me dijo que el santero me iba a hacer un corte. Era tanto mi dolor que yo estaba dispuesta a que me cortaran, lo que fuera. Me dije: «A la mierda, más dolor no voy a tener». Pero él corta las hojitas. Yo dije: «Claro, las hojitas me las voy a poner aquí». Pero no, pam, pam: «Ándate, me dijo, y se me quitó. Al día siguiente, ya no tenía dolor. Y le cuento a Fidel, estaba Ricardo Alarcón, y me pregunta entre risas. «¿Y cuánto te cobró?». «No, no me cobró». «¡Ah!, entonces lo vamos a tener que traer para acá, para La Habana».

Gladys Marín: *La vida es hoy,* Editora Abril, Ciudad de La Habana, Cuba, 2004.

Juan Marinello

INTELECTUAL Y POLÍTICO CUBANO

Vínculo diario

En una ocasión estábamos con Amalia Solórzano, viuda de Lázaro Cárdenas, en una casa de protocolo. Cuando llegó el momento de marcharnos, por una cortesía natural con el Primer Ministro, permitimos que él saliera primero.

Como veinte minutos o una hora más tarde, al ir mi mujer y yo a tomar el automóvil, nos quedamos asombrados de ver que estaba Fidel unido a los choferes y empleados de la casa en una amplia discusión sobre no sé qué problema.

Yo le dije a mi mujer que eso expresaba la condición excepcional de Fidel. Porque no ha roto nunca –eso es uno de sus merecimientos personales y más privativos– ese vínculo diario y mantenido con las necesidades del pueblo.

Eso no se logra más que con el contacto diario; eso lo hace distinto a otros líderes, que sin ser de menor calidad en su ideología y en su proyección, no tienen, sin embargo, esa franca humanidad, esa comunicación fácil con las necesidades populares que tiene Fidel.

Él lo mismo se reúne con el estadista que con el hombre de la calle. Esa es una condición muy excepcional, pudiéramos decir, también muy americana y muy cubana. Sí, sí, en Europa hay otro modo de ver las

cosas, pero Fidel es un hombre muy latinoamericano, pero, sobre todo, muy cubano.

Es de un temperamento muy inclinado a conocer las necesidades populares, de la diaria y continuada experiencia con el pueblo, y eso le da una jerarquía y una condición distinta. No hay dudas.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1977.

Agustín Marquetti Moriello

ATLETA CUBANO DE BÉISBOL

¿Sabes qué día es?

Cuando ganamos el Campeonato Mundial de Béisbol en Nicaragua, en 1972, el Comandante en Jefe llamó para felicitarnos, le dijo a Jorge García Bango, entonces presidente del INDER, que me pusiera a mí, que había decidido el juego, con un cuadrangular en el décimo *innig*.

Al hablar, me preguntó si yo sabía qué día era. Le respondí: «Sí Comandante, es el día del desembarco del yate *Granma*». Acto seguido, le comuniqué que ese jonrón no lo había dado yo, sino la Revolución.

Esa anécdota quedó para la historia.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 19 de enero de 2008.

Norge Marrero González

ATLETA CUBANO DE REMO

Nunca dejen de estudiar

En la década de los 60, cuando era integrante del equipo de pescadores de remo, que apadrinaba nuestro Comandante en Jefe, él acudió, en compañía de Celia Sánchez, a un encuentro con nuestro colectivo; mientras se dirigía al grupo, me pasó el brazo por encima de los hombros y nos pidió a todos que estudiáramos y

que nunca dejáramos de hacerlo, ya que en el futuro dirigiríamos ese deporte en el país.

¡Quién podría imaginárselo, esa responsabilidad para nosotros, atletas de ascendencia muy humilde y de bajo nivel cultural!

En 1991, en el marco de los Juegos Deportivos Panamericanos celebrados en La Habana con subsede en Santiago de Cuba, en una de las conversaciones sostenidas con el Comandante, durante la visita a la competencia de remo, allá en el moderno y nuevo canal de la presa La Coronela, le recordé aquellas palabras y respondió lo siguiente:

«No soy poeta, no soy adivino, pero era lógico que de ese grupo de atletas que inició el remo revolucionario salieran los futuros entrenadores y dirigentes del deporte, ya que el remo en el capitalismo era una actividad totalmente exclusiva para los ricos, de los clubes aristocráticos que no admitían negros, pobres, solo a ricos, y todos se estaban marchando del país. Por lo tanto, era natural que ustedes fueran los encargados de desarrollar esta actividad en el país».

De ese grupo, y de los otros equipos, varios compañeros fueron entrenadores del equipo nacional, en distintas provincias. Por ejemplo, yo llevo 31 años como comisionado nacional de remo.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 15 de enero de 2008.

Rubén Martínez Puente

GENERAL DE DIVISIÓN CUBANO

Los pilotos en Angola actuaron con honor

Uno de los momentos de mayor alegría en mi vida fue cuando conocimos que los sudafricanos estaban en disposición de firmar la paz. En La Habana, en una reunión en el Ministerio de las Fuerzas Armadas –una ardua jornada de trabajo con el Comandante en Jefe, el ministro, el jefe del Estado Mayor General y otros jefes principales de las FAR–, se le comunicó al Comandante en

Jefe que Sudáfrica se retiraba incondicionalmente y que estaba dispuesta a comenzar conversaciones.

De esa noche, nada se me ha olvidado. Serían las 4:30 de la madrugada, cerca de las 5:00, Fidel salió del salón donde estábamos reunidos. A los pocos minutos regresó y nos informó de la decisión del gobierno sudafricano.

Pronunció palabras muy emotivas, en una parte de su intervención comentó: «Los pilotos en Angola actuaron con honor». En esa frase del Comandante en Jefe estaba dicho todo para nosotros.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba,1996.

Irene Martínez Tartabur

DEPORTISTA CUBANA DE ATLETISMO

¿Qué quieres?

Cuando regresamos de los Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe de San Juan, Puerto Rico, 1966, nadie nos informó que seríamos recibidos en alta mar por el Comandante en Jefe.

Lo hizo a bordo del barco *Cerro Pelado*, a tres millas de Santiago de Cuba. De repente, aparecieron tres lanchas torpederas, y cuando vi al Comandante, se me aflojaron las piernas, la boca se me llenó de agua y quedé muda.

Él me firmó las dos medallas, una de oro, en salto de longitud, y otra de plata, alcanzada como integrante del relevo de 4 x 100; entonces indagó sobre cómo me sentía en el momento de la competencia; le dije que en el primer intento despegué con tabla y todo.

Al finalizar la charla, me preguntó qué yo quería. Le expresé que un cuartito con una cocina. Sin embargo, poco tiempo después, el 30 de agosto de ese año, me llamaron a la presidencia del INDER para darme un cuartito, como yo lo pedí, y resultó ser un confortable apartamento en el reparto Kolhy.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 5 de enero de 2008.

Abraham Masiques

REVOLUCIONARIO CUBANO

¿En qué batallón tú viniste?

Ya oscurecía, cuando se empezaron a tomar medidas con vistas a detener y capturar a todos los mercenarios que se encontraban regados por la costa. Se produjeron hechos muy interesantes, uno de ellos muy simpático; en otros se pueden apreciar condiciones humanas de nuestros dirigentes.

Allí se encontraban Abrantes, Gamonal y otros compañeros. Estábamos viendo la situación, discutiendo las medidas y cómo había que hacer los cercos con vista a detener los mercenarios, cuando pasa un individuo con una camisita y Fidel lo vio. Nosotros, sin embargo, no lo vimos, ni realmente nos llamó la atención. Cuando Fidel vio aquel hombre, le grita «¡Oye... Oye... ven para acá!» Y el hombre viene y Fidel le dice: «De dónde eres tú...?». «No, yo... estaba aquí... vine aquí... a ver a mi familia y me cogió esto aquí... pero ya me voy». Entonces Fidel lo mira de arriba a abajo y le dice: «¡Ven acá, en qué batallón tú viniste...». El hombre no pudo mentirle a Fidel, comenzó a hablar, bueno yo venía en el batallón tal y más cual. El hombre se había cambiado. Esto lo hicieron muchos de los mercenarios: les robaban la ropa a los trabajadores para tratar de irse de aquella zona.

Opérenlo urgentemente

Cuando nos acercábamos a un bar que era propiedad de un tal Blanco; comenzamos a oír gritos como de una persona que estaba herida y nos acercamos. Cuando entramos había un mercenario que estaba acostado boca arriba en una cama gritando. Lo único que decía en aquellos gritos de dolor era «¡Mátenme... por favor, mátenme…!» Entonces lo revisamos y no estaba herido. Pero Fidel al verlo nos dijo que todo parecía indicar que tenía una úlcera perforada.

Fidel, inmediatamente mandó a buscar una ambulancia, y dio la orden de que lo trasladaran rápidamente a Cienfuegos, que ese hombre tenía que ser operado o de lo contrario se moría. Cuando vino la

ambulancia se lo encomendó directamente al que estaba con el chofer de la ambulancia, al cual le dijo: «Esta es responsabilidad tuya y tienes que trasladarlo enseguida y que lo operen urgentemente o si no se muere».

Elio Carre Lazcano: *Girón: Una estocada a fondo,* Ciudad de La Habana, Cuba,1975.

Giraldo Mazola
DIPLOMÁTICO CUBANO

Apreciar sobre el terreno

El 11 de mayo de 1973 se conmemoró el centenario de la caída en combate del mayor general Ignacio Agramonte. El acto central por la muerte de El Mayor se celebró en la provincia de Camagüey, y las conclusiones estuvieron a cargo del compañero Fidel.

El discurso del Comandante en Jefe constituyó una de sus mejores disertaciones sobre la historia de Cuba, que complementa el que hizo antes en el centenario del grito de Yara. Despejó, a partir de la secuencia de hechos históricos y la evaluación objetiva del pensamiento político de los próceres de nuestra guerra grande, todo lo que unía a Céspedes y Agramonte; esbozó el curso diferente que hubiera alcanzado ese proceso si Agramonte no hubiese podido mantener un mando centralizado durante la contienda; lo defendido por Agramonte de crear instituciones republicanas que desde el comienzo dirigieran el conflicto y cómo, en el transcurso de la guerra, Agramonte comprendió la necesidad de ese mando central, de una dirección sin ataduras, tal y cual, muchas décadas después, Martí concibió la creación de un partido para dirigir la guerra.

Después del acto, Fidel recorrió la ciudad e inauguró el museo de la casa natal de Ignacio Agramonte. Allí se detuvo ante cada foto, carta o documento, revisó los muebles, observó la excelente mansión en que el acaudalado camagüeyano residió y cuyo confort dejó para pelear y morir por la patria independiente y soberana que quiso conquistar para todos. Fue durante el recorrido que convocó a Raúl

Curbelo, primer secretario del partido en la provincia, y quienes lo acompañábamos a visitar Jimaguayú, al día siguiente.

Llegamos a Jimaguayú el 12 en la mañana. Fidel había dicho que quería visitar el lugar donde cayó Agramonte y no dijo más. En el obelisco que señala el lugar donde lo abatieron y donde recomendó se edificara un monumento digno a su memoria, indagó sobre los cambios que podían haber ocurrido en aquella pradera desde entonces. El área había sido destinada a la ganadería, donde continuaba predominando la alta hierba de guinea, a pesar de habérsele sembrado pangola en ocasiones, y pocas modificaciones habían tenido lugar en ese sitio, según atestiguaron compañeros de la zona. Era un rectángulo de dos por cuatro kilómetros aproximadamente, contorneado por dos arroyos que convergían en forma de Y griega, precisamente cerca del lugar donde cayó El Mayor. Fidel dejó el *jeep* y comenzó a caminar por el borde de los arroyuelos, saltando de un borde a otro, golpeando con la bota a ratos el terreno. Lo seguíamos Curbelo, el Comandante César Lara, jefe del Ejército Independiente de Camagüey y otros compañeros.

Después de caminar cerca de una hora volvimos al sitio inicial y escogió un libro, entre el grupo que abarrotaba la parte trasera de su vehículo. Allí nos explicó lo que había querido apreciar sobre el terreno. En las memorias del general Serafín Sánchez, a cargo de la infantería villaclareña, que Agramonte apostó a lo largo de uno de los arroyuelos, se dice que El Mayor cayó cuando se dirigía al lugar donde estaba la caballería para ponerse al frente de la misma y salir hacia Oriente al encuentro previsto con Céspedes. Esa era la decisión ya discutida si las tropas españolas continuaban hasta Vertientes.

Comentando los partes españoles de esa acción, después de revisar el terreno, Fidel afirmó que Agramonte iba a ponerse al frente de la caballería para atacar a la columna española que había entrado en la zona donde le prepararon la trampa. Resulta que desde Camagüey, una columna de 700 soldados salió en persecución de Agramonte después de la derrota que hacía unos días le había infligido a las fuerzas del coronel Abril, quien murió en el combate.

En el rectángulo, Agramonte había situado tropas de infantería en cada uno de los arroyos, y si los españoles entraban en ese sitio, él arremetería con la caballería desde su retaguardia, al dispersarlos y huir hacia los lados, irían hacia los flancos donde atrincherados esperarían los mambises.

Precisamente, por haber salido tan bien la emboscada, lo traiciona su temperamento impetuoso y buscó ganar tiempo atravesando el extremo del rectángulo sin percatarse de que ya había llegado hasta allí la vanguardia de las tropas enemigas, que permanecía oculta en la hierba de guinea.

Fidel discrepó cien años después de los comentarios de Serafín Sánchez, pues solo disponía de la información de lo que ocurría en su área y no de toda la operación. Comparó esa situación con el cerco de las tropas de Quevedo en la Sierra Maestra, cuya victoria inició la contraofensiva rebelde, donde él disponía del dominio del conjunto de las acciones como lo tenía Agramonte en su momento, y no lo manejaban globalmente algunos de los capitanes que participaron en aquella histórica batalla. Agramonte no vivió para escribir sus memorias sobre ese hecho.

Ímpetu guerrillero e insurgente

En la dirección del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, ICAP, a principios de la década de los 60, se tramitaban con las oficinas del entonces Primer Ministro del gobierno revolucionario, Comandante Fidel Castro, o directamente con la inolvidable Celia Sánchez, las entrevistas que los numerosos visitantes extranjeros solicitaban sostener con Fidel o aquellas que la propia institución recomendaba.

Venir a Cuba en aquella época –como sucede hoy todavía–, constituía un gesto de amistad y solidaridad y un reto al imperio que pretendía estigmatizarnos y liquidarnos desde entonces y, más aún, después que se proclamara el carácter socialista de la Revolución Cubana en 1961.

Uno de aquellos visitantes resultó ser el pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín; cuando se trasmitió su deseo de pintar a Fidel junto con

la recomendación del ICAP de que se aceptara, la noticia provocó interés por ser algo poco común y, además, por suponer que requeriría algunas horas para realizar su obra.

Guayasamín ya era en aquella época un pintor reconocido y famoso; había pintado los magníficos murales de la Universidad de Quito y del Palacio de Gobierno, sobre el descubrimiento del Amazonas, y ganó en 1956 el Gran Premio de la II Bienal de Pintura de Barcelona. Ese mismo año, 1961, conquistó el primer premio de Pintura en la Bienal de Sao Paulo, y había expuesto sus obras en Estados Unidos, México y Chile.

Su conducta vertical y comprometida con las causas justas le hacía merecedor de prestigio y respeto en su país. Quería pintar al jefe victorioso de una genuina revolución latinoamericana como testimonio de su solidaridad.

La propuesta vino a través del encargado de negocios de Cuba en Ecuador, Pedro Martínez Pírez, hoy dedicado al periodismo y quien ha sido siempre un admirador del pintor.

La propia Celia se tomó interés, hizo varias preguntas, y es de suponer que haya usado su peculiar dulzura persuasoria para convencer al Comandante de que aceptara dedicar cierto tiempo posando para un pintor; fue necesario el auxilio de Guayasamín para responder algunos detalles sobre el tiempo aproximado que duraría, si pudiese hacerse en una sola sesión, realizarse de noche, etc., pues nunca se había preparado en el ICAP una faena de ese tipo.

Eran tiempos complicados y difíciles; en la madrugada del día siguiente, pocas horas después de terminarse aquel retrato, una lancha de la Marina de Guerra comandada por Andrés González Lines desapareció con sus 17 tripulantes, como consecuencia, sin dudas, de un ataque enemigo.

Se decidió hacerlo en la terraza interior del ICAP, rodeada de hermosos jardines y, efectivamente, fue allí, el sábado 6 de mayo de 1961 bien entrada la noche.

La mansión señorial escogida por Celia para la sede central de esa institución no pudo ser más apropiada, no solo por su ubicación y por las características del inmueble, sino también, por el simbolismo que

entrañaba establecer el centro promotor de la solidaridad y la amistad en el palacete de una de las más rancias familias de la oligarquía nacional, los Falla Suero, que nunca fueron afines a tales principios.

El edificio situado en la calle 17 del Vedado fue construido a principios de siglo, cuando aún la pequeña burguesía criolla no había invadido el entonces aristocrático barrio, provocando que se desplazaran las familias más acaudaladas a Miramar, primero, y a los más exclusivos barrios de Atabey y Siboney, después, donde les sorprendió el triunfo de la Revolución.

Acompañado de varios amigos ecuatorianos, Guayasamín entró al anochecer en la casona del ICAP por entre los mastines de bronce acostados en inmóvil vigilia y las dos palmas reales que han desafiado durante décadas ciclones y rayos. Pasó por el vestíbulo de mármol hacia la terraza interna que da al jardín, con sus paredes decoradas y su excelente mobiliario, que la hacían un lugar ideal para el descanso.

Lo esperaban en la puerta de rejas torneadas hasta el techo, y de inmediato examinó el lugar para buscar el mejor sitio donde ubicar su caballete y sus pinceles y sentar al Comandante. Hubo que modificar las luces adicionales que se habían instalado y volverlas a reubicar cuando la noche se hizo más cerrada.

Conociendo, por los preparativos, la inminente visita de Fidel, muchos trabajadores del ICAP permanecieron hasta tarde en el local esperando verlo de cerca.

Fidel entró y con largos pasos cruzó en un instante el vestíbulo, mientras saludaba sonriente a los que estaban allí, y pasó a la terraza donde lo aguardaba impaciente el artista.

Después de los saludos le hizo con curiosidad y respeto un torrente de preguntas sobre pintura, la calidad del lienzo, donde se producían, los tipos de pinceles, las características de la pintura que empleaba, el tiempo que requería para pintar o si se hacía boceto previamente; cuestiones a las que Guayasamín, con su acento peculiar, respondió amablemente. También, en idéntico ritmo, indagó sobre Ecuador, su geografía, su flora, fauna, historia, la situación política actual y la vida de los artistas allí.

Guayasamín, emocionado, explicó su deseo de manifestar su simpatía por Cuba viniendo en esos momentos para hacerle un retrato.

Fidel indagó qué debía hacer, prendió un tabaco y ocupó el sitio que le indicó el pintor, quien empezó su trabajo mientras seguía respondiendo otras preguntas o escuchaba las explicaciones de Fidel sobre las características de la lucha revolucionaria contra la tiranía y las más apremiantes tareas actuales.

En ocasiones, Guayasamín se concentraba en la conversación y bajaba el pincel y Fidel le decía, en broma, que así no terminaría ni en varios días. En otros momentos, el pintor le pedía que mantuviera la posición del rostro e iba a su lado a precisar el ángulo que necesitaba.

Transcurrieron varias horas, que parecieron menos por el interesante diálogo, hasta que se concluyó el retrato. Pero, al final, el esfuerzo por pintar deprisa a una figura cuya vitalidad parecía imposible retener inmóvil tanto tiempo, mereció los elogios del propio Fidel y la admiración de los presentes.

Guayasamín anunció a Fidel que deseaba obsequiarle la obra y convinieron en que la pintura se entregaría al día siguiente en la embajada de Ecuador. El pintor dijo que había logrado plasmar en el lienzo el ímpetu guerrillero e insurgente de Fidel en plena juventud.

No olvidar a un viejo amigo

Dudley Thompson viajó a Cuba a través de México en el primer trimestre de 1961. En esa ocasión tuvo un recibimiento discreto y lo alojamos en el hotel Habana Libre.

Antes de su llegada se informó al Comandante en Jefe de sus intenciones y de la información de que disponíamos. Evidentemente, eso fue suficiente para provocar el interés por conocer a este visitante de nuestra vecina Jamaica.

Conversé con Dudley el mismo día de su llegada; precisé mejor lo que nos había anunciado desde el exterior, agradecí su espontánea decisión de ayudarnos y le anuncié las ideas que tenía preparadas para su programa, que previamente había coordinado con funcionarios del INRA.

Justo, al mediodía del siguiente día, llegó el Comandante en Jefe al ICAP y entró hasta el vestíbulo buscándome. Advertido de su presencia, descendí corriendo la escalera, y tan pronto me le acerqué me tiró el brazo por arriba y caminó hasta el final del salón preguntándome

más detalles del visitante y de sus propósitos. Yo lo seguía a paso doble y le refería lo que había conversado con Dudley en mi primer encuentro y lo que había previsto para su atención.

Como le confirmé que estaría en el hotel en ese momento, decidió ir a verlo y no me dejó llamar por teléfono a Thompson ni a la persona que lo acompañaba.

Entramos al hotel por el garaje y abordamos el elevador; le pedí permiso y me le adelanté. Llegué a la puerta de la habitación y Thompson, que reposaba de su almuerzo, me abrió con unos largos calzoncillos denominados hoy «mata pasiones». Pude decirle que me acompañaba un visitante y dio tiempo para que pudiera ponerse con rapidez increíble sus pantalones.

Su sorpresa fue grande cuando el Comandante se asomó y sonriendo le preguntó si no le interrumpía su descanso, pero se sobrepuso rápidamente, le extendió la mano y lo abrazó. Dudley se sentía embarazado porque su cuarto estaba regado, su vestimenta no era la más apropiada y comenzó a excusarse por eso.

Era una habitación sencilla, que además de la cama tenía un par de butacones donde había puesto otros pantalones y camisas y los comenzaba a recoger para ofrecer asiento a sus inesperados visitantes, cuando Fidel se sentó en el borde de la cama, le dijo que no se preocupara por eso y le preguntó si no le molestaba que se sentara allí. Dudley le respondió que no, dejó la ropa donde estaba y se sentó también en el borde de la cama.

Allí conversaron por primera vez cerca de dos horas, sin intérprete. Thompson le hizo una síntesis muy condensada, pero sustanciosa, de la situación política en Jamaica y sus perspectivas y respondió un par de docenas de preguntas que a medida que avanzaba en su relato Fidel le iba formulando. Después, Fidel le resumió las tareas más apremiantes que enfrentaba nuestro país y los objetivos cardinales de la Revolución.

Thompson refirió cómo había trabado conocimiento del desarrollo del proceso revolucionario cubano, el impacto que le produjo la tenacidad de sus combatientes desde los primeros y azarosos momentos de la lucha en la Sierra y, particularmente después, la hidalguía y firmeza, nunca vistas antes en el continente si se exceptuaba a Sandino, en los inevitables enfrentamientos con el gobierno de Estados Unidos.

Explicó que la prensa en Jamaica daba mucha resonancia a las declaraciones de familias cubanas que llegaban huyendo de Cuba; tenía sus vivencias personales de la lucha en Kenya y notaba que todos esos emigrados eran personas acaudaladas y blancas. Decidió que tenía que ver con sus propios ojos lo que estaba pasando tan cerca y que, a pesar de ello, se deformaba tanto.

Sentía que era necesario hacer algo concreto por un pueblo dispuesto a defender sus derechos.

Ahí pasó a abordar sus ideas sobre el plátano, el ganado y la pangola. Después me confesó que lo que más le había impresionado de su conversación con Fidel fue su análisis sobre los problemas técnicos de la agricultura. Él creía que sabía un poco de esos temas, pero se dio cuenta en unos minutos de que realmente no conocía nada de ellos y que estaba ante un joven líder, muy preocupado por prepararse para una inminente agresión que, sin embargo, era capaz de disertar sobre los más variados aspectos de la economía como si fuera un académico. Fidel hizo muchas preguntas que no pudo responder, pero, en cierta forma, se sentía satisfecho de que sus ideas y sus propuestas de ayuda fueran bien apreciadas, constituían o podían constituir una ayuda y logró, en el transcurso de la conversación, comprender la importancia de tales contribuciones a la economía de la Cuba revolucionaria.

Descubrió que los cubanos estaban desde hacía tiempo tras la búsqueda de variedades de pasto apropiadas para el clima tropical que contuvieran un por ciento mayor de proteínas en las gramíneas y que pudieran ser un forraje más nutritivo para incrementar la producción lechera. La famosa pangola no era desconocida, pero era difícil de adquirir, porque una Revolución verdadera encuentra muchos obstáculos en su camino.

Aquella conversación dio un rumbo definitivo a su vida y a sus acciones. Desde luego, se ocupó de conseguir y enviar los clones de plátano y la pangola, y no pudo enviar el ganado pues lo retuvieron en la isla de Gran Caimán, pero más importante que eso fue que ese día conoció al líder más relevante del continente y del mundo contemporáneo según sus propias expresiones, que repite constantemente desde entonces.

Thompson fue después, desde la independencia de Jamaica en 1962 y durante muchos años más, ministro de Relaciones Exteriores de su país. Visitó a Cuba en repetidas ocasiones e hizo amistad con Almeida, Carlos Rafael y con compañeros que posteriormente fueron embajadores en Jamaica, como Pez Ferro.

Recorrió el país e, incluso, pasó su luna de miel en Cuba. Afirma con vehemencia que independientemente de que Fidel es el alma de la Revolución, lo que más le ha impactado del espíritu revolucionario de Cuba ha sido y es su devoción por el desarrollo de la educación y el programa integral de su moderno sistema de salud.

Se entrevistó con Fidel en casi todas las ocasiones que estuvo en Cuba. Por su responsabilidades coincidió con él en disímiles foros internacionales: la Cumbre de los No Alineados en Argel, en 1972; la Asamblea General de la ONU, en 1979 o el Congreso del PCUS en Moscú en la década de los 80 y, más recientemente, en la formal liquidación del apartheid, cuando Mandela fue entronizado como presidente de la nueva Sudáfrica. En todos esos momentos fue testigo excepcional del carisma y la autoridad de este líder de pueblos que tuvo el honor de conocer a principios de la década de los 60, en una modesta habitación del hotel Habana Libre, y que sabía entonces más de los problemas de la agricultura tropical que cualquier investigador dedicado a esos temas.

Por eso, cuando siendo canciller de Jamaica tuvo que ser hospitalizado en Kingston por un infarto, y discutían sobre la eventualidad de que no sobreviviría si no lo evacuaban a Londres o a Estados Unidos, y él mismo estaba un poco asustado, ocurrió algo que nunca podrá olvidar.

Lo visitó el embajador cubano, Ulises Estrada, y le anunció que Fidel, informado de lo que le sucedía, le proponía enviar un avión especial, dotado con todo el equipamiento necesario, para evacuarlo a Cuba y atenderlo en el Instituto de Cardiología. Pensó, en medio de su dolencia, que era algo realmente emocionante que este hombre tan grande, tan ocupado, pudiera tener tiempo para no olvidar un viejo amigo de su país, cuya vida peligraba y que no era un jefe de Estado como él, sino un simple ministro de un país vecino.

Desde luego aceptó y viajó a Cuba. La dolencia no era tan dramática como inicialmente dijeron y se restableció prontamente; contribu-

yó a ello las frecuentes visitas del propio Fidel a su lecho de enfermo en el hospital. Entonces, no se sentó en la cama como hizo cuando lo conoció, pero en cada una de sus visitas recordaba, como sigue recordando todavía, aquella primera conversación sostenida en los albores del triunfo revolucionario en Cuba con aquel líder soñador y a la vez realista, humano, sencillo, amigo de sus amigos, que lo sorprendió con sus conocimientos de los pastos tropicales y de las enfermedades que afectan a los plátanos.

Que le dé un pase

A mediados o finales de 1960, cuando comenzaba a organizar el ICAP, un dirigente pakistaní vino a Cuba, portador de un mensaje de solidaridad de varias organizaciones de su país, dirigido al Primer Ministro Fidel Castro. Lo traía en un hermoso portafolio de la excelente artesanía pastú.

El Comandante en Jefe no se encontraba en la capital. Lo recibí en los salones del ICAP, con el compromiso de hacerlo llegar a su destinatario. Se lo envié a Celia que me indicó que le preparara un proyecto de respuesta.

Conseguí un portafolio de cuero labrado muy bonito también y redacté la respuesta.

El amigo pakistaní regresaba a su país un domingo. El sábado localicé a Celia, pues era necesario que Fidel lo firmara.

Celia me dijo que estaba de recorrido por la ciénaga de Zapata, revisando las carreteras que se construían en esa zona tan aislada, y tan importante para derrotar después la invasión mercenaria que desembarcó por Playa Larga.

Decidí salir para la ciénaga muy temprano, el domingo en la mañana. Invité a Norma Porras, heroica combatiente de la clandestinidad y viuda de Machaco Ameijeiras, quien llevó con ella a Machaquito de apenas un año entonces, y me acompañaban también mi novia Titi y su hermana.

El Buick Roadmaster del 58 que tenía me lo había dado Emilio Aragonés para que no tuviera que utilizar ninguno de los cerca de doscientos Cadillacs destinados por Fidel para atender a las delegaciones extranjeras.

Fui casi volando, como solía manejar entonces, por la carretera central. Me adentré hacia la ciénaga por el central Australia e iba preguntando a los milicianos que veía «por dónde estaba el Comandante» como lo más natural del mundo. Me lo decían y, en medio de un terraplén, vi a lo lejos la polvareda que iba dejando un grupo de carros. Me acerqué haciendo señas con las luces y la caravana se detuvo a un costado y yo al otro. Aunque no me consta, imagino que Celia debió advertir de mi premura y de mi salida hacia esa zona.

Nos bajamos del auto estirándonos todos, y del auto del jefe descendieron Gamonal y el Comandante. Crucé el terraplén con mi flamante portafolio y el documento, saludé a Fidel y a Gamonal y apresuradamente le expliqué la urgencia de la respuesta.

Fidel tomó el portafolio sin prestarle mucha atención, lo abrió, empezó a buscarse una pluma en los bolsillos de la chaqueta; yo, con rapidez, le entregué la que traía. Era un documento de una sola cuartilla que leyó de un tirón. Le quitó el casquillo y cuando esperaba que lo firmara comenzó a tachar y a escribir enmiendas. Me pareció que todo el esfuerzo por llevarle tan lejos lo que consideraba que era una respuesta perfecta, se perdía inexorablemente.

Pensé que no podría volver a La Habana a buscar una secretaria, mecanografiarlo, traerlo de nuevo y poder entregárselo al visitante que partía esa noche y no pude contenerme: «Comandante, no voy a poder arreglarlo...». Mientras, seguía su trabajo meticuloso de enmiendas, que prácticamente solo respetaba la fecha y su firma, sin levantar la vista del papel, tachando y escribiendo sobre mí, supuestamente, perfecta respuesta, me dijo: «Me voy ahora para 11, me lo llevas allá después».

Aunque recobré el aliento con su respuesta, ya estaba calculando el tiempo de volver corriendo y desestimando mi idea inicial de almorzar con mi novia y mis acompañantes en el camino.

Cuando me entregó el portafolio, se guardó mi pluma en su bolsillo, miró hacia mi carro y me preguntó quiénes eran esas muchachas bonitas que venían conmigo.

Le dije: «La rubia del pelo suelto es mi novia, la otra es su hermana y la del niño es la compañera Norma, la viuda de Machaco, y él es el

hijo de ambos. A pesar de que le dieron un balazo en el vientre no afectó a la criatura, y es un diablo ese fiñe».

Cruzó acompañado de Gamonal y de otros compañeros de la escolta, le dio un beso a Norma y cargó a Machaquito. Lo rodeamos todos. Comenzó a decirle a Norma cómo siguió las informaciones de aquel valiente enfrentamiento, en que pelearon en condiciones de total inferioridad, sin rendirse, hasta la última bala, a la vez que relataba el impacto de aquel sacrificio, e iba describiendo, pausadamente, el momento en que se encontraban entonces las fuerzas revolucionarias en todos los frentes, y la derrota ya inminente de la tiranía.

Recordó que había indicado que Machaco debía salir de la ciudad a las montañas, y que, lamentablemente, lo perdimos justo casi en la víspera de la victoria.

Todos estábamos inmersos en sus reflexiones. A Norma le resbalaban lágrimas silenciosas por el rostro. Fue un momento muy emotivo que me hizo olvidar mi premura. El único que no seguía aquel emocionante recuento era Machaquito. Tenía ante sus ojos la exuberante barba de Fidel y se prendió a ella con las dos manos y tiraba con fuerza. Mientras Fidel hablaba no nos dábamos cuenta de que el Comandante le tomaba una manito y la separaba de su barba con cuidado, pero el fiñe volvía a la carga con renovado ímpetu. Me percaté y me uní al complejo trabajo de separar al niño de algo que lo atraía y no quería soltar, y hasta tuve que pedirle a la madre extasiada, ayuda. Norma, al fin, reaccionó y recuperó a su hijo, liberando al Comandante de los tirones que soportó con suma paciencia.

Entonces, Fidel saludó a las dos compañeras, y fue cuando la hermana de Titi le dijo, con la confianza que habitualmente la gente sencilla trataba al Comandante: «Fidel, tengo que pedirle algo».

Yo la crucé con una mirada fulminante pretendiendo silenciarla pero no me hizo caso, y Fidel la estimuló preguntándole qué quería.

Con mucha coquetería le dijo:

«Por culpa suya yo no me he podido casar. Hemos planificado dos veces la boda, pero en cada ocasión lo movilizan. Yo quería pedirle que le dieran un pase para casarnos».

Fidel se rió y empezó a preguntarle detalles de las movilizaciones, dónde trabajaba su novio, qué hacía, qué hacía ella, en fin, un interrogatorio sucesivo y consistente que le permitió conocer a profundidad sobre ese tipo de problemas, que seguramente conocía.

Ubicado en la procedencia obrera del novio, de su presencia en los anillos de milicianos en el Escambray y de los conflictos personales que acarreaba el enfrentamiento popular al bandidismo que gestaban los Estados Unidos, se viró para mí y me indicó:

«Llama al capitán Acevedo de mi parte y dile que le dé un pase al compañero para que pueda casarse». Ella se le abalanzó, le dio un beso y daba saltitos de alegría.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Santiago de Chile, 20 de noviembre de 2007.

Ernesto Meléndez
DIPLOMÁTICO CUBANO

Botas de combatiente

A inicios de junio del año 1972, con afán y entusiasmo, el colectivo de nuestra embajada comenzó a prepararse para la visita a Checoslovaquia del Comandante Fidel Castro y la delegación que lo acompañaría. Para su recibimiento reunimos datos del país, de los lugares a visitar, y de las personalidades con quienes se encontraría; en fin, tratamos de estar informados para algo difícil que nunca lograríamos: dar respuestas claras y precisas a todas las interrogantes del Comandante.

El recorrido previsto incluyó primero las visitas a Bulgaria, Hungría y la RDA. Estando ya el Comandante en el segundo de aquellos países, el programa para Checoslovaquia aún no se encontraba completamente coordinado, y se complicaba con nuevas actividades, tanto en Praga, como en Eslovaquia. Entre ellas, una visita a la Universidad Carolinum, la más antigua de Europa, fundada por Carlos IV en el año 1348. Entre las premisas estaba que el Comandante debía asumir todo el rigor y la pompa de dicha institución, además, precisaba vestir con

toga, birrete y colgar una tradicional cadena de oro para la ceremonia, durante la cual recibiría el título de Doctor en Ciencias Jurídicas Honoris Causa.

Me comuniqué con la compañera Celia Sánchez en Hungría y le expliqué el programa general, en particular, sobre la ceremonia en la universidad, así como la necesidad de contar con las medidas para preparar la vestimenta. Sobre el particular me instruyó llevarle todos los detalles sobre la referida ceremonia para consultar al Comandante.

Días antes habíamos terminado la traducción de la defensa que uno de los profesores eméritos en Ciencias Jurídicas de dicha universidad haría para el otorgamiento del título de Doctor Honoris Causa, la cual se basaba en un profundo análisis jurídico del alegato, conocido como *La historia me absolverá,* en el juicio por el Asalto al Cuartel Moncada.

Con toda la información en la mano, me trasladé a Hungría, y en horas de la madrugada, al concluir el programa del día, se produjo el encuentro con el Comandante en presencia de la compañera Celia y el compañero Héctor Rodríguez LLompart, en esos momentos embajador en la RDA, y también convocado para revisar detalles del programa de ese país, que era el siguiente a visitar.

En mi caso, todo marchaba bien con mis explicaciones del programa, pero surgió el tema de la vestimenta y los rigores de la ceremonia tradicional que tendría lugar en la gran sala de arquitectura gótica que se describía en el documento que le había entregado al Comandante. En cierta medida, comprendía que la propuesta no se correspondía con los objetivos políticos de la visita, ni tampoco con la coyuntura internacional caracterizada en esos momentos por la criminal agresión al pueblo vietnamita, denunciada de manera permanente durante su recorrido, como expresión solidaria de Cuba al pueblo, al partido y al gobierno de esa hermana nación.

Esa madrugada no se tomó una decisión, pero yo insistí en el contenido de la defensa para otorgarle el Doctorado. Con el compromiso del Comandante de leerla y darme una respuesta regresé a Praga y lo comuniqué a la parte checoslovaca que insistía en avanzar en los preparativos.

A los pocos días, y ya en la RDA, fui convocado a ese país para aprobar definitivamente los detalles del programa de la ceremonia en la universidad, resultó decisivo el excelente documento de la defensa que con alto rigor académico, jurídico y político, valoraba la lucha contra la tiranía y por la independencia de nuestra nación.

Recibí su aprobación y las medidas para el atuendo, pero con la observación de que «seguiría utilizando sus botas de combatiente» dicha con sonrisa, pero con firmeza, al dirigirse a Celia y a mí.

Todavía hoy deben resonar en la gótica sala de la universidad, para pesar de la contrarrevolución que desgobierna a la República Checa, las palabras pronunciadas por Fidel.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Suecia, 10 de noviembre de 2007

Javier Méndez
ATLETA CUBANO DE BÉISBOL

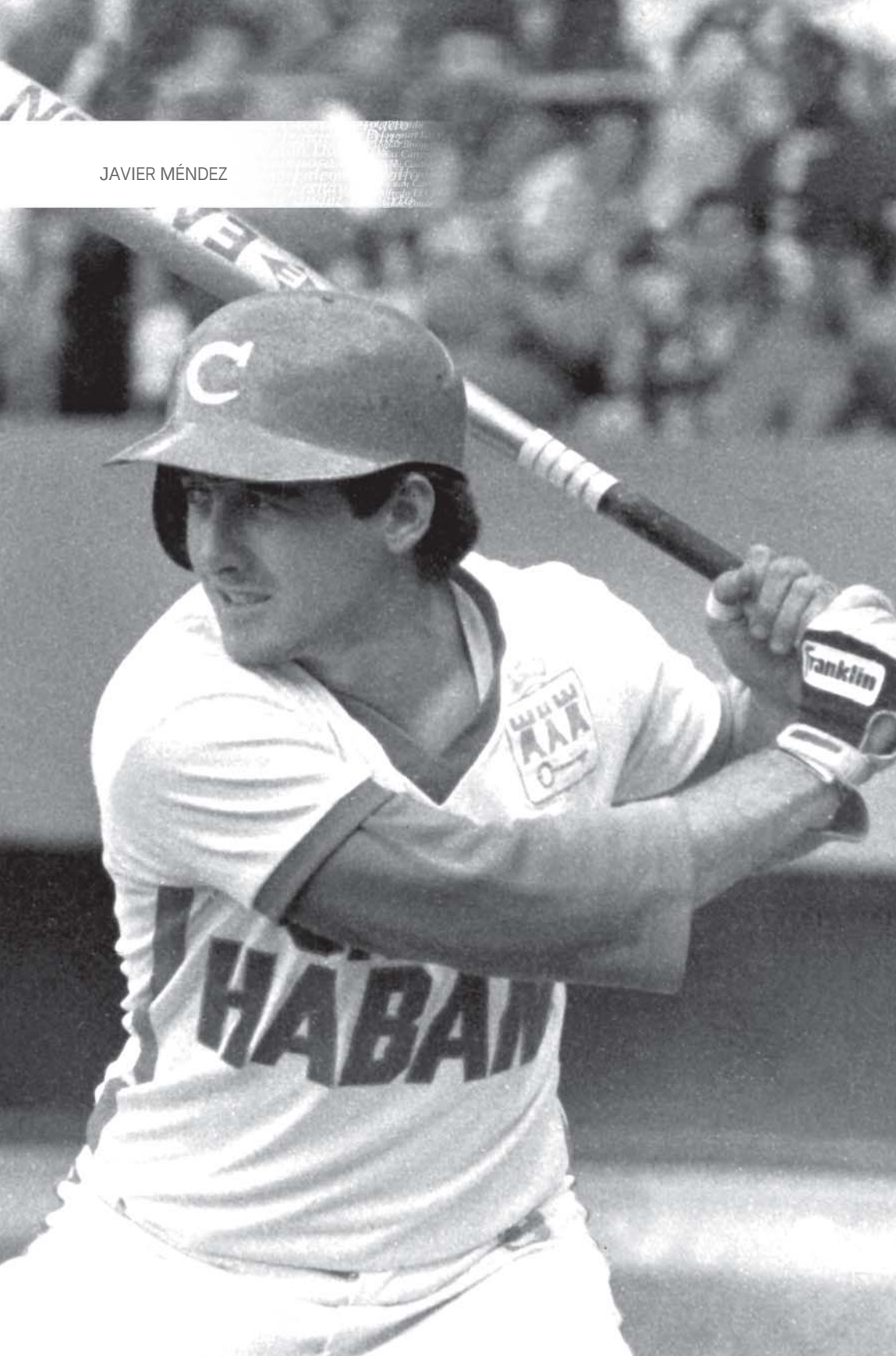
Levanten la cabeza

He tenido la oportunidad de conversar con nuestro Comandante en Jefe en varias ocasiones, pero hay una ocasión que sobresale por las circunstancias difíciles y duras de mi carrera deportiva, y la pongo a disposición de los lectores. Creo haberla contado en otros momentos, pero vale la pena hacerlo una vez más.

A raíz de los Juegos Olímpicos de Sydney, Australia (2000), nuestro equipo nacional de béisbol perdió en el juego final contra Estados Unidos 4-0; fue un juego que no quiero recordar, pero lo tengo presente casi todos los días de mi vida, por lo que representa para todos los cubanos.

Al regresar a la patria, mientras bajábamos por la escalerilla del avión, vimos al Comandante en Jefe en primera fila, debido a la derrota nos sentíamos afligidos, entristecidos y muy apenados. Al estrecharle la mano, afloró una pequeña conversación que resumió, en pocos segundos, la grandeza del hombre que teníamos delante, un líder que siempre está y estará en su pueblo y al lado de él. Al saludarlo me dijo:

—¿Qué pasa?


JAVIER MÉNDEZ
C
Franklin
AAA
HABAN

—No pudimos cumplir –le contesté.

—Pero levanten la cabeza –señaló.

—Sí, Comandante, pero es muy difícil este momento para todos nosotros.

—Lo sé, lo sé, pero levanten, levanten la cabeza, que para el pueblo, amantes y no amantes del deporte nacional, ustedes son y siguen siendo campeones olímpicos.

Ocurrió lo que nadie esperaba, nuestro equipo luchó, pero no pudo ganar; al finalizar el partido había tristeza, pena y dolor por lo que significaba ese fracaso. La presencia del Comandante en Jefe en primera fila nos hizo reflexionar en los momentos espinosos por los que ha pasado la Revolución y que, con su líder al frente, ha sabido sortear y salir triunfante en cada batalla, por dura que esta haya sido.

Desde nuestro puesto de combate: el deporte, habíamos incumplido con el pueblo, nuestro principal animador e inspirador y, sin embargo, todo ese pueblo estaba allí en ese momento, reunido, unido, representado en aquella figura de gigante.

Fue un diálogo rápido, en cambio, me pareció una eternidad. Hubiera preferido que en ese momento no se produjera, por la cantidad de sentimientos negativos y tristes encontrados ahí. Pasó el tiempo, llegaron los análisis y las reflexiones, las preguntas y las respuestas.

Me inquiría constantemente, ¿cómo no pudimos cumplir, ¿qué pasó?

¡Cuánta pena y vergüenza a la vez para nosotros, no poder ofrecerle ese bello regalo al pueblo y a Fidel!

Sabíamos que esa derrota se iba más allá del ámbito deportivo, nos dolía a todos y, no obstante, el Comandante estaba ahí junto a nosotros, compartiendo el dolor, y a la vez, trasmitiendo confianza y optimismo. Nos dio una lección de lo que significa no rendirse nunca, aun en los momentos más difíciles. Nos enseñó que los hombres jamás se cansan. Lo volvimos a ver brillar. Así es nuestro Fidel.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 15 de enero de 2008.

Raúl Menéndez Tomassevich

GENERAL DE DIVISIÓN CUBANO

Libró el bandido

Hay momentos que nunca olvidaré. En el Escambray cogimos a un jefe de bandidos. Hablamos con él para que trabajara con nosotros. Estuvo de acuerdo. Los compañeros de la Seguridad le enseñaron los métodos de infiltración, cómo pasar la información, etc. A la hora de actuar, el hombre se rajó. Me quedé preocupado.

Ya conocía nuestra forma de operar. Le hice el cuento a Fidel. Me preguntó: «¿Qué vas a hacer?». Le respondí: «Fusilarlo». Entonces, con esa grandeza que tiene Fidel me dijo: «Coño, Tomás, por un secreto vas a fusilar a un hombre». Ahí libró el bandido.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Víctor Mesa

ATLETA CUBANO DE BÉISBOL

¿Y el libro qué?

En uno de los actos con el Comandante en Jefe Fidel Castro, me preguntó, cuándo iba a escribir un libro sobre mi vida. Le dije que pronto.

Pasó el tiempo, y en la siguiente actividad que me encontré con el líder de la Revolución, lo primero que hizo fue preguntarme: «Víctor, ¿y el libro qué?». Entonces, medio apenado, le contesté: «No pensé que fuera en serio lo que usted me decía, Comandante».

Me lo reiteró y puse manos a la obra. Un año después, el libro se terminó bajo el título: *El béisbol en mi vida* y se lo mandé dedicado, con mucho cariño.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 6 de enero de 2008

Gianni Miná
PERIODISTA ITALIANO

Trece años esperando

Por trece años asedié a la embajada cubana en Roma, hasta que llegó la luz verde de que se podía hacer una entrevista. En ese momento yo trabajaba en una serie de entrevistas a presidentes latinoamericanos. Yo venía a hacer la clásica entrevista de un diario de la televisión italiana: dos horas con un jefe de Estado.

La noche antes, Fidel me hizo llamar y me preguntó: «¿Qué quieres?». «Mire, Comandante, le dije, nosotros hacemos televisión, y la gente de nuestro mundo, máximo cada tres o cuatro minutos cambia de canal, ¿qué significa esto? Tenemos que cambiar varias veces de set: nos vamos al Instituto de Ingeniería Genética y Biotecnología, después a la sala de la televisión, después a su escritorio y después al rincón donde usted lee los libros». Y él me dijo: «Bueno, mañana te espero en el Instituto de Ingeniería Genética y Biotecnología a las 2:00 de la tarde».

Empezamos a hablar y me explicó lo que eran los espectrómetros de masa, que yo aún no sé lo que es, pero él sabía todo, como si fuera un profesor de instituto.

Dimos una vuelta, me explicó todas las maquinarias y de ahí salimos al Palacio de la Revolución, en el balcón caía una lluvia tropical, a sus espaldas, la imagen es bellísima. Terminamos entrando en el divertimentto: mi equipo venía del cine –la segunda cámara había trabajado con el director italiano Luchino Visconti, gran maestro del cine italiano; y el Comandante que conocía a Visconti, le preguntó cómo Visconti usaba el *doll in*.

Yo tengo una foto de Fidel dándole a mi camarógrafo una cosa que sirve para atenuar la luz de los reflectores. Era uno más del equipo.

De momento se nos acaba la película, filmábamos en esa época en 6 mm y aunque llevábamos seis o siete horas conversando, no se había hablado sobre el Che Guevara, sobre la economía… Finalmente nos llegó de las Fuerzas Armadas una película japonesa que nos ayudó a terminar de filmar… Serían las 6:00 de la mañana y a las 9:00 salimos para Ciudad de México.

La fortuna me regaló aquel momento que para mí, que tan solo soy periodista, fue un premio, mucho más de lo que yo pudiera esperar, al menos dentro de mi profesión. Con el Comandante estuvimos 16 horas y filmamos casi diez.

Arleen Rodríguez: *Los afortunados entrevistadores de Fidel,* Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, Ciudad de La Habana, Cuba, agosto de 2007, pp. 11-12.

Gabriel Molina

PERIODISTA CUBANO

Serán días de fiesta

Nunca había estado tan cerca del ya mundialmente admirado Fidel Castro. Era el 13 de marzo de 1959 y se celebraba por primera vez una conmemoración del asalto al Palacio Presidencial, efectuado dos años antes por el Directorio Revolucionario, fundado por José Antonio Echeverría, presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU).

El pueblo estaba masivamente congregado ante la terraza sur de la residencia del ejecutivo nacional en Refugio No. 1, Centro Habana. La tarea de presentar a los oradores que me encomendó el comité organizador de los actos, al cual pertenecía, se volvió esa tarde inesperadamente difícil. Después de las presentaciones y los discursos de los compañeros comandantes Ángel Quevedo, Alberto Mora, Faure Chomón y Raúl Castro, anuncié que haría el resumen el presidente provisional de la República, el ex juez, Manuel Urrutia.

Pero la reacción del público me sacó de paso, cuando la multitud se negó a escucharlo y clamó por Fidel. Fue tanta la algarabía que, a pesar de mis esfuerzos por hacer cumplir el programa y que hablase Urrutia, ya que lo previsto era que Fidel lo hiciese por la noche en la escalinata de la Universidad de La Habana, la intransigente insistencia obligó a complacer a las masas.

Tal vez, para neutralizar la delicada situación, Fidel comenzó con muestras de su característico sentido del humor, que la gente acogía con natural alegría. Junto a Fidel estábamos, de un lado Hubert Matos, comandante del Ejército Rebelde, y yo del otro.

Matos –quien meses más tarde encabezaría una conspiración contra la Revolución–, con cierta autosuficiencia le dijo quedamente: «Fidel, Fidel, estás haciendo reír en una conmemoración luctuosa».

Creo que fui el único en escuchar esa especie de regaño y me espanté ante la interrupción. La consideré una falta de consideración, pues ya me parecía difícil que el Comandante tuviese que improvisar sus palabras en esas circunstancias, como para ponerle más embarazosa aún la situación. Fidel, sin desviar la mirada dirigida hacia el frente, hacia el pueblo, continuó imperturbable su línea de pensamiento con otras frases en el mismo tono.

De repente, hizo una pausa y dijo: «Me he permitido algunas bromas pues no me parece hoy un día de luto, más bien un día de fiesta. ¿Fueron acaso días de luto el 10 de octubre (de 1868, primer levantamiento en armas en la isla contra el colonialismo español) o el 24 de febrero (de 1895, fecha del segundo y definitivo levantamiento). ¿Cómo pueden llamarse días de luto a fechas que marcan un hito en las luchas por las libertades en nuestra patria? Día de luto el 10 de marzo» (de 1952, golpe de Estado del general Fulgencio Batista).

Hizo un breve alto y con más elevada entonación continuó: «Todas las demás fechas, el 13 de marzo hoy, como el 26 de julio, no serán jamás días de luto. ¡Serán días de fiesta!».

El pueblo saltó literalmente catapultado por las ideas, para apoyar con gran entusiasmo sus palabras.

«Tremenda agilidad mental», pensé aliviado. Testigo del origen de la idea, nunca lo comenté con nadie hasta hace poco, el año pasado.

Desde ese día de 1959, el 26 de julio se convirtió para el pueblo y para el mundo en la fiesta nacional de Cuba. Algo que se anunciaba indirectamente como importante. Es la continuidad histórica de las ideas enarboladas en tales fechas. Es la batalla por la segunda independencia.

Lo que se logró fue una paz precaria

Bajo el altísimo puntal de un lujoso salón del Kremlin, la larga mesa acogió a la delegación cubana para el primer almuerzo en Moscú, cuya población recibió

con desbordante entusiasmo a Fidel Castro, al mediodía del 30 de abril de 1963.

El líder cubano había llegado la noche del 29 a Murmansk, ciudad portuaria en el extremo noroccidental del país, aún cubierta de nieve esa primavera. Era su primer viaje a la URSS y fue recibido por el viceprimer ministro Anastas Mikoyán. La recepción oficial y popular con Jruschov y Brehznev sería a la mañana siguiente en la capital.

Inmediatamente después de la impresionante demostración de cariño del pueblo que colmó las calles del recorrido desde el aeropuerto hasta el Kremlin, Nikita Jruschov se levantó en su puesto de la mesa y pronunció un elogioso brindis por sus huéspedes. Fidel Castro no se hizo esperar. Miró atentamente a su alrededor y sobresaltó a los presentes diciendo: «No puedo dejar de expresar mi desacuerdo con la forma en que fueron sacados los cohetes soviéticos de Cuba. No se nos consultó y se tomaron acuerdos a espaldas nuestras, después de haber sido nuestra tierra el potencial escenario de una guerra nuclear».

Nikita lo interrumpió agitado: «¡Lo hicimos para evitar un ataque contra Cuba y se logró mantener la paz!».

Fidel retomó la palabra con tono airado: «Lo que se logró fue una paz precaria, pues no existe un verdadero compromiso. Si nos hubieran consultado se habría logrado mucho más. Habríamos obtenido una paz verdadera y otros objetivos».

Parecía que la primera visita del líder cubano a la URSS, terminaría en fracaso. Nadie osaba decir una palabra.

Lo único que falta es que se bajen a tomar café

La escena me retrotrajo a unos seis meses antes, en una residencia de protocolo en Varadero. Fidel estaba sentado en una mesa frente a Mikoyán, recién terminado el almuerzo. Con sus 36 años, uniforme verde olivo y la barba. El entonces primer ministro de la isla era la imagen por excelencia de la rebeldía cubana. El veterano dirigente soviético trataba de convencer a su interlocutor.

El estruendo de unos jets volando bajo interrumpió el insólito monólogo. En el tenso ambiente internacional que la retirada de los misiles no había logrado aplacar, la isla entera era cuadriculada por los aviones de combate en vuelo rasante.

Fidel se levantó enérgicamente y exclamó: «Lo único que falta es que se bajen a tomar café. No podemos seguir permitiéndolo. Voy a advertirles que los derribaremos si continúan con esas provocaciones».

El entonces Primer Ministro cubano no había ocultado en ningún momento su enojo desde que Jruschov anunció, inconsultamente, el 28 de octubre, que retiraría los misiles instalados en Cuba y ofreció la posibilidad de enviar inspectores de la ONU para comprobarlo.

Enérgicamente, declaró Fidel que para inspeccionar el país tendrían que venir en zafarrancho de combate y lanzó una plataforma de cinco puntos para lograr una paz verdadera:

1) Cese del bloqueo económico y la presión comercial y económica.
2) Cese de las actividades subversivas, invasiones de mercenarios, infiltración de espías y saboteadores.
3) Cese de ataques piratas desde Estados Unidos.
4) Cese de violaciones del espacio aéreo y naval.
5) Retirada de la Base Naval de Guantánamo y su devolución a Cuba.

Cuba resistiría firme y decididamente

De fuentes soviéticas y norteamericanas se sabe que en 1962, Estados Unidos contaba con 377 cohetes estratégicos y construía otros 1 000. Los emplazados en Turquía e Italia daban una superioridad a Estados Unidos, pues desde allí podían alcanzar en 15 minutos a la URSS, mientras los 44 cohetes intercontinentales soviéticos demorarían 25 en llegar a Norteamérica. La URSS solo contaba, además, con 373 de alcance medio y 17 de alcance intermedio.

La instalación de 42 cohetes de alcance medio e intermedio en Cuba, nivelaría considerablemente la diferencia y brindaría medios defensivos contra una inminente invasión norteamericana, información de inteligencia que los soviéticos y cubanos conocían que se preparaba con premura.

Fidel ha explicado que percibió en la propuesta hecha por Jruschov de instalar cohetes nucleares en Cuba, una acción que consolidaría la capacidad defensiva de todo el campo socialista, incluyendo Cuba, y que fue este el principal motivo para aceptarla, aunque no se ignoraban los riesgos.

Cuba planteaba dar a conocer públicamente el acuerdo y expresó en una declaración que nos asistía el derecho a la defensa con cualquier medio militar. La perspicacia del pueblo llamó a ese «cualquier medio» las etcéteras, en una velada alusión a los misiles.

Pero Jruschov insistió con el comandante Raúl Castro –quien viajó a Moscú para firmar el acuerdo–, en postergar el hacerlo público y negarlo mientras tanto.

El presidente de Estados Unidos había revelado el 22 de octubre que sus aviones espías tipo U-2 detectaron los cohetes instalados en Cuba por la URSS. Kennedy demandó que fueran retirados bajo inspección internacional. Fidel, al rechazar esa inspección del país, ordenó una alarma de combate. El mariscal Rodion Malinovsky, ministro de Defensa soviético, instruía por su parte al general Issa Piev, a poner las tropas estacionadas en Cuba en disposición combativa, y a estar listas para rechazar al enemigo junto al gobierno cubano.

En la noche del 23, el presidente norteamericano decretó un bloqueo naval expresando que dichos misiles, con ojivas nucleares, eran armas ofensivas, y puso a todas las fuerzas armadas en máxima alerta por primera vez en la historia del país.

Al día siguiente Kennedy autorizó los vuelos a baja altura, además de los que efectuaban los U-2, fotografiando el territorio nacional. El 25 ya se habían efectuado 15 vuelos. Fidel avisó a Jruschov que Cuba resistiría firme y decididamente.

U Thant, secretario general de la ONU, anunciaba una mediación tripartita al comenzar el día 26.

Pocas veces brilló más alto un estadista

Mientras tanto, en esa misma fecha, Jrushchov propuso a Kennedy en privado retirar los cohetes, comprobable con una inspección in situ, contra una promesa norteamericana de no invadir a Cuba. Kennedy aceptaba levantar el

bloqueo naval y dar seguridad contra una agresión a la isla, todo sujeto a la inspección propuesta.

En una sorpresiva acción, la artillería anticoheteril soviética derribó entonces un avión U-2 que volaba sobre Banes, en el oriente de la isla. El ambiente se tensó más y provocó una carta del presidente Kennedy, susceptible de varias lecturas: era amenazadora y a la vez tolerante, pues hacía ver que la acción podría no haber sido ordenada por Jrushchov, quien negociaba con él. Que podría haber escapado al control del premier soviético.

El día 28, Jrushchov aceptó los términos de Kennedy y después informó a Fidel, quien no conocía de las conversaciones secretas.

El comandante en Jefe declaró que la noticia había producido en Cuba «una gran indignación porque nos veíamos convertidos en una especie de objeto de cambio... nos enteramos por radio que el día 28 se ha producido un acuerdo».

La reacción del pueblo no fue de alivio, fue de profundo malestar. Con punzante humor, la gente decía: «Nikita, Nikita, lo que se da no se quita».

Tres días después, el 31 de octubre, los soviéticos comenzaron a desmantelar los misiles. U Thant viajó a Cuba, y ante la negativa de Fidel a aceptar la inspección, el secretario general de la ONU declaró que el dirigente cubano estaba en su derecho al negarse y que Naciones Unidas no podía obligarlo.

Ante la situación, Jrushchov envió el 2 de noviembre a Mikoyán a la isla, quien durante varios días trató de convencer al premier cubano. Pero fue imposible. El premier soviético pidió a Fidel no dejarse llevar por los sentimientos, que no actuase bajo indignación y que pospusiera la orden de disparar contra los aviones que realizaban vuelos rasantes.

Ningún avión fue alcanzado pues los aviones se retiraron para no volver. Finalmente, tras dos semanas en la isla, Mikoyán propuso que la inspección se realizase en los barcos. Fidel le respondió que ese sería un problema de la URSS. Por tanto, hubo inspección en los barcos, no en la isla.

De la crisis, Cuba emergió más fuerte y más respetada. La doctrina militar cubana pasó a ser la de la resistencia nacional, y no la del clásico enfrentamiento, si el territorio era ocupado.

El analista francés Raymond Aron lo comprendió perfectamente: «Las fuerzas clásicas tienen todavía otra función que revela la experiencia cubana. Después del retiro de los misiles, la república cubana es capaz de defenderse en el mismo sentido que los estados neutros del pasado; en otros términos, ella puede hacer pagar al agresor eventual un costo desproporcionado al rendimiento de la conquista; ella es también capaz de dejar al agresor solo ruinas que ocupar. Si los dirigentes de esta república tienen el coraje –y según toda probabilidad lo tienen–, incluso privados del apoyo soviético, ellos pueden negarse a capitular». El tiempo ha demostrado, aun hoy, su absoluta vigencia.

Muchos jefes de Estado aprendieron lecciones de la confrontación. Síntesis de esos pensamientos fueron las palabras del presidente De Gaulle: «Dado que Estados Unidos podía poner en peligro de una guerra termonuclear a Europa sin consultarla, Francia tenía que poseer su propia fuerza nuclear. Y se retiró técnicamente de la OTAN».

En su despacho de la capital coreana, el presidente Kim Il Sung nos confió en 1965, a Luis Báez, al embajador Lázaro Vigoa y a mí que esa crisis le había hecho confirmar que la defensa de cada país tenía que depender decididamente de sus propias fuerzas.

Cerca de dos años después de la crisis de octubre, Jrushchov fue sustituído como primer ministro por Alexei Kosiguin. Entre los reproches que se le hicieron estaba su actuación en esa coyuntura histórica.

En octubre de 1965, una carta despedida a Fidel, del Che Guevara, leída por el Comandante en Jefe en ocasión del acto de fundación del Comité Central del Partido Comunista, recordaba esos hechos diciendo: «Sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la Crisis del Caribe. Pocas veces brilló más alto un estadista».

En efecto, el líder del pueblo cubano ya había pasado a formar parte de las filas de los grandes estadistas de la historia. Su trayectoria ulterior ha hecho que lo reconozcan explícita o implícitamente amigos y enemigos.

Esas características fueron asimiladas por Jrushchov y los demás dirigentes soviéticos. La tensión de aquel primer día en Moscú, bajó después del incidente. Evidentemente, los días luminosos y tristes

solidificaron una relación con el estadista indómito y la isla rebelde, basada en el respeto y el cariño.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 14 de enero de 2008.

Inés María
Moliner León
ATLETA CUBANA DE VOLEIBOL

Me lo devolvió

En 1989, tras conquistar la Copa del Mundo de voleibol, celebrada en Japón, nos dirigimos al torneo de los Cuatro Grandes, con sede en Hong Kong, China, donde discutimos el primer lugar con el colectivo de la Unión Soviética.

Los dos elencos estaban muy bien preparados, aunque nosotras, lucíamos un poquito mejor que ellas. Previo al choque, mientras nos encontrábamos en el camerino, vino la capitana de las rivales y, un poco en señas y otro en inglés, nos pidió que le regaláramos ese partido, debido a que al vencedor le correspondía un premio de 50 000 dólares, y a ellas la Federación Nacional les daba un por ciento, mientras que a nosotras no.

Le contestamos que no, porque ese premio iba para el pueblo cubano que esperaba por nuestro triunfo, entre ellos el Comandante en Jefe, Fidel Castro. Al retornar a la patria tuvimos un gran recibimiento, pues nos pasearon por las principales arterias de ciudad de La Habana y el pueblo se volcó a las calles para vitorearnos.

Luego fuimos citadas al Consejo de Estado por el Comandante para hacernos unas fotos. El premio lo donamos para la adquisición de equipos electrodomésticos con vistas al desarrollo de la gimnasia musical aerobia en el país.

En dicha actividad, cuando me tocó saludarlo y darle la mano, Fidel me preguntó mi nombre y de qué provincia era, al decirle Villa Clara, me habló del movimiento de tierra que se estaba realizando en Caibarién, en aras del impulso al turismo en la cayería Norte. Le

comenté que tenía pocas oportunidades de ir por mi provincia, porque los entrenamientos me ocupaban casi todo el tiempo durante el año, en cambio, me quedé maravillada con lo que se estaba haciendo por allá.

Luego vino la foto, momento en que estaba muy nerviosa y no atinaba qué hacer, no obstante aproveché y le entregué mi medalla, pero él solo aceptó fotografiarse conmigo con el premio, y también con Vilma Espín; posteriormente me lo devolvió diciéndome que no podía aceptarlo por ser un triunfo y un esfuerzo personal de nosotras.

Entonces, Vilma comentó que ella simpatizaba con nuestro equipo de voleibol. Le comenté que estaba muy bonita con su vestido, y me contestó que ella misma se confeccionaba sus ropas.

Continué avanzando para dejar el turno a otra compañera y fui a reunirme con las que me precedieron en la charla con el Comandante.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 22 de enero de 2008.

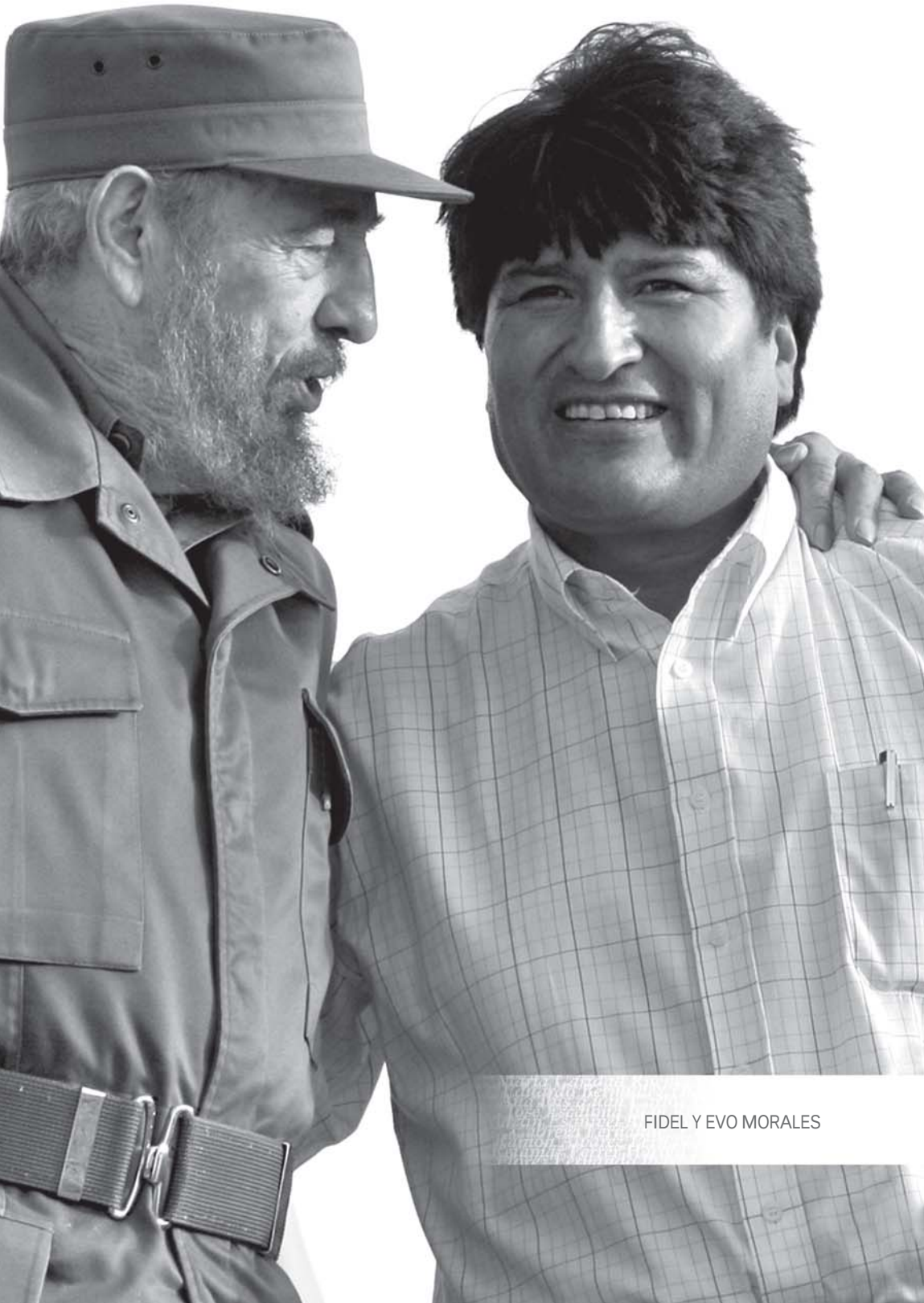
Jesús Montané Oropesa

ATACANTE DEL CUARTEL MONCADA
Y EXPEDICIONARIO DEL GRANMA

Trátenlos humanamente

Antes de salir de la finca de Siboney para el ataque al cuartel Moncada, Fidel nos dio las últimas instrucciones que fueron las mismas que los demás grupos que participaron en la acción y en la que recordaba que debíamos ser humanos con el enemigo y que paráramos solo en última instancia, en caso de imperiosa necesidad». Alguien le preguntó a Fidel que si se hacían prisioneros qué debería hacerse con ellos. «Trátenlos humanamente», dijo Fidel. «No los insulten. Y recuerden que la vida de un hombre desarmado debe ser sagrada para ustedes».

Citado en: Eugenio Suárez y Acela Caner: *Fidel: De Birán a Cinco Palmas,* Editorial Verde Olivo, Cuidad de La Habana, 2006, p. 186.



FIDEL Y EVO MORALES

Evo Morales

PRESIDENTE DE BOLIVIA

Era imposible acercarse

Conocí a Fidel en un encuentro por la autodeterminación y la solidaridad entre los pueblos, organizado en 1992 en La Habana. Yo no tenía plata y con lo que junté solo pude comprar un pasaje de ida. En Cochabamba, los organizadores (bolivianos) me dijeron: «Gasta nomás, que allá te van a devolver y te darán también tu pasaje de vuelta». Confiando en ellos, me fui, sólo para conocer Cuba y a Fidel. Llegamos, había alojamiento y desayuno gratis. Por primera vez entré al Palacio de Convenciones y estaba Fidel en el escenario. Era imposible acercarse. Me inscribí en la lista de oradores, esperé dos días para hablar tres minutos. No pude saludar a Fidel, pero lo vi a unos cien metros. A veces mi única comida era el desayuno gratis, después tomaba Tropicola. Luego vinieron los problemas para retornar: no había pasaje a La Paz, me consiguieron La Habana-Lima, y llegué allá con un dólar, que cambié a soles para pedirle ayuda a un dirigente de la Confederación Campesina del Perú, Juan Rojas, quien felizmente me prestó cien dólares para retornar a Bolivia. Me dijo en broma: «¿Cocalero y no tienes plata?». Ese dinero me sirvió para llegar a Cuzco y desde allí seguir en bus a Bolivia para llegar al Congreso de la Federación Campesina. Me habían advertido que el camino, que todavía no estaba pavimentado, no era seguro en época de lluvias. Yo fui caprichoso y seguí: tardé una noche y un día. A cada rato el bus se plantaba y tenía que sacarme los zapatos para empujarlo en medio del barro. Todo por conocer a Fidel.

Un hermano mayor sabio

Fidel es un hermano mayor sabio, cuyo principio básico es la solidaridad y la lucha por la igualdad y la dignidad. Fidel me llama, me abraza, me conversa, me orienta.

Una vez le dije, antes de ser presidente: «Si un día ganara como presidente y Estados Unidos nos bloquea económicamente, ¿qué

debo hacer, cómo debo prepararme?». Otros miembros del gobierno cubano me decían: «Eso hay que manejarlo con cuidado, no podemos arriesgar», mientras que Fidel me dijo: «No tienes por qué tener miedo, Bolivia no es una isla como Cuba, Bolivia tiene países amigos y riquezas naturales». Y me explicó dos cosas: primero, teniendo gas y petróleo, minerales, cómo vamos a tener miedo al bloqueo económico. Solo debemos saber administrar, recuperar esos recursos. Segundo, me decía: «Tienes ahí a Lula, a Kirchner, a Chávez, a Cuba; nosotros no teníamos nada de eso, y al final ni siquiera a la Unión Soviética».

Luego, ya en el 2003, me dijo en una conferencia: «No hagan lo que nosotros hemos hecho –refiriéndose a la lucha armada para liberar a Cuba–, hagan una revolución democrática. Estamos en otro tiempo, la gente quiere transformaciones profundas, pero no quiere guerras».

Necesitan consejos psiquiátricos

Una vez, cuando el avión presidencial dio una vuelta en el aire, no sé cómo se habrá enterado pero Fidel me dijo: «Ustedes no necesitan consejos políticos sino psiquiátricos». Se preocupa mucho por nuestra seguridad, es lo primero que pregunta, seguramente por los atentados que él superó gracias a la eficacia de su seguridad.

Foto del eje del mal

El 29 de abril de 2005 estaba en Cuba convaleciente de una operación de la rodilla. Estaba en un acto con Chávez y, al final, me llama Fidel para una «foto del eje del mal». Cuando lo escucho me olvido de recoger las muletas y caminé así, los médicos quedaron sorprendidos. Pareció una especie de orden bíblica: «Evo, levántate y anda». También recuerdo la emoción de estar dos Primero de Mayo en la Plaza de la Revolución, algo inédito en el mundo, junto a millones de cubanos.

Pablo Stefanoni: *Diario Página 12,* Buenos Aires, Argentina, agosto, 2006.

Fernando Morais

ESCRITOR Y PERIODISTA BRASILEÑO

Absurdamente caro

(Para lograr una entrevista con Fidel Castro hay que tener paciencia) (...) Conforme han podido verificarlo muchos de los periodistas extranjeros que han logrado entrevistarlo. Saúl Landau y Frank Mankievsky, dos norteamericanos que estuvieron en Cuba en octubre de 1974, pasaron tres meses encerrados en un cuarto del hotel Habana Libre a la espera de que Castro los recibiese. Simón Malley, director de la revista *Afrique-Asie,* que lo intentó poco después, tuvo más suerte; esperó apenas un mes. La misma fortuna tuvo André Fort, corresponsal en Cuba del diario francés *L' Humanité,* órgano oficial del Partido Comunista Francés, que soportó treinta días de espera.

Por lo demás, las largas esperas suelen tener una compensación: entrevistas extensas, incluso caudalosas. Mankievsky, por ejemplo, tuvo que editar en un libro su charla con Castro. Y Simón Malley fue obligado a agregar un cuadernillo especial a la revista *Afrique-Asíe.* La projilidad de Castro en las entrevistas, de todos modos, no se compara con la voracidad verbal que él acostumbra a desplegar ante los cubanos en los discursos, hasta hace algunos años. «Mientras usted hace un discurso –le dijo el cosmonauta Yuri Gagarin, al conocerlo– yo doy una vuelta completa a la Tierra».

Podría hasta dar varias vueltas. Discursos de seis, siete, ocho horas ininterrumpidas eran comunes en la Cuba de los primeros años posteriores a la caída de Batista.

Un periodista portugués relató que hace quince años cuando hizo una visita a Cuba junto con un grupo de reporteros europeos, se cruzaron con Fidel Castro en una la calle de La Habana. «Él paró para conversar con nosotros –dijo el portugués–, apoyó el pie en el paragolpes de un viejo Cadillac y se quedó allí, bajo un sol fortísimo, hablando y fumando habanos durante exactamente tres horas y media».

(...) en su charla conmigo, Castro parecía menos preocupado con la opocisión al régimen brasileño que con las dificultades en las relaciones, a nivel estatal, entre los dos países (...).

(...)

Como era de esperar, Fidel fue torrencial. Para comenzar, pidió disculpas por haberse hecho esperar más de un mes, y después, incansable preguntador, pasó a bombardearme con una serie de cuestiones precisas sobre el Brasil. ¿Cuánto cuesta un departamento en San Paulo? ¿Cuál es el área de un inmueble del BNH? ¿Cuánto gana un periodista en Brasil? ¿Y un médico? Ante cada respuesta Castro hacía mentalmente la conversión para pesos cubanos, y casi siempre se admiraba con el resultado obtenido: «¿Tanto?». Su mayor espanto con relación a Brasil, sin embargo, lo produjo el precio de tierras en venta en Campos do Jordão, que calificaría de «absurdamente caro» al descubrir un anuncio de loteamiento mientras hojeaba un ejemplar de *Veja*.

En total, el presidente cubano estuvo ocho horas conmigo y, antes de comenzar la entrevista propiamente dicha, me ofreció atracciones variadas. Hubo un momento, por ejemplo, en que accionó el aparato de video-tape que tiene en su gabinete y exhibió el filme *El ejército secreto de la CIA,* realizado por el periodista Bill Moyers para la cadena de televisión CBS, una copia del cual fue obsequiada a Castro por el propio Moyers. Después, aprovechando el impulso, exhibió un tramo de su entrevista con Bárbara Walters. Y enseguida mandó servir, primero daiquirís, a título de aperitivo, y después una comida que consistió en trozos de pierna de puerco y jamón, y, como postre, helado de frutilla. Solo después de cumplidas todas estas formalidades, comenzaría la entrevista que se prolongaría por nada menos que cuatro horas.

Fernando Morais: *La Isla*, Editorial Nueva Imagen, San Paulo, Brasil, 1976, pp. 131-133.

Liborio Noval

FOTÓGRAFO CUBANO

Te lo ganaste

El 12 de agosto de 1996, en el Palacio de los Capitanes Generales, en La Habana Vieja, se presentó la exposición fotográfica «100 Imágenes de la Revolución Cubana»; llevé una foto de cuando Fidel estaba entrando a la Cumbre Iberoamericana en Cartagena

de Indias, Colombia, en la que iba vestido con una guayabera. Fue una sorpresa para todos nosotros, yo quería que él me firmara la foto, si iba a la exposición, para tener un recuerdo de aquel día especial y, efectivamente, llegó, y enseguida dijo que se quería retratar con los fotógrafos que habían participado en la exposición. Al final de la foto colectiva le pedí que me autografiara la foto, lo hizo y preguntó la fecha, al decirle que era 12 de agosto, la firmó el 13 (día de su cumpleaños) y me dijo: «Te adelanté el cumpleaños, te lo ganaste». Ya te podrás imaginar lo que sentí. La tengo en un lugar particular en mi casa.

Me gusta la foto

La segunda anécdota fue con la portada del libro *Instantáneas,* donde aparece Fidel con espejuelos en la frente, y un tabaco en la mano, en 1998. El libro estaba en preparación y esa foto fue la escogida para la portada. En agosto de ese año, en Ginebra, a Fidel le impusieron una medalla de la Organización Mundial de la Salud por haber renunciado públicamente a fumar, en su discurso de agradecimiento él explicó el daño que hace para la salud fumar, y así estuvo un largo rato, yo estaba haciendo fotos en un balcón del Palacio de las Naciones y al oírlo pensé: «Se me jodió la portada del libro». Al llegar a La Habana, dije en el Instituto del Libro que debían cambiar la portada, me contestaron que ya no había tiempo, pues el libro estaba en Italia para la impresión. El 12 de octubre de 2000, nos reunimos nuevamente con Fidel, los fotógrafos Raúl Corrales, Korda, Roberto Salas y yo, para conversar sobre fotografía y hacer distintas anécdotas. Le enseñé el libro y le manifesté mi preocupación, y él me respondió rápido: «¿Y qué?, si yo fumaba y, aparte, me gusta la foto».

Charlando de fotografías

Una vez, estábamos Korda, Corrales, Roberto Salas y yo contando anécdotas junto a él. Y estuvimos una hora y media charlando de fotografía solamente. Fidel dijo una cosa muy bonita en ese momento: «Sin el trabajo de ustedes la Revolución

no existiría». Lo repitió dos veces, queriendo decir que sin las fotos nuestras nadie hubiera sabido qué hizo la Revolución.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 25 de noviembre de 2008.

Juan Nuiry
REVOLUCIONARIO CUBANO

Una gran fuerza

El 15 de mayo de 1955, salían de la cárcel Fidel y los combatientes del Moncada y del Carlos Manuel de Céspedes. En sus primeras declaraciones a la prensa desde el Hotel de Isla de Pinos, Fidel plantea que él veía como una gran fuerza al movimiento estudiantil, a la FEU y concretamente a José Antonio Echeverría. Al día siguiente arriba a Batabanó en *El Pinero*; sale en tren el día 16 hacia La Habana, llega a la terminal de trenes de la capital en horas tempranas de la mañana. Entre los primeros dentro de aquella multitud se encontraban José Antonio y el ejecutivo de la FEU, que esperaban a Fidel para el saludo cordial y solidario. José Antonio –con golpes visibles, su brazo enyesado debido de la paliza recibida por la policía en Matanzas en los actos por la conmemoración del 20 aniversario de la caída en combate de Antonio Guiteras y el venezolano Carlos Aponte, coronel del Ejército de Sandino– invita a Fidel a hacer las conclusiones del acto del 20 de mayo en la Escalinata. La dictadura trata de impedirlo; corta el fluido eléctrico y el agua y cierra con perseguidoras todo el acceso a la Universidad de La Habana. La Escalinata es constantemente baleada por los agentes del orden público, solo existió una víctima: a la mañana siguiente encontramos muerta una paloma. Batista había asesinado a «la paloma de la paz». La paloma fue enterrada con todos los honores.

Suprimen los programas radiales

Fidel permanece en el país desde el 15 de mayo, día de su salida de presidio, hasta el 7 de julio de 1955 cuando parte a México. Cincuen-

ta y tres días de una continua actividad. Ganó múltiples batallas dentro de las dificultades existentes al evadir el aparato represivo de la dictadura utilizando constantes medidas clandestinas. Cada día era más evidente la falta de visión y perspectiva de la dirección nacional del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), incapaz de conducir a la lucha. Existe un acoso constante contra los moncadistas. Se hacen públicas acusaciones de planes conspirativos. Orden de detención contra Raúl Castro. Se suprimen los programas radiales que pueden ser utilizados por Fidel. Se clausura finalmente el periódico *La Calle*. A pesar de todo, Fidel puede vencer estas dificultades y lleva a cabo numerosas reuniones con los dirigentes de la FEU, de la Juventud Ortodoxa, con las compañeras del Frente Cívico de Mujeres Martianas, combatientes del 26 de Julio, periodistas. Tampoco rehusó el debate público. Están recogidas en la prensa de la época las valientes denuncias de Fidel en la revista *Bohemia*.

El 17 de junio de 1955, Jorge Agostini es asesinado. En nombre de la FEU, José Antonio acusa públicamente a Batista como responsable del horrendo crimen.

Voceros batistianos a través de la prensa, la radio y la televisión –en manos de la dictadura– intentan crear un acoso público a Fidel, tratando de tergiversar su ya creciente popularidad. A la vez que la circulación y lectura de *La historia me absolverá*, documento raigal de la Revolución, iba haciendo conciencia.

Buscar la unidad revolucionaria

Hay un aspecto –no diría poco conocido, prácticamente desconocido–, y es que en aquellos 53 días de batalla, Fidel, dentro de toda la gama de actividades que desarrolló, también se dedicó a buscar la unidad revolucionaria. Se conoce el encuentro de Fidel Castro y el profesor universitario y dirigente del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), Rafael García Bárcena, en su casa de Marianao, con la presencia de Faustino Pérez y Armando Hart. Pero existe otra reunión que se llevó a cabo después, organizada por José Antonio, en la casa de Raúl Roa García en Miramar.

En esa reunión participaron Fidel, Bárcenas y Roa; por la FEU, José Antonio, Fructuoso y yo. Ada Kourí y Raulito Roa entraban y salían.

En ese encuentro primó el sentido unitario de Fidel y José Antonio, como lo demostraron siempre, pero se pusieron en evidencia dos criterios insuperables en los enfoques estratégicos. Fidel fue amplio y detallado en sus argumentos: la lucha armada apoyada por una huelga general; un movimiento armado frente a la tiranía. Bárcenas repetía su confianza en sus contactos con las fuerzas armadas, nunca un enfrentamiento armado contra el ejército. En aquel momento no hubo acuerdo. Fidel dejó abierto, dentro de su enfoque, cualquier análisis posterior para el logro de una verdadera fuerza unitaria en el campo revolucionario.

Rumbo a México

El día 6 de julio de 1955, víspera de la salida de Fidel, fuimos como otras veces al apartamento de su hermana Lidia en los altos de la florería en las calles 23 y 18 en El Vedado. Dentro de lo tratado, Fidel me invita para que lo acompañe al día siguiente al aeropuerto. «Así podemos concretar otros asuntos», me dice.

El 7 de julio, junto a René Anillo, estábamos en tan crucial momento junto al héroe del Moncada en el aeropuerto de Rancho Boyeros. Todos los presentes quieren hablar con Fidel, quien atiende a cada uno. Luego de unas breves palabras con Guido García Inclán, nos solicita a Anillo y a mí que lo acompañemos hasta el final del pasillo donde tomaría el avión. Ante la proximidad de la fecha del 26 de julio, insiste en la importancia de celebrar un acto en la universidad convocado por la FEU. «Hay que insistir en la denuncia de los crímenes cometidos en el Moncada», sentencia. Su silueta se pierde cuando se dirige a tomar aquel avión que partiría hacia Mérida; desde allí, saldría en ómnibus hacia la capital mexicana. Esta escena no es posible olvidarla. Estaban presentes sus palabras: «De viaje como este, solo se regresa con la tiranía descabezada a los pies».

Juan Nuiry: *Cincuenta años en la memoria*, Ediciones Imagen Contemporánea, Ciudad de La Habana, Cuba, 2007.

Antonio Núñez Jiménez

REVOLUCIONARIO CUBANO

Corrección disciplinaria

La vigencia de la honestidad administrativa implantada por la Revolución es clave para entender, entre otros factores, la rápida adhesión del pueblo a su gobierno revolucionario.

A tal respecto, en septiembre de 1959, el periódico *Havana Post* publica un avieso comentario sobre una agencia de seguros creada por un familiar de Fidel Castro con el objetivo de hacer pólizas a los campesinos en relación con la tierra que les sería entregada por la Reforma Agraria. Se comenta que ese negocio proporcionará millones de pesos, y se dice en este periódico que ya su patrocinadora ha instalado sus oficinas en el INRA.

Al enterarse Fidel, se dirige rápidamente al INRA para investigar qué hay de cierto en la información ofrecida por el *Havana Post*.

En esta época, los periódicos del país tienen reporteros destacados en los organismos oficiales para cubrir la información. Esa tarde, decenas de periodistas esperan las noticias del día en el cuarto piso del organismo agrario.

Cuando Fidel llega a mi despacho pregunta, visiblemente indignado, qué sé de la información del *Havana Post*. Le manifiesto que desconozco totalmente el asunto, incluso que un familiar de él esté instalado en alguna oficina del INRA. Llamamos al administrador, quien nos explica haber accedido a la petición de instalar aquella oficina por tratarse de un familiar del Primer Ministro y suponer que tal solicitud es del conocimiento del mismo.

La indignación del Comandante en Jefe es de tal magnitud que sus palabras son claramente escuchadas en el vestíbulo del piso donde se encuentran los periodistas. Muchos de ellos se acercan a la antesala de nuestro despacho para preguntar qué sucede.

Fidel, muy disgustado por el aspecto moral y por el provecho que la contrarrevolución puede sacar de este asunto, le hace comprender al administrador la necesidad de un escarmiento para evitar el

malentendido de que él, como jefe del gobierno, haya apañado semejante negocio.

Personalmente redacta la resolución núm. 35 del INRA, de fecha 24 de septiembre de 1959, publicada en la *Gaceta Oficial de la República*, por la cual

> (…) se suspende durante seis meses en el cargo de Jefe de Personal y Administración (...) y se le envía a Cayo Largo para que supervise las obras que allí se realizan de atracción turística. Al aplicarle esta medida disciplinaria y correctiva se han tenido en cuenta los errores (...) cometidos en el desempeño de aquel cargo; pero de manera especial por las que cometiera en lo relativo a la contratación de seguros generales para el INRA al aceptar gestiones de una compañía de seguros que pretendía asegurar los equipos del INRA, lo que debió rechazar de plano, por dos razones:
>
> a) El estar interesado en la misma un familiar del Presidente de este Organismo y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, lo que debió poner directamente en conocimiento de este, en lugar de exponerlo a que apareciera ante la Nación incurriendo en los vicios de favoritismo y nepotismo que la Revolución debe combatir radicalmente.
>
> b) Porque es una cuestión de principios que un organismo del Estado, económicamente sólido como el INRA, debe absorber por sí mismo todos los riesgos de accidentes o transferirlos al organismo de seguro estatal, como el Banco de Seguros Sociales y no tratar de favorecer con primas y dividendos a algún interés particular.
>
> Se hace constar igualmente que, a juicio de esta Dirección, ese funcionario incurrió en dicho error sin perseguir lucro y que su conducta y eficiencia han sido buenas en los meses que ocupa el cargo de Jefe de personal y Administración, por cuyo motivo se ha acordado la corrección disciplinaria impuesta.
>
> Publíquese en la GACETA OFICIAL.

FIDEL Y ANTONIO NÚNEZ JIMÉNEZ

Dada en la Ciudad de La Habana, a los veinticuatro días del mes de septiembre de mil novecientos cincuenta y nueve.

Dr. Fidel Castro Ruz

Presidente del Instituto Nacional de Reforma Agraria (...).

¡Cosa bárbara!

A mediados del verano de 1959, la campaña anticomunista y antisoviética, dirigida por el imperialismo yanqui y la burguesía cubana contra nuestra Revolución, está al rojo vivo. Se acusa públicamente a algunos dirigentes revolucionarios de mantener vínculos secretos con dirigentes soviéticos.

(...)

(...) el 16 de octubre de 1959 (...) el Comandante Camilo Cienfuegos, jefe del Ejército, le informa (a Fidel) haber sostenido una entrevista en el hotel Habana Riviera con un periodista soviético, Alejandro Alexeiev, y el deseo de este de conversar con el Primer Ministro de Cuba.

Ocho meses antes, Alexeiev ha solicitado una visa para viajar a Cuba como corresponsal de la Agencia Tass. A través de nuestra embajada en Suiza la recibe.

Fidel me indica comunicar a Alexeiev su deseo de recibirlo y conversar con él amistosamente. Para tal entrevista se decide escoger el último piso del edificio del INRA. Por la parte cubana, solo estarán presentes el presidente y el director ejecutivo del organismo.

Alejandro Alexeiev se hospeda en el Hotel Sevilla. En el vestíbulo se encuentra con dos soldados barbudos que lo acompañan hasta el edificio del INRA, donde se entrevistará con Fidel. Llega vestido con traje casi negro y corbata gris. El soviético, al vernos con uniforme de campaña, evidencia su desconcierto y casi pide disculpas por su indumentaria tan formal. Inmediatamente entrega a Fidel un paquete envuelto en las páginas de un periódico moscovita. De la envoltura surge una botella de vodka, unos pomitos de caviar y un álbum con fotos de Moscú, que Fidel toma en sus manos, hojea mostrando gran interés y vuelve a colocarlo sobre una mesita. Hasta ese momento solo han intercambiado un amable saludo.

Alexeiev le comunica la gran admiración que siente el pueblo soviético por la Revolución Cubana y en particular por él. Habla de lo mucho que el gobierno y el Partido soviéticos estiman su personalidad revolucionaria y la obra que dirige para el progreso social de Cuba.

Fidel sigue atentamente las palabras de Alexeiev y le expresa la disposición del gobierno revolucionario de establecer relaciones comerciales con los soviéticos, llegado el momento oportuno.

Se habla de la gestión extraoficial realizada en Nueva York por quien esto escribe, en ocasión de su visita el 26 de julio de 1959, con los directores de la Exposición Soviética inaugurada allí, por Anastas I. Mikoyán, a fin de traerla a Cuba. Los tres estamos de acuerdo en que este será un paso trascendental en el fortalecimiento de las relaciones. Señala Fidel que resultará de gran impacto para el pueblo cubano que Mikoyán, vicepresidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, viaje a Cuba para su inauguración.

Una viva simpatía se establece entre Fidel y Alexeiev desde aquel primer encuentro.

Alexeiev clava su mirada en el pecho de Fidel, en el que brilla una pequeña medalla de plata. Fidel capta la mirada y le dice:

—Es la medalla de una virgen cristiana. Me la envió una niña de Santiago de Cuba cuando estaba en la Sierra Maestra –y agrega–. Ya que trajiste el caviar y el vodka, vamos a probarlos.

El Comandante en Jefe me pide llamar a Conchita Fernández, su secretaria, para que traiga galletas y él mismo abre el pequeño pomo de caviar. Comenzamos a comerlo y a tomar el vodka, ambos nos parecen excelentes.

Fidel, dirigiéndose a mí, sonriente, dice:

—¡Qué buen vodka!, ¡qué buen caviar! Núñez, creo que vale la pena restablecer las relaciones comerciales con la Unión Soviética, ¿qué te parece?

Alexeiev le dice:

—Muy bien Fidel, ya podemos contar con que vamos a establecer relaciones económicas, pero, las más importantes, ¿diplomáticas?

—¡Ah...! Ya veo por qué has venido vestido con tanta formalidad –le responde Fidel. Todos nos reímos.

—Es mejor que conversemos –continuó Fidel–. Vamos a tener que seguir así, por el momento, pues necesitamos tiempo para crear las condiciones. ¿Recuerda usted un artículo de Lenin en el que manifestaba que para aplicar una nueva política o introducir nuevas ideas es necesario persuadir a las masas, hacerlas partícipe de esas decisiones? Eso haremos. La idea de traer la exposición es excelente; a Núñez, que estuvo en Nueva York y la vio, le gustó mucho. Es una oportunidad para mostrar al pueblo cubano los progresos de la Unión Soviética. Hasta el presente, todo lo que se dice de la URSS es negativo y procuraremos que ese tipo de información no se expanda, no continúe. La exposición y la visita de Mikoyán puede ser un inicio exitoso, ¿no le parece? Ya comenzamos por el caviar y el vodka. Esta es la primera botella de vodka soviético que llega a nuestro país después del triunfo de la Revolución.

Al chocar las tres copas, Fidel hace un brindis:

—Lo fundamental ahora no son las relaciones diplomáticas. Lo más importante es que ya cubanos y soviéticos somos amigos.

Alexeiev, en su incipiente español, solo atina, emocionado, a pronunciar la siguiente oración:

—¡Cosa bárbara!

Tiempo después, desde las orillas del Moskova, nos llega a Cuba, como segundo embajador de la Unión Soviética, el flamante Alejandro Alexeiev.

Nuevamente en las Coloradas

Partimos en helicóptero hacia la costa de Belic, en el pantanoso litoral donde desembarcaron los expedicionarios del *Granma*.

Los campesinos se percatan de la presencia de la nave aérea y comienzan a congregarse. Fidel escucha sus problemas y los orienta en cuanto al desarrollo de las cooperativas. La mayoría se dedica al carbón, a la pesca y al trabajo forestal.

En el modesto muelle de Belic, abordamos la lancha *Jaime Luis*.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? –pregunta el patrón.

—A Las Coloradas –responde el Comandante en Jefe.

Es la primera vez, después del 2 de diciembre de 1956, que Fidel visita el histórico escenario del desembarco. A su lado está el Comandante Calixto García, también expedicionario del *Granma,* el Comandante René Vallejo, Celia Sánchez, Lupe Velis, el periodista Luis Báez y el que escribe esto, entre otros.

Al llegar a Las Coloradas, Fidel es el primero en saltar al agua, que le llega a la cintura. Es la una y quince de la tarde. Todos lo imitamos, e, imbuidos por el recuerdo de ese trascendental episodio de nuestra Guerra de Liberación, ganamos la costa. Para avanzar por el manglar es necesario subir por la maraña de sus troncos. Pasamos entre las ramas y a veces por debajo de las retorcidas raíces, bajo el agua. Salimos a una laguna salobre y de ahí a tierra firme. El Comandante en Jefe mira su reloj: tres y quince de la tarde. Hemos tardado dos horas en atravesar la costa, el manglar y la laguna. Hace un alto y recuerda la travesía original; la dramática partida del *Granma*, la madrugada del 25 de noviembre de 1956, desde la boca del Río Tuxpan, cuando el mal tiempo y las grandes olas ponen en grave peligro el pequeño yate y el Himno Nacional brota de las gargantas de los jóvenes expedicionarios y los ochenta y dos, mareados, achican las aguas de las bodegas. Cinco días después de la partida, se enteran del alzamiento de Santiago de Cuba dirigido por Frank País. Rememora Fidel los dramáticos acontecimientos de lo que Juan Manuel Márquez llamara, más que un desembarco, un naufragio:

—Casi al llegar a las costas de Cuba la madrugada del 2 de diciembre, se nos cayó un hombre al agua. Eso nos hizo perder una hora, porque me empeñé en buscarlo. Por una cuestión moral había que salvarlo. Por último le dije al capitán: «Vira exactamente en la dirección contraria y vamos a hacer un último esfuerzo», cuando oigo: «¡Aquí, aquí; Roque!». Llegamos a la costa casi al amanecer. El capitán del barco, marino profesional, no conocía el litoral. Nos dice: «Estoy perdido, sé que estamos en Cuba, pero no sé donde, hay que virar otra vez para ver los faros». Se estaba haciendo de día y por tercera vez me dice: «Estoy perdido». «¿Cómo que estás perdido? ¿Tú me puedes asegurar que esa es la isla de Cuba, estás seguro de

que no vamos a desembarcar en Jamaica o en un cayo?». «No, esa es la isla de Cuba», me responde. «Pues enfila a toda velocidad para allá y encallas». Un kilómetro más adelante había un muelle que hubiera sido una gran ventaja. Ya la aviación y la marina de Batista estaban sobre nosotros. Encallamos. No tuvimos suerte porque caímos en un lugar muy difícil. Al encallar le digo a René Rodríguez: «René, explora, tírate al agua». Lo hace desde la proa. Flaco como es, y más flaco después de siete días de viaje, sin comida, camina hasta llegar a la orilla y me dice: «Todo está bien». El segundo soy yo, pero me tiro con una mochila que pesaba no se sabe cuántas libras, una pistola ametralladora con unas trescientas balas, y mi fusil con cien. Echo a andar y comienzo a hundirme. Habíamos caído en un pantano. Imagínese, un hombre con mi peso y con todo aquello encima, René no tuvo la culpa al decirme «está firme» porque él se tira sin mochila, sin nada. Con el peso que yo llevaba arriba y el mío me enterraba hasta las rodillas, ya no podía moverme, hasta que unos compañeros me ayudaron a salir de aquel infierno. Nuestras dos primeras horas hasta llegar a tierra firme fueron terribles. En el *Granma* quedaron algunas armas. Raúl estuvo sacándolas hasta el final. Casi nos sorprende un barco de Batista. Toda la tropa, los ochenta y dos hombres cargaron con sus armas durante dos o tres horas por un pantano infame. Una de las cosas más duras que he pasado en la vida.

Y continúa diciendo que después de cruzar el pantano y el manglar, Luis Crespo descubre a lo lejos una pequeña casa. Al poco rato se reúnen con el campesino carbonero Ángel Pérez. Fidel le explica quién es y el objetivo que los trae a la patria. Ángel los invita a compartir sus pocos alimentos. Pronto los disparos de la aviación enemiga se dejan escuchar. La pequeña tropa logra alcanzar el monte más cercano. Luego vendría el revés de Alegría de Pío, la dispersión, el reencuentro con Raúl, la llegada a la Sierra, la epopeya guerrillera y la liberación definitiva de Cuba.

La silueta de Fidel contra el arco de madera con la inscripción «Portada de la libertad, desembarco de los expedicionarios del *Granma,* Playa de Las Coloradas», culmina el histórico recorrido.

¡Esto es increíble!

El 20 de enero concurre Fidel a una entrevista televisada.*

(...)

(...) en el momento que Fidel responde a una pregunta de carácter económico, se produce un murmullo en el estudio de televisión. El Primer Ministro alza la vista y observa que por el pasillo central avanza, en actitud desafiante, nada menos que Juan Pablo de Lojendio, ilustre Marqués consorte de Vellisca, excelentísimo embajador de Francisco Franco y Bahamonde «Caudilo de España por la Gracia de Dios».

Al llegar frente al panel donde se encuentran Fidel y los periodistas, el marqués, con insolencia increíble, pide al moderador del programa, Alfredo Núñez Pascual, que le permita responder a «las calumnias del doctor Castro».

Fidel, aún sentado, advierte al embajador:

—Señor embajador, usted tiene que pedirle permiso también al Primer Ministro del gobierno, que es el entrevistado.

El embajador agita los brazos en desafiante actitud.

Fidel, levantándose de su asiento, cierra los puños y dice:

—Usted debe respetar al Primer Ministro del gobierno.

—Pido permiso al moderador, tengo que hablar aquí –riposta el energúmeno marqués–, me han calumniado, me han calumniado.

—¡Esto es increíble! –exclama Fidel–. Es una provocación y una falta de respeto, no solo a mí, sino al gobierno de Cuba.

Lojendio, que parece tener una copa de más, trata de seguir hablando, Fidel ya no puede contenerse y le dice:

—¡Está usted en Cuba, un país libre! ¡No está usted en la España franquista!

El señor marqués, todo confundido, mira hacia el doctor Osvaldo Dorticós y le implora:

—Señor presidente, le pido protección…

Lojendio no puede terminar sus palabras. Dorticós las rechaza indignado.

* Esta entrevista se realizó en el año 1960, en el canal Telemundo, ubicado en 23 y P, en el Vedado. En su intervención, el Comandante en Jefe dio a conocer la confabulación de las embajadas de España y Estados Unidos para sacar del país a connotados contrarrevolucionarios.

El poeta Nicolás Guillén, en medio de aquel alboroto, se sube en una silla y exclama:

—¡Abajo Weyler!

Una compañera, despistada, cree que el Poeta Nacional ha confundido el nombre de Lojendio y a su vez le grita:

—Guillén, no se llama Weyler, el embajador se llama Lojendio.

El marqués furioso vocifera:

—¡Suéltenme, suéltenme, no respondo de mí, tengo que hablar de todas maneras!

El jefe de la escolta de Fidel, capitán Ramón Valle, se acerca al marqués y le dice:

—Tranquilícese, señor embajador, su vida está garantizada por nosotros, pero facilítenos el modo de sacarlo de aquí.*

La escolta evita unos buenos pescozones al embajador, aunque no puede impedir, al tratar de salir del estudio, que una señora sentada al lado de Joe Louis, ex campeón mundial de boxeo de visita en Cuba, levante amenazadoramente su cartera de piel de cocodrilo y la deje caer con fuerza sobre la dura testa del marqués. Joe Louis, que no esperaba el carterazo, y seguramente por reflejo condicionado, se pone en guardia como en sus mejores tiempos en el cuadrilátero.

Reanudado el programa (...)

Fidel continúa sus declaraciones; anuncia que el gobierno revolucionario, ha acordado enviar un cable a nuestro embajador en Madrid, ordenándole su regreso a Cuba (...)

(...)

(Con el paso del tiempo las autoridades cubanas pudieron conocer) que ni el general Franco estuvo de acuerdo con el proceder de su embajador en Cuba y censuró, en el seno de sus colaboradores, su absurda actitud.

*Después de este incidente, el presidente Dorticós anunció que en 24 horas el embajador Lojendio tenía que abandonar el país.

¿Por una cuestión de protocolo y cortesía tenemos que morirnos todos?

Anastas I. Mikoyán, viceprimer ministro de la Unión Soviética, llega Cuba el 4 de febrero de 1960. Su visita señala un momento de gran significación en la historia de la amistad cubano-soviética.

Autoridades civiles y militares, periodistas y fotógrafos y pueblo en general rodean la nave área soviética IL-18 que acaba de tocar pista.

Mikoyán, vestido de negro, ostenta en su pecho una sola condecoración, la de Héroe de la Unión Soviética.

Se abrazan Mikoyán y Fidel y, segundos después, en atención, escuchamos los himnos nacionales de la República de Cuba y de la Unión Soviética, mientras una compañía del Ejército y otra de la Marina presentan armas al dignatario moscovita.

(...)

Al mediodía del 5 de febrero, Mikoyán inaugura la Exposición Soviética de Ciencia, Técnica y Cultura, en el Palacio de Bellas Artes de La Habana. Asisten el Presidente de nuestra República, el Primer Ministro y el Consejo de Ministros.

(...)

(...) Mikoyán se dispone a cortar la cinta roja para dejar inaugurada la exposición. Justo en ese momento, en dirección contraria, avanza un grupo de personas. Al frente marcha campechanamente el veterano campesino de la Sierra Maestra, Comandante Crescencio Pérez, que, con sus nietos y demás familiares ajenos totalmente al protocolo, habían recorrido la exposición y salían de la misma.

El ilustre armenio, tijera en mano, se desconcierta por un instante, hasta que alguien le dice en ruso:

—Corte usted la cinta.

(...)

Otra vez a bordo del KL18,* volamos hacia la Laguna del Tesoro, en la Ciénaga de Zapata. Sentado frente a Fidel veo que, a cada rato, mira inquieto a su izquierda, hacia la lejana costa meridional de Cuba.

* Al día siguiente Mikoyán, en compañía de Fidel, inicia un recorrido por diferentes provincias cubanas. En ocasiones, la comitiva viaja en el helicóptero KL18, traído expresamente desde la Unión Soviética.

Extraigo del bolsillo una brújula que nos permite comprobar que volamos hacia el Este, en dirección al mar abierto, en vez de al Norte, rumbo correcto.

En esas circunstancias, Fidel le dice al traductor, Nicolai Leonov, que le explique a Mikoyán nuestra preocupación, ya que, de seguir en helicóptero por ese rumbo se quedará sin gasolina e irremisiblemente caeremos al mar.

Mikoyán ordena a Nicolai hablar con el piloto soviético, pero este responde que más adelante hay otra isleta donde debe tomar rumbo Norte para llegar a la Laguna del Tesoro.

El viceprimer ministro de la URSS se tranquiliza con la explicación del oficial, pero Fidel, conociendo que después de Cayo Largo no hay otra isleta, insiste en la inminencia del desastre.

Le dice a Mikoyán que él asume la responsabilidad de que el helicóptero tome rumbo Norte, pero el piloto no acepta.

—¿Y por una cuestión de protocolo y cortesía tenemos que morirnos todos? –pregunta Fidel. Se levanta del asiento, sube y sirviéndose del traductor, discute con el piloto.

Mikoyán apoya a Fidel y el helicóptero se dirige al Norte para llegar, con el tanque casi vacío, a la cuadrada pista de madera semiflotante construida en La Laguna del Tesoro.

El piloto creía que el punto de despegue había sido Cayo Rosario y no Cayo Largo y, por esta razón, jamás hubiera llegado al lugar hacia donde, supuestamente, dirigía su nave.

El latifundio de los Castro

Fidel me orienta visitar a Lina Ruz, su querida madre, para pedirle que entregue sus tierras al INRA. Llego a Birán y, por mucha diplomacia que empleo, la misión fracasa. Regreso a La Habana e informo al Primer Ministro, quien encarga a su hermano Raúl de que trate de lograr mejores resultados.

Raúl me cuenta días después:

—Llegué a Birán. Hablé con la vieja. Traté de convencerla. Me dijo que ella no entendía mucho de política y me preguntó qué era el socialismo.

—El socialismo significa que ahora la Reforma Agraria llega aquí, y de tus tierras te quitamos tantas caballerías y te dejamos tantas –le dije.

La vieja volvió a preguntarme:

—¿Y entonces, qué es el comunismo?

—Mira, el comunismo es que llega la Reforma Agraria, te quita todas las tierras, y no te deja nada.

La madre no puede reprimir una frase que no termina:

—Tú lo que eres es un hijo…

La mirada de su hijo Raúl le recuerda sus diabluras de niño. Sonríe, orgullosa de sus hijos. El latifundio de los Castro pasa a formar parte del patrimonio nacional.

Diálogo con un bandido

(...) durante muchos meses Fidel dirigió personalmente los cercos contra los bandidos (en el Escambray) y siempre conservaba su costumbre de conversar con los prisioneros. Una noche, estando junto a él, en Topes de Collantes, quiso hablar con el jefe de una banda recién capturada.

El Comandante en Jefe pide que a la habitación de la casa donde ha hecho llevar al prisionero, no entrase ni siquiera su escolta (...) lo convencemos para que entrara el capitán Gamonal, el jefe de su escolta, y quien esto escribe.

Fidel, ya sentado frente al prisionero, con mucho respeto, inclusive hasta con cierta cordialidad, característica de su trato muy humano, le pregunta el porqué se ha alzado contra el poder popular, ya que el prisionero no parece un latifundista.

Con un desparpajo tremendo, casi burlándose de Fidel, le dice que él está por la democracia representativa, sobre todo por el parlamentarismo.

Fidel le explica qué había significado el Parlamento en la república burguesa: en su mayoría una guarida de ladrones que nunca había hecho nada por el pueblo.

Aquel hombre reitera como única respuesta que él está por el parlamentarismo.

Fidel está bastante agotado por las grandes marchas y por las muchas noches sin dormir y, por tanto, su paciencia se acaba, frente a un caso de tanto cinismo.

Así, Fidel se pone de pie, avanza el paso que lo separa del prisionero, lo toma por la solapa y como un gigante levanta aquella pluma del suelo. Cuando lo tiene en el aire se da cuenta de que es el jefe de la Revolución. El Comandante en Jefe, se apena del acto de fuerza que está realizando, lo sienta de nuevo en la silla y sin despedirse y con evidente disgusto sale de aquella habitación a la casa donde tenemos nuestro campamento de guerra en Topes de Collantes. Son como las doce de la noche y Fidel se mete en su habitación.

Allá, como a las cinco, poco antes del amanecer, me dice:

—Vamos.

Monta en su *jeep*. Sospecho que se dirige a la casa donde está el prisionero de marras, lo que confirmo a los pocos minutos.

Da orden de que él quiere conversar de nuevo con el mismo prisionero y que se lo lleven a la habitación donde lo había hecho la noche anterior.

Vuelve a repetirse la escena de que no quiere a nadie en el cuarto. Esta vez lo que más se logra es que yo pase con él a la entrevista.

Fidel espera sentado al prisionero. Al verlo llegar lo saluda cortésmente. El hombre es posible que crea que Fidel lo ha llamado para mandarlo a fusilar, de acuerdo con la propaganda que ellos mismos se han fabricado.

El Comandante en Jefe, con un trato de extraordinaria cortesía, comienza a decirle que lo ha citado de nuevo para disculparse por el gesto violento tenido con él; que tuviese en cuenta la circunstancia de haber tenido el mal gesto, obligado principalmente por sus contestaciones incorrectas, y por la tomadura de pelo a su jerarquía y a su trato correcto con el enemigo; que él desea dialogar inteligentemente acerca del porqué se ha visto obligado a enfrentarse a las fuerzas del pueblo.

El hombre cambia completamente su cinismo, por una comprensión más abierta.

Durante horas los dos hombres hablan sobre muchos problemas políticos del país.

Cuando el Jefe de la Revolución se despide del prisionero lo hace satisfecho de haberlo alertado sobre el mal que ha hecho y sobre la incomprensión que tiene del proceso revolucionario. Fidel una vez más tiene el rasgo de discutir y razonar con el enemigo.

¡Cuidado con los niños...!

Pocos saben que días antes del viaje a la ONU, Fidel dirigió personalmente una escaramuza en el pequeño poblado de La Sierrita en el Escambray.

El 7 de septiembre de 1960 Fidel se reúne en el hotel Jagua, de Cienfuegos, con los oficiales que han de participar en las acciones contra los grupos alzados en El Escambray.

Después se dirige al hospital de Cienfuegos para interesarse por la salud del Comandante Félix Duque, herido de gravedad a consecuencias de un accidente automovilístico.

Pasada la media noche, compañeros de Seguridad del Estado desean entrevistarse con el Comandante en Jefe. Con ellos viene el teniente Nilo, de nuestro Ejército Rebelde. Infiltrado en un grupo de bandidos, informa a Fidel que los contrarrevolucionarios tienen planeado un tiroteo en La Sierrita.

—Vayan ustedes para allá, hagan un reconocimiento del terreno y espérenme; vamos a cogerlos asando maíz.

A las cuatro de la madrugada llegan los compañeros al lugar indicado y, al amanecer, Fidel distribuye a su gente, en zafarrancho de combate.

El Comandante en Jefe se sitúa en un altillo con los capitanes Orlando Pupo, Ramón Valle y el primer teniente Jesús Padilla. Ordena al Comandante Orlando Rodríguez Puerta que cierre el paso por una cañada y sitúa a otro grupo en un firme que domina el terreno.

Fidel ve a una mujer y a unos niños que juegan al lado de la casa donde están ocultos los bandidos, y su preocupación se centra en evitar que puedan ser heridos, en caso de producirse una balacera.

José Alberto León, escolta del Comandante en Jefe, se brinda para penetrar por el fondo y sorprenderlos por la retaguardia. Fidel acepta el plan y lo envía con cuatro compañeros que se sitúan en posiciones

estratégicas. León avanza hacia su objetivo, acompañado sólo por un sargento a quien llaman El Abuelo. El viejo combatiente se queda detrás para proteger el avance final de su compañero.

León entra a la casa por una ventana y de un salto cae en la sala donde hay un bandido armado. Lo conmina a que suelte el arma y, como se niega a hacerlo, le dispara con la subametralladora que lleva en ristre. Otro bandido, al entrar es recibido por un rafagazo.

Se generaliza el tiroteo y en medio de los disparos, Fidel, que había avanzado, grita:

—¡Cuidado con los niños, no tiren para la casa!

La mujer y los muchachos se refugian en el monte cercano. En ese instante, otro bandido, a toda velocidad, corre hacia la cañada. Fidel dispara y el contrarrevolucionario es capturado por Puerta y sus compañeros. Resulta ser Alberto Wash, hermano de Sinesio, jefe de una banda asesina que opera en el Escambray. El resto de los alzados habían sido «casquitos» de la tiranía.

Tras el combate, Fidel se preocupa por los enemigos heridos. Ayudados por algunos campesinos que habían colaborado con los contrarrevolucionarios, son trasladados hasta la carretera y conducidos al hospital de Cienfuegos.

Fidel tiene especial interés en que no se tome ninguna medida contra los guajiros.

—Lo han hecho solo por ignorancia –dice.

Territorio libre dentro del corazón de Nueva York

Días después, leo un cable* de la AP: «El Sindicato de Maleteros del Aeropuerto de Idlewild en Nueva York, siguiendo órdenes del imperialismo, ha acordado no cargar las maletas de la delegación cubana, en manifestación de protesta por la presencia del comunista Fidel Castro».

Voy a ver a Fidel en su apartamento de la calle 11 en el Vedado, y al comunicarle la noticia, reacciona diciéndome:

* Antes de partir Fidel hacia Nueva York, el 18 de septiembre de 1960, para participar en la Asamblea General de las Naciones, la agencia AP hace circular la noticia.

—Ese no es un problema. No les daremos ese gusto, iremos con nuestras mochilas.

Por su parte, míster Christian Herter informa a los periodistas que el Primer Ministro Fidel Castro sería sometido a restricciones en sus movimientos dentro de la ciudad. Igual medida había aplicado a Nikita Jruschov, Janos Kadar y otros dirigentes de visita en Nueva York.

—¿Se le aplicarán las mismas medidas a Rafael Leónidas Trujillo? –pregunta un periodista al secretario de Estado yanqui.

—Nada sé sobre ese particular –contesta.

El *The New York Post* del 15 de septiembre, califica la acción norteamericana de «idiotez en escala temible».

AL conocer Fidel que el State Department limitará sus pasos por la ciudad de New York, le dice al doctor Raúl Roa:

—Escribe inmediatamente una nota que prohíba al embajador norteamericano en La Habana moverse por otras calles que no sean las que hay entre su residencia y la embajada.

(...)

(...) cuando Fidel se dispone a subir la escalerilla del avión, Lina Ruz, su madre, manifiesta preocupación ante los peligros del viaje que emprenderá.

—No te preocupes, yo he hecho viajes peores que este y siempre he salido bien. Recuerda el *Granma* –le dice Fidel para tranquilizarla.

Un periodista le pregunta sobre la negativa de los norteamericanos a cargarle sus maletas e impedirle alojarse en Nueva York:

—Ellos piensan que con ese anuncio nos van asustar. Con esta mochila y esta hamaca pasé dos años en la Sierra Maestra y estoy en disposición de volverlas a usar. Y que conste que son las mismas.

La delegación cubana, presidida por Fidel, la integran Raúl Roa García, Celia Sánchez, (...) Ramiro Valdés, Juan Escalona, (...) Emilio Aragonés, y, entre otros, el autor. Dos días después de nuestra partida, el 20 de septiembre, la delegación se amplía con la presencia del Comandante Juan Almeida y de Regino Boti.

Al llegar al aeropuerto de Idlewild, contemplamos una gigantesca multitud de cubanos y latinoamericanos, y representantes de las organizaciones revolucionarias del 26 de Julio, Movimiento de Liberación Dominicano,

Frente de Liberación de Nicaragua y otras de Estados Unidos. Cuatrocientos setenta policías tratan de impedir la manifestación popular, pero ni esa guardia ni la lluvia logran frenar la bienvenida que le tributan a Fidel Castro.

Al pasar el auto del jefe de la Revolución Cubana, el entusiasmo y los gritos de apoyo se acrecientan.

—En mi vida, pocas veces he sentido una demostración tan cargada de emoción como esta –nos dice.

Influido por ese sentimiento de solidaridad, Fidel saluda con la mano. Un policía no puede contener su ira y, violentamente le empuja el brazo. El capitán Juan Escalona y yo sentados delante, tratamos de abrir la puerta del auto para castigar el ultraje, pero Fidel nos ordena permanecer en nuestros sitios. El vehículo sigue su marcha.

Manuel Bisbé, jefe de la Misión Permanente de Cuba ante las Naciones Unidas, presenta personalmente al secretario general, Dag Harmmarskjold, una enérgica protesta por el descortés tratamiento que recibió el jefe de la Revolución Cubana en el aeropuerto de Nueva York (...)

(...)

Tan pronto nos hospedamos en el hotel Shelbourne, situado en la calle 37 esquina a la Avenida Lexington, «la policía lo rodea pero eventualmente sus partidarios ganaron la batalla cantando lemas revolucionarios, mientras Fidel Castro se asomaba por las ventanas de sus habitaciones para saludarlos», diría el conservador *Daily Express*.

El dueño del hotel, Edward E. Spatz, capitaliza la propaganda de la estancia de Fidel: nuestro Primer Ministro es el eje tempestuoso de la XV Asamblea General de la ONU, en la cual participa la mayor parte de los Jefes de Estado del mundo. Sin embargo, al mismo tiempo que trata de aprovecharse de la propaganda, intenta explotar a Fidel: plantea la promoción «negativa» que está recibiendo su hotel, las molestias ocasionadas por los periodistas a los huéspedes y, por lo tanto, debemos pagarle mucho más. Rechazamos por inaceptable su proposición, pero el yanqui sigue insistiendo, y amenaza con echarnos del hotel.

La idea de Fidel, ante el chantaje del hotelero, es comprar varias tiendas de campaña y armarlas en el jardín del edificio de las Naciones

Unidas. La vivencia guerrillera de la Sierra Maestra todavía está fresca en el recuerdo del jefe de la Revolución.

En esas circunstancias, Fidel me dice:

—Debes ir a un almacén y comprar varias tiendas de campaña. La amenaza de los maleteros primero, las órdenes del Departamento de Estado y la actitud del dueño del hotel, me convencen de que todo no es más que una acción para hacernos la vida imposible en Nueva York e impedir mi presencia en la ONU.

Fidel, indignado, sale del hotel hacia la Secretaría de las Naciones Unidas, para entrevistarse con Dag Hammarskjold. Tomamos el ascensor hasta el piso 38, donde se halla el despacho del secretario general. En la planta baja, un grupo de policías del Buró Federal de Investigaciones (FBI) trata de impedir el acceso al comandante Ramiro Valdés, jefe del Departamento de Seguridad del Estado, G2, quien reclama su derecho de acompañar al Primer Ministro y lo logra.

Fidel le protesta al secretario general:

—Nueva York no debía ser la sede de las Naciones Unidas, es una ciudad que hace la vida prácticamente imposible a los delegados de la ONU.

Cuando él le plantea al escandinavo su intención de poner tiendas de campaña en los jardines de las Naciones Unidas, este casi enloquece; empieza a dar pasos de un lado a otro, tratando de convencerlo de que evite ese espectáculo. Pero Fidel sigue en sus trece. Allí mismo, en el despacho de Hammarskjold, un funcionario comienza a llamar a distintos hoteles para garantizarnos alojamiento. El Primer Ministro de Cuba le pide que no se moleste, pues su decisión ya está tomada.

En tales circunstancias, los periodistas entrevistan a Fidel.

A la primera pregunta, responde que acampará en los jardines de las Naciones Unidas o en el Parque Central de Nueva York.

—¿No teme usted que en el Parque Central pueda ser molestado por los ladrones en horas de la noche?

—¿Cómo puede haber ladrones en este país? ¿No ganan acaso buenos salarios los obreros en Nueva York? ¿No hay aquí buenos salarios para todos? En Cuba, cualquiera puede dormir en el Parque Central de

La Habana sin ser molestado para nada. Yo mismo llevo veinte meses durmiendo en los más disímiles lugares de Cuba y jamás me ha faltado dinero de mis bolsillos ni ninguna de mis pertenencias personales.

Al pedirle su impresión sobre la visita a Nueva York, Fidel señala que resultan inexplicables tantas groserías y falta de hospitalidad por parte de las autoridades.

—Si en Cuba se celebrase una reunión de la importancia que revista la Asamblea General de las Naciones Unidas, redoblaríamos los esfuerzos en ser amables con todas las personas. Daríamos una residencia a cada delegación, pues ustedes deben saber que los malversadores batistianos nos dejaron magníficas residencias.

A otra pregunta, responde que la gerencia del hotel Shelbourne exigió a la delegación cubana que situase un fondo en efectivo de 10 000 dólares. Se depositaron 5 000, e intentamos cubrir el resto mediante una póliza de seguro, pero la rechazaron. Exigían el efectivo. Por último el gerente nos comunicó que prefería nos fuésemos y llegó a declarar públicamente:

—Castro está en el hotel contra mi voluntad.

Suena el teléfono: el dueño del hotel Theresa, situado en Harlem, en la calle 125 esquina a Séptima Avenida, ofrece habitaciones gratuitas para los cubanos, como desagravio por la acción de los hoteles reaccionarios. Raúl Roa Kourí, por su cuenta, había hecho gestiones con el propietario.

Fidel inmediatamente se interesa por el asunto, pero Hammarskjold se opone. Tratarán de conseguirle un hotel de más categoría. Fidel le dice que es precisamente en el hotel Theresa donde él quiere hospedarse. Horas antes, había tenido una idea que compartió con algunos: de no ser posible instalarse en las casas de campaña, lo haría en barrio de los norteamericanos más humildes y discriminados.

La presencia de Ramiro Valdés en Harlem, con su uniforme del Ejército Rebelde, alerta a los habitantes del populoso barrio y en pocos minutos se congrega una enorme muchedumbre que clama por el dueño del Theresa, para felicitarlo por haber ofrecido alojamiento a la delegación cubana.

A las diez y treinta de la noche, regresa Ramiro a la sede de la ONU para buscar a Fidel, quien ha permanecido en el Salón de Delegados del segundo piso del edificio de las Naciones Unidas.

Salimos de allí con nuestras mochilas y casas de casas de campaña. Así convertimos el hotel Theresa en un territorio libre dentro del corazón de Nueva York.

Malcom X, Jruschov, Nasser, Mkrumah, Nehru

Ya instalados en el hotel Theresa, Fidel recibe la visita de líderes de las organizaciones negras quienes expresan su satisfacción por verle hospedado en un hotel de Harlem, y le patentizan su absoluta solidaridad y apoyo a la Revolución Cubana.

En Harlem la policía no se atreverá a repetir las groserías y atropellos que cometieron con usted en el hotel Shelbourne, le expone a Fidel uno de estos viejos luchadores.

—¡*We want Castro!* –corea abajo la muchedumbre.

La lluvia cae continuamente sobre la multitud que rodea el Theresa, pero nadie se mueve de su sitio.

Ese día, Fidel obsequia a Larry B. Woods, propietario del Theresa un busto de José Martí que lleva la siguiente inscripción:

«Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas».

Woods recibe el presente con lágrimas en los ojos, y Fidel, para romper la tensión, manda a buscar un estuche de habanos y se lo entrega a su anfitrión.

(...)

El famoso líder negro Malcolm Mohamed X, vicepresidente de la Asociación de los Negros Musulmanes, visita a Fidel, y durante la conversación le explica que la denominación de musulmanes no se debe a razones religiosas, sino a una forma de protesta.

Fidel le pregunta por qué la propaganda norteamericana no ha arrastrado a los negros en contra de la Revolución Cubana.

—Porque los negros norteamericanos saben que usted está contra la discriminación racial y a favor de todos los oprimidos del mundo. Al pueblo no se le engaña tan fácilmente.

Fidel comenta con Malcolm X el ingreso de catorce nuevos países africanos a la ONU y su seguridad de que todos ellos apoyarán a la Revolución Cubana.

—Hay mucha afinidad entre nosotros los cubanos y los africanos. Nuestro pueblo es un pueblo afroamericano. Esas naciones han sido tan explotadas como nosotros. Le puedo asegurar que he tenido la oportunidad de ver muchas cosas para reanudar mi fe en la humanidad. Mi experiencia aquí en Harlem me da mucha más fe. Lo que he visto y sentido aquí es una muestra de que los negros tienen más sabiduría política que otros grupos en Estados Unidos.

—Esas son reacciones naturales de los oprimidos que enseguida conocen los trucos del amo. Es una forma de intuición la que manifiestan los negros explotados. Ellos conocen su causa, la sienten y la defienden ante el mundo –afirma Malcom X.

(...)

Richard Gibson, ejecutivo del Comité Pro Justo Trato a Cuba, le entrega a Fidel un busto de Abraham Lincoln.

—De un libertador a otro libertador –le expresa.

—Me siento como quien camina en un desierto y se encuentra de repente, en un oasis –dice Fidel (...).

A una llamada telefónica de Raúl Castro, preocupado por nuestra situación, responde Celia Sánchez:

—Aquí en Harlem la gente está feliz, en todas partes hay caras sonrientes, y una multitud espera afuera todo el día y la noche para saludarnos.

(...)

El virtual bloqueo a que está sometido el Presidente de la delegación cubana a la Asamblea de las Naciones Unidas es roto por la visita de Nikita Jruschov. Por orientación de Fidel, espero al premier soviético en la puerta del Theresa. Llegan cuatro automóviles y del primero baja Jruschov, obligado a pasar entre un cordón de periodistas y agentes de seguridad. Tras un cordial abrazo, entramos al ho-

tel. Fidel aguarda en su habitación, la número 929, donde efectuará su primera reunión con el dirigente soviético, en la que participamos el canciller Raúl Roa y el autor. Sirve de traductora la compañera Menia Martínez, *ballerina* cubana.

Terminada la entrevista, de veintidós minutos, Fidel baja con Jruschov hasta la acera para despedirlo. Una ovación del público presente sella el histórico encuentro.

—Me siento muy satisfecho con la conversación que sostuve con el doctor Castro –declara Jruschov a la prensa–. La visita tuvo como propósito rendir homenaje al hombre heroico que derrotó al tirano Fulgencio Batista para el bien de su pueblo.

El Primer Ministro de Cuba desea devolver la atención de Jruschov y le comunica que lo visitará esa noche en la residencia que la delegación soviética tiene en Nueva York.

A las ocho todavía Fidel no ha salido del Theresa, ocupado en gestiones impostergables. Le recuerdo la hora para que no llegue tarde a la cita.

—Tienes razón. Mira, ve tu primero y explícale a Jruschov que demoraré unos minutos, y que me disculpe.

(...)

En la puerta de la casa, Jruschov habla con los periodistas, mientras espera a Fidel.

(...)

Un periodista, ante la larga espera, le pregunta:

—Jruschov, ¿no se siente usted como una novia a la que han dejado plantada en la puerta de la iglesia?

—Yo nunca he sido una novia –dice sonriente–. Fidel vendrá.

—¿Es cierto que Castro es comunista? –pregunta otro periodista.

—No lo sé. Lo que sí sé es que yo soy fidelista –es la respuesta de Nikita.

(...)

Al llegar, Fidel pide disculpas a Nikita por su demora, quien le contesta:

—No se preocupe, para nosotros los comunistas el protocolo no tiene mucha importancia.

Le ofrece un cigarrillo ruso al jefe del gobierno de Cuba, quien, a su vez, le brinda uno de sus famosos habanos.

Fidel prende el cigarrillo y hace un gesto que Jruschov interpreta como de desagrado:

—¿No le gusta?

—No está mal, pero en tabacos y cigarrillos, los cubanos tiene una muy alta calidad –responde Fidel a Jruschov–, y volviéndose a Podgorni: Tiene usted verdaderamente un espíritu heroico. Veo que pasa mucho trabajo con el tabaco.

El jefe del gobierno soviético, con la copa en alto, dice:

—Me gusta la gente como ustedes los cubanos, que saben pelear y ser buenos revolucionarios sin perder el buen humor. En verdad me siento contento y feliz cuando sé de los buenos golpes que ustedes propinan al imperialismo. Yo no puedo ocultar tampoco mi alegría cuando combato a los enemigos del pueblo.

En el amplio comedor de la sede soviética hace calor. Nikita se pone de pie para quitarse el saco, y nos invita a todos a hacer lo mismo.

—¡Abajo el protocolo! –grita.

Durante cuatro horas reina la más abierta camaradería.

(...)

Después de innumerables brindis con vodka, Celia, en nombre de Fidel, entrega a los amigos soviéticos algunos regalos.

A las diez y cincuenta y cinco del día siguiente, y según instrucciones de Fidel, un comité de recepción integrado por los Comandantes Juan Almeida, Ramiro Valdés y el autor, espera al presidente de la República Árabe Unida, Gamal Abdel Nasser. Al abrirse la puerta del automóvil, Nasser, con una sonrisa de extraordinaria simpatía, avanza hacia nosotros. Es una personalidad de magnetismo excepcional.

Durante la entrevista, Fidel le manifiesta que su visita constituye un gran estímulo y aliento a nuestra delegación, prácticamente confinada y rodeada por la hostilidad de una potencia imperialista como Estados Unidos.

—El gobierno y el pueblo de la República Árabe Unida apoya solidariamente a la Revolución Cubana –expresa Nasser.

—Es para todos nosotros una gran satisfacción conocer personalmente al líder de una auténtica revolución árabe. Cubanos y árabes hemos tenido que pasar muchos sacrificios para lograr nuestros triunfos

respectivos. Y nosotros, como los árabes, también venceremos –declara Fidel, y continúa refiriendo que Cuba ha tenido que luchar contra un imperialismo tan feroz como la unión de países imperialistas con los cuales se enfrentó el pueblo árabe de Egipto.

—Nosotros tuvimos dificultades semejantes a las de la Revolución Cubana, pero salimos victoriosos con la unidad del pueblo, y con esa unidad fuimos capaces de repeler la agresión de dos grandes potencias y llevar a cabo nuestra revolución –dice Nasser, y añade–: Nuestra amistad fue iniciada cuando el Comandante Raúl Castro visitó Alejandría, por los festejos del 26 de Julio. Esa fecha simboliza la victoria de las revoluciones egipcia y cubana. Raúl seguramente le habrá hablado a usted del entusiasmo desbordante con que fue recibido en el estadio de Alejandría. ¿Estaría dispuesto a visitar El Cairo?

—Por supuesto –dice Fidel–. Ya usted tiene nuestra invitación y vamos a sentir una gran alegría cuando Cuba lo reciba en sus calles y plazas.

Al finalizar la entrevista, Fidel acompaña a Nasser hasta la puerta del hotel Theresa. Centenares de árabes y cubanos, junto a negros norteamericanos y latinos residentes en Nueva York, les demuestran su cariño a los dos dirigentes.

Durante los días que permanecemos en Nueva York, Fidel asiste a todas las sesiones de la Asamblea Mundial. En uno de los recesos, va a saludar Primer Ministro de Ghana, Kwame Mkrumah.

(...)

Al comentar Fidel el bochorno de la discriminación racial en Estados Unidos, Mkrumah le expone:

—Doctor Castro, tal vez usted no sepa que cuando joven, viví aquí. Un día deambulaba por las calles, entré en un café y pedí agua. Jamás podré olvidar la respuesta del camarero blanco: «Si usted quiere que le dé agua, tiene que tomarla en la escupidera que está en el piso».

Después de regresar de la sede de la ONU, Fidel recibe en el hotel Theresa a Jawaharlal Nehru, Primer Ministro de la India, quien va acompañado de Krisna Menon, ministro de Defensa, y otros dirigentes de su país.

El pandit Nehru viste una especie de sotana hindú, la cabeza cubierta por un kepis blanco y espejuelos de aros negros. Casi a modo de saludo le dice a Fidel:

—La primera vez que oí hablar de Cuba, yo era un niño; fue a fines del siglo pasado. Mi maestro mencionó el nombre de su país, en ocasión de su Guerra de Independencia. Durante medio siglo no oí hablar más de Cuba y solo con su gesta libertadora volví a escuchar el nombre de su patria.

(...)

Fidel se dirige a Nehru en inglés, con dificultad, y se apoya en la traducción del joven Raúl Roa Kourí.

Al mostrarle Fidel una fotografía de la Plaza Cívica, (Plaza de la Revolución) repleta de pueblo, el dirigente hindú, muy sorprendido, pregunta el número de habitantes de la capital cubana.

(...) Celia Sánchez le entrega una cartera de piel de cocodrilo de la Ciénaga de Zapata para que la obsequie a Indira Gandhi.

El Primer Ministro de la India, al despedirse, manifiesta su más firme adhesión a la Revolución Cubana.

El 26 siempre nos ha dado suerte

En nuestras incursiones por el territorio nacional, en las oficinas del INRA, viajando en *jeep*, automóvil o avión, o en muchas otras circunstancias, Fidel dedicaba largas meditaciones a lo que serían sus pronunciamientos en las Naciones Unidas. Comentaba una frase, un pensamiento, una idea, y acto seguido lo veía anotar en las hojas de una pequeña libreta (...)

(...)

Pocos días antes del discurso del Comandante en Jefe le propongo pasar en tarjetas todas aquellas notas manuscritas de él, y las que me había dictado para que, ordenadas, pudieran servirles de base.

(...)

Terminadas de mecanografiar las tarjetas, sugerí a Fidel que las llevase consigo como un recurso nemotécnico. Rechazó mi proposición. En esta y otras oportunidades me dijo:

—Yo improviso las palabras, pero las ideas no.

Gran agitación reina entre la delegación cubana el 26 de septiembre. Fidel se dispone a ordenar algunos documentos que va a presentar en su discurso en las Naciones Unidas.

Al fin llega la hora de la partida, y todos sentimos la tensión del momento.

Celia ha preparado una sopa para Fidel. Al terminar de tomarla, se pone de pie y se encamina hacia la puerta. Viste su uniforme de campaña del Ejército Rebelde.

—Hoy es 26 –le recuerda Celia.

Y Fidel, con una sonrisa, nos dice a todos:

—Celia tiene razón, el 26 siempre nos ha dado suerte. En marcha.

A las tres y cincuenta y cinco de la tarde, Fidel es invitado por el presidente de la Asamblea General, señor Frederik H. Boland para ocupar el podio. Se levanta. Ante la expectación general, con pasos seguros se dirige al podio. Con rostro sereno y a la vez grave, abre su portafolio y extrae numerosos documentos, entre estos, el Pacto Militar de Ayuda de Estados Unidos para la «defensa» del Hemisferio, firmado por Cuba en Río de Janeiro, y roto el 2 de septiembre en la Plaza Cívica (Plaza de la Revolución) durante la Declaración de La Habana.

En el gran salón de la Asamblea, están presentes ochocientos diecinueve delegados de novena y seis naciones, entre ellos quince jefes de Estado y veintisiete ministros de Relaciones Exteriores. Mil doscientos periodistas concentran su atención en el Jefe de la Revolución Cubana.

(...)

Comienza Fidel diciendo que tiene fama de hablar extensamente, pero que trataría de ser breve y «hablar despacio también, para colaborar con los intérpretes».

(...)

Fidel termina su discurso a las ocho y quince de la noche, hora de Nueva York. Había hablado durante cuatro horas y diez minutos. Interrumpido doce veces por clamorosos aplausos y dos veces por la Presidencia. Al finalizar, la ovación dura varios minutos, hecho nunca antes ocurrido en una sesión de la Organización de las Naciones Unidas.

Resultó inolvidable cómo el jefe del gobierno soviético Nikita Jruschov, de pie, en varias ocasiones, no solo aplaudía al Primer Ministro cubano, sino que con sus gestos pedía a las delegaciones hacer lo mismo. Jruschov y otros jefes de Estados fueron hasta los escaños de la delegación cubana a felicitar y abrazar a Fidel.

El impacto es de tal naturaleza que un diplomático suramericano resume en una frase la resonante presencia de Cuba en la ONU: «La isla del Caribe parece ahora un continente».

Hubiera querido hacer cría

Cuando nos despedíamos en el Aeropuerto de Idlewild, Rina Núñez, cubana y su esposo Alberto Contreras, colombiano, que como otros miles de latinoamericanos trabajan en Estados Unidos, nos obsequian dos perritos pastores alemanes recién nacidos, uno para Fidel y otro para mí. El Comandante en Jefe los invita a regresar a Cuba y ellos aceptan agradecidos.

En el avión pusimos los dos perritos sobre una mesa plegable. Cuando estamos llegando a Cuba, Fidel me pregunta:

—¿Qué vas a hacer con tu perro?

—Bueno, yo pensaba regalárselo al Che. A él le gustan tanto los perritos.

—Qué lástima, chico, porque el tuyo es hembra y el mío es macho. Yo hubiera querido que me regalaras tu perrita para hacer cría, pero ya no va a ser posible.

Al escucharlo, pienso que hombres como Fidel, dedicados por entero a servir a sus pueblos y a la humanidad, tienen la necesidad de manifestar especial interés por los detalles más pequeños en la vida diaria.

Un rato después, Fidel vuelve al tema:

—¡Qué lástima, yo hubiera querido hacer cría! –y finalmente me dice–: Bueno, mira si tú me das la perrita, hago la pareja, y cuando tenga cría te regalo uno a ti y otro al Che.

Regalé mi perrita a Fidel.

Nadie es viejo para aprender

La Campaña de Alfabetización produce casos de extraordinario contenido humano. El 18 de junio de 1961, en un acto efectuado en la Ciudad Deportiva, mientras pronuncia su discurso el jefe del gobierno, sube a la tribuna María de la Cruz Sentmanat, quien desea hablar con Fidel.

Es una anciana negra, de 106 años. Aprendió a leer y escribir durante la actual hermosa Campaña de Alfabetización. Está vestida con una blanca bata hasta los tobillos, la cabeza cubierta con el alto turbante a la usanza de los esclavos, sonando sus manillas en ambas muñecas. Sus ojos son aún brillantes, a pesar de sus años. Escala decidida a la tribuna.

Ya junto a Fidel, la estampa que ambos ofrecen llega hasta el corazón del pueblo allí congregado. Las dos figuras, perfiladas entre las luces, simbolizan el encuentro de dos épocas muy distintas. El verde olivo y la barba, imagen de la Revolución, y la bata blanca, que hace rememorar la aborrecida esclavitud, el bocabajo y el cepo.

(...) se establece el siguiente diálogo:

—Yo quería conocerte, porque el único que ha libertado esta patria has sido tú, Fidel Castro.

—No hable de mí, que me voy a poner colorado… ¿Cuándo aprendió usted a leer y a escribir?

—Hará dos meses.

—¿Quién la enseñó? Mi maestra se llama Ángela. En tiempos de España, le daban cuero por eso a la gente de color.

La ex esclava conceptúa a Fidel de Apóstol [José Martí].

—Yo soy un discípulo de él –reafirma el Primer Ministro y agrega–: Bueno, una cosa. A nosotros nos interesa que usted nos diga qué día pudo escribir su nombre completo y hacer una carta...

—Yo el nombre lo sabía escribir, porque fui encargada 19 años de una manzana, en el Cerro, y tuve que aprender a escribir mi nombre.

—Pero hacer una carta. ¿Usted no podía hacerlo?

—¡Pero ahora lo hago! Ahora sí lo hago. Yo no le puedo decir que pongo las letras bien puestas, pero se entienden.

—¿Qué edad tiene usted?, si no es una indiscreción, ¿verdad?

—No, señor… Yo nací en el año 55 del siglo pasado, el día 3 de mayo.

—Entonces, es cierto que usted tiene 106 años. ¡Pero usted luce de muy buena salud!

—Al parecer. Pero, bueno, yo me sostengo, porque la naturaleza lo ayuda a uno. Yo lo mismo le pongo el pensamiento mío a un gran árbol que yo admiro, porque yo soy naturalista de nacimiento, aunque nunca estudié.

—Bien, ¿usted no cree que si usted ha podido aprender, a pesar de tener 106 años, los demás pueden aprender también? Nadie es viejo nunca para aprender. ¿Usted sabe una cosa? No solamente aprendió, sino que está contribuyendo grandemente a que los demás aprendan también. Porque después de haber venido usted aquí a explicarse, después de haber podido aprender a leer y a escribir, a pesar de sus 106 años, no habrá nadie que pueda decir que es muy viejo para aprender… El problema nuestro es enseñarles a todos y que no quede nadie, pero hay gente que tiene vergüenza todavía y dice que es muy mayor. Por eso, el ejemplo suyo ayudará mucho a que nosotros obtengamos la victoria en esta Campaña de Alfabetización.

(...)

El pueblo ha escuchado el diálogo entre María de la Cruz y Fidel. Ya parece que va a despedirse y, de pronto se vuelve y le dice al Comandante en Jefe, sacando entre las blancas ropas una moneda:

—Esto no es un regalo. ¿Sabe usted el tiempo que hace que yo tengo esta moneda? ¿Usted conoce a Simón Bolívar? Pues como Bolívar esta moneda tiene su historia. El primero en el género humano fue Bolívar, después fue Martí, aquí en Cuba, y el tercero es usted. ¡Y a la tercera va la vencida!... Mire a ver como la usa…

—Yo la voy a guardar de recuerdo.

—Bueno, ya usted sabe. A usted le toca algo del ángel de mi guarda, que es Obatalá…

Comenzar temprano

(...) antes de terminar su discurso del 21 de febrero (Fidel, en una intervención pública) anuncia al pueblo que 1962 sería el «Año de la Planificación» del desarrollo industrial y dice:

—Podemos marcharnos a nuestras tareas; cada uno tiene la suya y nosotros también tenemos nuestro pequeño compromiso de cortar unas cuantas arrobas de caña. Vamos a hacer lo posible por cumplir esa meta, pero tenemos que comenzar temprano (...).

Acto seguido acompañamos a Fidel hacia la colonia cañera de Río Blanco, cercana al central Camilo Cienfuegos antiguo Hersey, adonde llegamos a las 3:00 de la madrugada. La noche con su manto de oscuridad parecía impropia para cortar caña, pero Fidel enseguida ordena buscar varios faroles. Cuando la luz se hace, cambia su gorra verde olivo por el sombrero de yarey y la camisa militar por la blanca camiseta que lo protege del frío de la madrugada, y así comienza a cortar caña tras caña hasta que la luz del sol comienza a inundar el verde cañaveral. (...) empapado en sudor (...) así está varias horas sin detenerse. A las 9:00 de la mañana, detiene su machete, se sienta en el suelo y junto a los trabajadores agrícolas de Río Blanco, toma una taza de café. Todos creemos que ya se retira de aquella colonia de caña, pero no, de nuevo toma el machete y reanuda el corte hasta muy pasado el mediodía. A sus espaldas, varios maestros voluntarios de la zona cargan y apilan las cañas cortadas por él; en total Fidel corta 364 arrobas que mide en la romana un trabajador de apellido Suárez y que carga el carretero José Diez.

Todavía le quedan al Primer Ministro energías para aceptar el reto de jóvenes peloteros de la villa de Santa Cruz del Norte que lo invitan a «echar una partida» (...) Fidel actúa como *pitcher*.

Una idea tan bonita

El 20 de febrero de 1962, el Consejo de Ministros acuerda, por medio de la Ley Número 1011, la fundación de la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de la República de Cuba, de la cual soy nombrado presidente.

(...)

(...) se hace necesario tener un edificio. Con tal finalidad, visitamos al Presidente de la República, doctor Osvaldo Dorticós Torrado (...).

(...) le planteo el objetivo de nuestra visita: proponerle que el Capitolio Nacional pase a ser la sede central de la Academia de Ciencias de Cuba.

Dorticós, casi seguro sorprendido por lo desmesurado de la petición, expone que la estudiaría.

Justo en el instante en que conversamos acerca del tema hace su entrada, inesperadamente, el Comandante en Jefe Fidel Castro, quien en tono de broma se dirige a nosotros y pregunta:

—¿Sobre qué están conspirando ustedes?

Paso a explicarle la idea de que el Capitolio Nacional fuese utilizado como sede de la Academia.

Fidel, quitándose la gorra, sonríe, se dirige a Dorticós y le expresa:

—Esa es una idea tan bonita como la que hemos realizado de convertir los cuarteles en escuelas. Ahora la Revolución puede convertir el edificio del Parlamento burgués en la sede de nuestra Academia de Ciencias.

Y a continuación le dice al presidente:

—¿Qué te parece si ahora mismo redactamos el proyecto de Ley que convierta al Capitolio en Academia?

La historia no se puede tergiversar

Uno de los episodios que refleja más cabalmente la enseñanza dialéctica que practica constantemente Fidel, acaece el 13 de marzo de 1962, en la histórica escalinata de la Universidad de La Habana, en ocasión de celebrarse el V Aniversario del ataque al Palacio Presidencial por los valerosos jóvenes del Directorio Estudiantil Revolucionario y el asalto a Radio Reloj, ocasión en que fuera asesinado el dirigente juvenil José Antonio Echeverría.

En esta oportunidad, acompañamos al Comandante en Jefe a la universidad, donde pronuncia su famoso discurso, en el que fustiga el sectarismo y la alteración de los hechos históricos.

Un joven dirigente estudiantil lee el testamento de José Antonio Echeverría, que además se había impreso y distribuido en aquel acto. Fidel va leyendo línea a línea a medida que el testamento es expuesto por el joven. Al llegar a la parte donde Echeverría (...) invoca el nombre de Dios antes de lanzarse al holocausto, Fidel nota que el maes-

tro de ceremonia salta esa cita. En el rostro del Comandante en Jefe se produce un rictus de desaprobación y me dice:

—No mencionar en boca de Echeverría el nombre de Dios es inconcebible. La historia no se puede tergiversar.

Respeto a la gente que medita

El 6 de diciembre de 1962 bajamos de nuevo la Gran Piedra para dirigirnos por el firme de la Sierra Maestra hacia La Humanidad, luego a La Reunión y por último al Alto del Olimpo, puntos situados entre las montañas.

(...)

(Fidel es rodeado por los campesinos. Se producen amplios diálogos). La maestra que lo escucha se nombra Olga Moreno. Luce tímida y apenas levanta la vista del suelo. Hay algo raro en su mirar. Otras maestras son más conversadoras y le plantean a Fidel algunos problemas de la escuela (...).

(...)

Y así conversando sobre los temas del campo, nos acercamos a El Olimpo, donde tomaremos los *jeeps*. Antes de llegar a ese punto, damos alcance a Olga Moreno, la maestra, que camina con un libro rojo en la mano.

Cortésmente, Fidel le pregunta qué libro es, y ella le contesta que la *Biblia*.

—Yo soy muy religiosa –le dice Olga.

—Cada cual busca la verdad a su modo –le replica el Primer Ministro–.

¿Tú estás con la Revolución?

—Sí, con todo lo bueno de la Revolución. Creo que tiene muchas cosas buenas.

Fidel le expone:

—Pero en la escuela la enseñanza debe ser laica.

—¡Oh, sí! Yo no enseño la *Biblia* en la escuela. Yo respeto las leyes.

(...)

Olga Moreno sigue con su mirada triste. Fidel le pregunta por qué está preocupada.

—La *Biblia* dice que estamos en los tiempos finales. El Apocalipsis es muy claro. El mundo está al acabarse.

Fidel, medio en broma, le dice:

—Yo estoy de acuerdo contigo y con la *Biblia* porque unos días atrás el mundo estuvo a punto de acabarse. Eso fue cuando la Crisis de Octubre.

El Primer Ministro le pide la *Biblia* y lee el capítulo 14 de El Apocalipsis, y después de recitar los versículos 3 y 4 donde se habla de aquellos miles de hombres que no fueron contaminados con mujeres, dice:

—¿Tú ves? Yo no puedo estar de acuerdo con esto. No puedo estar de acuerdo con que las mujeres contaminan, porque además, la propia *Biblia* habla de la necesidad de crecer y multiplicarse.

Olga replica:

—Pues yo sí creo en la *Biblia*.

Fidel le responde:

—Haces muy bien en creer en lo que desees, pero yo con lo que no estoy de acuerdo es con los que se han atrincherado en las iglesias a través de la historia para hacerle daño al progreso. Yo estuve doce años en escuelas de curas. Era una enseñanza dogmática. No entendía las letanías. Era una enseñanza mecánica. Yo respeto a la gente que medita, que cree en sus religiones, pero no tengo el mismo respeto para los que comercian con la iglesia.

Y dirigiéndose a Olga le reitera:

—Tú, ten la seguridad de que un buen cristiano tiene que ser revolucionario. Tiene que estar con la Revolución, porque la Revolución ha acabado con el vicio, la explotación, la prostitución y otras lacras.

Antonio Núñez Jiménez*: En marcha con Fidel.* Fundación de la Naturaleza y el Hombre, Ciudad de La Habana, Cuba, 1998, T. 1959 pp. 315-317, 317-320; T. 1960 pp. 74-76, 59, 79-86, 155-156; T. 1961 pp. 103-105; T. 1960 pp. 263-265, 265-272, 275-288, 291-305, 305-306; T. 1961 pp. 315-318; T. 1962 pp. 32-34, 37-38, 49-50, 285-299.

Daniel Núñez Aguiar

ATLETA CUBANO DE LEVANTAMIENTO DE PESAS

También serías campeón en el puerto de La Habana

Al regresar del Campeonato Mundial, celebrado en la ciudad de Gettysburg, en Estados Unidos, en el año 1978, lid en la cual me coroné campeón del planeta, recibí una emoción muy fuerte e impresionante: nos recibió el Comandante en Jefe, en el aeropuerto internacional José Martí.

En dicha ocasión, tuve un animado diálogo con el líder de la Revolución, quien se interesó por los detalles de la competencia y las interioridades de los entrenamientos.

En 1982, tuve la oportunidad de volver a dialogar con nuestro máximo líder, en una recepción en el Palacio de la Revolución, como homenaje a la delegación cubana que participó en los XIV Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe, celebrados en La Habana, Cuba (1982).

En esa ocasión, me preguntó sobre cómo eran las características del entrenamiento con pesas. Yo le respondí que normalmente cargaba de 10 a 15 toneladas diarias; entonces, me dijo en tono jocoso:

—Tú también serías campeón en el Puerto de La Habana, como estibador.

Después, me preguntó:

—¿Cuántas horas diarias dedicas al entrenamiento?

—Hago cinco horas por jornadas, Comandante, divididas en dos sesiones de acondicionamientos, una en la mañana y la otra en la tarde; pero, fundamentalmente, hago trabajos de fuerza, de técnica y de velocidad.

Para mí, fue muy emocionante conversar con Fidel y conocer de sus preocupaciones por nuestros empeños. Jamás olvidaré sus palabras de aliento y la privilegiada oportunidad de charlar con él tan familiarmente; sobre todo, porque era él quien preguntaba, interesado en saber de nuestros avatares para conquistar los primeros récords mundiales del levantamiento de pesas en Cuba.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 23 de enero de 2008.

FIDEL Y PASTORITA NÚÑEZ
EN LA SIERRA MAESTRA

Pastorita Núñez

COMBATIENTE DEL EJÉRCITO REBELDE
Y DE LA CLANDESTINIDAD

Una amistad sin final

Fidel Castro era un estudiante universitario con condiciones de dirigente, que se preocupaba por analizar los pronunciamientos del querido y popular líder ortodoxo.

Ante un grupo de compañeros que esperábamos a Chibás, a la entrada del gimnasio *Kid* Chocolate, preguntaba Fidel cuál sería la directiva económica del gobierno ortodoxo; la ruta cívica que adoptaría para acabar con el latifundio y sacar al campesino de la miseria y del cobro por vales durante el tiempo de zafra, y después del hambre del «tiempo muerto», porque, argumentaba Fidel, aunque consideraba la cruzada moralizadora de Chibás como ejemplarizante y necesaria, no era posible limitar el enunciado del programa de gobierno a la puesta en práctica de la honradez administrativa y al saneamiento de los fondos públicos.

Me llamó la atención lo que planteaba, aunque no lo conocía. Expresé en voz alta mi deseo de dialogar con él, y fue *Paquita* Vivar Leyva la que se encargó de identificarnos y de presentarnos, un día de mayo del año 1948. A mi lado se encontraba María Urquiola Lechuga, que se apresuró a advertirme «no le hagas mucho caso a este; lo que quiere es darse a conocer con declaraciones para que Chibás le conteste». «Pero lo que plantea tiene sustancia», le dije yo. Tanta tenía, que Chibás lo aludió públicamente en un discurso.

Ese día de mayo de 1948 hablamos, por primera vez, de Cuba y de sus luchas por sacudirse el coloniaje español y por salir del sometimiento al neocoloniaje yanki. Ese día marcó para nosotros el inicio de una amistad sin final.

De hacerles justicia a los campesinos, me ocuparé yo

Habíamos perdido la elección presidencial de 1948, pero era Chibás el que dominaba la calle. Había ascendido a la categoría de fiscal del pueblo, y su palabra se alzaba

como un índice acusador en representación de la ciudadanía. Fidel lo comprendía y empezaba a aceptar con simpatía la actuación del líder ortodoxo.

En una de las ocasiones en que tuvimos tiempo para conversar me preguntó sobre los lineamientos del Partido del Pueblo Cubano. Trascendía su interés por conocer la solución que se daría al problema agrario; cómo se enfrentarían los atropellos a la gente del Realengo 18 y de todos los realengos existentes; si la Ortodoxia tenía algunos dirigentes como *Fico* Fernández Casas y Gerardo Vázquez, quienes se habían enriquecido en manejos turbios para quitarles la tierra a los campesinos, y pagarles jornales de hambre a los obreros agrícolas.

Para algunas interrogantes yo tenía una respuesta rápida, y para otras, dudas serias de solución, pero en ese caso le respondí algo que le pareció razonable, pues yo me consideraba doliente de esos atropellos: mi padre había sido cortador de caña, con un jornal de cuarenta centavos diarios por doce horas de trabajo, en el central Toledo, en Marianao. Fidel dijo, con seguridad, que lo cumpliría: «de hacerles justicia a los campesinos, me ocuparé yo», y agregó, «y de que paguen los culpables».

Son unas cortinas de humo

Después nos encontramos nuevamente, el día en que el ministro de Comunicaciones, Virgilio Pérez, clausuró la hora radial de Chibás, la de García Agüero, la de Artigas y la de Ángel Cofiño (las dos últimas, del gobierno).

Me encontré con Fidel en el periódico *El Mundo*, donde yo había entregado mi protesta por escrito. Fidel manifestó su repulsa por la violación de los derechos ciudadanos, cuyo comentario aparecido en la prensa citaba sus palabras finales: «Realmente las clausuras de las horas gubernamentales son una cortina de humo para poder clausurar la de García Agüero y la Ortodoxa, sobre todo la Hora Ortodoxa, que tiene la mayor audiencia del país».

Poco después, hablando con Chibás le conté de lo positivo expresado por Fidel, y *Eddy*, muy interesado, dijo: «Repíteme con exacti-

tud el comentario, pues se ajusta estrictamente a la verdad, ya que Artigas y Cofiño no son más que un par de alabarderos del gobierno, por recompensas ministeriales».

Sí, tiene madera de líder

Ocurrió igualmente cuando emprendimos la campaña en contra de la concertación de un empréstito con el *Chase National Bank of New York*, o con la Casa Morgan que –afirmaba Chibás– era una vergüenza nacional.

En esa batalla contra la hipoteca de la República, Fidel, en arenga magistral, se manifestó como un conocedor profundo del codicioso vecino del Norte, que –decía– «hace el convite y la trampa de los empréstitos bancarios, como disimulado proyecto de conquista económica, que pone en peligro la independencia».

Yo le dije a Juan Manuel Márquez ese día –31 de octubre de 1949– frente al Capitolio: «Me parece que a Fidel Castro hay que oírlo, es una cabeza que piensa». «Yo creo eso –contestó Márquez–, la campañita difamatoria que se le está haciendo se viene abajo en cuanto la gente lo oiga», y Leonardo Fernández Sánchez, que estaba presente, intervino para afirmar: «Sí, tiene madera de líder».

Tengo que decir que aquel enfoque antimperialista certero del discurso de Fidel y su análisis de lo catastrófico que resultaría para el país un empréstito con bancos de Estados Unidos, me afirmó en la admiración por sus facultades oratorias, no comunes en jóvenes de su edad, y mucho menos de procedencia burguesa.

Brazos protectores

El domingo 18 de febrero de 1951 marcó una fecha de rebeldía y de protesta ortodoxa, contra el llamado Decreto Mordaza.

Al gángster connotado Rolando Masferrer, el gobierno de Prío lo había autorizado a ocupar diez minutos del espacio radial de la Hora Ortodoxa, que se transmitía todos los domingos a las 8:00 de la noche por la emisora radial CMQ, en Radiocentro.

Eran una vergüenza y una cobardía permitir un atropello semejante a la libre expresión del pensamiento, y organizamos una manifestación

de protesta que iría desde el Edificio López Serrano, en 13 y L, en el Vedado, hasta la propia emisora.

Desafiante y valiente, fue Fidel de los primeros al lado de Chibás. Su estatura física lo hacía visible entre los manifestantes, y yo apretaba el paso, para no quedarme atrás de las zancadas del joven abogado.

La policía hizo irrupción abruptamente, bloqueando las calles, tratando de impedir que la multitud avanzara. La presencia policíaca al mando de Rafael Casals y Rafael Salas Cañizares no amedrentaba a nadie. Seguimos avanzando hasta que se inició una lluvia de disparos que hicieron blanco en la muchedumbre, empezaron a caer compañeros heridos, y murió de un balazo en la cabeza el obrero ortodoxo José Otero Ben.

Ante el ataque brutal, Chibás se subió al capó de la perseguidora del jefe de la policía, general Quirino Uría, que había llegado al lugar de los hechos. El líder ortodoxo se dirigió a los manifestantes, les pidió que se retiraran, y conminaba a la policía a que le disparasen a él y no al pueblo indefenso.

Comenzaba a dispersarse la manifestación. La violencia era mucha, los disparos y golpes me rozaban de cerca, y en esos momentos trágicos es cuando siento la presión de unos brazos enormes, protectores, que me abren paso entre el grupo, para acercarme a una columna donde tendría menos riesgo.

Era Fidel Castro quien me servía de escudo protector y regresó de nuevo al frente de la protesta.

Me alegra verte aquí

Coincidí con Fidel en la escalinata de la universidad, cuando el estudiantado se movilizaba para respaldar la denuncia de *Eddy* Chibás contra tres magistrados venales del Tribunal Supremo: los doctores Gabriel Pichardo, Pedro Cantero y Juan Francisco Torres Tomás, «que dictaron un fallo en contra del pueblo aumentando las tarifas eléctricas».

Fidel se mostraba como un partidario decidido de la batalla emprendida contra la Compañía Cubana de Electricidad. «Me alegra verte aquí –dijo– porque la universidad no puede convertirse en taller de preparación de una clase social que se considere ajena a las cuestiones que afecten los intereses populares».

Hay una gran verdad en la denuncia del líder ortodoxo: hubo fallo a favor del aumento del precio de las tarifas eléctricas, porque los magistrados recibieron dinero de la compañía y, como consecuencia, hubo fallo en contra, lo que lesionó los derechos del pueblo, porque esos magistrados se habían vendido.

Es de señalar que, por denunciar esos hechos, le fue impuesta a Chibás una condena de seis meses en el Castillo del Príncipe.

Haremos bueno su legado

El día de la muerte de *Eddy*, el infausto e inolvidable 16 de agosto de 1951, Fidel se creció ante mis ojos, cuando pálido y visiblemente emocionado después de participar en la primera guardia de honor, se sentó a mi lado y expresó: «Su sacrificio ha sido inmenso; pero nosotros haremos bueno su legado».

A partir de entonces nuestros vínculos fueron más frecuentes y se estrechó nuestra amistad después del 10 de marzo de 1952, en que integramos el grupo radical de los opositores al régimen castrense.

Tú has sido el gran paladín

La Ortodoxia desarrollaba una campaña de proselitismo político, orientando a las masas. Se convocó a un acto el día 23 de febrero de 1952, en San Antonio de Río Blanco, designándose a diez oradores, de los cuales concurrimos solamente cinco; pero en ese acto, solo quince días antes del madrugonazo traidor del 10 de marzo, ocurrió algo sorprendente.

El pueblo se había dado cita para respaldar con su presencia a los seguidores de Chibás, que exponían en sus planteamientos las deficiencias del gobierno y lo que pensaban realizar si resultaban electos. Cuando me correspondió el turno, ataqué por igual al gobierno corrupto de Carlos Prío Socarrás y el «regreso al pasado, al palmacristi y a la ley de fuga, que representaba Batista», de lo cual dejó constancia Chibás en párrafos de su *Último Aldabonazo*.

Terminada la demostración pública de fuerza política, se retiraron los asistentes, aunque quedaban algunos rezagados que observaban la llegada de Fidel retrasado. Rápidamente se movilizaron en un formidable plan

de aviso, que lograba agrupar ante la tribuna a un mayor número de asistentes de los que habían concurrido con anterioridad.

Eran atronadores los aplausos que le tributaban a Fidel, cuando contaba parte de las investigaciones que estaba haciendo de las fincas del presidente y de sus ministros. La gente disfrutaba de lo que exponía el vibrante orador, el repudio a lo podrido del presente que vivía Cuba y el rechazo al pasado al que se pretendía volver.

Aquella movilización espontánea de pueblo, a altas horas de la noche, en un lugar que era parte del campo de la provincia de La Habana, significaba, políticamente, que Fidel sería electo representante por el Partido del Pueblo Cubano.

Cuando terminó la arenga inflamada de acusación, acompañada por vítores y aplausos, Fidel se dirigió al lugar donde nos encontrábamos Leonardo Fernández Sánchez y yo para saludarnos. Leonardo le dijo: «Esta noche ha habido aquí dos actos: en el primero, Pastorita se llevó los aplausos más nutridos, y en el otro, que se convocó con recados de los propios vecinos para escucharte, tú has sido el gran paladín de las ansias de libertad de este pueblo».

Hay que tumbar a Batista con las armas en la mano

En la madrugada del 10 de marzo de 1952 se produjo el golpe traidor de Batista y sus secuaces.

Nuestra reacción, la de Fidel, la de Juan Manuel Márquez, la mía, la de todos los ortodoxos, fue la de salir a defender al gobierno constitucional, pese a que era el de nuestros adversarios.

Mientras pensaba qué era lo correcto, me dirigí al amanecer al domicilio del candidato presidencial de la Ortodoxia, el doctor Roberto Agramonte, en la calle 4 número 106, esquina a Calzada, en el Vedado, hasta cerca de cuyo lugar me llevaron en su automóvil *Bebo* (Gaspar) Varona y su esposa *Yoya*, a los que encontré en la calle 23 y Paseo, los cuales se mostraban muy nerviosos con mi presencia inesperada, y me dejaron en Paseo y 13 porque «no querían líos».

En la casa de Agramonte no encontré a nadie. Incluso, en el poco tiempo que lo estuve esperando, llegó la policía en su busca.

Cuando me disponía a salir, apareció el doctor Eduardo Corona. Analizamos brevemente la falta de liderazgo ortodoxo en momento tan difícil, y decidimos trasladarnos a la universidad para incorporarnos a la lucha callejera contra los golpistas.

Entramos por la puerta del costado y allí nos encontramos con un grupo numeroso de chibasistas dispuestos a pelear. Era la izquierda ortodoxa, que respondía presente sin que nadie la hubiera convocado.

Avanzaba la mañana y todos esperábamos las armas prometidas por el presidente Carlos Prío a la Federación Estudiantil Universitaria, pero no llegaban; los que sí llegaron fueron Rolando Masferrer y su grupo de hampones, y entonces dijimos que con esa gente no saldríamos a la calle.

El momento era de incertidumbre, todo el mundo pedía armas y preguntaba qué hacer; buscaba orientaciones que nadie sabía impartirles, entre ellos estaban Antonio *Ñico* López y el grupo ortodoxo.

Convencido de que no habría armas ni se conocía intención de luchar por parte del gobierno, Corona dijo: «Me parece que Prío ha entregado cobardemente el poder». Yo respondí: «¡Se nota la ausencia de Chibás en estos momentos!».

Estaba claro que los sucesores de Chibás a cargo de la dirección del Partido, que tenía ganadas las elecciones, no estuvieron a la altura que les correspondía en aquellos momentos. Había hecho aparición la «actitud quietista» frente al peligro.

Pensamos que nuestro deber era movilizar a la gente de la base del Partido que esperaba instrucciones para enfrentarse a la tiranía que se iniciaba. Lo logramos seis días después, el 16 de marzo de 1952, en horas de la tarde, en lo que fue la primera jornada combativa de la Ortodoxia ante la tumba de Chibás, donde se repartieron volantes de condena al régimen usurpador y se escuchó, frente a las voces timoratas que aconsejaban cordura y búsqueda de soluciones por la vía pacífica, la voz estentórea de Fidel Castro que decía: «Hay que tumbar a Batista con las armas en la mano, no con lamentaciones y alegatos».

Habló poderosamente

El 27 de noviembre de 1952, en la escalinata universitaria, quedé impactada por las palabras que en

medio del apagón provocado le escuché a Fidel, no me puedo sustraer al deseo de contar y recontar lo que vi y lo que oí en aquella noche de formidable demostración oposicionista al gobierno opresor.

La dictadura se equivocaba con el estudiantado y con el pueblo; cortó la corriente y produjo el apagón, lo que fue peor, porque Fidel habló poderosamente.

La multitud clamaba porque se fueran los desvergonzados que habían tomado por asalto el poder; y Fidel, con lógica impresionante, condenaba el establecimiento de la dictadura, el envilecimiento de los gobernantes de turno; demostraba la mediocridad de los triunfadores del zarpazo, pero decía que había que prepararse para iniciar un período largo o corto de luchas y heroísmos, que nos llevara a la independencia definitiva.

Advirtió, en párrafo de pensamiento martiano formidable, que había que trabajar con tesón y con cuidado «porque la independencia –como dijo Martí– sería más terrible que deseable, si con el nombre de ella se levantase a ahogarla una nueva tiranía».

Confieso que el espectáculo fabuloso de escuchar aquellas palabras de Fidel en medio de la oscuridad valía por todos los riesgos a que nos exponíamos, rodeados por carros «perseguidoras», de rifles y de matones.

Noche inolvidable fue la del mitin del apagón en la escalinata de la universidad.

¿Qué les pareció mi intervención?

En la etapa de organización de las fuerzas revolucionarias, Fidel me invitó a participar en un recorrido que haría por distintos pueblos de la provincia de Pinar del Río, a finales de noviembre de 1952.

Aunque el tiempo invernal no se presentaba favorable, pues estaba muy nublado y con aparente amenaza de lluvia, emprendimos el viaje en el automóvil Pontiac de Fidel (que él conducía), Abel Santamaría, Ñico López y yo, a los que se agregó después Pepe Suárez.

El recorrido comprendió: Guanajay, lugar donde nos esperaba Pepe Suárez; Candelaria, donde Fidel hizo una parada para conversar con

compañeros que ya tenía citados; San Cristóbal, donde nos detuvimos cerca de una valla de gallos y de una escogida de tabacos y, al expresar yo que consideraba un peligro establecer contactos tan cerca de la valla de gallos, Abel contestó que precisamente eso era lo mejor, por el movimiento constante de personas que había, y así no llamaría la atención nuestra presencia.

Terminados los contactos en ese lugar, continuamos viaje hacia Pinar del Río, pero Fidel se detuvo a la entrada de un entronque, creo que era el de Pilotos, y habló con unos compañeros que fueron a buscar a otros dos.

Seguimos para Pinar del Río y paramos bastante cerca del hotel Ricardo. En la ciudad, Fidel se detuvo mucho tiempo hablando por separado y después en larga reunión con compañeros ortodoxos, y de allí emprendimos el viaje de regreso con destino a Artemisa, donde nos estaban esperando.

Era cerca de las 12:00 de la noche, quizás un poco más tarde y bajo un aguacero torrencial, cuando llegamos a la logia masónica Juventud en Evolución. Era de notar que nuestra tardanza no había afectado la asistencia a la reunión convocada. Allí estaban todos los citados, lo que mereció el reconocimiento por parte de Fidel y de todos nosotros.

Era una reunión verdaderamente clandestina, con participación masiva de los complotados. Nos alumbramos con dos velas, pues a tan altas horas de la noche hubiera sido una imprudencia mantener encendida la luz. El inmueble era un local cuyo interior estaba dividido por dos columnas. La reunión se efectuó en la parte posterior, es decir, detrás de las columnas, en lo que parecía ser el local de ubicación de la presidencia o jefatura de la logia.

Estaban presentes, sentados alrededor de una mesa en el extremo derecho, presidiendo, Fidel; en el extremo izquierdo, frente a él, Abel Santamaría. Yo ocupé el ángulo izquierdo de la mesa con la presidencia, y en el ángulo derecho, frente a mí, estaban Ñico López, Mario Lazo y Ramón Pez Ferro.

A mi lado estaba Ismael Ricondo. Le seguían René Collazo, Julito Díaz y Pepe Suárez, casi al lado de Abel. Por la parte del frente, junto a Ñico López, estaba sentado Ramiro Valdés; después se encontraban

Ciro Redondo y Jaime Costa, y detrás de ellos y de nosotros, varios compañeros cuyos nombres, por el orden que ocupaban, no puedo precisar, porque se nos encimaban para escuchar mejor.

Aquella era una reunión de jóvenes idealistas. Se notaba en el interés que ponían en oír atentamente los lineamientos que trazaba Fidel, y en aclarar algunos conceptos que no entendían bien, como ocurrió con el joven Ciro Redondo, quien manifestó su interés por conocer la estructura organizativa que tendría la Sección Obrera, y su preocupación como trabajador por las medidas que se tomaría para acabar con la explotación del hombre por el hombre. A Ciro, aquella noche en la logia de Artemisa, le preocupaba conocer algo más que la organización celular y las tácticas o estrategias de preparación militar. A él le interesaba, dijo esa noche, el porvenir de la Patria; quería saber cómo iba a enfocar el gobierno que surgiera de ese movimiento armado el problema de los campesinos y de los obreros que eran víctimas del engaño de los politiqueros y de la explotación de los latifundistas y de los patronos.

Otros jóvenes manifestaron también sus inquietudes, coincidentes con lo dicho por Ciro, y otros pidieron orientaciones precisas para combatir al régimen castrense, pero querían conocer qué vendría después de la caída de Batista.

Entonces Fidel habló largamente del programa que se iba a desarrollar cuando triunfara la Revolución. Habló del desempeño preponderante que tendría la clase obrera en la gestión administrativa del nuevo gobierno, y habló de la reforma agraria con lujo de detalles. Dijo Fidel, y yo lo tomé como nota importante de la reunión, «que había que modificar lo establecido para la tenencia de tierras, porque esa era precisamente la base de la producción y la única forma de acabar con el desempleo agrícola y los bohíos llenos de miseria».

Recuerdo que en el trayecto de regreso a La Habana, Fidel preguntó: «¿Qué les pareció mi intervención?». «Me pareció muy educativa», dije yo. Ñico expresó: «Sí, pero muy larga; tienes que cortar un poco». Fidel le aclaró: «Pero es que todos los compañeros deben saber que se va a realizar una verdadera reforma agraria, que hay que derrocar a la dictadura para que surja como consecuencia un movimiento revolucionario que transforme el país».

Abel dijo entonces: «Fidel tiene razón en lo que dice, hay que meterle en la cabeza a la gente que la Revolución no va a ser solo para cambiar a Batista; la Revolución se hará para cambiarlo todo desde la raíz». Ñico volvió a la carga: «Lo que yo quiero decir es que recorte un poco el discurso, porque la gente se cansa».

La riposta de Fidel: «¿Pero no viste lo que ellos plantearon? Hay que aclararles por qué luchan, el motivo y la causa de esa lucha y cómo se van a plantear y a resolver esos problemas y todos los otros problemas que no mencionaron. Hay que hablarles hasta que comprendan el valor de su esfuerzo y la verdad de lo que vamos a hacer por Cuba».

Abel intervino nuevamente para decir: «La verdad es que todo el mundo estaba interesado en el discurso». Yo exclamé: «No solo estaban bien atentos; creo que quedaron convencidos por primera vez de lo que va a realizar la Revolución en beneficio del pueblo. Parecían impactados, daban la sensación de asombro ante los conocimientos profundos de un verdadero líder revolucionario del que hasta ese momento desconocían su capacidad de dirigente».

Muy avanzada la madrugada, salimos para La Habana, todos agobiados por el hambre y la sed. Fidel como siempre, no tenía un centavo; Abel había pagado la gasolina del viaje y tampoco lo tenía; yo, menos que ellos. Entonces Ñico, con mucha euforia, anunció que nos iba a invitar a pastelitos en Guanajay, pues tenía unos centavos. Hubo aplausos para él por la espléndida invitación.

Demostración de sensibilidad humana

Aunque ajeno totalmente al recorrido pinareño, quiero dejar constancia de un hecho revelador de una personalidad humana, política y revolucionaria integral. El día anterior a nuestro viaje a Pinar del Río, mi hermana había sido operada de un dedo. Cuando llegamos de regreso a casa casi amaneciendo Fidel bajó del automóvil y tocó en la puerta, antes de que yo pudiera abrirla, y le preguntó a Olga cómo se encontraba y si tenía necesidad de algún medicamento, y le explicó, además, que durante el trayecto del viaje habíamos estado preocupados por su salud.

Fidel nos estaba dando una demostración de sensibilidad humana y de compañerismo solidario.

Paseado en hombros por el andén

La campaña a favor de los presos políticos logramos ponerla al rojo vivo, y Batista se vio obligado a promulgar la Ley de Amnistía. El 15 de mayo de 1955 fueron excarcelados los presos del asalto al Moncada recluidos en el Presidio Modelo de Isla de Pinos.

El Liceo Ortodoxo de Prado 109 –cuna de rebeldía de aquel movimiento, y lugar de donde salieron los jóvenes ortodoxos que alcanzarían la posteridad como la Generación del Centenario– hervía de entusiasmo.

Todos los verdaderos chibasistas nos preparábamos para el recibimiento de nuestros compañeros: de Fidel, de Almeida, de Montané, de Mestre, de Pepe Suárez; en fin, de todo el grupo salido del local en que libró sus mejores batallas Eduardo Chibás.

Nos dividimos en dos grupos para el recibimiento de los moncadistas. Uno iría a esperar la llegada del barco *El Pinero* al muelle de Batabanó. El otro, más nutrido, inmenso, esperaría en la terminal de trenes de La Habana la entrada triunfal de Fidel y los muchachos.

Nos pusimos de acuerdo Martha Frayde, Olga mi hermana, Beba Sifontes y yo, para alquilar un automóvil que nos llevara a Batabanó a esperar al barco y regresar en el tren con los muchachos. Nos cobraban diez pesos por el viaje, y los pusimos a razón de Martha y *Beba*, tres pesos cada una, y Olga y yo dos pesos cada una, teniendo en cuenta que nuestras entradas económicas eran inferiores a las de ellas. Salimos a las 12:00 de la noche de casa de Martha, y cuando llegamos a Batabanó ya había un grupo numeroso de compañeros ortodoxos apostados en el muelle. La espera nos parecía interminable, pero había un ambiente de alegría general. El chofer del automóvil se unió a nuestro júbilo y dijo que se quedaba con nosotras hasta que llegara Fidel, y nos traería de regreso a La Habana sin cobrar un centavo. Expresó que se sentía pagado en demasía, con poder ver de cerca al jefe del asalto al cuartel Moncada.

Al fin, a eso de las 5:30 de la madrugada, casi amaneciendo, atracaba la embarcación al muelle de Batabanó. Desde unos metros de distancia, Fidel nos había visto y nos saludaba, apretando ambas manos. Cuando ya estaba próximo, corrí hacia él, y un abrazo fuerte y apretado, recogido por el lente del fotógrafo Newton Estapé para el reportaje que allí mismo hizo Carlos Franqui para la revista *Carteles*, dejaba constancia gráfica de nuestra bienvenida al líder querido en el muelle de Batabanó. Esa foto fue circulada en toda la prensa.

Los valientes compañeros revolucionarios fueron saludados efusivamente con vivas a Fidel, vivas a los moncadistas, vivas a la Revolución y vivas a Chibás. Fidel y los muchachos saludaban contentos.

Nosotras decidimos regresar rápidamente en el automóvil y dirigirnos hacia la terminal de trenes de La Habana, para participar en el recibimiento que se les tributaría en este lugar. Llegamos media hora antes que el tren que traía la preciosa carga de revolucionarios.

Era indescriptible el entusiasmo de la espera. La Ortodoxia vibraba como en sus mejores tiempos de la campaña presidencial de Chibás. Allí, esperando a Fidel y al grupo de libertados, estaba la Juventud Ortodoxa y lo mejor de los militantes que seguían la línea revolucionaria.

Cuando el tren se detuvo, no hubo freno para la gritería y la algazara: ¡Viva Fidel, Viva la Ortodoxia, Vivan los héroes y mártires del Moncada, Viva Chibás, Viva la Revolución!

Fidel fue sacado por la ventanilla y paseado en hombros por el andén. Los abrazos al resto de los compañeros se sucedían. Eran zarandeados por la masa chibasista que les mostraba fervorosa admiración.

En lo adelante –no cabía dudas–, Fidel sería el líder indiscutible del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo). La dirigencia podría declarar, decir, orientar y disponer lo que se le ocurriera, pero para nosotros en lo adelante habría una sola voz de mando: la voz inconfundible, la orientación certera, la orden valerosa, la línea directriz de quien todos acatábamos como gran jefe y guía, de Fidel Castro Ruz.

Yo sabía que quedaba una

Hacía muchos días que Fidel se encontraba en operaciones militares. Yo permanecía en la Comandancia

en espera de su regreso, realizando tareas menores de ayuda, de ordenamiento y limpieza del local, de coser y poner botones a camisas y pantalones de los que me lo pedían, conocedores de que llevaba hilo, aguja y dedal, y de contar balas que llevaban en sacos. Además, en el tiempo libre, releía a mi fiel compañero de viaje: *Espíritu de América*, de José Martí.

Durante todo el día 19 de julio se estuvo recibiendo noticias de lo que pasaba en El Jigüe. No había duda sobre la victoria, pero el enemigo se empecinaba en mantener la posición. Por fin, Fidel conminó a la rendición decorosa a los que estaban atrincherados, al tiempo que hacía retroceder al refuerzo enviado a los sitiados. Ordenó el día 20 un alto al fuego, y en la madrugada siguiente terminó la batalla, con una victoria esplendorosa para las tropas rebeldes.

Un vocerío alegre se escuchó en nuestro campamento: «Se rindió Quevedo»; «se rindió El Jigüe»; «viva el Ejército Rebelde»; «qué guapo es Fidel», y en medio de la alegría contagiosa yo recogí mi maletincito y empecé a bajar para la tiendecita de la Maestra, a esperar a Fidel. Pensaba con lógica que, una vez concluida la gran batalla, el Comandante regresaría a La Plata.

Habrá otras cosas que se pierdan en el recuerdo, pero lo que nunca podré olvidar fue mi encuentro con Fidel. Atardecía y, aunque era pleno verano, había frío en el firme de la Maestra. Yo no quitaba los ojos del camino por donde tendría que subir Fidel. Estaba intranquila. Se agolpaban los recuerdos en mi mente. Nadie me conocía allí y yo andaba con mi dolor a cuestas, pero Fidel sí lo sabía.

De pronto, escuché voces: «Ya viene el Comandante». Me puse de pie en el portal de la tiendecita y, como si fuera saliendo de un pórtico de gloria, por entre la espesura de la vegetación frondosa, apareció con su mochila y su mirilla la figura legendaria, admirada y amada hasta el delirio por la tropa del Comandante en Jefe.

Como un relámpago se cruzaron nuestras miradas, y él avanzó. Yo me quedé estática, estaba como clavada al piso de tierra. Fidel se acercó y, sin decir palabra, abrió los brazos y me estrechó con fuerza. Prácticamente me tenía cargada. Su primera palabra me conmovió:

—¿Y el viejo, Pastorita?

—Papá murió.

—¡Cuánto lo siento! Y… y… y… Márquez también, Pastorita.

Sentía que un nudo llegaba a mi garganta y la ahogaba. No podía proferir palabra alguna. Fidel se percató de mi estado de ánimo y, jovial y cariñoso para superar aquel momento, pasó su mano sobre mis cabellos y me preguntó: «¿Y ese peladito?», y a seguidas: «¿Traes noticias de Fidelito?». «Sí» –respondí. Fidel dijo entonces: «Después hablaremos». Llamó a Celia Sánchez y nos presentó. Se alejó para hablar con Paco Cabrera y otros compañeros. Respondía a preguntas que le hacían sobre los pormenores de la batalla que acababa de dirigir exitosamente. Me llamó a su lado para que escuchara los relatos.

Puebla avisó que ya estaba lista la comida. Nos sentamos a la mesa de tablas rústicas del dueño de la bodega. Menú: arroz con maíz y malanga hervida. Entonces Fidel le dijo a Celia: «Traigan una lata de dulce para brindar postre a Pastorita». Celia le transmitió el recado al cocinero, quien respondió que no había nada, que todo se había terminado, y Fidel, de la misma forma que llevaba el conteo tiro a tiro de cada arma, le contestó: «¡Tiene que quedar una; búsquenla!».

Efectivamente, apareció, como por arte de magia, una lata de coctel de frutas. Todos nos reímos. De su memoria prodigiosa y de su control estricto nadie podía tener dudas. Acababa de demostrarlo. Reafirmó satisfecho como si hubiera ganado otra batalla: «Yo sabía que quedaba una».

Esperamos verte muy pronto

De la tiendecita de la Maestra, donde tuve el encuentro con Fidel, nos dirigimos al día siguiente a la Comandancia de La Plata. Lo primero que hizo fue redactar el impresionante parte de guerra de la batalla de El Jigüe, transmitido el 22 de julio por Radio Rebelde, cuyo texto –en deferencia, que mucho le agradecí– pude conocer antes de ser difundido.

En la Comandancia recibí el honor de su hospitalidad hasta el 21 de agosto. En ese tiempo hablamos largamente de las incidencias políticas; de la falla de algunos ortodoxos de la alta dirigencia del Partido del Pueblo Cubano, y de la lealtad y valentía de los seguidores de Chibás en las filas del pueblo; de la farsa electoral propuesta por Batista, y de la

inutilidad de elecciones amañadas, que se estrellaría contra el bastión de la Sierra Maestra. De eso y de otras cosas que no es necesario reflejar en este relato, porque pertenecen a nuestro común privado, hablamos también.

El Comandante había pensado –según me dijo– destinarme a prestar servicios en el hospital de Pozo Azul, dirigido por el capitán René Vallejo. Después analizó la conveniencia de que mis gestiones se encaminaran a la búsqueda de recursos monetarios, pues no había dinero siquiera para enfrentar las necesidades de la recogida de café, que el Ejército Rebelde debió asumir, frente a la ofensiva del ejército de la dictadura, que tenía bloqueados los accesos de entrada y salida a la Sierra.

El 18 de agosto, muy contento, nos llamó: «Celia y Pastorita, vengan acá». Nos presentamos ante él, y como si se tratara del itinerario de un viaje de vacaciones, nos dijo: «Ya lo tengo todo. Voy a hacer la orden de cobro del Impuesto de Guerra. Pastorita va a recorrer uno a uno todos los centrales azucareros, y en un mes tendremos contante y sonante todo el dinero que necesitamos para comprar armas, para el avituallamiento de la tropa y para pagar la cosecha de café». Celia le dijo: «¿Tú crees, Fidel?». «Claro que lo creo. Estoy seguro», le respondió él.

Como la habitación era pequeña y sus pasos eran largos, llegaba y viraba de la puerta a la cama, y de la cama a la puerta, más de quince veces; gesticulaba, mordía el tabaco, y lleno de euforia dijo: «Ya está todo. Mañana a primera hora redacto la orden, porque ahora voy a leer».

Al día siguiente, 19 de agosto de 1958, atendió temprano a Paco Cabrera, que le traía unos informes, a Ricardo Martínez, y a un dirigente del Movimiento, creo que de Palma Soriano.

Cuando salió, Fidel le dijo a Celia: «Que no me interrumpan ahora, a no ser para algo importante». Me llamó. «Siéntate ahí»; señaló el borde de la cama, él estaba en un taburete. Tomó un *block* de papel chico, en el que usualmente hacía las anotaciones, y comenzó a escribir:

Leyó la orden dos veces. «Así está bien», dijo, y me la entregó. «¿Me voy ahora mismo?», le digo. «No, qué va. Sales mañana, pues todavía

tengo que explicarte los detalles de su aplicación y las variantes que puedan presentarse, pero ahora tengo que atender otras cosas».

Después empezó con una larga explicación de advertencias, detalles y consejos sobre el comportamiento que debía observar en el cobro del impuesto.

Por la mañana, cuando me disponía a salir, dijo: «Espérate un poquito para que le lleves a Raúl un mensaje». Llegó la hora de la partida. Nos abrazamos. Celia trajo café para los dos. Otro abrazo. «Hasta dentro de un mes, Jefe…», le dije.

«Esperamos verte muy pronto, Pastorita», me contestó, y ya lejos del campamento me volví, miré hacia la Comandancia. Su figura legendaria ocupaba la ancha entrada. Al unísono levantamos los brazos y nos dijimos adiós.

Aniversario en la Sierra de la muerte de Chibás

Amaneció un día esplendoroso en la Sierra Maestra. Fidel estaba escribiendo, y me senté a su lado. «¿En qué piensas, Pastorita?» –preguntó el Comandante. «En Chibás, que hace hoy siete años –sábado 16 de agosto de 1958– de su muerte, –le respondí. «Te autorizo para que hables esta noche por Radio Rebelde y le rindas el homenaje de tus palabras en nombre del Ejército Rebelde».

Escribí una cuartilla y se la leí. «Nadie hubiera sintetizado algo más sustancioso sobre el significado de la fecha de hoy, que eso que has escrito tú», dijo Fidel en señal de aprobación.

¿Cuánto traes ahí?

Llegué temprano a la Comandancia en compañía de Roberto Fernández Vaquero, pues José Pardo Llada, que subió en ese viaje, con Manolo Penabaz y el periodista venezolano Segundo Cazalis, se habían quedado descansando, ya que estaban «destruidos» por el agotamiento y el cansancio de la subida al firme de la Sierra Maestra. Nosotros dos también estábamos adoloridos, pero era más fuerte el deseo de ver a Fidel que la fatiga y el cansancio. Fernández Vaquero y yo

habíamos realizado el trayecto de once horas de viaje, ateridos, pero sin desmayos, sin falta de aire, alegres y cantando.

Cuando llegué a la Comandancia, Celia se percató inmediatamente de que a pesar del frío intenso y la humedad de la lluvia –era 10 de octubre– yo no llevaba abrigo, ni capa, ni *nylon*, ni nada, y me preguntó: «¿Por qué andas sin taparte?». Le respondí: «Porque no tengo abrigo». Sin mediar palabra, se quitó su «sudario» y me lo colocó, y a seguidas… «Mira, Fidel…, Pastorita viene «morada» del frío que hace y no se compró un *sweater*». Fidel me abrazó, contento por la llegada, y más contento aún por el ejemplo de honestidad en el manejo de los fondos de la Revolución. Tomamos café y comencé a extraer el dinero que llevaba cosido en un *nylon* entre el blúmer y el pantalón de montar. Los dos se rieron de mi «estrategia para asegurar el dinero cobrado a los ingenios». «¿Cuánto traes ahí?», preguntó Fidel. «Cien mil pesos», le respondí. «¡Contra!, ¿y por qué no lo mandaste a depositar con Yeyé?».

Entonces le rendí cuentas de todo lo recaudado, central por central; de lo que me había ayudado Raúl; de lo depositado en Estados Unidos; de los trabajos que habíamos pasado para cobrarles a las empresas norteamericanas, y del resultado que dio el amenazarlos con la quema de las cañas y del central.

Fidel estaba contento; a la distancia de los años, yo puedo decir que contentísimo. Celia recogió «la tonga de billetes», los puso en un *nylon*, y los colocó detrás de los libros, frente a la cama de Fidel. Le entregué el mensaje de Raúl donde le informaba del juicio celebrado a Lucas Morán. Fidel se agarró la barba y expresó: «Tenía que haberlo fusilado».

Mucho tiempo después llegó José Pardo Llada, a quien presenté a Celia. Enseguida Fidel lo recibió y hablaron largamente de la situación política y de la guerra. Fidel estaba completamente optimista sobre el resultado de la contienda y la derrota inevitable del ejército de la dictadura. ¡Contagiaba su entusiasmo!

Recuerdos de Navidad

Bien me acuerdo del 31 de diciembre de 1952, en que se apareció en mi casa con una cazuela de ba-

rro (llana) que contenía arroz, frijoles negros y una latica de aceite en el centro, rodeados por una tableta de a libra de turrón de Jijona, otra de Alicante, una cajita de membrillo y muchas avellanas. ¡Qué rico y qué espléndido regalo y qué generoso desinterés de quien se acordaba de mi mesa vacía para compartir alegremente lo que tenía en la suya!

Otro recuerdo de la Navidad de ese año es el del día siguiente, 1ro. de enero de 1953, en que una amiga común, la doctora Moraima Amorós, que residía al lado del restaurante La Terraza de Cojímar, nos invitó a cenar. Allí nos reunimos Fidel, Mirta, Fidelito, Olga mi hermana, Aida Pelayo, Carmen Castro Porta, Martha Frayde, un familiar de la doctora Amorós cuyo nombre no recuerdo, y yo. Esa noche Fidel hizo galas de su buen apetito.

Está vivo en la memoria el día en que enfermó Fidelito en la casita humilde de la calle 41, cerca de la cervecería La Tropical; los recursos de la casa estaban muy escasos, la desesperación de Fidel, que creía que su hijo se moría y se revolvía en los bolsillos para comprobar si había algún dinero, para encontrar que no había absolutamente nada.

El 1ro. de enero de 1954, recuerdo que con Mirta, Lidia su hermana, y otras compañeras, lo visité en el penal de Isla de Pinos y me contó el inolvidable asalto al cuartel Moncada.

Asociado a estos personales pero hoy históricos recuerdos de mi amistad con Fidel, está precisado con exactitud el día en que con Abel Santamaría, que era uno de los jóvenes de vanguardia de la Juventud Ortodoxa y de los que puso proa a la línea insurreccional, fuimos a visitarlo a una casa que le habían cedido unos amigos en la playa de Guanabo.

Fue un domingo de felicidad para todos, pues después del chapuzón, estuvieron las conversaciones en el portal de la casa, donde solo se hablaba de ametralladoras, tiros, revolución y de la forma de «tumbar a Batista», de la indiferencia de los dirigentes ortodoxos ante lo que estaba pasando en Cuba, y de la necesidad de prepararnos para la contienda bélica ineludible.

Después, Fidel cocinó unos *spaguettis* que de verdad le quedaron exquisitos, pero en los que utilizó para hacerlos todo el puré de tomate

que tenían de reserva, enviado por Mongo. Se oía la voz de protesta de Mirta: «Si sigues echando puré, no vamos a tener para hacerle la comida a Fidelito, y la voz de este: «Sí, papi, echa más tomate, que está bueno», y la risa escandalosa de Abel, que a la sazón estaba enamorado de mi hermana Olga y la enseñaba a envolver los *spaguettis* en el tenedor, al estilo italiano.

Cuando al anochecer volvíamos al portal con la plática revolucionaria y empezaban a subir los cangrejos a la casa, evoco los gritos de Fidelito: «Ay, papi, papi, mila bicho», y Fidel, en trusa, se levantaba lentamente a recogerlos, diciendo: «Parece que Fidelito le tiene miedo al cangrejo». Al poco rato, era la misma gritería del niño y la vuelta del padre a botar cangrejos.

Estaba la despedida cordial de familias unidas por afectos profundos, por grandes necesidades económicas y por un patriotismo elevado, así como tantos otros recuerdos, de mayor o menor categoría entonces, que hoy, con el rango y la categoría de Fidel, muchos quisieran poder testimoniar. A mí me basta con haberlos vivido y recordarlos.

Pastorita Núñez: *Una vida de recuerdos,* libro en preparación.

Filiberto Olivera Moya
GENERAL DE BRIGADA CUBANO

Tienes que estudiar

En una ocasión, en la Sierra Maestra, Fidel nos estaba explicando a un grupo de combatientes toda la maniobra de Carlos Prío y otros políticos que querían hacer un gobierno en el exilio. Me meto en la conversación y le digo: «Verdad que son unos hijos de puta. Cuando se termine la guerra lo que quiero es seguir construyendo casas». ¡Ay carajo, qué bronca me busqué! Me dijo: «Tú lo que eres es muy bruto». Le respondí: «Eso lo sabe cualquiera». «Tú lo que tienes que hacer es estudiar porque cuando se termine la guerra vamos a tener más trabajo».

Tengo la cabeza para pensar

En otra oportunidad saliendo de la Pata de la Mesa, Fidel se reunió con Almeida, el Che, Camilo, Raúl e Ignacio Pérez. Yo también estaba presente. Explicó que iba a mandar un hombre a Bayamo para que comentara que él estaba en Pino del Agua, con su tropa.

A los 8 días –decía Fidel– llegarán los guardias y debemos esperarlos emboscados. El armamento que capturemos servirá para armar a la Columna 4.

Nos sentamos a esperar a los soldados. Pasamos tremenda hambre pues estábamos muy flojos de alimentos.

A los 8 días, tal como lo había previsto Fidel, llegaron los guardias. Eran más o menos las 2:00 de la tarde. Arribaron en cinco camiones y un *jeep*. Bajo tremendo aguacero nos dimos una prendida del carajo. Ya a las 6:00 de la tarde estaban en nuestro poder los camiones, el armamento, la comida. En la acción perdió la vida Crucito, el poeta que era del pelotón de vanguardia del Comandante en Jefe.

Aquella previsión de Fidel se me quedó en la cabeza. Como a los 20 días de esta acción, observo que Fidel estaba contento y le pregunto: «Comandante, ¿cómo usted calculó los 8 días para esperar a los guardias?». Me respondió: «Porque tengo la cabeza para pensar». Le dije: «Yo también. Pero no me imagino cómo hizo esos cálculos».

Me explicó que había analizado el tiempo que tendría el hombre que había mandado a chivatearnos a Bayamo. Cuando esa información llegara a oídos de los soldados. La reacción de los guardias. El aviso a Chaviano, en Santiago de Cuba. El tiempo que este tenía para responder y mandar la orden para que subieran a Pino del Agua.

Más nunca tuve la menor duda. Fidel me decía siéntate en ese trillo que por ahí vienen los guardias y me sentaba. No le preguntaba más nada. Después del triunfo revolucionario he seguido esa línea.

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Enrique Oltuski

REVOLUCIONARIO CUBANO

Somos unos tontos

Llegamos a la Rinconada. En una mesetica, contra unas altas rocas, nos esperaba Fidel. También estaba Raúl. Y el resto: los miembros de la Dirección Nacional, jefes nacionales de secciones, coordinadores provinciales y jefes militares.

Fidel explicó la situación: se avecinaba el colapso militar de la dictadura. Existía el peligro de un golpe de Estado para burlar a la Revolución; había que estar en guardia.

Se discutió la toma del poder por el 26 de Julio. Solamente así se garantizaría la realización de la Revolución. Algunos planteamos nuestra preocupación ante la aparente ineptitud de Urrutia. Fidel exclamó:

—¡Somos unos tontos: hemos hecho una Revolución para ponerla en manos de un Urrutia!

Y Raúl, tomando la metralleta en las manos:

—¡Por eso yo no suelto el hierro!

La reunión terminó con una sensación compleja de euforia y preocupación.

—Debes partir de inmediato –me dijo Fidel–. Las noticias que llegan de Las Villas son buenas. El Che y Camilo tienen prácticamente tomada la provincia. Tu presencia allí puede resultar muy útil.

Se acercó Raúl.

—¿Y qué tal te llevas con el Che? –me preguntó Fidel.

—Al principio tuvimos nuestros roces, pero actualmente nos llevamos bien.

—¿Y qué te parece el Che?

—Un gran tipo. Él tiene sus ideas y yo las mías, pero son más las cosas que nos unen que las que nos separan.

Desháganse de él

Fidel se había bañado y estaba acostado en una cama reposando. Me vio y me llamó. A pesar de que

llevaba algunos días sin dormir,* no lograba conciliar el sueño. Me hizo muchas preguntas sobre el pueblo (…)

Estábamos conversando, cuando uno de los escoltas se acercó y dijo:

—Hay alguien afuera llamado Bosch que insiste en entrar.

—¿Quién? –dijo Fidel–, ¿Bosch?

—Sí –respondí yo–. Orlando Bosch es un médico que dice que fue amigo tuyo en la universidad y que ha colaborado con el Movimiento.

—Eso no es verdad, no es mi amigo sino un gángster y un politiquero cuando era dirigente estudiantil en la universidad. Deshágan se de él.

Un palo periodístico

Celia se asomó y dijo que había llegado el periodista Carlos Lechuga desde La Habana, para entrevistar a Fidel. Fidel lo mandó a pasar. Después de los saludos de rigor, Fidel hizo que Lechuga se sentara en el borde de la cama, y en lugar de ser entrevistado, fue él quien entrevistó a Lechuga, un viejo conocido que siempre apoyó la Revolución. ¿Cómo estaba La Habana? ¿Qué decía la gente? ¿Qué hacía el gobierno?

Lechuga dijo que todos estaban pendientes de la llegada de Fidel. Que había algunas confusiones. Que Fidel tenía que orientar directamente al pueblo.

—Es necesario que el pueblo no tan solo te escuche, sino que te vea. La gente está ávida de ti. Hemos hecho preparativos para transmitir por televisión el acto del parque (en Villa Clara), digo, si estás de acuerdo.

—¡Cómo no! Oye, eso es un palo periodístico el que te vas apuntar. Seguro que te aumentan el sueldo.

Después de las risas, Fidel continuó:

—Este discurso es importante, hablaremos Sierra (Oltuski) y yo. ¿Cuáles tú crees Lechuga, que son los problemas principales? ¿Cómo tú enfocarías la cosa, Sierra?

*Era 6 de enero de 1959, en su marcha hacia La Habana al frente de la Caravana de la Libertad, Fidel hacía un pequeño alto en Santa Clara.

Hice ademán de hablar, pero Fidel continuaba.

—No debe ser un discurso para elogiar al pueblo. En estos momentos, en que todavía hay alguna incertidumbre, hay que decirle al pueblo también cuáles son sus deberes. Hay que decirle que la Revolución tiene que ser la obra de todos, solo así obtendremos el triunfo definitivo.

Saltó de la cama y empezó a pasearse por la estrecha habitación descalzo.

—Sí, el avance de la Revolución es responsabilidad de todo el pueblo.

Lechuga y yo permanecimos sentados en la cama, oyendo las primicias de un discurso que habría de ser trascendental.

Ahora es cuando de verdad comienza la Revolución

Fidel había pasado por Las Villas el 6 de enero, apenas unos días antes, camino de La Habana. Me había invitado a que lo acompañara, pero yo insistí en quedarme en Villa Clara, pues trabajaba en lograr la normalización de la vida en la provincia.

—Además –le dije a Fidel–, ya cumplí con mi deber y dentro de poco regresaré a mi trabajo como ingeniero.

Se me quedó mirando, hasta que habló:

—¿Así que tú crees que ya terminaste? –me respondió Fidel–, no te das cuenta de que ahora es cuando de verdad comienza la Revolución.

¡No hay tiempo que perder!

—Esto no da más, dijo Faustino Pérez.

—¡Vamos! –dijimos todos y salimos a la calle.

Luis Buch, como ministro de la Presidencia, tuvo que quedarse, a él le tocaba ordenar lo tratado durante el Consejo y redactar la nota de prensa. Los demás tomamos nuestros automóviles y nos dirigimos al hotel Habana Hilton (Habana Libre), lugar que Fidel utilizaba frecuentemente para efectuar encuentros y desarrollar actividades.

Eran casi las 2:00 de la madrugada cuando localizamos a Fidel en uno de los pasillos del hotel.

Había un hervidero de gente en el *lobby* y en varios pisos. Soldados rebeldes, dirigentes obreros, jefes del 26 de Julio y otras organiza-

ciones formaban grupos en los cuales se discutía todo tipo de problemas. Si bien el gobierno que estaba en el poder era nominalmente el de Manuel Urrutia, y Fidel era el jefe de las fuerzas armadas, no se podía hacer una clara distinción entre el gobierno y el Movimiento 26 de Julio. En el Consejo se sentaban ministros que provenían de nuestras filas. Todo el mundo sabía que el poder estaba donde estaba Fidel y continuamente se dirigían a él en busca de orientación, a veces de decisiones, colocándolo en una situación compleja en la que, por un lado, se trataba de un gobierno que no era el suyo, y, por otro, cualquier decisión afectaba la revolución, que sí era suya. El corazón y el cerebro de la Revolución estaban aquí y no en el Palacio Presidencial. Fidel no conocía el descanso.

—¿Pero qué hacen ustedes aquí? –nos preguntó al vernos.

—Queremos hablar contigo –dijo Faustino.

—¿Qué pasa? –insistió Fidel.

—No podemos más –volvió a hablar Faustino–. El Consejo de Ministros no funciona. Lo único que hacemos es hablar horas interminables. Juegan muchos intereses y no hay autoridad. ¡Tienes que asumir la dirección del gobierno!

—Fidel, este no es nuestro gobierno –dije yo–. Si tú no te haces cargo, nosotros no queremos seguir siendo ministros.

En la penumbra del pasillo se hizo silencio. Todos mirábamos expectantes a Fidel, que se recostó contra la pared pensativo.

—Así que ustedes quieren que yo me haga cargo del gobierno –dijo al fin–, yo no quiero, pero bueno, vamos a hablar, ¿dónde podemos ir?

Algunos sugerimos ir a nuestras oficinas.

—No, a una oficina no.

Entonces se me ocurrió:

—Fidel ¿por qué no vamos a mi casa?

—¿A tu casa? No es mala idea, ¡vamos!

Partimos en la noche. La calle 23 estaba desierta y pronto llegamos a mi casa, en el Bosque de La Habana. Fidel ordenó citar a más compañeros a la reunión. Cuando todos estuvimos reunidos, no alcanzaban los asientos de la sala, algunos se sentaron en el suelo, otros en la escalera que llevaba al piso de arriba.

Nadie había comido, y mi esposa Martha, que estaba en estado de nuestro segundo hijo, se metió en la cocina a preparar algo de comer.

Todos mirábamos a Fidel que se puso de pie y se dirigió al centro de la sala. Todas las luces estaban encendidas y la figura de Fidel era hermosa en su juventud y fortaleza.

—Así que ustedes quieren que me haga cargo del gobierno, bueno, vamos a ver primero de qué gobierno estamos hablando –dijo, introduciendo la mano en el bolsillo izquierdo de la camisa de donde sacó una pequeña libreta azul.

Paseó la mirada por todos los presentes.

—Hablemos primero de la Reforma Agraria.

Hizo una larga, detallada y profunda exposición de su concepción de la Reforma Agraria, todos escuchábamos con gran atención. No hubo que discutir mucho, todos compartíamos los criterios expresados por Fidel.

Fue pasando las hojas de la libretica: los altos alquileres, la falta de viviendas que sufría la población, las tarifas eléctricas, la educación y la salud, las fuentes de trabajo. La lucha contra la pobreza, la corrupción, la prostitución. El desarrollo económico. El Ejército Rebelde. La política exterior.

Las horas pasaban. Martha sirvió la magra cena. La gente masticaba automáticamente, el alimento estaba en las palabras de Fidel.

Amaneció, la luz entraba por las ventanas. Nadie tenía sueño, a pesar de que llevábamos 24 horas sin dormir. Unos estaban sentados en las butacas de la sala, otros en los peldaños de la escalera, había gente tendida en el suelo. Fidel tenía poco espacio para moverse. Cuando se detuvo, todos queríamos que siguiera hablando.

—¿Es este el gobierno que queremos? –preguntó.

—Sí, Fidel, sí –dijimos todos.

La gente fue partiendo y solo nos quedamos lo que éramos miembros del gobierno.

—Hay que hablar con Urrutia y, sobre todo, con Miró Cardona, pues es el cargo de Primer Ministro el que debo asumir.

Miró aceptó renunciar a favor de Fidel. El 16 de febrero, Fidel tomaba posesión del cargo de Primer Ministro.

Después del acto oficial, los ministros nos sentamos alrededor de la gran mesa del Salón del Consejo. Urrutia presidía sentado en la cabecera. Fidel estaba sentado a su lado.

—Comencemos el Consejo –empezó Urrutia. Fidel lo interrumpió.

—Perdone, señor Presidente, quisiera precisar algunas cosas.

—Adelante, Comandante.

—El pueblo espera por nosotros. ¡No hay tiempo que perder! Hemos luchado para transformar este país. Debemos ser profundos en los análisis, valientes en las decisiones y responsables en la ejecución de nuestro programa de gobierno, para lo cual reclamamos la autoridad correspondiente.

A continuación, Fidel expuso el programa de gobierno de la Revolución.

—Si voy a ser responsable de cumplir este programa debo tener, repito, la autoridad necesaria, por lo que debo presidir el gobierno.

Urrutia iba cambiando de color.

—Pero… Comandante… entonces yo como presidente ¿qué hago?

Se produjo una pausa, en la que todos guardamos silencio.

—Quitarme si no sirvo –respondió finalmente Fidel con una sonrisa en los labios.

Todos sentimos alivio ante la inesperada y genial respuesta que rompía el dramatismo de aquella histórica escena.

Pero Urrutia se puso de pie y abandonó el salón.

—Buch, ¡síguelo! –ordenó Fidel.

Al poco rato volvió Luis Buch y dijo que Urrutia se había calmado. Fidel se puso de pie y miró la silla que había quedado vacante en la punta de la mesa.

—¿Y dónde se sentaba Batista?

—En la punta de la mesa –dijo alguien.

—Entonces me siento en el medio –acordó Fidel, mientras los ministros que se sentaban en esa parte de la mesa, le abrían espacio.

Fidel tomó asiento y dio inicio al primer Consejo de Ministros de verdad.

Me lo regaló mi madre

Cuando trabajaba con el Che él acostumbraba a darme a leer, para que le comentara los artículos que escribía para la prensa cubana, pues conocía de mis inclinaciones literarias.

Un día sacamos una discusión muy fuerte sobre un artículo que escribió, donde a mi juicio subestimaba el papel de la lucha clandestina en el triunfo revolucionario, de lo cual lo acusé.

Me dijo que si yo no estaba de acuerdo con él que escribiera mi propia versión y así decidí escribir mi primer libro *Gente del llano*.

Cuando estuvo el borrador el director de una de nuestras editoras lo publicó, pero no acababa de distribuirlo.

—¿Qué pasa? –le pregunté.

Nunca me contestó y nunca se distribuyó.

Le propuse el libro a otros dos editores y ambos me dijeron que les había gustado mucho, pero que por su contenido, debía presentarles una carta firmada por Fidel, que dijera que estaba de acuerdo con el contenido.

Les dije que no y pasaron cinco años hasta que conseguí quien publicara el libro. El primer ejemplar que salió de la imprenta se lo mandé a Fidel y a la semana me mandó a buscar para hablar del libro.

Cuando llegué hasta él me dio la mano y me dijo:

—Te felicito. Los historiadores escriben para los eruditos y tú has escrito un libro de historia para el pueblo. He aprendido muchas cosas en tu libro sobre la lucha clandestina, pero hay dos cosas que quiero esclarecer contigo.

—¡Llegó el momento! –me dije.

—Primero quiero hablarte del collar con la medalla de la Virgen de La Caridad del Cobre que te dijeron que yo usaba y que te preocupó, porque pensaste que yo era un religioso. Ese collar me lo regaló mi madre, el ser a quien más he querido en la vida.

La tensión que yo sentía cedió paso a la emoción que sus palabras me causaban.

—Lo segundo que quiero aclararte es lo de Prío –volvió a decirme– dices en el libro que cuando estabas en Miami buscando dinero para

comprar armas conociste a gente del grupo de Prío que te sugirieron que le pidieras el dinero a él, pero que después de pensarlo mucho decidiste no hacerlo, porque hablar con Prío era mancharse. Quiero que sepas que yo estoy manchado, porque él fue el que me dio el dinero para comprar el *Granma*.

Enrique Oltuski: *Gente del llano,* Imagen Contemporánea, Ciudad La Habana, Cuba, 2001, pp. 222-223, 256, 272-277 y recuerdos narrados al autor.

Manuel Ortiz

ATLETA CUBANO DE ESGRIMA

¿Qué lugar teníamos?

En 1982 durante la celebración en Cuba de los XIV Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe, el Comandante escogió las competencias de esgrima para asistir el día de su cumpleaños.

Por mediación de Alberto Juantorena pidió que alguien le explicara el desarrollo de la liza. Le acompañaban, Daniel Ortega de Nicaragua y José Ramón Fernández, vicepresidente del Consejo de Ministros.

Me tocó esa tarea a mí, que estaba lesionado y solo había competido individualmente.

El Comandante se interesó por el lugar que teníamos a nivel de Centroamérica y el Caribe, pero cuando le expresé que éramos los campeones, con su agudeza e inteligencia características, rápidamente perdió interés en el tema y cambió el rumbo de las preguntas hacia los Juegos Panamericanos.

Le expuse que ya dominábamos a nivel continental, y que estábamos entre los cinco primeros del mundo; entonces le preocupó lo que necesitábamos para mantener ese resultado.

Pude argumentarle que era preciso una industria donde fabricar las armas, pero Fernández habló de la imposibilidad de hacerlo ante las carencias tecnológicas.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 20 de enero de 2008.

Enrique de la Osa
PERIODISTA CUBANO

Es un llamamiento a la insurrección

Fidel envió a Miguel Ángel Quevedo un artículo para que se publicara en *Bohemia*. Quevedo me llamó y me dijo: «Mira el artículo que me ha enviado Fidel, pero yo no puedo publicar esto». Le pregunté por qué, y me respondió: «Es un llamamiento a la insurrección».

No le faltaba razón en decir que era un llamamiento a la insurrección, porque a los pocos días fue cuando Fidel desembarcó en el *Granma*. A pesar de que insistió en que se publicara, no lo hizo.

Entonces, me vino a ver el periodista Benjamín de la Vega. Me comunicó que iba a México y que trataría de entrevistar a Fidel. Cuando regresó, Benjamín fue a mi casa y me la enseñó. Para mi sorpresa, era el mismo artículo de *Bohemia* convertido en entrevista por Fidel. Me percaté de que había sido hecha por Fidel, aunque el que la firmaba era el periodista. En dicha entrevista, publicada en el diario *Alerta,* Fidel planteó: «Si salgo, llego; si llego, entro y si entro, triunfo».

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1991.

Antonio Pacheco
ATLETA CUBANO DE BÉISBOL

Tú ganaste esa medalla

Cuando ganamos el Campeonato Mundial, celebrado en La Habana, Cuba, en 1984, el Comandante en Jefe Fidel Castro tuvo a su cargo la premiación.

Recuerdo una eventualidad ocurrida cuando le tocó ponerme la medalla de oro en mi cuello; la misma cayó al suelo. Yo, conforme y satisfecho, al ver que el Jefe de la Revolución hacía gestos como para mandar a buscar otra, le dije:

—No importa, Comandante, póngame esa misma.

ANTONIO PACHECO

Sin embargo, él, con tono cariñoso, como cuando un padre se dirige con orgullo a su hijo al hacer algo loable, me contestó:

—No, no, si tú ganaste esa medalla, ¿cómo te voy a entregar la que cayó al piso?

Entonces reclamó que le trajeran otra y me condecoró visiblemente satisfecho, con una elegante sonrisa en su rostro.

Su gesto, me impresionó mucho, porque con ello me demostró que es un hombre de gran sensibilidad y que sabe dignificar los esfuerzos. Aquella actitud del Comandante, me dio a entender que cuando las personas ganan algo en la vida merecen ser reconocidas con honor.

Así entendí que nuestro equipo había hecho un esfuerzo digno de estimar con decoro.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 16 de febrero de 2008.

José Pardo Llada
PERIODISTA Y POLÍTICO CUBANO
RADICADO EN COLOMBIA

Las heridas más graves

Apenas a los dos meses del ingreso de Fidel en la Facultad de Derecho, la Federación Estudiantil Universitaria –de marcado acento oposicionista al régimen del presidente Grau– organizó una manifestación contra el aumento del pasaje en los buses. La policía advirtió que no la permitiría, pero los estudiantes, resueltos, salieron a la calle enarbolando, en la vanguardia, una enorme bandera cubana.

Dos cuadras más abajo de la universidad. En la esquina de Infanta y San Lázaro, la policía interceptó a la manifestación estudiantil. Les dio la orden de «Alto», pero los muchachos siguieron avanzando, entonando, a gritos, las notas del Himno Nacional cubano.

Los guardias la emprendieron a palos contra la vanguardia estudiantil. Y allí, entre los primeros, llevando la bandera, estaba Fidel Castro. Un cabo le asestó un fuerte golpe en la cabeza y fue llevado

en ambulancia al hospital Calixto García, donde le aplicaron catorce puntos.

De la sala de curaciones –y siempre acompañado por su hermano Raúl– Fidel salió directamente a los periódicos y las emisoras de radio. Era su bautismo de fuego. Con la cabeza totalmente cubierta de esparadrapos, acudió a los estudios de la CMK –donde yo dirigía el noticiero– para denunciar indignado «la brutal acción de la policía». De todos los estudiantes agredidos por la fuerza pública, Castro fue el que recibió las heridas más graves.

José Pardo Llada: *Fidel y el Che*, Plaza Janés Editores, Barcelona, España, 1988.

Andrés Pastrana

EX PRESIDENTE DE COLOMBIA

Paciencia, paciencia y más paciencia

Antes de terminar mi primer mes de gobierno, en los primeros días de 1998, me correspondió entregar la Presidencia del Movimiento de Países No Alineados, que ocupaba Colombia desde 1995, en Durban, Sudáfrica (...)

(...)

En medio de las diversas reuniones estaba previsto un encuentro con Arafat, y a continuación otro con Fidel Castro. Se trataba de reuniones protocolarias de media hora cada una en donde los temas a tratar estaban previamente fijados y no había tiempo para salirse del esquema.

La reunión con Castro tenía un cariz particular pues, aunque no nos conocíamos personalmente, estábamos prevenidos el uno contra el otro.

No era un secreto para nadie que en mis dos campañas presidenciales yo había tenido palabras fuertes y duras exigencias hacia el gobierno cubano (...)

A su vez, Fidel mantenía la creencia de que mi campaña había recibido aportes financieros de los cubano-americanos opositores a su régimen, tal vez porque se enteró de que yo había tenido un encuentro, años atrás, con Jorge Mas Canosa, el reconocido líder del anticastrismo

en Miami, quien me fue presentado por José María Aznar en un congreso del Partido Popular en Madrid. Lo cierto es que dicha financiación nunca existió, pero la presunción de la misma indisponía a Fidel en contra mía.

Así las cosas, los antecedentes no presagiaban un encuentro particularmente amable, por las prevenciones mutuas. A pesar de ello, en esa primera reunión oficial, que tuvo lugar en la habitación de Castro, las cosas transcurrieron normalmente y dentro de lo previsto, aunque siempre imperó un clima de relativa tensión, que no podíamos soslayar. Si bien finalmente se rompió el hielo, la verdad es que no se avanzó en ningún tema específico y el encuentro se quedó en lo meramente protocolario.

Las cosas hubieran terminado así, pero el destino tenía otros planes. Al día siguiente, después de dos días de prácticamente no ver la luz del sol, encerrados en el hotel donde tenía lugar la cumbre, les dije al canciller, al embajador Londoño y a mi secretario privado, Camilo Gómez, que almorzáramos afuera para respirar aire fresco y estirar las piernas, y para cambiar un poco de ambiente antes de las varias reuniones con delegaciones que me esperaban en la tarde.

Al salir del ascensor, rumbo a la salida, me encontré de frente con Fidel, quien me preguntó hacia dónde iba. Le dije que salíamos a buscar un restaurante fuera del hotel y, de forma totalmente espontánea, lo invité a que nos acompañara para charlar más informalmente (...) Fue así como, en lugar de aceptar mi invitación, me propuso que subiera a su cuarto, con dos de mis «muchachos», y que almorzáramos allá. Aceptamos la oferta, junto con el canciller y el embajador Londoño, y allí, en la habitación de Fidel, comenzamos a construir una sólida y fructífera relación con Cuba y con el Comandante mismo.

El almuerzo resultó tan agradable y rico en anécdotas y análisis sobre la situación de nuestros países que duró casi toda la tarde, de tal manera que tuvimos que aplazar o cancelar buena parte de los compromisos que estaban agendados. Hablamos de los incipientes procesos de paz, y le comenté al presidente Castro que Julio Londoño sería el nuevo embajador de Colombia en Cuba, lo que lo alegró mucho por la admiración y el respeto que le profesaba. Mi sensación en

ese momento fue muy clara. Fidel podría convertirse en muy buen aliado para la paz de Colombia, por su especial ascendencia sobre la guerrilla, específicamente el ELN, como en efecto lo fue.

Fue entonces cuando me dijo, ya entrados en confianza:

—Presidente, le voy a dar tres consejos muy importantes para que tenga éxito en el proceso de paz.

—¿Cuáles son? –pregunté intrigado.

—Muy fácil –dijo él–. Paciencia, paciencia y... cuando se le agote esta, ¡más paciencia!

¡Esto hay que grabarlo!

Después de esa primera reunión, el presidente Castro me cursó una invitación formal para realizar una visita de Estado a su país, a la que accedí gustoso, la cual se concretó entre el 14 y el 17 de enero de 1999, recién instalada la Mesa de Diálogos con las FARC, y sin cumplir todavía mis primeros seis meses de gobierno.

Se trataba de la primera visita oficial de un jefe de Estado colombiano a Cuba. Además, tenía dos implicaciones significativas: por una parte, llevaba a cabo a escasos dos meses de mi visita de Estado a Washington, en una clara demostración de autonomía en nuestras relaciones internacionales, y, por otro lado, tenía lugar al comienzo de mi período presidencial. Fidel siempre se quejaba de que los presidentes latinoamericanos que visitaban Cuba lo hacían siempre en los últimos meses de sus gobiernos, cuando ya no tenían nada que perder, y reconocía el valor de mi visita en los albores de mi período, considerándolo como un gesto amable hacia pueblo cubano.

La primera noche, tuvimos una cena protocolaria, pero Castro me advirtió discretamente:

—No comas mucho en la cena oficial. Yo te preparo luego una langosta a la piedra con *ketchup,* y llevas a algunos de los de tu gente.

Así fue. Esa noche tuvimos en el palacio presidencial una entretenida tertulia que duró hasta el amanecer y probamos las delicias de la comida de Fidel. Allí fuimos con el Nobel Gabriel García Márquez, que nos acompañaba en esa visita (...).

Esa noche, el ministro Casas (de Cultura) y Fidel acabaron cantando a dúo el himno de la Compañía de Jesús. Gabo, que estaba dormido, cuando escuchó cantar a Castro, dijo: «Esto hay que grabarlo». Luego, en medio de la sucesión de anécdotas históricas y ocurrencias del ministro de Cultura, también sentenció:

—¡Casas es el único tipo que conozco que no deja hablar al Comandante!

Al día siguiente, dicté una conferencia en la Universidad de La Habana, a la cual asistió el presidente Castro, que me acompañó en el estrado. Fue un discurso de fondo, en el que defendí y profundicé sobre los temas de la democracia y de la economía social de mercado.

Nuevamente Fidel me invitó a comer esa noche con él, esta vez solo. Fue otra provechosa velada en la que hablamos hasta las dos de la mañana sobre la búsqueda de la paz en Colombia, la historia de nuestros países, el embargo económico a la isla, y muchos otros temas que hicieron que se volaran los minutos. Al concluir la larga sobremesa, Fidel mismo me acompañó hasta mi alojamiento. Me llamó la atención ver que en la mitad del carro había un fusil de fabricación rusa AK-47.

—Tiene balas trazadoras –me explicó, cuando me interesé por el arma, refriéndose a las balas de orientación que se disparan en la noche para iluminar los objetivos.

—Curiosamente, fue en esa visita cuando conocí por primera vez al coronel Hugo Chávez, quien era entonces presidente electo de Venezuela, y estaba a pocos días de su posesión. Castro me preguntó si me importaba almorzar el último día de mi visita con Chávez, que iba a llegar a la isla para reunirse con él. Por supuesto, acepté, pues me pareció una excelente oportunidad para trabar una relación más cercana con quien iba a ser el mandatario de un país tan importante para Colombia como lo es Venezuela.

La reunión se surtió en medio de la conversación, bromas y referencias históricas de estos dos hombres caribes, que ya tenían una cálida relación. Estuvo también presente Raúl Castro, el hermano de Fidel (...), quien me sorprendió por su simpatía, locuacidad y buen humor.

Recuerdo, además, que yo llevé en esa oportunidad una vieja publicación del discurso de Fidel, *La historia me absolverá,* que había com-

prado en La Habana en 1979, cuando cubrí como periodista la VI Cumbre del Movimiento de los No Alineados (...) y, una vez subimos a su despacho, le pedí a Castro que me lo autografiara. Fidel se sentó en su escritorio, mientras yo seguía hablando con Chávez, y escribió una emotiva dedicatoria sobre el viejo ejemplar. Lo interesante es que demoró casi media hora escribiendo el pequeño texto, lo cual interpreté como una oportunidad que quería brindarnos a Chávez y a mí para conocernos mejor, entendiendo la importancia de que construyéramos una buena relación personal en beneficio de nuestras naciones.

Nunca les he pedido nada

Desde entonces, en cada cumbre o reunión internacional en que coincidí con el presidente Castro, siempre buscamos un tiempo para almorzar o cenar juntos, y nunca dejó de interesarse por los avances de los diálogos y las negociaciones. Las anécdotas son muchas y las revelaciones bien importantes.

En abril de 1999, por ejemplo, asistimos ambos a la II Cumbre de la Asociación de Estados del Caribe –AEC–, en Santo Domingo, República Dominicana. Allí tuvimos una reunión larguísima que se prolongó hasta las cuatro de la mañana, como es usual siempre que se habla con Fidel, que es una persona nocturna como pocas. Después de horas de conversación (...), Fidel pidió que nos dejaran solos porque tenía un asunto delicado que conversar conmigo.

Se fueron los acompañantes a dormitar a una habitación al lado y entonces el presidente Castro me contó, en tono de confidencia, que Nicolás García, *Gabino,* el líder máximo del ELN, estaba en La Habana en ese momento y que se encontraba muy enfermo. Según me dijo, le estaban practicando una delicada operación y no se tenía certeza de si salía o no con vida de la misma.

—Yo creo que es bueno que tú lo sepas –me dijo–, por las implicaciones que pueda tener.

La noticia, por supuesto, era una bomba: nada menos que el comandante del ELN estaba en Cuba, en peligro de muerte. Sin embargo, nunca utilicé esta información para presionar a la guerrilla, ni la divulgué. Solo una vez, en una de tantas ocasiones en que el ELN se

quejaba de que no teníamos confianza en ellos, yo le mandé un mensaje a Gabino, más o menos en estos términos: «Usted sabe lo que yo sé y yo sé que usted lo sabe». Así quedó claro para él que yo estaba al tanto de que había estado gravemente enfermo, que hubiera podido utilizar esa información y generar una situación muy complicada en el interior del ELN, pero no lo hice.

En todo caso, no terminaron los días de Gabino en Cuba. El que sí fue a morir allá, según Fidel, fue el anterior comandante del ELN, el cura Manuel Pérez, máximo líder de esta guerrilla hasta su deceso en el primer semestre de 1998. Según me reveló en otra de nuestras múltiples conversaciones, Pérez había ido a Cuba muy enfermo y había muerto allá. También me dijo que el cadáver de Pérez fue traído luego a Colombia, donde fue enterrado, y que su familia –creo que mujer e hija– se había quedado a vivir en La Habana.

(...)

Un hecho que le impactó fuertemente fue el caso del niño Andrés Felipe Pérez, un pequeño de nueve años, hijo de un cabo de la policía secuestrado por las FARC, que estaba enfermo de cáncer y ya desahuciado y cuyo último deseo era el de volver a ver y a abrazar a su papá antes de morir. El país entero y la comunidad internacional clamaron a la guerrilla para que liberara a este hombre, abocado ya a la tragedia de perder a su hijo, y le cumpliera la última voluntad al pequeño Andrés Felipe, pero aquella, dura de corazón, jamás cedió ante los ruegos que le llegaban de todos los confines.

Yo le conté la situación a Castro el 2 de diciembre de 2001, cuando estábamos reunidos en la Isla Margarita, Venezuela, en la III Cumbre de la AEC, y él me escuchó consternado, resistiéndose a creer que la guerrilla colombiana pudiera llegar a tales excesos de crueldad. Entonces me dijo:

—Le voy escribir una carta de mi puño y letra a las FARC. Yo a ellos nunca les he pedido nada, pero les voy a pedir que liberen al padre de Andrés Felipe, como un gesto de elemental humanidad.

Así lo hizo. Escribió la nota y se la entregó a su canciller Felipe Pérez, para que este la hiciera llegar a la guerrilla a través del embajador cubano en Bogotá.

Las FARC, sin embargo, no hicieron ningún caso, lo cual a Fidel le dolió en el corazón. Andrés Felipe falleció a los pocos días del envío de la carta sin haber visto a su padre y este, enloquecido por el dolor, intentó fugarse y fue asesinado por la guerrilla (...)

Siempre obró con transparencia

Otra vez con el ELN, en marzo de 2002, cuando se avanzaba en la discusión de una tregua, ocurrió una anécdota que prueba el especial interés que le concedía Castro a la situación de Colombia. Nos encontramos con él en Monterrey, México, con ocasión de la Conferencia Internacional para la Financiación del Desarrollo convocada por las Naciones Unidas, un evento que contó con un polémico ingrediente adicional, pues Castro denunció que el presidente Fox lo «invitó» a dejar su país con mayor premura que la normal para evitar que estuviera presente en el momento en que arribara el presidente de Estados Unidos George W. Bush, lo cual terminó por generar una crisis en las relaciones cubano-mexicanas.

Cuando me reuní con Fidel, él me comentó su desagrado por la situación pero no tardó en preguntarme, como siempre, si había algo en lo que me pudiera ayudar para impulsar el proceso de paz. Le conté entonces que delegados del ELN y el comisionado para la Paz, que para la fecha era Camilo Gómez, estaban reunidos en La Habana y que nos convendría mucho un «empujón» de su parte para desempantanar las discusiones.

En medio de su delicada situación con el gobierno de México, a pesar de tener toda la prensa internacional pendiente de sus actos y sus reacciones después del incidente de Monterrey, lo primero que hizo Castro al regresar a La Habana, alrededor de la medianoche, fue llamar al embajador Londoño y a Camilo Gómez para contarles que había estado reunido conmigo, y luego despertó a los delegados del ELN, hacia las tres de la mañana, y los hizo ir a su residencia para insistirles en la necesidad de avanzar en el proceso.

Otra noche, el 31 de enero de 2002, en una cena con Camilo Gómez, el embajador Londoño y altos funcionarios cubanos, en la que participaban Francisco Galán y Felipe Torres, los dos líderes del ELN que estaban

presos en la cárcel de Itagüí, Castro estuvo particularmente divertido a costa de sus invitados. Sin parar de reírse les decía que ahora entendía por qué la paz de Colombia estaba tan complicada. «¡Si es que está en manos de dos presos y un muchachito!», exclamaba, refiriéndose a los dos guerrilleros y a Camilo (...)

(...)

Fidel siempre sostuvo que las FARC y el ELN tenían una gran oportunidad de firmar la paz con mi gobierno (...)

(...)

Debo reconocer que un factor fundamental en el buen mantenimiento de las relaciones cubano-colombianas fue la intervención constante, siempre silenciosa y discreta, de Gabriel García Márquez, cuya cercanía personal con Castro es bien conocida. Siempre que pudo, Gabo nos ayudó a ambientar los procesos de paz y a obtener la ayuda de Cuba y de Castro, cuando fue necesario.

Algunos me preguntan cómo fue posible que durante mi gobierno tuviera tan buenas relaciones con Cuba y al mismo tiempo con Estados Unidos. Lo cierto es que con los norteamericanos mis relaciones siempre fueron de transparencia, y esa sinceridad es algo que ellos aprecian más que nada. En las reuniones que sostuve con Clinton y luego con Bush les comentaba lo que estábamos haciendo con los cubanos y ellos preguntaban: «¿Usted cree que le ayuda Fidel?» ¿Cree que es honesto en su colaboración? ¿Cree puede influir en la guerrilla?», a lo que yo les respondía afirmativamente. Ellos entendían esto y solo me pedían que les contara los avances, respetando, por supuesto, la autonomía colombiana en el manejo de las relaciones internacionales y en la búsqueda de nuestros propios caminos para la paz. Jamás se opusieron frontalmente a la intervención de Cuba en el proceso.

Sin duda, Castro es un líder controvertido como pocos. Yo mismo discrepé –y sigo discrepando– de muchas de sus políticas. Sin embargo, en lo que respecta a mi experiencia personal y de gobierno, tengo que reconocer que siempre obró con transparencia, sinceridad, lealtad y amistad hacia Colombia y que jugó un papel fundamental y generoso en los esfuerzos de paz que adelantamos. Al César lo que es del César.

Andrés Pastrana: *La palabra bajo el fuego*, Editorial Planeta, Bogotá, 2005, pp. 145-147, 148-150, 152-155.

Sonia de la Paz

ATLETA CUBANA DE BALONCESTO

¿Por qué no cantas?

A mis 58 años de edad y lo digo con orgullo, he tenido muchas vivencias, pero ninguna tan especial como la del Comandante en Jefe, Fidel Castro.

Viene a mi mente que a nuestro regreso de los Juegos Deportivos Panamericanos de Ciudad de México, 1975, el máximo líder de la Revolución, nos ofreció una recepción, lo recuerdo muy bien, fue en el Salón de Embajadores del hotel Habana Libre.

Todos estábamos pendiente en espera por la entrada de Fidel. Nos situaron a varios compañeros para que lo esperáramos a la llegada y le saludáramos; cuando entró lo hizo estrechándonos fuertemente la mano con una estimulante sonrisa.

Después, cada uno se retiró a sus respectivas mesas y comenzamos a disfrutar de una cena.

Fue entonces cuando un compañero del INDER se acercó a mi mesa y me dijo que el Comandante quería conversar conmigo. De más estaba decir lo nerviosa que me puse. Fue como si caminara en el aire, y llegué hasta donde él se encontraba sentado con varios dirigentes y deportistas.

Junto a él estaban Margarita Skeet, Teófilo Stevenson y Alberto Juantorena, entre otros; al sentarme comenzó la conversación. Fidel me hizo varias preguntas: si tenía novio, que quién era...

Hablamos de mi familia, pues le había dicho que todos cantaban. Mientras transcurría la charla, me fui sintiendo menos tensa, y entonces me dijo: «Sé que cantas, ¿por qué no nos cantas algo ahora?». Llamó a alguien y le indicó llevarme a donde estaban los músicos que amenizaban la velada para ser acompañada por ellos.

Cuando hablé con el director del grupo, no recordaba ninguna canción de mi escueto repertorio; al fin, con su ayuda, encontramos un lindo bolero y lo canté. Después de los aplausos, estaba más nerviosa que antes y volvía a donde estaba el Comandante.

La conversación continuó, y esta vez me dijo: «Cantas muy bien y señaló que al terminar mi vida deportiva debía dedicarme al canto».

Bueno, eso se cumplió de cierta manera, en especial en las actividades que programa la Comisión Nacional de Atención a Atletas, en ellas es habitual que se escuche:

«¡Que cante Sonia!».

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 7 de enero de 2008.

Jean Paul Sartre

INTELECTUAL FRANCÉS

Te he dicho que iré

(...) Es lo que Raúl Castro expresa muy bien, a mi juicio, en uno de sus discursos:

«Las campañas contra Cuba son un dínamo que produce una fuerza más grande en provecho de la Revolución».

(...)

Castro no es hombre fácil de encasillar. En la mayor parte de los países, para entenderse con un ministro, se necesita más bien atenuar la luz: el poder simplifica mucho las cosas. Para comprender a Fidel, creo que lo mejor es alimentar su propia llama al extremo: esclarecer lo nuevo como se presenta, sin recurrir a viejas experiencias.

La primera vez que lo vi fue en Holguín, en traje escolar: se devolvía un cuartel al pueblo y Castro inauguraba esa nueva vestimenta.

Llegamos muy retrasados: apenas salió de la ciudad, el auto había seguido una increíble fila de vehículos y peatones: coches privados, taxis –que hacían el viaje gratuitamente– y camiones cargados y recargados de niños. Presas en las mallas de aquella inmensa red, las máquinas iban, como suele decirse, «a paso de hombre».

Había familias por todas partes. Endomingados, los hombres vestían la ligera camisa cubana que desciende sobre el pantalón hasta medio muslo, y pequeños y grandes se resguardaban del sol con redondos sombreros de paja, de bordes levantados que, a los ojos de las gentes de la ciudad, son, más que el machete, el símbolo del trabajo en los campos.

Todos reían y charlaban y esperaban algo. ¿Qué? Ver a Fidel Castro, desde luego, y quizá tocarlo –como hacen a menudo las mujeres– para robarle un poco de su insolente mérito, de su felicidad.

Bajamos al fin de nuestro Buick y lo estacionamos entre un Packard y un Chevrolet. «Es por ahí», nos dijo un soldado rebelde. Y vimos un estadio.

En las gradas, a mis pies, había millares de niños, y abajo, en el terreno, decenas de millares. Sobre aquel mar de niños había una balsa que parecía hallarse a la deriva –una tribuna, si se quiere: algunas tablas unidas y sostenidas por unos postes delgados que hasta el día anterior eran troncos de árboles.

Castro había querido que fuera así, para hablarle lo más cerca posible a aquel joven público. Una balaustrada de madera pretendía proteger el estrado, azotado sin cesar por oleadas. Un soldado alto y fuerte les hablaba a aquellas oleadas. Yo le veía de espaldas: era él.

—Por aquí.

Un joven rebelde de uniforme nos abrió paso y bajamos hasta las gradas. En la primera fila, cruzamos una pasarela y nos encontramos en medio de los rebeldes.

Castro terminaba su alocución. Estaba preocupado: aún tenía que pronunciar dos discursos antes de que acabara el día. El más importante era el último: debía dirigirse en La Habana a los representantes de los sindicatos obreros y pedirles que sacrificaran una parte de su salario para las primeras inversiones que iniciarían la industrialización del país.

Ahora bien: sentía que, de minuto en minuto, su voz enronquecía. Precipitó su alocución y le dio fin en algunos minutos. Todo parecía terminado, pero todo comenzaba. Durante más de un cuarto de hora, aquellos chicos gritaron como enloquecidos.

Castro esperaba un tanto confuso: sabía que a Cuba le gustan los discursos largos y que él ha contribuido a infundirle ese gusto; comprendía que no había hecho bastante. Quiso compensar sus palabras demasiado breves permaneciendo más tiempo en la tribuna.

Advertí entonces que dos de sus oyentes, de 8 a 10 años a lo sumo, se habían aferrado a sus botas. Entre la incertidumbre infantil y Castro se había establecido una extrema relación. Aquella esperaba algo más: la perpetuación de aquella presencia por un acto.

FIDEL Y JEAN PAUL SARTRE

Ahora bien: ese acto estaba allí: era, detrás de nosotros el cuartel humillado por las coronas de la paz. Pero aquello se había anunciado desde hacía tanto tiempo, que había perdido la novedad. En el fondo, aquellos escolares no sabían lo que querían, salvo, quizá, una verdadera fiesta que sintetizara, en la unidad de su esplendor, el pasado que ya se esfumaba y el futuro que se le había prometido.

Y Fidel, que lo sentía muy bien, permanecía allí casi confundido: él, que se da enteramente en sus actos revolucionarios, al servicio de toda la nación, se asombraba de reducirse a aquella presencia desnuda y casi pasiva. Agarró por las axilas al chico que se aferraba a su bota derecha y lo alzó de la tierra.

—¿Qué quieres? –le preguntó.

—¡Ven con nosotros! –gritó el pequeño–. ¡Ven al pueblo!

—¿Ocurre algo malo?

El chico era delgado, de ojos brillantes y hundidos: se adivinaba que sus enfermedades, heredadas del régimen anterior, serían aun menos fáciles de curar que las de la nación. Respondió con convicción:

—Todo va bien, Fidel, ¡pero ven con nosotros!

Imagino que él había deseado cien veces aquel encuentro en el que ahora no sabía qué hacer. Deseaba aprovechar al hombre que le sujetaba en sus fuertes manos, pedir, obtener. No por interés, sino por establecer entre el niño y el jefe un verdadero lazo. En todo caso, es el sentimiento que experimenté. Y creí adivinar también que Castro vivía con toda lucidez aquel pequeño drama.

Prometió ir un día y no era una promesa vana. ¿Adónde no va él? ¿Adónde no ha ido? Después bajó al niño.

Ahora, miraba a la muchedumbre, incierto, un tanto disgustado. Llamado vivamente por sus compañeros, trató de irse dos veces. Se alejaba un poco de la balaustrada, pero no se iba: parecía intimidado. Volvió hacia adelante: el chico lloraba. Fidel le dijo:

—¡Pero si te he dicho que iré!

En vano. Los niños habían vuelto a gritar, y se apretujaban con tanta fuerza contra la tribuna, que la hacían correr el riesgo de desplomarse. Los soldados rebeldes –unos cien, con palas y fusiles, hombres y mujeres– que debían desfilar frente a Castro, no pudieron abrirse paso.

Fidel permanecía perplejo por encima del entusiasmo desencadenado. Finalmente, tomó el sombrero de paja que le tendía un niño y se lo puso, sin sonreír.

Señalo el hecho porque es raro: Castro detesta las actitudes demagógicas y los disfraces. Hizo el símbolo de un acto porque no había acto que hacer. Pronto se despojó del sombrero de paja, el cual estuvo un instante en la cabeza del comandante Guevara y –no sé cómo– finalmente vino a parar a la mía: yo lo conservé en medio de la indiferencia general porque no tuve valor para quitármelo.

De pronto, sin motivo preciso, Castro emprendió la fuga literalmente, y detrás de él, los demás jefes rebeldes huyeron igualmente escalando las gradas.

Inspeccionar los trabajos

El primer sábado de Carnaval, asistimos al desfile y a los bailes de las comparsas y nos paseamos entre los bailarines populares.

Me dormí a las 5:00 de la mañana. Dos horas después, la voz bien despierta de Carlos Franqui, el director de *Revolución*, me sacó sobresaltado de mi sueño: nos avisaba que Fidel Castro pasaría a recogernos a las 7:45. A esa hora, una llamada telefónica me advirtió que el doctor Castro me esperaba en el vestíbulo. Yo no estaba listo y llegué diez minutos más tarde.

Castro no estaba en el vestíbulo, como si los mármoles y las luces de las lámparas le hubiesen detenido en el umbral. Permanecía afuera, bajo la marquesina, con un pie en el último peldaño superior de la escalinata, y tenía a su derecha a una joven de uniforme: Celia, su secretaria. Combatió con él en la Sierra; es una rebelde ilustre.

Corrí hacia Castro para excusarme y me saludó. Pero permaneció molesto: más que nuestro retraso, le irritaba la ausencia del intérprete. Arocha no había sido prevenido a tiempo y lo buscaban. Lo esperamos, y yo miraba incómodo a aquel gigante ceñudo que no me miraba. Llevaba el uniforme rebelde en toda su sencillez: camisa y pantalón kaki y botas negras que terminaban debajo de las rodillas, todo muy limpio, pero gastado. Estaba descubierto y yo veía el abundante desor-

den de su cabellera castaña: la barba y el bigote son menos abundantes y casi no cambian su rostro. Se los creería plantados al azar y por el único motivo de darle a la Revolución un emblema.

En una foto que me mostraron, es el mismo hombre joven y sin barba. Lo que me haría reconocerlo entre todos es su perfil oblicuo, su larga nariz que se recoge bajo la alta prominencia de la frente; sus mejillas amplias y planas; sus gruesos labios rojos, fruncidos sin cesar por la reflexión, la irritación o la amargura y a veces alisados por una sonrisa. Los he visto trágicos o coléricos, nunca sensuales –salvo, quizá, cuando se cierran como un puño alrededor de un largo tabaco generalmente apagado.

Partimos dejando recados para Arocha: era mejor que soportar aquella tensión idiota. La conversación se hizo, lenta y rara, en inglés.

Costeamos el mar por largas fajas de arena pálida. Antes de 1950, las playas y las quintas ribereñas se compraban y un pobre no podía poner el pie en la arena cubana. Desde la liberación, las playas son propiedad nacional.

Siempre descontento, Castro dijo brevemente que esperaba mostrarnos algunas, en particular, Varadero, la más célebre de todas, a cien kilómetros de La Habana. Era un nuevo mal entendido. «¿Qué pueden importarme esas playas», me de decía yo. Esperaba otra cosa de Castro.

En realidad, él llevaba a cabo una visita de inspección y yo debía saberlo. Antes de 1957, el turismo extranjero –sobre todo en invierno– era una de las principales riquezas de la isla. Disminuyó con la guerra y Cuba perdió millones de dólares. El gobierno revolucionario ha hecho mucho por revivirlo, pero en vano hasta ahora.

Entretanto, trata de compensar sus pérdidas creando el turismo interior y se dedica, ante todo, a desarrollar el turismo popular. Ese placer desconocido de los trabajadores pobres, debe traer aparejada al mismo tiempo una ampliación provechosa del mercado interno. Pero casi todo está por hacer: decidir al pueblo a recorrer la isla como hacen sus jefes, es toda una campaña que hay que librar.

Era eso lo que yo ignoraba: haga lo que haga Castro, jefe del gobierno cubano, solo puede ser por varios motivos a la vez. Habiéndome invitado a dar un paseo por la isla lo aprovechaba para inspeccionar los trabajos en realización, y también podía decirse que, habiendo decidido visitar las

instalaciones turísticas, había aprovechado la ocasión para invitarme y mostrarme a Cuba bajo sus aspectos más agradables.

La limonada tibia

No habíamos recorrido diez kilómetros sin que al fin yo comprendiera la seriedad que él ponía en aquello como en todo. El auto se detuvo y bajamos a la arena entre nuevas instalaciones.

Se trataba de una playa popular, abierta y vacía hasta perderse de vista. No había un alma en ella, salvo los empleados del INIT (Instituto Nacional de la Industria Turística), que eran tres: dos mujeres y un hombre. Una de las mujeres se ocupaba de las cabinas y la otra se hallaba detrás del mostrador de una cantina; el hombre parecía un vigilante.

Los tres nos afirmaron, con todo el poder de la fe, que esperaban trabajadores aquel mismo día. «¿Muchos?». «Algunos». Castro se ensombreció un poco. Quiso verlo todo, hasta las toallas: nos mostraba las cosas, pero era su manera de ver él mismo. Finalmente, nos brindó limonadas.

Apenas mojó los labios en la suya, la rechazó y dijo con voz fuerte: «Está tibia». Permaneció silencioso, sombrío, como si refrenara su cólera, y comprendí de pronto lo que pensaba: «¿Cómo van a venir si no se brinda comodidad?».

Sin embargo, las dos mujeres no parecían preocuparse: veían su descontento y conservaban sus modales abiertos, como si hubiesen sentido que él no se dirigía a ellas.

—¿No hay refrigeradores aquí? –preguntó Castro.

—Sí –respondió la sirvienta–; pero no funcionan.

—¿Se lo dijeron al responsable?

—Desde luego: la semana pasada. Y no es gran cosa –añadió la mujer con familiaridad–: un electricista lo arreglaría en dos horas.

—¿No se ha llamado a nadie para la reparación?

La mujer se encogió de hombros:

—Usted sabe como son las cosas...

Fue la primera vez que comprendí –aunque todavía vagamente– lo que he llamado ya «democracia directa».

Entre la sirvienta y Castro se había establecido inmediatamente una connivencia: ella dejaba ver en su tono, en su sonrisa, en su encogimiento de hombros, que no se forjaba ilusiones, y el Primer Ministro –que es también el jefe rebelde– al expresarse sin rodeos delante de ella, la invitaba tranquilamente a la rebelión.

«Es un agitador», pensé por primera vez.

—Déjenme ver eso –dijo él.

La mujer le mostró el refrigerador: según ella, la causa de todo era una mala conexión. Castro inspeccionó cuidadosamente el aparato y faltó poco para que lo desmontara.

Cuando, al cabo, se volvió hacia la mujer, le habló severamente, pero era visible para todos que su severidad no se dirigía a ella.

—Una negligencia como esta –dijo– no sería nada porque a todo el mundo puede ocurrirle el tener que beber tibio; pero revela una falta de conciencia revolucionaria. Si en cada playa no hacemos lo máximo por el pueblo, este pensará que no deseamos lo bastante su presencia y no vendrá. Y yo digo que si alguien no hace todo el tiempo todo lo que puede –y más–, es exactamente como si no hiciera nada en absoluto.

Y terminó gruñendo una frase que anoté:

—Díganles a sus responsables que, si no se ocupan de sus problemas, los tendrán conmigo.

Desde hacía tiempo, a propósito de la Reforma Agraria, yo había captado el poder de ese pensamiento totalizador: para mí, Castro era el hombre del todo, de las visiones de conjunto. Y me bastó verle en la playa, hurgando apasionadamente en un refrigerador descompuesto, para comprender que es también el hombre del más pequeño detalle. O mejor, que en cada circunstancia relaciona el detalle y el todo inseparablemente.

Un pedazo de papel y un carbón

Un segundo auto se detuvo detrás del nuestro: al fin el intérprete y un reportero nos habían alcanzado.

Sin embargo, no fue la sustitución del inglés por el español lo que devolvió su buen humor a Castro, sino su primer encuentro con los campesinos.

Pasábamos por un camino vecinal, y a la izquierda, a cierta altura, vimos una cerca detrás de la cual algunos hombres nos miraban desde debajo de sus sombreros de paja. Había una curva incómoda y el auto aminoró su marcha. Inmediatamente, uno de los hombres saltó al capó. Había que detenerse so pena de aplastarlo: el auto se detuvo e inmediatamente fue capturado por los campesinos.

Se abrieron todas las portezuelas y los sombreros de paja y las cabezas oscuras se inclinaron hacia Fidel. La conversación fue larga: la cooperativa le rogaba a Fidel que la visitara y Fidel pretendía continuar su viaje. Finalmente, se le explicó que la cooperativa tenía el orgullo de haberse adelantado: todavía no había recibido el plano del INRA (Instituto Nacional de la Reforma Agraria), y desde hacía más de un mes, todos los domingos, con la ayuda de trabajadores de la ciudad, se había puesto a construir su caserío, el cual estaría terminado en un mes.

—¡Ven, Fidel, ven! ¡Ven a ver los trabajos!

De pronto, vi a Castro en pie fuera del auto: tenía el ceño fruncido y parecía más desconfiado que admirado. Cruzó el camino a grandes pasos, traspuso la cerca y todos entramos detrás de él. Los trabajadores me rodearon y lo perdí de vista. De pronto, le oí gritar con voz gruñona y desolada:

—¿Dónde está el caserío? ¿Dónde está el caserío?

Desconcertados, los campesinos se apartaron. Todo el mundo lo miraba. Él solo tenía ojos para las casuchas de bloques de cemento alineadas a lo largo de un camino polvoriento. Castro se volvió hacia ellos, parecía afligido.

—¡Mírenlas! –dijo, señalando las casitas grises–. ¡Son ustedes los que van a vivirlas, desventurados!

—Entonces –dijo un joven, ofendido–, ¿hemos hecho mal en adelantarnos? Fuiste tú quien nos pidió que ganáramos tiempo y…

—No han hecho mal –respondió Fidel. Vaciló y prosiguió–: Denme un palo.

Le trajeron una rama de árbol y trató de dibujar con ella un plano en el polvo. Al cabo arrojó la rama:

—Denme un pedazo de papel y un pedazo de carbón.

Corrieron y le trajeron un pedazo de cartón de envase y un trozo de carbón.

—Bien. Aquí tienen.

Se dejó caer en el suelo, sobre el vientre, apoyado en el codo izquierdo, y mientras hablaba, con la mano derecha trazaba en el cartón gruesos rasgos de carbón. Me incliné en los demás y comprendí: no reproducía el plano del INRA; la cooperativa se había alejado demasiado de él para tratar de seguirlo sin tener que echar abajo todo lo hecho.

Con la pasión que le he visto en todos los casos, Fidel trataba de adaptar el plano a las circunstancias, darles un modelo habitable, lo más cercano posible al desorden presente. Al fin alzó la cabeza y tendió el esbozo:

—¿Han comprendido?

Yo miraba a los campesinos con curiosidad: ¿cómo aceptarían aquel trabajo suplementario? Sus ojos brillaban –y me dije que habían comprendido con más rapidez y mejor que yo. Castro les había aclarado el sentido de la construcción circular, y sobre todo, en vez de desechar el plano del INRA, había inventado una solución intermedia, que servía únicamente para aquel caserío y tenía en cuenta los esfuerzos anteriores.

Ellos habían perdido tiempo; pero, en compensación, se sentían objeto de una solicitud particular –sentían, en un palabra, que aquel coloso tendido en el polvo los quería.

Si me pidieran la luna, sería porque la necesitaban

Ahora, en la tibieza gris del atardecer, veía delante de mí sus anchos hombros y me decía que había que preguntárselo. Le dije:

—Todos los que piden, sea lo que fuere, tienen derecho a obtenerlo (...)

(...) Fidel no respondió. Insistí:

—¿Opina usted así?

Extrajo de su tabaco una bocanada de humo y respondió con fuerza:

—¡Sí!

—Porque, de un modo u otro, las peticiones traducen una necesidad –respondió sin volverse.

—La necesidad de un hombre es su derecho fundamental sobre todos los demás.

—¿Y si le pidieran la luna? –pregunté, seguro de la respuesta.

Fumó de nuevo su tabaco; comprobó que estaba apagado: lo dejó delante de él y se volvió hacia mí:

—Si me pidieran la luna, sería porque la necesitaban –me respondió.

Tengo pocos amigos porque concedo gran importancia a la amistad. Después de esa respuesta, sentí que él se había convertido en uno de ellos, pero no quise quitarle tiempo diciéndoselo (...)

Habló a quinientos mil hombres

Durante la misma semana estalló *La Coubre*. Al escuchar las explosiones, La Habana se levantó: aquella ciudad largamente prostituida, volvió a encontrar en el peligro y en la muerte su firmeza de alma. El pueblo acudió de todas partes e invadió los muelles. El fuego disparaba sus fuegos de artificio mortales, pero nadie se cuidó de ello: la ciudad quería salvar a sus hombres.

Por primera vez, hubo que oponer pechos humanos a la multitud, contenerla con una barrera, impedirle que corriera a la matanza. Por lo demás, ella se vengó: Castro salía de su auto y se dirigía a los muelles solo, haciendo del peligro, contra todos los principios revolucionarios, un privilegio que se reservaba; y veinte brazos lo sujetaron, diez, veinte cuerpos lo derribaron y aplastaron bajo su peso, en tanto las balas luminosas lo rozaban.

Al día siguiente, cuando el entierro de las víctimas, vi aquella capital en pie. Castro habló a quinientos mil hombres. Estaba prohibido aplaudir: se despojaba a sus oyentes del medio de elevarlo por encima de sí mismo manifestando su entusiasmo.

Aquel día no hubo nada de eso: nubes grises y negras, viento frío, un tiempo encapotado, una realidad siniestra. Al principio, un batir de manos, extraviado, que decreció; luego quinientos mil silencios en uno, el viento marino, la voz. Fidel comenzó su discurso sin mirar al auditorio, con la cabeza inclinada, en un tono monótono, casi cotidiano. Luego la voz se afirmó y precipitó la elocución.

En ningún momento el ritmo del auditorio se impuso a esa voz: jamás se sintió poseída por la urgencia de las necesidades o de las rabias populares. Me alegré: entregada a sí misma, a su sola pasión interior, la oración fúnebre mostró mejor lo que era, lo que son fundamentalmente todos los discursos de Castro: una explicación.

Asistí al relato minucioso y preciso de una investigación policíaca, y aquella voz monótona, que al principio parecía querer detenerse en cada palabra, fue adquiriendo, sin endurecerse, una fuerza demostrativa; los hechos reconstruidos y colocados en su lugar, concluyeron por integrar, a la vez, un tejido de pruebas irrefutables y una serie trágica de crímenes –larga historia sangrienta cuyos principales actores se adivinaban en la sombra.

Fidel piensa hablando, o más bien, vuelve a pensar todo lo que va a decir: lo sabe y, sin embargo, lo improvisa. Para tener tiempo de ver claramente la relación de las ideas, repite lentamente las palabras, dándole a cada frase –el tiempo de un desarrollo particular– el mismo comienzo.

(...)

Yo los miraba, sombríos, con la cabeza alzada, aplicados a comprenderlo todo, a no descuidar un eslabón de la cadena, y veía declinar el día y la sombra cubrir aquellos rostros inmóviles que, de oscuros, se tornaron grises y luego negros, mientras, por encima de ellos, una triste claridad gris dejaba paso a la noche.

(...)

Había hablado cuatro horas y solo había dicho lo necesario. Calló: el silencio impuesto al pueblo por su voluntad había terminado por desconcertarlo a él mismo un poco. La increíble audacia de su desafío quedó en las palabras, en las ideas: no pasó a la voz y creo que por eso me fascinó.

(...)

Sola, la voz, por su cansancio y su amargura, por su fuerza, nos revelaba la soledad del hombre que decidía por su pueblo en medio de quinientos mil silencios. Iba a bajar de la tribuna y ya la muchedumbre se dispersaba sin una palabra. Lo saludé. Me miró perplejo y me preguntó sencillamente:

—¿Y usted? ¿Qué piensa usted?

Se lo dije, me escuchó y desapareció.

(...)

Cuando estalló *La Coubre*, descubrí el rostro oculto de todas las revoluciones, su rostro de sombra: la amenaza extranjera sentida en la angustia. Y descubrí la angustia cubana porque, de pronto, la compartí.

(...)

Los cubanos deben triunfar o lo perderemos todo, hasta la esperanza.

Jean Paul Sartre: *Sartre visita Cuba,* Ediciones R, La Habana, Cuba, 1960, pp. 205-209, 209-211, 211-214, 214-216, 229-230, 238-244.

Faustino Pérez

COMBATIENTE DEL EJÉRCITO REBELDE
Y DE LA CLANDESTINIDAD

¡Quisiera tener la facultad de volar!

«¿A qué distancia estamos de Yucatán?...».

A poco se destupieron los desagües y renació la tranquilidad momentáneamente. No cesaban, sin embargo, las preocupaciones: cada barco en el horizonte o cada avión en el cielo, volvía a inquietar el ánimo.

El hambre y el sueño debilitaban, solo nos reanimaba una esperanza que el piloto repetía, creo que para alentarse a sí mismo:

«¡Vamos proa a Cuba!...».

Encontré a Fidel conturbado, escuchando el radio, al mediodía del 30 de noviembre: esa era supuestamente la fecha del desembarco. Sabía del estallido revolucionario en Santiago de Cuba Y se mostraba preocupado. Contrariado, me dijo:

«¡Quisiera tener la facultad de volar!».

El *Granma,* desafortunadamente, no se caracterizaba ni por su tamaño ni por su velocidad (...)

FAUSTINO PÉREZ

Venimos a liberar a Cuba

Horas más tarde piso tierra firme y no puedo contenerme: me arrodillo para besar el suelo. Junto a mí, van llegando hombres extenuados, pero con una sonrisa en los labios; atrás quedan medicina, transmisores de radio, parque, armas y alimentos.

No tardó en que encontrásemos al primer campesino: hombre sorprendido, asustadizo, pero bueno (...) Fidel se adelantó y poniéndole la mano en el hombro le dijo:

«¡Yo soy Fidel Castro (...) Estos compañeros y yo, venimos a liberar a Cuba (...) Nadie tiene que temer de nosotros, llegamos precisamente a ayudar al hombre de campo, proporcionándole tierras para trabajar, mercados para sus productos escuelas para sus hijos y vivienda higiénica para toda la familia (...) Necesitamos comer algo y vamos a pagarle en su valor! (...)».

¡Ustedes sí son nuestros!

Aproximadamente el 12 de diciembre, descansamos en la cúspide de una colina, desde donde se divisaba un caserío. Por la tarde, nos acercamos y logramos orientación para la caminata nocturna: unos kilómetros más por entre terreno quebrado, adentrándonos en la Sierra Maestra.

Al día siguiente nos detenemos en una colina. Más tarde un explorador se acerca a una casita en que vivían dos hermanos, ya casados. Toca a la puerta y dice:

«Yo soy revolucionario, si es posible quisiera que me diera de comer a mí y a mis compañeros».

El campesino receloso, miró por unos instantes sin decir palabra. Dirigiéndose a su interlocutor ripostó:

«¿Dónde está su gorra? (...) Y las botas, ¿dónde las dejó?».

Presuroso el enviado explicó:

«Yo perdí la gorra y las botas, pero mis compañeros sí las traen (…)».

Entonces me miró fijamente y tras palparme las botas exclamó:

«¡Ustedes sí son nuestros!, de las gentes de Fidel Castro. Hay que cuidarse, pues andan muchos soldados».

Afilen bien la puntería

A la tarde siguiente, prestos a emprender camino, vimos aproximarse a un viejito, sudoroso, con un cabo en la mano. Dirigiéndose a mí, dijo:

«A ustedes mismos los buscaba (…) Sabía que estaban por aquí y les traigo este cubo de arroz con pollo que hizo mi señora (...)».

¡Nunca tuve tantas ganas de llorar de emoción!

«No sé leer –contó el viejito–, pero guardo las *Bohemias* donde escribe Fidel y mis hijos me la leen con frecuencia».

Habló de Cuba con respeto. Tenía expresiones sabias, que impresionaban gratamente. Nunca vi un analfabeto tan culto.

Al retirarse, mirando a Fidel a quien había identificado, le dijo:

«Cuando cayó Maceo, un soldado español que vio en sus ropas algún distintivo le gritó a su jefe: "Aquí cayó un grande (...)". Ahora yo diría que usted también es un grande, al verle esa estrella que tiene en la gorra».

El anciano, que nos brindó un rato reconfortante e inolvidable, se marchó después y mandó a sus hijos con aceite para los rifles. Traían este mensaje del viejo:

«Afilen bien la puntería que Cuba necesita gente como ustedes (...)».

Hasta que lograron reconocerle

A la caída de la noche, mientras nos preparamos para partir, nos sorprendió la presencia de un gentío. Vimos que se aproximaban: eran veinte jóvenes de los contornos que pretendían unirse. Todos preguntaban por Fidel, hasta que lograron reconocerle.

«¡Usted es Fidel Castro!... Yo he visto su retrato en los periódicos».

Fidel contiene a los jóvenes. Promete aceptarlos más adelante, pues precisaba reorganizar a la tropa dispersa: todos quedan conformes.

Histórica entrevista

Llegué a La Habana, cuando se decretaba la suspensión de garantías y se imponía la censura de prensa. Tenía poca confianza en la posibilidad de lograr el reportaje. Supe que Herbert L. Matthews estaba en la capital y fui a verle con la propuesta: entrevistar a Fidel Castro.

Y aceptó.

Salimos el 15 de enero, Matthews y su señora, así como dos compañeros más.

El sagaz periodista brindó todos los pormenores del encuentro en su reportaje de entonces. ¿Qué puedo agregar yo?

Vi a Matthews y a Fidel departir largamente el 17 de enero a primera mañana.

Yo llevé al periodista hasta la propia Sierra Maestra: frente a las ridículas negativas del régimen, ahí están la sensacional entrevista y el testimonio de quien propició el encuentro.

Mi visita de entonces, me impresionó favorablemente. Constaté que la tropa mantenía elevada moral y tenía confianza en la victoria final. Me presentaron a mucha gente nueva, que vi que estaba bien equipada.

Volví a La Habana en momentos en que *The New York Times* estremecía a la opinión pública cubana y norteamericana con su entrevista con Fidel y presencié entre carcajadas las torpes desmentidas del régimen.

Mi presencia en La Habana, para estimular la resistencia cívica, coincide con el quinto aniversario del régimen marxista, maltrecho y resquebrajado, entonces oigo decir:

—Matthews no entrevistó a Fidel (…)

—Fidel no está en las montañas (…)

—Es imposible llegar hasta allí (…)

No pude menos que reírme.

Yo que entré y salí de la Sierra, que llevé a Matthews a ver a Fidel, sabía bien que Fidel estaba en la Sierra Maestra con una nutrida legión de jóvenes, preparados y bien dispuestos.

Vuelto a la ciudad, me sentí contento y optimista, convencido como Martí de que «la vida se debe llevar con bravura y la muerte se ha de esperar con un beso».

Faustino Pérez: *La Sierra y el llano*, Casa de las Américas, Ciudad de La Habana, Cuba, 1961, pp. 75, 77, 81, 82, 84-85.

Hassan Pérez
LICENCIADO CUBANO EN HISTORIA

No se dañará la salud

En septiembre de 1999 tuve el honor de formar parte, como presidente de la FEU, de la delegación que asistió al 54 período ordinario de sesiones de la Asamblea General de la ONU. Cuando casi partíamos de regreso, fui afectado por un fuerte ataque de asma; y a pesar de que no quería preocupar a mis compañeros el canciller Felipe se lo comunicó al Comandante. ¿Cuál no sería mi sorpresa al responderle las preguntas, que sobre mi salud y con insistencia me hacía el Jefe; cuya voz llegaba potente a través de un pequeño celular, en el instante en que desde la pista del Aeropuerto Kennedy nos alistábamos para el retorno? Al arribar a la patria, el Comandante al pie de la escalerilla, nos abrazaba a cada uno. Yo, que no quería perder un minuto para trasladarme al acto que se efectuaría en la escalinata universitaria, recibí de súbito su indicación de que antes tenía que ser atendido en una ambulancia, donde los médicos me aguardaban con todas las instrucciones. Solo si ellos lo autorizaban podría ir luego al acto. Para él lo más importante era que no se dañara la salud de nadie. ¿En qué lugar del mundo un Jefe de Estado se preocuparía así por cualquier joven de 22 años?

Junto a las tropas sirias

En mayo del 2001, con infinito orgullo, acompañé como Presidente de la FEU al Comandante en Jefe, en su gira por países de Asia y África del Norte. En todos aquellos lugares de historia milenaria, Fidel resultó un torbellino que concitó en torno suyo no solo la más esmerada y afectiva recepción de sus anfitriones, sino también, el interés del pueblo que en cada sitio se congregaba para saludarlo. Jamás podré olvidar la especial delicadeza con la que me solicitó, cuando nos encontrábamos en las afueras de Kuneytra, que expresara algunas palabras en el acto junto a las tropas sirias, justo en el lugar donde jóvenes cubanos habían cumplido misión como combatientes internacionalistas en 1973, y entre los cuales él sabía que se encontraba mi padre. Por supuesto, que no lo hice, pues allí mediante

las vibrantes palabras de quien único podía hacerlo, estaba el homenaje de todo un pueblo. Y es que su ejemplo moral, su dignidad e hidalguía, son más altos que el Himalaya.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 27 de febrero de 2008.

Pedro Pérez Dueñas

ATLETA CUBANO DE SALTO LARGO

Me hizo muchas preguntas

Tengo varias vivencias con el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz y las guardo como tesoros de mi existencia. Mi primera experiencia con él fue cuando regresábamos triunfante de los Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe de Panamá (1970) y nos interceptó en alta mar para saludar a cada integrante de la Delegación Cubana. En aquella ocasión, me preguntó por la edad y cómo iba en los estudios.

A la llegada a la Patria, tras implantar récord mundial absoluto en los Juegos Deportivos Panamericanos de Cali, Colombia (1971), donde salté 17,40 metros, el Comandante me firmó la medalla de oro, en el acto de bienvenida ofrecido a nuestra Delegación en la Ciudad Deportiva; además, conversé con él animadamente y me preguntó, entre otras cosas, a qué altura se encontraba la ciudad de Cali, en Colombia.

En los Juegos Deportivos Panamericanos de La Habana, Cuba (1991), el líder de la Revolución, me mandó a buscar para que le explicara como médico deportivo, acerca de la lesión sufrida por el corredor de 400 metros planos, Roberto Hernández.

Finalmente recuerdo la actividad que nos dio en el Palacio de la Revolución, después de que Ana Fidelia Quirot, con quien trabajé como médico deportivo, se convirtiera en campeona mundial, tras haber sufrido el accidente doméstico.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 9 de enero de 2008.

Mercedes (Mamita) Pérez Hernández

ATLETA CUBANA DE VOLEIBOL

Como una hija con su padre

Entre otros relevantes éxitos, para mí 1978 significó el año en que Cuba ganó por primera vez el Campeonato Mundial Femenino de Voleibol y el más emocionante de todos.

De ahí se deriva esta pequeña y humilde anécdota que quisiera compartir nuevamente con la persona que me dio la luz hacia el futuro, nuestro querido Comandante en, Jefe Fidel Castro Ruz.

Varios días después del 6 de septiembre, cuando se ganó sorpresivamente el mencionado certamen del orbe, nuestro máximo líder, como algo excepcional, me citó para el Consejo de Estado.

Por esos días, me encontraba de un lado a otro, resolviendo los problemas de mi primer matrimonio, y en un momento determinado llegó a mi casa la información de que me estaban localizando para una entrevista en el Consejo de Estado, yo nunca pude imaginar de qué se trataba.

Cuando llegué, me trasladaron hacia una oficina; no sabía ni me dijeron con quién era la entrevista. De pronto llegué a un salón muy bonito, abrieron una puerta y entré con José A. Naranjo (Pepín), ya fallecido, y ¡que sorpresa! cuando vi detrás de la puerta a nuestro Comandante en Jefe, me quedé sin voz y sin respiración por unos instantes.

Ellos se echaron a reír al notar mi asombro; luego feliz y emocionada, me senté a conversar con Fidel, como una hija con su padre. Esta anécdota jamás la olvidaré, constituye un grato recuerdo para toda mi vida.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 14 de enero de 2008.

FIDEL Y FELIPE PÉREZ ROQUE

Felipe Pérez Roque

REVOLUCIONARIO CUBANO

A mí hay que matarme allí junto con ellos

El ejemplo personal, la autoridad que emana de ir delante, de dar el ejemplo, de guiar con la actuación propia es un aporte de Fidel; la idea de que uno no se puede quedar atrás y lanzar a los otros porque después no habría cómo mirarles a los ojos.

Recuerdo cuando Fidel dijo: «Yo veo a los hombres de mi escolta que se preparan para si un día hay un nuevo atentado contra mí; se preparan para evacuarme a mí, sacarme del lugar, y ellos quedarse allí combatiendo. Yo los dejo, no les digo nada, pero ellos no saben que el día que eso pase, a mí hay que matarme allí junto con ellos, porque después, ¿con qué cara yo podría venir a mirarlos si los dejo combatiendo por mí en el lugar?».

Esa cualidad llevada a todos los actos de la vida ha sido una de las razones esenciales de la autoridad de Fidel en Cuba y explicación del cariño del pueblo por él. El pueblo sabe, el pueblo sabe más de cuatro cosas y no puede ser engañado; y al cubano, que conoce el sacrificio, pero que conoce también –y es un elemento de su nacionalidad– el disfrute del placer, que es alegre, es expansivo, le gusta la fiesta, le gusta la alegría y la disfruta, y está dispuesto a renunciar a ella, y lo ha hecho más de una vez, pero al cubano no le gusta que lo engañen, o que lo manden delante y se queden detrás.

Para guiar a este pueblo hay que encabezarlo, y encabezarlo quiere decir ir en la punta de la vanguardia. Ese es un legado de Fidel, es el resultado del magisterio de Fidel, porque no es que cuatro o cinco lo hagan como él, eso ha alcanzado la masividad, se ha convertido en fenómeno de masas, y vale tanto para una fábrica como para una empresa agrícola o un ministerio del gobierno. Los jefes tienen que ir delante, los jefes dan el ejemplo, guían el camino con su conducta personal.

Decir la verdad

Recuerdo cuando se le propuso no decir una parte de la verdad. Él no estuvo de acuerdo, se le insistió: «Pero, bueno, no decir toda la

verdad no es decir mentira». Fidel dijo: «Bueno, cuando no se dice toda la verdad, eso es una media verdad, y estamos hablando de decir la verdad», y por eso nunca el enemigo ha podido hacer con nosotros lo que tantas veces nosotros hemos hecho, que es decir: «Mire, miente; aquí está la prueba de que usted miente». Nunca la Revolución ha tenido la debilidad de tener que reconocer una mentira. Esa es práctica y enseñanza de Fidel.

Son palomas, son puras

Recuerdo que cuando siendo su joven e inexperto ayudante secretario, en el año 1992 ó 1993, yo, abrumado por el hecho de que era la media noche, y había no menos de 30 visitantes que querían reunirse con Fidel, y yo veía que eso no era posible, y después de una reunión larga y agotadora, Fidel no había comido en todo el día, de una en otras reuniones; estábamos en pleno período especial, eran muy duros los años: los apagones, la falta de electricidad, de alimentos, de medicamentos, el país puesto ante el reto de enfrentar una situación inédita y repentina que cortó el 85% de nuestro comercio exterior, lo que nos hizo tener que buscar nuevos mercados, todo eso bajo la presión de un bloqueo que se hizo más duro en aquellos años, Fidel no paraba, era el día entero (...) Así cumplió sus 70 años en el año 1996, aquí con Guayasamín, que le hizo aquel retrato de las manos, y Fidel le protestó durante el retrato: «¡Pero, Oswaldo, esas manos que me estás pintando están muy flacas y muy pálidas!». Y Guayasamín le decía: «¿Pero es que no entiendes, Fidel? Estas no son manos, ¿no te das cuenta?, son palomas, son puras, nunca han robado ni se han manchado de sangre.

Hay que verlo

En esos años duros era uno de esos días, y yo le dije: «Mire, tiene estos visitantes, le propongo ver a este mañana, a este otro (...), y ahora le propongo que vaya a descansar. Solo quedaría sin resolverse este señor, Trudeau, que se va mañana, a primera hora» –el ex primer ministro canadiense, había venido a Cuba, lo unió siempre una amistad con Fidel–, y dice Fidel:

«Pero, ¡cómo! ¿Está aquí Trudeau y tú no me lo has dicho? Y se va mañana, ¡tengo que verlo!». Digo: «Pero, bueno, es que son muchos; además, usted no ha comido hoy en todo el día». Dice Fidel: «No, hay que verlo». Digo: «Pero, bueno, mire, además, él no es ya primer ministro», dije yo. Aprendí ese día para siempre la lección; pero ese día dije: «Si en definitiva él es un ex primer ministro. Si él fuera el primer ministro (...) pero él fue, ya no es (...)». Y Fidel dio media vuelta y a dos milímetros de mi cara me dijo: «Nunca más me propongas eso; no me interesan los cargos, sino los hombres. Es más, me interesan más los hombres cuando no están en los cargos».

Esa sensibilidad no es la cualidad de un hombre o de unos pocos hombres o mujeres, me refiero a cómo eso caló profundamente junto con la obra social de la Revolución.

Esa sensibilidad fue la que hizo a Fidel entrar al cuarto donde Ana Fidelia Quirot, la corredora destacada, la campeona cubana de atletismo, se debatía entre la vida y la muerte y llevó a Fidel a ocuparse con pasión de salvarle la vida a Ana Fidelia. Esa sensibilidad personal, esa capacidad de sentir por los otros, de sentir como propio el dolor o la angustia de otros es una cualidad que Fidel convirtió en patrimonio de millones en Cuba.

Ausencia total de vanidades

Por eso Fidel usa en lo esencial el mismo uniforme, muchas veces raído. Por eso no hay una condecoración en el pecho de Fidel, por eso nunca ha tenido una condecoración, y solo su autoridad personal hizo que compañeros con muchos méritos en Cuba aceptaran recibirla; por ejemplo, Raúl y Almeida aceptaron solo la estrella de Héroes de la República de Cuba que llevan hoy en sus pechos, porque Fidel impuso su argumento y su persuasión, porque no la querían recibir, decían: «Si Fidel no la ha recibido», y Fidel los convenció. Bueno, se sabe que el que se deje tirar el brazo de Fidel por el hombro y oiga sus argumentos, con mucha probabilidad será convencido.

Fidel ha hecho de esa modestia, de esa ausencia total de vanidad una aspiración para nosotros.

Por eso su grado es el que tenía en la Sierra, grado de Comandante; por eso el pueblo le dice Fidel, y es cuando él se siente más cómodo, cuando le dicen Fidel, no cuando le citan los cargos.

Por eso Fidel se ha enfrascado en una discusión profunda sobre un tema de medio ambiente con el chofer de un automóvil, o con el camarero de un hotel a donde ha ido, tomándolo totalmente en serio.

Por eso Fidel nunca ha dicho: «No, esta persona no está a mi nivel para discutir conmigo»; Fidel está ausente de todo eso. Fidel nunca ha creído en ningún protocolo y por eso el protocolo que se usa en Cuba más o menos es el que acomoda a esta sensibilidad. Hoy está más organizado, pero, bueno, Fidel nunca ha aceptado la idea de que no se puede ir a ver a un visitante, por razones protocolares, por eso se apareció la noche antes en que el visitante iba a ser recibido oficialmente y por eso esa cualidad de tener una ausencia total de vanidades. La modestia como conducta diaria, que millones de cubanos aspiramos a imitar y tomamos como modelo hoy, es un aporte de Fidel también a las cualidades de nuestra Revolución, diría que de nuestra nación.

La curiosidad es infinita

En Fidel la curiosidad es infinita, las cien y mil preguntas de un tema hasta saber los detalles; el afán de leer que llevó a que siempre haya un libro a mano en su auto con una pequeña lamparita. El afán de leer, de estudiar; no es solo afición por los libros o por un tema, sino deber de revolucionario y de político.

En Fidel aprender, saber, leer, estudiar, es deber y no solo afición o hobby, y por eso dondequiera que él esté hay libros, pero en la oficina usted puede abrir los libros que dicen: «Teoría del pasto y el forraje para el ganado», porque era pueblo en el gobierno intentando mejorar la ganadería, producir, multiplicar los panes y los peces. Usted toma cualquiera de esos libros y tiene las anotaciones de Fidel: «Ojo, revisar; debo ver esto con Fulano; preguntar en la universidad el resultado del estudio». Así ve: *Teoría del pastoreo*, André Voisin; *Mejoramiento de suelos; Indicadores principales de la industria mecánica*. Cualquier tema de la biología, la química está ahí, no como afición para tiempo

libre, sino como escalón de aprendizaje para un revolucionario que considera aprender y saber, un deber y no una afición.

La aspiración a la perfección

La aspiración a la perfección no como asunto de vanidad personal, sino de deber con sus responsabilidades. Por eso en lo que esté involucrado Fidel, él tratará de que eso sea lo mejor. Muchas veces lo que él hizo no se sabe; muchas veces me han felicitado por un discurso, la mitad del cual o las dos terceras partes las escribió Fidel; claro, no lo puedo decir ahí donde lo digo, porque sería un problema, pero (...)

Muchos de nosotros hemos sido testigos de esa aspiración de Fidel, muchas veces anónima, no ligada a la vanidad ni mucho menos, y que no es ni será reconocida, porque no se sabe.

Su aspiración a que las cosas queden bien; ese rigor, ejemplar para nosotros, de hacerlo bien, porque es el compromiso con el pueblo, porque es la manera de ayudar a la causa que estamos defendiendo, porque es lo que nos toca hacer como revolucionarios o como cuadros en la Revolución.

No le gusta perder

La derrota no es tal hasta que no es aceptada, mientras que no se acepte se está en plena lucha para revertir la derrota y es solo episodio temporal que podrá ser convertido en victoria. Esa es una cualidad –en Cuba dicen: «A Fidel no le gusta perder ni a las postalitas»–, la idea de que no se acepta la derrota, y yo creo que eso es cualidad hoy, más allá de Fidel, de los revolucionarios cubanos, de nuestro pueblo. Por ahí se dice: «Ustedes los cubanos son como son», y por eso los atletas y por eso nuestro pueblo, y la idea de que se puede hacer más, de que no se acepta la derrota.

García Márquez escribe en su prólogo al libro de Gianni Miná que la idea de Fidel de no aceptar la derrota es lo mismo si es para ensartar una aguja que para librar una batalla en Angola a 10 000 kilómetros, y lo intentará una y otra vez hasta que logre hacerlo. Ese no es el ejemplo que él cita, pero es algo así como eso. Eso ya es una cualidad de la Revolución.

Luchar por la justicia no tiene fronteras

Hay quienes aspiran a la justicia solo para sí mismos, luchan quizás por ser ricos o por alcanzar una determinada meta personal; hay quienes piensan en la justicia para su familia o para su entorno más cercano, digo la justicia entendida como el logro de las metas. Hay quienes la han aspirado incluso para su pueblo, para su nación; pero para Fidel la idea de luchar por la justicia no tiene fronteras y por eso ha luchado por ella no solo para los cubanos, que ya era bastante: el sentido de dedicar su vida a la lucha por la justicia de un pueblo, sino la ha convertido en causa universal.

Por eso cuando en Cuba había 6 000 médicos y 3 000 se fueron, estimulados, pagados por el gobierno de Estados Unidos que trató de que no quedara ninguno, quedaron 3 000 médicos en Cuba en el año 1959 –eran 6 000 000 los cubanos, y hoy tenemos 25 médicos por cada uno de aquellos que se fueron–, y Fidel dijo: «Formaremos médicos, porque los necesitaremos en Cuba y en el resto del mundo». Si esa idea de aspiración universal a la justicia no hubiera estado presente, Cuba no tendría hoy casi 30 000 colaboradores de la salud, de los cuales 21 000 son médicos, trabajando en 69 países.

Por eso esa aspiración a la justicia para todos, más allá de nuestra tierra, de nuestra nación, de nuestra condición de Estado, hace que los científicos cubanos trabajen arduamente, y Fidel ha estimulado todos esos proyectos personalmente, por una vacuna contra la malaria, que es una enfermedad que no existe en Cuba.

Las transnacionales no gastan dinero en investigación para eso, porque dan más dinero los productos cosméticos o las pastillas para bajar de peso, que las vacunas contra la malaria, porque esas son medicinas de pueblos pobres y, por lo tanto, no están destinadas a tener un gran mercado. Los científicos cubanos han trabajado por vacunas para curar enfermedades que no existen en Cuba, y trabajan hoy bajo la idea de que la aspiración a la justicia es a la justicia para todos, y creo que eso es una enseñanza y un aporte también de Fidel.

Nunca ha dejado de sentirse ser humano

A Fidel, ni el reconocimiento, ni el apoyo, ni el mito en que terminó siendo convertido, en particular, por el acoso enemigo; ni su autoridad inmensa, emanada de su ejemplo; ni su experiencia, ni su conocimiento superior a los que le rodean, nunca lo hizo, ni lo ha hecho, dejar de sentirse un ser humano capaz de ponerse en el lugar del otro, de imaginar lo que el otro está pensando o sintiendo, de compartir y comprender el dolor, la duda, el temor de los otros.

Recuerdo bien también el día en que yo, abrumado por un error que cometí (...) al tramitar una indicación de Fidel, me había equivocado, y Fidel me vio tan abrumado, y de pronto empezó: «¿Quieres que te diga una cosa, ahora que lo veo bien? Al final creo que ha sido muy positivo esto que ha pasado, y esto que tú has hecho me parece que va a terminar ayudándonos». Mi depresión aumentaba, porque veía que él trataba de convencerme de una cosa distinta a lo que era evidente para mí. Ahí no estaba actuando el Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, ahí no estaba actuando el Presidente del Consejo de Estado de nuestro país, ahí no estaba actuando siquiera el luchador curtido, que sabe que un error en un pequeño detalle puede dar al traste con un gran proyecto; ahí estaba actuando el ser humano que comprendía que yo quería que me tragara la tierra, pero la tierra no me acaba de tragar como yo quería, y yo me moría de la vergüenza y ya no podía arreglar aquello que había pasado, y Fidel se empeñó –muchas veces lo he visto también con otros compañeros– en demostrarme a mí que mi error, a fin de cuentas, iba a ser muy positivo para el resultado final del trabajo.

Ese es el Fidel ser humano, que aun cuando él se propone la perfección para sí y se flagela si no la obtiene, sin embargo es capaz de no exigírsela a un grado de injusticia a los otros, y es capaz de comprender que el otro puede equivocarse y Fidel tiene una frase de aliento para él. Y eso es su magisterio, porque en Cuba el que no haga eso, que los cubanos en millones han visto hacer a Fidel, es un «pesado», un atorrante, los cubanos no lo aceptan, porque eso es cualidad ya

hoy, derecho, digamos, que reclama el pueblo en la conducta de los demás.

Ausencia total de odio

El Che había dicho que una revolución es una profunda obra de amor. Fidel solo tiene odio para la injusticia, odio profundo hacia la injusticia, hacia el hambre, hacia la discriminación racial, pero no hacia las personas, aun si han sido o son sus enemigos. No ha actuado nunca la Revolución Cubana llevada por sentimientos de odio, como no sea odio a la injusticia, pero no hacia los que han provocado, digamos, o son responsables de la injusticia. La Revolución Cubana, por eso, no se basa en odios, ni siquiera para los traidores. Hay que ver a Fidel respondiéndole a Ramonet cuando Ramonet le pregunta por traidores. No destila odio, no hay una palabra de odio en más de 700 páginas de respuestas de Fidel a Ramonet. Y así es en el libro de Gianni Miná y así es en el de Tomás Borge. Le pregunta por traidores, le pregunta por hombres que atentaron contra su vida, y Fidel apenas dice una frase. No es en eso donde se concentra, no hace la gran descripción de ese que mereció el castigo.

Por eso viven muchos de los terroristas que hicieron sufrir y todavía hoy son responsables del sufrimiento de miles de familias cubanas. Porque la Revolución ha sido muy fuerte; y podía ir, guiada por el odio, a perseguir a hombres que cometieron asesinatos muy graves y actos de terrorismo contra nuestro país, y la Revolución no lo ha hecho, no lo hizo. Esa es una herencia del pensamiento de Fidel, la idea de que no hay que intentar ajusticiar a los instrumentos, pues al final pueden surgir otros, sino que hay que derrotar al imperialismo, que es el que los creó y los apoyó. Y, por eso, asesinos, torturadores que escaparon de Cuba en la alborada del 1ro. de enero, la Revolución no los persiguió, e incluso no los ajustició cuando regresaron como invasores a nuestra patria. Algunos están vivos y lo pueden testimoniar. Hay ausencia total de odio en Fidel.

Ha sembrado esas cualidades

Se le pregunta a Fidel por los presidentes de Estados Unidos, se le pregunta por Kennedy, por su her-

mano Robert Kennedy fue el presidente de la época de la Operación Mangosta, de los planes –no fue el único, porque eso duró décadas, no ha terminado hasta hoy–; usted no ve odio en Fidel.

Recuerdo el día en que la hermana de John y de Robert, Eunice, pidió a Fidel que diera un testimonio, porque se cumplían 30 años de la Crisis de Octubre. Fidel tenía mucho trabajo, no quería, y ella le dijo: «Se lo vengo a pedir en nombre de nuestra familia, Presidente, que, sabiendo la manera en que nuestros hermanos lo adversaron a usted, y no estando de acuerdo con algunas cosas de las que ellos hicieron, respetamos en usted su ausencia total de odio, y el hecho de que usted nunca ha tenido hacia nuestros hermanos, que le dieron motivos para ello, sentimientos de odio». Fidel terminó accediendo y dio una entrevista que es uno de los testimonios más completos sobre la Crisis de Octubre y sus antecedentes.

Fidel ha sembrado esas cualidades en nosotros, eso no es patrimonio solo de la conducta de Fidel. Los revolucionarios cubanos no actúan llevados por el odio, aun cuando fueron más de 350 000 cubanos a luchar en el sur de África a enfrentar a las tropas poderosas del apartheid, que tenían incluso varias armas nucleares. Dos mil cubanos cayeron allí. Nuestros combatientes enfrentaron allí un ejército poderoso. Quince años duró aquella guerra que se selló con la integridad territorial de Angola preservada y la independencia de Namibia. No existiría hoy Angola y hubiera demorado mucho más la derrota del apartheid, si las tropas cubanas no hubieran enfrentado allí, en el sur de África, a miles de kilómetros de nuestra patria, que tiene más mérito todavía cuando eso se hizo en un momento en que ya se derrumbaba la Unión Soviética, se desintegraba el campo socialista.

Un gran altruismo

Piero Gleijeses escribió un libro revelador sobre la presencia cubana en África y cuando esa guerra –Angola– terminó y regresaron nuestros combatientes, y se cumplió lo que había dicho Amílcar Cabral: que los cubanos regresarían de África llevándose solo los huesos de sus muertos, porque no somos allí dueños de minas, ni de pozos petroleros, ni de tierras, ni de bosques, porque no fuimos allí buscando

diamantes, petróleo, fuimos luchando por una idea de justicia, cualidad y herencia de Fidel a nuestro pueblo, se puede decir que no hubo ni un solo momento de odio, ni nuestras tropas actuaron, sino con un gran altruismo. Así había sido en la Sierra Maestra, donde se curaba primero a los heridos del ejército enemigo. Así fue en Girón, así fue siempre, y así fue en Angola.

Esa ausencia total de odio, como no sea odio a la injusticia, al imperialismo, a la exclusión, como fenómenos, es una cualidad también de Fidel. Por eso, esa ausencia total de rencor. Usted le pregunta y él no dice una frase de odio al que traicionó, al que agredió. Yo creo que ese es otro legado de Fidel.

Fidel también nos ha enseñado el rechazo total a todo lo que sea vanidades, adulonerías. No hay nada que moleste más a Fidel que un adulón. Y si tienen otra cualidad estas palabras, es un profundo cariño que es, diría, el sentimiento mayor que nuestro pueblo siente por Fidel, en el que ve al padre, hermano mayor, familia propia, más allá de sus responsabilidades y de sus méritos.

Los enemigos de la Revolución Cubana, que es decir los enemigos de la justicia, de la verdad, de la dignidad, los enemigos cuentan los minutos esperando y deseando la muerte de Fidel, sin comprender que Fidel ya no es solo Fidel, que Fidel es su pueblo y que Fidel es, a fin de cuentas, todo hombre y mujer que en el mundo esté dispuesto a luchar y luche porque un mundo mejor sea posible.

Los enemigos sueñan y se equivocan con la idea de que la ausencia de Fidel puede significar la ausencia de sus ideas, y que las convicciones y los principios que Fidel ha sembrado a nivel masivo en su pueblo y en el mundo pueden desaparecer; Fidel, que aspira a que de él solo queden las ideas y que, convaleciendo, recuperándose y regresando al combate propinará a esos enemigos asentados en el odio y la mediocridad una nueva derrota.

Felipe Pérez Roque: Intervención en la sesión plenaria del Coloquio Internacional Memoria y Futuro: Cuba y Fidel, Ciudad de La Habana, Cuba, 1ro. de diciembre de 2006.

Luis Pérez Róspide

GENERAL DE BRIGADA CUBANO

¿Cómo lo hacen los japoneses?

Habíamos montado, por iniciativa de Raúl, en el *lobby* del MINFAR, una exposición de piezas de repuesto. Allí estaba lo que hacíamos y las cosas que teníamos que hacer.

Fidel nos visitó. Me tocó darle una explicación de lo que exhibíamos. Hubo un momento en que le mostré una llave forjada, que es con lo que se aprieta la rueda guía de los tanques, y le expliqué la tecnología. De pronto me preguntó:

«¿Esta es la única forma que se puede hacer?». Le respondí que no sabía, porque lo que yo había aprendido era la tecnología soviética. Y volvió a preguntarme: «¿Cómo lo hacen los japoneses?». Le contesté que lo ignoraba.

Entonces me dijo: «Mira, estamos montando en Guanabacoa una planta de tren de rodaje de tractores que es de tecnología japonesa, hace falta que vayas allí para que aprendas y busques información». Así lo hice.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Manuel Piñeiro Losada

COMBATIENTE DEL EJÉRCITO REBELDE
Y DE LA CLANDESTINIDAD

Tienes sarampión

En la década del 80 yo atendía Chile. Nos visita una delegación que estaba encabezada por un político de posiciones derechistas que, de entrada, me dice que quiere saludar al Comandante en Jefe. Le traslado a Piñeiro los pormenores de la conversación, y se me ocurre decirle que yo consideraba que ese hombre no debía ver a Fidel. Me pregunta por qué. Le dije que ese hombre estaba identificado con posiciones de derecha y que me parecía que no era bueno que viera a

Fidel. Barbarroja se vira hacia mí, hala de la barba que ya empezaba a encanar, y me dice: «Chico, tú tienes sarampión, tú estás sectario, Fidel y nuestros dirigentes tienen que hablar con todo el mundo, sean de derecha, del centro, de izquierda o del lado. Pero, además, ese hombre que dices que es de derecha es un amigo de Cuba, admira a Fidel, y acuérdate que el estratega de esta Revolución es Fidel y nosotros solo somos sus soldados». Una verdadera lección que nunca olvidaré y que me ha sido de mucha utilidad en mi trabajo.

Jorge Timossi: *Los cuentos de Barbarroja, Comandante Manuel Piñeiro Losada,* Ediciones Colihue, Buenos Aires, Argentina,1999, pp. 80-81.

Néstor del Prado Arza
MATEMÁTICO CUBANO

Afina, que te saco de la preselección

Si no me falla la memoria era un domingo de junio del año 1969, cuando un pequeño grupo de dirigentes del Rectorado, del PCC de la Universidad de La Habana y de la entonces UJC-FEU tuvimos la dicha de compartir en el televisor a color del Rectorado la transmisión en vivo del alunizaje de la nave norteamericana Apolo.

Al concluir la citada transmisión, Fidel inició una animada conversación en la entrada al Rectorado. Algunos estudiantes que estaban estudiando en la biblioteca Rubén Martínez Villena, al ver el *jeep* donde viajaba el Comandante se habían concentrado esperando que saliera del rectorado para saludarlo. Con gran jocosidad Fidel dijo que aquel sería un día histórico, pues se fundaría el equipo de la cosmonáutica cubana.

Comentó la necesidad de un físico, por allá apareció un fresco que le respondió «yo, Comandante», continuó hace falta un químico, y apareció otro fresco; hace falta un matemático, hubo silencio hasta que Chomí le dijo: «Comandante, Néstor es matemático». De inmediato, me echa el brazo por encima y me reta: «Calcúlame el tiempo que nos

demoraremos en llegar a la luna, suponiendo que viajemos a la velocidad de la luz», realmente no era un problema difícil de resolver, pues considerando la velocidad media y la distancia conocida entre la tierra y la luna se trataba de una simple división; el problema estaba en calcular los segundos que tiene un año de 365 días. Rápidamente hice los cálculos. Revisó lo que tenía y me dijo: «¿Estás seguro?». Y le respondí que sí. Al revisar mis cálculos se percató de que se me había olvidado multiplicar por las 24 horas de un día y me dice: ¿Y dónde están las 24 horas de un día? Le digo: «Coño, Comandante, eso me faltó. Me mira y me dice: «Afina, que te saco de la preselección». Luego aparece otro fresco y le preguntó: «Comandante, y yo que soy sociólogo, ¿no puedo incorporarme a la preselección? Fidel se quita la gorra se rasca la cabeza y responde: «Chomí, ¿para qué diablo servirá un sociólogo en la luna? y de inmediato dice: «Bueno, incorpórate que tú vas a estudiar los grupos sociales que nos encontremos por allá».

No se harían los 10 millones

En mayo de 1970 se produjo el secuestro de 11 pescadores cubanos, por la contrarrevolución con el apoyo habitual de los yanquis. Se puso en marcha una batalla por el regreso de nuestros 11 hermanos, donde la UJC-FEU tuvo una destacada participación. Primero, una concentración donde hablaría Julio César Castro Palomino, entonces Presidente de la UJC-FEU, allí estábamos arengando a los miles de estudiantes y pueblo en general reunidos en una tribuna montada por calle calzada, Carlos Quintana –presidente de la UJC-FEU en Ciencias Médicas y yo, entonces secretario de Divulgación del Buró UJC-FEU de la UH. Aquello fue el 14 ó 15 de mayo. El 17 de mayo se convoca a otra masiva concentración, donde hablaron más de 15 representantes de las organizaciones políticas y de masas, así como personalidades de la ciencia y la cultura.

Tuve el honor de ser seleccionado para hablar en nombre de los estudiantes. Recuerdo que también habló un pionero de la primaria, que en todos esos días me lo encargaron sus padres. La tribuna se montó de frente a la SINA por donde hoy está la Tribuna Antimperialista.

No recuerdo si los pescadores regresaron el 18 o el propio día 19. Fuimos todos los oradores del 17 a recibirlos al aeropuerto y viajamos con ellos en histórica caravana.

En el acto del 19, hablaron algunos pescadores y Fidel realizó las conclusiones. Ya casi terminando su discurso, un obrero de la construcción, aprovecha una coyuntura de lo que razonaba Fidel, y con total naturalidad le dice: «Fidel, la victoria de los hermanos camboyanos va como los diez millones». Yo, que estaba en la tribuna muy cerca de Fidel, me percato que aquello le produjo un conflicto emocional, y comienza a razonar lo de la zafra, hasta que dice oficialmente que no se harían los 10 millones. El pionerito que no se separaba de mí –cuánto me gustaría saber qué fue de él–, me tira fuerte de la mano y me dice: «Oye, Néstor, ve y dile al Comandante que se equivocó, que sí haremos los 10 millones», el niño comenzó a colorar de tristeza, y a casi todos se nos anudó la garganta. Fidel no pensaba explicar el problema allí, pero una vez más demostró que no está diseñado para ocultarle la verdad al pueblo por dura que esta sea. Esa noche Palomino y yo amanecimos conversando en la Plaza Cadenas, analizando cómo hacernos mejores revolucionarios para apoyar a Fidel.

La verdad por dura que sea

Corría la tarde del 26 de marzo de 1971, teníamos planificado un gran acto en la Plaza Cadenas, para recibir a la Brigada José Martí que regresaba de construir un parque con el mismo nombre en el Chile de la Unidad Popular de Allende. El acto estaba anunciado para las 6 de la tarde y se esperaba la presencia de Fidel. Yo, que estaba recién electo presidente de la FEU de la Universidad de La Habana, era quien arengaba a los estudiantes para mantener la efervescencia revolucionaria. A eso de las 7:00 p.m., me llama Chomi y me dice: «Fidel me acaba de llamar para decirme que le será imposible llegar, y que te daba la tarea de hablar». Le digo: «¡Yo!, mejor hable usted, rector, si yo llevo casi dos horas arengando a la gente». «Fíjate que no me dijo que decidiéramos nosotros, sino que hablaras tú». Mi discurso por razones obvias fue breve, y cuando ya la manifestación estaba casi disuelta llegó Fidel. Allí quedaríamos unas

300 personas. Se bajó del *jeep* y se paró en el descanso de la escalinata del rectorado que da para la Plaza Cadenas. Pregunta: «¿Dónde está el compañero de la FEU?». Yo estaba algo distante y los estudiantes me hicieron un canal humano de transportación, en unos segundos estaba frente a él. Lo primero que me dice es: «Ven acá, ¿ tú no eres el matemático de la preselección, qué tu haces en la política si te queremos como matemático?». Chomi me sacó del apuro al decirle que se trataba de una elección de masas y que me habían elegido los estudiantes por el voto directo y secreto. «Bueno, está bien –contestó–, pero ¿tú crees que te ha tocado un mandato fácil?». A lo que le respondí casi automáticamente: «No, Comandante, yo sé que es difícil». Fidel estuvo conversando sobre varios temas de la política cultural de la Revolución.

Recuerdo que un periodista uruguayo le hizo una pregunta, algo que motivó un razonamiento enérgico de Fidel, y el periodista se desmayó. El doctor Oscar García se lo llevó para el rectorado. Al poco rato, Fidel pregunta por el periodista y le dicen que ya está recuperado, entonces pide que lo traigan para saludarlo. Ya le habían comentado que se trataba de un periodista revolucionario. Cuando lo tiene enfrente le dice: «Oye, qué pasó, si yo no te hice nada». Marticorena –creo que así se llamaba el periodista– le responde: «Comandante, esto es el colmo de un periodista, venir a desmayarse en una conversación con un dirigente de la talla suya». Ya pasada las 12:00 de la media noche, Fidel dice: «Bueno, nos vamos, pero pregunta por Castro Palomino (secretario de la UJC en la UH), y le dice: «Monta en el auto, que te vas con nosotros. De inmediato, pregunta por el compañero de la FEU para llevarlo también. Hubo una exclamación del estudiantado, y dice Fidel: «No se preocupen, que se los devuelvo sanos y salvos».

En el Alfa Romeo iba al lado del chofer Ramiro Valdés y detrás, Palomino, y yo junto a Fidel.

Cuando llegamos al palacio, Fidel le dice a uno de los escoltas que lleven a los muchachos para el salón del despacho que enseguida regresaba. Allí estábamos Ramiro, Palomino y yo cuando a los pocos minutos se incorporó el Comandante. Pregunta: «¿Muchachos, ya ustedes comieron?». Yo miré de reojo a Palomino, y sin más intercambio él dijo: «Sí, Comandante, no se

preocupe que ya nosotros comimos». Parece que Fidel descubrió algún gesto en mí y dice: «Ramirito, vamos a preguntarle al de la FEU, que la juventud es más disciplinada». Me mira y me pregunta: «¿Ustedes ya comieron?», a lo que contesté: «Comandante, ¿quiere que le diga la verdad?», y allí se produjo una acotación que jamás olvidaré: «Como siempre que te pregunte algo, quiero la verdad por dura que sea»–me contestó. Le dije: «Comandante, en qué momento íbamos a comer si estamos organizando el acto desde las 5:00 de la tarde, esperamos por usted hasta las 7:00 de la noche y desde que concluyó el acto estamos junto a usted en la Plaza Cadenas?». «Yo sabía que ustedes no habían comido, así que los invitaré a que prueben unos cangrejos enlatados que me envió Allende». Nos trajeron un plato con unas masas en salsa y unos panecitos, en un dos por tres Palomino devoró aquello, y Fidel lo miraba como el padre al hijo, y cuando el plato no tenía rastro de salsa alguna, le dice con cariño: «Palomino, y eso que tú habías comido ya». Aquella fue una madrugada inolvidable, hablamos de la universalización de la universidad y del fortalecimiento ideológico del movimiento estudiantil entre otros importantes temas.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 13 de enero de 2008.

Delsa Esther (Teté) Puebla Vitre
GENERAL DE BRIGADA CUBANA

Esta es una Revolución

El 4 de febrero de 1959 regresé a Oriente para prestarles atención a las víctimas de la guerra.

Fidel me dio la tarea de atender tanto a los familiares de los combatientes del Ejército Rebelde y la clandestinidad, como también a los soldados de la tiranía; a los hijos, madres y viudas de los guardias que habían muerto y de otros que estaban presos por sus crímenes y abusos.

Cuando me planteó lo de los familiares de los guardias le dije: «¿Por qué?». Solo me respondió: «Esta es una Revolución». De momento no lo entendí.

A la semana de estar en Oriente llegué a la casa de uno que habíamos fusilado. Los hijos se me abrazaron, al igual que los niños de los rebeldes. Ahí mismo me percaté de cuánta razón tenía Fidel.

Esos muchachos fueron a las mismas escuelas que los hijos de los rebeldes. Hoy una gran mayoría son profesionales.

Fidel y Celia siempre mostraron una gran preocupación por todas las víctimas de la guerra, sin importar en qué bando estuvieran. Los hijos no tenían la culpa de los errores de sus padres. Un ejemplo de eso lo constituye el caso de Eutimio Guerra. Sus cuatro hijos, al igual que su viuda, fueron atendidos por la Revolución. La familia está plenamente incorporada al proceso. Su propia madre les explicó la grave traición cometida por su padre.

A muchos de esos muchachos los tengo como mis propios hijos. Me dicen mami, vieja.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Rodolfo Puente Zamora

ATLETA CUBANO DE BÉISBOL

Pidió que se la explicara

En el año 1970, cuando se celebró el Campeonato Mundial de Béisbol, en la hermana República de Colombia, la ciudad anfitriona fue Cartagena de Indias. Cuba llegó empatada en victorias y derrotas con el equipo de Estados Unidos, y tuvimos que jugar una serie extra de tres partidos a ganar dos.

Todos recuerdan aquel memorable primer pleito, lanzado por José Antonio Huelga, contra Buró Otón, que terminó con victoria cubana; y, también, el segundo choque con relevo de ese extraordinario lanzador que después se conoció como el Héroe de Cartagena.

Al llegar a La Habana, en medio de los vítores de miles de cubanos que salieron a la calle a recibirnos, nos llevaron al teatro Lázaro Peña, de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), donde nos aguardaban

muchas personas, y entre ellas, el Comandante en Jefe, Fidel Castro, quien hizo preguntas disímiles sobre el juego a varios compañeros, entre ellos, a mí.

Me inquirió sobre un lance combinado, realizado con Vicente Díaz, a partir de un toque de bola y con miras a forzar a un jugador que corrió de segunda para tercera.

Fidel preguntó si esa acción se practicaba, porque era bonita y a él le había gustado mucho. Le respondí que sí; más acto seguido, pidió que se la explicara. Lo hice con mucha satisfacción y él quedó complacido.

Fue un día muy especial que quedó marcado en mi vida, como uno de los más espectaculares.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 26 de enero de 2008.

Ana Fidelia Quirot

DEPORTISTA CUBANA DE ATLETISMO

Un canto a la vida

El día 22 de enero de 1993, a las 4:00 p.m. sufro un accidente doméstico con quemaduras de 2do. y 3er. grado, en el 38% de mi cuerpo. Los primeros auxilios los recibí en el hospital Calixto García, del Vedado; horas más tarde me trasladan hacia el hospital Hermanos Amejeiras, del municipio Centro Habana.

Recuerdo que me encontraba en el piso 22 de la sala de quemados, y más o menos eran las 9:30 p.m., sentí que alguien caminaba con pasos muy firmes hasta la habitación donde me encontraba; de momento siento una voz muy conocida, que me preguntaba: ¿que cómo me sentía? Giré la cabeza hacia el lado izquierdo, y vi a una persona de estatura bien alta y vestida de verde olivo, pero sobre su uniforme llevaba una bata verde, de las que usan los médicos para entrar al los salones. Sabía que lo conocía, pero no estaba segura, hasta que descubro que era nuestro querido e invencible Comandante en Jefe, Fidel Castro Ruz.

ANA FIDELIA QUIROT

Cuando lo vi fue como experimentar un canto a la vida. Él estaba muy preocupado por mi estado de salud. En su conversación, me dijo que había que avisarle a mi mamá y le respondí negativamente. Porque a mi juicio, me encontraba bien y muy pronto volvería estar en la pista para continuar representado a mi país.

Fidel me respondió así: «En estos momentos, no importa que vuelvas a la alta competición, lo que realmente interesa es que te recuperes». No sabía yo la magnitud de mis quemaduras, pues pensé que no eran de tanta gravedad. Por eso, ese gesto tan humano de mi querido Comandante, jamás lo olvidaré. Él estuvo en la cabecera de mi cama para darme el aliento de luchar por la vida que tanto necesitaba para resurgir, como el ave Fénix.

Me siento eternamente agradecida por todo el esfuerzo realizado por los médicos del hospital Hermanos Ameijeiras y el pueblo de Cuba, el cual con su constante preocupación y mensajes de aliento, influyó notablemente en mi recuperación.

Después del proceso de salvación, vino la fase de cirugías reconstructivas, esto me iba permitir ganar en movilidad en las partes dañadas de mi cuerpo: fueron secciones muy duras de entrenamientos, pero tenía un gran compromiso con Fidel y con mi pueblo: volver a las pistas del mundo y ubicarme entre las mejores corredoras de 800 metros planos.

Ese día llegó en una fecha muy especial para los cubanos conscientes y agradecidos de la buena bondad de nuestra gran Revolución. Ocurrió el 13 de agosto, de 1995, en la cuidad de Gotemburgo, Suecia, cuando gané la medalla de oro en el Campeonato Mundial de Atletismo, justamente en el día de cumpleaños del mayor impulsor de los resultados deportivos cubanos, nuestros queridísimo Comandante Fidel Castro Ruz.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 11 de enero de 2008.

Ignacio Ramonet

INTELECTUAL Y PERIODISTA FRANCÉS

Nunca te va a dejar de impresionar

Al principio el proyecto no era tan gigantesco. La idea original era hacer un documental y tratar de ver hasta dónde se llegaba. La ambición mía era hacer un libro que después se convirtió en Cien Horas.

Se lo planteo a Fidel, y bueno hay que tener en cuenta como él vive. Hicimos más o menos quince o dieciséis horas para el documental en varios días, no en una sola sesión.

Nosotros los grabamos para televisión y también hemos hecho un DVD que tiene siete horas, siete veces una hora. Pero todo esto fue una pequeñísima parte de lo que luego se fue encadenando, porque a él mismo le fue interesando la conversación y decidimos prolongarla fuera del contexto planteado. Viajamos con él por Cuba, al extranjero a la toma de posesión de Lucio Gutiérrez en Ecuador. Convivimos.

La idea se fue agrandando después: retomamos los elementos biográficos, de los que él había hablado ya bastante con Frei Betto (...)

Pero se trataba de otra cuestión, un hombre que se acerca a los 80 años y que tiene una mirada diferente a la hora de hacer un balance de la historia.

Y como todas las grandes personalidades, tal vez haya tenido la idea, alguna vez, de poder sentarse a escribir sus memorias, su experiencia. Quizás eso pudo existir, porque él ya estaba claro de que no se sentaría a hacer eso. Muchas editoriales le habían propuesto fortunas por escribir sus memorias.

Hicimos una primera ronda de trabajo de unas 40 y 50 horas pero vinieron los sucesos de marzo y abril de 2003.* Esto le dio una dinámica diferente al asunto, porque él, por supuesto, desde su gran honestidad intelectual, cuando yo le planteé que había que poner algo para explicar aquellos hechos –debido a la actitud incluso de muchos

*Cuando los preparativos de la invasión a Iraq, se producen en Cuba asaltos terroristas contra embarcaciones aéreas y navales.

amigos de Cuba– se decidió a pasar tardes enteras conmigo, como decía Tomás, de frente él y yo solos en un sala de trabajo. Había personas grabando todas la preguntas y las alentaba para que las repuestas fueran lo más completas posible, yo creo que en el libro se ve que hay capítulos enteros consagrados a eso.

Entonces había que seguir trabajando, y eso me volvió a hacer venir para seguir completando, y aún lo estamos haciendo.

(...)

(...) las sucesivas ediciones del libro han sido diferentes. Porque en el primer libro, él con una confianza y honestidad absolutas, prácticamente no revisó el texto, y sacamos con la mayor honestidad el material que teníamos. En cambio la segunda edición la editó y la corrigió como un autor, como el autor de sus respuestas, como el autor que relee y por eso prolongo lo dicho.

Hay que ver lo que escribe sobre su madre, es un texto extremadamente bello que no existe en ninguno de los libros anteriores y en ninguna de las biografías (...)

(...) Porque hay que darse cuenta de que este libro es una trascripción de una grabación que ha sido rescrita por Fidel, y es Fidel mismo.

Hemos visto cómo la segunda edición añade eso, añade las cartas a Sadam Hussein, las cartas a Jruschov. Y en la última edición, por fin habla de una serie de personalidades de las que no había hablado hasta ahora: de Francois Mitterrand, de Danielle Mitterrand.

Para la edición española queríamos la parte en que habla de España y él ahí se prestó totalmente a la conversación, porque creo que tenía ganas de decir cosas sobre Aznar y (…) él jamás ha dicho: dónde está la lista de preguntas que me vas a hacer, este tipo de preguntas no (…) Él está abierto a todo y se comporta (…)

(...)

Él nunca aplasta a su interlocutor, aunque podría, por sus conocimientos, y en definitiva cuando uno habla frente a él se siente bastante disminuido. Nunca es una actitud arrogante, al contrario, si puede, él es el que hace las preguntas y aprende de su interlocutor, solo hay que pasearse con él y ver cómo habla con la gente.

Él no habla dándole cursos, sino que enseguida se pone a preguntarle a la gente cómo vive, qué gana, cómo es su casa, qué libros tiene. Y así va aprendiendo de la gente.

Y es una persona que, curiosamente, teniendo todos los diplomas del mundo, tiene algo de autodidacta, porque aprende por sí mismo. Además, cuando él cuenta cómo estudió, explica que en las clases aprendía menos que cuando decidía estudiar. Y así siempre está aprendiendo y tiene ese respeto.

En el caso nuestro, hacíamos preguntas y él contestaba, y aunque sabe muchas cosas, siempre explicaba por qué decía algo, o: «Me he extendido un poco porque era necesario».

No te trasmite la impresión de ser un sabelotodo, porque no es un sabelotodo, hay decenas de cosas que le interesan y lo apasionan, como la historia. Siempre es impresionante verlo y nunca te va a dejar de impresionar.

Arleen Rodríguez*: Los afortunados entrevistadores de Fidel*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, Ciudad de La Habana, Cuba, agosto de 2007, pp. 14, 17-18, 21.

Antonio Resillez

PERIODISTA CUBANO

¡Descansa!

Transcurría la segunda mitad de la década de los 60 del siglo xx. Tenía entre 20 y 25 años de edad. Era entonces reportero de Radio Progreso y del Noticiero Nacional de Radio. Adicionalmente hacía grabaciones testimoniales por encargo de la compañera Celia Sánchez para el Archivo Histórico del Consejo de Estado. Por estas razones tuve la oportunidad de acompañar al Comandante en Jefe en diferentes actividades.

Una de ellas fue un recorrido «en campaña» por la Sierra Maestra: desde un lugar conocido como las Minas del Infierno, hasta el Pico Cuba, incluyendo el Joaquín y el Turquino. Fueron varias jornadas. Dormíamos en hamacas, en sitios prefijados. A uno de ellos llegamos bajo un torrencial aguacero.

La vanguardia de la columna; en la que pude mantenerme gracias a un esfuerzo físico límite, hizo un alto en un «vara en tierra». Me senté con un pan y una botella de agua en el canto de una tabla a ras de suelo que aseguraba el marco de la puerta trasera. Estaba de espaldas al interior de la cobija, empapado y con la bota derecha rota amarrada con una soguita.

Sentí una mano apoyarse en mi hombro derecho. Miré hacia arriba. Era Fidel con la intención de pasar. Intenté ponerme de pie; presionó hasta evitarlo; a la vez que me decía sonriente y bajito: «¡descansa!».

Pasó a la parte trasera. Observó unos minutos el entorno y regresó. Se detuvo frente a mí. Volví a intentar pararme, y tampoco me lo permitió:

—¿Cómo te sientes? –me preguntó.

—Cansado; Comandante, tengo un poco de humedad y frío; pero dentro de un ratico me recupero.

Durante el breve diálogo ya en la puesta del sol, no dejaba de observarme. Se despidió, rebasó la pequeña puerta; continuó caminando; lo seguí con la mirada.

Como a los veinte minutos, un integrante de su escolta buscaba al «joven periodista». Al llegar a mí me entregó, enviado por «el jefe» un par de botas y un suéter verde olivo. Las tallas eran mucho mayores que las mías; así terminó ese recorrido.

¡Ahora sí le di!

En otra ocasión, también de recorrido durante esos mismos años por la Sierra Maestra, el Comandante estuvo en la Gran Piedra. Visitó una de las cabañas chiquitas y bonitas, con un pequeño balcón apuntalado en la ladera de la montaña. Cabían pocas personas y solo cinco o seis accedimos al balconcito. El sol se estaba poniendo.

El paisaje terminaba con un mar azul en calma y los tonos de un radiante atardecer lo hacían extraordinario. Fidel, como los allí presentes, observaba en silencio. De momento, tomó el fusil que portaba un escolta. Lo accionó rápidamente, apuntó al sol poniente y disparó.

Alguien de los presentes que no pude precisar; dijo bajito en tono de broma: «Falló». El Comandante no se viró. Volvió a situar el arma

en posición de tiro en su hombro. Esa vez demoró varios minutos apuntando a la radiante diana. El silencio era absoluto. Tuvimos la impresión de un tiempo más largo. ¡Disparó!(...), y aún apuntando, dijo enfáticamente: «¡Ahora sí le di!».

Refrescarnos

En 1967, los estudiantes de diferentes carreras y universidades del país nos graduamos en Micara, Mayarí Arriba, en el macizo montañoso de la Sierra Cristal, al norte de, en aquella epoca, la provincia de Oriente. Allí llegamos, después de varios días de caminar en campaña desde las estribaciones de la Sierra Maestra. Al frente de los graduados, dirigiendo la marcha todo el tiempo, se encontraba el Comandante Raúl Castro, Ministro de las FAR.

A nuestra llegada a Micara, después de la última acampada en la loma de Jimbambay, en las estribaciones de la Sierra Cristal, nos condujeron a una plantación de melones en una meseta. Allí Fidel nos esperaba, junto a él, Celia y otros compañeros.

Nos sentamos todos en el suelo, y en el medio, de pie, el Comandante en Jefe nos habló a viva voz. En un momento determinado, aterrizó un helicóptero que transportaba potes de helados con los que Celia quería «refrescarnos».

En los lugares en los que estábamos sentados, sin ponernos de pie, nos repartieron los helados. A Fidel también le dieron un pote. Él sugirió que lo comiéramos antes de que se derritiera. Mi esposa y yo estábamos a unos metros. Fidel destapó el suyo y se percató que no tenía cuchara. Al instante, mi compañera le ofrecía la suya con la mano levantada. Veloz y comprensiblemente, un compañero de seguridad personal tomó la cuchara que no llegó a manos de Fidel. Creí notar algo de contrariedad en el rostro del Comandante. Miré de soslayo la cara de mi joven esposa y noté sus ojos húmedos.

Continuó la actividad. Un ratico después de finalizada, un compañero se acercó a nosotros con la cuchara en la mano:

«Compañera, el Comandante me ordenó que se la devolviera y que le diera muchas gracias». Esta vez Tere lloró, y creo recordar que yo también.

Nueva y moderna comunidad

En 1973 me desempeñaba como miembro de la Misión Diplomática cubana en Perú. En los viajes de trabajos a La Habana, visitaba en sus oficinas en el periódico *Granma* al capitán Jorge Enrique Mendoza, su director, por quien siento agradecimiento y admiración.

Una madrugada me narró la siguiente anécdota: «En la guerra de Liberación en la Sierra Maestra acompañaba al Comandante. Estábamos sentados en la ladera de una montaña desde donde se divisaba una buena parte del valle del Cauto. Fidel me señaló una pequeña comunidad que se distinguía a lo lejos y me dijo: «Mira bien, pues ese pueblecito quedará bajo agua». Lo escuché, pero no comprendí; tampoco le pregunté.

»Más de 10 años después, acompañando al Comandante visitamos el mismo sitio. Me preguntó si yo me acordaba de lo que él me había dicho. Señaló el lugar, y allí había una presa con capacidad para miles de metros de agua, y agregó: "Ahora se beneficia toda esa importante región y las familias del pueblito cuentan con una nueva y moderna comunidad"».

Ponle el corazón

Durante las tensas semanas de la batalla de nuestro pueblo por el regreso del niño Elián retenido en la Florida por lo más reaccionario de la mafia anticubana allí residente, ya hacía algunos años que me desempeñaba como comentarista de temas nacionales en el NTV. Me preparé y me dispuse para abordar el tema.

A las 7:50 p.m., diez minutos antes de comenzar la emisión estelar, ya estábamos sentados en nuestros puestos frente a cámara los locutores Laritza y Serrano, también yo, para que el director de emisión diera el «listo estudio», como es habitual.

De momento, entra en el estudio-redacción y en el propio set un compañero de la oficina de la presidencia del ICRT, comunicándome que debía llegar con urgencia al despacho de Ernesto López, el presidente. El local está en el 9no. piso y el NTV en el 4to.

Salimos corriendo. El elevador esperaba. Ya en el 9no. corrí todo el pasillo, pues el despacho está en el otro extremo. Al llegar, algo

sofocado, me franquean las puertas. Ernesto me dice: «Cálmate», me da el auricular del teléfono y agrega: «¡El Comandante quiere hablarte!».

—A su orden, Comandante, buenas noches.

—Sé que vas a referirte a la batalla por el regreso de Elián. ¿Tienes escrito lo que vas a decir?

—Sí.

—¿Puedes leérmelo despacio?

Di lectura al comentario de cinco minutos. Me orientó repetir un párrafo en el que llamaba «loba feroz» a la congresista ultrarreacionaria norteamericana de origen cubano Ileana Ross.

—Está muy bueno eso –me dijo Fidel–. ¿A qué hora lo vas a decir?

—En la emisión que está ya por comenzar.

—Bien, ve para el estudio... Espérate, ¿cómo estás vestido?, (le expliqué). Bien, corre para el estudio... Espérate, ¿te sientes bien?

Le respondí que sí.... «Bueno, una cosa más: ponle el corazón».

—Seguro, Comandante. Gracias, buenas noches.

Sabía por mi reloj que la emisión del NTV ya estaba «En el aire». Corrí de regreso el pasillo del 9no.; el elevador esperaba; corrí el pasillo del 4to. piso. Entré en el estudio sofocado, Me senté en mi puesto de comentarista. Laritza presentaba una noticia, Serrano me dijo por señas que el comentario iba detrás, que si me presentaba:

—Sí, estoy listo; le respondí también por señas, el último equilibrio psíquico antes de comenzar a dirigirme a la teleaudiencia fue ajustarme el nudo de la corbata.

Concluida la emisión, el compañero Ernesto López me trasladó un estimulante mensaje valorativo... ¡Qué tensión y qué honor!

Valdría la pena

En el año 2000, en el Palacio de las Convenciones de La Habana, se efectuó durante varias jornadas un Pleno Nacional de la Unión de Periodistas de Cuba que se extendió más de lo previsto.

Fidel lo presidió todo el tiempo. Participaban dirigentes del partido y del gobierno, de otras organizaciones políticas, de masas, y profesionales y veintenas de colegas periodistas de todo el país. Entre los múltiples temas que abordó el Comandante en Jefe, estuvo el de

la colaboración internacionalista de nuestros médicos. Al referirse a estas misiones en África, preguntó si yo me encontraba entre los presentes. Conocía que hacía algunas quincenas habíamos regresado de un extenso e intenso recorrido por ese continente dándoles cobertura informativa y video cartas a nuestros colaboradores en varios países.

Me indicó que pasara a la tribuna. Por espacio de una hora sostuvo conmigo uno de los diálogos más difícil que yo haya tenido en mi vida. Inquirió de lo humano y lo divino. Llegó a preguntarme qué comían los cocodrilos en La Gambia; pero la parte más compleja fue esta que transcribo textualmente:

—Han sido pocos los que han ido a Afrecha. ¿Ustedes fueron el primer equipo?

—Sí.

—¿Cuántos fueron?

—Tres: el compañero Almira, camarógrafo; Amadito, técnico; y el periodista.

—¿Y a ti no te gusta escribir libros?

—Yo creo que no tengo capacidad, Comandante.

—¿Tú no haces reportajes?

—Sí, reportajes sí.

—¿Y qué es el libro? Aquel de Fucick, ¿no era *Reportaje al pie de la horca*? Reportaje al pie de la tragedia, de la situación del programa médico en todos estos lugares, y ahí hay cosas fabulosas. Ahora... mejor es escribirlas. ¿Tú dices que no tienes vocación de escritor?

—No, lo que no tengo es capacidad.

—¿Tú nunca has escrito un discurso?

—Sí.

—¿Tú nunca has escrito una carta?

—Sí, algunas cosas he escrito, Comandante.

—¿Tú le escribiste a tu familia cuando estabas allá?

—Sí, cómo no.

—¿Qué le dijiste? Me imagino que le hayas contado… y eso es lo que quiero decir.

Al inicio estaba tan desesperado que no esperé a llegar para tratar de que mis hijas entendieran lo que significaba la Revolución Cubana en África y África para la Revolución Cubana.

—¿Qué edad tienen ellas?

—Una 34 y la otra 28.

—¿Les escribiste contándole todo lo que viste por allá?

—Sí.

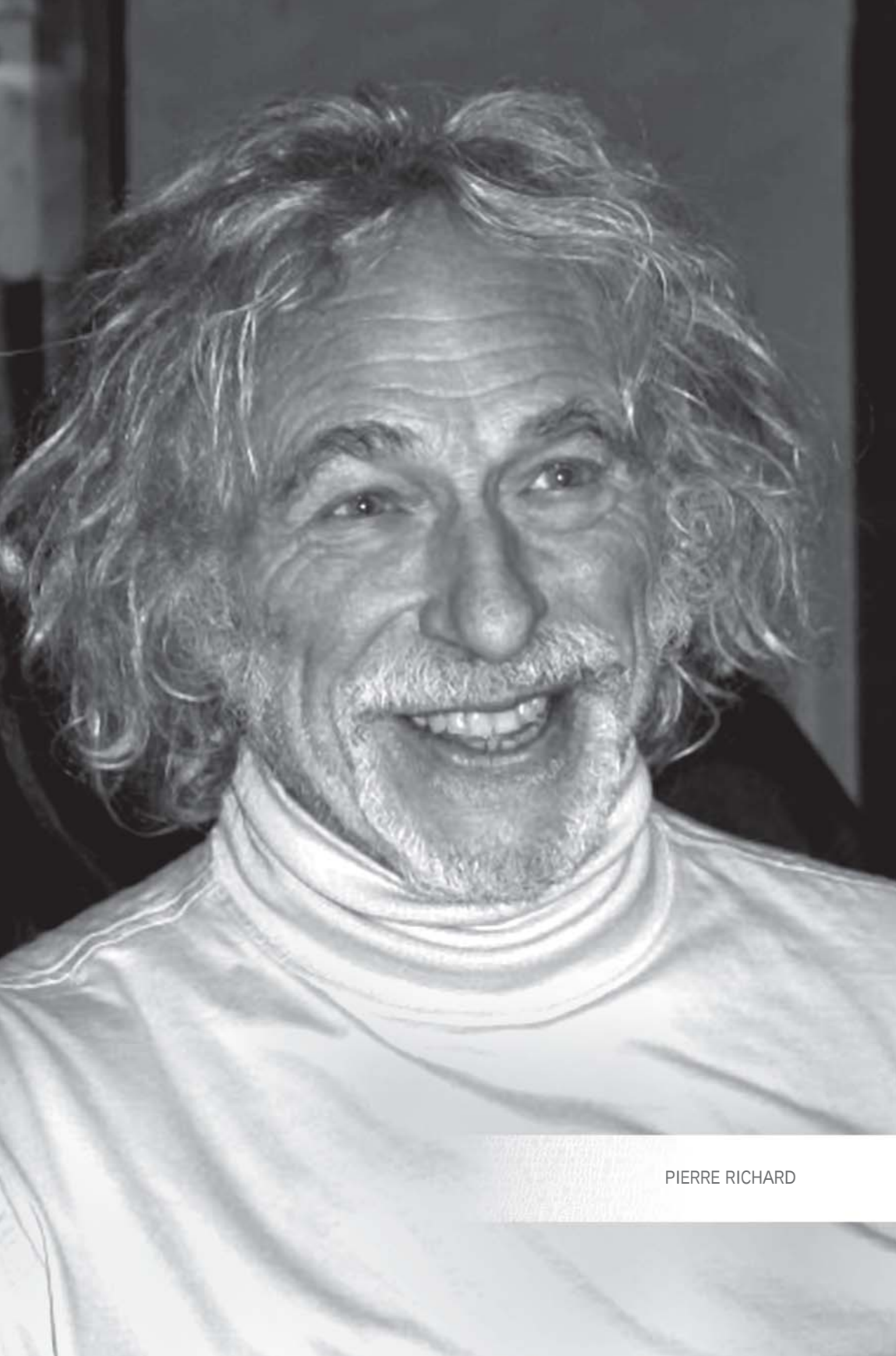
—¿Por qué no haces una carta para la población y le cuentas? Haz algo, si tú eres el primero que has ido, valdría la pena, has dicho cosas aquí en breves minutos tan interesantes que tú puedes hacer uno como este (muestra el libro), que no es tan grande.

No pueden imaginarse los quince días de angustia que sobrevinieron en mi mundo interior: ¡Qué compromiso! Eso de escribir un libro sobre mi recorrido de trabajo en África nunca fue un propósito ni siquiera un sueño.

La angustia en esas dos semanas posteriores en las que no lograba precisar ni el comienzo, tuvo dos momentos detonantes: En diferentes días, dos compañeros que habían estado en lugares distintos con la presencia del Comandante en Jefe, me comentaron que Fidel había dicho que yo «estaba escribiendo un libro sobre las experiencias en África».

El libro, de 286 páginas con el título de *Cartas desde África*, fue impreso y distribuido en marzo del 2001. Al inicio de la dedicatoria que lo precede, dice: «Mis agradecimientos al Comandante en Jefe, a quien le corresponde la iniciativa de este libro, y ante quien experimenté un compulsivo compromiso por el comentario y concluirlo».

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 29 de diciembre de 2007.



PIERRE RICHARD

Pierre Richard

ACTOR FRANCÉS

Ese hombre es un mito viviente

Y un día pude encontrarme a Fidel Castro. Fue unos meses después del filme sobre el Che. No recuerdo si a finales de 1987 o comienzos de 1988. Yo había regresado como turista a ese país que me había sorprendido. Entonces me dijeron que Fidel quería verme. Yo estuve de acuerdo, pero los días pasaron y pasaron y la hora no llegó. Justo el día anterior al de mi partida me dijeron que él me invitaba a una recepción. Expliqué que yo salía para Francia al día siguiente en la mañana, y que después no había vuelos de aviones que me permitieran llegar a tiempo. Con mucha tranquilidad me dijeron una frase que me sonó irreal pero que acepté: «quédese que algo haremos». Y no se cómo, «pero algo hicieron».

En esa actividad me encontré como con 600 personas, incluidos jefes de Estado. Y yo sentía que no tenía nada que hablar con ellas. Apareció Fidel Castro y empezó a saludar. Llegó donde yo estaba con mi traductora, me saludó y me habló como tres minutos y siguió saludando a otras personas.

Entonces me dirigí a mi intérprete y le dije: «estoy feliz de haberlo encontrado, pero creo que no se debía de haber desorganizado todo mi regreso por este instante. ¿Nos vamos?». Y ella me dijo: «aún no». Media hora después habían 400 personas, y yo le pregunté a mi traductora, la única que hablaba conmigo: «¿nos vamos?». Y ella insistió en que todavía no. Otra media hora más, 200 personas en la sala: «¿Nos vamos?». Y ella repitió que aún no. Ya estaba la sala casi vacía, cuando ella me dijo que debíamos ir a otra sala.

Era más pequeña, pero había en ella unos 50 intelectuales latinoamericanos, entre ellos Gabriel García Márquez. Quedé aterrorizado y mudo, sin atreverme a cruzar palabra con alguien. Me quería ir volando de allí, pero la traductora insistía: aún no, y tranquilamente me inventaba más temas de conversación.

Unos minutos después conté que había 30 personas en esa sala. ¿Nos vamos? Y la misma respuesta. Cuando quedaban solo 15 latinos,

pregunté lo mismo y ella me contestó como hasta entonces. Quedamos tres en aquella sala. Luego ella y yo solos. Yo mudo, al fondo de la sala de donde no me había movido.

Cuando lo vi llegar por el fondo del pasillo y avanzó hacia mí. Yo estaba más aterrorizado (...)

Creo que conversamos unos 45 minutos. Yo quería que me preguntara de mi película sobre el Che. No lo hizo, aunque supe que ya la había visto y que le había gustado. Hablamos de la comida cubana y del mar.

Pero en cada minuto de esos 45 me di cuenta de que es un personaje extremadamente carismático. Yo lo miraba fascinado, pues es fascinante, muy grande y hace muchos gestos al hablar.

Porque uno puede querer o no a Fidel Castro, pero ese hombre es un mito. Yo conozco a otras personas que han tenido esa sensación ante él, y que me han dicho: «yo no lo quería nada de nada, pero a la media hora de haberlo saludado y escuchado ya me había volteado como a una tortilla».

Fidel Castro tiene un carisma extraordinario, que fascina. Es uno de los más grandes personajes del siglo XXI. En Francia no existe ninguno de su talla, ni Charles de Gaulle se le acerca. Ese hombre es un mito viviente.

Hernando Calvo Ospina, *Rebelión*, 17 de enero de 2007.

Marcelino Río

OFTALMÓLOGO CUBANO

Deberían hacer ejercicios

En abril de 1988 estaba por inaugurarse en el hospital Pando Ferrer la microcirugía ocular. Hacíamos un recorrido por el Centro y conversaba con todos los trabajadores, Dos de ellos eran voluminosas oftalmólogas. De pronto, al llegar a la segunda planta donde serían los vestidores del flamante salón de operaciones, me tomó por el brazo se les escurrió a los escoltas, cerró la puerta y yo dije para mí, ¿qué barbaridad habrá pasado o que habré dicho?, entonces me dice

con voz muy baja: «Oye, esas dos compañeritas, ¿no están un poco gorditas?». Deberían hacer ejercicios». Suspiré tranquilo, me dije: en qué detalle no se fijará él. Ya estaba velando por la salud de estas doctoras.

Jugo de manzana

Una noche estando en su oficina me ofreció un jugo de manzana que según él estaba exquisito. Me lo traen muy frío, se veía de verdad que estaba bueno. Cada vez que me lo llevaba a la boca, me preguntaba algo y tenía que poner el vaso en la mesa. Así estuvimos largo tiempo. Se hizo un receso de segundos y yo dije, bueno, ahora sí. Entonces se paró, me dio la mano y se despidió.

Como es lógico me marché sin poder tomarme el famoso jugo de manzana.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 21 de diciembre de 2007.

Jorge Risquet

COMBATIENTE CUBANO DEL EJÉRCITO REBELDE Y DE LA CLANDESTINIDAD

Lo que hace falta es un político

Regresé de mi primera misión internacionalista en África el 15 de enero de 1967. Al día siguiente, el Comandante me llamó a Calle 11. Después de los saludos, me dijo que se me designaría ministro del Trabajo.

Le dije: «Comandante, ese Ministerio tiene mucho trabajo de leyes y se necesitaría ser abogado y mucho trabajo relativo a los salarios, pensiones y se requeriría ser economista. Yo, usted sabe, no tengo esas profesiones ni alguna otra».

Fidel afirmó: «En ese Ministerio lo que hace falta es un político. Tu primera tarea es luchar contra el burocratismo, pues la comisión que se creó para combatirlo, terminó burocratizándose».

El día 17 por la mañana me presenté en el Ministerio para ir conociéndolo. El 24 apareció en la Gaceta Oficial el nombramiento.

Mirándome y riéndose de buena gana

El 20 de marzo de 1977, volé en compañía de mi ayudante Portuondo, en un pequeño avión alquilado desde Maputo hasta Dar es Salaam. Nuestro Cesna tuvo que retrasar el aterrizaje, pues dos aviones procedentes de la reservación natural de Ngorongoro y del Kilimanjaro, donde viajaban Fidel y su delegación, así como sus acompañantes tanzanos, estaban llegando de regreso a la capital. Nos condujeron a la casa de protocolo donde se alojaba el Comandante. Este había partido hacia la Casa de Estado, donde se efectuaba la recepción ofrecida por el gobierno de Tanzania.

Estaba agotado del viaje que había comenzado a las 6 de la mañana. Hicimos dos escalas en Mozambique para reabastecer combustible.

Me quité los zapatos, me cubrí los ojos con un antifaz aéreo y me tiré en un sofá de la sala. Me quedé profundamente dormido.

Horas después, cuando me despiertan, nada menos que el Comandante y el Presidente Nyerere estaban de pie, mirándome y riéndose de buena gana.

Atiné a pararme en atención frente a los dos jefes de Estado, en plantillas de medias y con el antifaz en la frente. Me costó trabajo salir de la turbación y compartir una risa nerviosa con la de mis anfitriones.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad La Habana, Cuba, 26 de febrero de 2008.

Hermes Riverí Pausadi
DEPORTISTA CUBANO DE ATLETISMO

Nos invitó a almorzar

En el año 1970, después de una proeza deportiva realizada por los atletas cubanos en los Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe, celebrados en la ciudad de Panamá, regresamos a la Patria en el barco *Victoria de Girón*.

En alta mar se nos dio el aviso de que teníamos a bordo a nuestro querido Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Todos nos emocionamos y salimos a cubierta para verlo.

Recuerdo que por poco pierde el equilibrio y cae al agua, cuando intentó saltar de la lancha en que venía hacia nuestro barco, enseguida su aparato de seguridad se lanzó al agua para protegerlo; aunque no fue necesario. Entonces, comprendí que Fidel era muy osado.

Tras reunirse con la jefatura quiso saludar a todos los integrantes de la delegación cubana, uno por uno. Él dijo que había salido a pescar y nos invitó a almorzar los peces capturados por él.

Para mí, aquel gesto del líder de la Revolución fue un acto muy emocionante. Este testimonio, lo considero el momento más emocionante de mi vida como cubano y deportista.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 24 de enero de 2008.

Raúl Roa Kourí

DIPLOMÁTICO CUBANO

Es un bandido

La primera vez que Fidel participó en la Asamblea General de la ONU, en 1960, me desempeñaba como representante de Cuba en la Comisión Económica. El doctor Manuel Bisbé, embajador de la Revolución ante el máximo organismo internacional conversaba con los embajadores Raúl Primelles, y Carlos Blanco (quien más tarde abandonó el país). Se trataba de hallar un hotel adecuado para alojar al Comandante en Jefe y su delegación, y se dieron algunos criterios. Recuerdo que Blanco sugirió el Waldorf Astoria, pero fue rechazado por Bisbé pues ahí se alojaban Batista y todos los bandidos latinoamericanos de la época cuando iban a Nueva York. En eso entró una llamada y el embajador Bisbé nos dijo: ha cuajado la gestión que estaba haciendo con algunos amigos; tenemos el hotel Sheraton, en Lexington Avenue, muy cerca de la ONU. Yo expresé que me habían ofrecido otro hotel, el Theresa, en Harlem, en

pleno ghetto negro e hispanoamericano. Aunque Bisbé concordó en el impacto político que el alojamiento de Fidel allí tendría en la opinión pública norteamericana, se creyó más oportuno el Sheraton, incluso por razones de seguridad. Y así se decidió.

Una vez el Primer Ministro cubano y su delegación en el Sheraton comenzaron los problemas. En la calle, los batistianos, organizados en un grupúsculo llamado «La rosa blanca», iniciaron una manifestación contrarrevolucionaria y pronto se armó una gresca con cubanos bien nacidos, que llegaron a apoyar a la delegación cubana y se liaron a puñetazos con los batistianos. Hubo pedradas y gritos y el manager del hotel pidió ver al Comandante. Este me dijo que viera qué quería el señor. Nada menos que pretendía un depósito de $20 000 dólares por si hubiere algún daño contra la propiedad. Repuse que me parecía inaceptable, pero trasladaría su demanda. Cuando lo supo, Fidel montó en cólera: Raulito, ve y dile de mi parte que es un bandido y que nos vamos de este lugar donde no tienen las consideraciones debidas con los huéspedes. Así no se trata al Primer Ministro de un gobierno independiente que viene a la ONU.

Inmediatamente, dio instrucciones al Capitán Antonio Núñez Jiménez de salir a comprar tiendas de campaña: «Si es necesario –expresó–, dormiremos en los jardines de la ONU. Dr. Bisbé, llame al Secretario General y pídale una entrevista urgente; explíquele la situación creada y dígale que no se puede tratar así a la delegación de un Estado miembro que asiste a la Asamblea».

Mientras esto sucedía, yo hablé con el ministro Roa y le referí la posibilidad de ir al hotel Theresa, en Harlem. Eléctrico como era, repuso: Díselo a Fidel, ¿por qué no lo hiciste antes? Expliqué las razones. Roa insistió: ya no existen, y además nos vamos de aquí.

Fidel daba zancadas de un lado a otro del cuarto dando instrucciones e inquiriendo si todo estaba listo para salir. Yo le interrumpí, pero no me hizo caso o estaba pensando otra cosa; insistí: Tengo un hotel en Harlem. Cuando el Comandante oyó el nombre, se detuvo y preguntó: ¿En el Harlem negro? Sí, repuse. Me lo ofreció Malcolm X a través del periodista Bob Taber, del Comité Pro Justo Trato para Cuba. Con la celeridad que acostumbra, el Jefe me instruyó ir a ver-

les y cerciorarme de que era posible alojarse allí. Quedamos en que llamaría a la oficina del Secretario General para informarle. Y así fue. Una hora después, llamaba a mi padre a la oficina de Dag Hammarksjöld: Estoy en el Theresa, nos dan dos pisos para la delegación. Pueden venir.

El atildado diplomático sueco intentaba convencer al Primer Ministro cubano de lo conveniente que sería un hotel en Midtown y que, de hecho, ya había ofrecimientos de algunos… Pero poseyendo ya mi información, Fidel le expresó: «Sr. Hammarskjôld, nosotros iremos al hotel Theresa, en Harlem, el lugar de los humildes y los preteridos, porque por los humildes y los preteridos luchamos». El sueco debe haberse quedado frío. Como todo el *establishment* estadounidense, que no podía imaginar la audacia política del jefe revolucionario. Su estancia en Harlem fue antológica y allí concurrieron jefes de Estado y altas personalidades mundiales. Allí se fundieron Fidel y Malcolm X en fraternal abrazo.

¿Quieres otro pedacito?

En 1964, tras mi regreso forzoso de Brasil motivado por el golpe militar que derrocara al presidente Joâo Goulart, me convidó Fidel a acompañarlo para conversar de mi futura ubicación, que yo deseaba que fuera con el Che en el Ministerio de Industrias. Después de responder a sus preguntas sobre la situación brasileña, pasamos a almorzar: un trozo de guasa, que el propio Comandante había pescado, malanga hervida y algo de verdura. Antes del café inquirió si me gustaba el queso y, por supuesto, le dije que sí. Celia trajo uno, redondo, en cajita de madera delgada; el Jefe me dio una cuñita y cuando lo probé preguntó: «¿Sabes lo que es?». Repuse que debía ser Camembert. Asintió y agregó: «¿De dónde?». Pues de Normandía, Comandante, de allí es el Camembert. Entonces, rió y dijo alegremente: «Es de Cuba, lo hacemos aquí, empezamos hace poco. ¿Quieres otro pedacito?». Y como soy quesero de ley comí la otra cuña (señalo que Fidel es parsimonioso en el servir); entonces, viendo que tenía aún los ojos clavados en el Camembert lo retiró y dijo: «¡Celia, llévate el queso que se lo va a comer Raulito!».

Tienes que cuidarte

Terminada la Sexta Cumbre de los Países No Alineados, el Presidente Fidel Castro se trasladó a la ONU para informar los resultados de la Conferencia a la Asamblea General. Se instaló en nuestra Misión –por cierto, no muy lejos del hotel Sheraton de 1960– con los demás miembros de la delegación cubana. A los pocos instantes comenzó un mitin contrarrevolucionario a unos 100 metros de la embajada, que vimos en la televisión. Menos de 50 mercenarios, algunos conocidos agentes de la CIA y terroristas de origen cubano. El éxito de aquella estancia fue impresionante: no solo el lleno que se produjo en la sala de la Asamblea el día que habló Fidel, sino las manifestaciones a su paso por los salones, en las calles, las personalidades que le visitaron en la misión. Y una tarde me mandó a buscar a mi oficina: «Nos vamos ya», me dijo. Le acompañé en su auto. Y en el trayecto me aconsejó, más que ordenó: «Tienes que cuidarte. No han podido agredirme durante mi estancia, pero intentarán hacer algo contra ti». Y me dio algunas explicaciones que no repito para no alertar a los enemigos. ¡Qué razón tenía! Cuando meses después detuvieron al terrorista Remón (uno de los que acompañó a Posada Carriles a Panamá para el atentado contra Fidel en la universidad) confesó que habían puesto en mi auto la bomba que no pudieron ponerle al Comandante en septiembre de 1979. Por suerte para mí, una serie de circunstancias hizo que no accionaran el ingenio por control remoto, como estaba previsto, y, además, este cayó al suelo. Por eso puedo contárselo a Luis Báez.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Vaticano, Italia, 15 de octubre de 2007.

Blas Roca

POLÍTICO CUBANO

Tremenda sorpresa

Una tarde fuimos citados con urgencia los miembros del Consejo de Estado. Estaba un poco sorprendido. Me quedé preocupado. Yo había preguntado de qué se trataba la reunión. ¿Cuál es el orden del

día? Nadie me supo informar. Entonces me dije: vamos a ver. Primero pensé que era algo sobre el festival. Después que Fidel comenzó a hablar supuse que era algo grave con respecto a algún compañero. Y, realmente, resultó algo grave para mí, pues me comunicó la noticia del otorgamiento de la orden nacional «Playa Girón». Tremenda sorpresa.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba,1992.

Juan A. Roca Brunet

ATLETA CUBANO DE BALONCESTO

¿Por qué estás descalzo?

En el año 1967 se creó en la provincia de Holguín una escuela para formar ingenieros agrónomos, a través de un convenio entre el gobierno cubano y la FAO.

En el transcurso de ese año ocurrió el fallecimiento del Che Guevara. Después de la sentida intervención del compañero Fidel en el acto celebrado en la Plaza de la Revolución, en el cual dio a conocer la muerte del Guerrillero Heroico y leyó su carta de despedida, dos días después, viajó a Holguín para reunirse con nosotros.

En dicha actividad, le preguntó a mis compañeros varias cosas, y a mí, que era el más alto, si yo estaba subido sobre un bloque, una piedra o un banco, y me mandó a buscar. Yo tenía pena porque entonces no había botas para mis pies.

A Fidel le llamó la atención mi elevada estatura. Al acercarme, me preguntó la edad y, si hacían deportes como el baloncesto en ese lugar, si me gustaba la posible carrera; yo siempre le contesté que sí, hasta que meditó y me preguntó:

—¿Por qué estás descalzo?

—Porque no hay tamaño de botas para mis pies –le contesté. Enseguida apareció un par. Entonces, le dije–: Gracias, Comandante! –y le deseé mucha salud.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 4 de enero de 2008.

Samuel Rodiles Planas
GENERAL DE DIVISIÓN CUBANO

Para ver si se equivocan

Cuando la invasión mercenaria, el Comandante en Jefe venía montado en un tanque. Impartió algunas órdenes, redactó el parte donde anunciaba al mundo la victoria sobre la invasión mercenaria y recorrió varios lugares. Nuestra artillería seguía cañoneando Girón. Mandó a decirle a Pedrito Miret que dejaran de tirar.

Después se dirigió al muelle, desde donde se veían dos barcos de guerra norteamericanos, que durante todo el día habían estado frente a Playa Girón.

Fidel empezó a encender y a apagar las luces de una linterna. Me quedé pensativo y me dije: «Usted verá».

Le pregunté por qué hacía eso y me contestó: «Para ver si se equivocan, creen que son los mercenarios, los vienen a rescatar y le caemos a cañonazos». Me sorprendí y medité: «Con todo lo que ha pasado y este hombre quiere seguir buscando bronca».

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Adriana Rodríguez
TRABAJADORA GASTRONÓMICA CUBANA

...Prepararse y estudiar idiomas

Una noche de septiembre de 2003 fui seleccionada, en unión de varios compañeros para trabajar en una recepción que Fidel ofrecía en honor del presidente brasileño Lula, en el Palacio de la Revolución.

Al marcharse el invitado, el Comandante en Jefe se reunió con un grupo de nosotros. Se interesó en conocer nuestro centro de trabajo. Le dije que la mayoría laborábamos en el restaurante El Palenque.

El presidente cubano conversó ampliamente. Hablamos de muchos temas, en especial de turismo. Nos hizo numerosas preguntas. Nos dijo

que era necesario prepararse y estudiar idiomas y, sobre todo, conocer de nuestra historia.

Fidel antes de retirarse accedió hacerse una fotografía con nosotros. Fue un día inolvidable.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, 1ro. de abril de 2008.

Arleen Rodríguez Derivet
PERIODISTA CUBANA

Si resistimos cinco años, vamos a vencer…

En septiembre de 1990, como parte de la crisis en Europa del Este, los precios del papel gaceta en el mercado mundial se multiplicaron varias veces. Cuba, que lo adquiría en el mercado soviético a un precio de 200 y tantos dólares la tonelada, se vio privada repentinamente de esa posibilidad de importación e imposibilitada de acudir a otras fuentes demasiado caras, porque la prioridad era importar alimentos y las reservas financieras no daban para tanto.

Trabajar con planificación y reservas le permitió al país sostener sus principales publicaciones, aunque con una periodicidad diferente, durante algunos años más. El ajuste implicó que algunos diarios se convirtieran en semanarios, pero antes de hacerse efectiva la decisión, Fidel Castro, en persona, visitó nuestras redacciones y dialogó largas horas con el personal.

Insistió en que nadie podía quedar desamparado ni desocupado: las emisoras de radio ocuparían a una parte, otra dispondría de una suerte de año sabático, para estudiar idiomas y actualizar sus conocimientos técnicos y culturales y siempre permanecerían vinculados a su medio, donde conservarían salarios y derechos, porque iban a volver.

Increíblemente en aquellos inolvidables diálogos nocturnos, Fidel siempre habló del futuro con optimismo, dibujando sobre el papel lo que entonces solo podían ser sueños y fijó una meta: «Si resistimos cinco años –dijo–, al menos cinco años, vamos a vencer».

Unos meses antes de cumplirse el plazo, Cuba, que había tocado fondo al caer en más de un 34% su PIB, daba, al término de 1994, la primera señal de crecimiento. Aquel pronóstico cumplido venía a confirmar el concepto martiano del buen gobierno: «gobernar es prever».

Arleen Rodríguez Derivet: *Una pelea cubana contra el demonio global*, Ciudad de La Habana, Cuba, 2001.

Arnol Rodríguez

REVOLUCIONARIO CUBANO

La primera vez que habló conmigo

Aquel día era distinto, o al menos bastante peculiar, ese día permanecí preso en la mañana en una celda del Moncada. Sin embargo, antes de finalizar la tarde ya estaba en territorio libre de Cuba controlado por el Tercer Frente al mando del Comandante Juan Almeida, y con la perspectiva de conocer y conversar con el Comandante en Jefe, compañero Fidel Castro.

A eso de las 1:00 ó 2:00 de la mañana, en la madrugada del 18 de diciembre de 1958, me encontraba en plena carretera central, prácticamente al frente del cuartel de Baire, con un *jeep* en el que venían Fidel, Celia, Pedro Miret y un médico, que creo recordar era de apellido Páez. Fidel, que sabía que yo estaba preso en el cuartel Moncada, lo primero que me preguntó fue cómo yo había logrado salir. Sin haber terminado de responderle, ya me formulaba otra pegunta, que tampoco me dejó contestar. Al preguntarme entonces cuántos soldados creía yo que había en el cuartel Moncada, otra vez me fue imposible terminar la respuesta, ya que ahora quería saber cómo estaba la moral de las tropas, y si yo creía que estaban en disposición de pelear duramente, y así sucesivamente.

¿Se dan cuenta, de por qué digo que Fidel habló conmigo, y no yo con él?

Poder de la observación

Al regresar de un viaje a Japón, traje conmigo decenas de diferentes sabores de helados para Fidel,

quien por esos días estaba inmerso en la investigación de ampliar la diversidad de sabores para los helados Coppelia.

En el momento en que estaba entregando y explicando a la compañera Celia Sánchez los helados que había traído, llegó Fidel, quien entusiasmado comenzó a probarlos uno a uno.

Pasada una semana, me vi nuevamente con Celia, quien me dijo que Fidel le había comentado que cuando me vio se percató de que se me estaba cayendo el pelo y que él pensaba que estaba motivado por algo que tenía en la cabeza, por lo que me recomendaba que viera a un especialista. Celia me preguntó si yo conocía al doctor Hernández Vaquero, un notable dermatólogo, le contesté que sí y que lo consultaría, lo que hice casi de inmediato.

Vaquero me examinó y me diagnosticó que tenía estafilococos.

Yo hago propaganda revolucionaria

En el segundo semestre del año 1959, al frente del periódico *Revolución,* en sustitución de su director, Carlos Franqui, quien estaba de viaje por Europa, me veía frecuentemente con Fidel, que era visitante asiduo del periódico.

En una de esas noches en que Fidel orientaba sobre el tratamiento de un tema específico, uno de los compañeros del periódico que ejercía la profesión de publicitario, impresionado por la habilidad con que Fidel se refería al tema, le decía entusiasmado: «Comandante, la verdad es que usted hubiera sido un gran publicitario». Fidel lo miró con marcada seriedad y de forma enfática le respondió: «Yo nunca haría publicidad, yo lo que hago es propaganda política, propaganda revolucionaria».

Una inyección de vitaminas

Por aquellos días en que ejercí la dirección del periódico *Revolución*, yo regresaba de madrugada o al amanecer a mi casa. Por más que me esforzaba en no hacer ruido para no despertar a mi esposa, su sueño ligero hacía que supiera de mi llegada. Sorprendiéndome muchas veces al decirme: «Hoy viste a Fidel», lo que siempre resultaba cierto, ya que según ella en esas oportunidades yo

caminaba diferente, pues parecía que mis encuentros con Fidel actuaban como una inyección de vitaminas.

No te preocupes, quédate tranquilo

Cuando comenzaban a darse los primeros pasos para la constitución de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), se me ofreció un alto cargo que yo no acepté, pues consideraba que no tenía la capacidad necesaria para ejercer aquellas funciones y, además, por el hecho de padecer una enfermedad de los nervios que por muchos años fui reacio a reconocer públicamente.

Al informarle a Fidel mi negativa a aceptar el cargo que se me ofrecía, Fidel me preguntó que a qué yo le tenía miedo, a lo que le respondí que creía que había que tener más valor para negarme que para aceptarlo. Fidel me miró fijamente y suavizando su expresión me puso la mano en el hombro y me comentó, con cierta amabilidad, que no me preocupara, que me quedara tranquilo. Debo reconocer que, efectivamente, nunca me preocupé por aquella decisión.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 10 de enero de 2008.

Estela Rodríguez Villanueva

ATLETA CUBANA DE JUDO

Niña, hacía rato que quería verte

Cuando gané el Campeonato Mundial en Yugoslavia, 1989, tuve el honor de ser seleccionada entre los diez mejores deportistas del año en Cuba.

Por esos días, fui a pasar un tiempito con la familia en Santiago de Cuba. Cuando regresé, lo hice para la premiación de la Encuesta del Año, y me tocó ser condecorada nada más y nada menos que por el Comandante en Jefe, Fidel Castro. En ese momento, me dio un beso y dijo:

«Niña, hacía rato que quería verte».Yo sonreí nerviosamente. Al escuchar eso, me sentí tan contenta y emocionada que me ericé completamente, pues era consciente de que no todo el mundo tenía el privilegio de recibir un beso del Comandante en Jefe y de estrecharle la mano.

Estaba muy feliz, porque sabía o imaginaba que me besó una especie de Dios para el mundo entero. Fue algo extraordinariamente emocionante; aunque tuve otros momentos con él, aquel primero, jamás lo olvidaré.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba,10 de enero de 2008.

Juan Carlos Rodríguez
INVESTIGADOR Y ESCRITOR CUBANO

Cuéntame sobre el asesinato del maestro

A la semana, el agente Cabaiguán logró desalzarse y entregarse a una tropa de milicianos. Ante su insistente reclamo fue conducido ante el jefe de la Seguridad en Las Villas, que se encontraba en Topes de Collantes, sede del Estado Mayor de la Limpia del Escambray. «Pero, loco, ¿estás vivo?». Fue la expresión del capitán Aníbal Velaz el hombre que lo había preparado como un agente de urgencia.

En Topes permaneció durante tres días relatando frente a un escriba lo que vio y escuchó. En eso estaba cuando alguien le dijo que Fidel había llegado. Poco después, Aníbal lo conducía ante el Comandante en Jefe. «Cuéntame sobre el asesinato del maestro. Quiero que escribas los nombres de aquellos que lo golpearon, lo torturaron, lo vejaron, hasta de quien le tiró una piedra». El asesinato del joven maestro (Conrado Benítez) conmovió a la opinión pública y produjo un efecto catalizador entre las fuerzas contendientes.

Esos son bandidos

Fidel Castro supo captar como nadie la reducción moral en la que comenzaba a moverse una buena parte de los insurgentes cubanos.

En los días iniciales de la contienda, varios oficiales del Ejército Rebelde se encontraban reunidos con el Comandante Fidel Castro. El después general de división Raúl Menéndez Tomassevich, ya fallecido, rendía el informe sobre la situación de los alzados. Recuerda que utilizó indistintamente las palabras insurgentes, alzados, guerrilleros, pero no acababa de encontrar un término adecuado y rotundo para denominarlos. Entonces, Fidel lo interrumpió y le dijo: «No le llamen más guerrilleros; los guerrilleros somos nosotros. Esos son bandidos».

Tenía el derecho de combatir

(...) Y a aquel punto tan cercano a Playa Girón (batey llamado Helechal, a unos escasos seis kilómetros), justo antes de oscurecer, llegó el Comandante Fidel Castro.

Después de intercambiar con los oficiales allí presentes y de conocer detalles sobre las tropas, se subió a un tanque y les dirigió la palabra. Según el capitán Ángel Fernández Vila, sus palabras fueron: «El enemigo trata de reembarcar y simular ante el mundo que el ataque ha sido una comedia de nuestra parte. ¡No permitamos que escape uno solo de ellos! ¡Adelante! ¡No nos detengamos hasta llegar a la playa! Si cae el primero, llega el segundo, si cae el segundo, llega el tercero, pero se llega a la playa ahora mismo. Que no se detengan los tanques hasta que las esteras se mojen con el agua de la playa, porque cada minuto que esos mercenarios estén sobre nuestro suelo entraña una afrenta contra nuestra patria».

(...) Asignó para cada tanque a un comandante (...) él se fue a meter en el tercero. Entonces la gente saltó como un resorte.

«¡Tú no, Fidel, tú no vas!». «¡Yo sí voy, aquí mando yo!». «¡Tú no, Fidel, tú no!».

Mientras discutían, el teniente Joel Pardo, que se encontraba en su tanque y venía combatiendo desde el amanecer, le dijo: «Bueno, Comandante, yo me voy». Lo hice con el objetivo de ganar tiempo, por si él decidía irse, yo ya haber alcanzado bastante terreno, haber llegado

a la playa o haber tenido contacto con el enemigo». Maciques recuerda el final de aquella discusión entre Fidel y la tropa:

«Y la respuesta de Fidel fue una respuesta que nos dejó impactados a todos. La forma en que Fidel nos dijo enérgicamente que él era el jefe de la Revolución y que como jefe de la Revolución, él tenía el derecho, tenía el derecho de combatir y de entrar en Playa Girón igual que lo iba a hacer el resto de los compañeros [...] la gente se calló, allí todo el mundo se calló».

Y Fidel partió en el tanque.

Juan Carlos Rodríguez: *La batalla inevitable*, Editorial Capitán San Luis, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996, pp. 125, 126, 335-336.

Héctor Rodríguez Llompart

REVOLUCIONARIO CUBANO

Erguido, firme

En 1973 durante la celebración de la Cumbre del Movimiento de Países No Alineados en Argelia, en un ambiente tenso, correspondió hablar en plenario al Comandante en Jefe.

La sala repleta de jefes de Estado y gobierno de distintas tendencias y sus respectivas escoltas, no disimuladamente armadas.

Al comenzar sus palabras, las luces de la espaciosa y repleta sala de convenciones comenzaron a tintinear y de repente se apagaron. El local quedó totalmente a oscuras.

Aunque aquello demoró solo segundos, por nuestra mente y la de los cubanos allí presentes pasaron las peores e inquietantes ideas. Al regresar, intermitentemente, la claridad, se podía distinguir, en la penumbra, la figura del Comandante en Jefe, erguido, firme, en lo alto del podio.

Aquella imagen que nos enorgulleció, es inolvidable.

Conocía los siniestros planes

A principios de 1985 viajamos a Nicaragua, para asistir a la toma de posesión de Daniel Ortega.

Al comenzar la maniobra de aterrizaje me distraje mirando el paisaje; en ese momento escuché la voz del Comandante en Jefe. Preguntaba detalles sobre la operación de compra de la planta de papeles blancos de Jatibonico en el Central Uruguay, utilizando el bagazo de la caña como materia prima. Cuba adquirió la planta productora de papeles blancos con la obligación de pagar con parte de la producción de la propia planta, para lo que recibió un crédito a largo plazo con garantía del seguro oficial.

Posteriormente supe que antes de nuestra llegada se conocía que la contra nicaragüense planeaba atentar contra el avión en que viajaba Fidel, los detalles se conocieron después.

Para ello habían trasladado a Managua un misil con el objetivo de dispararlo contra el avión en el momento del descenso.

Un comando que integraban los contrarrevolucionarios de origen cubano y nicaragüense Orlando Valdés, Manuel Reyes y Roberto Milián Martínez, dirigido por el jefe de la contra, Adolfo Calero Portocarrero, era el encargado de realizar la acción.

En los momentos en que debía ejecutarse el atentado, y a pesar de que conocía de los siniestros planes que pretendían ejecutarse contra su vida, el Comandante en Jefe concentraba toda su atención en la explicación que había pedido sobre la compra de la papelera.

El partido no vale

En una ocasión, jugaba dominó de pareja con el compañero Fidel y tenía de contrarios a Pepín Naranjo y Joel Domenech. Al contar las fichas de una data que ganamos sumé de más, para ganar el partido.

Fidel, que fue el único que se percató, me preguntó:

—Héctor, ¿hiciste trampa?

—Sí, Comandante –le respondí.

—Pues el partido no vale –dijo Fidel y comenzamos de nuevo.

Esto es burocrático

Trabajando con el Dr. Raúl Roa, en el entonces Ministerio de Estado –Relaciones Exteriores–, el ministro Roa me pidió que llevara una buena cantidad de expedientes al INRA, se trataba de nombramientos

que debían ser refrendados con la firma del Primer Ministro. Al llegar al edificio del hoy Ministerio de las Fuerzas Armadas subí al 4to. piso, donde me esperaba la compañera Conchita Fernández, entonces secretaria de Fidel.

Le entregué los expedientes, que correspondían a nombramientos de directores, jefes de departamento y funcionarios del servicio exterior: cónsules, secretarios, consejeros y otros.

Al poco rato regresó Conchita y me dijo que el Comandante me pedía que pasara. Al llegar frente a él me preguntó:

—¿Por qué debo firmar estos nombramientos, que no tengo ni tiempo de leer, de compañeros que no conozco?

—Eso es lo establecido –le respondí.

—Pues regresa con ellos y dile a Roa que proponga cambiar lo establecido, porque esto es burocrático y nosotros aquí estamos cambiando, lo que sea necesario cambiar.

Cuando iba a retirarme, agregó:

—Dile a Roa que no lo tome como una crítica, porque conozco que la responsabilidad no es de ustedes.

Yo me ocupo de eso

Fidel Castro visitó la República Democrática de Alemania en 1972, país en que me desempeñaba como embajador de Cuba.

Días antes de llegar la delegación recibí una llamada de Walter Ulbricht, el que hacía más de un año había sido sustituido en el cargo de Primer Secretario del Partido Socialista Unificado de Alemania, por discrepancias internas y con la dirección soviética, motivadas por su posición respecto a las relaciones con la República Federal de Alemania.

Ulbricht me planteó que deseaba conversar con Fidel, en lo que insistió reiteradamente.

Decidí comentar su petición a Werner Lamberz, miembro del Buró Político responsable del programa que debía cumplir la delegación cubana. Lamberz se mostró incómodo con la petición y dijo que no había espacio para dicha entrevista.

Al llegar la delegación informé al Comandante en Jefe de lo sucedido, él se quedó pensativo y al rato dijo: «Yo me ocupo de eso».

El programa contemplaba una visita al puerto de Rostock, por mi parte con los trajines de la delegación había olvidado a Ulbricht.

Para sorpresa mía, al abordar la embarcación en la que nos mostrarían algunas instalaciones en el Mar Báltico, me topé con Walter Ulbricht y su anciana esposa Lotta, visiblemente emocionado con lágrimas en los ojos me abrazó diciendo: «Ya puedo morir tranquilo».

Solidaridad e internacionalismo

En septiembre de 1973 integré una delegación que presidida por el Comandante en Jefe, visitaba a la heroica nación de Vietnam del Norte. Al día siguiente, saldríamos a visitar el sur del país, donde aún se libraba la guerra contra los agresores yanquis.

Temprano en la mañana llegaron a la casa donde nos hospedábamos, el primer ministro Pham Van Dong, el jefe de meteorología y otros altos dirigentes vietnamitas.

El meteorólogo vietnamita extendió un mapa y pasó a explicar la imposibilidad de realizar el viaje debido a dos ciclones que se aproximaban al sur. Fidel lo oyó pacientemente y comenzó a preguntar por la posición de los ciclones, su velocidad de traslación y dirección pronosticada.

Evidentemente, la intención de los vietnamitas era evitar el viaje al sur, ya que el jefe de la Revolución Cubana correría graves riesgos debido al desarrollo de la guerra, donde persistían los ataques aéreos, se mantenían los campos minados, etcétera.

Ante la insistencia de Fidel, el primer ministro, Pham Van Dong, aceptó que el viaje se realizara, no sin antes decir que, aunque para él viajar al sur era políticamente complicado, se sentía obligado a hacerlo para acompañar al Comandante en Jefe.

El tiempo que la delegación cubana estuvo en el sur de Vietnam fue motivo de regocijo y alegría para Fidel, junto a las tropas que luchaban y enfrentaban al ejército norteamericano y sus secuaces nacionales.

Fue aquella una prueba irrefutable de solidaridad e internacionalismo y expresión concreta de aquella frase inolvidable que pronunciara: «Por Vietnam estamos dispuestos a dar hasta nuestra propia sangre».

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 28 de noviembre de 2007.

Pablo Romero Hernández

ATLETA CUBANO DE BOXEO

Para defender la Revolución

En los Juegos Deportivos Panamericanos celebrados en Indianápolis, Estados Unidos, 1987, salí en defensa de nuestro honor cuando un grupo de elementos apátridas intentaba rayar la bandera, además de proferir ofensas hacia los cubanos, al decir que éramos esclavos del régimen de Castro.

Me percaté de sus intenciones e inmediatamente fui a quitarles el estandarte nacional. Tuve que valerme de los puños, ya que vinieron a atacarme cuatro, entre los cuales se encontraba un hermano del connotado contrarrevolucionario, Hubert Matos.

A raíz de ese hecho, los medios de prensa publicaron mi foto y fue necesario sacarme de allí, tan pronto terminé de competir, para evitar que los contrarrevolucionarios intentaran secuestrarme. Vine en un vuelo especial en compañía de José Ramón Fernández, presidente del Comité Olímpico Cubano.

Al llegar, me esperaba el Comandante en Jefe, quien a pesar de saber lo sucedido, quiso que le contara con mis propias palabras. Le entregué la bandera que rescaté de manos de los apátridas. Luego me felicitó y me puso como ejemplo de lo que hace un buen deportista para defender la Revolución y el pueblo cubano.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 5 de enero de 2008.

René Rodríguez Cruz

COMBATIENTE CUBANO DEL EJÉRCITO REBELDE Y DE LA CLANDESTINIDAD

Escribiendo a mano

El 11 de marzo (de 1952) a las 9 de la mañana fui a recoger a Fidel al hotel Andino. Él bajó con

unos espejuelos oscuros que nunca usaba. En la esquina tomamos un ómnibus de la ruta 28. Como no teníamos menudo, Fidel quiso pagar el ómnibus con un billete de cinco pesos que le había dado Lidia, pero el conductor carecía de cambio y un hombre que viajaba en el último asiento pagó por nosotros los 16 centavos. Para ir hacia Marianao la ruta 28 cogía por toda la calle 23, así que pasamos frente a la casa de Lidia y frente a la casa de Fidel. Antes de pasar el puente de Almendares, cuando el ómnibus cruzó por delante del Buró de Investigaciones, Fidel comentó: «Esto se va a convertir en un nido de buitres». En 46 y 21, en Almendares, bajamos y seguimos a pie hasta casa de Eva. Eva Jiménez vivía en un apartamento interior, de una habitación, en el segundo piso del edificio Raquel, que está en la calle 42 No. 1507 entre 15 y 17. Allí, Fidel empezó a escribir «¡Revolución no, zarpazo!» en la mesa de una pequeña pieza, como un comedorcito, al lado de la cocina. Estuvo ese día y el día siguiente escribiendo y escribiendo, un borrador y otro borrador, a mano, porque no teníamos máquina de escribir. Él me había mandado a buscar a su casa papel y su máquina de escribir, pero, al llegar, encontré que allí estaba su cuñado Rafael Díaz-Balart con unos batistianos y policías, y no me dejaron sacar nada del apartamento. Es de suponer la reacción de Fidel cuando regresé con las manos vacías y se lo dije. Finalmente, tuvimos que pasarlo en limpio manuscrito. Esa noche Raúl también estuvo en la casa de Eva.

Cuiden a ese muchacho

Cuando se terminó el documento, Fidel mandó a Eva y yo la acompañé a ver a (Ramón) Vasconcelos para que lo publicara. En el periódico *Alerta* estaban Márquez Sterling y otras altas figuras políticas haciéndole antesala a Vasconcelos para hablar con él. Vasconcelos ya estaba tallando en medio de aquella situación. Nos explicó que tenía problemas económicos con el periódico, que el periódico no era de él, que todavía tenía que pagarlo, que estaba muy jodido y que todo el mundo estaba en la talladera, en el oportunismo, y otros, en la comemierduría, porque él se había reunido con la dirección del Partido Ortodoxo, con

Millo Ochoa, con Agramonte y toda esa gente y vio que estaban en la luna, que no planteaban nada realista.

En definitiva, Vasconcelos se niega a publicar «¡Revolución no, zarpazo!», pero termina la conversación diciéndonos sorpresivamente: «Cuiden a Fidel, cuiden a ese muchacho, que esa es la gran reserva que tiene el pueblo cubano». Así se despidió de nosotros. Regresamos y le informamos a Fidel que el trabajo no se podía publicar en *Alerta*. Le detallamos todo lo que había explicado Vasconcelos, porque Vasconcelos elogió más de una vez a Fidel durante la conversación; decía que con Fidel se podía hablar de todo, lo mismo de política que de cualquier otro tema, y relataba conversaciones que había tenido con Fidel hasta de las obras de Shakespeare. Eso se me quedó grabado.

Fidel: De Birán a Cinco Palmas, Eugenio Suárez y Acela Caner, Casa Editorial Verde Olivo, Cuidad de La Habana, Cuba, 2006, pp. 128-129.

Haydée Santamaría

DESTACADA COMBATIENTE
REVOLUCIONARIA CUBANA

¡Y estaba vivo!

Nosotras, Melba y yo, aún en el propio cuartel teníamos alguna esperanza de que Fidel estaba vivo, porque se decía que Abel era el jefe de aquello, y teníamos la seguridad de que si había muerto Fidel y lo habían encontrado allí, sabrían inmediatamente que Fidel era el jefe.

De todas maneras, después de dos o tres días –no recuerdo cuántos días estuvimos en el cuartel, creo que fueron tres, no recuerdo bien–, nos llevaron para el *vivac*. A Melba y a mí nos tenían separadas de los demás grupos. Nosotras no sabíamos bien a cuántos habían asesinado; o quizás no lo sabíamos porque no queríamos saberlo. Y recordamos que nosotros estábamos en un alto, no sé por qué nos bajaron, por unas escaleras –no recuerdo bien, no sé cómo era todo aquello porque no conocía el cuartel–, nos llevaron a un sótano y allí vimos a un grupo de compañeros y miramos. Quisimos mirarlos a todos a la vez para saber quiénes vivían y quiénes habían

HAYDÉE SANTAMARÍA

muerto; y buscaba muchas caras: buscaba a Fidel, buscaba a Abel, buscaba a Boris. Melba también buscaba a muchos; y entre ellos a Abel, porque lo quería tanto como lo podía querer yo. Sabíamos que Abel y Boris no podían estar allí; pero los buscábamos. Teníamos la duda de si estaba Fidel y no lo vimos.

Así nos llevaron para el vivac y estuvimos allí no sé cuántos días. Ahí perdimos un poco la conciencia del tiempo, del día, de la noche, de la muerte y de la vida, porque allí no sentíamos ni padecíamos; estábamos más allá de lo que era morir o vivir, que es peor que vivir o morir

Un día vimos un movimiento y nos asomamos por una reja. Habría que saber la composición de aquella celda que estaba en altos y la entrada era en bajos, había un patio en el medio, como son las casas de Santiago, que tienen un patio central. Estábamos creo que en un primer piso; la entrada por donde entraban allí las personas daba exactamente a la puerta de nuestra celda. Podíamos mirar aunque por pedazos, no totalmente: si queríamos ver los pies, teníamos que agacharnos más; si queríamos ver la cabeza, teníamos que subir más.

En una de esas oímos algo y nos asomamos, y vimos a Montané. Yo no lo reconocía porque estaba sin espejuelos; imagínense, barbudo y flaco. Pero de todas maneras Melba enseguida supo que era Montané. Yo casi no lo quería creer y no quería quitarle esa ilusión a ella, pero mirando y mirando vi como que buscaba y me di cuenta de que efectivamente era una persona que no veía sin espejuelos. Pensé: «Ese es Montané»; y le dije: «Melba, es Montané».

Cuando Montané apareció allí, ya esperábamos a Fidel, porque ya en esos momentos no teníamos esperanzas de que nadie llegara.

No sé cuántos días, si 8 ó 9, habíamos pasado en aquella celda, y no llegaba nadie. Creíamos que todos habían sido cogidos por las montañas, porque ya sí teníamos conciencia de que no habían sido asesinados en el Moncada, y pasaban días y días y no aparecía nadie. Sabíamos que con lo que ellos habían partido no podían resistir; podrían luchar un día cuando más. ¿Cómo podrían resistir a aquel ejército con aquellas cuatro balas con que habían partido para las montañas? Y creíamos que no aparecerían.

Pero al aparecer Montané, se nos reveló que Fidel también podía aparecer. Ya desde aquel momento no nos separamos un minuto de aquella reja. No nos dijimos ninguna de las dos qué esperábamos; nos clavamos a aquella reja en una forma que, aun cuando nos traían la comida, y había que sacar una vasija por entre la reja para que echaran allí un poco de algo –sacábamos aquella cosa llena, la vaciaban y la volvían a llenar, o no sabíamos si la devolvían igual– nosotras no teníamos conciencia de nada de lo que ocurría por allí, por aquel pasillo, en aquel plano esperando a Fidel.

Creo que pasaron dos o tres días desde que apareció Montané hasta que apareció Fidel. Y allí esperamos y esperamos, aferradas a aquellos hierros, hasta que un día, también sentimos unos pasos, unas voces, todo más alto, más grande, es decir, algo distinto pasaba en aquel pedazo de sala: caminaban muchos, gritaban muchos, algo grande ocurría. Y si algo grande ocurría, ¿qué podía ser? No lo dijimos ninguna de las dos, pero las dos pensábamos:

«¡Es Fidel!».

Hasta que en un momento veo unas manos, unas manos en movimiento, unos dedos; no sé por qué, pero era la mano de Fidel. Y no sé si lo dije alto o bajito, si lo grité o si lo pensé, pero sí dije: «Melba, ¡es Fidel!».

Si lo pensé, Melba me adivinó el pensamiento; y si lo dije bajito, me oyó, porque ella miró más, buscó más y entonces me agarró y me apretó y me dijo: «Yeyé, ¡es Fidel!». Era casi imposible creerlo, aunque nunca pensamos que pudiera haber muerto tanta vida.

Cuando me dijo: «Es Fidel», creí que a Melba también la ilusión la había llevado y decía que no, que no podía ser. No sé cómo Melba me indicó, qué me dijo; me llevó y le vi la cara. ¡Y era Fidel!

Ya en aquel momento en que Fidel apareció, en aquel mismo minuto en que Fidel apareció, ya o podíamos morir o vivir. Pero no era aquello otro que habíamos sentido las dos que había en las dos, que no era vida ni era muerte: allí ya no nos importaba vivir o morir, porque ya podíamos o morir o vivir. Pero sí salimos de aquella cosa –que hay que vivirla para saber lo que es– que es no estar muerto ni estar vivo. Y ya, desde aquel mismo minuto, sentimos las dos que no importaba vivir o morir, ¡porque ya el Moncada estaba vivo!

Pero vivimos y seguimos viviendo las dos con aquella misma pasión que nos llevó al Moncada y con esa misma pasión que hoy todos ustedes tienen por el Moncada, por la Revolución, por Fidel; que todo se une para ser una misma cosa.

Es el mismo

(...) A mí me ha molestado siempre mucha gente que dice: «¡Fidel ha cambiado mucho, cómo ha cambiado Fidel!». Mira, Fidel ha cambiado igual que todo el mundo. Claro que si Fidel se hubiera quedado como cuando el Moncada, imagínate tú, sería un anormal; porque aun nosotros, que no somos Fidel, hemos cambiado, ¿no? Aun nosotros, que no somos Fidel (...) Les hablo de esa transformación que yo tuve, así que, naturalmente, quiere decir que Fidel tiene que haber cambiado a millones; porque si yo cambié, que soy una hormiga al lado de un elefante, imagínate cómo cambiaría el elefante.

Pero sí me molesta cuando hay gente que es de esa época y generación de Fidel, que se encuentra a una y dice: «Bueno, ahora sí yo estoy con Fidel, porque Fidel ha cambiado mucho». Y yo le digo: «Chico, la verdad es que el que cambió fuiste tú, porque a los tres días de yo conocer a Fidel no tuve dudas. Así que Fidel no ha cambiado, el que cambió fuiste tú; y es bueno que hayas cambiado y es correcto que hayas cambiado. Pero no me vengas con el cuento de que Fidel ha cambiado, el que cambió fuiste tú, yo no era compañera de Fidel en la universidad como tú, yo no lo conocía como tú, y a los tres días de ir Fidel a mi casa yo te digo a ti que ya quien me dirigía a mí no era Abel, era Fidel. Y eso nada más que lo hace alguien de una personalidad y de unas condiciones tremendas, ¿no?, porque yo te digo que Abel para mí no era cualquier cosa; y ya a los tres días (...) ».

Y yo me he encontrado sobre todo a muchos universitarios que me dicen casi con un orgullo: «Tú sabes que yo soy del curso de Fidel. Oye, ¿pero tú sabes lo que pasa? Que ahora yo (...) Porque, oye, ¡cómo cambió Fidel!». «No seas bobo, chico; mira, di que cómo tú has cambiado y que por suerte para ti has cambiado, porque Fidel no ha cambiado». Fidel es el mismo, con una serie de cosas

más que lo van transformando, porque lo que no se transforma no existe ¿no? Y Fidel imagínense qué transformación es. Pero no para que alguien que lo conociera en la universidad me venga con el cuento ahora de que no tenía fe en él; porque ahí sí es verdad que digo: «¡Qué imbécil eras, mi hijito, porque yo en tres días...! Y no soy tan inteligente».

Porque yo les digo que el cambio mío inmediatamente de aceptar el mando de Fidel no solamente porque Abel lo aceptaba, sino porque Fidel era Fidel, Fidel, Fidel.

Haydée Santamaría: *Haydée habla del Moncada*, Ediciones Políticas, Ciudad de La Habana, Cuba, 1967, pp. 33-39, 109-111.

Isabel Santos

ACTRIZ CUBANA

¿Tu marido es celoso?

Con motivo de la Cumbre Iberoamericana, Fidel ofreció una recepción a los reyes de España en el Palacio de la Revolución, y como parte de las personalidades fui invitada a esta actividad. Al finalizar la ceremonia, hablo con Abel Prieto y Carlitos Valenciaga para que me ayuden a hacerme una foto con Fidel, si es que en medio de todo este ajetreo era posible. Acuerdan esperar al final.

Cuando los reyes se retiraron, entonces se acercan al Comandante con el pedido. Lage le explica de quién se trata, él se vira al grupo donde yo me encontraba, junto al pintor Fabelo, y me dice:

—Tú la vez anterior no estabas así.

—Bueno, Comandante, yo tenía el pelo más corto y rojo, por un personaje que estaba haciendo, además estaba vestida muy distinta –le contesto, y enseguida le pregunto–: Comandante, ¿yo le podría dar un beso?

—Bueno, pues serán tres.

Inmediatamente, sin dar mucho tiempo a pensar en nada, el Comandante me da un beso en cada mejilla y uno de «piquito» en los labios, y agrega:

—¿Tu marido no es celoso? –dijo él finalmente ante las risas y el asombro de todos. Aún conservo las fotos como recuerdo de una noche inolvidable.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 1ro. de marzo de 2008.

Alcides Sagarra Carón

EX ENTRENADOR CUBANO
DE LA SELECCIÓN NACIONAL DE BOXEO

Eso te va a traer luego dificultades

Recuerdo que en una ocasión salió en la prensa: «Alcides va por las 12 medallas». Por esa época yo decía que había que trabajar por las 12, pero el periodista lo puso así. Entonces en una recepción a propósito de la visita del presidente de Angola, José Eduardo Dos Santos, el Comandante me dijo:

—Oye, Alcides, llama al periodista y dile que tú trabajas por las 12, y no que vas por ellas, pues eso te va a traer luego dificultades.

—No, Comandante, yo le había dicho al periodista que trabajaba por ellas, pero él puso lo otro y ya usted ve.

Volví donde la prensa y rectifiqué, por eso hoy seguimos diciendo que vamos por las 11 medallas.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 13 de febrero de 2008.

María Luisa Sarret Gómez

ATLETA CUBANA DE BALONCESTO

Gardéame fuerte

Antes de los Juegos Deportivos Panamericanos de Winnipeg, Canadá, 1967, en un partido de baloncesto

realizado por la selección nacional femenina contra un grupo de dirigentes de la Revolución, el entonces presidente del INDER, José Llanusa Gobel, ya fallecido, me llamó aparte para indicarme cómo debía gardear al Comandante en Jefe, Fidel Castro; me sugirió que tuviera mucho cuidado en darle un golpe y que lo cuidara.

Fidel, que estaba observando de lejos, me llamó y me dijo: «Seguro que Llanusa te convenció para que no me gardearas fuerte y que tuvieras mucho cuidado en darme un golpe, ¿verdad? Pues, gardéame fuerte, que yo sí te lo voy a hacer a ti, y te daré golpes».

Entonces le respondí: «No, Comandante». Él me preguntó que cómo estaba el equipo, el entrenamiento –pero en realidad no pude ocultárselo, me eché a reír, porque presintió lo que Llanusa me dijo.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 15 de enero de 2008.

Pedro Sarría
CAPITÁN CUBANO DE LAS FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS

La verdadera Revolución comienza ahora

Aquella mañana (1ro. de enero de 1959) la ciudad era un revuelo. En el regimiento los oficiales, con Rego al frente, estaban vestidos de uniforme y en sus oficiales llevaban prendidas las insignias del 26. Estaban en formación esperando a las tropas rebeldes (...) yo me presenté a Fidel en el ayuntamiento.

Se alegró al verme, y le conté todo lo que me había pasado, y hasta le manifesté que en aquel momento deberían estar analizando mi recurso para darle su cauce. Él se rió con esa sonrisa suya tan peculiar, y me aconsejó que me olvidara del juicio, que eso ya no valía, y exclamó: «Sarría, la Sierra Maestra ha terminado, la verdadera Revolución comienza ahora».

(...) Yo, emocionado, recordaba que quien así hablaba había sido mi prisionero, y el causante de que uno de mis soldados me gritara,

lleno de estupor, aquella madrugada del 26 de julio: «¡Teniente, hay fuego en el Cuartel Moncada!».

La historia casi seis años después de aquella clarinada juvenil, confirmaba las proféticas palabras de Fidel en aquella pequeña sala del hospital y daba su veredicto.

Lázaro Barredo: *Mi prisionero Fidel, recuerdos del teniente Pedro Sarría,* Editorial Pablo de la Torriente, Ciudad de La Habana, Cuba, 1986, p. 71.

Félix Savón Fabré

ATLETA CUBANO DE BOXEO

La importancia de beber vinos

En 1987 fui invitado, con el profesor Alcides Sagarra, mi entrenador, a una recepción que daba el Comandante en Jefe, en el Palacio de la Revolución.

Como yo era muy goloso con los refrescos y los jugos, me la pasé ingiriendo esos líquidos y, al parecer, nuestro líder quería hablar conmigo por lo que me mandó a llamar, con el pretexto de ir a brindar con él un trago especial llamado Presidente.

Al llegar, le expliqué que no tomaba bebidas alcohólicas y me dijo:

—Vamos a llamar a Alcides para que te autorice a brindar conmigo.

Al venir el profesor, me señaló:

—¡Cómo es que no quieres brindar con el Comandante! –y me indicó hacerlo.

Aparecieron tres copas y bebimos aquella colorida bebida, que me recordaba al arco iris. Mientras degustábamos el trago, el Comandante comenzó a explicarme sobre la importancia de beber vinos, porque fortalecía los huesos y dañaba poco al organismo.

Como yo era el capitán del equipo de boxeo, me pidió que le explicara algunas indisciplinas que le habían comentado sobre Martínez Fiz, y le expliqué que no era cierto, lo cual ratificó el profesor Sagarra. Luego le hice una exposición en relación con los caracteres de cada uno de los integrantes de nuestro equipo.

Desde entonces, guardo de él un bello recuerdo, pues cada vez que me encuentra se para en guardia y me tira golpes, como si quisiera pelear conmigo. Eso demuestra el afecto, el amor y las simpatías que siente por nosotros los deportistas.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 16 de enero de 2008.

Horacio Serpa

POLÍTICO COLOMBIANO

Aún hay mucho que conversar

Lo que sí está claro es que la voz de Fidel seguirá siendo escuchada a la hora de las grandes decisiones, hasta que su vida se apague y entre a formar parte de las grandes leyendas del siglo XX: la de un revolucionario que derrotó a un tirano, se enfrentó a un imperio, pateó el ajedrez de la política internacional, vio desintegrarse a la Unión Soviética, sobrevivió a todo tipo de conspiraciones y espera morirse de viejo cuando se le dé la gana.

Sin compartir su ideología he sido admirador y amigo de Fidel. La última vez que hablamos fue en La Habana, en una reunión a la que asistí junto con Piedad Córdoba y el analista político Hubert Ariza.

Fue una charla amena, franca y sincera hasta que el Comandante entró en una inesperada siesta. Cuando nos levantamos en silencio para salir, Fidel abrió los ojos y nos dijo con su voz suave: «Para dónde van, aún hay mucho que conversar». Y tomó la palabra durante dos horas, en las que nos dio su versión del Bogotazo y un sesudo análisis del vecindario. Es la última imagen que tengo de él. La del hombre de carne y hueso, caminando al otoño con la dignidad de un gran maestro.

Horacio Serpa: «Cuba sin Fidel», prensa colombiana, Bogotá, Colombia, 28 de febrero de 2008.

Pascual Serrano
PERIODISTA ESPAÑOL

Lo que me faltaba

He tenido el privilegio y la suerte de compartir personalmente con el presidente cubano Fidel Castro en tres ocasiones. La primera fue durante la Feria del Libro de Cuba en el año 2005. Era el día de la clausura y nos avisaron en la recepción del hotel Plaza, a los escritores españoles y amigos Belén Gopegui, Santiago Alba y a mí, del encuentro inminente. Santiago debía ya partir hacia el aeropuerto, y creo que todavía no se ha recuperado de la rabia por no haber podido estar en la reunión.

Belén y yo fuimos al lugar donde nos habían indicado, se trataba de una casa de protocolo donde se encontraba el presidente Fidel Castro junto a una delegación cultural brasileña encabezada por el ministro Gilberto Gil, la feria del libro se había dedicado ese año a ese país. Estaban todos sentados a la mesa dispuestos a cenar cuando entramos Belén Gopegui y yo, acompañados por otro buen amigo, Iroel Sánchez, presidente del Instituto Cubano del Libro. Fidel se levantó a abrazarnos y saludarnos y comenzó a hablar y preguntar de forma vital y acalorada mientras toda la delegación brasileña esperaba a que terminara de conversar con nosotros para comenzar a cenar. Fidel nos preguntaba por el proyecto de *Rebelión,* pidió que le trajeran algunos textos tomados de nuestra web que había leído ese mismo día, repasamos la situación de varios países de América Latina. El caso es que la conversación, que se desarrollaba con nosotros y Fidel Castro de pie al lado de su silla de comensal, duraba ya una hora mientras la delegación brasileña, con ministro incluido, permanecía sentada ante sus platos sin atreverse a comenzar a comer, lo que a mí me tenía totalmente angustiado porque no dejaba de pensar lo que nos estarían odiando los brasileños por someterles con nuestra presencia a la tortura de estar sentados frente al plato durante ese tiempo sin poder tocarlo.

Entre los numerosos temas que tratamos con Fidel en esa larga hora, que seguro que para los brasileños fue más larga todavía, se encontraban los vídeos públicos de Bin Laden. Fidel me preguntó: «Pascual, ¿tu

qué piensas de la coincidencia de que poco antes de las elecciones en Estados Unidos apareciese otro video de Bin Laden amenazando al país, y que también le venía electoralmente a Bush?, ¿cómo pudo aparecer ese video en ese preciso momento?». Yo, sin mucha capacidad de reacción, y menos de conocimiento sobre lo que me preguntaba, le respondí en broma: «Pues no sabría cómo pudo aparecer en ese momento el video, pero puedo preguntar e investigar de su parte». Fidel reaccionó riéndose y exaltado: «No, de ninguna manera, no se te ocurra meterme a mí en ese asunto del video de Bin Laden, lo que me faltaba ya». Y al hablar y repasar la situación de América Latina, Fidel comentó su opinión sobre nuestra línea informativa en *Rebelión* sobre Brasil, Venezuela, Colombia… En un determinado momento él pensó que sus comentarios informales podían ser interpretados por mí como directrices e injerencias de lo que debía informar en *Rebelión* y paró en seco para decir: «Pero, bueno, ustedes publiquen lo que quieran, además, lo están haciendo muy bien». En ese momento nos despedimos y dejamos cenar por fin a los brasileños.

Preguntar por mi familia

La siguiente ocasión fue a mediados de abril de 2005. Fue al final de uno de esos actos en el Palacio de las Convenciones cuando se supo que Posada Carriles había entrado a Estados Unidos procedente de México. Fidel había pedido mi presencia porque se iban a comentar algunas informaciones mías, incluso se planteó que fueran también mi esposa y mi hijo Camilo, por entonces de cinco años. Costó convencer a los servicios de seguridad que un niño de esa edad, y además no cubano, estuviese invitado a ese acto, pero al final logramos entrar los tres. Camilo estaba emocionado por ver a Fidel «en humano», decía él; es decir, verlo en persona, ni televisión ni periódico. El niño aguantó atento gran parte del acto, pero no pudo con un documental sobre Posada Carriles que emitieron y se quedó dormido. Su madre y él tuvieron que irse antes del final del acto. Fue entonces cuando me encontré con Fidel en una pequeña sala del Palacio, lo primero que hizo fue preguntar por mi familia. Con nosotros estaba también Ricardo Alarcón y Carlos Valenciaga. Era ya muy

tarde, más de las 12:00 de la noche, estábamos todos agotados, pero el Comandante, que había estado hablando en público durante mñas de seis horas, seguía tan fresco. Además el prefería siempre estar de pie, por lo que todos estábamos de pie en torno a una amplia mesa que había en la sala con sus correspondientes sillas. Hablamos de Posada Carriles, de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, de algunos artículos míos que había comentado en su intervención y varias cosas más, durante al menos dos horas en las que todos aguantábamos agotados sin sentarnos, y recuerdo perfectamente lo asombrado que me dejó su vitalidad. Fidel preguntaba constantemente a todos, su cordialidad era extrema con todo el personal allí presente; no es que diera órdenes, es que era tal el cariño que ponía a cada petición, que cualquiera de los subalternos seguro que deseaba escuchar un requerimiento suyo para poder recibir el cariño de sus palabras.

La única orden

Poco después fue mi siguiente encuentro, en circunstancias similares, también tras un acto en el Palacio de Convenciones, muy frecuentes en aquellas fechas de mucha actividad política y combativa en Cuba. Eran las movilizaciones exigiendo la detención de Posada Carriles, se estaban tomando importantes decisiones económicas como la subida de los salarios o la revalorización tanto del peso convertible respecto al dólar, como del peso cubano respecto al convertible. Fue en otra sala similar a la anterior, también dentro del Palacio, estaba también el ministro de Relaciones Exteriores Felipe Pérez Roque y la actual jefa de la Dirección de Difusión e Información del Minrex, Ana Teresita. En esta ocasión, por fin, estábamos sentados en unos cómodos sillones agrupados de dos en dos. En un par de ellos estábamos Fidel y yo, nos enseñaban los bocetos de unos carteles que reclamaban que se aplicara justicia con Posada Carriles. Fidel estaba exultante sobre la situación que atravesaba el país. «Estamos más fuertes que nunca», me decía. Y tenía razón, seguía habiendo problemas en el país, en especial el transporte, la vivienda y la alimentación, pero las perspectivas eran las mejores desde hacía quince años, cuando empezó el Período Especial. Recuerdo que Fidel pidió un wisky para beber y lo justificó diciendo «para que veas

que no les guardo rencor», en referencia al origen estadounidense del licor, yo le acompañé. Carlos Valenciaga nos hizo unas fotos inolvidables. A la salida se produjo una escena que ya escribí en alguna ocasión: llamamos al ascensor, y a la hora de subir nadie quería entrar antes que Fidel, este se empeñaba en darnos paso, pero nadie se movía. Entonces, él dijo: «¿Ustedes no van a aceptar una orden de su Comandante?, hagan el favor de entrar en el ascensor». Nos reímos y entramos. Esa fue la única orden que le he oído dar.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Madrid, España, 5 de noviembre de 2007.

Moisés Sio Wong
GENERAL DE BRIGADA CUBANO

¿Se creen que esto es una embajada?

Al llegar a la Sierra Maestra me encontré con Fidel y en eso escuché una voz que decía: «Fidel, ¡hasta un chino aquí!». Posteriormente supe que había sido Luis Crespo.

Fidel tenía tremendo encabronamiento. Echaba chispas. Me dijo de todo. Nunca supe el motivo. En medio de aquel estado de ánimo empezó a hacernos preguntas.

Me había conseguido en Bayamo un uniforme, botas, mochila. El resto de los que subieron conmigo iban vestidos de civil. Todos llegamos sin armas.

Yo le llevaba una nota de presentación que me había dado un expedicionario del *Granma,* que se desperdigó en el combate de Alegría de Pío. Pudo escapar. Llegó enfermo a La Habana y lo escondimos.

Después de leer la nota me dijo: «Seguro que ese se está haciendo pasar por un héroe. Ese pendejo no tiene moral para mandar a nadie a la Sierra... ¿Se creen que esto es una embajada? Hacen cualquier cosita y vienen a refugiarse aquí». Entonces, le preguntó al guía: «¿Tú por qué lo trajiste? ¿Quién te dio la autorización?».

De pronto se viró para Crescencio Pérez y le ordenó que nos metieran presos y que de comida solo nos dieran arroz.

Me sentí muy mal. Pasmado. Estaba convencido de que me iban a recibir con los brazos abiertos. Resultó todo lo contrario.

Al día siguiente estábamos sentados a la orilla del río La Plata. Fidel se nos acercó y pidió disculpas.

Nos explicó que estaban en un momento muy crítico: no había armamento, comida, ropa, botas, etc. Planteó que si queríamos podíamos regresar a nuestros pueblos.

Le expliqué mi situación en la capital. Le dije que me quería quedar. Los otros muchachos regresaron.

Los podían matar

Por esa época, Fidel me pidió que viajara a la capital con la misión de convencer a Gerardo Abreu (Fontán) y a Sergio González (El Curita) que fueran para la Sierra Maestra, pues ya estaban muy «quemados» y los podían matar en cualquier momento. Precisamente en esos días llegó la noticia del asesinato de Fontán.

En el mes de marzo bajé a buscar a El Curita. Llegué a La Habana el día 11. Me reuní con El Curita en un parque cerca del cine Mónaco, en la Víbora. Aquella noche él no tenía dónde dormir, estaba muy perseguido. Le transmití el mensaje de Fidel.

Me respondió que respetaba las órdenes de Fidel, pero que como jefe de Acción y Sabotaje no se podía ir, pues estaban en un momento muy difícil y no podía abandonar a sus hombres. Que le dijera a Fidel que lo disculpara, pero que no podía cumplir esa orden. Regresé de nuevo a la Sierra.

Regresé a la Sierra y se lo comuniqué a Fidel. Lo lamentó mucho. Estaba convencido de que lo podían matar en cualquier momento. No había pasado una semana de mi regreso a la Sierra cuando nos llegó la noticia del asesinato del El Curita.

Me acababa de destituir

En la comandancia de La Plata, Fidel me nombró jefe de las reservas estratégicas de la Sierra Maestra. Las reservas las constituían diez sacos de azúcar prieta, de aquellos que pesaban trescientas veinticinco libras, cinco cajas de leche

condensada y cinco cajas de salchichas Escudo, unas salchichitas chiquitas que venían seis en cada lata.

Todo estaba guardado en una cuevita, cerca de La Plata. Al otro día, Fidel salió hacia las Vegas de Jibacoa. Estuvo una semana fuera. En el transcurso de esos días pasaron por allí varios pelotones. Preguntaban si tenía algo de comer. Les daba un poco de azúcar. Así repartí cuatro sacos. A la semana regresó Fidel.

Me preguntó cómo estaban las reservas. Le informé que quedaban seis sacos de azúcar. «¡Cómo que seis sacos de azúcar!».

Le expliqué que habían pasado distintos compañeros y les había dado un poco de azúcar. Entonces exclamó: «Coño, chino, te hice jefe de eso pero no podías repartir nada. Ni un puñado de azúcar». No me dijo nada más. Pensé que me iba a poner un fuerte castigo.

Al otro día me mandó una notica con Celia –desgraciadamente se me extravió– en la que me decía: «Moisés, entrégale las reservas a Otero y tú ocúpate exclusivamente del reparto de la carne». Me acababa de destituir y nombrarme en un cargo que no existía, pues en aquella época prácticamente no se comía carne.

Recuerdos narrados al autor, Ciudad de La Habana, Cuba,1996.

Javier Sotomayor Sanabria
DEPORTISTA CUBANO DE ATLETISMO

¿Tienes algún problema?

Recuerdo que una noche, cuando vivía en el edificio de 62 entre 11 y 13, en el municipio Playa, recién llegado de Europa, disfrutaba de vacaciones y recibí una llamada inesperada, muy importante. Para entonces había triunfado en el Campeonato Mundial de Stuttgart, Alemania (1993). Estaba acompañado de un amigo y su esposa, la mía y mi hijo Javierito, recién nacido.

De repente, sonó el timbre del teléfono. Mi compañera lo tomó y del otro lado le dijeron que llamaban de una de las postas del Comandante en Jefe y que él quería hablar conmigo. ¡Conmigo! –me dije.

Yo no lo tomé en serio, imaginé que era algunos de mis colegas corriéndome una máquina. Sin embargo, atendí, porque según ella, dijeron que me mantuviera a la escucha. Transcurrió aproximadamente un minuto, aún yo seguía creyendo que se trataba de una broma, y me salió el Comandante al teléfono. Tras reconocer su voz, entre la emoción y la sorpresa, me quedé sin habla.

Me llamaba para felicitarme por mi cumpleaños, el triunfo en el Mundial y el récord del mundo establecido en 2,45 metros; entonces me preguntó si tenía algún problema; pero no sabía cómo decírselo, hasta que él me propició la ocasión: Le dije que precisaba cambiar mi apartamento, pues ese año había nacido mi hijo.

Gracia a él y a la Revolución pude tener mi actual casa, con todas las garantías.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 17 de enero de 2008.

Teófilo Stevenson

ATLETA CUBANO DE BOXEO

El Comandante ya está en pie

Recuerdo que en el año 1977 se realizó una visita oficial a Jamaica, encabezada por nuestro Comandante en Jefe, Fidel, e integrada por un grupo de compañeros de la dirección del país, en ocasión de inaugurarse la escuela «José Martí», y formé parte de esa delegación.

Partimos desde la provincia Santiago de Cuba, momento en que el compañero Raúl me dijo: «Stevenson, cuiden a Fidel». Tal expresión me dejó muy impresionado, porque sentí una gran responsabilidad y a la vez una emoción que duraría toda mi vida.

Durante la travesía, el Comandante conversaba animadamente con los miembros de la delegación y nosotros escuchábamos, como siempre, sus sabias y alentadoras orientaciones; nos agarraban altas horas de la noche en las charlas, y de cuando en cuando él miraba su reloj y nos decía: «Ya ahorita nos vamos a descansar…». Pero seguíamos conversando, y

nuevamente nos decía: «Es un poco tarde muchachos, es casi la hora de dormir…».

Por supuesto, cada momento de aquellos eran emocionante. Finalmente, volvió la vista al reloj y dijo: «Ahora sí. ¡A dormir!...».

Nos disponíamos a acostarnos, cuando, de repente, el compañero Luzón entra al dormitorio e indica: «¡Oigan, compañeros, el Comandante ya esta en pie!».

Nosotros, nos miramos y expresamos: «¡El Comandante no durmió!». ¡A correr, a prepararse! Aún siendo atleta, y en aquellos momentos, mantenía buena preparación física, pero todos estábamos muertos.

Entonces me dije a mí mismo: ¡Qué resistencia física y mental, la del Comandante!

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 28 de enero de 2008.

Alfredo Suárez Quintela
COMBATIENTE REVOLUCIONARIO CUBANO

Los sindicatos son la contrapartida de la administración

Se celebraba el Consejo Nacional de la CTC, en el salón «Carlos Fernández» de la central obrera, previo al XIII congreso de la organización. Durante toda la sesión se discutieron los problemas principales recogidos en el orden del día bajo la presidencia del compañero Héctor Ramos Latour, secretario general de la CTC en ese momento. Casi agotado el orden del día del Consejo, y pasadas las 8.00 p.m. se dio un receso previo a las conclusiones del mismo.

Al regresar al salón, algunos compañeros tenían dificultades al haber dejado sus credenciales en sus asientos y exigírseles que los mostraran para tener acceso al plenario. Cuando indagaban el por qué, todo quedaba aclarado, había llegado el Comandante en Jefe Fidel Castro para asistir a la sesión final del consejo de la CTC.

En el Consejo participaban el buró nacional de la organización, los secretarios generales de los sindicatos nacionales y los secretarios generales de los comités provinciales de la CTC y la Isla de la Juventud. Fidel se interesó por los temas tratados e hizo importantes apreciaciones del trabajo sindical, y fue allí donde señaló por primera vez que: «los sindicatos son la contrapartida de la administración». Lo cual se convirtió en un concepto histórico para todo el movimiento sindical cubano.

Se te puede dar una tarea

Con motivo de la firma de importantes acuerdos con la Unión Soviética, Fidel concurrió a la TV cubana para informar al pueblo de dichos acuerdos. Esta comparecencia se realizó en los estudios del FOCSA.

Allí concurrieron la dirección del partido, el gobierno, las organizaciones de masas, entre ellas, la CTC.

Algunos compañeros conversábamos con Lázaro Peña, cuando llegó el Comandante en Jefe Fidel Castro. Al acercarse a donde estábamos nosotros para saludar, se dirigió especialmente a Lázaro Peña y le dijo: «Lázaro, ¿qué tal?, ¿cómo estás? Se te ve bien, no tienes barriga, se te puede dar una tarea».

Lázaro, profundamente impresionado por la presencia y las palabras de Fidel respondió: «Muchas gracias, cuando usted quiera, yo estoy a su disposición».

Ese encuentro e intercambio de palabras entre el jefe de la Revolución y Lázaro, marcaría a este último como un gran estímulo y reconocimiento por parte de Fidel.

Fue una noche inolvidable, me comentaría después. Poco tiempo más tarde, al constituirse el aparato auxiliar del Comité Central del Partido, Lázaro Peña fue nombrado jefe del departamento de atención a las organizaciones de masas.

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 24 de febrero de 2008.

Joel Suárez
LAICO BAUTISTA CUBANO

Yo debía haber pensado en ustedes

El 2 de abril de 1990, alrededor de las 6:00 de la tarde, 74 hermanos y hermanas líderes del Consejo Ecuménico de Cuba y de las iglesias evangélicas entramos en el Consejo de Estado. Fuimos cordialmente recibidos por sus trabajadores, algunos de los cuales vienen desde los días de la Sierra Maestra con Fidel. Nos brindaron café y un refresco de horchata de ajonjolí, resultado de las búsquedas y obsesiones de Fidel por una alimentación sana.

Nadie podía esconder su excitación, ni tras las plegarias que se elevaban mientras nos dirigíamos al salón, donde se reúne el Consejo de Ministros. Yo caminaba cerca de mi padre, respetando el espacio que indicaba la ocasión para líderes históricos del movimiento ecuménico cubano. Él fue llamado al interior del salón, y en breve regresó en compañía de Fidel. El asombro fue grande y la emoción mayor, tener por primera vez a pocos metros un hombre de la estatura física y moral de Fidel, te movía el piso. Consciente de que había que manejar los sentimientos y las emociones ante la responsabilidad del momento y con la historia que nos precedía, me fui al final de la hilera y allí dejé escapar las lágrimas que la emoción provocaba.

Los que cupieron se sentaron alrededor de una larga mesa, otros, en sillas alrededor de mi padre y otros directivos del Consejo, que quedaron sentados frente a Fidel y un pequeño grupo de sus colaboradores y dirigentes del Partido. Quedé del lado de la mesa que estaba Fidel, por lo que era difícil observarle.

Mi padre puso la *Biblia* sobre la mesa. Se dirigió a Fidel, explicó que en esta hora de definiciones para el país, los allí reunidos, un grupo muy heterogéneo, coincidían en su solidaridad con nuestro pueblo, en el amor por la patria cubana y en el reconocimiento de lo que ha significado la Revolución Cubana para nuestra gente. Expresaron que la situación actual del país no les era ajena y que la convocatoria al IV Congreso del Partido y el llamado a la unidad nacional

ofrecían una oportunidad para que la Revolución eliminara todo tipo de discriminación religiosa. Y continuó diciendo: «a nosotros, los cristianos cubanos, cuando le oímos allá en su encuentro con los hermanos en Brasil (…) nos dejó una pequeña preocupación, y usted nos ha dado ahora la oportunidad abierta, franca de tratar estos asuntos (…) cuando usted dijo si tuviéramos personas (…)». Fidel lo interrumpe: «Tienes toda la razón, antes que termines te digo que tienes toda la razón». Y entre la risa que provocó la reacción de Fidel, aplausos, emociones y recuerdos que afloraban, Fidel continúo: «Yo debía haber pensado en ustedes, yo tengo que rectificar». Todos aplaudimos, y la risa colmada de emoción inundó la sala. «Es justísimo, fíjate –dice Fidel dirigiéndose a mi padre–, en realidad, gente como ustedes, claro que tenían que estar en el Partido».

Mi padre continuó mencionando los cambios que nosotros esperábamos para el país, para la vida de los creyentes y las iglesias en su suprema aspiración y compromiso de servir a nuestro pueblo, que ha sido limitada por incomprensiones y discriminaciones formales y sutiles. Expresó nuestra confianza en Dios y en nuestro pueblo y en su creativa capacidad para vencer las dificultades. Y como buen pastor, terminó diciendo: «Que la Revolución sepa que en esta hora que está viviendo nos tiene (…) en nuestras iglesias cuando estamos en nuestros cultos de adoración a Dios, nuestros hermanos oran por usted para que Dios le dé sabiduría, para que usted sea cada día más justo, más consecuente con sus principios revolucionarios (…) Por todo esto, nos sentimos agradecidos a Dios y a usted por estar aquí y por este encuentro».

Fidel, cuyo rostro revelaba lo que su corazón sentía, conmovido por las palabras de su interlocutor respondió: «Tus palabras me han emocionado mucho (…) porque hay algo que es clave en todos y es la honestidad y la sinceridad, y esas cosas no se pueden simular, esas cosas se sienten o no se sienten, ni el mejor actor del mundo es capaz de simular la sinceridad, y eso se ve en ustedes, en todos, cuando los fui saludando uno por uno, escuché muchas frases amables, generosas, Dios te bendiga, oramos por ti (…), con gran espontaneidad y mucha sinceridad (…), pero entre los ruegos que tú ibas a hacer te faltó uno –le dice a mi padre–.

Rogabas para que tuviera sabiduría, fuera cada vez más justo, lo que es muy correcto para que no me pasen cosas como la del otro día, también pudiste haber añadido: para que no meta el delicado pie algunas veces. Vean cuánto necesitamos nosotros de sabiduría y de comprensión, de sentido de la justicia y de cuidado para no cometer errores, pero no hay mal que por bien no venga».

A partir de ahí, muchos de los presentes, entre ellos, algunos que siempre han juntado sin dificultad sus convicciones cristianas y revolucionarias, hablaron desde su corazón sobre los cambios necesarios en el país y en la cuestión religiosa. Fidel intervenía a ratos.

¿No es eso lo que tú querías decir?

Mi padre me había pedido que para este encuentro me cortara el pelo y dejara algunos de los atuendos de mi indumentaria. Como presumí, casi a la llegada, Fidel había pedido permiso para filmar la reunión, y luego para transmitirla íntegramente por la televisión. Conmovido con una intervención de un viejo militante cristiano y revolucionario, dijo: «A mí me gustaría que mucha gente escuchara cosas como las que ustedes están diciendo aquí, porque sería magnífico, nos ayudaría mucho». Y dando una indicación a uno de sus colaboradores apuntó: «¡Qué bueno sería que pudiera la población oír lo que ellos han dicho!». ¿Qué creen? ¿Nos autorizan a nosotros?». Y así sucedió. No podía ni siquiera, por la etiqueta que demandaba la ocasión, dejar en casa la estampa que hasta hoy me acompaña.

Consciente de que el calco y la copia habían traído desviaciones, empobrecimientos y problemas entre nosotros, con el llamamiento al IV Congreso del Partido en mis manos, convencido de que la convocatoria al debate popular representaba una oportunidad excepcional, con temor y temblor, pedí la palabra. Traté de ubicar uno de los campos que, con incidencia en la cultura política, las representaciones y en el sentido común de los cubanos y cubanas, ha estado entre las causas raigales de las incomprensiones hacia los creyentes y que han contribuido desfavorablemente no solo en la cuestión religiosa: el marxismo-leninismo que nuestro sistema de enseñanza regó por todo el país. Un tema delicado. «No soy

católico y no conozco el catecismo, pero si hay algo similar, me parece, son las clases de marxismo (…)», y me aventuré en una caracterización del marxismo-leninismo que por muchos años había sido consumido acríticamente en la isla. Fidel me escuchaba de pie, muy cerca, apoyado en el respaldar de la silla que estaba a mi lado. «Y eso está entronizado en la mente de muchos compañeros humildes, honestos, militantes. Hay gente que no conoce de la iglesia y te repite la frasecita, la oración, el esquemita: la religión es el opio del pueblo. Yo creo que el documento del Partido –el Llamamiento al IV Congreso– hace un llamado y para nosotros es urgente rebuscar y revivir la tradición creadora del pensamiento revolucionario cubano, nosotros creemos que es de urgencia, porque notamos una dicotomía, una diferencia a veces hasta antagónica, entre la belleza, la creatividad, la dialéctica, la osadía del pensamiento suyo, del Che, de compañeros de la Revolución y el escolasticismo de la enseñanza política que se da en nuestras aulas (…), pero el Partido tiene que trabajar en esa dirección hasta la base porque esa mentalidad es la que hace reaccionar a la gente cuando se encuentra con un cristiano (…) y entre los errores que hay que rectificar uno es el campo de las ciencias sociales, hay que rescatar la creatividad de nuestro pensamiento desde Varela, Martí (…) gente que inclusive fue cristiana (…), y unirlo con un marxismo creativo, no la escolástica esa que hemos recibido nosotros de manuales de la época de los años 40».

Yo deseaba quedar bien conmigo mismo, mi conciencia y con aquellos compañeros y compañeras marxistas revolucionarios y cristianos revolucionarios que me habían ayudado en mi formación. No esperaba tal o más cual respuesta de Fidel, su vida, sus convicciones y pensamiento siempre fueron una herejía. Pero una opinión que secundara lo expresado no es desestimable.

«Tú dijiste una cosa, lo de la escolástica, dogma, como se puede llamar también, yo a veces me he preguntado si en ocasiones hemos convertido el marxismo en una religión, lo peor de una religión, y cuando lo digo delante de ustedes no lo estoy diciendo en el menor sentido peyorativo para las cosas de la religión (…) lo hemos convertido, podemos decir esto, en una creencia dogmática, por eso de que le hemos dado cierto carácter religioso, si lo haces una creencia es una religión,

no es una ciencia política, no es una doctrina política, –y poniendo su mano sobre mi hombro como un padre cómplice con su hijo, continuó– y entonces, él le llamó escolasticismo al tipo de enseñanza dogmática ¿no es eso lo que tú querías decir?».

Recuerdos escritos especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 22 de febrero de 2008.

Luis Suárez
PERIODISTA MEXICANO

Comeremos lo que pesquemos

Era pública y comprobada la relación íntima de García Márquez con Fidel.

(...) En 1986 el ex presidente Luis Echeverría fue invitado por el Comandante, con quien ha mantenido una relación constante de admiración personal y solidaridad política con Cuba. Lo demostró siendo presidente y después. Por la forma como se publicó la noticia en la prensa cubana, a esa otra visita, estando ya Echeverría fuera del gobierno, se le daba una significación casi de Estado... todavía. Echeverría nos llevó a su hijo Álvaro y a mí. Por indisposición en la salud, Álvaro no nos acompañó a la reunión con Fidel en la casa presidencial de Cayo Largo, donde ya estaba García Márquez. El Comandante nos invitó a salir de pesca.

«Comeremos lo que pesquemos», dijo Fidel. Seguro que no se refería al escritor ni al periodista.

Salimos en un pequeño barco, al que no le faltaba un cañoncito. Al llegar al punto donde había que sumergirse, Fidel, su médico y sus varios guardaespaldas, que le seguían también nadando, se lanzó al agua armado de un rifle submarino y con cuchillo al cinto. Con la barba adelgazada, puntiaguda por el agua chorreante, parecía un Neptuno, un personaje mitológico. Echeverría, buen nadador, lo acompañó con *snorkel,* pero no se metió a las profundidades donde estaban las presas de nuestro almuerzo. En la cubierta, Gabriel y yo nos manteníamos a flote en un mundo distinto al deporte. Sin embargo, me

eché al agua sin separarme más que unos metros del casco ni tampoco muchos minutos. Los que sabían sí trajeron mariscos para la comida, que fue preparada en una plataforma, cerca de la casa.

En la conversación no se revelaron secretos. Allí cada uno sabía qué pensaba el otro. Fidel tenía a la vista legajos de papeles, los pendientes que no soltaba… ni lo soltaban. Habíamos llegado en helicóptero, pero del cayo regresamos en automóvil. En uno Fidel con Echeverría; en otro Gabriel y yo, él abstraído en la lectura de un libro más que en una conversación conmigo.

Todo el tiempo o nada

Al llegar (el coronel Alberto) Bayo a México, entre los miles de republicanos, se nacionaliza mexicano en 1946 (...) El destino de Bayo cambió de rumbo cuando un día de julio de 1955 se le presentó en México un joven cubano que resultó ser Fidel Castro, quien, tras exponerle el propósito, de iniciar la lucha armada contra el gobierno de Batista, lo conminó:

—Usted es cubano. Usted tiene la ineludible obligación de ayudarnos.

Bayo cedió. Respondió a Fidel que podía concederle dos o tres horas diarias para instruir a su grupo.

—Todo el tiempo o nada –subrayó Fidel.

Cuando Bayo le preguntó de cuántos hombres y dinero disponía, Fidel le contestó que todavía no tenía hombres ni dinero, que a eso se dedicaría y lo emplazó para volverse a ver a fines del año, cuando comenzaría el entrenamiento militar del grupo. Bayo tenía una mueblería y se la ofreció en venta al encargado del establecimiento. Como este no tenía dinero, Bayo se la dejó fiada, en 100 000 pesos, que finalmente quedaron en 50 000, pagados a razón de 1000 mensuales. Bayo recibía 800 pesos mensuales del grupo cubano. Y una prima muy importante: Fidel empezó a llamarle general.

No lo creo, pero me gusta

Al Concilio Vaticano II (el obispo mexicano Sergio Méndez Arceo) llevó de teólogo a Lemercier,

enjuiciado como posteriormente Iván Illich (a este le preguntarían en Roma, ante la Congregación de Defensa de la Fe, moderna y menos torturante Inquisición, también por las relaciones que el encausado llevaba conmigo). Defendió siempre al régimen socialista de Cuba, al de Allende en Chile y al sandinismo en Nicaragua. Fui puente para su amistad con el comandante Tomás Borge, desde antes del triunfo de la Revolución. Se insertó en el Movimiento Cristiano por el Socialismo. Presidió el Secretariado del Comité de Solidaridad con América Latina, puesto donde, a su muerte, le sucedió don Samuel Ruiz.

(Méndez Aceo) Me contó que en ocasión de reunirse en La Habana con Fidel Castro, le afirmó a este:

—Comandante, usted está inspirado por la Divina Providencia.

—No lo creo, pero me gusta –comentó el líder cubano.

Yo tengo el partido

A principios de su gobierno Echeverría me comentó a propósito de los cambios que se proponía:

—Yo no voy a hacer en México una revolución social como la de Fidel Castro, pero trato de mantener, en las nuevas condiciones, el contenido de la Revolución Mexicana.

Y cuando siendo ex presidente fue invitado por Fidel Castro y recibió en Cuba un tratamiento cercano al de una visita de Estado, y yo le acompañaba una de las varias veces que se vieron, le comentó la importancia de tener en el gobierno a gente de confianza, conforme a la práctica del presidencialismo mexicano. Fidel dijo a su vez:

—Yo tengo al partido.

Luis Suárez: *Puente sin fin,* Editorial Grijalbo, México, 2000, pp. 62-63, 68, 110, 204.

Raúl Suárez

PASTOR BAUTISTA CUBANO

Aquí tenemos a un pastor

Fue la noche del 24 enero de l998. Pero aquella ocasión no era una más. Era el día anterior a la misa,

a celebrarse en la mañana siguiente, que oficiaría el Papa Juan Pablo II. El doctor Ricardo Alarcón de Quesada me había invitado para una recepción ofrecida a cuatro prominentes congresistas de la Cámara de Representares del Partido Demócrata de Estados Unidos, tres del Estado de Massachussets, y uno de la misma militancia, pero de Nueva York. Se trataba de Joseph Moakley, William Delahunt, Richard Neal y Charles Rangel. El Señor Moakely, estaba acompañado por el jefe de su Staff, Jim Mc Gobvern, quien posteriormente llegó a sustituirlo como Representante a la Cámara por el mismo Estado.

Aproximadamente a las 10:00 de la noche, llegó nuestro presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, Fidel. Luego de los saludos, Fidel fue rodeado por los visitantes, y a partir de ese momento se desarrolló un interesante diálogo político, no sin algunas referencias teológicas, muy relacionadas al momento que vivía el país por la visita del Papa.

Una vez terminado el conversatorio, el señor Moakley, practicante de la fe católica, se me acercó para decirme: «Pastor, me gustaría terminar este encuentro con una oración de acción de gracias, porque si yo hubiera tenido este encuentro antes, jamás hubiera votado en contra de Cuba». Simplemente le contesté: «Haga esta petición a nuestro presidente Fidel». Desde luego, yo tenía la plena seguridad de cuál sería la respuesta. Efectivamente, el congresista Moacley se acercó a Fidel y le planteó su deseo. La respuesta fue inmediata y sin rodeos: «Aquí tenemos a un pastor, él la puede hacer».

Me coloqué en una posición en la cual Fidel y los nuestros estaban a un lado, y los visitantes al otro, frente a los cubanos, entonces dije: «Quiero recordar en un momento como este, las palabras de Jesús en el sermón de la montaña, que a todos nos hace mucho bien en la labor que realizamos en ambos países: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (…) y bienaventurados los que trabajan por la paz». Iba a continuar, y Fidel me interrumpió y dijo: «Termina esos versículos». Y se me ocurrió decirle: «Hágalo usted, Comandante», y sin titubeo alguno, los terminó: «Porque de ellos es el reino de los cielos». Y entonces yo dije «Amén».

Cuando me iba, Fidel me llamó, y con su brazo sobre mis hombros me llevó a un lugar aparte y me dijo: «Quiero oír tu opinión

sobre un asunto que me preocupa», y me contó el asunto. Ambos coincidimos en la mejor respuesta a dicha situación. La visita del Papa Juan Pablo II tuvo un final feliz, fue un éxito de todo el pueblo cubano, como nos lo había solicitado nuestro presidente.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 23 de febrero de 2008.

Regla Torres Herrera
ATLETA CUBANA DE VOLEIBOL

Mil saques diarios

En el año 1992, después de ganar el título en los Juegos Olímpicos de Barcelona, España (1992), las integrantes del equipo de voleibol femenino, supimos que el Comandante en Jefe iba a recibir a nuestra delegación en el aeropuerto.

Yo, realmente, estaba muy nerviosa porque era la primera vez que me encontraría personalmente con él. En esa competencia debuté como regular y en el choque contra Rusia cometí muchos errores en el saque.

Cuando nos encontrábamos hablando con el líder de la Revolución, increíblemente le preguntó a Eugenio George, nuestro entrenador, por la jugadora que perdía tantos saques. Por supuesto, enseguida supe que la cuestión era conmigo. El profesor me señaló y le explicó que era una atleta muy joven (la más joven de entonces) que me había incorporado como titular hacía muy poco tiempo.

Fidel respondió que en virtud de no tener a todo el mundo nervioso todo el tiempo, era necesario ponerme a hacer mil saques diarios para mejorarlos.

¡Imagínense!

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 2 de enero de 2008.

Lázaro Vargas

ATLETA CUBANO DE BÉISBOL

Eres un patriota

Tras el triunfo del equipo cubano de pelota en los Juegos Olímpicos de Atlanta, Estados Unidos (1996), nuestra delegación fue recibida en el aeropuerto «José Martí» por el Comandante en Jefe, Fidel Castro.

Jamás olvidaré que estábamos todos formados para estrechar su diestra y él me sacó de la fila para decirme que yo era el único al que no habían ponchado en el calendario de los juegos estivales.

Aquella aprobación, para mí no representó lo mejor, sino lo que me dijo después: «Te felicito; eres un patriota». Ese el mejor elogio que he recibido en mi vida.

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 23 de enero de 2008.

Oscar Varona

ATLETA CUBANO DE BALONCESTO

Tenemos que preparar a estos muchachos

En ocasión de celebrarse los Juegos Olímpicos de Ciudad de México (1968), el Comandante en Jefe se encontraba practicando baloncesto en el Coliseo de la Ciudad Deportiva, con el equipo Cañeros, el cual, dirigido por él, se preparaba para intervenir en el torneo nacional de segunda categoría.

Nosotros pertenecíamos a los colectivos juveniles de la Escuela de Superación y Perfeccionamiento Atlético (ESPA) y teníamos compañeros como Tomás *Jabao* Herrera, Juan Domecq, Francisco Varona, Arsenio Rodríguez, Andrés Billilli Hernández, entre otros, que jugábamos partidos de entrenamientos con el equipo del Comandante en Jefe.

Lo partidos se desarrollaban en el horario de la noche, en el poco tiempo que el Comandante disponía. Como por esa época se celebraban

los juegos estivales en la capital azteca, escuchábamos por Radio Rebelde las transmisiones de los encuentros de baloncesto en los que participaba la selección nacional.

Infelizmente, casi siempre el equipo de Cuba perdía los enfrentamientos en los últimos momentos del pleito.

Uno de esos días, Fidel se volteó hacia José Llanusa y le dijo: «Tenemos que preparar a estos muchachos (se refería a nosotros) para que sean los sustitutos de los actuales jugadores y traigan la victoria para la patria».

Esa premonición se cumplió pronto. Varios de nosotros acudimos a los Juegos Centroamericanos de Panamá (1970), donde discutimos la medalla de oro, un año después, en los Juegos Deportivos Panamericanos de Cali, Colombia, derrotamos por primera vez a Estados Unidos, y, finalmente, obtuvimos la presea de bronce, en los Juegos Olímpicos de Munich, Alemania (1972).

Recuerdo escrito especialmente para este libro, Ciudad de La Habana, Cuba, 11 de enero de 2008.

Fernando Vecino Alegret
GENERAL DE BRIGADA CUBANO

Estos cabroncitos tiran bien

Al llegar a la Sierra Maestra, Fidel nos recibió con gran afecto, afabilidad. Conversó ampliamente con Daniel. Explicó cómo estaba la situación. En un momento determinado, le entregué la nota que le enviaba Yeyé. Le pedí quedarme con Daniel y accedió.

Al siguiente día –24 de junio–, volví a ver a Fidel. Hablé bastante con él. Me narró detalles de la lucha.

En su presencia tiré con mi Stern. Me felicitó por el resultado y comentó: «Estos cabroncitos tiran bien». Se le veía muy contento.

Yo estaba feliz. Era mi cumpleaños. Había cumplido veinte años. Mi sueño lo había hecho realidad: estaba en las montañas de la Sierra Maestra.

Después intervine en varios combates a las órdenes de Daniel. Estuve a su lado hasta que cayó en el combate de El Jobal, el 30 de julio de 1958.

Recuerdo narrado al autor, Ciudad de La Habana, Cuba, 1996.

Manuel Yepe
ESCRITOR CUBANO

Háganle caso a este niño

Conocí personalmente a Fidel al paso de la Caravana de la Libertad por Matanzas en enero de 1959, cuando yo integraba, desde mediados de 1958, la Dirección Provincial del Movimiento 26 de Julio en esa provincia en calidad de subcoordinador provincial y responsable de propaganda. Trabajé en todo lo relacionado con la organización del acto en que Fidel pronunció un discurso desde el balcón del edificio del Ayuntamiento a muchos miles de entusiastas matanceros concentrados en el parque Martí de la capital provincial.

Eran circunstancias demasiado atropelladas como para derivar otro recuerdo que no sea el de la impactante emoción que me embargó al poder saludar y hablar por primera vez con la persona que representaba la concreción de mis ideales revolucionarios, por los que ya había decidido dar la vida. Fidel era mi ídolo a partir de los acontecimientos del Moncada y especialmente tras la llegada a mis manos de su alegato de autodefensa en el juicio en su contra que convirtió en revolucionarios mis sentimientos patrióticos y antibatistianos.

El gesto que tuvo Fidel entonces de extender un día su permanencia en Matanzas para trasladarse a la ciudad de Cárdenas para saludar a la familia de José Antonio Echeverría, el máximo dirigente del Directorio Revolucionario caído el 13 de marzo de 1957 en la operación que intentó el ajusticiamiento del tirano Batista, me impactó y enseñó mucho acerca de la importancia de la unidad de los revolucionarios.

Tuve contacto directo con Fidel cuando comencé a trabajar como Director del Protocolo en el Ministerio de Relaciones Exteriores a fines

de 1959, en cuya tarea con frecuencia me tocaba atender actividades diplomáticas que contaban con su participación en calidad de Primer Ministro del Gobierno Revolucionario.

Algo que me impresionó mucho de Fidel en relación con los asuntos que eran entonces objeto de mi atención fue su memoria. La enorme cantidad de personas, tanto extranjeras como cubanas, que le eran presentadas cada día, las grababa en su memoria no solo a los efectos de su identificación física, sino también a nivel de los datos que le eran ofrecidos acerca de cada una de ellas. Como encontré tan sorprendente esta cualidad de Fidel, estudié el método de captación de impresiones que, en mi opinión, le permitía esta capacidad, y noté que Fidel concentraba casi toda su atención, al menos aparentemente, en aquellas personas que acababa de conocer y parecía no prestar tanta a aquellas que ya había grabado en su memoria. Confieso que, a partir de que elaboré esa teoría acerca del método de conocimiento de personas de Fidel, traté de seguirlo, pero no tuve mucho éxito en la mejoría de mi capacidad de memorización. Otra característica que se me hizo evidente en Fidel es el impacto que su presencia física causa en todas las categorías de personas: amigos y enemigos, jóvenes y adultos, mujeres y hombres, más allá de cualquier consideración de autoridad o dignidad. Esto es notable, incluso, prescindiendo de que intervenga o no su oratoria, de la que se ha hablado y escrito mucho más como facultad extraordinaria.

Téngase en cuenta que no me refiero al Fidel actual, con su enorme prestigio como una de las personalidades políticas más importantes del siglo XX, sino del revolucionario de apenas 32 años de edad contra quien ya se había iniciado una feroz campaña propagandística mundial.

En mi libro *Potro loco,* donde recojo varias anécdotas acerca de las dificultades que confrontábamos para imponer el cumplimiento del ceremonial diplomático en los años inmediatos posteriores al triunfo de la Revolución, cuento dos momentos que, desde una óptica muy simple y cotidiana, sirven para comprender lo que trato de explicar.

Te las resumo: A raíz del desastre que había sido la organización del recibimiento de un alto dirigente europeo, se orientó a la Dirección de Protocolo que elaborara un procedimiento típico para las ceremo-

nias de acogida oficial a invitados extranjeros de primer nivel en el aeropuerto José Martí de La Habana.

Tras múltiples consultas a personas y textos, teníamos esbozados el proyecto inicial cuando se nos instruyó ponerlo en práctica, a modo de ensayo, en ocasión del recibimiento que se brindaría al presidente Osvaldo Dorticós a su regreso de Nueva York, luego de haber participado en la Asamblea General de Naciones Unidas.

Con mucho entusiasmo trabajó todo el personal de la dirección de protocolo en los preparativos de la ceremonia. Se dibujaron en la pista rayas de diversos colores que indicaban los lugares que, respectivamente, debían ocupar el cuerpo diplomático, los miembros del gobierno, la prensa, la guardia de honor y la banda de música, así como para indicar el recorrido del homenajeado.

Todos eran informados del lugar que debían ocupar según iban llegando y aquello parecía que marcharía sin dificultad, aunque algunos ministros ya habían manifestado sorpresa por lo que consideraban una excesiva rigidez de las medidas organizativas.

Sin embargo, cuando realmente se puso feo el asunto, fue cuando llegó a la pista el Che. Ya se sabía que el Comandante Guevara era un consecuente defensor de los procedimientos organizativos protocolares y, por ello, muchos suponían que pudiera haber sido él quien instruyera las medidas que se habían tomado. Muy por el contrario, apenas llegó, el Che manifestó su desacuerdo en forma de burla jocosa:

—Mira cuándo viene a organizarse el protocolo en el aeropuerto. Hace unos días tuvimos un desorden colosal en el recibimiento de un dirigente extranjero y ahora nos quieren encerrar en jaulas para recibir a un compañero nuestro –bromeó.

Naturalmente, desde aquel momento nadie respetó más los trazos en el piso ni las indicaciones de los compañeros de la dirección de protocolo. Hasta los diplomáticos, y mucho más los periodistas extranjeros y cubanos, se adhirieron a una especie de huelga contra la ceremonia. Ya el avión que conducía al presidente Dorticós había tocado pista y comenzaban a oírse los motores del aparato cuando arribó al lugar el automóvil que conducía al Primer Ministro, Fidel Castro. Le expliqué el inconveniente que se nos había presentado para poner en práctica

las medidas organizativas que debíamos ensayar y el Jefe de la Revolución pareció no dar mucha importancia al asunto. Se dirigió, con sus largos pasos característicos a un niño, de unos 10 años, que estaba en el área reservada al público y le preguntó:

—¿Eres pionero?

—Sí, Fidel.

—¿Sabes poner en orden una fila?

—Sí, Fidel.

—Bueno, ve a poner en orden a esos ministros que no se están portando bien.

Lo llevó de la mano hasta el lugar donde estaban los miembros del gobierno y allí ordenó sonriente:

—Háganle caso a este niño que los va a ayudar a ser disciplinados.

A partir del primer grito de ¡ateeención! del pequeño, la ceremonia se desarrolló tal como se había previsto.

Estaba ganando

En el programa de la visita oficial a Cuba del Jefe de Estado de un país amigo del Tercer Mundo se había previsto, para un domingo, un almuerzo y día de descanso en la playa de Jibacoa, unos 40 kilómetros al Este de La Habana, por invitación del Primer Ministro Fidel Castro.

Hacia allá se trasladó un día antes un funcionario de la Dirección de Protocolo que tenía la encomienda de preparar una casa cuyas llaves nos habían entregado los compañeros de la Marina de Guerra Revolucionaria, especialmente para la ocasión.

Ocurrió, sin embargo, que cuando temprano en la mañana del propio día de la actividad llegaron a Jibacoa otros funcionarios del Protocolo con los víveres, bebidas, vajillas, copas, cubiertos, y hasta los instrumentos musicales que se utilizarían en el ágape, encontraron que el compañero que había llegado el día anterior se había hecho sospechoso a los guardafronteras de la playa y había sido arrestado, razón por la cual no estaba preparada la casa.

Como no lograron comunicarse con la dirección en La Habana, tuvieron la feliz iniciativa de gestionar el arrendamiento de un local apropiado para fiestas en Santa Cruz del Norte, un pequeño poblado

de pescadores algo más cercano de la capital pero también en la costa norte y en la misma ruta. En plena autopista interceptaron a la caravana de autos cuando viajaba hacia Jibacoa, como antes lo habían hecho con el ómnibus que transportaba a los artistas.

Desde Santa Cruz del Norte se logró comunicación con La Habana para informar al Primer Ministro acerca del cambio de sitio. Todo parecía felizmente resuelto cuando comenzaron a servirse los daiquirís, mojitos y entremeses a los invitados, y los músicos dejaron oír sus instrumentos.

Pero media hora más tarde, Fidel no había llegado y temíamos que el presidente comenzara a impacientarse. Fue entonces cuando entró, por microondas, un mensaje del líder de la Revolución Cubana. Estaba concursando en el Torneo Ernest Hemingway de pesca de la aguja. Se disculpaba por el retraso. En algunos minutos más esperaba poder unirse a su invitado. Sugería que almorzaran sin aguardarlo. Transmití las disculpas al presidente pero mentí en cuanto a los motivos:

—Graves problemas de gobierno han impedido al Primer Ministro estar aquí a tiempo, ya se dirige hacia acá. Media hora más tarde, recibí nuevas instrucciones del Primer Ministro. Estaba ganando el concurso y, por ello, no podía abandonar la justa. Reiteraba su solicitud de disculpas y recomendaba que se sirviera el almuerzo sin esperarle.

—Parece que el Primer Ministro ha tenido que convocar a una reunión muy urgente del gobierno, le pide que lo espere y le anuncia que no tardará –fue el adulterado mensaje que le transmití.

Pasados otros treinta minutos, el alto dignatario extranjero no disimulaba ya su disgusto.

—Es que hay una situación muy tensa en las relaciones con los Estados Unidos y, seguramente, algún asunto grave se ha presentado –trataba de tranquilizarle.

El mandatario extranjero aceptó que se sirviera el almuerzo sin esperar más a su anfitrión, comió con naturalidad y aparentó disfrutar el espectáculo artístico. Pero al cabo del postre se levantó y pidió retirarse.

Mientras subía la comitiva a los automóviles, estaba convencido de que acababa de ser testigo de un grave incidente en las relaciones

diplomáticas entre las dos naciones. Pero menos de diez minutos después de que la caravana tomara por la espaciosa Vía Blanca rumbo a la capital, se detuvo abruptamente.

El automóvil en el que viajaba el Comandante en Jefe Fidel Castro, que transitaba en sentido opuesto, la había interceptado. Fidel abrió personalmente la puerta trasera izquierda del vehículo, penetró en él y ocupó el lugar que rápidamente le dejé libre junto al presidente.

—¿Ya le contaron que estaba compitiendo en el concurso de pesca Ernest Hemingway? No podía dejarlo porque estaba ganando. En definitiva obtuve el primer premio –fue el saludo, feliz, del jefe de la Revolución.

—Sí ya lo sabía. Me alegra mucho. Lo felicito. Estoy muy contento de que haya usted podido venir –dijo el presidente extranjero. Y se abrazaron sonrientes mientras que yo, actuando de traductor, sudaba copiosamente.

Canta tú

En verdad, las anécdotas a contar acerca de Fidel y el protocolo podrían ser muchas, considerando que el protocolo expresa la parte más formal de la diplomacia y el Comandante en Jefe no es dado en lo absoluto a los formalismos.

Recuerdo, por ejemplo, cuando permanecí en la embajada de Checoslovaquia mucho rato después de haber concluido la recepción que ofrecía el embajador de ese país, Vladimir Pavlichek, porque se me había instruido que Fidel vendría a cualquier hora y debía esperarlo. Estuvimos por ello, casi una hora, la plana mayor de la embajada y yo, como único cubano, esperando a Fidel, cantando canciones checas y cubanas, y bebiendo la exquisita cerveza checa. Al llegar el jefe de la Revolución encontró a todos sumamente alegres y felices por su presencia, mientras Fidel no cesaba de disculparse por su tardanza. Por ello, a uno de los checos se le ocurrió pedirle a Fidel que se excusara cantando alguna canción cubana y todos sus compatriotas hicieron suya la súplica. Fidel entonces confesó que él no sabía cantar y les dijo que yo lo haría por él. Tuve que hacerlo con lo poco de cuerdas vocales que me quedaban luego de tantas horas de canto y

cervezas, sorprendido de la noticia de la pobre aptitud de Fidel para el canto.

Voy a explicarle al Che

En cierta ocasión, fui citado por el Comandante Ernesto Che Guevara, entonces presidente del Banco Nacional, para coordinar su participación en las actividades por la visita a Cuba de un dirigente de la Academia de Ciencias de Ceilán, hoy Sri Lanka, a quien el Che debía recibir. Cuando esperaba ser recibido en el antedespacho, en unión del compañero Antonio Núñez Jiménez, presidente entonces de la Academia de Ciencias de Cuba, llegó Fidel acompañado de Armando Hart, entonces ministro de Educación. Amablemente nos pidió permiso a Núñez Jiménez y a mí para entrar primero a ver al Che.

—Es que voy a explicarle al Che la necesidad de gastar algunos dólares en unas guaguas para el Ministerio de Educación, porque él le dijo a Armando que no lo aprobaría y vengo a explicarle por qué es necesario que se autorice. Será cosa de unos cinco minutos –nos dijo Fidel.

Media hora después salió Fidel, con el Che y Armando Hart, y nos explicó:

—Excusen la tardanza, es que el Che tenía razón, hemos encontrado otra manera para que Armando pueda resolver los problemas del movimiento de becados que enfrenta sin tener que dedicar divisas a ello.

Comprendí con esta breve escena muchas cosas acerca de las ejemplares relaciones entre estos dos gigantes revolucionarios.

Le hacía alguna corrección menor

De la época cuando trabajé como director general de Prensa Latina, guardo muchos recuerdos imborrables de contactos con el Jefe de la Revolución. Se hizo una costumbre que, cuando llegaba a mí alguna información que yo estimaba debía ser de inmediato conocimiento de la alta dirección de la Revolución, telefoneaba a Celia Sánchez, la inolvidable asistente de Fidel que se desempeñaba como secretaria de la Presidencia, y se la leía o comentaba.

En muchas ocasiones era Celia quien me llamaba para indagar sobre alguna noticia de la que ya había conocido por otros medios o que sabía que habría de producirse. En reiterados casos, Fidel intervenía en la conversación para indagar algún dato adicional. Prensa Latina desempeñó un importante papel en la prestación de ayuda solidaria de Cuba a otros pueblos latinoamericanos. Esto ocurrió en una época cuando la mayor parte de los gobiernos del continente no tenía relaciones diplomáticas con Cuba, en servil cumplimiento de un mandato de Washington.

Recuerdo, sobre todo, cuando tuvo lugar en 1970 un terremoto de grandes proporciones en el Callejón de Huaylas, en Perú, muy bien cubierto informativamente por la corresponsalía de Prensa Latina en Lima, encabezada entonces por el periodista chileno Sergio Pineda. Cuando apenas habían llegado las primeras noticias, recibí una llamada telefónica de Fidel indagando acerca de las características de las comunicaciones de la agencia con su corresponsalía en Lima. Le ofrecí los datos y unos minutos después me volvió a llamar para recabar mi opinión sobre el texto de un mensaje redactado por él que se proponía hacer llegar por medio de Prensa Latina al presidente del Perú, General Juan Velasco Alvarado, con un ofrecimiento de ayuda médica cubana. Le pedí autorización para consultar también el criterio de otros miembros del equipo de dirección de la Agencia y, una vez hecha la consulta, le contesté que considerábamos que el mensaje era una hermosa expresión de la solidaridad latinoamericana y le sugerimos indicar la disposición cubana de llevar el llamado a la asistencia a Perú a la ONU. A partir de ese momento tuve que mudarme prácticamente para mi oficina, en comunicación constante con Fidel y Celia, así como con la corresponsalía de Prensa Latina en Perú.

Las conversaciones telefónicas con Fidel, que se extendieron varios días y a cualquier hora del día, la noche o la madrugada, me permitieron dialogar con él acerca de muchas cuestiones que, a mi juicio, me desarrollaron como revolucionario y también como periodista.

Por aquellos días, era habitual que concluyera mi trabajo a avanzadas horas de la madrugada, tras reuniones informales que celebrábamos varios dirigentes de la prensa cubana en la oficina del director

del periódico *Granma*, Jorge Enrique Mendoza. Con mucha frecuencia participaba también la compañera Celia Sánchez.

Algunas veces llegaba Fidel, generalmente cuando *Granma* habría de publicar el texto completo de un discurso suyo captado por el Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario, que Fidel revisaba para evitar cualquier incongruencia en la trascripción, y a veces le hacía alguna corrección menor.

Su honor y su vergüenza

A mediados de 1970, año en el que el país se había propuesto lograr una zafra azucarera de 10 millones de toneladas, tuvo lugar el secuestro de un grupo de pescadores cubanos que provocó una enorme indignación en el pueblo y condujo a una confrontación diplomática con Estados Unidos que fue subiendo de tono cada vez más. Durante varios días, Celia nos telefoneaba al grupo de dirigentes de la prensa que éramos habituales en las noches de *Granma* para pedirnos que fuéramos a la oficina de Mendoza a una hora determinada de cada noche para vernos con Fidel.

De esa manera, reunidos con Fidel no menos de dos o tres horas cada noche durante casi una semana, todos habíamos participado en la toma de las decisiones de Fidel en todo lo relacionado con el secuestro de los pescadores, cuando se llevó a cabo el acto político de recibimiento de los pescadores, cuya celebración tendría lugar frente a la Oficina de Intereses de los Estados Unidos en La Habana. Por ese motivo me permití el lujo de no permanecer en mi oficina durante el acto en el que Fidel formularía un discurso cuyo contenido yo estaba seguro de conocer de antemano. Tampoco quise irme a la tribuna del acto, sino preferí mezclarme con el público para valorar mejor las emociones populares.

Pero ocurrió que, ya llegando al final de su discurso, Fidel se apartó de la orientación que llevaban sus palabras, para anunciar que no se habrían de llegar a producir los 10 millones de toneladas de azúcar que eran la meta en la que el propio Fidel y todo el pueblo habían comprometido su honor y su vergüenza. Esa declaración provocó consternación en todo el pueblo cubano y particularmente pude constatar

la amargura y desolación que cundió en el público presente en el acto. Vi cientos de personas de todas las edades, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, llorar desconsoladamente y una expresión parecía salir de cada boca: ¡Pobre Fidel!, ¡pobre Fidel!, ¡pobre Fidel!

Me abrí paso como pude entre la multitud y corriendo llegué a mi oficina en Prensa Latina, justo a tiempo para atender a una llamada telefónica de Celia invitándome a ir enseguida a *Granma*. Cuando llegué a la oficina de Mendoza, ya estaban Celia y algunos compañeros allí. Otros llegaron enseguida. Todos acongojados. Fidel llegó unos quince minutos más tarde y todos nos pusimos de pie, en silencio absoluto. Nos pidió que nos sentáramos y, en medio de un mutismo que aprecié conmovedor, Fidel dio varias vueltas alrededor de la gran mesa redonda donde nos reuníamos tantas veces, hasta que se detuvo y cuando todavía retumbaban en mis oídos las expresiones de tanta gente en el Malecón, pronunció: ¡Pobre pueblo este!

Manuel E. Yepe: *Potro Loco*, Editora Política, Ciudad de La Habana, Cuba, 2006.

José Escalona Juan Reguera Espinosa Ramón Martín Esquivel Alfredo (El Chino)
Fernández José Ramón Álvarez Fernández Omar ández Roberto Retamar Ferrer
RaúlFiguerola Enrique Camué Flórez Fernando Iparra Frank Waldo Fulgueiras
Gabriel Márquez García Ricoberto Fernández González Sara Grass Javier
Habich Hart Armando Hernández Gloria Herrera Ángel Herrera Luis Herrera
Henry Dalia Martínez Jones Juantorena Alberto Danger Kindelán Orestes
Wolfgang Susan Degado Acira Leonard Silvio Sarría Lesnik Max Fernando Alegret Yepe Manuel
López Nestor Cuba López Erick Ríos Luis Ramón Hernández Luis Mireya Serrano Pascual
Alegret Marín Gladys Juan Marquetti Agustín Morello Marrero Norge González Martínez Raul
Mina Gianni Molina Savón Félix Gabriel Molíner Inés María León Jesús OropesaMorales
Núñez Antoni Jiménez Nuñez Daniel Aguiar Núñez Pastorita Olivera Fernando Alegret Enrique
de la Osa Pacheco Antonio Pardo José Llada Sonia de la Paz Paul Jean Sartre Pérez Faustino Pérez
Pérez Mercedes (Mamita) Hdez. Pérez Felipe Roque Pérez Luis Róspide Piñeiro Manuel Losada
Delsa Esther (Teté) Vitre Puente Ouros Ana Fidelia Moret Raimonet Ignacio ManuelResiller

FIDEL Y EL CHE

Yo no te abandono

Hubo quienes estuvieron en prisión 57 días con la amenaza perenne de la extradición pero en ningún momento perdimos nuestra confianza personal en Fidel Castro. Y es que Fidel tuvo algunos gestos que, casi podríamos decir, comprometían su actitud revolucionaria en pro de la amistad.

Recuerdo que le expuse específicamente mi caso: un extranjero, ilegal en México, con toda una serie de cargos encima. Le dije que no debía de manera alguna, pararse por mí la Revolución, y que podía dejarme; que yo comprendía la situación y trataría de ir a pelear desde donde me lo mandaran y que el único esfuerzo debía hacerse para que me enviaran a país cercano y no a la Argentina. También recuerdo la respuesta tajante de Fidel: «Yo no te abandono».

Ernesto Che Guevara

Índice

9 Raúl Castro Ruz

11 Alape Arturo
14 Almaguer Vidal, Orlando
15 Altamirano, Carlos
18 Almeida Bosque, Juan
25 Alonso, Alicia
27 Alonso, Fernando
28 Álvarez, Adalberto
29 Andollo, Deborah
30 Anglada, Rey Vicente
30 Acevedo González, Enrique
34 Acevedo González, Rogelio
34 Álvarez, Julián
42 Ameijeiras Delgado, Efigenio

50 Báez, Luis
59 Báez Dueñas, Rosa
59 Barnet, Miguel
61 Batista Santana, Sixto
62 Bernal, Miguel
63 Betancourt Mella, Lázaro
64 Betto, Frei
65 Blanco Castiñeiras, Katiuska
67 Boan, Ángel
78 Bonasso, Miguel
81 Borge, Tomas
81 Bosques, Gilberto

82 Buch, Luis M.
90 Cabañas, John
93 Calderón Gómez, Miguel
94 Cardosa Arias, Santiago
96 Carreras Rolas, Enrique
96 Carreras Pérez, Pedro
98 Carrillo, Santiago
102 Cardenal, Ernesto
114 Cañizares Poey, Rafael
116 Castro Ruz, Ramón
118 Cepeda Caballero, Enrique
118 Cintra Frías, Leopoldo (Polo)
120 Cienfuegos, Camilo
122 Colón Ruenes, María Caridad
123 Cuadras, Gloria

124 Delgado Bermúdez, Eduardo
130 Diago Izquierdo, Raúl
131 Díaz Martínez, Ana Ibis
132 Domecq Portuondo, Juan Carlos
133 Dos Santos, José

139 Escalona Reguera, Juan
140 Espinosa Martín, Ramón
141 Esquivel, Alfredo (El Chino)

146 Falcón Cabrera, Rodolfo
146 Fernández, Conchita
155 Fernández Álvarez, José Ramón
160 Fernández, Omar
161 Fernández, Pablo Armando
163 Fernández Retamar, Roberto
165 Ferrer, Harold
165 Figuerola Camué, Enrique
166 Flórez Ibarra, Fernando

168 Frank, Waldo
171 Fulgueiras, José Antonio
172 García Inclán, Guido
173 García Márquez, Gabriel
180 García Fernández, Rigoberto
181 González, Sara
182 Grass, Javier
182 Graham, Greene
184 Guillén, Nicolás

186 Edgardo de Habich
188 Hart, Armando
194 Hernández, Ana Gloria
194 Herrera, Ángel
195 Herrera, Luis
198 Herrera, Tomás «Jabao»
199 Hernández Mora, Amarilis
199 Henry Martínez, Dalia

200 Jones, Kirby
207 Juantorena Danger, Alberto

209 Kindelán, Orestes

210 Labrada, Javier
215 Lam, Wifredo
219 Lamrani, Salim
220 Landau, Saúl
220 Larrazábal, Wolfgang
221 Lee, Susana
223 Legasp, Alcira
224 Leonard Sarría, Silvio
225 Lesnik, Max
231 Llanusa Gobel, José
233 López Cuba, Néstor

236 López Ríos, Erick
237 Luis Hernández, Ramón
238 Luis, Mireya
240 Lussón, Antonio Enrique

241 María Gutiérrez, Carlos
247 Marín, Gladys
251 Marinello, Juan
252 Marquetti Moriello, Agustín
252 Marrero González, Norge
253 Martínez Puente, Rubén
254 Martínez Tartabur, Irene
255 Masiques, Abraham
256 Mazola, Giraldo
268 Meléndez, Ernesto
270 Méndez, Javier
273 Menéndez Tomassevich, Raúl
273 Mesa, Víctor
274 Miná, Gianni
275 Molina, Gabriel
282 Moliner León, Inés María
283 Montané Oropesa, Jesús
285 Morales, Evo
287 Morais, Fernando

288 Noval, Liborio
290 Nuiry, Juan
293 Núñez Jiménez, Antonio
327 Núñez Aguiar, Daniel
329 Núñez, Pastorita

348 Olivera Moya, Filiberto
350 Oltuski, Enrique
357 Ortiz, Manuel
358 Osa, Enrique de la

358 Pacheco, Antonio
360 Pardo Llada, José
361 Pastrana ,Andrés
369 Paz, Sonia de la
370 Paul Sartre, Jean
382 Pérez, Faustino
387 Pérez, Hassan
388 Pérez Dueñas, Pedro
389 Pérez Hernández, Mercedes (Mamita)
391 Pérez Roque, Felipe
401 Pérez Róspide, Luis
401 Piñeiro Losada, Manuel
402 Prado Arza, Néstor del
406 Puebla Vitre, Delsa Esther (Teté)
407 Puente Zamora, Rodolfo

408 Quirot, Ana Fidelia

411 Ramonet, Ignacio
413 Resillez, Antonio
421 Richard, Pierre
422 Río, Marcelino
423 Risquet, Jorge
424 Riverí Pausadi, Hermes
425 Roa Raúl Kourí
428 Roca, Blas
429 Roca Brunet, Juan A.
430 Rodiles Planas, Samuel
430 Rodríguez, Adriana
431 Rodríguez Derivet, Arleen
432 Rodríguez, Arnol
434 Rodríguez Villanueva, Estela
435 Rodríguez, Juan Carlos
437 Rodríguez Llompart, Héctor
441 Romero Hernández, Pablo

441 Rodríguez Cruz, René

443 Santamaría, Haydée
448 Santos, Isabel
449 Sagarra Carón, Alcides
449 Sarret Gómez, María Luisa
450 Sarría, Pedro
451 Savón Fabré, Félix
452 Serpa, Horacio
453 Serrano, Pascual

456 Sio Wong, Moisés
458 Sotomayor Sanabria, Javier
459 Stevenson, Teófilo
460 Suárez Quintela, Alfredo
462 Suárez Suárez, Joel
466 Suárez, Luis
468 Suárez, Raúl

470 Torres Herrera, Regla

471 Vargas, Lázaro
471 Varona, Oscar
472 Vecino Alegret, Fernando

473 Yepe, Manuel

485 Ernesto Che Guevara